

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS.—EDITOR

EL SINO DE LOS HÉROES

NOVELA HISTÓRICA

DE

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

TOMO SEGUNDO

MADRID

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE RODRÍGUEZ SAN PEDRO, NUM. 9,

Teléfono número 1880



EL SINO DE LOS HEROES
PORTADA

CAPITULO PRIMERO

Un puente que navega.—El primer recodo.—Varios otros.—Lo más temerario en los seres humanos es lo lógico y natural en el héroe.

Limados los hierros que sujetaban el puente de barcas á las dos orillas del río, se oyó un crugido que apagó el estrépito del agua, y en el mismo instante se sintió el lento y continuado movimiento del puente, parecido al de una embarcación.

Mendoza y los dos limadores se guardaron las limas y cogiendo sus varas las clavaron en la orilla junto á las de sus compañeros.

El puente había quedado libre de la opresión de sus cadenas que dejó colgadas de los muros que sostenían los estribos del puente, y ahora empezaba á ser empujado por una de las corrientes más bravas que ofrecen los ríos.

Había levantado más de una cuarta, y empezaba á desaparecer el peligro de que encallara en alguna orilla.

No obstante la fuerza de las aguas que con furor vertiginoso, se precipitaban en dirección del golfo de Méjico, era tan grande la mole que formaba aquel puente y tan hábiles los treinta y un hombres que la defendían que no le era posible arrollarlo ni conducirlo con las prisas que ellas corrían.

Flaviano, después de mirar los dos extremos y de haber dado varias órdenes que eran perfectamente obedecidas, desató la linterna que había sujetado en el centro del puente y llevándola en la mano corría de derecha á izquierda, miraba la orilla del río hasta donde la luz alcanzaba, y se volvía al otro lado para hacer lo mismo.

Llevaban navegando cinco minutos y dejadas atrás cien brazas de agua próximamente.

Con tiempo vió el primer recodo, avisó á los de la izquierda que no hiciesen nada y corriendo á la derecha gritó:

—Todas las varas á la orilla; empujad á la izquierda con toda vuestra fuerza que estamos empezando el recodo. Seguid de ese modo. ¿Veis bien con las dos linternas?

—Sí, señor.

—¿Y el campamento?—le preguntó Mendoza que iba en aquel lado.

—Ya es tarde para esos infelices. No pueden ver nada, ni ganarían otra cosa con distinguirnos que llenarse de espanto.

Y corrió á la derecha, dando allí nuevas órdenes.

Acabó el recodo, ensanchó bastante el río, los ma-

rinos descansaron y Flaviano calculó que dejando el puente á merced de la fuerza del agua, andaban veinte brazas por minuto.

Mandó á los de la izquierda que siguieran descansando, y corrió á la derecha diciendo:

—Otro recodo; empujad; más fuerza aún; eso es. Así, así. Este recodo es largo, no ceséis hasta que yo os avise. Continuad, continuad. ¡Qué esfuerzos haceis!; mi hermano tiene la sangre en el cutis que parece le va á estallar. Ya hemos pasado. Ahora sigue casi una recta el río: contened con las varas un poco esta pesada nave y nada más.

Corrió al otro lado, dijo lo mismo y comenzó á dirigir la luz de la linterna hasta que pudo exclamar:

—Cruzamos otros dos pequeños recodos y ya hemos triunfado; ni el enemigo que dormía, ni esa corriente que pretendió arrollarnos, pudieron con nosotros. ¡Viva España!

—¡Viva!

—¡Viva el héroe!

—¡Viva!

—Callad esas voces,—dijo Osorio.—Estamos frente á San Juan: ¿veis las lúces de las hachas de viento que nos esperan?

—Sí, sí.

—Rogelio, tira esa vara, coge la maroma y échasela á los cincuenta hombres que la esperan.

Y corrió al otro lado, cogió él la otra maroma gritando:

—Sostened el puente, soldados. Comandante, los

cuatro ganchos en las argollas del puente. Soldados, id dejando andar esta mole lentamente hasta que yo os avise; más lentamente; que os ayuden los de las varas. Seguid. Basta. Los ganchos, comandante. Las hachas de viento aquí.

—Señor, ya hay uno.

—Poned los tres restantes, luego los alambres de cobre, después el betún, la plancha de hierro, la cal con el yeso y la tierra hasta nivelar con el resto del puente el piso del campo.

Y corrió á la derecha, miró la situación del puente y gritó:

—Idlo dejando venir lentamente; más lentamente. Los de las varas, cuando yo diga basta, fijad los palos en aquel muro de la izquierda, y que no pase el puente del sitio que yo quiera. Venga, un poco más. Basta; que no pase de ahí. A mí las hachas de viento.

Faltaba cerca de media vara para que el puente llegara al primer muro del muelle; esta falta la subsanó Osorio con cadenas; llevaba varias hasta que encontró cuatro que dobles venían justas. Enganchó un lado, la metió por la argolla del puente y juntó un gancho con el otro en la argolla que salía del muro. Lo mismo hizo con los otros tres.

Quedó el puente sin movimiento, formando una línea recta y más seguro que en el sitio anterior.

Todo esto lo había hecho de rodillas, y aun cuando llevaba guantes, se había lastimado las dos manos..

Se puso en pie, corrió á la izquierda, vió lo que estaban haciendo y esperó.

El comandante no lo vió llegar, y en estos momentos decía sin dejar de trabajar:

—Esto era lo que yo creía un imposible, lo que era para todo el mundo un imposible menos para ese sabio que todo lo hace, que todo lo puede.

—Dejaos de nimiedades, maestre,—le dijo,—acabad pronto y vamos al otro lado que quedó descubierta más de media vara.

—¡Esto más! ¡Maestre de campo ya! Yo estoy durmiendo, yo sueño...

—Que os vais á caer al río y es un mal presagio para el estreno de vuestro primer grado.

—No me caigo, no. Herreros, corred; venga la plancha de hierro. Clavadla bien. Plomo derretido á los cantos, todo alrededor, mucho plomo, más. Ya basta.

Flaviano sonreía, mirándolo casi aturdido y descompuesto.

El capitán que mandaba ahora los cincuenta soldados que tuvieron la maroma decía:

—¿Pero quién será este hombre que hace volar los puentes, eleva á maestre de campo y manda mejor que un rey?

Uno de los quince marinos que tenía cerca, le dijo al oido:

—¿Quién ha de ser? ¡El héroe!

—¡El...!

—Silencio.

Al capitán se le cayó el sombrero al río y quedó como una estatua.

Osorio dijo á los marinos de aquel lado:

—Llevad esta maroma al muelle con esas varas y pasad todos al otro lado del río. Las limas dádselas al maestre y esperadme.

Cruzaron los sesenta y cinco, quedando Flaviano mirando la obra que hacían el nuevo maestre y los herreros.

Les alumbraban con hachas de viento uno de aquellos y el correo.

A la media hora dijo el maestre:

—Señor, este lado ya está.

—Pues al otro con todas las herramientas, el betún, la cal y la fragua. Llevaos también las hachas, yo tengo bastante con una linterna. Ayúdales, correo, y vuelve aquí.

Quedó solo por unos cuantos minutos que tardó en regresar el correo, detrás iban Zalla y Luisa.

Flaviano preguntó al correo:

—¿Donde está mi caballo?

—Debajo de ese árbol, señor.

—Lo llevas al palacio, se lo das á mi criado Pérez diciéndole que ese es el que he de montar esta madrugada.

—¿Qué más hago, señor?

—Cenas y te acuestas que mañana tienes que volver á la capital.

—Muy bien, señor.

En este instante se incorporaron con Osorio Luisa y Zalla.

—Venid, amigos míos—les dijo el héroe,—aquí hay

un tablado que dejaron los herreros y nos servirá su cubierta. Ya me duelen los hombros de tanta agua como me ha caído sobre ellos esta noche. ¿Por qué no os habéis retirado á dormir cuando yo me marché?

—Señor,—le dijo Zalla.—Os suplico me quitéis la pesada é insufrible carga de acompañar á vuestro paje.

—¿Por qué, hombre?

—Al partir, ¿no me hicísteis seña mandando con ella que nos retirásemos?

—Sí.

—Pues no ha querido obedecerla Luis.

—¿Y eso te admira?

—¡Desobedeceros!

—Sí, Ricardo, lo hace de contínuo.

—¿Pero debe tolerársele?

—¿Qué remedio tiene?

—Contesta como un monarca.

—Ricardo, quiérelo como á mí y hasta obedécelo en cuanto te sea posible.

—Está bien, lo mandáis y lo haré.

—Ahora cuéntame lo que te ha sucedido con Luis.

—Le mandé que me siguiera al palacio. No quiso. Le dije que lo iba á dejar solo. Me contestó que me fuera, y que tuviera en cuenta que si á vos no os obedecía menos lo haría conmigo. Cuestionamos, por ser quien es y por ser quien sois, le propuse que entráramos en el próximo cuerpo de guardia para que se guareciese de la lluvia, aceptó por milagro de Dios y allí entre soldados pasamos las cuatro ó cinco horas que habéis tardado en volver.

—Bien has librado, Zalla.

—¿Cómo bien, señor?

—Yo creí que iba á venir detrás de mí y la verdad es que esta noche admiro su prudencia.

—Entonces más vale así.

—¿Y tú qué dices, Luis?

—¿De este capitán?

—Sí.

—Nada, que es muy español.

—No te comprendo.

—Que casi es tan terco como yo, casi tan buen tirador y casi tan leal.

—Quita el casi y habrás acertado.

—Que lo quite él, yo no.

—¿Y de este puente qué dices?

—Nada, que el hecho es como vuestro. ¿Qué podrá admirarme ya en el general Flaviano? ¿Donde os lo han hecho?

—No lo han hecho.

—Qué ¿ha llovido del cielo?

—Poco menos.

—¿Queréis explicaros?

—Sí. De haberme concretado á poner aquí un puente nuevo y dejar al enemigo el suyo, solo hubiera conseguido la mitad de lo que necesitábamos. He querido poner aquí y he puesto su puente, el único que él tiene, porque de ese modo se acostó triunfante y bloqueador y despertará mañana vencido y bloqueado. Tuve empeño en que sufriera él el hambre á que condenó á mis soldados; porque ahora como no le luevan del cielo los

alimentos, lo que es por tierra no los ha de recibir.

—Señor, permitidme os diga que valéis más que el Flaviano muerto en la gruta de Cacahuamilpa.

—¿Por qué?

—Lo que habéis hecho esta noche no tiene ejemplo en el mundo. ¿Quién se atreverá ahora con un general que coge los puentes y se los lleva donde le hacen falta?

—Esos ignorantes de ahí enfrente.

—Merecen compasión.

—Es verdad.

—Mi general,—le dijo Zalla,—¿hay algún hecho llevado á cabo por los seis *Invencibles* que pueda compararse con el de este puente?

—Zalla, respeta á mi padre y á mis maestros.

—Si no puedo, señor.

—Mi paje te obligará.

—No lo creáis, señor; tengo la misma opinión que él.

—¿A que os arresto á los dos por un mes?

—Os cojo la palabra y os doy las gracias, señor; cuando me amenazáis con arrestarme es prueba de que no lo estoy; me habéis perdonado un día. Os lo agradezco.

—Sea, si es que ya estás completamente bueno.

—Sí, señor; lo estoy.

—¿Y el agua que te ha bañado esta noche?

—No fué tanto la otra vez del agua que me había caído como del cansancio y el ayuno. Hoy nada me ocurrirá.

—¿Te meterás en cama en el acto de llegar al palacio?

—Sí, señor.

—En ese caso te perdono el día que te faltaba de arresto.

—¿Cruzamos el puente?

—Nota, amigo mío, que están los del lado opuesto alborotados y teniendo que reconocer las obras que están terminando el jefe zapador y los herreros, opto por esperar aquí para evitar ovaciones que me molestan. Lo peor es que mañana tengo que darme á conocer y va á ser para mí un día de prueba.

—Señor, esos infelices llevan dos meses ó más sufriendo tanto, que bien merecen les permitáis un día de expansión y de alegría.

—Es verdad, y ninguno mejor que el de mañana. Me has recordado sus sufrimientos y les voy á permitir toda la expansión que quieran.

—Muy bien hecho.

—No me van á dejar hacer nada.

—Descansad un día.

—No tengo otro remedio.

—Yo me alegro mucho.

—Oye, Luis, ahí viene Rogelio, llámale general.

—¿Lo váis á nombrar?

—Sí.

—Dejadme que yo le dé la noticia. ¿De qué trabajó esta noche?

—De cerrajero.

—Muy bien.

Se acercó en efecto Mendoza, diciendo á Osorio:

—¿Hermano, nos vamos á quedar aquí toda la noche?

—Tengo que reconocer las obras que están haciendo y hasta que acaben no puedo partir.

—Es que no hemos cenado.

—Márchate y cena, que la has ganado bien.

—¿No te hago falta?

—No.

—¿Y vosotros, no cenais?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Qué sobrios estais. Quedad con Dios.

—Oye, Mendoza,—le dijo Luis,—no te atraques mucho.

—Ves, Flaviano, hasta me tutea ese descarado.

—Antes de acusarme al jefe si tuvieras talento me preguntarías la causa.

—La causa será alguna tontería tuya.

—Mía no, ahora es del general.

—¡Hermano, te llamó tonto!

—Y con tanta razón como tengo para tutearte á tí.

—¿Qué razón es esa?

—¿Para tutearte? que te vas acercando á mí.

—¿A tí? No te comprendo.

—Lo creo; comprendes poco y mal.

—¿Hablas?

—Si; digo que te vas acercando á mí porque ya eres general, y como el nombramiento no es sabio... Deduce la consecuencia.

—¡General! ¡Ya general! ¡Antes de la edad en que lo fué mi padre!

—Sí, marqués; consiste en que tu padre no hizo de barquero, ni de cerrajero, ni trabajó en otros oficios de que tú tanto gustas.

—¿Pero es verdad, Flaviano, ó son bromas de tu paje?

—Son bromas de mi paje todo, menos lo de que ya eres general.

—Luis, ven que te abrace, y tutéame siempre.

—Alto, señor general, eso de abrazarme no lo tolero.

—Pues dame tu frente.

—Eso es otra cosa; tómala.

—Jamás estampé un beso con más entusiamo.

—Ahora vete.

—Ya no me voy, ya no ceno.

—¿Qué no cenas?

—Que no. Quiero comtemplar extasiado á mi generoso hermano, al rey del talento, al Dios de la sabiduría.

—Cena, duerme y mañana lo veras todo el día.

—No, paje mío, delicioso paje, déjame que bese su mano, que le demuestre mi gratitud...

—Rogelio, hermano mío, te he nombrado general porque lo has ganado, que si algo hubiera podido faltarte, á mí me sobra, y te lo cedo con todo mi cariño.

—Gracias, hermano, la emoción me ahoga. No en balde eres el hombre á quien más amo en el mundo.

—¿Más que á mi padre?

—Sí.

—¿Más que al Santo?

—Más.

—¿Porque te he nombrado general?

—No; por lo que eres, por lo que haces y por lo que vales.

—Gracias, Rogelio.

—Más te debo ya que mi padre debió al tuyo.

—Me alegro.

Hablando así permanecieron hasta que Osorio creyó que iba á terminar el zapador.

CAPITULO II

Término de las obras del muelle.—Una ovación que se ahoga al nacer. — Se ganó la primera partida. — Nuestro guerrero y los ingleses.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Flaviano, Luis, Zalla y Mendoza atravesaron el puente, llegando al paraje donde estaban el zapador y los herreros.

Osorio examinó lo que estaban haciendo, preguntando:

—Maestre, ¿os ha hecho trabajar mucho este lado?

—Mucho, señor.

—¿Quedará tan fuerte como el otro?

—Más aún; tiene una cadena doble y todo lo que hemos puesto á su compañero.

—¿Qué podeis tardar en concluir lo poco que os falta?

—Un cuarto de hora.

—¿Haceis falta?

—No, señor, puede el maestro reemplazarme.

—Pues venid vos y que sigan ellos.

Ya solos, y retirados á un lado del puente, añadió Osorio:

—Ese puente, para ofrecer completa seguridad, necesita tres anclas.

—Admirable, se construirán y las pondremos inmediatamente.

—Mandad poner la barandilla nueva y que sea de hierro. Interín la hacen puede servir la que tiene. Que carenen y pinten las barcas y mejoren el piso.

—Con todo lo cual quedará el puente maravilloso, nuevo.

—Eso deseo.

—Mañana darán principio á las obras y continuarán sin levantar mano.

—Maestre, al encontrarse el enemigo sin puente y notar que en vez de bloquear se halla completamente bloqueado querrá hacer algo; el hambre produce milagros.

—Es lo probable, señor.

—Con diluvio ó sin él es preciso que hagan sin dilación las dobles trincheras ó tambores que os tengo encargados.

—Ya los están haciendo.

—Que abrevien. Eso urge más que todo.

—Doblaré el número de trabajadores.

—O tripicadlos si es posible.

—Muy bien.

—Es probable que aun os tenga que encargar otra cosa, pero hasta mañana no puedo saberlo.

—¿A qué hora os debo visitar?

—A las nueve.

—¿De la noche?

—No, de la mañana.

—¿No vais á dormir?

—No.

—¿Con tanto como venís trabajando?

—Maestre, á la patria se la da todo lo que pide.

—A las nueve, señor, estaré en vuestro palacio.

—¿No acaban esos hombres?

—Les ayudaré y de este modo abreviarán.

—Sí, hacedlo.

Flaviano se incorporó sin salir del puente con Mendoza, Luis y Zalla y continuó hablando con ellos hasta que el zapador le dijo:

—Ya está terminado todo, señor.

—Véamoslo.

Reconoció la obra que acababan de concluir.

—¿Cómo hallais este lado?

—Bien.

—Pueden pasar los carros y toda clase de caballerías sin dificultad alguna.

—¿Empleásteis todo el alambre?

—Todo.

—Muy bien, maestre, que den principio mañana á la recomposición, que alijeren las obras del muro y hasta mañana á las nueve.

—Dios os siga inspirando, señor.

Flaviano, seguido de Mendoza, de Luis y de Zalla atravesó el puente, hallando un grupo de ciento treinta

hombres que le esperaban sombrero ó gorra en mano.

—¡Ah! ¿sois vosotros? Me alegro. Don Gonzalo, mañana entregad una onza de oro á cada marino de esos treinta y media á cada soldado de esos ciento. Ya es hora de descansar, retiraos: Gonzalo, seguidme.

En aquel mismo instante gritó uno de los marinos:

—Compañeros, ¡viva el héroe!

—¡Viva!

Y fué á estallar una explosión de entusiasmo que evitó Osorio, adelantándose y diciendo con toda la fuerza de sus pulmones:

—Silencio por esta noche; mañana os concedo toda la expansión que queráis, pero esta noche podía perjudicarnos. Retiraos á descansar, yo os lo ruego.

Uno de los marinos le contestó:

—Señor, ya estamos mudos, lo mandais y obedecemos. Pero dignaos concedernos una sola gracia.

—Hablad, ¿qué deseais?

—Por esta noche nos conformamos con acompañaros á vuestra morada.

—Sea. Vamos.

—Un momento, señor. Compañeros, hachas, linternas, toda clase de luces, cada uno que se proporcione una luz.

Minutos después marchaba Flaviano entre sus amigos por medio de tantas luces que, á pesar del agua que caía, estaba la calle profusamente alumbrada.

Todos marchaban en silencio, pero ninguno iba sin luz. Los que no la hallaron de pronto se la proporcionaron por el camino.

Al llegar Flaviano á la puerta del palacio se volvió diciéndoles con la visera alzada:

--Sed los primeros en reconocedme, pero silencio. Mañana lo que querais. Dios os acompañe á todos.

Y se entró, oyendo murmurar en voz baja:

—¡El héroe! ¡el primer general del mundo! ¡Bendito sea! ¡bendito! ¡bendito!

Subió con sus amigos, y después de cruzar algunas frases con ellos les mandó que se retiraran á descansar. Cuando todos lo hicieron, entró en su alcoba diciendo á Pérez:

—¿Y mi armadura?

—Vedla, señor.

—¿Completa?

—Sí, señor.

—¿Y el caballo?

—Armándolo está Moreno.

—Empiece, Pérez, por mudarme toda la ropa interior, secando antes mis carnes; vengo empapado en agua.

—Al momento, señor.

Y comenzó á desnudarlo, diciendo luego.

—Pero ¡cómo venís, señor, da compasión!

—Desde las siete de la noche hasta ahora cayéndome agua, juzga cómo vendré.

—¡Si el señor duque os viera!

—Ya habrá sufrido él lo que yo y más. Esto es la guerra y no otra cosa, Pérez.

—Qué necesidad teneis vos ni vuestro padre tan ricos, tan elevados, de estar en guerras y azares...

—Ninguna, Pérez, pero nos llama la patria y ¿quién desoye su voz?

—Eso es cierto. Os quito la ropa y sale como metida en el río.

—Lo mismo debe estar.

—¿Queréis que os dé con alguna esencia después de secaros?

—Es indispensable, Pérez, la salud lo reclama.

—¿Qué frasco elijo?

—El segundo.

—¿Os froto con ella?

—Sí, con alguna fuerza.

—Tenéis, señor, el cutis más fino que el de una dama.

—Pues no será porque no lo trabaje.

—Estas hermosuras las da Dios y no se pueden imitar. Parecen de seda vuestras carnes. ¿Doy más fuerte?

—No, va bien.

—Apenas se notan las señales de las heridas que os hicieron.

—¿Han cicatrizado bien?

—Muy bien.

—¿A que hora amanece con este diluvio?

—A las seis se ve algo.

—Pero las primeras ráfagas de luz ¿á qué hora aparecen?

—A las cinco y media.

—Procura que tenga la armadura puesta para ese instante.

—Muy bien.

Después de darle una fricción con una esencia secante, le fué vistiendo hasta ponerle la armadura completa.

Cuando acabó dijo á Pérez:

—Abre ese balcón.

—Ya está.

—¿Aparece el primer crepúsculo matatino?

—Sí, señor.

—¿Estará el caballo?

—Positivamente.

—Pues bajemos.

Haciendo el menor ruído posible llegaron al portal. Allí esperaba el potro que Moreno tenía del diestro.

Flaviano le hizo una caricia, le miró un ojo y satisfecho montó, llevando levantada la visera de su casco que hoy era blanco como el resto de la armadura que, como el jinete, llevaba el caballo.

Sin aligerar el paso, pues aun no se movía bien, llegó Osorio á la muralla.

—Ese puente y rastrillo—gritó á un centinela.

—No puede ser,—le contestó.

—Que venga el oficial al momento.

Lo llamaron y apareció segundos después.

—¿Me conocéis?—le preguntó Osorio.

—Señor, sois mi general, el héroe...

—Dejadme salir y esperad mi vuelta al pie del puente.

—¡Qué felicidad, qué dicha; si todos lo decíamos: estos milagros solo puede hacerlos el genio de la guerra! ¡Con que no os han muerto! ¿Pero venís solo?



—Todo por mi patria.

—Sí, abreviad.

—Salid, señor, y que la Providencia os cubra con su manto de bondad.

Salió Flaviano, y el oficial ebrio de alegría empezó á contar lo que acababa de ver; la noticia corrió como un chispazo eléctrico, y poco á poco se fué coronando de soldados y oficiales todo el muro.

Los artilleros encendieron las mechas por orden de sus jefes; salieron anteojos y todas las miradas se clavaron en el guerrero, que solo y sin acelerar el paso se metía en medio de sus contrarios.

Flaviano entró en el campo á un trote corto; pasó los mojones que dividían al uno del otro enemigo, y sufriendo él y su caballo los rigores del temporal que todavía continuaba como empezó, se dirigió á las tiendas inglesas.

Iba á la vez enterándose de la distribución de fuerzas y de la posición de los cañones.

—¡Todo por mi patria! —exclamó acercándose al cuerpo de guardia y preguntando con altanería en buen inglés:

—¿Dónde está el jefe del campo?

Debieron creerle inglés porque un sargento le contestó:

—Mister Claus duerme.

—Que se levante al momento y venga.

El mismo sargento, creyendo que era un general inglés, corrió, entrando en una casa de madera que servía de morada á Claus.

El caballo de Osorio comenzó á dar saltos, á co-

rrer, á espantarse de los soldados ingleses que querían detenerlo, permaneciendo así cerca de media hora, que el cachazudo mister Claus tardó en vestirse. El diestro jinete se enteró de cuanto le convenía.

Era el jefe del campo inglés el equivalente á maestre de campo, y se acercaba á Osorio con la lentitud tan proverbial en su raza.

—¿Quién sois y qué quereis?—le preguntó Claus.—¿Por qué me habeis hecho vestir? ¿Os manda el almirante?

Sin fijarse Flaviano intencionadamente en las preguntas del inglés, le interrogó á su vez con altanería:

—¿Sabéis lo que pasa en el río?

—No.

—¿Nada sabéis?

—Nada.

—¿Ni lo que ha ocurrido á lord Yoon.

—Tampoco.

—¡Y dormiais tranquilamente!

—Dormía, sí.

—El puente ya no está en su sitio.

—No puede ser.

—Venid conmigo que cerca está.

Y picó á su potro.

Alarmado mister Claus y casi maquinalmente siguió á Osorio, el cual, en vez de mirarlo, reconocía lo que le faltaba del campo contrario.

Así llegó frente al río Tabasco y añadió:

—Mirad.

—¡Se lo ha llevado la corriente! ¿Por dónde habeis entrado vos?

—Ahora os contaré. Yoon ha muerto y os da la noticia el general Flaviano de Osorio, que entró por donde sale. Vedlo.

Y picó á su potro que salió con la velocidad de la centella.

Mister Claus quedó aturdido, confuso sin saber qué hacer ni qué mandar.

Cuando quiso disponer algo, vió con sentimiento que el general español estaba ya bajo los fuegos de ars cabuz de la plaza, puesto que ni jinete ni caballo se veían por ninguna parte.

Después de mirar la entrada de Osorio en la plaza, se fijó en el río diciendo:

—¿Por dónde vamos á entrar y salir?

Tocó un silbato y á su sonido acudieron varios oficiales ingleses, á los cuales dijo:

—Nos hemos quedado sin puente. Vedlo.

Otro flemático como él le contetó:

—Se hace otro.

—Tardaremos dos meses, más de dos meses; ¿qué vamos á comer entretanto?

—Tomamos la plaza y cojemos todo lo que tengan.

—¿Pero tienen algo? ¡Ah, sí! Tienen el general Flaviano de Osorio que ha estado aquí.

—¿Y le habeis dejado escapar?

—¿Qué había de hacer? Hablamos, y al despedirse, después de enseñarme el río y darme la noticia de que ha muerto el almirante, metió espuelas, y como yo estaba á pie, se fué.

—¿Qué ha muerto lord Yoon? Eso no puede ser.

—Yo lo creo, porque no ha contestado á mi último escrito, ni ha venido por aquí, ni está en la escuadra.

—Eso es muy grave.

—Es más la falta de ese puente.

—Ya lo creo.

—¿Qué hacemos?

—Vamos á tomar un poquito de ginebra, y allí debatiremos.

Todos se fueron á la casa del mayor, nombre que daban los ingleses al de maestre, y entre jarros de ginebra comenzaron á dsscutir lo que debían hacer.

Después de muchas horas de debate acordaron mandar un parlamentario á la plaza pidiendo una prórroga de dos meses al acabar la tregua que ya estaba para concluir.

Su pensamiento era enterarse á la vez de pedir ese tiempo, si era ó no verdad que el general Flaviano vivía y estaba en San Juan, si los enemigos tenían alimentos, y en caso extremo aceptar la prórroga que se les diese fuese la que quisiera.

La verdad es que, las dos noticias que les había dado Flaviano los descompuso hasta el extremo de perturbarlos y no saber qué hacer ni qué pensar en estos primeros instantes.

Mandaron el parlamentario á las dos de la tarde, y quedaron reunidos esperando la contestación, comiendo y apurando vinos y licores.

Más falta les hacía ahora el alcohol que tomaban para dirigír las noticias recibidas que para los manjares que habían comido.

Acordaron también guardar todos los alimentos que tenían para ellos sólo, y tener preparados los cañones y arcabuces para en el caso de que se sublevaran los indios por falta de comestibles.

Empezaban á comprender que la situación de aquella guerra había variado por completo.

El bloqueo impuesto por ellos se había vuelto contra los impositores, siendo ahora estos los bloqueados, como debían ser dentro de poco los hambrientos.

Los ingleses pensadores y de recta conciencia. pronto empezaron á maldecir la hora en que los desembarcaron, y al gobierno que los había mandado de una manera hipócrita á las posesiones de un reino, con el cual estaban en paz y sin que les hubiera dado motivo para perturbar con su ayuda, dinero y armas la tranquilidad y sosiego de Méjico.

Mucho les queda que llorar todavía esas desgracias.

CAPITULO III

Entrada triunfal de Flaviano en San Juan Bautista.—La ovación continuada.—Empieza á ceder el temporal.

Salió el joven y sabio general, como hemos dicho, á escape; pera al llegar á los mojones que dividían los campos, puso al trote su caballo, sin ocurrírsele volver la vista atrás.

Hemos dicho que llevaba alzada la visera de su casco, y así era la verdad.

Su incógnito había terminado al montar á caballo aquella mañana.

Toda la muralla se había coronado al llegar Osorio, de jefes, oficiales, paisanos, sacerdotes y soldados.

Más de la mitad de la población estaba allí apiñada, y varios cordones de gente se dirigían allí.

Al principio se veían retratados la ansiedad y el temor en todos aquellos semblantes, pero al ver regresar al héroe solo y á un trote corto, sin que nadie osara

perseguirlo, sonó un aplauso tan extenso y nutrido, que apagó el ruído del agua que caía.

Unos exclamaban.

—¡Qué valiente!

Otros:

—¡Qué sabio!

—Desde que él entró, se acabó el bloqueo, el hambre y el temor.

—¡Mirad qué hermoso es!

—¡Qué joven!

—¡Dios le bendiga!

—¡Viva el héroe!

Y comenzaron los vivas sin interrupción.

Flaviano llegó al puente, y lo atravesó exclamando:

—Arriba ese puente.

Más tarde añadió:

—Cerrad el rastrillo.

Y entró en la ciudad, yendo su caballo al paso.

Pueblo y soldados, mujeres y hombres se acercaron á él para besar sus manos, sus piernas y hasta la cola de su caballo.

De los balcones y ventanas llovían con el agua millares de flores; las campanas todas tocaban á vuelo, la artillería y los arcabuces hacían salvas, y era tan grande el estrépito que nada se entendía con claridad.

Era una explosión de entusiasmo, de amor, de gratitud jamás hasta entonces vistos.

Osorio, que no gustaba de ovaciones, iba ahora enternecido. Abandonó las bridas de su caballo, y daba

las manos para que se las besaran, las oprimiesen ó hicieran de ellas lo que quisieran.

Muchas damas lloraban de alegría y satisfacción al verlo, y entre aquella masa tan compacta y extensa, iba empleando quince minutos para cruzar cada calle.

No es posible decir lo que gritaban, lo que aplaudían, lo que lloraban, lo que bendecían, ni la centésima parte de las muestras de amor y entusiasmo que el héroe recibía.

Desde la muralla á su palacio, que solo habría la distancia de quinientas varas, tardó dos horas. Salió á las cinco y media y regresaba á las nueve.

El estrépito aquél despertó á Luisa, á Gonzalo, á Mendoza y á Zalla. A medio vestir fueron á su alcoba, y no hallándolo se armaron y fueron á salir; pero ¿por dónde? El zaguán y la calle estaban cuajados de gente. Preguntaron y solo oyeron:

—El héroe llega. Regresa del campo enemigo.

—¿Solo?—preguntó Mendoza.

—Sólo fué y solo vuelve; ese es más valiente que vos y que todos los nacidos. ¡Viva el héroe!

—¡Viva!

Y Gonzalo, Mendoza, Luisa y Zalla tuvieron que volver á subir y esperar en el balcón la llegada de su amigo.

Flaviano entró con mucho trabajo en el zaguan del palacio, echó pie á tierra, dejó besar sus manos, su armadura y hasta la cola de su caballo, y subió la escalera, librándose de este modo de tanta oleada de gente

de tanta voz como hería sus oídos y del calor de la apretada masa que en el zaguán lo oprimió.

Ya arriba dijo á sus amigos:

—Que abran todos los salones y que permitan la entrada en ellos á todos los jefes y oficiales que quieran verme, á todas las autoridades, á todos los nobles, á todos los sacerdotes y comunidades, y á todas las corporaciones. Pérez, ven á mi alcoba.

Solo ya con su criado, le dijo:

—Quítame la armadura y cúbreme con un traje de terciopelo negro sin otra distinción que la cruz de Santiago.

—¿Ropa interior?

—Creo que no; la armadura defendió del agua mis ropas interiores.

—Veámoslo, señor.

Las campanas seguían á vuelo, los cañones y arcabuces haciendo salvas, los balcones y ventanas cubiertos de colgaduras, y los vivas y aclamaciones atronando el espacio.

Era la mayor prueba de gratitud que podía ofrecerse á un caudillo.

Si Osorio hubiera gustado de ovaciones, la que ahora le ofrecía aquel noble pueblo habría recompensado todos sus sacrificios, pues no se conocía mayor hasta entonces. Aquel acto, aquella explosión de entusiasmo entre un diluvio que impedía el tránsito y ahogaba toda manifestación, era el delirio de una fiebre que convertía al hombre en autómata por la más profunda gratitud.

Y en esta ocasión no obraba así únicamente ese mísero pueblo que trabaja mucho y discurre poco; eran todas las clases sociales, todos los talentos, todas las capacidades.

Verdad es que cuando aquellas veinte mil ó más almas creían perecer de hambre ó morir asesinados por el salvaje acero del fanático paganismo, se ven nadando en la abundancia, condenados al hambre y la miseria á todos sus enemigos y auxiliares de éstos y libres ellos, en fin, de toda opresión, de toda tiranía y de toda desgracia.

Y como si todo esto fuese poco, el solo hombre que con su talento y sabiduría logró salvar de la ruina y la muerte á tantos miles de familias acababa de hacer lo que ninguno se atrevió hasta entonces; sin acompañamiento ninguno, cayó en medio de todos sus contrarios, reconoció el campo de éstos, conversó con algunos, se dió á conocer á uno de ellos y se volvió tranquilamente á la ciudad que había salvado sin que osaran disparar contra él un solo tiro. Aquel rasgo de inaudito valor, aquel talento precedido de la más avasalladora arrogancia, en una época en que la valentía jugaba el principal papel, acabó de enloquecer á todos los sanjuanistas grandes y chicos sin ninguna excepción.

Aplaudían la maroma que, de hambrientos, los convirtió en hartos; el puente que les abrió las puertas del mundo, cerradas por la impía mano del paganismo y hasta llegó el caso de insultar las madres que llegaron á creer muertos de hambre á sus hijos, á los más valientes y aguerridos militares, diciéndoles:

—Ese es el valiente, ese es el verdadero soldado, ese es el que vale más que todos vosotros juntos y más que cien ejércitos.

No se ofendían por eso aquellos que los escuchaban.

—Sí,—les decían,—es nuestro general, nuestro jefe, nuestro padre; honradlo y os aplaudiremos; ¡ay de la lengua que osara lastimar su nombre! Para esa serían nuestros aceros, para las vuestras nuestros aplausos.

Aquel pueblo en parte civilizado, en parte supersticioso y fanático llegó á creer que Flaviano había resucitado como Lázaro, y no fué poco el partido que sacaron algunos de esa torpe idea.

Dejemos á los Sanjuanistas que no tienen entrada en el palacio del general, que vitoreen, que alarmen y que den rienda suelta á su noble y justificado entusiasmo, y entremos nosotros para seguir paso á paso al invicto héroe.

Cuando Pérez acabó de vestirle, le dijo:

—Señor, los salones empiezan á llenarse con los señores y damas que vienen á visitaros.

—Entérate si ha llegado el jefe zapador, y en caso afirmativo que pase á mi despacho. Dí á Mendoza, á Gonzalo, á Luis y á Zalla que entren.

Cuando llegaron los últimos les dijo:

—Entrad vosotros en los salones y empezad á recibir por mi; decid á esos señores y damas que no tardaré en honrarme con su compañía.

—Lo haremos, pero no tardeis, señor.

—Iré en el momento que pueda, antes que todo es el cumplimiento de mi deber.

—Señor,—dijo Pérez llegando,—en el despacho os espera el jefe zapador.

Flaviano dijo á sus amigos que empezaran los cumplidos y encerrándose con el nuevo maestre, le dijo:

—El enemigo está vencido, pero no muerto; el hambre y el instinto de conservación le harán discurrir é intentará imposibles. Necesario es no dormirse sobre los laureles y acabar con él ahora que está débil y descompuesto.

—¿Se atreverá á atacar la plaza?

—Por ahora no, pero intentará á mi juicio cosas peores.

—¿Qué temeis, señor?

—Se trata, maestre, no de esas inconscientes hordas semisalvajes, sino de un pueblo ilustrado como es el inglés; de hombres que saben, que discurren y que son los primeros en la vida práctica de los pueblos cultos.

—¡Y como no tienen conciencia!

—Ni conciencia, ni otras cosas.

—¿Qué temeis, señor?

—Lo primero que intentarán será echar de la isla esos 30.000 indios que en pocos días pueden dar fin de todos los víveres que tienen en sus almacenes

—¿Y por dónde salen, por el aire?

—No, por el río.

—¡Y los barcos; y el puente que les cierra el paso?

—De los muchos árboles que tienen, improvisarán canoas. Ya sabeis que el indio con cada árbol hace una. Y saldrán, metiendo en cada una y yendo unos sobre otros, cien hombres. Con 300 tienen bastantes

para todos los indios. De día trabajarán y de noche harán los embarques. Si el resultado es favorable, entonces también se irán los ingleses, creen tener la escuadra cerca y pueden replegarse á ella.

—Pero, ¿y el puente, señor?

—¿Olvidais por ventura que nos hallamos en una isla?

—No, señor.

—El puente está á la izquierda y les queda libre el lado de la derecha, por el cual pueden correr las canoas á favor de la corriente.

—Teneis razón.

—Es necesario impedir que se escape un sólo indio. Empiezo aplicándoles la ley del Talión.

—¿Y después, señor?

—Luego atacarán, ó si pudieran hacer volar la plaza lo intentarán, pero esto lo hemos de comprender más tarde, concretémonos ahora á impedir que se escapen los indios.

—¿Que hago, señor?

—Levantad un fuerte en la orilla opuesta del río, muy á la orilla, colocando en él un farol de tal potencia que su luz nos permita distinguir hasta la otra orilla. Para que lo comprendais mejor, os diré lo siguiente: la isla en que nos hallamos se encuentra en medio del río Tabasco. Las aguas corren por ambos lados, formando dos brazos equivalentes á dos rios para juntarse al concluir la isla y correr ya como un solo río á sepultarse en el golfo de Méjico. A la orilla de uno de los dos brazos está situada esta plaza y bien echado

el puente, pero el otro brazo se halla más lejos de la ciudad, sin puente, y por él pueden correr las canoas sin hallar otro estorbo que el nuevo que vamos á levantar. ¿Comprendeis ahora la idea?

—Sí, señor. Haré un fuerte para artillería y arcabuces.

—Bastarán dos cañones y cien arcabuces.

—¿Y si el enemigo ataca el fuerte?

—En el momento que lo intente caerán sobre él mil caballos protegidos y ayudados por la artillería de la plaza.

—Perfectamente, ellos no tienen caballería y la nuestra arrollará fácilmente las masas enemigas.

—¿Cuanto podeis tardar en levantar el puente?

—Necesito una semana.

—Eso es mucho: sólo os doy dos ó tres días.

—¿Cómo hago ese milagro señor?

—Cubriendo sólo la parte en que ha de dormir la mitad de la fuerza. Lo demás al descubierto. Os pido casi una trinchera nada más con poca piedra y muchos sacos de arena.

—En tres días lo hago de ese modo.

—Esperad un poco y os dibujaré el sitio, la forma y cuanto necesitais.

Haciéndolo estaba cuando se llegó Zalla diciéndole:

—Señor, todos los salones están llenos, y más de quinientas personas os esperan.

—Es antes el enemigo, Ricardo, y estoy con él. Pronto voy, que esperen.

Salió el capitán, más tarde acabó Osorio su dibujo y se lo dió al maestre diciéndole:

—Ved si se comprende bien.

—Sí, admirable. No necesito más. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo. Este día se cuenta ya.

—Está bien.

—¿Y las obras de la muralla?

—Señor, me las encargásteis para anteayer y no pudieron quedar ese día terminadas por causa del temporal, pero las concluyeron ayer.

—¿Y el puente?

—Trabajaban en él.

—¿Con energía?

—Sí, señor.

—¿Lo habéis reconocido esta mañana?

—A las ocho estaba allí.

—¿Cómo lo encontráis?

—Mejor que antes.

—Así debe ser.

—Pronto lo concluirán.

—¿Continúa el temporal?

—Sí, señor, pero no tan violento.

—Es buena señal, irá cediendo poco á poco.

—Eso sucede en este país.

—Partid, maestre; vos vais á trabajar por la patria, yo voy á sufrir por el prójimo.

—Ya sé que no os gustan esos aplausos y ovaciones.

—Me atormentan, pero es día de expansión, lo ofrecí, y me resigno. Mañana os veré en la otra parte ó brazo del Tabasco.

—Hasta mañana, señor.

Partió el maestre y Flaviano se presentó en los solones, siendo recibido con un prolongado aplauso.

Todos los jefes y oficiales del ejército se hallaban allí, y por todos fué rodeado.

Una hora estuvo hablando con ellos y siendo calurosamente felicitado por todos.

Salieron aquellos y lo rodearon las autoridades, nobles y damas de la ciudad. Con ellas estuvo galante, expresivo y atento; con ellos cortés y expresivo. Otra hora les dedicó.

Y acto contínuo se acercaron á él todas las comunidades religiosas y sacerdotes de San Juan. Con la iglesia se mostró humilde, modesto y cariñoso. Todos querían besarle la mano, pero él no lo consintió y los fué estrechando uno por uno. Este gran elemento moral de un pueblo lo ganó Osorio hasta donde puede ganarse una colectividad. Otra hora les dedicó é iba á retirarse cuando apoyados en sus sirvientes se le acercaron siete enfermos que también deseaban felicitarle.

¡Cuál no sería su sorpresa al hallar entre aquellos desgraciados á los tres hermanos Ros!

Flaviano los estrechó preguntándoles:

—¿Qué es eso? ¿Cómo así vosotros? ¿Qué os ha sucedido? Hablad, contádmelo todo.

—Señor,—dijo el mayor de los hermanos.—Al llegar á San Juan Bautista la noticia de vuestra muerte los tres caímos como heridos por el rayo. Desde el día siguiente entramos, al volver á la razón, en una agonía que poco á poco extinguía nuestra existencia; pero

al oir esta mañana que habíais resucitado, también nosotros lo hemos hecho. Ayer decía el médico que sólo viviríamos dos días, y no es verdad, señor, vuestra resurrección nos ha curado. Yo me siento ya bueno.

—Y yo.

—Y yo.

Contestaron los tres.

—Gonzalo,—gritó Osorio,—que les den habitación en el palacio á estos tres oficiales. Que se encarguen de ellos los mejores facultativos de San Juan, y que se les cuide con todo el esmero é interés posible. Desde hoy pertenecen á mi escolta.

—Gracias, señor.

—A la cama, Ros, que estáis flacos, descoloridos y demacrados. Sanad, robusteceos y os batireis á mi lado.

—De ese modo pronto curaremos.

—Acompáñales, Zalla, y luego que estén acostados te vas al comedor. Y vosotros cuatro que también os hallais enfermos buscad pronto el lecho y no abandonarlo hasta encontraros buenos. ¿Qué os hace falta?

—Nada, señor.

—¿Quereis dinero?

—No, señor, que vivais, sólo eso queremos.

—Adios, amigos míos, cuando esteis bien, venid á verme.

Y les volvió á estrechar despidiéndolos en la puerta del salón.

—Luis, ¿nos han dejado ya?

—Creo que no será por mucho tiempo.

—Hace veinticuatro horas próximamente que no he tomado alimento alguno.

—Ni nosotros.

—Porque no habeis querido, yo fué porque no pude. ¿Cómo se halla mi pobre general con tanta dieta?

—Figútate, hermano,—le contestó Mendoza,—casi muriéndome.

—¿Qué hora es?

—Más de la una.

—Aprovechemos este paréntesis y vamos al comedor. Bien sabía yo que este era para mí un día de prueba.

—Peor fué la noche.

—A mí, Rogelio, nada me lastima tanto como esas ovaciones.

Y entraron en el comedor.

CAPITULO IV

——

La comida.—El parlamentario.—Su proposición y la réplica.—Otro parlamentario y otra contestación.—La casa Amarilla por última vez.

Poco después de que Osorio y sus amigos se sentaron á la mesa llegó Zalla y empezó á comer con ellos.

El primer cuarto de hora ninguno habló; la vigilia los tenía débiles. Luisa que era la más sobria de cuantos allí estaban, notó que su señor parecía preocupado, y trató de distraerlo diciendo á Mendoza:

—Veo, mi querido general, que has ascendido.

—Sí, paje mío, ascendí.

—No me refiero al inmerecido grado de general.

—¿Ya empiezas?

—Sí.

—¿A que te refieres?

—A la comida.

—¿Qué tiene la comida?

—Mascas menos y comes más.

—Ilusiones tuyas.

—Creí que te ahogabas.

—A eso tiras tú.

—No, yo te lo advierto. Será lástima que se ahogue un general tan gastrónomo.

—¿Nada más que eso soy?

—Y otras cosas.

—Luis, déjame comer.

—Yo no te estorbo.

—Háblame cuando acabe.

—¿Pero piensas acabar?

—Hombre, que no cené anoche ni me he desayunado esta mañana.

—Lo mismo que todos nosotros y no nos quejamos.

—Dí lo que quieras, pero entiende que no te contesto á nada.

—Lo veremos. Señor, no me parece acertada la conducta que observais con el enemigo. Víctima de una sorpresa inesperada debe intentar algo grave; ¿por qué no mandais á Rogelio con el anteojo á que observe lo que hace?

—¡Qué mala intención! ¿Por qué no vas tú, Luis?

—Yo no soy militar ni entiendo de óptica. Señor, que vaya ese general.

—Ya lo mandaré, Luis.

—Si tardais se ahoga. Vedle, se pone negro.

—¿Habrá paje más impertinente?

De este modo continuaron el resto de la comida

en la cual estuvo Luis oportuno y epigramático como siempre.

De sobremesa se hallaban cuando un capitán de los de servicio pidió permiso para entrar.

—Adelante,—le dijo Osorio,—¿Qué acontece?

—Cerca de la plaza hay un parlamentario que desea hablaros, señor.

—Traedlo.

—¿Qué precauciones?

Ninguna.

—¿Descubierto?

—Sí.

—Volveré pronto.

Media hora después entró el capitán seguido de otro inglés. Hizo la presentación y se retiró.

Flaviano recibió al emisario teniendo detrás á sus cuatro amigos.

El recién venido le preguntó en un castellano detestable.

—¿Sois el general don Flaviano de Osorio?

—Sí.

—Os traigo, señor, una misión del campamento. He aquí la nota que lo confirma.

Flaviano empezó á verla, pero mucho antes de concluir se la devolvió, diciendo en inglés:

—No la entiendo. Decid al que os manda que se dirija á mí en español, en inglés, en francés, en alemán ó en azteca, me es igual, pero no en esa mezcla que no es idioma ni se entiende bien.

—¿Cuándo podréis recibirme otra vez?

—Mañana á esta misma hora.

—Dios os guarde, señor.

—El os acompañe.

Salió el inglés, se lo llevó el mismo que lo trajo, y Flaviano se volvió á sus amigos diciéndoles:

—Estoy seguro que me piden una suspensión de hostilidades mayor que la que ahora tenemos.

—¿Se la váis á conceder?

—No puedo contestarte hasta mañana, Luis.

—¿Esperábais á ese parlamentario?

—Sí.

—¿Adivináis ya lo que va á intentar el enemigo?

—No he pensado en eso ni me ocuparé de ello hasta mañana.

Poco después le anunciaron la presencia de otro capitán también de servicio.

Lo hizo entrar, preguntándole:

—¿Qué deseáis?

—Señor,—les dijo el capitán,—junto al puente hemos cogido seis prisioneros indios.

—¿Escapados del campamento?

—Sí, señor.

—¿Por qué han huído?

—Por temor del hambre.

—Contad lo que sepáis de ellos.

—Me han referido que al ver el campamento sin el puente temieron la escasez y conclusión de víveres, y antes que llegara ese caso se echaron al río ignorando que el puente de ellos se había venido á la plaza y les impediría el paso; cuando lo vieron intentaron ganar

la opuesta orilla, pero ya no pudieron, y arrollados por la corriente se salvaron seis, entrando en la rebalsa donde están las lanchas.

—¿Cuántos eran?

—Diez; se ahogaron cuatro.

—¿Quién los vió?

—Antes que los centinelas el pueblo que mira el puente y pasa de un lado al otro. Luego los vimos nosotros y los hicimos prisioneros.

—Dadles de comer cuanto quieran y echadlos al campamento para que cuenten lo que han visto.

—¿Nada más?

—No, partid.

—Os advierto, señor, que han empezado á entrar en la plaza carros con provisiones.

—Para los proveedores y comerciantes. Esa ya es cuestión para ellos. Que tome la administración militar lo que le haga falta, y lo restante para el comercio.

—Así se hará.

Quedaron otra vez solos.

El resto del día lo ocupó Flaviano en recibir algunas visitas y en hablar con sus amigos.

El temporal iba cediendo por instantes. Flaviano aseguró que concluiría durante la noche.

Al día siguiente un sol tropical radiante y hermoso iluminó á San Juan Bautista.

A las siete se levantó Osorio, tomó con sus amigos un ligero desayuno, y cogiendo su anteojo salió con solo su paje.

Ambos llevaban el casco negro y la celada caída.

Llegaron á la muralla y sin darse á conocer entró Osorio en la garita de un soldado.

El centinela fué á echarlo, pero se alzó la celada Luisa diciéndole:

—Atrás.

—¡El paje!—exclamó el soldado y se retiró sin volver la espalda.

Un cuarto de hora estuvo mirando Flaviano desde la garita con el anteojo, fijo siempre en el campamento.

Después dijo á Luisa:

—Descúbrete, manda abrir el rastrillo, que echen el puente, que nos esperen al pié de éste y salgamos.

El paje le obedeció y ambos se vieron en el campo creyendo el oficial que los dejó salir que eran el paje y el general, pero nada se atrevió á decirles por temor de disgurtarlos.

Ya en el campamento los dos se alzaron la celada caminando en dirección del sitio en que Osorio creyó hallar al maestro zapador.

Por los cuerpos de guardia corrió la voz de que el general y su paje estaban en el campamento, y los jefes pusieron las tropas sobre las armas, los artilleros encendieron las mechas y colocaron varios vigías en observación. Pero hecho todo esto con el mayor recato para que nadie pudiera notarlo.

Osorio halló á los zapadores que estaban trabajando donde él mandó, é incorporado con el jefe, le preguntó:

—¿Cuántos hombres tenéis?

—Los doscientos del cuerpo.

—¿No quereis más?

—Si me hacen falta mañana, yo los pediré.

—¿Avanzan las obras?

—Mucho: ¿Quereis verlas?

—Sí, pero decidme antes: ¿os han visto los del campamento?

—Creo que sí, pero ninguno ha traspasado la línea.

—Eso es. Vamos á ver las obras.

Y Flaviano fué examinando todo lo que llevaban hecho.

Introdujo algunas modificaciones, y despidiéndose del maestre se volvió por los mismos pasos, bajando la celada antes de atravesar el puente.

Y se volvieron al palacio sin hablar con nadie más.

A la una comieron, y algo después de las dos le fué anunciada al héroe la llegada del parlamentario.

Lo recibió en la misma forma que el día anterior.

El recién venido le hizo una reverencia alargándole la carta que le acreditaba como parlamentario. Estaba en inglés y Osorio la leyó detenidamente.

Al acabar dijo al parlamentario:

—Ahora está bien. Capitán Wailer decid lo que querais:

—Señor, el campamento os pide una tregua de sesenta días

—¿La tregua sólo se pide á enemigos, lo sois vosotros de España?

El capitán quedó sin hallar nada que contestar.

—¿No me decís nada? Entended que sois un simple

capitán y se ha dignado tratar con vos un general en jefe.

—Vengo como representante, señor.

—¿Representante de quién? ¿De los semisalvajes que hay en ese campo ó de los ingleses?

—De los últimos, señor.

—En cuyo caso vuelvo á preguntar, ¿se halla Inglaterra en guerra con España?

—Creo que no.

—Decidme entonces qué haceis 3.000 ingleses acampados en los dominios de España.

—Señor, no puedo contestaros; mi misión se concreta á proponeros una prórroga de sesenta días en el principio de hostilidades.

—Pero yo ante todo necesito saber qué hostilidades son esas y en qué se fundan.

Tampoco contestó nada el capitán Wailer.

Flaviano añadió:

—Vuestra situación es falsa y de imposible desempeño. Volved al campamento y que vuestro jefe me diga por escrito la causa de hallarse en ese campo, los motivos que tiene para pedir esa tregua, y si su demanda es justa se la concederá con mucho gusto el rey de España, al cual represento con poderes amplios en esta ciudad y en el resto de Méjico. Podeis partir y volved mañana á las cinco de la tarde.

Marchó el parlamentario, y Luisa que se hallaba detrás de su señor le preguntó:

—¿Le habeis concedido la tregua?

—No; tiene que volver mañana.

—Como hablais en idioma que yo no entiendo...

—Ese enviado no sabe otro que el inglés.

—¿Qué vais á determinar, señor?

—Por el pronto ganar los tres días que los zapadores necesitan para acabar las obras que hemos visto esta mañana; luego veremos.

Cerca de anochecido participaron á Osorio que los del campamento se tiroteaban y corrían de un lado para otro.

—Que avisen á los zapadores, que entren en la plaza y dejad al enemigo que se mate ó que haga lo que quiera. Cuando regrese el maestre que venga á verme.

Ya era de noche cuando el jefe zapador se hallaba en su presencia.

—¿Qué acontece en la plaza, maestre?—le preguntó Osorio.

—Que se están matando ingleses é indios.

—¿Llevásteis anteojo?

—Y muy bueno, señor.

—¿Habeis podido distinguir si los aztecas asaltaban los almacenes ingleses?

—Creo, señor, que esa era la causa.

—Si, el hambre; lo tenía previsto.

—El hambre debe ser.

—Maestre; quiero que esta noche doblen las guardias; que los artilleros estén todos cerca de sus cañones y se extienda un cordón de cien en cien varas desde la plaza á la línea divisoria

—Muy bien; ahora mismo daré las órdenes.

—Pues hasta mañana.

Salió el maestre y poniéndose en pie Flaviano dijo á su paje:

—Vamos á la muralla.

—¿Me dejas que te acompañe?—le preguntó Mendoza; lo mismo hizo Zalla y salieron los cuatro en la dirección indicada.

Desde el muro oyeron las descargas de arcabuces un cuarto de hora más; después escucharon dos cañonazos y á éstos siguió un completo silencio.

Aun escucharon media hora más; pero nada sintieron.

La sublevación había terminado.

Nuestros amigos se retiraron á cenar sin cuidarse después ninguno de las descargas del campamento.

Flaviano descansó dos horas para empezar de nuevo sus trabajos en San Juan.

Al día siguiente se levantó á las seis de la mañana yendo con el paje á la muralla. Preguntaron al oficial de guardia de aquél baluarte y contestó que durante una hora debieron haber estado en el campamento quemando cadáveres por el fuego que vieron y el olor que llegó hasta allí, pero que nada más vieron ni oyeron.

Flaviano miró con el anteojo un cuarto de hora y se retiró á su palacio.

Los dos se desayunaron en compañía de Mendoza y Zalla y al terminar montaron á caballo los cuatro y salieron al trote.

Se detuvieron en el puente; Osorio examinó las

obras que estaban haciendo y satisfecho picó á su caballo dirigiéndose á la casa *Amarilla.*

Notaron las mismas precauciones, el mismo cuidado y más vigilancia aun que anteriermente.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó Osorio á Fajardo y á Almeida.

—Que creímos asaltaban la plaza y nos preparamos; luego reemplazó el silencio á los dos cañonazos que oímos y sólo ordenamos una discreta vigilancia para evitar fuésemos sorprendidos. ¿Atacásteis al campamento, mi general, ó éste os atacó?

—Ni lo uno ni lo otro, maestre, se han batido solos los ingleses y los indios.

—¿Qué decis, señor?

—La verdad; lejos de batirse con nosotros nos han pedido sesenta días de prórroga. Pero no perdamos el tiempo en inútiles digresiones. Subamos y que me lleve Oaxacay á esa azteca que desea hablarme.

Entraron en el salón y al poco tiempo se presentó Juan Oaxacay con la viuda del cacique.

Fajardo y Almeida se retiraron á un lado con Juan. Zalla les contaba lo ocurrido en San Juan y la india avanzó, preguntando:

—¿Quién es el general?

—Yo,—le contestó Flaviano.

Hemos dicho que esta mujer era hermosa y ahora se acercó á ella Rogelio para ver de cerca aquella belleza semisalvaje.

Al oir la viuda la afirmativa del héroe lo miró con ira diciéndole:

—¿Con que tú eres el maldito español, verdugo de mi raza, tú el que nos robas vidas y haciendas, tú el más malo de todos los hombres?

—Sí,—le contestó Osorio haciendo seña á sus amigos para que no la molestasen.

—¿Ignoras que nosotros no olvidamos ni perdonamos?

—No me importa saberlo.

—Pero te conviene saber que mientras viva uno solo de mi raza tu vida peligra porque con tal de matarte moriremos contentos.

—Probad.

—¿Que probemos?

—Sí.

—¡Toma!

La india tiró á Flaviano una puñalada. Tenía el arma en la mano y las dos escondidas entre los pliegues de un manto que llevaba.

Luisa solo tuvo tiempo de correrse á la izquierda y poner el pecho para recibir ella el golpe.

La puñalada iba dirigida al corazón y con tal furia que la muerte era segura si tocaba el pecho de alguno, el de Luisa que la hubiera recibido si Mendoza que seguía mirando aquella hermosura salvaje no alargara la mano para detener el golpe, cogiéndola á la vez por el cuello. En el acto la soltó, cayendo la india en el suelo.

Flaviano le miró preguntando:

—¿Rogelio, ¿qué has hecho?

—Detener el golpe que ha debido matar á nuestro paje que otra vez quería salvar la vida.

—¿Detener el golpe nada más?

—Eso solo,—contestó el gigante con la mayor naturalidad.

—¡Pero hombre si la has ahogado!

—¿Yo?

—¿No la ves negra?

—Pues es verdad; te juro, hermano, que solo quise separarla. Como me has obligado á que hiciera tantas fuerzas, se han desarrollado estas y con un poquito bastó .. Yo no he sentido nada.

—Tú, no, ya lo creo; pero ella...

—Bien muerta está, señor, no era una mujer, era una hiena,—dijo el paje,—gracias Rogelio, te debo la vida.

—Sí, pero lo hice sin intención.

—Que entierren ese cadáver, luego poneis en libertad á los criados y regresemos todos á San Juan. Dad, Almeida, la orden para que ensillen. En las mulas pueden ir el oro, alhajas y todo menos los muebles. Cerrais luego la puerta y después dispondré lo que se ha de hacer con la casa.

Una hora más tarde salían los criados de la viuda con su ropa y lo que tenían allí para Cruz y Flaviano con su escolta para San Juan Bautista á donde llegaron perfectamente.

CAPITULO V

— —

A cada uno su puesto.—El parlamentario por tercera vez.—Plan de Osorio.—Prevención.

Cuando Almeida y Fajardo vieron el puente del río y recordaron lo que les había dicho Zalla, quedaron maravillados del talento, valor y habilidad de Osorio, comprendiendo ahora perfectamente que habiendo sido el mejor auxiliar del héroe la extraordinaria fuerza de Mendoza y su docilidad ante las órdenes de Flaviano, era justo su ascenso á general.

Vieron luego la animación y alegría que reinaban en la ciudad y aplaudieron el cambio radical efectuado en cinco ó seis días nada más.

De todos los individuos de la comitiva el único que iba triste y ensimismado era Osorio. Vió el puñal de la india casi tocar el pecho de Luisa y se había impresionado mal.

—Otra noble acción,—se decía,—la llevó á las

puertas de la tumba; por evitarme el golpe mortal puso su pecho para recibirlo ella. ¡Oh, no tiene igual su acción de esta mañana! ¡Pobre vida humana, pende como la más débil luz del soplo tenue de una criatura! ¡Qué poco es necesario hacer para arrancar la vida de un ser llámese héroe, valiente, temerario ó debil!

Y pensando así llegó á su palacio sin haber visto nada de lo que cruzó por delante y por sus costados.

Seguidamente ordenó que cada maestre se hiciera cargo de las fuerzas que anteriomente había mandado, quedando Mendoza con sus tercios á pesar de su ascenso á general.

Los indios y los treinta marinos que llevó de Méjico, con Zalla, Oaxacay y los Ros componían su escolta.

Comió á la una y á las tres se fué al campo con objeto de examinar las obras que dirigía el maestre zapador.

Allí permaneció hora y media regresando al palacio para recibir al parlamentario.

Este llegó á las cinco en punto, llevando un pliego bastante abultado, que entregó á Osorio.

El héroe le hizo sentar, encargando á Luisa, á Zalla, á Mendoza y á Gonzalo que le dieran conversación mientras él contestaba al mayor inglés que firmaba el pliego que acababa de recibir.

Tres horas tardó el general en dar cima á su trabajo, no porque necesitase todo aquel tiempo sino para dar lugar á que los zapadores acabasen su obra; después de anochecido transportaron los cañones, con ar-

tilleros, arcabuces y todo lo necesario á fin de que antes de las nueve quedase el fuerte en disposición de funcionar, como así sucedió.

Por fin entró en el salón llevando en la mano el pliego cerrado que el parlamentario debía conducir.

Los cuatro que habían quedado en el salón con el inglés se hallaban al volver Osorio aburridos, cansados y hasta fatigosos. Su conversación con el extranjero en un español que aquel estropeaba y ellos apenas comprendían los llevó un punto menos que á la desesperación.

Osorio le entregó el escrito, pero al tomarlo el capitán Wailer, le dijo:

—Ah, señor, si quisiérais contestarme á una pregunta yo os lo agradecería mucho.

—Si puedo lo haré, preguntad.

—¿Me quereis decir si es cierto que nuestro puente se ha venido á esta ciudad?

—¿Me contestareis vos á otra pregunta?

—Si puedo, sí.

—¿Qué ocurrió ayer en vuestro campo?

—Puedo; oid: los indios del Norte se rebelaron, entrando en nuestros almacenes y nos coparon una gran parte de nuestros víveres. Los restantes indios quisieron hacer lo mismo y para cortar la rebelión y quitarles el botín matamos quinientos, pero sólo pudimos recobrar la mitad de lo que nos habían robado.

—¿Cuántos ingleses murieron?

—Setenta con cien heridos.

—Fué una batalla.

—Sí, señor.

—¿Quién los apaciguó?

—Moctezuma y las bocas de nuestros cañones y arcabuces.

—¿Volverán á sublevarse?

—Es probable y volveremos á matar indios. ¿Queréis contestar á mi pregunta?

—Sí, capitan: en efecto, el puente que teníais á la orilla del campamento es el mismo que tengo ya ahora junto á la plaza.

—¿Se fué solo?

—No, se vino acompañado por treinta y dos españoles.

—¡Treinta y dos nada más!

—Nada más.

—Es una maravilla; lo refirieron unos indios que intentaron escapar nadando y ninguno lo hemos creído.

—Hicísteis mal. Los indios os dijeron la verdad.

—¡Parece imposible!

—No os quedará duda alguna; cuando partáis podéis verlo.

—Oh, sí, de ese modo nadie podrá dudarlo. ¿Me dáis vuestro permiso?

—Gonzalo, acompañad al capitán Wailer á que vea el puente y después con hachas de viento hasta la línea divisoria, que os sigan veinte soldados para que os alumbren.

—Gracias, general Osorio, siento ser enemigo vuestro.

—Más habéis de sentirlo en adelante.

Salió el inglés yendo á la derecha de Gonzalo y al llegar á la calle les acompañaron veinte soldados con hachas de viento encendidas.

Quedaron solos Flaviano, Mendoza, Luis y Zalla.

El paje preguntó á su señor.

—¿Qué desean esos extranjeros?

—La prórroga de que os hablé.

—¿Se la habéis concedido?

—No, les ofrezco que mientras ellos no hagan fuego á la plaza, ésta no lo hará á su campamento, quedando el río fuera de este convenio. Es decir, que si alguno se embarca puedo cañonearlo sin faltar á ese compromiso. Pero ni acepto plazo ni otra cosa que lo expuesto.

—¿Para eso habéis tardado tanto?

—No, fué para ganar tiempo con otro fin.

—¿Cómo aparecerán ante el hecho de hacer armas contra España, hallándonos en paz con ellos?

—Muy mal. Con la declaración firmada por Claus, quedarán deshonrados ante el mundo civilizado.

—Poco podrá importarles eso.

—Nada, pero á mí mucho para justificar con eso y los documentos que cojimos á Yoon, todo lo que hagamos contra ellos.

—¿Qué teméis que puedan hacer ellos contra vosotros? ¿No les bastará irse todos en canoas?

—Ni pueden, ni los ingleses huyen de esa manera. A serles posible volarán el puente que le hemos quitado, la plaza ésta, ó en último caso darán el asalto, llevando adelante los indios si todavía están con ellos.

—Veo que aun queda enredo en la madeja.

—Sí, pero lo que falta es más fácil, aun cuando resulte muy arriesgado.

Hablando así esperaron el regreso de Gonzalo, el cual llegó mucho antes de lo que todos creían.

Iba bastante encarnado y nervioso.

—¿No habéis acompañado á Wailer á la línea divisoria?

—No, señor.

—¿Qué os ha propuesto por el camino?

—La traición más horrenda que concibió mortal.

—Soy capaz de acertarla.

—Permitidme que lo dude.

—Veamos: asesinarme y luego entregar la plaza.

—Eso es.

—He ahí la razón de haberos mandado á vos, porque si mando á Rogelio...

—Lo mato.

—Y yo también,—dijo Zalla.

—Por eso dí el encargo á Gonzalo.

—Bien hecho.

—¿Dónde lo dejásteis?

—En el muelle.

—¿Quién le acompañó luego hasta el campo?

—Un soldado.

—¿Uno solo?

—Sí, señor.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el puente de la Zanja.

—No hemos estado ni muy finos ni demasiado atentos con él.

—Merecía que le hubiera acompañado Mendoza.

—¿Para qué? ¡Ay, Gonzalo, que mal auguro del porvenir de esos ingleses.

—Todo lo que ordenéis contra ellos será poco.

—Puede que no.

—Lo deseo.

—Vos tan morigerado.

—Eso os probará lo malos que son.

—Vamos á cenar, señores, que ya es hora, y á dormir luego en tanto que esos extranjeros nos sentencian á muerte á todos.

—La noticia no me ha de quitar las ganas de comer, —dijo Mendoza.

—¿Tienes mucho apetito?

—¿Para qué quieres saberlo, Luis?

—Hoy no te puedo decir nada; me has salvado la vida.

—¿Mañana, sí?

—Probablemente.

—¿Tu gratitud solo dura veinticuatro horas?

—Contigo eso solo.

—Me alegro.

—Por qué?

—Porque me he acostumbrado á tus bromas y sentiré carecer de ellas.

—Te las concedo por completo.

—Pues anda, principia.

—No, esta noche no puede ser; esta noche no le gustarían al general.

—Pues haz lo que quieras.

Terminada la cena hablaron una hora de sobremesa, retirándose todos á descansar.

Desde el día siguiente se dedicó Osorio á mirar desde la azotea de una casa, que le alquilaron en secreto, todo lo que la óptica podía enseñarle de cuanto pasaba en el campamento.

Iba con su paje, se encerraban dos veces al día, y pasaban más de tres horas en la casa alquilada.

Su plan debía subordinarse á los descubrimientos que hiciera.

Tomó á la vez infinitas precauciones, y acabó por convencerse que el enemigo tenía un pensamiento funesto que no le sería imposible adivinar, pero sí muy difícil.

El fuerte que mandó construir y el gran fanal, irradiando sobre el río, dijeron á los ingleses lo que iban á hacer desde allí los españoles, y no se atrevieron por el pronto á votar al agua ninguna canoa.

No le bastó al héroe observar de día; llegó la luna al plenilunio, y observó de noche, quedando tres días hasta la madrugada.

Estas nocturnas observaciones debieron enseñarle algo, porque un día dijo á su paje:

—Luis, toma los gemelos, y mira tú.

—¿Ya os habéis cansado?

—Sí.

—No se ve nada; allá entre los árboles andan, pero nada más.

—¿Quiénes andan?

—Indios.

—¿Ingleses no?

—Andarán, pero no se los ve.

—Si, ellos están bien retirados en la plaza.

—Pusieron delante á esos desgraciados aztecas.

—Es más cómodo y precavido.

—He tenido hoy un gran placer, viendo sanos y casi fuera de la convalecencia á los tres Ros.

—Cierto, yo también me he alegrado.

—Solo la noticia de vuestra muerte los llevaba á la tumba.

—Fueron en Madrid algo calaveras; pero han cambiado, se hicieron formales y son de lo más leal que tenemos.

—Es verdad.

—Como su buen padre; ni hubo criado más valiente ni más leal.

—Ni más pillo.

—¿Quién te ha contado eso?

—Zalla, que lo sabe por su padre.

—Es verdad; fué también, en lo relativo á faldas, bastante ligero.

—Señor, ¡le daban un ejemplo tan malo!

—¿Quién?

—El señor duque del Imperio.

—¡Ah, mi buen padre!

—Sí, el mismo.

—¡Tuvo una figura tan hermosa!

—Mejor es la vuestra, mucho mejor.

—¡Y una voz, arte y maestría!

—También en eso le aventaja su hijo.

—Fué á la guerra siendo todavía un niño.

—Poco más era su hijo.

—Cuentan que en Italia, donde las mujeres son seductoras como en ningún otro pueblo, lo solicitaban.

—¿Qué os ha sucedido á vos con las hijas del ex-virrey y del conde Amaro?

—Mi padre vivía entonces en los campamentos.

—¿Y vos no estábais en guerra con Méjico entero?

—Que pesada estás.

—Y vos que terco.

—¿Qué ves?

—Nada, indios.

—¿Que pasean?

—Y que se tienden en el suelo.

—Vámonos.

—Creo que vos sabéis ya bastante.

—Sí, algo; pero á esos señores no se les puede perder de vista.

—Es decir, que continuaremos viniendo á esta casita misteriosa?

—Sí, á observar lo que hacen los ingleses y los indígenas.

He ahí la situación del héroe y de la plaza. Ahora pasemos nosotros al campo enemigo, y averigüemos lo que allí ocurre y lo que intentan.

Antes, sin embargo, debemos dedicar algunas frases á las obras de que estaba haciendo rodear la plaza el incomparable general.

Además de la doble trinchera que ya hemos visto

en la parte de la ciudad que da frente al campamento, la cual la hace inexpugnable por aquella parte.

Además del fuerte en el brazo derecho del Tabasco para impedir que se escaparan en canoas los indios, sirviendo para dominar aquel otro brazo del río, y como auxiliar de la plaza, pues quedaba también como fuerte avanzado. Además de todo esto, estaban concluyendo dos torres, dedicadas la una á defender el puente, y ambas la orilla izquierda del Tabasco.

Quedaba, pues, rodeada la plaza de fortalezas avanzadas que hacían imposible toda sorpresa.

No realizaba esto Osorio para el presente, creía trabajar para el porvenir, pues daba por hecho que aquellos indios é ingleses no debían atacarles; pronto veremos si se equivocaba.

CAPITULO VI

Los ingleses fuera de su país.—Debate largo y sostenido.—
Un pensamiento de color de azabache.—Conclusión.

Para que entremos acompañados en el campamento rebelde, nos uniremos al capitán Wailer, que aun cuando es un tipo repugnante por lo hipócrita y solapado, pronto lo dejaremos para irnos lejos de él.

Dicho capitán vió en la lealtad de don Gonzalo un ariete de sus locas pretensiones y negras ideas.

Acompañado de un solo soldado y una luz, pasó el puente, éste se alzó y dando tropiezos y hasta una caida llegó á su campo y luego á la casita de madera habitada por el mayor Claus.

Allí estaban reunidos entre jarros de bebidas alcohólicas todos los jefes ingleses, desde capitán inclusive.

Dió Wailer cuenta en primer lugar del puente que se había pasado á los españoles y añadió que lo había visto él.

Después los enteró de su entrevista con el capitán don Gonzalo, el cual rechazó con indignación todas sus proposiciones y hasta el grado de mayor en Inglaterra con más de veinte mil pesos oro.

Y entregó por último el pliego que le dió Flaviano.

Al cogerlo Claus, dijo.

—No espero nada bueno, estos españoles son incorregibles; prefieren la tontería de eso que llaman su honra á los ascensos y al oro. Veamos.

Y lo leyó fuerte.

Era un documento verdadermente diplomático y perfectamente escrito en inglés.

La forma, giros y conceptos á todos agradaron mucho, pero á todos disgustó el fondo y las afirmaciones que en él se hacían.

—¿Qué os parece?—preguntó Claus.

—Que no podemos echar á los indios; los matan desde ese fuerte,—contestó uno.

—Ni verdaderamente se compromete á nada Osorio.

—Desea que el hambre nos mate.

—Sí; hace con nosotros lo que quisimos hacer con ellos.

—No debe conseguirlo.

—No, no.

—Pues vengan ideas,—dijo Claus.

—Eso es.

—Oid mi pensamiento. Asaltemos la plaza poniendo delante á los indígenas.

—Las balas y metralla de la ciudad barren todo vuestro campo.

—Hasta nos dejarán sin los víveres que nos quedan.

—Pues exponed otra cosa mejor.

—Volemos el puente que tienen ellos.

—¿Qué ganamos nosotros con eso? Sólo que nos ametrallen.

—Diga algo el capitán Ruele.

Era éste el marino de más edad que había allí. Su cara estaba curtida por el aire y el sol, tenía varias cicatrices y su mirada era torva, intencionada y ardiente. Parecía pensador, pero se inclinaba siempre al mal, siempre á medidas radicales, desconocía por completo la prudencia.

Este hombre extraño dijo:

—Yo no pienso como vosotros; mis remedios son siempre sangrientos, pero eficaces.

—Nuestra situación no es para desechar nada grave por amor al prójimo.

—Que hable, que hable.

El viejo capitán sorbió una copa grande de aguardiente americano, y luego añadió:

—No tenemos otro remedio que volar la plaza.

Todos le miraron con asombro.

El remedio era verdaderamente enérgico.

—Tiene eso un mal,—dijo Claus.

—¿Qué mal hallais?

—La mucha duración de la mina.

—Es un error. Diez días.

—¿No han hecho ellos un fuerte para impedir que salgan los indios en canoas?

—¿Cómo diez días?

—Sí.

—Pues finjamos nosotros hacer otro en la raya por la parte de Oeste que dista sólo de la plaza doscientas varas, y trabajando día y noche en diez días se hace.

—¿Y luego?

—Se mete debajo de los edificios toda la pólvora que tenemos y no queda una casa.

—¡Veinte mil habitantes!

—Aunque sean cien mil.

—¿Podremos llegar al décimo día dando á los indios un cuarto de ración y fruta?

—Yo creo que sí.

—En último caso se comen hasta raíces, lo importante es volar la plaza.

—Voto en pro.

—Y yo.

—Y yo.

—Y todos.

—Pues mañana se elige sitio y á trabajar la mina.

—No, ¿para qué perder una noche?

—Cierto, ahora mismo.

—Quién hace el dibujo.

—Yo, venga lapiz y papel.

—Aquí están.

Y en media hora quedó hecho y aprobado.

Con una linterna fueron al paraje designado, marcaron el principio de la mina y mientras unos levantaban una pared que figuraba la de un fuerte y que debían cerrarla con otras tres, los más hábiles zapado-

res comenzaron á hacer la mina con cuanta rapidez les era posible.

Felizmente para ellos, el terreno era blando y en las primeras veinticuatro horas hicieron más de veinte varas.

El cálculo del capitán podia realizarse.

Tenían excelentes herramientas, y cada hombre era relevado á la hora de estar trabajando: á estos se les alimentaba bien, y eran vigilados por un oficial que no les permitía un solo instante de descanso.

Al tercer día tenían concluidas las cuatro paredes que escondían la boca de la mina, y en su cuadrado iban depositando de día toda la tierra que sacaba de la mina, para arrojarla de noche al río, que no estaba lejos.

Las cuatro paredes tenían una sola puerta frente al campamento, que siempre estaba cerrada, y era muy pequeña.

Al sexto día de trabajar la mina, reunió el mayor á todos los jefes, y les dijo:

—Señores, van ciento treinta varas de mina; el cálculo del capitán que la propuso es excelente, la mina estará concluida para el décimo día.

—¡Hurra!—gritaron.

—Pero tengo que daros varias malas noticias.

—Hablad, hablad.

—No hay otro líquido en el campamento que el del Tabasco.

—¡Agua!

—Todos inclinaron la cabeza con dolor.

—Ayer se acabó toda la carne.

—Ya lo sabíamos.

—Y hoy termina la última harina, y por consiguiente el pan.

—¿No hay galleta?

—Se las hemos dado á los indios; ya no quedan para ellos ni para nosotros.

—¿Qué vamos á comer?

—Judías cocidas con agua, arroz lo mismo y frutas; no hay otra cosa.

—¿Pero habrá de eso para los cuatro ó cinco días que quedan antes de volar la plaza?

—Sí.

—¿Se ha reservado algo para los trabajadores?

—Cien galletas.

—A esas no pueden tocarse.

—Señores, faltan cuatro días nada más, y al quinto bien vale el hambre que habremos sufrido, ver volar todas las casa de San Juan.

—Y las murallas.

—Y las torres.

—Y hasta el puente.

—Ese no, que nos hace falta.

—No volará.

—Si, procuremos que la explosión no llegue al muelle.

—Sí, eso haremos.

—¡Qué cuatro ó cinco días nos esperan!

—Con diez que llevamos, son más crueles que la peste negra.

—Esas fieras españolas nos las han de pagar.

—Morirán todos.

—Ni la estampa ha de quedar de ellos.

—Por cierto que nada deben sospechar.

—¿Por qué?

—No hay plaza en el mundo más tranquila que esa.

—Como nada les falta.

—Pronto les sobrará hasta la vida.

—Ni aun miran sus centinelas al campamento.

—Deben odiarnos.

—Bastante menos que nosotros á ellos.

—¡Muera España!

—Y todos los españoles.

—Tienen lo malo de todas partes.

—Sí, su sangre es italiana, goda árabe y hasta griega.

—De todo lo malo del mundo.

—Pero son valientes: recordad con qué abnegación sufrían el hambre.

—Y es indudable que el tal Osorio tiene mucho talento.

—Para el mal.

—Claro es.

—¿Nos jugará alguna?

—¿Con qué?

—Con esa mina.

—¿Quieres también que adivine?

—Yo no deseo nada, pero debemos estar prevenidos si son ciertos su talento y sabiduría.

—Lo del puente fué muy grave.

—Más es lo de lord Yoon.

—Lo mataron.

—Eso creo yo.

—¿Qué hará la escuadra?

—Puede que se haya marchado.

—No lo creo; la escuadra no puede irse sin nosotros.

—Mal negocio nos ha traido á este país.

—Todavía si logramos volar esa plaza y embarcarnos en nuestras fragatas habremos llenado una misión importante.

—Pues volverá.

—¿La pólvora está toda en barriles pequeños?

—Sí, y bien preparados.

—¡Qué deseos tengo de pegar fuego á la mecha!

—El plazo es ya muy corto, aguardemos con paciencia.

—Sí, con resignación.

Esta era la situación del campamento, cinco días antes de aquel en que debían volar la hermosa ciudad de San Juan Bautista.

Era ya el delirio de la desesperación. Fueron condenados á lo mismo que ellos condenaron á otros, y ahora maldecían y blasfemaban á los que ellos enseñaron á obrar de aquella manera.

—No se les ocurrió á los españoles encerrados en San Juan, cuando sentían todos los crueles dolores del hambre, nada horrendo, ni aun despiadado contra las vidas de los que tan cruelmente les trataban. A lo sumo la desespereración los hubiera arrojado al campo enemigo y en noble pelea habrían perecido ó triunfado.

Y si la debilidad hubiera sido tan grande que les faltaran las fuerzas para pelear, imitando á sus abuelos de Numancia, se hubieran arrojado á las llamas antes que entregar su ciudad y vidas á ningún enemigo.

Veremos en su día si los indios é ingleses logran ó no volar aquella encantadora ciudad, tan admirada de propios y de extraños por sus muchas bellezas.

Todo depende de que la vista del héroe haya podido penetrar al través de la distancia y de las cuatro paredes que hipócritamente levantaron para cubrir la boca de la mina, y con tiempo les salga á recibir por otro subterráneo que empiece en San Juan; es decir, con una contramina, y por ese ó por un medio cual quiera conjure la gran tormenta que ya se cierne sobre su varonil cabeza.

Pero si algo ha adivinado Flaviano, se lo tiene callado; á nadie á dicho nada de aquellos seres que le rodean y acompañan; el único que ha demostrado sospechar algo ha sido el paje, toda vez que había dicho á su señor:

—Noto que los ingleses han acabado el fuerte que hacen en la raya, y no obstante eso, se ven entrar y salir trabajadores por las noches.

—Estarán revistiéndolo por dentro.

—¿Para qué?

—Yo no lo sé, Luisa.

—Vos lo sabéis perfectamente.

—¿Quién me lo ha dicho?

—Vuestro talento.

—Ya ves que está mudo

—Para nosotros.

—Y para todo el mundo.

—Menos para el jefe zapador.

—¿Qué sabes tú lo que yo hablo con ese?

—Me lo figuro.

—Cuéntame lo que te figuras.

—Que ese y vos sabéis lo que hacen los ingleses, y de eso habláis.

—¿Por qué no ha de ser de otra cosa?

—Porque es de eso.

—¿Pero qué opinas tú que están haciendo?

—Algo malo; mas no acierto á comprender lo que pueda ser.

—Ves que no tienen que comer, que se alimentan con vejetales, que deben estar ya tan débiles, que es posible no tengan ni aun fuerza para discurrir, y no sé en qué fundas tu opinión.

—Será así; pero en ese caso, ¿por qué los observamos de día y de noche?

—Para entretenernos en algo.

—Pueril entretenimiento.

—No es posible otra cosa.

Ni aun Luisa pudo arrancar al héroe lo que pensaba sobre ese particular. Si algo adivinaba á nadie se lo decía, con la sola excepción del jefe zapador.

Y como todo lo suyo, era este secreto producto de su gran sabiduría.

Debía, en efecto, continuar mudo hasta que llegara el momento de obrar.

CAPITULO XII

Un duque y un príncipe como hay pocos.—Entrada triunfal.—Las primeras disposiciones.

En tanto que los sublevados del campamento rebelde de Tabasco continúan taladrando el suelo para hacer volar la más linda y poética ciudad del Sur de Méjico, y el héroe español Flaviano de Osorio estudia y pretende adivinar lo que hacen aquellos, averigüemos nosotros qué ha sido de dos importantísimos personajes de este libro, el príncipe Julio y el duque del Imperio.

Recordará el lector que salieron de la gran gruta de Cacahuamilpa dos días antes que Flaviano.

Julio conocía bien el camino, y en esta ocasión guiaba al duque y á todos los individuos de su escolta.

No habrían andado todavía una legua, cuando primero el uno y luego el otro sacaron las instrucciones

que á cada cual entregó Flaviano y las fueron, más que leyendo, estudiando.

Al acabar, dijo el duque:

—Julio, hijo mío, he ahí lo que me dice tu hermano, y déjame ver lo que te dice á tí.

Silva vaciló, pero no se atrevió á negarse; era su padre adoptivo, era más que todo eso: era el autor de los días de Flaviano, y le dió el escrito diciendo:

—No puedo tener secreto alguno para vos; tomad, leed.

Y cambiaron los escritos.

Dos veces leyó el duque lo que Flaviano decía á Julio. deshizo el cambio y quedó meditando.

Pero no pronuuciaron frase alguna sobre el particular.

—Continuó la marcha un poco viva y animada. Se detuvieron á comer y se acercó á ellos un correo mandado por el corregidor de la capital, diciendo:

—¿Tengo el honor de hablar con S. A. el príncipe don Julio y con S. E. el duque del Imperio? Soy mandado por la autoridad superior de Méjico.

—¿Por Godínez?

—Sí; ¿qué quereis?

—¿Vais á la capital?

—Vamos á la capital.

—¿Sin otras detenciones que las naturales?

—Asi es.

—Si V. E. me lo permite, parto ahora mismo con objeto de enterar á mi jefe.

—Está bien, marchad.

Y el mensajero montó á caballo y salió á escape tendido para la gran ciudad americana, primera en aquella época.

Eso bastó para que el príncipe, el duque y todos los individuos de la escolta, hallasen por la noche buenas y excelentes cena y cama.

Lo mismo les sucedió al día siguiente por tarde y noche.

Durmieron la segunda vez á tres ó cuatro leguas de Méjico, y llegaron á las diez de la mañana.

Allí les esperaba un recibimiento fastuoso.

Los cañones y las campanas atronaron el espacio; todas las autoridades los aguardaban á la puerta de la ciudad, la tropa estaba tendida en la carrera y toda la ciudad colgada.

Detrás de la tropa, en dos largas y compactas filas, se hallaba casi todo el pueblo, y en los balcones y ventanas todos los nobles, hidalgos y ricos de la población.

Por las calles y plazas discurrían danzas y músicas, y de los balcones y ventanas llovian flores que iban cubriendo á los jinetes y caballos.

El entusiasmo popular gritaba:

—¡Viva el príncipe don Julio!

—¡Viva el duque del Imperio!

—¡Viva el padre del héroe!

El último viva era el que más repetían. La memoria de Flaviano, al cual creían muerto, se había grabado en la mente de todos los mejicanos.

Aquel inteligente pueblo había comprendido todo lo que el joven general valía.

Por fin el duque y el príncipe entraron en el palacio que Godínez les tenía dispuesto.

Estaba alhajado con lujo y fastuosidad. Nada faltaba en él de cuanto puede halagar á la vista y exigen las comodidades y la moda.

—¡Pobre hermano mío,—decía Julio contemplando los ricos tapices, lujosos muebles y espléndido conjunto,—él irá por los peores caminos de Méjico, comiendo mal, durmiendo peor, mientras que á nosotros todo nos sobra.

—No lo creas,—le dijo el duque,—pasado mañana iremos también nosotros por malos caminos y sentados sobre la dura silla de nuestros caballos.

—¿A dónde vamos los dos, padre mío?

—¿No lo supones?

—No, señor.

—Iremos á Veracruz y luego á los mares de Tabasco.

—¿Vos también?

—Claro es.

—Se va á incomodar Flaviano.

—El tendrá la culpa; en el último párrafo de su escrito dice: que no obstante su opinión haré cuanto quiera, mereciendo antes su aplauso y aprobación.

—¿Pero qué vais á hacer en Veracruz y en el golfo de Méjico?

—Velar por ti, ya que Flaviano no me deja que vele también por él.

—Yo no puedo oponerme á nada de lo que vos dispongáis, padre mío.

—Claro es.

—Creo que esa idea es contraria al pensamiento de mi hermano, pero ni él ni yo, ni nadie en el mundo, puede corregir la plana al duque del Imperio.

—Yo no aseguro eso, pero sea de ello lo que quiera me voy contigo. Buen carácter tengo yo para quedarme aquí entre cuatro paredes mientras que vosotros os batíais, sufriendo á la vez los rigores de los campamentos, de las marchas y de las mil penalidades de la guerra. No, hijo mío, me voy contigo.

Ambos pasaron á los salones donde les esperaban todas las personas notables de la capital.

Allí oyeron los elogios que Flaviano merecía y hasta hubo alguno que vertió lágrimas hablando de la muerte del héroe.

Para consolar á los más afligidos, les dijo Julio:

—Mi hermano, señores, ha muerto para alguna gente, no para todos, tened paciencia y los acontecimientos os dirán lo demás.

Al oir estas frases consoladoras, los reunidos allí le hicieron infinitas preguntas, á las cuales contestó el príncipe con evasivas, terminando con las siguientes palabras:

—Deseo que nada más me habléis sobre mi hermano, porque nada más quiero deciros.

Por fin se quedaron solos con el padre Juan de Dios y con Godínez.

—¿Podrá decirme el corregidor si se halla en esta ciudad el príncipe de Italia, mi amado padre?—preguntó el príncipe.

—No señor, se ausentó.

—¿Dónde y cuándo?

—Lo ignoro, á tan santo y elevado varón no puede espiarlo ni vigilar sus acciones la policía de Méjico.

—¿Y vos, padre Juan de Dios, qué sabéis de él?

—Poco, señor príncipe, sé que partió el mismo día que salió de esta capital vuestro hermano.

¿Qué dirección llevaba?

—La del Sur.

—¿Es decir, hacia Tabasco?

—Sí, señor.

—¿Qué más podéis decirme de él?

—¿Que quisieron asesinarlo; tuve yo la suerte de saberlo con tiempo, y lo evitaron vuestro hermano y su imcomparable paje.

—Contadme el hecho, Juan de Dios, con todos sus detalles.

Admirados quedaron el duque y el príncipe al oir el relato de una maldad que no tenía ejemplo.

Todavía bajo la dolorosa impresión que le había causado la atormentadora noticia que acababa de oir, preguntó Julio al sacerdote jesuíta.

—¿No tomó mi hermano determinación alguna para evitar que esa horrible escena se repita?

—Sí, señor, replicó el padre Juan,— á presencia mía dirigió al príncipe frases tan justas como duras, obligándole á que jamás fuese solo á ninguna parte.

—¿Lo dejo á voluntad de mi padre?

—No, señor, de acuerdo ambos en la elección de la

persona que debía acompañarle de día y de noche designaron al lego Pedro.

—Excelente idea.

—Al cual armó don Flaviano con una pistola de dos cañones, varias cargas una buena daga para que en defensa del príncipe hiera y mate.

—Pues lo hará si hay ocasión.

—Quedé admirado, señor príncipe; vuestro hermano se impuso á vuestro padre en esos momentos como pudiera hacerlo un rey con sus vasallos.

—No me extraña, padre Juan; es el único hombre en el mundo que puede hacer eso con el príncipe.

—Y cumple tan admirablemente el mandato de don Flaviano, que el lego se ha constituído en la sombra de vuestro padre.

—Muy bien; el talento de mi hermano todo lo abarca.

—¿Pues qué creías, Julio?—le preguntó el duque.

—No os extrañe, señor, la pregunta que hice á este religioso; ¡me inspira tan grande respeto y amor ese venerable anciano!

—Para tu hermano no hay otra cosa en el mundo que deberes; para cumplir cualquiera de ellos salta por encima de todo.

—Cierto que mi querido hermano habrá de perdonarme una injusta duda que no merecía quien tanto ama al príncipe.

Ambos se quedaron á comer con el duque y con Julio, sabiendo por aquéllos que tenían dispuesta una carroza é iban á presenciar grandes funciones, hechas en su honor por el pueblo de Méjico.

—Que supriman,—le contestó el duque,—todas esas fiestas por ahora. Pueden guardarlas para nuestro regreso.

—Pues qué, ¿os marchais tan pronto?

—Sí; pasado mañana al amanecer.

—Lo siento y conmigo todo el pueblo de Méjico, estoy seguro.

—Te diré, para tu gobierno, que hoy descansamos aquí; mañana devolveremos las visitas que nos han hecho los dignatarios de esta capital, y el siguiente día iremos caminando para Veracruz.

Comieron, hablaron, y el día siguiente lo ocuparon en hacer visitas.

Llegó la noche, y en el tiempo que empleaba Julio en recibir á varias autoridades puestas por él que iban á despedirle, se encerró el duque con Godínez, preguntándole:

—Dime cuanto hizo mi hijo en esta capital en los ocho ó nueve días que permaneció aquí. No me ocultes nada.

—Todo lo que yo sé os lo diré, pero os advierto que don Flaviano hace muchas cosas sin que nadíe lo sepa, y de otras no da explicación alguna.

—Dí lo que sepas.

—Oid, señor: Sólo se descubrió al padre Juan, con el cual ha vivido, y á mí.

—¿A nadie más?

—No, señor.

—Continúa.

—Mandó hacer una maroma inrompible, según dice el autor.

—¿Muy larga?

—Sí, señor.

—Era para el río: con ella hizo un puente provisional, estoy seguro. ¿Qué más?

—Tres limas de un temple admirable y con unas puntas microscópicas inventadas por él, que maravillaron á cuantos las vieron.

—¿Para qué serían?

—Nadie lo sabe.

—¿Qué más?

—Y además ganchos, argollas y barras de hierro.

—Tampoco sé para qué quería eso.

—Ni se lo dijo á nadie.

—¿Lo sabrá el padre Juan?

—Está menos enterado que yo.

—¿Qué más hizo?

—Eligió uno por uno los hombres y caballos que le han seguido.

—¿Qué más?

—Probó las fuerzas del señor marqués de Abella.

—¿De qué modo?

—Haciéndole romper con las manos un pedazo de bronce.

—¿En qué va á ocupar al maestre que sea tan importante cuando ha realizado esa prueba?

—Tampoco lo dijo.

—¿Qué más sabes?

—Que iba satisfecho.

—¿Nada más?

—No, señor.

—Poco averiguaste.

—Lo que él quiso; el resto, ¿quién lo penetra?

—Es verdad. ¿Qué visitas hizo?

—Ninguna.

—¿Anduvo mucho?

—Lo preciso nada más.

—¿Siempre cubierto?

—Siempre.

—¿Acompañado de su paje?

—Ese no le deja un solo instante.

—Hablemos de otra cosa.

—De lo que vos querais.

—Me ha dicho mi hijo que la fábrica de moneda de oro no funciona.

—Dijo bien. Está parada por falta de metal.

—En cuanto llegue á Veracruz te mandaré bastante oro para que lo conviertan en monedas.

—¿Dónde las deposito?

—Donde estén más seguras, en el corregimiento.

—¿Es mucha cantidad?

—Creo que llegará á ciento treinta arrobas.

—¡Que fortuna tan inmensa!

—Es de varios.

— Todo se fundirá.

—Ahí tienes los nombres y cantidades de los dueños.

—¡Qué poderosos sois, señor!

—La mitad es para mi hijo.

—Aun así.

—¿Es buen camino el de Veracruz?

—El nuevo, regular, el viejo, malo, pero más corto.

—¿Por cuál debe irse?

—Por el nuevo.

—Manda esta noche un correo para que nos vaya disponiendo todo lo necesario. Hé aquí el itinerario.

—Bueno está. Sólo dice doce leguas diarias.

—No conozco el camino.

—No son así los itinerarios de don Flaviano.

—Es natural; antes y después de venir estudió la geografía de este país.

—Yo supliré la falta.

—Me parece bien.

Después entró Julio y pasaron al comedor en el que cenaron. Convinieron con Godínez en que las fiestas preparadas se dejarían para la vuelta.

—¿Que noticias hay aquí, corregidor de los rebeldes?—le preguntó Julio.

—Cuentan que pasarán de 30.000 hombres los reunidos en Tabasco.

—Muchos hombres son.

—Pocos para el genio del héroe.

—¿Qué dicen de los ingleses?

—Se sabe poco de ellos aquí.

—¿Y el padre Juan de Dios?.

—Ese dice que son 3.600, y que han desembarcado 3.000.

—¿Cañones?

—Veinte.

—Va á tener mi hijo que trabajar mucho.

—No lo creais,—le contestó Julio;—Flaviano es capaz de vencerlos con su escolta.

—No tanto, hijo mío.

—Cuando lleguemos á Tabasco me daréis la razón.

—Cuando mi hijo entre en San Juan Bautista sólo hallará momias en vez de soldados.

—¿Por la falta de alimentos?

—Sí, señor.

—Flaviano les lleva al entrar ó poco después todos los víveres que necesiten.

—¿A la grupa?

—No, en carros.

—¿De qué modo?

—Eso sólo cabe en su cerebro, y yo no puedo concebirle y menos adivinarlo.

—No nos hagamos ilusiones...

—Señor, que desconoceis á vuestro hijo.

—Me alegraré, pero en asuntos de guerra debo ser voto, Julio.

—Lo sois, padre mio, no tratándose de Flaviano.

—Siempre lo mismo.

—Cuando lo veais opinaréis como yo.

—Quiera Dios que no te equivoques.

—*Amén.*

Después de la cena y sobremesa se retiraron á descansar.

Al ser de día montaron á caballo y salieron del palacio.

La ciudad les hizo una despedida análoga al recibimiento anterior.

Por fin salieron de la ciudad entre flores, salva y vítores.

Ya en el campo, picaron á sus caballos, y seguidos de la escolta del duque, pronto perdieron de vista la ciudad.

Osorio iba alegre, satisfecho; y Julio, por el contrario, salió de la capital triste y como dominado por un pensamiento que embargaba su cerebro.

Temía, sin duda, no llegar á la altura de su hermano en el desempeño de la difícil misión que le obligaba á cruzar de nuevo los mares.

Era grande, lo sabía; pero, ante Flaviano se juzgaba pequeño.

CAPITULO VIII

—

La marcha.—Veracruz otra vez.—Líbana Keisko
Preparativos.

La carretera de Veracruz á Méjico era la más transitada en aquella época, y la más favorecida en ventas, posadas y hosterías.

Godínez en vez de mandar un correo, dió el encargo á tres, y la verdad es que el príncipe y el duque hallaban á las horas de comer y de cenar cuanto era posible encontrar en una marcha nada corta.

En el camino veían bastantes viajeros, y en todas las poblaciones salían á recibirlos las autoridades con repique de campanas é iluminación en aquéllas que llegaban de noche.

Este viaje en nada se parecía á los que llevaba hechos Flaviano. A éste no le gustaban las ovaciones, y rehuía todo lo que fuesen aplausos y felicitaciones; pero su padre pensaba de otro modo y recibía con agra-

do cuanto hacían las poblaciones en su honor y en el de Julio.

Nada les ocurrió que digno de contar sea en las cien leguas que anduvieron, excepción hecha de las fiestas y felicitaciones de que ya hemos hablado. ¿Ni quién se hubiera atrevido á poner impedimento á una escolta de sesenta guerreros capaces de abrirse paso por medio de un ejército?

Sólo fiestas, sólo placeres, sólo aplausos hallaron, y más de una vez comparaba Julio aquella marcha con las que había hecho con su hermano Flaviano, silenciosas y no exentas de peligros.

—Se parecen en muchas cosas el padre y el hijo,—se decía,—pero en nada en todo lo relativo á modestia y á retraimento por el bullicio, la algazara y la ovación.

Llegaron á Veracruz á las ocho de la noche del noveno día. Les salió á recibir el gobernador, seguido de una comitiva numerosa, tocáronse á vuelo las campanas, sonaron las descargas y al llegar al palacio del gobernador, en vez de echar pie á tierra, el duque mandó á Ontoria y dos criados que le siguieran, anunció á Julio su próximo regreso y se fué al convento, donde dejó á su ahijada Líbana Keisko.

Sólo el duque pudo entrar á aquella hora en el convento; dejó á los tres que le acompañaban en el zaguán y penetró solo, hallando á los pocos pasos á Líbana, vestida de monja, y con los brazos abiertos, que le decía en castellano:

—Padre mío, ¿por qué has tardado tanto?

Se estrecharon, cambiaron algunas frases y el duque preguntó á la abadesa:

—¿Tenéis que darme alguna queja de vuestra pupila?

—No, señor.

—Decidme de ella todo lo que debáis.

—Señor, se hizo cristiana, siendo padrino el señor gobernador, en representación vuestra.

—Muy bien.

—Después principió á aprender, empezando por el idioma; en dos meses no hay ser alguno que aprenda más. Decía que anhelaba hablar con vos y con vuestro hijo sin intérprete, y lo ha tomado con tanto interés, que ha hecho y continúa haciendo prodigios.

—Ya lo he visto, y me admiran sus adelantos.

—A la vez aprende á escribir y á leer, religión y otras cosas, pero en nada está tan adelantada como en el idioma. No tengo queja alguna de ella, y va presentando una imaginación, un talento que maravillan.

—¿Qué más, superiora?

—En dos meses no es posible más.

—Muy bien, permitidme ahora que hable á solas con ella.

Los dejaron solos; el duque hizo sentar á su lado á la hermosa joven, y le preguntó:

—¿Dime, hija mía, ¿te han tratado mal en este convento?

—No, señor.

—¿Alguna persona te ha molestado desde que te dejé aquí?

—No.
—¿Te violentas mucho estudiando y aprendiendo?
—Me gusta aprender.
—¿Qué has echado de menos?
—A ti.
—¿Qué deseas?
—Verte todos los días.
—¿Nada más?
—No.
Líbana se expresaba con facilidad; había desaparecido de su epidermis lo tostado por el sol, y lo curtido por el aire, y más parecía una europea que una india.
Sus ojos negros y rasgados, sus facciones perfectas, la expresión de su rostro, lo inteligente de su mirada y su fácil comprensión, estaban demostrando al duque que hasta en la cafrería y entre lo más grosero é inculto del género humano, en las más apartadas regiones de la civilización y la cultura, depositaba la Providencia ricos brillantes en hermosura é inteligencia.
El padre de Flaviano la miraba con gran interés, y deseando saber todo lo que pensaba y quería, continuó preguntándola:
—Líbana,—le dijo,—¿te acuerdas mucho de tu país?
—No; es mejor esta tierra.
—¿Y de tu hermano?
—Sí, á ese le amo, ¡es tan bueno!
—¿Deseas verle?
—Si hay ocasión y voy contigo, sí.
—¿Quieres que te lleve á tu isla y te deje allí?
—Ni tú ni yo queremos eso.

—¿Por qué?

—Allí sólo hay bárbaros.

—Tu hermano no lo es.

—Es el único.

—¿Comprendes bien á Dios?

—Perfectamente; y le amo y le pido por ti y por la vida de tu hijo. ¿Le has visto?

—Sí.

—¿Está ya bueno?

—Sí.

—Es lo primero que has debido decirme.

—Esperaba á que tú me preguntaras por él.

—Tenía deseos y temor por si me dabas una mala noticia. ¿Dónde se halla?

—En la guerra.

—Siempre en la guerra; los hombres no pensáis en otra cosa. Y tú, ¿también estás en guerra?

—Ahora voy á ella.

—¿Cuándo acabarás?

—Muy pronto.

—¿Me llevarás entonces contigo?

—Probablemente.

—Mientras seguiré aprendiendo entre estas virtuosas mujeres.

—¿No te acuerdas de ninguno de los hombres que nos acompañaban en el navío?

—Sí, de todos, en particular de Zalla. Es bueno, pero demasiado valiente; si tú no lo defiendes lo matarán.

—¿Cuándo formaste esa opinión?

—Cuando le vi matar piratas.

—Sí, ese día peleó con demasiada temeridad.

—Siempre hará lo mismo.

El duque no halló nada que contestar á Líbana. Esta añadió:

—Llaman héroe á mi hermano Flaviano; dicen que es el hombre que más vale en el mundo, y no bastándole todo eso se hace el muerto para vencer mejor, para descuidar á sus contrarios, ¿no es esto innoble, padre mío?

—Lo sería, si sus contrarios no fuesen rebeldes, traidores y perversos, pero son tan malos que no pueden emplearse con ellos medios nobles y generosos. Mi hijo, sin embargo, no tardará mucho en resucitar para todos, y es tan bueno hasta para sus enemigos, que sus bondades traspasan los límites de la conveniencia. ¿Viene á verte de continuo el gobernador de Veracruz?

—Casi todos los días.

—¿Te hace obsequios?

—Continuamente. Pero tú eres mi padre y sólo deseo recibirlos de ti ó de tu hijo.

—Mañana vendrá á verte el príncipe Julio; él y mi hijo se quieren como hermanos.

—Oí hablar de él y lo veré con gusto. Di, señor, ¿por qué dicen todos que tu hijo ha muerto?

—Porque así conviene á la guerra.

—Pero ni él ni tú sois embusteros; ¿por qué mentís en eso!

—Son exigencias de la guerra.

—Lo comprendo; la guerra es una gran maldad, y todo lo que á ella se refiere debe ser malo.

—Puede que tengas razón, ¡hay hombres tan malos!

—¿Ese príncipe que viene contigo es tan bueno como Flaviano?

—Sí, es además hijo de aquel santo religioso que conociste al salir de los mares donde está mi isla.

—¿El príncipe de Italia?

—Sí.

—¿Quiere mucho á mi hermano?

—Tanto como yo.

—Tráelo pronto ó llévame á verlo.

—Mañana vendrá.

—¿Cuánto tiempo vas á estar en Veracruz?—preguntó Líbana.

—Poco, tres ó cuatro días.

—¿Te veré todos ellos?

—Sí.

—¿Cuándo se acabará la guerra?

—No tardará; Flaviano no gusta de ella y la terminará prontamente.

—¿Quién tiene más poder tu hijo ó tú?

—Ahora él.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque según cuentan es más humano que tú,—añadió Líbana.

—¿Quién dice eso?

—Nadie. Lo deduzco yo de lo que oí contar de vosotros.

Absorto escuchaba el duque á la educanda, notando en ella un talento natural, que le admiraba.

No era ya aquella niña vivísima y juguetona que corría de un lado para otro sin darse cuenta de lo que hacía. En esta ocasión se presentaba grave y hasta severa en su forma y fondo.

Con interés creciente la escuchaba Osorio. Las frases de la joven meditadas casi siempre, dulces en la forma é inteligentes en el fondo, no eran las de una india brava, ni las pueriles de una mujer vulgar.

Más de una hora estuvo hablando con ella, quedando muy satisfecho y complacido de su conversación y cambio radical que notaba en la joven.

Hizo entrar luego á la abadesa, volvió á recomendarle la educación de la joven, y salió de allí casi entusiasmado de las bellezas morales y físicas de Líbana.

Un cuarto de hora después entraba en el salón donde le esperaban Julio y el gobernador.

—Mucho habéis tardado, padre mío,—le dijo el primero.

—Sí, Julio,—le contestó;—acabo de estudiar un fenómeno que has de admirar mañana.

—¿Vuestra india?

—Sí.

—Me habló de ella el gobernador y entiendo que es un prodigio como el encontrado por Flaviano en los traspalmerales.

—Sí, pero entiende que en nada se parece la una á la otra. La mía es contraria á la guerra.

—Mañana la veré y os daré mi opinión. Hablemos, si os parece, del objeto que nos trae á Veracruz.

—Lo aplaudo.

He mandado llamar para mañana á primera hora á los capitanes del Invencible, del San Juan y á los jefes de las dos galeras de guerra que se hallan en el puerto.

—Muy bien.

—Cuando nos digan el estado de esos cuatro buques fijaremos el día de salida, si os parece.

—Sí, eso es.

—Pues por esta noche hemos concluído.

—Cenaremos, buscando luego el descanso á la fatiga de un viaje tan largo.

Así lo hicieron, levantándose á las siete de la mañana del día siguiente para recibir en el acto á los cuatro marinos que ya esperaban en el salón principal.

Sentáronse los seis, preguntando el duque al comandante del navío San Juan:

—Negrete, ¿en qué situación se halla vuestro barco?

—Se compuso la quilla, se ha carenado y quedó como al salir de Cartagena.

—¿Podrá hacerse á la mar y entrar en batalla, si fuese necesario?

—Sí, señor. Con veinticuatro horas tengo bastante para hacer víveres y levar anclas.

—¿Qué hicisteis con la galera pirata?

—Se halla en disposición de marchar y hasta de entrar en combate.

—¿Bien tripulada?

—Sí, señor.

—¿Bien mandada?

—Mi segundo, que tiene aptitud bastante, se halla al frente de ella, el cual está presente. Se hizo, en fin, todo lo que mandasteis.

—Muy bien, ahora te toca á tí, Julio.

Casi las mismas preguntas dirigió el príncipe á los dos jefes del *Invencible* y de la galera que llevó su padre. El navío estaba escaso de personal para entrar en batalla, pero tenía la gente de mar necesaria y Julio mandó llevar artilleros y soldados de Veracruz no en gran número, porque no los había, pero sí los suficien tes para defender el barco.

Tres horas duró la entrevista, en la cual se convino hacerse á la mar cuatro días después, tiempo indispensable para la elección y ajuste del personal que faltaba al navío *Invencible*.

El duque encargó al gobernador mandase á la capital todo el oro que dejaron allí, consignado al corregidor.

Terminados estos asuntos, entraron en una carroza Julio y el duque, dirigiéndose al convento donde estaba Líbana.

Presentada al primero por Osorio la bella joven, se miraron ambos, diciendo el príncipe:

—Imposible parece que sea esta mujer la joven de que me habeis hablado, padre mío.

—¿Por qué, señor?—le preguntó Líbana.

—Porque ni tu belleza ni tus facultades intelectuales se ven en la isla en que tú has nacido.

—La bondad de Dios llega á todas partes, y lo que negó á mi padre y hermano mayor nos lo ha concedido á mi segundo hermano y á mí.

—¿Qué opinión has formado del país en que ahora te encuentras?

—Es distinto del mío;—dijo Líbana;—creo que es mucho mejor, pero no puedo formar una opinión concreta.

—¿Por qué?

—Señor, mi rudeza, mi infinita ignorancia me tiene sepultada en estos oscuros claustros.

—¿Me dejas que bese tu frente?

—¡Ah! Sí, sí; con muchísimo gusto.

—Yo también lo tengo por la pureza de esta inmaculada frente.

—Ahora, hazme tú un favor, príncipe.

—Pide.

—¿Eres hermano de Flaviano?

—El serlo tengo á honra y dicha, Líbana.

—Entonces déjame que te llame hermano. Yo también soy hija del duque del Imperio.

—Hija adoptiva como yo. Llámame hermano; lo consiento.

—Ya lo sabía yo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu rostro, lo que cuentan de tí. Eres tan bueno como tu padre.

—Mi padre es el mejor de los hombres; como mi padre no hay otro.

—Casi como tu padre.

—Gracias, Líbana; pero entiende que aún es mejor que yo vuestro hermano Flaviano.

—Mejor no, más sabio, más héroe.

—Talento tienes, hermana.

—Todo se lo debo á Dios y al duque del Imperio; á este señor, que siendo más malo que tú, que Flaviano y que yo, vale tanto como vosotros. Tiene para mi sexo un dón que no lo tenéis vosotros y que yo comprendo, pero que no puedo explicar.

—También es cierto.

Seducido quedó Julio con la conversación que tuvo con Líbana.

Su sencillez, su modestia y los encantos físicos y morales que ofrecía, formaban un atractivo verdaderamente seductor.

Una hora emplearon nuestros dos amigos en conversar con la educanda. Después partieron dejando á Líbana con la abadesa.

También la joven tenía ganada á su superiora con su aplicación y talento. En estos momentos decía la abadesa á nuestra india:

—Hasta los príncipes te admiran ya, hija mía.

—Gracias, vamos á dar la lección que he aprendido esta mañana.

—Hablemos un poquito.

—Después, como premio á mi aplicación, si es que lo merezco.

He ahí la salvaje que conocimos, cambiada en poquísimo tiempo en una europea inteligente, ó en una india de mucho valer.

Julio paseó con el duque por los alrededores de Veracruz, que no conocía, disponiendo á su vez, de común acuerdo, el plan que pensaban realizar después de embarcados.

Durante la noche les llevaron noticias, dadas por algunos patrones, del sitio que ocupaba la escuadra inglesa cerca de la desembocadura del río Tabasco y de lo que hacían los seiscientos ingleses que quedaban en las tres galeras.

Con aquellos importantes datos tuvieron lo suficiente para ilustrar el plan concebido por la tarde.

Los dos anhelaban el momento de combatir contra la escuadra inglesa para imposibilitarla en todo lo relativo á favorecer el campo enemigo.

Dos días después decía á Julio el jefe del navio *Invencible*:

—Señor, siento tener que participaros que de los doscientos hombres que se me han presentado para enganche he desechado la mitad.

—¿Por qué?

—Serían malos soldados y peores marinos.

—¿Pero no hay otros?

—Sí, señor; es cuestión de tiempo.

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Seis días.

—Mucho es eso para la prisa que tenemos.

—Creo que es peor que nos embarquemos con gente mala.

—¿Qué decís, padre mío?—preguntó Julio al duque.

—Que este marino tiene razón, vamos á la guerra,

á ésta no debe irse con mala gente. Pero á los dos contraría mucho ese retraso.

—Me hallo conforme, pero yo os ruego que de acuerdo con vuestros compañeros hagáis lo posible por buscar la gente que falta sin perder momento ni ocasión.

—Lo haremos, señor.

—Pagarlos más, si es preciso.

—No perdonaremos medio ni sacrificio alguno.

—Id con Dios y traedme pronto una buena noticia.

Quedaron solos Osorio y Silva, y bien claro se notaba en sus rostros el mal efecto que les había causado aquella contrariedad.

Diremos para abreviar que el duque y el príncipe perdieron siete días en Veracruz.

Su paciencia llegó á disminuír hasta acabarse por completo.

Por fin al séptimo día por la noche se presentaron los cuatro jefes marinos diciéndoles el comandante del «San Juan»:

—Señores, los cuatro barcos están listos y podemos hacernos á la mar cuando á bien lo tengais.

—¿La gente enganchada es toda buena?

—Toda.

—¿Nada falta en municiones y víveres?

—Nada.

—Pues saldremos al amanecer.

Los marinos marcharon siendo reemplazados por el gobernador.

—Mucho habéis tardado en venir, y muy ocupado andais hoy,—dijo Julio á la autoridad de Veracruz.

—Sí, señor,—le contestó éste,—he querido presenciar y reconocer el embarque de todo lo que mandais á la isla y al cacique Keisko.

—No os comprendo, gobernador.

—Señor, despaché primero la fragata con víveres para Cruz y luego el buque, de poco calado, con destino á la isla del cacique Keisko. ¿Hice mal?

—No; pero decidme: ¿qué habéis mandado al hermano de Líbana?

—Todo lo que vos ordenasteis.

—Recordádmelo.

—Un sacerdote misionero, un arquitecto, un maestro entendido en idioma, historia, geografía, etc., etcétera; cuatrocientos arcabuces, municiones, trigo y todo, en fin, lo dispuesto por vos.

—¿Tenéis á mano la orden mía?

—Sí, señor; ¿la queréis?

—Traedla.

Salió el gobernador, quedando solos Julio y el duque. Ambos se miraron admirados y sin comprender nada de lo que el gobernador acababa de decirles.

—Padre mío,—exclamó Julio,—se explica lo de la fragata con víveres para Cruz, pero lo de Keisko no.

—¿Qué opináis?

—Que esa orden es de Flaviano.

—Cierto, ó la han falsificado, toda vez que yo nada de eso he dispuesto.

—Positivamente es cosa de Flaviano.

—¿Qué se propondrá?

—Enriquecer esa isla por gratitud y por humanidad. Lo que me extraña es su reserva.

—Con la cual demuestra que además de lo que vos suponeis se propone alguna otra cosa.

—¿Qué cosa puede ser esa?

—No lo sé, pero algo será. Para ver si podemos adivinarlo, he mandado traer la orden.

—Aquí llega; sepamos...

Entró el gobernador dando á Julio lo que él creía su mandato.

El príncipe lo leyó detenidamente, dándole al duque, que hizo lo mismo con él.

Luego se miraron, diciendo Julio:

—No adivino, señor, ¿y vos?

—Tampoco.

—Archivarlo, gobernador, y volved,—replicó Julio.

—O mi hijo está loco,—añadió el duque cuando se hubo quedado solo con Julio,— ó por Dios, que se propone lo que no es posible adivinar.

—¡Loco! qué disparate. Se halla más cuerdo que vos y que yo.

—¿Qué comprendes?

—Un pensamiento profundo, elevado, digno del primer cerebro que existe, pero no lo adivino.

—Se me ocurre una idea.

—¿Qué es señor?

—Averigüemos las instrucciones que mandó para el capitán del barco que ha llevado todo eso, y lo que dice á Keisko al hacerle esa remisión.

—Cierto; de ese modo acaso podremos adivinar algo.

Cuando tuvieron delante al gobernador, le preguntó Julio:

—¿Habeis guardado la orden?

—Sí, señor y quedo á vuestra disposición.

—Gobernador, ese escrito no es mío; ni tuve conocimiento de él hasta que vos me hablasteis de ese asunto.

—¡Una falsificación!

—No os alarmeis. Lo acepto como mío; el que lo redactó se halla autorizado por mí para hacer eso y mucho más.

—¡Que Dios me valga! Solo uno puede ser... ¡Qué dicha!...

—Silencio, gobernador. Tiene pena de la vida...

—Comprendo, señor... pero yo no puedo ahogar mi alegría ni mi satisfacción.

—No ahogueis nada, pero sellad los labios y concretaos á contestarme: ¿Qué instrucciones dísteis al capitán del buque que partió para la isla de Líbana?

—Las que vos, es decir, las que se me dieron ó me mandaron.

—Bien, decidlas.

—Que todo el envío fuese entregado al cacique Keisko con el mapa que dibujaba el derrotero del barco.

—¿Qué más?

—Solo eso.

—¿Nada más?

—No, señor.

—Pero y á Keisko ¿qué le decían?

—No lo sé; era un pliego muy abultado que cerraba el lacre y sellaban las armas reales.

—¿Iba el sobre en español?

—No, señor, en azteca: y era la misma letra de la orden que antes leisteis.

—Padre mío,—exclamó el príncipe: retirémonos á descansar que es tarde, y de ese asunto nada más podemos sacar en limpio.

—Sí, Julio; creo lo mismo.

—Hasta sus secretos lo son verdaderos, á nadie se los confía, ni Flaviano los deja adivinar.

—Lo cual nos está divirtiendo.

—¿Por qué? Cuando él lo hace debe ser eso y no otra cosa.

—Claro es,—se atrevió á decir el gobernador.—Sabe más que todos los nacidos.

—Que os cuesta la cabeza...

—Me había olvidado, señor. La alegría... Dios os dé un tranquilo sueño.

Los tres se retiraron á descansar.

Julio iba riendo, el duque accionando.

No adivinaba á su hijo.

CAPITULO VIII

—

A la escuadra — A la mar.—Varios días de navegación.—
Lo que no esperaban.

Antes que amaneciera se trasladaron el duque, su escolta y Julio al navío *San Juan* que había quedado como nuevo.

El gobernador los despidió en el muelle y al aparecer los primeros crepúsculos del día, hizo Negrete, por orden del duque, las señales, y la escuadra partió sin que lo notaran ni los habitantes de Veracruz ni los que se hallaban en los barcos surtos en el puerto.

La plaza permaneció muda y la escuadra también.

El navío *San Juan* era en esta ocasión el buque almirante, pero no llevaba la bandera ni indicación alguna que lo demostrase.

Los cuatro barcos lucían una bandera española,

sencilla, que sólo daba á conocer la nación á que pertenecían los cuatro buques.

Es decir, que salieron de sorpresa y seguían lo mismo.

Instalados en la cámara de popa el duque y Julio, decía el primero al segundo:

—Ya estará Flaviano en Tabasco, y nosotros no hemos podido embarcarnos hasta hoy.

—Perdimos siete días lastimosamente.

—¿Qué sucederá á tu hermano?

—Que estará triunfando de nuestros enemigos.

—Dicen que Yoon es un buen general.

—No lo dudo, pero va á entenderse con otro que vale mucho más que él.

—Quiera Dios que lleguemos pronto. ¿Qué aire sopla, sabes?

—Bueno, vamos de volina y debemos andar de seis á siete millas por hora.

—Poco es.

—Ya se conoce que Roch no os enseñó náutica como á Flaviano y á mí.

—En estas cosas de mar, lo declaro, soy lego. Pero tú en tierra y mar sabes más que ese comandante.

—Mas puede que no, pero algo me enseñó el sabio Roch.

—¿Podremos anclar en Cruz?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tardaremos con este viento?

—Cinco ó seis días.

—No te admire mi impaciencia, Julio.

—La tengo yo también, señor.

—Mi hijo Flaviano partió á la guerra con solos 146 hombres, contra más de 33.000, y tres galeras bien provistas de todo.

—Es verdad.

—Pudo llegar, pasar el puente y entrar en el campamento donde, de hacer eso, tardaría el enemigo un minuto en dar fin de los 146, pero, ¿y en la plaza cómo entrar?

—Por el río, por el aire, yo no sé por dónde, pero no hay duda que habrá entrado.

—Eso lo supones tú.

—Eso lo creo yo tan cierto como que estoy hablando con vos.

—¿Pero en qué te fundas?

—En el genio que brilla en la frente de mi hermano.

—El genio, Julio, no hace volar, no improvisa puentes, ni crea víveres.

—Cierto, pero logra su equivalente.

—Muy confiado estás, Julio.

—Mucho, y segurísimo de que no me equivoco.

—Dios te dé la razón.

—Y si eso sucede, ¿insistís en sepultar las tres galeras y cuantos halla en ellas en el fondo de este abismo?

—Indudablemente solo á eso ha venido.

—Cuando mi padre y hasta mi hermano lo sepan van á incomodarse.

—Lo sentiré, pero como ya no tendrá remedio se resignarán.

—¿No es demasiada crueldad?

—Julio, á los piratas no se les da cuartel.

—A los que apresásteis en estas aguas se lo disteis.

—Es verdad, pero eran ladrones y asesinos sin careta, francos, resueltos, y los otros son hipócritas y traidores.

—No insisto porque os conozco bien y sé que sería inútil.

—Tan inútil.

—En su día os entenderéis con mi padre y mi hermano.

—Sí, con los dos; ojalá y fuese ahora mismo.

—¿Es buen navío éste?

—Buen movimiento, pero anda poco.

—Lleva mucha carga.

—De buena gana mandaba tirar dos cañones al golfo.

—¿Para qué?

—Para quitarle peso.

—¿Y con qué atacábamos á los ingleses?

—Con los diez restantes.

—Quitando ese peso solo, ganariamos horas y nos exponiamos á que el enemigo tuviese veinte probabilidades más de triunfo. No estéis impaciente, señor, que no amais más que yo á Flaviano y ya veis lo tranquilo que voy.

—¡Quién pudiera tener tu tranquilidad!

—Haced un esfuerzo; meditad más en el medio de hacer muchos prisioneros ingleses y pocos cadáveres.

—Cuando no quede uno de los que ofenden á mi hijo, repite el consejo.

—Los *Invencibles* erais más fieros que nosotros.

—Teníamos más mundo.

—Yo creo que era más coraje y menos humanidad.

—Lo que tú quieras, pero á serme posible no quedará un inglés.

—En tiempo oportuno ya oiréis mi ruego.

—¡Qué torpes estuvimos!

—¿Por qué?

—Hemos debido venir con solos tres barcos y ya estaríamos allí.

—Es más seguro el éxito con cuatro. De este modo no escapará ninguna de las tres galeras.

—Esa idea me consuela.

Hé ahí lo que es un padre. El duque del Imperio era poderoso, su nombre y fama eran universales; nada le faltaba, y de sufrimiento en sufrimiento, desde que salió de Madrid, dejaba correr su vida por un piélago de desdichas

El que crea que se puede venir á este mundo á solo divertirse y gozar, da cabida en su cerebro á una torpe ilusión.

Aquí se viene á sufrir, y de esta dura ley no se libra el grande ni el pequeño, el rico ni el pobre.

El duque del Imperio, no obstante las reflexiones y consejos de Julio, continuaba impaciente y desasosegado; era el tierno padre que temía el mal imaginario que pudiera ofender á su hijo.

Al día siguiente aflojó el viento y la impaciencia del duque subió de punto.

No andaban los navíos más de cinco y media millas por hora.

Julio estaba desesperado con los sufrimientos de su padre adoptivo. Este lo hubo de notar, y desde ese instante disimuló, pero no por eso tenía menos impaciencia ni menos amargura.

Al tercer día sucedió lo mismo; poco aire y pocas millas. Parecía que al padre le decían por intuición el nuevo peligro que amenazaba á su hijo sobre los que ya había corrido.

Continuó el cuarto día el viento flojo, y por la tarde quedó con señales dudosas.

Al amanecer del quinto se levantó una brisa fresca y viva del Oeste, y comenzaron á andar seis millas y media.

El semblante del duque se animó, no obstante haber perdido algunas horas en los cinco días que llevaban navegando y no contar con más de seis millas y media por hora; pero esto era mucho para lo que antes andaban y ya se juzgaba satisfecho.

Al sexto día continuaron lo mismo por la mañana, pero por la tarde refrescó más el viento y empezaron á andar ocho millas y media por hora.

—Si continúa este tiempo, mañana por la noche estaremos en Cruz,—le dijo el príncipe al duque, y éste le preguntó con interés:

—Tú, que has estudiado tanto como Flaviano, ¿opinas que continuará este tiempo?

—Estoy seguro que sí.

—¿A qué hora podremos llegar mañana?

—Poco después de anochecido. Como á las ocho.

—Es decir, que antes de treinta horas sabremos de Flaviano.

—Sí, señor.

—¿Tendrán noticia en Cruz de lo que ocurre en San Juan Bautista?

—Positivamente.

—Como mi hijo es tan reservado... .

—No importa; tienen que hacer provisiones ahí, ó al menos mandar por ellas. ¿Recordais la fragata con víveres que me dijo el gobernador había mandado á Cruz por orden mía?

—Sí.

—Pues yo nada sabía; esa orden era de Flaviano, y para guardar su incógnito la dió á mi nombre.

Continuaron su derrotero sin que el tiemqo sufriera variación contraria.

Al día siguiente, cerca de medio día bajó el comandante aceleradamente á la cámara, diciendo al duque:

—Señor, viene de Cruz un barco de cabotaje, cuyo patrón sirvió á mis órdenes y me hace señales para que nos detengamos. Es un buen español y respondo de él.

—¿Sí? poned el navío al pairo y que se traslade ese patrón á esta cámara.

Media hora después entraron en la cámara el comandante acompañado del patrón del barquito de cabotaje.

—Adelante,—le dijo el príncipe.—¿Me conoces?

—Sí, señor, conozco á V. A.

— ¿Tienes inconveniente en contestarme á algunas preguntas que deseo hacerte?

—Ninguno; lo deseo, y para eso hice señas á mi antiguo capitán, hoy comandante Negrete.

—¿Eres español?

—Extremeño, señor.

—Pues contesta la verdad, y te gratificaré al concluir.

—Sin recompensa lo haré con entusiasmo.

—Con las dos cosas, con entusiasmo y con verdad.

—Ya os escucho, señor.

—¿Cuándo has salido de Cruz?

—Al amanecer.

—¿Qué días has estado en ese punto?

—Veinte.

—En ese caso debes estar enterado de lo que mi padre el duque del Imperio que nos oye, y yo, deseamos saber.

—¡El duque del Imperio!

—Sí, ¿qué te admira?

—Nada, señor, nada; que es una dicha para mí conocer al primer general del mundo si no viviera su hijo.

—Pues, qué, ¿no ha muerto el general Flaviano?

—No, señor, mejor lo sabe V. A. que yo, aun cuando yo le he visto después que su noble padre y su regio hermano.

—¿Dónde se halla?

—En San Juan Bautista.

—¿Cómo pudo entrar en una ciudad que estaba bloqueada?

—Por una maroma.

—¿Qué otros usos hizo de esa maroma?

—Friolera, señor, metió por ella en la plaza veinte carros cargados de víveres.

—¿Y luego?

—Luego pasaron carros por el puente.

—¿Qué puente?

—¿El que había?

—¿No le tenía el enemigo?

—Sí, señor, pero se lo quitó don Flaviano, lo llevó á la plaza y dejó bloqueados á los ingleses y aztecas.

—Pero eso no puede ser.

—Vaya si puede; he pasado yo por él y he vendido en San Juan trescientos sacos de harina.

—Pero será otro puente.

—El mismo, señor, más fuerte, pintado y tan hermoso. Sólo le han puesto nueva la barandilla.

—¿Cómo lo quitó de un lado para ponerlo en otro?

—¿Quién sabe eso? Por el aire, por agua, por tierra, qué se yo, pero es lo cierto que lo mandó de un punto á otro.

—Sí, ahora comprendo lo que hizo.

—¿Y dices que el enemigo está bloqueado?

—Todos muertos de hambre.

—¿Qué contestáis, padre mío?

—Nada, Julio, que tenías razón. Pero continúa.

—¿Qué hace mi hermano?

—Ahora nada.

—¿Quién manda el campo enemigo? ¿El almirante Yoon?

—No, señor, á ese le mataron y á el contralmirante y á sus oficiales de órdenes y á sus criados.

—¿En dónde?

—En la casa *Amarilla.*

—¿Qué casa es esa?

—Una situada á media legua del río, en medio de una campiña. La hizo el cacique Monclova, muerto en la otra guerra, y en ella vivía la viuda con su amante lord Yoon.

—¡Tomó mi hermano la casa *Amarilla?*

—Fué lo primero que hizo, sin descansar y con un temporal atroz.

—¿Quié mató á los ingleses?

—Se quisieron defender, y entre el paje, pero qué valiente es ese paje, un tal Zalla, Oaxacay, el maestre Almeida y otros los mataron en un *Santiamen.* Se me olvidaba deciros que también murió la viuda.

—¿También la mataron?

—No y sí.

—Explícate.

—Era muy guapa y el general Mendoza...

—No, el maestre.

—Perdone V. A., el general Mendoza; lo ha hecho vuestro hermano general.

—Comprendo, sigue.

—Como la viuda era tan guapa, le hizo una caricia

el general Mendoza y la ahogó sin querer. Como tiene tanta fuerza.

Todos se rieron, comprendiendo Julio y el duque la caricia que sería.

—Prosigue,—le dijo el príncipe.

—Falta lo principal, lo grave, pero llegan á tiempo V. A. y el señor duque.

—¿Qué es lo grave?

—Ha arribado ayer á Cruz un navío inglés con treinta cañones y bandera de otro país, sorprendió á Cruz, ha tomado la plaza, degollando mucha gente y se dispone á salir para San Juan y cortar el puente por sorpresa.

—Cuánta gente lleva ese navío.

—Mil hombres lo menos.

—¿Cómo ha llegado ayer?

—Iba á visitar su escuadra, y un inglés establecido en Cruz se había ido á ella para enterar á sus paisanos de lo que ocurría, y al saberlo los del navío vinieron y han hecho lo que os dije.

—¿Cuándo piensan ir á cortar el puente?

—Mañana por la noche.

—¿Qué gente han desembarcado?

—La mitad de la que tienen, pero van y vienen contínuamente. Lo que más lástima me dió fué la prisión de un capitán que sorprendieron ayer y lo han encerrado en una mazmorra.

—¿Por qué?

—Venía de San Juan con un pliego para el gobernador, ignoraba lo que ocurría y cayeron sobre él vein-

te ingleses sin darle tiempo para que desnudara la espada. Se llama Zalla y es tan joven...

—¡Zalla!—exclamó el duque poniéndose en pie.—Comandante, entregad á ese patrón doscientos ducados y corramos á Cruz. No perdáis tiempo.

—Gracias, señor, el cielo guarde á V. E. y á S. A.

Y el comandante salió con el patrón, le entregó el dinero y mandó que el navío continuara su derrotero.

Julio miraba al duque con sorpresa. Este, por el contrario, parecía abatido y contrariado.

Así permanecieron ambos algún tiempo.

La noticia de la prisión de Zalla amargaba á Osorio cruelmente.

CAPITULO IX

La primera cuestión.—A la playa.—Las fuerzas se dividen.—
Guerra en la tierra y en el mar.

Julio miró al duque con interés, preguntándole:

—¿Sabéis la orden que habéis dado?

—Sí.

—Padre mío, no la habéis meditado.

—¿Cabe otra cosa que llegar lo antes posible, destruír ese navío, vengar la ofensa y evitar que esos hombres corten el puente de San Juan?

—Cabe sólo meditar lo que se debe hacer antes y asegurar el triunfo. Siento decíroslo, señor, pero si eso es muy invencible no tiene nada de Flaviano y Julio; éstos obran con más cordura y discreción.

—Julio, ¿qué estás diciendo?

—Padre mío, la verdad. Cuando de Flaviano se tra-

ta os ofuscais; le amais tanto como yo, pero yo sé amarlo mejor que vos.

—Hijo, no discuto en esta ocasión, soy generalísimo.

—Muy por encima del generalísimo está el rey, y el rey aquí soy yo.

—¿Te atreverías á oponerte á una orden mía?

—En un solo caso en la vida; tratándose únicamente del bien de mi hermano Flaviano.

—¿Le quieres acaso más que yo?

—No, señor, y ya os lo he dicho, sé quererlo mejor. Y no es por más talento ni por superior sabiduría, no, es porque os ofuscais, duque del Imperio.

—¿Puedes demostrar eso que dices?

—Nada tan fácil.

—Hazlo.

—Ved las consecuencias que puede, ¿qué digo? que debe tener vuestro plan. Llegamos con la escuadra, nos batimos, destruimos el navío, pero éste es sin duda alguna un excelente barco, se defiende y se defiende bien, que los ingleses son muy buenos marinos, y claro es que antes de sucumbir nos han echado á pique uno ó dos buques; acaso este en que vamos los dos. Aun cuando sean otros no importa, nos echan á pique, según dije, uno ó dos barcos. La pelea dura tres, cuatro, cinco horas lo menos, tiempo sobrado para que los ingleses que han desembarcado en Cruz probablemente quinientos hombres, corran á San Juan mientras nosotros nos batimos, y corten el puente aconsejados por la desesperación: Resumiendo, habremos perdido uno

ó dos barcos, doscientos ó trescientos hombres, y habremos llegado tarde para evitar que corten el puente. Ese es vuestro plan y esas sus funestas consecuencias. Corregid, si me he equivocado.

—Ese dices que es mi plan; ¿pero el tuyo?

—El mío, señor, es á lo Flaviano; oidlo: se corre nuestra escuadra un poco hacia el Norte para llegar á la playa de noche, y como á una ó dos millas de Cruz. En los botes desembarcamos ochocientos ó mil hombres, y entonces la escuadra sin luz alguna se dirige á Cruz, sorprende el navío inglés, lo deshace con cuatro andanadas, por primer cálculo, en tanto que los que han desembarcado caen por tierra sobre Cruz, toman lo primero el camino de San Juan Bautista, luego los edificios y acuchillan y matan á todos los ingleses que allí encuentran, sin que se les pueda escapar uno, sin bajas, sin pérdida de buque alguno y sin otro daño que el causado al enemigo que debe sufrir el máximo.

El duque se puso en pie, dió un beso en la frente de su hijo y exclamó:

—Otro padre.

—No; un imitador de mi hermano Flaviano; estoy seguro que él desarrollaba este plan sin tener una sola baja.

—Julio, hijo mío, sube á cubierta, tú que has estudiado náutica y dirige esa operación, yo no entiendo de eso.

—Padre mío,—le contestó el príncipe besándole la mano,—no es eso, vos entendéis de todo, porque os sobran talento, inteligencia y sabiduría; es que el inmen-

so y merecido amor que profesáis á mi hermano os ofusca cuando se trata de él.

—No vuelvo á cuestionar contigo en el resto de mi vida; lo hice una vez, me has dado una lección y para mis años es bastante. Pero abrevia, no tardes, hijo mío.

—Nos ha de sobrar mucho tiempo, señor, pero voy á complaceros.

Quedó sólo el duque y en este momento se decía:

—El hijo sabe y vale tanto como su padre; pero Flaviano saltó por encima de todos.

Quince minutos después bajó Julio diciéndole:

—Ya estáis complacido, señor.

—¿A qué hora llegaremos á la playa?

—Antes de las ocho.

—¿Y á Cruz?

—Sobre las nueve.

—¿Hicísteis las señales?

—Sí, señor.

—¿Qué fuerza va á desembarcar?

—La mejor.

—Eso es. ¿Cuándo atacarán los de tierra?

—En el mismo instante de sonar las primeras andanadas.

—Perfectamente.

—No te olvides tomar lo primero, el camino de San Juan.

—Pienso hacerlo, pero será inútil.

—¿Por qué?

—Padre mio, los puentes que usa mi hermano, ni se

pasan al enemigo, ni se cortan. ¡Qué poco conocéis á vuestro hijo.

—Por si acaso.

—Ya os he dicho que lo haré, pero sólo resultará un beneficio á los ingleses. Morirán tranquilamente en Cruz mientras que en San Juan serían acuchillados cuando acababan de andar dos leguas y llegarían rendidos.

—Ya no dudo nada de cuanto me dices.

—Hacéis bien.

—¿En qué se ocupa el comandante?

—Continúa hablando con el resto de la escuadra. Todos los que desembarquen conmigo irán armados, unos con arcabuces y otros con pica, y llevarán cota, coraza y casco; los jefes de acero, los soldados de baqueta.

—¿Y nosotros?

—Entiendo que no la necesitáis, porque sorprendido el navío y recibiendo veinte cañonazos de primera intención, no quedará un inglés en situación de haceros nada.

—Creo lo mismo.

—¿Tienes plan para ti?

—Sí.

—¿Quieres decírmelo?

—Con mucho gusto.

—Habla.

—Nosotros entraremos por varios puntos á la vez, arrollando todo lo que encontremos. El enemigo aturdido y confuso, al oír la tremenda descarga de artillería se nos irá entregando á discreción.

—Y vosotros los ireis matando sin compasión.

—Es lo más probable.

—Dí lo seguro.

—Ello dirá.

—No des cuartel; no podemos ni debemos darlo.

—Nos llaman á comer y ya es la hora.

—Pues vamos.

Y se sentaron á la mesa, comiendo tranquilamente,

Serían las cuatro de la tarde cuando el duque, dejando á Julio con Ontoria, al cual le habían hecho seña para que entretuviese al príncipe, subió á la cubierta del navío, y separándose á un lado con el comandante, le dijo:

—Negrete, os voy á dar una orden que vais á cumplir con la más rigorosa exactitud.

—Lo haré, señor.

—Es necesario que hagais saber á todos que hoy no damos cuartel á ningún inglés.

—Muy bien, mi general.

—Esto sin que lo sepa el príncipe. Cuando ya no quede uno con vida todos declinais la responsabilidad en mí, pero antes silencio y la muerte.

—Estoy conforme.

—Mi hijo Julio se parece algo á su padre y es necesario que en la ocasión presente demos una lección á esos hipócritas para que no se finjan amigos y nos maten por la espalda sin que venga á impedirlo una caridad mal entendida y peor aplicada en el caso concreto de hoy.

—Lo harán todos, estoy seguro.

—Si mi Julio les manda lo contrario que no le contradigan pero que me obedezcan á mí.

—Que lo harán, añado yo con más gusto.

—¿No quieren á los ingleses?

—Los marinos españoles no, señor. Ni creo que los de ninguna parte.

—El que falte sufrirá las consecuencias que han de serle funestas.

—También lo sabrán.

—Hasta luego, no quiero que el príncipe me eche de menos y sospeche algo.

—Hasta luego, señor.

Y entró el duque en la cámara, tomando parte en la conversación del príncipe y de Ontoria como si no hubiera salido de allí y estuviese al tanto de todo lo que habían hablado

Llegó el anochecido, la escuadra se había dirigido hacia el Norte, quedando luego al pairo, lo más próxima posible á la playa.

En cuanto fué de noche, todos los botes se echaron al agua y en media hora desembarcaron 800 peones con sus jefes á la cabeza, mandados por el príncipe.

Allí iban los sesenta individuos que componían la escolta del duque. Estos llevaban orden de matar á cuantos ingleses vieran, castigando al español que no hiciese lo mismo.

Julio los formó por compañías, les dió instrucciones, y sin hablar, y á paso de carga, se dirigieron á Cruz, deteniéndose á un tiro de carabina de ese pequeño puesto.

Sigamos nosotros á la escuadra.

Puestos de acuerdo el duque y el comandante del navío San Juan, y comunicadas las órdenes oportunas á los jefes de los tres restantes buques durante el desembarco del príncipe y de los 800 hombres que le acompañaban, se dirigió la escuadra á Cruz, lo más juntos posibles los cuatro barcos, sin luz alguna y con el mayor silencio.

Suponían con razón que el navío inglés estaría alumbrado, y con eso bastaba á nuestros guerreros para llevar á cabo la sorpresa y acometida que anhelaban.

El duque se decía:

—Esos extranjeros se fingen amigos para meterse en la casa ajena y destruirla, no sólo por el daño que puedan hacer, sino por el provecho que un día ha de reportarles en preponderancia marítima y en dinero. A la vez y como punto el más importante de su idea, se fingen protectores de los débiles, les ayudan, los hacen fuertes para luego explotarlos, de lo cual resulta que desde el día del triunfo en adelante parten con los vencedores el rico botín que la victoria les ha proporcionado. Para llevar á cabo tan egoista y malvado pensamiento hacen hasta de la religión un instrumento repugnante. Sin ser ellos paganos alientan á los que lo son, los fanatizan y de este modo los llevan al combate para que mueran creyendo que defienden á su Dios, que obedecen á su Dios, el cual se compone de un pedazo de barro ó de metal que los sacerdotes paganos hacen hablar diciendo el ídolo lo que á ellos conviene.

Esto es inaudito y yo he de acabar con tanto farsante y tanto hipócrita. De los extranjeros no he de dejar uno; la ignorancia de los otros excitará mi caridad y perdonaré á cuantos se entreguen, pero respecto de los primeros, de esos piratas disfrazados de hombres rectos no habrá cuartel, ni aun tendré en cuenta que son seres humanos, toda vez que ante mí se presentan como tigres que anhelan devorar su presa.

Así pensaba el duque, y era lo peor que sus ideas eran ya las de todos los que le obedecían, y las consecuencias debían ser por desgracia funestísimas para los ingleses.

Con tan fatal acierto había el duque hecho suyo el pensamiento de Julio, y con tan rara habilidad lo estaba desarrollando, que preparaba en estos momentos una hecatombe que debía horrorizar á cuantos de ella tuvieran conocimiento. Iba á ser aquello un tremendo sacrificio hecho en aras de la más justa indignación.

El ciego amor paternal que el duque tenía á su incomparable hijo, debía producir esta noche un millar próximamente de víctimas.

Dueños los ingleses del pequeño puerto de Cruz, preparaban en estos momentos tranquilamente una sorpresa, que á la vez de vengar lo que Flaviano había hecho con los tres mil hombres desembarcados de la escuadra, debía producir entre los rebeldes un cambio completo en la tristísima situación en que el talento de un héroe los había colocado.

No pudiendo trasladar el puente á su primitivo sitio, lo pensaban destruir aquella misma noche, colocan-

do á su vez maromas de un punto al otro del río, para mandar víveres al desfallecido campamento, y dueños ellos, después de destruído el puente, de la orilla izquierda del río Tabasco, sitiar y bloquear la plaza sin tregua ni descanso.

Para este ataque contaban con los treinta cañones de su navío, con mil guerreros experimentados y con víveres y municiones de sobra.

Mandaba el navío el mayor mister James, hombre que había adquirido gran fama por la temeridad de sus empresas y por su inaudito valor.

El comerciante inglés que desde Cruz fué á la escuadra anclada en Frontera, había enterado á James de todo lo ocurrido en el campamento y la plaza, de la muerte de Yoon y de otras cosas que no habían ocurrido, cuyo lúgubre relato encendió la sangre del mayor, predisponiéndolo á cometer las mayores atrocidades.

Cuando él creía que la revolución del Mediodía de Méjico estaba hecha é iba á correrse al resto de aquel vasto imperio, cuya noticia oficial fué á recoger de la escuadra de Yoon para llevársela á su gobierno, se encuentra con que no es verdad la muerte de los generales españoles, que Méjico obedece tranquilamente á las autoridades de don Felipe III, rey de España; que los verdaderos muertos son el almirante y contraalmirante ingleses, y que las huestes rebeldes, que él juzgaba dueñas de Méjico, se hallan bloqueadas, debilitadas por el hambre y la impotencia.

Tan gran contrariedad descompuso su cerebro, mandó á los jefes de las tres galeras que estuviesen pre-

parados para cuanto él dispusiera, y enterado de todo cuanto necesitaba saber, cayó como un rayo sobre Cruz, mató á todo el que intentó defenderse y en estos momentos disponía un ataque más osado y valiente que discreto y conducente al triunfo.

Era déspota, aun con los que le rodeaban, no escuchaba sus consejos, y mandaba lo contrario, sordo siempre á los consejos de la prudencia.

El peor mal para James era que no creía en el heroísmo de Flaviano, ni en su superior entendimiento, lo juzgaba un valiente, atrevido y casi temerario como él y quería sorprenderlo y hasta derrotarlo con sólo un golpe de mano audaz como el que él creía que dió el triunfo á Flaviano de Osorio.

—Lo sorprendo,—se decía,—duerme entontecido con sus laureles, y hago variar con un sólo golpe la situación de Tabasco y de Méjico.

El patrón que enteró á Julio y al duque de lo que hacía y había hecho James, se equivocó en lo de la sorpresa acordada para la noche inmediata; era en ésta y en los momentos presentes reunía en su navío á todo el personal que tenía y les daba instrucciones para lo que debían hacer.

CAPITULO X

Terrible descarga.— En el fondo del mar.— El príncipe Julio y sus soldados.—Pérdida de un valiente capitán.

La escuadra del duque del Imperio distinguió las dos luces de un navío que había anclado á media milla de Cruz. Estaba solo y no era, por consiguiente, posible equivocarlo con otro.

Cerca del muelle de Cruz, había unas cuantas lanchas de pescadores atracadas y no se distinguía ningún otro barco.

El navío inglés, pues no era otro que el denunciado por el patrón del barco de cabotaje, presentaba una mole inmensa, y en sus costados se veían las troneras de 30 hermosos cañones de bronce.

Las dos luces, á que antes nos hemos referido, estaban sobre cubierta y eran dos grandes reverberos que daban luz á toda ella.

Salía, además, resplandor de la mayor parte de las portas de luz del navío.

Tenía dos anclas y en su interior se notaba un movimiento inusitado.

Cruz aparecía en lontonanza para los navegantes de la escuadra española como un fantasma negro, teñido por la débil claridad de medio ciento de luces esparcidas aquí y allá en habitaciones que dejaban salir por las ventanas y balcones tenues y vacilantes rayos de amortiguadas luces.

No se distinguía otra cosa desde el puerto de Cruz.

La noche no estaba clara; quedaban todavía algunos nubarrones del temporal que había reinado en Tabasco.

Un barco sin luces, por grande que fuera, no podía verse á más distancia de doscientas varas.

La escuadra del duque del Imperio fué aproximándose al navío inglés hasta quedar á quinientas varas de distancia.

En ninguno de los cuatro buques había luz alguna; sólo tenían encendidas las mechas, pero tan perfectamente ocultas, que fuera de los barcos nada se veía.

A la distancia que hemos dicho tomaron posiciones sabiamente elegidas los dos navíos y las dos galeras.

No se oía en ellos ruido alguno; nadie hablaba y sin embargo, allí se encontraba la muerte con su fiera segur, esperando la señal para concluir con un millar de vidas. Como abierta tenía también el Océano su formidable boca para tragarse los restos de hombres, animales y barcos con que la iban á convidar.

Eran estos los supremos instantes que preceden á los grandes cataclismos y la naturaleza, que parecía presagiarlos, se presentaba como muda espectadora de los estragos que hacen los seres humanos para compararlos con los que ella lanza sobre la tierra con sus rayos, sus ciclones, sus inundaciones y sus mil calamidades.

¿Quién de ambos destruye más?

Por mucho que el hombre destruya y aniquile, le supera bastante la naturaleza. Ella concluye por dar fin de todos los nacidos.

De pronto vino á interrumpir aquel agorero silencio, la fuerte y robusta voz de tenor del duque del Imperio que gritó:

—¡Fuego!

A ese acento terrorífero, siguió el toque de un silbato que dió tres golpes, y casi á la vez de escucharse el último, atronó el espacio, el agua formó oleaje, y los montes se conmovieron por los efectos de varios truenos que ensordecieron á los que estaban cerca.

La escuadra española había metido dentro del navío inglés cuarenta balas rusas. No era posible mejor puntería ni más impunidad.

El barco que acababa de servir de blanco á cuarenta cañones, quedó destrozado, pero aún estaba derecho; si bien se bamboleaba con el movimiento nervioso de un enorme cetáceo que pasa de la agonía al estertor.

La escuadra vió esto mismo, se movieron sus barcos, miraron de un costado á otro, y comenzó un fuego graneado de cañón que sólo duró cuatro minutos.

El navío inglés había desaparecido de la superficie del agua.

Se lo había tragado el Océano y estaba ya en el fondo del mar, al que había bajado lentamente, pero sin detenerse hasta llegar al suelo del golfo de Méjico.

Aquel era su lecho de muerte y allí quedaron revueltos los seres humanos con los animales, las riquezas, los cañones, los víveres, las tablas y los palos. De todo había en él menos vida; ésta la había apagado el soplo del león español, sonriendo al ver bajo sus garras al leopardo inglés.

En el sitio en que estuvo el navío sólo se veían ahora unas cuantas tablas y pedazos de mástiles flotando en el agua, y como triunfantes del grave peligro que les había amenazado.

Fué lo único que se salvó del navío.

Los únicos despojos del horrendo cataclismo.

—Luces,—gritó el duque, el silbato volvió á oirse y las cubiertas y cámaras de los cuatro barcos se alumbraron en un minuto.

—¡Hurra!—gritó un capitán de la escolta del duque y la guerrera frase fué de boca en boca y de barco en barco atronando el espacio.

Ninguno de los marinos empleados y de los guerreros de la escuadra sintió mala impresión al ver sumergirse en el mar el poderoso barco inglés.

Ellos podrían no querernos por cuestión de envidia y rivalidades, pero es indudable que les pagábamos en la misma moneda.

Habían vengado la sorpresa y acuchillamiento de

los hijos de Cruz; pero á nuestro juicio, la innoble acción de los ingleses no merecía tan tremendo castigo.

El que nos busca por el mal camino no halla españoles, se encuentra con leones que dan ciento por uno.

La impiedad del duque del Imperio sólo mereció elogios y un aplauso de cuantos le habían ayudado en el terrible acto que acababa de llevar á cabo.

Encendidas las luces en los cuatro buques, volvió á exclamar Osorio:

—Tomad puesto lo más cerca posible del muelle y tirad escala y botes para mi escolta y para mí.

Minutos después cruzaban por encima del navío sumergido, sin sentir impresión alguna.

Y no tardaron en anclar en el punto designado por el duque.

Este miró á Cruz con ansiedad, pero nada veía. Los rayos de unas cuantas luces, y eso era todo.

Saltó al primer bote que cayó al agua en unión de Ontoria, y sin esperar al resto de su escolta, dijo á los marineros que cogían los palos:

—Remad; más fuerza, que quiero llagar pronto, y está distante el muelle.

—No tema V. E., que llegaremos pronto,—le dijo un marino, haciendo entre él y sus compañeros volar el bote.

Según se acercaba, iba el duque viendo iluminarse el pueblo.

Más tarde distinguió la gente que andaba por las

calles, y no tardó en oir voces que no podía comprender.

—¿Qué dicen?—le preguntó Ontoria.

—Vocean, pero no entiendo nada.

—No hemos oído tiros.

—No, señor.

—Posible es que Julio los haya perdonado á todos.

—No será extraño.

—Pero dudo que me hayan desobedecido.

—¿Oís ahora, señor?

—Sí, gritan dando vivas á mi hijo.

—Eso es.

—Veréis qué bonitamente se lleva él la gloria de esta jornada.

—Lo cual enorgullece á su padre.

—Es verdad, Ontoria; ¿quién tiene un hijo que valga lo que el mío?

—Es verdad, señor; pero le dan lo suyo, que es muchísimo, y hasta lo poco nuestro.

—Veremos por qué es eso.

—Que lo adoran en ese país. Eso oi á todos,

—Porque lo conocen, Ontoria. Es el pueblo, el pueblo.

—Ya lo veo.

En este instante saltaron á tierra y corrieron sin esperar escolta.

El pueblo iba por la calle gritando:

—¡Viva el general Flaviano!

—¡Viva!

—¡Viva el héroe!

—¡Viva!

Sepamos ahora lo que había hecho Julio.

El príncipe fué el primero que saltó en tierra, siguiéndole hasta ochocientos hombres, arcabuceros unos y piqueros otros.

Este desembarque duró más de media hora. Al terminar, los botes se fueron con la escuadra, y ésta continuó hacia el puerto de Cruz.

El príncipe ordenó la fuerza que mandaba, y también avanzó lentamente para dar lugar á que la escuadra llegase y porque no tenía otro remedio efecto del mucho barro que aun quedaba, causados por el temporal que había reinado en aquella zona.

Distaba Julio, de Cruz, cerca de dos millas.

Ya era de noche y seguían por la orilla del mar.

A la mitad del camino oyó Julio un ruído que hubo de llamarle la atención.

Mandó hacer alto é impuso silencio.

Poco después decía al capitán Urrieta, individuo de la escolta del duque que le había seguido:

—Viene artillería y caballería. ¿Lo veis?

—Sí, señor.

—Y es bastante fuerza.

—¿De dónde vendrán?

—De San Juan Bautista.

—¿Es este el camino?

—Sí.

—No nos equivoquemos y sean de los del navío.

—Deliráis. ¿Caballería los del navío?

—Es verdad, señor.

—Hay otra razón; si fuesen del navío, irían y estos vienen.

—Verdad es; el ruído se oye cada vez más cerca.

—Son indudablemente fuerzas que manda mi hermano de San Juan á Cruz. Salgamos al encuentro de los que llegan para que no avancen más y no puedan oirlos los del navío.

Y se dirigieron al sitio por donde escuchaban el ruído.

Al poco tiempo se hallaron con una vanguardia de peones que los detuvieron á la voz de:

—¿Quién va?

—El príncipe Julio,—contestó Urrieta.

—Señor, ¿vos aquí?—le preguntó el capitán Gonzalo acercándose á él.

—¿Dónde vais?

—A Cruz unos, y otros á la loma azul á destruír un navío inglés.

—¿Qué fuerza viene?

—Quinientos caballos, mil peones y una batería.

—¿Quién manda esta división?

—El general Mendoza.

—¿Cómo está mi hermano?

—Perfectamente.

—¿Qué hace el enemigo en el campamento?

—Morir de hambre y matarse unos á otros.

—¿Y vosotros qué hacéis?

—Nada.

—¿Y mi hermano?

—Ese siempre hace, señor, pero sólo él sabe lo que

hace. Aquí llega el general. Señor marqués, el príncipe don Julio.

Al oír este nombre el gigante se tiró del caballo, mandó hacer alto y corrió con los brazos abiertos á estrechar á su hermano.

Luego le preguntó Julio:

—¿Qué motiva todo este aparato de fuerza, Rogelio?

—Tuvimos ayer noticia de que se había presentado en ese puerto un navío de guerra. Creimos que sería el tuyo y mandó Flaviano á Zalla para que se enterase; pero es el caso que el joven capitán no ha vuelto y en su lugar se nos ha presentado un oficial de la corta guarnición de Cruz, diciendo que el tal navío es inglés, hermosa nave, que llegó con bandera de otra nación, que sorprendió á Cruz, hizo un desembarque y acuchillaron á las fuerzas que ahí tenemos. Con este motivo, vengo á echar á pique ese barco y á matar á todos los ingleses que encuentre.

—¿Cómo te vas á componer para echar á pique ese navío?

—Antes de una hora tengo situada mi batería en la loma azul que domina el puerto, y á obscuras nosotros y afinando la puntería á favor de las luces del barco, no tardaré mucho en hacerlo astillas. A la vez caerá el capitán Gonzolo sobre Cruz con doscientos jinetes y quinientos peones, pasará á cuchillo á todos los ingleses que hayan desembarcado y al mismo tiempo buscará á Zalla, que se nos ha perdido.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco?

—Nada, porque llegas tarde.

—¿Qué dices? ¿Se fué el navío?

—No, el navío está ahí, pero antes de que tú pudieras llegar á la loma azul y afinar la puntería, tendrá el barco inglés cuarenta balas de cañón dentro de sus cámaras.

—¿Quién va á hacer eso?

—El duque del Imperio, por mar y yo por tierra.

—Me has fastidiado, hermano.

—¿Por qué?

—Era natural que yo quisiera dar á mi ascenso la honra de una batalla.

—Pues ésta no puede ser. Vuelve á San Juan y dices á nuestro hermano que los buques ingleses me corresponden á mí, según su propia disposición.

—¿No hay remedio?

—No.

—A tí no puedo desobedecerte.

—Puesto que Gonzalo y esa vanguardia que lleva conocen mejor que yo y que la fuerza que traigo las calles de Cruz, me quedo con ellos.

—Alto; todo se puede arreglar. Yo conozco tanto como Gonzalo las calles de Cruz; que se vaya él con toda la fuerza y yo me quedo mandando esa vanguardia.

—¿Un general?

—Sí. No me niegues esa gracia.

—Sea, pero abrevia.

—Ahora mismo.

Mendoza dió á Gonzalo las órdenes de que se retirara á San Juan sin pérdida de tiempo, que le dijese al general Flaviano lo que había oído á Julio y que él se quedaba con la compañía de vanguardia á las órdenes del príncipe.

Julio añadió:

—Oiréis, Gonzalo, fuego de artillería, no os importe; yo os mando regreséis con la brevedad posible á San Juan, puesto que aquí no hacéis falta y pudiérais hacerla en San Juan.

Dieron al príncipe un caballo, marchó á la capital la división, y Julio y Mendoza continuaron en dirección de Cruz, seguidos ahora de novecientos peones.

A las nueve de la noche, dieron vista al puerto. Se hallaban á poco más de tiro de arcabuz, mandó hacer alto Julio, volvió á encargar silencio y esperaron.

Poco después oyeron la formidable descarga de que ya tenemos conocimiento.

—¿Entro?—preguntó Mendoza

—No,—le contestó Julio;—á esa descarga debe seguir un fuego de cañón graneado, y no será extraño que alguna bala entre en el pueblo; aquí estamos resguardados de ellas.

—Pero, hombre, si con esa descarga ha debido quedar deshecho el barco.

—Por si acaso, Rogelio.

—Poco tardarán si han de continuar.

Dos minutos después oyeron nuevos cañonazos.

—Tenías razón, hermano,—dijo Rogelio;—mucho resiste ese navío.

—Poco le queda ya.

—Me alegro.

No tardó en acabar el segundo fuego de artillería.

—Entra,—añadió Julio,—con esa compañía; detrás voy yo con 800 hombres.

Mendoza tiró de la espada, dió un viva al general Flaviano y corrió con sus cien hombres, dando vivas y buscando ingleses á quien acuchillar.

A las voces de viva el general Flaviano se echó á la calle el pueblo de Cruz, creyendo que el héroe había entrado y era el autor de aquellas descargas.

Dando vivas corrió también en averiguación de lo que acontecía. Pensaba que estando allí don Flaviano no debían temer nada y hasta dieron por hecho que el joven general había echado á pique el navío inglés.

A la vez todas las casas se iluminaron, la gente menos tímida salió á los balcones y empezó á renacer la confianza.

CAPITULO XI

—

El duque, Julio y Mendoza.—Historia del capitán perdido.— Una casualidad milagrosa.

Pronto averiguó el general Mendoza que los pocos ingleses que había en Cruz, al oir las descargas de artilleria se habían refugiado en el pequeño fuerte, donde estaban sus compañeros, aquéllos que se lo habían tomado á los españoles pasándolos á todos á cuchillo, no obstante haber entrado allí por sorpresa.

Enterado de todo esto Mendoza por varios soldados, que por no estar de servicio pudieron escapar de la matanza dispuesta por los del navío ingles, sitió el fuerte y lo tomó de una manera tan enérgica, rara y rápida que merece especial mención.

Mandó rodear el fuerte con cincuenta arcabuceros y los colocó él mismo, mientras varios paisanos le traían uua maza de hierro que había pedido.

Los arcabuceros, colocados en torno, recibieron la orden de hacer fuego á todo el que asomara la cabeza por los huecos del fuerte, y así lo estaban ya haciendo.

A la vez mandó veinticinco soldados de los cincuenta que le quedaban libres que escalasen la torre, diciendo:

—Subid formando escalera unos sobre otros, que antes que vosotros lleguéis estaré yo dentro.

Cogió la maza, y al tercer golpe cayó la puerta hecha pedazos.

En el mismo instante se precipitaron los veinticinco hombres que le quedaban por la puerta que acababa de romper, con algunos de los soldados de la guarnición que deseaban vengar la muerte que los ingleses dieron á sus compañeros, y todos en revuelto tropel corrieron fuerte arriba, unos espada en mano y otros con arcabuces, dispuestos para hacer fuego. Todos gritaban:

—¡Viva el general Flaviano!

Delante de todos iba Mendoza blandiendo su maza de hierro, arma terrible en unas manos como las suyas.

A la vez trepaban por la parte afuera los otros, y á los cinco minutos se hallaban dentro del fuerte más de setenta hombres que componían los que llevó Mendoza y los que se habían agregado correspondientes á la guarnición.

Había dentro del fuerte cuarenta ingleses con dos oficiales. Sorprendidos, primero en la destrucción del navío y luego con la llegada y sitio de los españoles que se metían en el fuerte por la parte alta y por la

parte baja se aturdieron, corrieron de un lado para otro sin dirección ni acierto y defendiéndose muy mal, que en poco más de diez minutos todos perecieron á los formidables golpes de la maza de Mendoza, en primer lugar, y con el fuego de los arcabuces y estocadas y golpes de las espadas y picas de los restantes.

Los cuarenta murieron; no quería el general herirlos, y de los suyos sólo resultaron cinco contusos. Eso nos prueba lo mal que los otros se defendieron, víctimas en esta ocasión de su aturdimiento y pavura.

Por fin se reunieron en la plaza del pueblo el duque del Imperio y el príncipe, después Mendoza con su gente y más tarde el gobernador que pudo librar su vida ocultándose á tiempo en la casa de un antiguo marino amigo suyo.

Dió primero cuenta al gobernador de la sorpresa y luego de todo lo que hicieron los ingleses en las cuarenta horas próximamente que permanecieron en Cruz.

Acto continuo refirió el gigante la trágica historia de lo que acababa de ocurrir, resultando un triunfo completo para las armas españolas. Saboreándolo estaban, cuando vino á enlutar la victoria que celebraban la siguiente idea expresada por el duque del Imperio de este modo:

—Señores; falta lo principal, falta que hallemos al capitán más bizarro que tiene en Méjico el ejército español. Don Ricardo Zalla, hecho prisionero por los ingleses. Venía á veros, gobernador, de parte de su general; fué sorprendido, no pudo defenderse y me im-

porta tanto como el triunfo conseguido la libertad de ese hombre. Gobernador, poned en juego toda vuestra influencia: que os ayuden los vecinos y la tropa, y tú, general Mendoza, acompáñalo y no volváis sin él. Puesto que á nadie se ha enterrado aún, reconoced todos los cadáveres, si no está entre ellos, todas las casas, las prisiones del fuerte y no paréis un solo instante.

—Señores,—dijo el gobernador al príncipe y al duque,—entrad en mi casa y esperad bajo cubierta; allí os darán cena y cuanto pidáis mientras nosotros buscamos á ese capitán.

Asi lo hicieron extendiéndose luego por toda la población la tropa y los paisanos que acudieron al llamamiento de la autoridad.

Unos reconocían los cadáveres y otros casa por casa, desde la azotea hasta el último rincón; pero ni el cuerpo de Zalla estaba entre los muertos, que vió escrupulosamente Mendoza, ni en ningún edificio.

Terminando estaban el reconocimiento cuando oyeron un tiro cerca de donde se hallaba Mendoza, y éste y los que le seguían cayeron sobre el edificio en que se oyó el tiro con la rapidez del rayo.

El general gigante fué el primero que entró gritando:

—¿Quién ha disparado ese arma? Si no habláis os mando matar.

—Son ingleses,—dijo un paisano que entró con la tropa.

Y los soldados empezaron á darles golpes con el plano de sus espadas.

Eran una madre, un hijo, dos criados y un dependiente, ingleses todos.

Averigüemos nosotros antes de pasar adelante lo que había sido del valiente capitán Ricardo Zalla.

Tranquilo se hallaban nuestro joven, al lado de Flaviano, cuando recibió éste un parte del gobernador de Cruz, diciéndole que había á la vista del pueblo un hermoso navío.

No decía más, porque aquella autoridad no conocía la bandera del barco aquél, y Osorio creyó que sería el navío en que llegaba su hermano Julio, lo cual estaba de acuerdo con las instrucciones que él le había dejado.

Contó lo que ocurría á Zalla, que era el que tenía más cerca, añadiendo:

—Ricardo, monta á caballo, vas á Cruz, y si es mi hermano el que ha llegado, refiérele lo acontecido aquí y vuélvete, que él ya sabe lo que ha de hacer. Si no fuese barco español vuelve á escape.

Montó á caballo nuestro joven, y salió solo y á escape tendido en dirección á Cruz

Muy poco más de una hora tardó en llegar, entrando á un trote largo en la población. Derecho iba al muelle cuando fué sorprendido por veinte arcabuceros ingleses que le apuntaban, dándole voces que no entendía, cuando otros con espada lo cogieron por la espalda, lo tiraron del caballo, lo desarmaron y se lo llevaron á una casa próxima en la que un oficial inglés mandó encerrarlo en un gran sótano que allí había, y notando el furor y oyendo los gritos que daba Zalla, dispuso de

acuerdo con los dueños de la casa, lo sujetaran con hierros, que prontamente adquirieron.

Después cerraron el sótano sin que nadie volviera á acordarse de él.

El dueño de aquel edificio era el inglés que denunció á la escuadra enemiga lo que había ocurrido en San Juan y el campamento; se quedó en un buque de aquélla y resultaba verdaderamente el autor de todo lo que estaba aconteciendo. Dejó en Cruz á su mujer, á un hijo y á varios criados.

Era esta la única familia que hablaba inglés, y en ella se hospedó el jefe que tomó el fuerte y mandó acuchillar á todo español que se defendiera.

La desgracia de Zalla no estaba exenta de suerte. No pudiendo defenderse, por haber sido sorprendido y no darle tiempo el enemigo para nada, no le mataron al cogerlo, y no lo hicieron después, porque ni el jefe inglés ni los soldados que lo amarraron entendían el español y no pudieron comprender los mil insultos que Zalla les estuvo dirigiendo desde que lo cogieron hasta dejarlo solo en su horrible prisión.

El sótano en que se hallaba lo tenía dispuesto el dueño de la casa para habitarlo con los individuos de su familia en el caso de que llegara allí la guerra y tuvieran bombardeo ó lucha en las calles de la población. Todo él era de piedra, y sujeto Zalla con una gruesa cadena, llevada con grillos y una argolla del fuerte, no podía nuestro joven hacer otra cosa quo sentarse en el suelo ó estar de pie.

Al principio movía la cadena, la dió golpes, sacu-



—No puedo romper estos hierros.

didas, y convencido de que todos sus esfuerzos eran inútiles, exclamó:

—¡No puedo romper estos hierros!—y se sentó, resignado ya con su suerte.

Pasó el resto de aquel día y llegó la noche. Felizmente para él había comido en San Juan cuando montó á caballo, porque nadie se acordó de él para entrarle comida ni para nada.

Cuando llegó la hora que tenía de costumbre acostarse, se quedó dormido sentado en el suelo y apoyada la espalda y la cabeza en la pared.

No despertó hasta el día siguiente. Entonces fué cuando empezó á discurrir sobre su prisión y suerte futura. La ira y el despecho que le produjeron la sorpresa de que fué víctima se lo habían impedido hasta entonces.

—¡Pero qué ha sido esto!—exclamó.—¿Por qué hay aquí ingleses y por dónde han venido? Comprendo; el navío que mi general juzgaba español por las malas explicaciones del gobernador de Cruz era inglés, desembarcaron; y como yo no los ví hasta que me tenían sujeto y me apuntaban con veinte ó treinta arcabuces, no pude librarme de este fatal acontecimiento. Lo que más siento es no haber podido participar á Flaviano lo que estaba aconteciendo á dos leguas de San Juan. ¡Maldición; eso es lo que más me apena! No; yo solo hubiera podido adelantar la noticia; cuando mi maestro y general vea que pasó la noche y no he vuelto, positivamente adivinará lo que ocurre y vendrá á Cruz con la mitad del ejército. ¡Bastante tiempo estará ese

navío derecho! Esperaré el resultado que no ha de tardar.

A las ideas de Zalla contestó un largo y profundo silencio. Los habitantes de Cruz se habían encerrado en sus casas por temor á los ingleses, y éstos, á excepción de los pocos soldados que dejaron en el fuerte, todos estaban en el navío embalando lo mucho que pensaban llevar por la noche el campamento, y todo cuanto necesitaban para cortar el puente en cañones y cargas; así es que por las calles de Cruz no transitaba nadie.

Hasta la familia que residía en la casa en que estaba Zalla, temerosa de haber constituído una habitación de su vivienda en calabozo de un capitán español, se instalaron en el extremo opuesto y ni aún parecían por las piezas próximas á las que cubrían el sótano. Como la entrada de éste se hallaba disimulada, la inglesa pensaba negar la existencia del preso en su casa, según había hecho ya, dejando á este que buenamente se muriera de hambre.

Es decir, que el miedo les había obligado á sentenciar á muerte al intrépido capitán.

Pasó la mañana, el silencio continuó, y ni por caridad entraron á Ricardo un pedazo de pan y ni un poco de agua.

Llevaba nuestro preso veinticuatro horas sin probar alimento, y aun cuando la fibra era mucha, sentía ya los primeros síntomas de la debilidad.

Sentado sobre el duro suelo meditaba en su suerte cuando recordó que al sepultarlo los soldados ingleses en aquel sótano, efecto de haberle empujado fuerte-

mente cuatro de ellos, rodó cuatro peldaños de la escalera que era de caracol, y en este descenso precipitado se le cayeron las pistolas que llevaba al cinto, las cuales no le quitaron los soldados por desconocer aquella arma rara entonces, y sólo al alcance de los grandes señores, y las que él no pudo usar por hallarse maniatado desde los primeros instantes.

Los peldaños porque él rodó fueron los últimos, y era indudable que el par de pistolas se hallaban en el sótano.

Zalla miró con cuidado é interés sobre el piso de su lóbrega cárcel.

Al poco tiempo vió el par de pistolas una á cinco varas de él y la otra al pie de la escalera que se hallaba á siete ú ocho.

—Allí están,—dijo con alegría; —¿pero cómo llegó á ellas? Probemos.

Anduvo en dirección de la primera cuanto pudo, se tendió en el suelo y alargó los brazos.

Miró y le faltaba vara y media para llegar.

—Como si me faltase una legua,—dijo volviéndose á sentar en el suelo.—Pero yo necesito esa pistola, y ya que ella no viene á mí yo iré á ella. No sé cómo, pero discurriendo... Veamos lo que tengo en mis bolsillos: Un pañuelo y el dinero que me han dejado esos piratas por milagro de Dios. ¡Ah, mi banda de capitán!... Pero no, lo que no pueda hacer con el pañuelo no podría lograrlo con la banda, y ésta me hace más falta que aquél. Probemos.

Y con mucho cuidado fué haciendo tiras el pañuelo;

después las unía con nudos, hasta que logró tener una tira de más de tres varas.

Hecho aquéllo, ató el bolsillo donde llevaba el dinero y comenzó á tirarlo, yendo el bolsillo sujeto á una punta de la tira, y quedándose él siempre con la otra en la mano.

Una de las veces que lo arrojó quedó colocado de un modo que al tirar con fuerza de la punta del pañuelo acercó la pistola media vara.

—Muy bien,—exclamó.—Puede ser siendo así que como anduvo ese espacio andará otro y otro.

Y continuó arrojándolo hasta que volvió á colocarlo como anteriormente, tiró de nuevo y la acercó otra media vara.

—Ya es mía,—dijo con alegría.—Ya tengo una pistola; si me sirve ó no, eso luego lo veremos. Ahora de esta otra manera.

Soltó el bolsillo atándolo al centro de la tira formada con el pañuelo.

Después cógió las dos puntas y las echó de manera que quedando él con una punta en cada mano cayera el bolsillo un poco más allá de la pistola. Fué tirando con suavidad de las dos puntas, y el bolsillo pegado á la pistola la hizo correr hasta que llegó á las manos de Zalla.

—Ya la tengo,—murmuró con placer.—¿Para qué va á servirme? Para matar á un inglés, para avisar que estoy aquí ó quién sabe. La he conquistado que era lo importante. La mejor aplicación depende de las circunstancias. Fué hasta un juego entretenido. Mucha

tarde me queda; ¡si pudiera traer la otra! Me falta más de una vara de tira para poder hacerlo bien, y no traje más que un pañuelo. ¿Si tuviera otro? La banda... Con la banda me sobra atada á esa tira... Pero no, la banda no debo emplearla en cosa tan pueril. ¿Qué haré?... Ya lo sé, ya dí con la idea. Dos tiras del faldón de mi camisa, y aquella pistola se volverá con su dueño.

Se desnudó en parte, hizo lo que acababa de decir y logró tener una tira de vara y media más larga, con el bolsillo atado á un extremo.

Comenzó su tarea. La otra pistola quedó al pie de la escalera y tenía que luchar con la mayor distancia, y con estar el arma casi pegada al último peldaño.

A la media hora de estar tirando el bolsillo, exclamó:

—¡Viva España! La he sacado del escalón y la traje más de una cuarta. Hecho lo más difícil, lo restante es seguro.

Cerca de dos horas tardó en ponerla á una vara de distancia de su mano.

Volvió á sujetar el bolsillo al centro de la tira con tal acierto, que á la primera vez la cogió como él quería y la fué trayendo despacio hasta poderla coger.

—Ya tengo,—dijo,—mi par de pistolas. De qué buena gana las empleaba en dos ingleses. ¿Pero quién sabe si eso podrá ser? ¿Quién sabe si el destino me habrá condenado á morir como inocente curiana ó ligera sabandija en este mísero sótano? Mucho tarda en llegar el ejército que indudablemente mandará aquí don

Flaviano. Posible es que espere á la noche. Entraron por sorpresa y van á expiar sus culpas y pecados por sorpresa también. Esto es lo probable; no, quiero hacer más justicia á ese genio, lo seguro. Mejor creería que el sol nos negaba su luz para siempre, que mi general dejaba de buscarme y de castigar á esos piratas.

Al pronunciar sus últimas frases era ya de noche. Su confianza en Flaviano era justísima, pues estaba ya cerca de Cruz el general Mendoza.

Y algo más conque él no contaba; estaban cerca de él el príncipe Julio, el duque del Imperio, cuatro naves de guerra y la dotación necesaria para acabar con el navío y los ingleses que llegaron á Cruz.

CAPITULO XII

Cálculos de un pobre preso.—Las descargas.—En espera de la ocasión.—Llegó ésta.—El tiro.—La libertad.

A pesar de las treinta horas que llevaba Zalla sin comer ni beber, no estaba impaciente; su general le ofrecía confianza absoluta.

Sentado ahora y recostado en la pared con una pistola á cada lado, hacía cálculos que el tiempo y el silencio iban echando por tierra.

Pero á todo se encogía de hombros, exclamando:

—El héroe no puede tardar: si yo tuviese desconfianza é impaciencia le inferiría un agravio que no merece. ¿Será, por ventura, que este silencio tan profundo lo motive el que en esta lóbrega cárcel no pueda oirse nada de lo que pasa lejos y menos en la calle? No lo sé...

En este momento se oyó la descarga de cuarenta

cañones; temblaron las paredes del sótano y el mundo parecía venirse abajo.

—Ya está ahí,—exclamó riendo.—Vaya si se oye todo. ¿Dónde habrá ido á parar el navío con esa descarga? Al fondo del mar. No tiene otro sitio. Gracias, insigne general; ya estoy vengado. Los que me han castigado cobarde é inicuamente se han convertido en peces, gracias al soplo que ha soltado el aliento de mi general. ¡Viva España! ¡Ah, isleños, bretones y escoceses, cara vais á pagar vuestra osadía! Nos tomaron por corderos sin reparar en que éramos leones. ¿Más cañonazos? Eso es que tarda en hundirse el barco y le empujan. Muy bien, seguid, amigos míos, hasta que no quede uno. Si yo pudiera ayudaros. Si no es en esta ocasión será en otra.

Más tarde decía:

—Parece que corren por la calle; sí, nuestros soldados andarán cazando ingleses de los que han desembarcado. ¡Si yo, amigos míos, pudiera daros mi intención! Puede que no os haga falta... ¡No digo! Ahora suenan tiros de arcabuz, y es cerca de aquí... los cazan como á conejos. A ellos y ¡viva España! ¡Quién pudiera acompañaros! Cómo había de ensangrentar mi espada. Mi espada que estará en manos de uno de esos piratas; no importa, pronto tendré otra, y entonces... Pronto... eso no lo sé yo... Siguen las carreras y hasta se oye el eco lejano de muchas voces; pero á este desgraciado nadie le busca, y si le buscan no le encuentran. Ya han cesado las descargas. A este silencio debe seguir mi libertad. ¡Qué hermosa es la libertad; el bien

que ella reporta sólo se comprende cuando de él carecemos!

Sentado y completamente á obscuras esperaba. Hacía lo que el resto de la humanidad que vive esperando. ¿Quién no espera algo?

Al poco tiempo le pareció oir el eco de la ronca voz de Mendoza; llegaba allí apagado, confuso, pero en la duda Zalla disparó una de sus pistolas.

Ya oímos la detonación.

A las frases de Mendoza contestaron negativamente los de la casa, pero el gigante, que estaba seguro de que el tiro había sonado allí, cogió por el cuello al dependiente del inglés y lo arrastró diciendo:

—O me dices de dónde ha salido ese tiro, ó te ahogo.

—Dejadme,—murmuró el dependiente medio ahogado,—yo os llevaré.

—No te suelto hasta que lo vea.

—Venid por aquí. Soltad, por Dios... Aquí... Dejadme hablar...

—Dí.

—En esa trampa, ahí está el capitán. Él ha tirado.

—¡El capitán! ¡Ah, malvados, lo teníais preso!

De una patada abrió el gigante la trampa, gritando:

—¡Zalla!

—Aquí estoy sujeto con cadenas, señor marqués.

—¡Con cadenas! Soldados, luces aquí. Venga una. Oid,—y bajando la voz añadió:

—Dais fin de todos los ingleses que haya en esta casa.

Y se precipitó por la escalera de caracol exclamando:

—¡Ricardo, amigo mío, tus brazos!

El gigante llevaba en una mano la maza de hierro, que aún no había soltado, y en la otra una luz. De este modo abrazó á Zalla diciéndole:

—Acércate á la pared.

Con dos golpes de maza rompió los candados y Zalla se vió libre de sus pesados hierros.

Como la trampa estaba abierta se oyeron varios ayes.

—¿Qué es eso?—preguntó Zalla.

—Nada, chico, son los últimos ingleses que quedaban, los de esta casa, los que te prendieron.

—Pero hombre, si fueron otros, si fueron los del navío...

—Pues ya no tiene remedio. Oye, tan malos serían estos como los otros; tienen la misma sangre.

Mendoza tiró la luz y salió abrazado á Zalla, diciendo desde la puerta:

—Soldados, ya hemos concluído; corred la voz y reuniros todos á la puerta del gobierno. Dí, Ricardo, ¿cuánto tiempo estuviste preso?

—Treinta y cuatro horas.

—¿Qué has comido en ese largo espacio?

—Nada, me iban á matar de hambre.

—Asesinos, tigres; te sentenciaron á la peor muerte.

—¿Y vos, mi general, habéis cenado?

—No, estuve muy ocupado.

—Mucho debía ser para haber perdonado vos ese acto.

—¿Perdonado? Eso no. Estuve matando ingleses; ya ves que era una ocupación importantísima, pero ahora me como todo lo que nos dé el gobernador.

—¡Matando ingleses! ¡Qué felicidad! ¿Quedan algunos?

—No, hombre, murieron todos.

—¿Eran muchos?

—Mil nada más.

—¿Con que ese navío tan hermoso es inglés?

—Era, lo echamos á pique.

—¿Quién, don Flaviano?

—Sí, pero no el hijo; ahora ha sido el padre.

—¿Pero está aquí?

—Sí, ha venido con Julio. Yo debí ser el que echara á pique ese barco semipirata, pero se opuso Julio y tuve que ceder.

—¿Llegaron ellos por mar á la vez que vosotros por tierra?

—Eso es.

—¡Qué casualidad! ¿Cuántas bajas hemos tenido?

—Muchas, te vas á sorprender, cinco ó seis contusos.

—¿Nada más?

—No.

—¡Contra mil hombres!

—Eso es.

—En cuanto cenemos nos iremos á San Juan, ¿no es eso?

—Sí.

—No me faltan las fuerzas, pero me siento débil.

—Eso no es nada, en cenando bien te se quita. Ya hemos llegado.

Julio y el duque que se hallaban ya impacientes y desasosegados por la tardanza en parecer Zalla, lo estrecharon al verle haciéndole referir todo lo que le había ocurrido.

Al entrar Mendoza dijo al criado del gobernador;

—Muchacho, cena para cuatro.

—Para dos, Rogelio, nosotros ya hemos concluído,—dijo el príncipe.

—Para cuatro,—añadió el gigante.—¿Que sabes tú si vendrán otros?

—Perdona, no me acordaba que tú en la mesa representas lo menos tres.

—Ahora no soy yo, sino ese pobre capitán que lleva treinta y cuatro horas sin haber probado ni el agua.

—Ya serás tú y no él.

—Calumnias del paje. Por cierto que no me ha agradecido el haberle salvado la vida el otro día.

—¿Quién quiso matarlo?

—A él nadie; pero una india brava le tiró feroz puñalada á nuestro hermano, y Luis no teniendo tiempo para otra cosa, lo cubrió con su cuerpo, y debió recibir él la puñalada dirigida á Flaviano.

—¿Cómo lo evitaste tú?

—Estaba yo mirando á la viuda, que era hermosa mujer, y al ver el puñal y conocer su intención, la cogí por el cuello para echarla atrás; no tuve otra intención, Julio, pero dicen que la ahogué.

—¡Lo dicen! ¿Pero es cierto ó no?

—Sí, se murió.

—No, la mataste.

—Será eso. Yo no tengo la culpa de tener tanta fuerza.

—Cuentan, hermano, que la hiciste una caricia y con ella la mataste, y eso te perjudica mucho.

—¿Por qué?

—¿Qué mujer, sabiendo que tus caricias cuestan la vida, se acerca á ti?

—Es verdad, Julio; lo desmentiremos.

—¿A cuántos has perdonado la vida esta noche?

—No pude, hermano.

—¿Por qué?

—Porque se defendían. Oigamos el relato de Zalla.

Al acabar éste de contar todo lo que había ocurrido, entró el gobernador diciendo:

—Felicito al señor marqués por lo que acaba de realizar.

—¿Qué hice yo?

—Habéis muerto á todos los individuos de la familia del traidor inglés que nos vendió.

—Me alegro.

—¿Había mujeres, gobernador?—preguntó Julio.

—Dos.

—Rogelio, ¿á las mujeres también?

—Se lo cuentas á los soldados, á mí no, porque en esa casa me contraje á sacar de su prisión á Zalla.

—Y el traidor causante de todo, ¿dónde se halla?

—Temiendo algo se quedó en la escuadra inglesa.

—Ah, entonces yo me entenderé con él,—añadió el duque.

—Cuando mi hermano sepa todo lo que ha pasado aquí esta noche, contento se va á poner. Yo creí que eras más humano, Rogelio.

—Di lo que quieras de mí, Julio, pero déjame cenar.

Ahora entraron Ontoria, Urrieta, y todos los jefes de la escolta del duque.

—¿Hay cena para estos señores? —preguntó Osorio al gobernador.

—Sí, señor, contaba con ellos y ahora mismo se la servirán.

—¿Y para la tropa y oficiales?

—Ya están cenando.

—Muy bien, Julio, en cuanto acaben de cenar estos señores nos trasladaremos á San Juan Bautista á ver á Flaviano, si te parece.

—Id vos, padre mío, yo me embarco esta noche. Hasta que llene la misión que me encargó mi hermano, dije que no me presentaba á él y cumpliré mi palabra. Tengo además otros motivos para hacerlo. Si la escuadra inglesa llega á saber lo acontecido hoy, positivamente no nos espera, y cuando regrese vendrá con cien cañones más y tres navíos.

—Pues no te dejo, Julio; nos iremos esta noche.

—Señor duque,—le preguntó Zalla con interés.—¿Queréis concederme una gracia por lo que hoy me han hecho sufrir los ingleses?

—Y hasta sin ese motivo; ¿qué deseas?

—Señor, me han pegado, me hicieron rodar por una

escalera y sufrí, según os he dicho antes, toda clase de ultrajes; dejadme que me vengue; permitidme que os acompañe mañana.

—¿A la escuadra?

—Sí, señor.

—La pelea allí será á cañonazos.

—Es posible que vayamos á las manos; algún zafarrancho...

—¿Qué dirá Flaviano?

—Nada, señor, ¿no voy obedeciendo á sus dignos padre y hermano?

—Está bien, embárcate con nosotros.

—Gracias, señor.

—Rogelio, se lo dices á mi hijo.

—En cuanto llegue esta noche.

—¿Te vas cuando nosotros?

—A la vez. ¿Qué tengo que hacer aquí?

—Cuentas á Flaviano todo lo ocurrido, y añades que si algo le sucede á Zalla en este embarque él se lo ha querido.

—Se lo diré todo.

—Rogelio,—dijo el príncipe,—¿si no os hubieran dado noticia de la llegada de ese navío inglés que hemos echado á pique, pudo, como quería su jefe, sorprenderos y cortar el puente de San Juan?

—Imposible; hubieran perecido todos los que fueran.

—¿Por qué?

—¡Bueno es nuestro hermano para dejarse sorprender! Has de saber, que la orilla izquierda del río está más vigilada aún que la derecha. Tiene además un

fuerte hecho ahora en el otro brazo del río, y no hay medio de que se acerque nadie á la ciudad sin ser cañoneado.

–¿Qué decís, padre mío?

—Nada, Julio, que para vosotros dos no hay experiencia posible. Sin ella hacéis más que los que la tenemos.

—Yo no, Flaviano.

—Los dos, hijo.

Continuaron hablando ínterin cenaban Rogelio, Zalla y los jefes de la escolta del duque; éste preguntó al gobernador:

—¿Qué hombres os han muerto los ingleses?

—Veintidós, y tengo ocho heridos de gravedad.

—¿Qué fuerza necesitáis para este pequeño puesto?

—Ochenta hombres.

—No os quedan más que cincuenta.

—Cierto.

—Rogelio, díselo á mi hijo y que ordene lo que tenga por conveniente.

—En cuanto lo vea lo sabrá.

—¿Habrán concluído de comer los oficiales, gobernador?

—Es posible, señor.

—Ved si alguno ha terminado, y que suba.

Algo más tarde entró un oficial diciendo:

—Espero las órdenes de V. E.

—¿Concluyó la tropa de comer?

—En este momento concluye.

—Que dispongan el reembarque y hagámonos á la mar.

—¿Todos?

—Sí.

—Y á mi criado decidle que me traiga el caballo y que la fuerza que yo he traído se disponga á partir,—dijo Mendoza.

—Lo haré.

Rogelio, Zalla y los individuos de la escolta del duque continuaban cenando.

Cuando los de la escolta del duque acabaron de cenar, se despidieron de Mendoza y fueron al muelle con objeto de presenciar el embarque de la tropa.

El duque dijo á Ontoria que avisara en el momento que estuviesen reembarcados los ochocientos hombres é individuos de su escolta.

También salió Ontoria, quedando solos el duque, el príncipe, Mendoza, el gobernador y Zalla.

—¿Qué bandera traía ese navío inglés?—preguntó el primero al último.

—Señor, ninguno la hemos conocido. Yo creo que no pertenecía á ninguna nación.

—¿Puso después la inglesa?

—No, señor, se fué al fondo del mar con lo que traía.

—En ese caso no hemos echado á pique ningún barco inglés, era pirata, toda vez que no llevaba bandera reconocida.

—En la forma, eso es.

—¿Qué gente desembarcó?

—Doscientos hombres.

—¿Cómo os librásteis vos, porque os buscarían?

—Cuando llegó el navío me hallaba por casualidad en casa de un amigo bastante inteligente en marina; fué el primero que me dió la noticia del arribo de ese navío; en el acto le mandé un parte al general Flaviano, fuí á salir y ya no me dejó mi amigo. Adivinó lo que iba á suceder. No sólo preguntaron los ingleses por mí, sino que me buscaron.

Una hora después entraba Ontoria diciendo:

—Señor, un bote nos espera á los cuatro.

—Pronto ha despachado la tropa.

—Ayudaron las lanchas de los pescadores.

—Pues partamos.

Los cuatro se despidieron del gobernador y de Mendoza; éste montó á caballo y los otros saltaron al bote que tenían dispuesto.

CAPITULO XIII

—

Las órdenes —El nuevo rumbo.—Las tres fragatas inglesas.
El parlamento.—El combate.

El duque, el príncipe, Ontoria y Zalla se trasladaron desde el bote al navío San Juan.

Ya en la cámara los dos primeros, dijo el duque á Julio:

—Hijo, yo he llenado esta noche, en un acontecimiento inesperado, todos mis deseos; cumple tú ahora con lo que resta las órdenes de Flaviano, ó lo que te dicte tu conciencia.

—¿Os mostrais parte pasiva?

—Para mandar, sí, para pelear si hay motivo, y para ayudarte en lo que de mí necesites, no.

—Muy bien; os voy á complacer, padre mío; pero antes os ruego me digais qué causa os mueve á tomar esa determinación.

—Lo que te he dicho ya; que además me perturba

todo lo que á mi hijo se refiere, y por último, tú has estudiado más que yo, conoces la náutica que yo desconozco y estás más de lleno en todos los grandes adelantos, principalmente en el pensamiento é ideas de Flaviano.

—En ese caso permitidme os manifieste que os honra y enaltece tan inteligente determinación. Voy á obedeceros, y os ruego que si á vuestro juicio en algo me equivocase, me lo manifestéis sin pérdida de tiempo.

—Lo haré.

—Me voy á concretar á seguir las instrucciones de Flaviano, porque las juzgo sabias, mas es posible que incidentes imprevistos me obliguen á modificar algún punto, y para este caso recurriré á vuestra experiencia y talento.

—Muy bien, Julio.

—Pues si estais conforme llamaré al comandante para que reciba órdenes.

Cinco minutos después entró en la cámara el comandante, diciéndole:

—¿Qué mandais, señor?

—¿Han levado anclas?

—Sí, señor.

—¿Los que no estaban de servicio, descansan?

—Ya he dado la orden para que se retiren.

—¿Teneis rumbo?

—En el momento que me llamásteis venía por él.

—Muy bien, Negrete. Oid: entre la barra, el río Tabasco, el ángulo que forma la orrilla de aquel y el

mar, hay una bahía grande y segura que os debe ser conocida

—Cierto, señor, la conozco.

—En esa bahía deben estar ancladas tres galeras inglesas.

—Las del Almirante Yoon que hallamos el señor duque y yo cuando veníamos á la India.

—Ciertamente, pero ya no están mandadas por ese almirante ni por el contraalmirante. Murieron los dos. El rumbo de nuestra escuadra es la recta en dirección, de las galeras inglesas.

—¿Les vamos á hacer una visita?

—Nosotros no, posible es que se les hagan nuestras balas.

—Admirable, señor.

—En poca estimación tenéis á los ingleses, Negrete.

—Son malos, señor, muy malos.

—¿Qué tiempo tardaremos en darles vista?

—Se hallan cerca, señor, poco después de salir el sol.

—Diana al amanecer, luego comunicáis con el *Invencible* y las dos galeras nuestras, y que al dar vista á los barcos ingleses les corten la retirada, en lo posible. Si alguno quisiera huír que lo detengan con las bocas de los cañones. Sólo dos de éstos tiene cada uno.

—¡Desgraciados!

—No creo que en la mar hay otro medio de detener á un enemigo.

—Así es, señor.

—El San Juan se adelantará, pues quiero que antes

de la pelea procuremos ver si hay medio de evitarla, pero si á pesar de nuestros buenos deseos se empeñasen en huír, ayudaremos á detenerlos con nuestros treinta cañones.

—Comprendo, señor.

—Que cada uno de nuestros tres barcos se fije en uno distinto inglés, y el San Juan donde haga más falta de los tres puntos.

—Con él sólo bastaba contra los tres.

—Formarán su batalla tomando la vanguardia nuestro navío almirante San Juan. ¿Cargaron los cañones?

—Sí, señor.

—¿Tienen cerca otras cargas?

—Pronto estarán.

—Pues ya lo sabéis todo.

—Hasta el amanecer, señores.

Salió el comandante, quedando solos el duque y el príncipe.

—¿Qué hora es, Julio?

—Padre mío, las doce.

—No creí que era temprano. Bien aprovechamos la noche.

—Hemos trabajado con energía y rapidez desusadas. Y os participo que podremos dormir cuatro horas; es lo indispensable.

—Nuestros enemigos de mar dormirán seis ú ocho tranquilamente, fiados en el poderoso navío que tomó á Cruz, pero fío en Dios que al despertar no han de hallarse tan tranquilos.

—Opino lo mismo. ¿Nos acostamos?

—Sí, vamos á descansar.

Julio escribió una comunicación y se acostó también.

Poco después dormían los dos.

Al aparecer el primer crepúsculo, los cuatro barcos españoles se pusieron en comunicación. Cuando acabaron, se tocó diana, y toda la gente de á bordo ocupó sus puestos.

Unos estaban al pie de los cañones, otros con el arcabuz entre las manos, los marineros en su sitio, y nadie hablaba, pero con las miradas se entendían.

Poco después del toque de diana se presentó en la cubierta el príncipe seguido de Zalla.

El primero se acercó al comandante, preguntándole:

—¿Habeis comunicado con el navío y las dos galeras?

—Sí, señor.

—¿Les disteis todas las instrucciones necesarias?

—Todas.

—¿Se ven las galeras enemigas?

—No, señor.

—Pues pronto hemos de distinguirlas.

—Antes de media hora.

Julio empezó á mirar con su anteojo, primero á los tres buques españoles, luego el círculo que formaban el agua y el firmamento, y después el punto en que debían estar las galeras enemigas.

—Nada,—exclamó:—no se ven todavía, pero nuestros barcos van bien, y el viento que tenemos es el mejor para llenar la idea que nos trae á estos mares.

—Es verdad.

—Don Julio,—le preguntó Zalla con interés;—¿creeis que haya abordaje?

—Creo lo contrario.

—Lo siento.

—No te dije nada anoche por no marchitar tus ilusiones, pero ahora que ya está encima el momento, te lo aseguro, mataremos ingleses, pero solo con las balas de los cañones.

—¡Qué desgraciado soy!

—No, hombre, qué feliz; te vas á vengar sin tomarte la molestia de desnudar la espada.

—Me hubiera gustado más lo otro.

—Zalla, imita en todo á tu maestro Flaviano. Tiene calma para esperar, no es vengativo y desconoce la saña, el rencor, la ira y toda otra pasión bastarda.

—El es la perfección, y yo no.

—Imita la perfección, Ricardo.

—Yo lo hago en cuanto me es posible.

—En todo.

—Ya pongo los medios.

—Eso es.

—Señor,—le dijo el comandante;—ya se distingue una galera inglesa.

—Buena noticia. Veamos.

Y el príncipe miró con su anteojo. Cuando hubo concluído, contestó al comandante:

—Me complace deciros que mi óptica es mejor que la vuestra.

—¿Habeis visto más?

—Las tres.

—¿Me permitís un momento?

—Con mucho gusto; tomad.

Y le dió su anteojo.

—Las veo,—dijo;—su posición favorece nuestra idea. Tomad, señor, y gracias; voy á comunicarme con nuestros buques.

Zalla desapareció también de la cubierta; poco después subió armado de un excelente arcabuz, cargado por él de metralla, y se situó en lo más estrecho de la proa.

A la vez apareció el duque del Imperio sobre cubierta, con traje de seda, preguntando á Julio:

—¿Están ancladas las tres fragatas enemigas?

—Sí, señor.

—¿A qué distancia se hallan?

—A cinco ó seis millas.

—Cerca estamos ya.

—Y tan cerca. ¿Queréis mirar con mi anteojo?

—¿Para qué? Con que tú lo veas me basta.

—¿Cómo os venís con ese traje, en vísperas de una batalla?

—Entiendo, Julio, que si hay pelea, sólo se reñirá con cañones, y para las balas de éstos todos los trajes son iguales.

—Es verdad, padre mío.

—¿Y Zalla, lo has visto?

—Y me ha hecho gracia su armamento.

—¿Qué era?

—Un enorme arcabuz. Ved, ahora le suben cargas.

—El demonio es ese muchacho; tiene tanto valor como cualquiera de nosotros.

—Mucho debe haber sufrido ayer en el tiempo que le tuvieron encerrado y con los golpes que le dieron.

—Las precauciones de nuestros enemigos salvaron su vida.

—No os comprendo.

—La sorpresa y la imposibilidad, por lo sujeto que estaba, de tirar de la espada y de hacer uso de sus pistolas, le impidió matar cuatro ó seis ingleses y morir él entre tanto enemigo.

—Aquí viene el comandante. ¿Habéis comunicado, Negrete?

—Sí, señor.

—¿Qué dicen los tres capitanes?

—Señor, llenarán su cometido.

—Os advierto que el enemigo os ha visto ya.

—Cierto.

—Y está levando anclas.

—Sí, señor.

—No debe servirle de nada esa precaución.

—Entiendo que no le ha de servir.

—Os participo que quiero comunicar con la galera almirante enemiga.

—¿Qué le digo, señor?

—Que le mando un pliego.

—¿Me lo dais?

—Sí, este es. Vuela nuestro barco.

—Ya lo creo; tenemos viento fresco y nos da de popa.

—Yendo en direcciones contrarias pronto nos encontraremos.

—En efecto, ya navegan. Quieren huír y siempre tienen un buque nuestro de frente. ¡Ah, cobardes!

—Eso será hasta que se calienten. Luego no huirán.

Un cuarto de hora después, á las señales hechas por el navío almirante, los siete buques quedaron al pairo.

El *San Juan* echó un bote al agua, y con doce remeros partió un capitán, llevando la comunicación del príncipe.

En ella decía:

Señor:

Hallándose Inglaterra en paz y en las mejores relaciones con España, sin previa declaración de guerra, habéis desembarcado en territorio de S. M. el rey, mi augusto primo, tres mil hombres armados, que unidos á algunos rebeldes que hay en la provincia de Tabasco, nos hacen la guerra. Yo os ruego me déis una explicación que justifique tan grave atentado: de lo contrario, me veré en el duro y doloroso trance de trataros como á enemigos de mi patria.

Soy con la más distinguida consideración, etc., etc.

Firmando: El príncipe Julio.

Llegó el bote á la galera almirante; echaron la escala real y subió el capitán español, entregando en el acto al jefe inglés la comunicación que acabamos de ver.

El jefe enemigo contestó en el acto, y nuestro español regresó al San Juan, dando á Julio la contestación que le habían entregado. Decía así:

Alteza.

La escuadra que tengo el honor de mandar se dirige á Inglaterra con objeto de dar cuenta á S. M. británica de todos sus actos y rogarle á la vez dé al rey de España las explicaciones que V. A. le pide.

Recibid, serenísimo señor, etc., etc.—Firmado: etcétera, etc.

El príncipe leyó las dos comunicaciones al duque, una en borrador y otra en el original, diciéndole:

Ya hemos cumplido con los deberes de conciencia y de cortesía; si no os oponeis, voy á dar la orden para que sean echadas á pique esas tres galeras.

—No cabe otra cosa, Julio.

—Comandante,—gritó el príncipe,—haced las últimas señales y romped el fuego, no cesando hasta echar á pique las tres galeras enemigas.

—Señor, yo os ruego á los dos os retiréis de la cubierta.

—Comandante, cumplid con vuestro deber, que los generales españoles que van aquí saben cumplir con el suyo.

—Está bien, señor; perdonad si en algo os he podido faltar.

—Callad y que hablen las bocas de los cañones.

—Ahora mismo.

—Sentémonos, padre mío en estas dos banquetas. No he presenciado ningún combate marítimo, y anhelo presenciar éste con la mayor comodidad.

—Sentémonos. ¿Qué hace el comandante?

—Señales.

—¿Y los barcos enemigos?

—Quieren huír, pero no van á poder.

—Eso deseo.

—Y yo.

—¿Quién rompe antes el fuego?

—Nuestro navío; pero le secundarán inmediatamente los restantes españoles, y es probable que contesten los ingleses.

No pudo continuar: el comandante dió la voz de fuego y una andanada dejó oír su ronco estampido.

Luego otra y hasta cuatro.

Nada se veía; el humo en columnas espesas se había interpuesto entre una y otra escuadra.

Mientras el humo desaparecía, los buques españoles viraron para lanzar á los ingleses nuevas descargas.

Así lo hicieron, pero á la vez se oyeron seis cañonazos que las galeras inglesas mandaron á la escuadra española.

En las dos escudras se mandó cargar, y desde este instante comenzó un fuego graneado que debía durar muy poco; era la lucha tan desigual, que las galeras inglesas sólo pudieron cargar una vez; antes de hacerlo la tercera estaban en el fondo del mar.

Las tres fueron echadas á pique y sumergidas hasta llegar al fondo del abismo con todo lo que encerraban.

Cuando el humo se disipó por segunda vez, vieron hundirse de pronto una galera, otra empezó á hacerlo lentamente y la tercera se inclinó sobre su banda de babor, recibió dos balazos más en el casco que enseñaba y también se hundió, como las otras dos.

¿Pero se logró esto impunemente? No.

Los doce cañonazos que los ingleses habían dirigido á los españoles, fueron en su mayoría certeros, y las cuatro naves españolas sacaron averías de más ó menos importancia.

El comandante Negrete hizo señales para que se corriesen á la bahía en donde estuvieron antes las galeras inglesas; allí anclaron, dando principio á la reparación de los desperfectos; el «San Juan» y el «Invencible» hacían agua y á las galeras les faltaban dos palos, uno á cada una, con otras desgracias.

Después de reconocer el comandante del «San Juan» su buque y ordenar lo que debían hacer para reparar, en la parte que era posible, el daño causado en su barco, echó un bote al agua y en él fueron el príncipe y él reconociendo los tres barcos restantes.

También allí, de acuerdo con los respectivos jefes, dispusieron las reparaciones indispensables, volviendo los dos mal humorados al «San Juan».

Tuvo la escuadra española cinco muertos y siete heridos.

Zalla salió contuso de un palo que le cayó encima.

Nada más ocurrió de lamentable, si bien hubo casos como el de haber pasado una bala por entre el duque del Imperio y el príncipe Julio sin haber tocado á ninguno de los dos.

Otra bala entró en la cámara de popa de la galera que llevó el príncipe de Italia, quedando incrustada en la madera de su frente.

Pero de las naves inglesas sólo quedó el recuerdo de haber existido

Ni un solo inglés pudo salvarse.

Los seiscientos estaban ya durmiendo el sueño eterno.

Mal se portaban con España los hijos de la poderosa Albión, pero muy cara les estaba costando su negra conducta. No merecían la consideración de ningún español, y en verdad que no debían encontrarla.

Cuanto hacían los españoles contra ellos en esta ocasión estaba perfectamente justificado.

Todo era poco contra enemigos tan solapados.

CAPITULO XIV

Las consecuencias de la pelea marítima.—Contrariedad.—Resignación.—El Regreso.

Habiendo sabido el duque que Zalla había recibido una contusión, le mandó llamar y solo con él en la cámara del navío le preguntó:

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada, rompió varias bergas una bala y el pedazo de una de ellas me dió en la cabeza, causándome una contusión insignificante.

—¿Te la ha visto el facultativo del navío?

—Se empeñó y por no oirlo y evitar que viniera aquí con pueriles quejas le dejé que hiciera lo que le diera la gana.

—¿Y qué hizo?

—Me dió una untura con no sé qué bálsamo y me dejó en paz.

—¿Te duele mucho?

—No, señor.

—¿Donde te hallabas?

—En la proa mirando el combate.

—¿Qué te ha parecido la pelea?

—Duró poco y fué insustancial. Me gustó mucho más la que tuvimos con la galera pirata.

—¿Porque hubo abordaje?

—Por eso y porque nos acercamos más.

—Ahora no podía ser eso.

—Ya lo he visto.

—Juzgué lo mismo que sucedió; tu viaje fué estéril.

—¿Qué he perdido?

—Nada, has ganado un chichón.

—Ni aun ese tiene importancia.

—¿Dónde fué Julio, sabes?

A reconocer el navío *Invencible* y las dos galeras.

—Hemos de tener averías de consideración.

—Creo lo mismo.

Más de dos horas permanecieron hablando, pues el reconocimiento de Julio y del comandante duró tres horas.

Por fin entró el príncipe bastante mal humorado.

—¿Qué acontece hijo?—le preguntó el duque.

—Esos malditos eran buenos marinos y apuntaban mejor de lo que á nosotros convenía.

—Siempre fueron buenos marinos los ingleses.

—Con solo doce balas nos han causado muchas averías.

—¿De consideración?

—Algunas de ellas, sí señor.

—¿Qué ha resultado?

—A cada galera le han quitado un palo, rompieron la cámara de popa de una de ellas y la proa de la otra.

—¿Y los navíos?

—Los dos hacen agua y al *Invencible* le han destrozado todo el techo de la Santa Bárbara.

—Eso es grave.

—Más pudo ser.

—Es verdad.

—Al nuestro le han roto, además del casco, varias bergas y un gran pedazo de la obra muerta. Eso es todo.

—Poca cosa parece el daño que nosotros les hemos causado.

—Sí.

—Un navío, tres galeras y mil seiscientos hombres.

—Haciendo además imposible la retirada de los ingleses del campamento.

—Ni antes ni ahora podían huir, á no tener alas y pudieran volar.

—Libre Flaviano de enemigos marítimos y llenada nuestra misión debemos estar satisfechos.

—Siempre se sienten las pérdidas aunque no sean grandes.

Sí, pero en la ocasión presente no han podido ser más pequeñas para lo que hemos hecho.

—Sin embargo, hemos tenido cinco muertos y varios heridos.

—Eso ha sido lo más grave.

—Y otra cosa que aun no sabeis.

—¿Qué es?

—Que reparadas ligeramente las averías graves, pues otra cosa no pudo ser, tenemos que tomar la recta y navegar hacia Veracruz.

—¿Que dices?

—La verdad.

—¿Sin ver á Flaviano?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque nos exponemos á perder dos buques y á que se ahogue mucha gente.

—Julio, eso es cruel.

—No tengo yo la culpa, padre mío.

—¡Qué dirá mi hijo!

—Nada, ni puede dudar de nuestro amor, ni le hemos ofrecido visitarlo después de destruir la escuadra Inglesa. Nadie siente más que yo estar separado de él, bien lo sabeis, pero cuando no es posible como ahora, me resigno.

—¿Y tú qué dices, Zalla?—le preguntó el duque.

—Señor, ya que tan gran perjuicio me hace esa travesía, nombradme oficial de órdenes vuestro, hasta que pueda ir al lado de mi general y me resignaré con la desgracia que tenemos.

—¿Para qué quereis ese nombramiento interino?

—Para tener la honra de acompañaros a todas partes cuando os halleis en tierra.

—No hallo inconveniente. Ya estás destinado á mis órdenes.

—Gracias, señor.

—Empieza á ejecutar tus funciones; busca al comandante y dile que aun estamos en ayunas, y si fuera posible adelantar algo la hora de la comida sin perjudicar el servicio me alegraría.

—Al momento, señor.

En cuanto salió Zalla se acercó Julio al duque diciéndole:

—Padre mío, Zalla no siente ir á Veracruz.

—Me ha parecido lo mismo.

Y es lo más grave, que hasta ahora sus amores en el mundo fueron mi hermano y la guerra; pues bien, he notado que deja ambas cosas sin violencia.

—Cuando vuelva lo examinaremos.

—Todo menos eso; conviene disimular y averiguarlo sin que él lo sepa.

—¿Qué supones tú?

—Que el nombramiento de oficial de órdenes encierra un misterio.

—¿Un misterio?

—Sí, señor.

—Yo no comprendo á qué pueda conducir, y no hay duda que demostró gran interés por conseguirlo.

—Observadlo, padre mío, es leal, Flaviano le enseñó cuanto él quiso aprender, su valor es extremado y el conjunto forma un sér que ofrece cuidado, y teniendo en cuenta de quien es hijo y lo que mi hermano lo estimó siempre, tenemos el deber de velar por él.

—No hay duda; es además mi ahijado, supo conquistar todo mi cariño y viviré prevenido. Es, por otra

parte el único que me recomendó de una manera especial la duquesa de los Andes.

—Me vais á permitir, señor, que os diga sobre Ricardo unas cuantas frases y estas serán las últimas. Zalla, padre mío, por más que pretende imitar á Flaviano se parece más, mucho más, á vos que á mi hermano. Con esa aclaración os basta.

—Sí, Julio, tengo lo suficiente.

Regresó Zalla diciendo:

—Mi generalísimo, antes de un cuarto de hora comeremos.

—¿Trabajan en el mismo navío.

—Sí, señor.

—Muchos hombres?

—Todos los carpinteros y muchos soldados.

Poco después comían.

Sin hacer otra cosa que hablar y pasear por el navío, dejaron transcurrir el príncipe, el duque y su escolta dos días que tardaron en reparar las averías y dejar los buques en disposición de navegar cinco ó seis días. La total composición requería mucho más tiempo y un astillero de que carecían enmedio del mar y aun en todos los puertos que tenían más próximos.

Fué necesario buscarlo en Veracruz, llevando la exposición de correr grandes riesgos si eran sorprendidos por un temporal.

Por fin se hicieron á la vela formando la recta á Veracruz, con buen tiempo, mar bella y sin que, por el pronto, les amenazase peligro alguno.

—¿Vais satisfecho, Negrete?—preguntó el duque á

nuestro marino poco después de empezar su navegación.

—Sí, señor, mi general, completamente satisfecho.

—¿Llegaremos sin grandes riesgos á Veracruz?

—Eso depende del tiempo.

—Con mal tiempo no hay buque seguro.

—Cierto; pero los nuestros ofrecen menos resistencia ahora que cuando veníamos.

—No fuimos muy afortunados esta vez, comandante.

—Permitidme, señor, tenga una opinión contraria.

—¿En qué la fundais?

—En excelentes datos, señor.

—Sepamos.

—Hemos echado á pique cuatro hermosos buques ingleses, nos tiraron veinte cañonazos con puntería funesta, y si un temporal no viene á destruir las obras que hemos hecho en la bahía, llegaremos á Veracruz con toda felicidad y al mes de estar allí nuestros barcos se hallarán como antes de hacer este viaje. ¿Quereis más suerte?

—Si podemos llegar á Veracruz sin que nada nos suceda.

—Es lo probable, casi lo seguro; el mar no puede estar más bello y el tiempo parece seguro.

—Me ha contrariado tanto no poder detenerme tres ó cuatro días en Veracruz...

—Era muy expuesto, señor; nuestras naves van con remiendos puestos tan á la ligera, que hubiera sido imprudente exigir mucho de ellas. Esa detención nos imponía ochenta millas más de travesía y cuatro ó cin-

co días de pérdida de tiempo, cuando el estado de nuestros barcos nos piden la brevedad. Entre otras razones porque cuantos menos días estemos en la mar, menos peligro tenemos de correr un temporal.

—Tiene razón en cuanto ha expuesto el comandante, padre mío,—dijo el príncipe.

—Si no hay otro remedio, sea; pero resulta que la victoria no ha sido completa.

—¿Qué más deseabais?

—Pasar dos ó tres días en compañía de mi hijo Flaviano.

—Eso en nada afecta á la victoria; ésta fué completa. Yo también hubiera querido ver á Flaviano y hasta quedarme con él, siendo así que yo no soy virey de Méjico ni tengo nada que hacer en la capital, pero esto no es posible, nos debemos á nuestra patria, estos buques son de ella y sólo podemos y debemos hacer lo que estamos realizando.

El duque no insistió y hasta se cerraron sus labios; pero era padre, amaba con gran ternura á Flaviano, y aun cuando era un buen patricio no podía consolarse de haber estado á dos leguas de San Juan Bautista y no haber visto al hijo querido.

Zalla, que era á veces su consejero, procuraba neutralizar con cariñosas frases la tristeza del duque, lográndolo unas veces y otras no.

Los cuatro barcos iban bien; en las primeras veinticuatro horas anduvieron más de ciento setenta millas y el tiempo seguía sin experimentar variación alguna.

Julio sentía también no haber visto á su hermano,

á pesar de hallarse tan cerca de él, pero el triunfo que consiguieron y el haber librado á Flaviano de los enemigos que tenía en los mares próximos, le satisfacia tanto que no iba á disgusto á Veracruz.

¿Y Zalla? Nuestro valiente capitán amaba extraordinariamente á Flaviano, anhelaba estar á su lado por infinitas razones; Flaviano era para él más que su padre y que su incomparable maestro, el genio de la guerra, cuyos ardientes rayos le daban vida y calor. La compañía del héroe la prefería el audaz mancebo á todas las de la tierra, porque estar á su lado, obedecerlo, imitarle y recibir lecciones de él constituían su felicidad.

Iba, sin embargo, muy contento y muy satisfecho á Veracruz. Es decir, que en esta ocasión abandonaba sin violencia alguna y hasta con alegría al refulgente astro que alimentó hasta entonces su verdadera existencia.

¿Por qué esta metamórfosis tan radical?

¿Ya no amaba á su maestro y protector; ya no le admiraba tanto?

Sucedía lo contrario; cuanto había hecho Flaviano en San Juan Bautista, casi sin tirar un tiro, se lo habían presentado como un ser ideal, inimitable, superior á cuanto él podía explicarse; y su amor, y su admiración y su pasión por él habían llegado al infinito.

¿Qué poderosa causa existía entonces para que el capitán más bizarro que tenía el ejercito español en Méjico dejase con alegría la vista y el calor del astro que lo vivificaba?

El príncipe lo sospechaba, pero nosotros lo sabemos y se lo vamos á decir á nuestros lectores, sin que el duque lo oiga. El duque es para Zalla en la ocasión presente lo único que constituye su contrariedad, su temor, el ariete de sus ilusiones, y como el distinguido capitán merece todas nuestras simpatía debemos ocultárselo.

Zalla estaba enamorado de la india, Líbana. La imagen de aquella hermosa joven, el fuego de sus ojos, su inteligencia privilegiada, su esbeltez y hasta su origen, pues realmente era un ángel aparecido y criado entre demonios, había conquistado sus simpatías primero y luego su amor.

Á nadie dijo una sola frase, ni áun á ella, mas por esa misma causa la ardiente pasión fué concentrándose hasta sentir abrasado su ardiente corazón.

Mientras Líbana era pagana y necesitó de intérprete para entenderse con los españoles, Zalla dudaba y hasta se olvidó muchas veces de ella; pero desde que el duque y Julio referían tantas maravillas de su modo de expresarse en castellano, de su amor al cristianismo y de su precoz y elevada inteligencia, dió el capitán rienda suelta á su amor y acompañado iba siempre de la hermosa imagen de la preciosa india.

Sus ojos negros y rasgados, el fuego que despedían las preciosas perlas que dejaban ver sus labios de coral cuando sonreía, su pie y manos pequeños, su timbre de voz argentina y sonora, su natural esbeltez y aquel conjunto que el amor idealiza, desvelaban ya á Ricardo y hasta en algunas ocasiones se olvidó de Flaviano para pensar en Líbana.

Una tarde que paseaba sobre cubierta entregado por completo á sus ilusiones amorosas, y que por esta causa parecía triste y ensimismado, lo detuvo el príncipe preguntándole:

—¿Qué te acontece, Ricardo? ¿Te hallas peor de tu lesión?

—No, señor, estoy ya bueno.

—¿Pues qué te sucede, hombre?

—Nada, señor.

—Eso no es cierto, Ricardo. Hace tiempo que andas ensimismado, hablas solo, y ambas cosas son impropias de tu edad y de lo que antes hacías.

—¿Todo eso habeis notado, señor?

—Y algo más, pero con eso basta.

—Pues no sé la causa. La vida de mar acaso...

—¿Tienes miedo á este elemento?

—Eso no; desconozco el miedo por completo lo mismo en tierra que en mar.

—Pues entonces no es la vida de á bordo.

—Será otra cosa, pero no la adivino.

—No, te la callas.

—¿Me creeis capaz de mentir á nadie y menos al hijo y heredero del príncipe de Italia, hermano del hombre que más quiero en el mundo?

—No, Ricardo, embustero no eres; la mentira es indigna de tí. Pero en esta ocasión ocultas cuidadosamente entre los pliegues de tu corazón un secreto que te preocupa y entretiene noche y día.

Zalla le miró sonriendo y nada contestó. Era casi una afirmación. Julio añadió:

—Me das la razón y eso te honra. No te exijo nada: debo añadir únicamente que cuentes conmigo, si la idea que te domina es digna de tí.

—Señor, como hombre de valer sois el segundo en el mundo, digno hermano del héroe; como bondadoso seríais el primero si no viviese vuestro padre.

—La contestación es hábil y discreta, pero nada resuelve.

—Señor, yo no puedo hacer nada, ni pesar nada, ni intentar nada que no sea digno de mí. ¿Os basta con eso?

—Sí, Ricardo.

—Si algo más deseais de mí, lo haré.

—No. Pero entiende que en lo futuro puedo darte un buen consejo, si te hace falta, ó influir en favor tuyo, si lo que pretendes es digno del protegido y discípulo de mi hermano.

—Gracias, señor.

Al pronunciar sus últimas frases, Julio se dirigió á la cámara sin esperar contestación.

Zalla murmuró:

—También este hermano dispone de un talento maravilloso. ¡Oh, si me hace falta buscaré tu influencia, noble príncipe!

Y continuó paseando.

Al sexto día por la mañana dieron vista á Veracruz, desembarcaron y las cuatro naves entraron en el astillero para sufrir una recomposición importantísima.

Fueron recibidos como correspondía á su elevada clase. El gobernador salió á su encuentro y se llevó á su

palacio al duque, á Julio y todos los individuos de la escolta del primero.

Zalla iba pegado al duque.

Al acercarse al muelle fueron sorprendidos con el repique general de campanas, el estruendo de los cañonazos y el brillante aspecto de la ciudad. Todos los balcones y ventanas lucían colgaduras y los vítores atronaban el espacio. Los habitantes de Veracruz parecían locos.

—Esto no lo hacen por nosotros,—dijo el duque al gobernador.

—No, señor,—le contestó éste.

—¿Ha llegado por ventura, el rey de España?

—Más que eso, señor.

—¿Qué es ello gobernador?

—Que ha resucitado el héroe y ya veis cómo lo celebra Méjico.

—¿Quién os dió la nueva?

—El mismo al encargarme otra remesa para la isla de Líbana.

—¡Otra!

—Mucho mayor que la anterior.

—Desembarquemos, y en la ciudad me contareis el resto.

Así lo hicieron.

CAPITULO XV

—

Instalación.—Los primeros amores.—Un rival.—Zalla y Líbana.

En el momento en que Julio llegó al palacio del gobernador, pidió un correo andarín y mientras se la llevaban empezó á redactar un parte detallado de todo lo ocurrido en Cruz y después en la bahía próxima á la frontera.

A más de la mitad del escrito se hallaba cuando se acercó el duque preguntándole:

—¿Qué haces, hijo?

—Señor, extiendo el parte relativo á nuestro último viaje marítimo, y en cuanto llegue el correo que he mandado buscar, se lo mandaré al general en jefe para que acuerde lo más acertado.

—El general en jefe es Flaviano.

—Sí señor.

—Yo creí que íbamos los dos á llevárselo.

—Si él lo dispone así, lo haremos más tarde con mucho gusto.

—¿Y si no lo dispone?

—No lo haremos.

—¿Y si no dice nada?

—Nos iremos á la capital.

—¿Sin verlo?

—Claro es.

—Qué calma tienes, Julio.

—No es calma, señor, es el cumplimiento de un sagrado deber.

—¡Quién es para tí antes que tu hermano!

—La patria, sólo la patria.

—¿Y vamos á esperar aquí lo que acuerde Flaviano?

—Yo no tengo otro remedio; vos no teneis esa necesidad; vuestro punto es la capital.

—¿Cuántos días tardará ese correo en volver.

—Si anda bastante, diez.

—Está bien: esperaré á tu lado.

—Si quereis escribirle ahora teneis ocasión.

—Puesto que tú se lo dirás todo, yo nada tengo que añadir.

—¿Os vais?

—Sí.

—¿Dónde?

—Al convento de Líbana.

Si os esperais un cuarto de hora os acompaño. ¿Va Zalla?

—Y Ontoria; los cuatro podemos ir en la carroza.

—Que enganchen; no tardaré en buscaros.

Salió el duque, Julio acabó el escrito y se lo dió á un andarín con orden de que regresara á la mayor brevedad posible.

Los cuatro entraron en la carroza.

Julio, desde aquel instante, y causando el mayor disimulo posible, no apartaba la vista de Zalla.

Entraron en el convento y luego en la celda de Líbana.

Al ver la joven al duque, tiró el libro en que estudiaba, y le echó los brazos al cuello, exclamando:

—¡Padre mío!

Luego besó su mano y la del príncipe, poniendo su frente para que éstos la besaran.

A Ontoria y á Zalla les alargó la mano, que aquellos estrecharon.

—¿También por aquí—dijo la india,—el buen Zalla? ¡cómo me alegro!

—¿Por qué te alegras?—le preguntó Ricardo.

—Porque si tengo ocasión te haré rabiar como en el navío. Padre mío, y tú, hermano Julio, ¿cómo os ha ido en el viaje?

—Bien, hija mía. ¿Y á tí en tu convento?

—Lejos de vosotros dos, mal.

—Pronto estarás á mi lado siempre.

—¿Y mi hermano?

—Se encuentra bien.

—¿Habeis triunfado los dos?

—Sí.

—¿Se acabó la guerra?

—Toca ya á su fin.

—Gracias á Dios.

Y continuaron hablando una hora.

En este tiempo la mirada de Ricardo estuvo fija en Líbana, á excepción de unos cuantos minutos que empleó en reconocer, mirando por la única ventana que tenía aquella celda, el jardín y tapias del convento.

Julio había seguido atentamente con la suya la mirada de Zalla.

Claro es que si Ricardo se enamoró de Líbana cuando ésta andaba por el navío con su traje medio salvaje, había crecido su pasión al verla ahora con el modesto hábito, luciendo su forma, mucho más blanca, hablando en español y luciendo una inteligencia privilegiada.

Al salir del convento iba ya perdidamente enamorado.

Julio había leído en el corazón de Zalla como en un libro impreso.

Comieron, y cuando el sol tropical apagaba sus rayos, salieron en la carroza.

Zalla había estado mudo y continuaba silencioso. A varias preguntas que le hizo el príncipe contestaba con monosílabos.

Cenaron, estuvieron de sobremesa y luego se fueron retirando á descansar.

En unos momentos en que Julio se quedó solo con el duque, le preguntó:

—He estado reparando esta mañana en las bellezas de Líbana y la encuentro muy hermosa.

—Sí, está más blanca, y con la ropa ajustada en

parte, es más esbelta. Cuando llegue á Europa llamará la atención.

—Me gusta casi tanto como Luisa.

El paje de Flaviano es más bello aún, mejor formado, pero hay algo en él varonil, que palidece la hermosura de la mujer.

—Eso es.

—Líbana tiene la dulzura, la gracia y hasta la languidez de la americana, en tanto que Luisa presenta algo duro y repulsivo como mujer.

—Esa es la razón de pasar por paje y de que, como hombre, sea un prodigio de hermosura.

—¡Qué firmeza de carácter debe tener!

—Decidme, padre mío, ¿no os parece que la boda de Zalla con Líbana sería muy conveniente?

—No la querrá él.

—¿Por qué?

—La familia de Zalla es noble; Ricardo puede llegar á general; tiene una arroba de oro que suman 6.400 onzas y puede aspirar en Europa á mucho más.

—Pero ella es poderosa en oro y piedras preciosas, según decís.

—Muy rica; ¿pero y su origen?

—Es hija de un cacique.

—Sí, salvaje; es mal origen.

—¿Y si á pesar de todo esto llegaran á amarse?

—Yo no tendría inconveniente en permitirles que se unieran. No creo, sin embargo, que llegue ese caso.

—¿Teneis más fundamento del que antes expusísteis?

—No, pero basta ese.

—Buena noche, padre mío.

Los dos se retiraron á descansar. Julio sabía lo necesario respecto á Líbana.

Ya estaban todos dormidos cuando atravesó Zalla el zaguán, diciendo al centinela:

—Abre la puerta. La dejas entornada para cuando vuelva que no tenga que llamar.

—Muy bien, mi capitán.

Le dejó el centinela, salió Ricardo y la puerta quedó entornada.

La noche estaba clara. La luna permitía poder transitar por Veracruz sin miedo á tropezar.

Zalla fué derecho al convento.

Cuando llegó á la primera esquina de la calle vió un bulto que al distinguirlo se ocultó.

—¡Hola!—se dijo.—¿Qué hacía ese hombre en medio de la calle? Me interesa averiguarlo.

Cruzó toda la calle sin detenerse nada para figurar que iba de tránsito, y al volver la esquina quedó parado.

Luego asomó la cabeza con precaución, notando que el bulto salía de un portal que había frente al convento, y después de observar el edificio donde estaba encerrada Líbana, se dirigió á una calle estrecha á que hacía esquina el convento, y en la cual se alzaban las tapias del jardín.

—Esto es más grave,—dijo Zalla.—Es joven, elegantemente vestido, y se va frente á la ventana de Líbana. Como algo intente, hizo su suerte ese desgraciado.

Y lo espió notando que se había parado donde él había supuesto.

Poco después, templó una lira que llevaba en la mano y al acabar un largo preludio cantó una estrofa dirigida á Líbana.

Zalla no miraba ahora al trovador, su vista se había fijado en la ventana de la educanda.

Pero aquella no se abría.

Entonó su segunda estrofa el cantor, tierna, sentimental, melancólica.

Pero la ventana no se abría á pesar de haber citado en el canto varias veces el nombre de Líbana.

Hubo un período de descanso; el trovador suspiraba, Zalla casi rugía de cólera.

Por fin lanzó á los cuatro vientos el de la lira un tímido preludio y luego su tercera y última estrofa en la cual ponderaba las bellezas de Líbana, le ofrecía su amor y le rogaba abriese la ventana para que al brillo de sus ojos palidecieran los rayos de la luna.

Acabó el cantor, tres roncos suspiros salieron de su pecho y se dispuso á marchar.

Su postrer mirada le hizo saber que la ventana no se abría, ni con tres ni con diez estrofas y se volvió, hallándose frente á Zalla que le dijo:

—Alto, señor cantor, que vamos á echar los dos un párrafo.

—¿Quién sois?

—Ya lo veis, un capitán.

—¿De los que han venido con el señor duque del Imperio?

—O con el demonio ¿que os importa que venga ó vaya con ese ó con otro?

—¿Qué quereis de mi?

—Contestad categóricamente á las preguntas que os voy á hacer.

—Sepamos.

—¿Amais á Líbana!

—Con toda mi alma.

—Todas las tardes la veo correr por el jardín una hora que tiene de recreo.

—¿Desde dónde la veis?

—Desde las ventanas de esa casa que dan frente, es de mi tía.

—¿Y ella os ama?

—Eso no os importa á vos

—Me importa mucho.

—Pues no os lo digo.

—¿Preferís una estocada?

—Y ciento.

—Muy bien; así me gusta, no hay para mí nada más odioso que un cobarde.

—Lo mismo digo.

—Oid ahora: desde este instante os prohibo que volvais á cantar á Líbana, y hasta que le hagais demostración alguna de amor ni de afecto.

—¿Con qué derecho?

—Soy su protector.

—Yo creí que era el señor duque del Imperio.

—Y yo también.

—Soy noble y rico.

—Ella no necesita de vuestra nobleza ni de vuestro dinero.

—Pero yo necesito de su amor y he de obtenerlo.

—Vais á equivocaros y en vez de amor encontraréis la punta de una espada que mata.

—También la mía sabe dirigirse al corazón.

—Lo voy á ver pronto.

—¿Cuándo?

—En el momento que volvais á cantar ó á hacerle demostración alguna.

—Pues, señor capitán, hasta mañana por la noche.

—Hasta cuando querais.

Marchó delante el trovador y detrás Zalla.

Aquél entró en su casa, cuya puerta se hallaba abierta, y el capitán quedó rondando los alrededores del convento.

A las frases de los dos rivales siguió un silencio que solo interrumpían las pisadas de Ricardo.

Una hora permaneció paseando sin volver á presentarse su rival y sin que la ventana de Líbana ni ninguna del convento se hubiera abierto.

Después se retiró al palacio, y diez minutos más tarde estaba en su cama.

—Si no llego á venir, ese trovador ó demonio se me adelanta, y quién sabe lo que hubiera podido suceder. Mi venida es providencial. Lo que me extraña es que yo no haya muerto esta noche á ese cantor. Pero no lo conozco; no sé quién es é ignoro si ella le ama. Cuando averigüe esto entonces le mataré; antes no debo hacerlo.

Y se quedó profundamente dormido.

Despertó á las ocho de la mañana y en el acto se vistió, siendo ayudado por uno de los dos criados del duque, pues él se había dejado el suyo en San Juan Bautista. Cuando concluyó le dijo:

—Roque, quieres hacerme un encargo?

—Con mucho gusto, mi capitán.

—¿Sabes dónde está el convento en que educan á Líbana?

—Si, señor.

—Necesito saber quienes viven en la casa que da frente á la portería ó zaguán de dicho convento, y quién en otra grande que da al jardín del mismo.

—Hoy lo sabréis, mi capitán.

—Toma ese doblón.

—Es demasiado...

—Ya sabes que soy rico.

—Más que por eso, deseo serviros por lo valiente y por lo mucho que os estima mi señor.

—Por todo, y silencio.

—Nada temáis. Os advierto que ha preguntado ya dos veces por vos el señor duque.

—Voy al momento.

Zalla entró en el salón donde se hallaban Osorio y Julio.

—Poco madrugas hoy, Ricardo,—le dijo el duque, —¿estás enfermo?

—No, señor, es que no desperté hasta las ocho.

—¿Tan tarde te has acostado anoche?—le preguntó Julio creyendo sorprenderle.

—No, señor,—le dijo el capitán con calma y sin descomponerse,—es que cuando puedo, duermo mucho.

—¡Ah! me alegro.

A las diez subieron á la carroza los cuatro del día anterior y se trasladaron al convento, entrando poco después en la celda de la educanda.

Más bella que nunca le había parecido ahora á Zalla.

Luego llegó la abadesa, y en unos minutos que emplearon el duque y Julio en hacer preguntas á aquélla, se aproximó cuanto pudo Ricardo á Líbana preguntándola:

—¿Te gustó la serenata de anoche?

—No.

—¿Conoces al trovador?

—No.

—Quisiera hablarte de él sin testigos.

—Vuelve cuando no esté el duque.

—¿Me dejarán entrar?

—Si vienes de su parte, sí.

No pudieron continuar. Julio se acercó á ellos preguntándoles:

—¿De qué habláis?

—De música,—le dijo Zalla.

—¿Le gusta á Líbana.

—La buena sí, la mala no.

—Tú eres en el canto discípulo de Flaviano, Ricardo.

—En todo, señor.

—En todo no, en la mayor parte de las cosas.

—Eso he querido decir.

—¡Con que cantas!—le dijo Líbana.

—Sí.

—Pues no lo había notado.

—Ya lo oirás,—añadió el príncipe.—¿Es cierto Ricardo?

—Cuando ella quiera, señor.

—Yo, lo antes posible.

El duque formó corro con ellos y variaron de conversación.

Una hora después salieron de allí.

Por el camino dijo el príncipe al duque:

—Padre mío, esa pobre india debe aburrirse en el convento, ¿por qué no la llevamos mañana por la tarde á que vea los alrededores de Veracruz? Es domingo y no tendrá estudio.

—¿Con qué traje? Porque ese que lleva es de novicia.

—Sabiéndolo con tiempo las monjas le arreglarán uno. Que vaya esta tarde Ricardo y plantee esa cuestión con la abadesa. ¿Qué te parece Zalla?

—Muy bien y lo haré con gusto.

—¿Te has de quedar esta tarde sin paseo?

—Sí, señor, hoy va Ontoria y mañana yo. Porque sólo tres de nosotros podemos ir mañana.

—Me complace la idea, Ricardo, veas si puedes arreglarlo de modo que se venga mañana á las diez con nosotros y pasará todo el resto del día en el palacio y en el paseo. Al anochecer la llevaremos al convento.

—En cuanto acabemos de comer iré á ver á la abadesa.

Julio ayudaba á Ricardo sin que el duque lo comprendiera, y aquél le dirigía ya miradas llenas de gratitud.

A la una comieron, y á las dos salían en la carroza el duque, Julio y Ontoria, con resolución de hacer varias visitas, y marchar luego de paseo.

Quedó solo Zalla, y no tardó en entrar Roque, diciéndole:

—Mi capitán, enfrente del convento vive Juan Ramiro, hijo que fué del gobernador de este distrito, muerto hace años. Es un joven de vuestra edad, calavera, disipador, huérfano también de madre, que convida y se acompaña de los mozos de peor sangre que hay en esta ciudad. Y frente al jardín habita una tía de Ramiro, viuda del capitán González, madre del corregidor.

—Muy bien, Roque, toma estos cuatro doblones.

—¿Para qué, señor?

—Me compras esta tarde una lira, y lo que sobre para tí.

—¡Tanto dinero!

—Para ti, que eres un pobre criado; para mí eso no vale nada.

—Que no lo tomo, señor, es demasiado.

—Tómalo, y calla. Esta noche me acompañarás.

—¿Dónde?

—A dar una serenata.

—¿A qué hora?

—Después que se acueste tu amo.

—¿Y si lo sabe?

—No dirá nada.

—Me despide.

—Te vas conmigo.

—¡Mi capitán!

—¿No hacía él lo mismo á mi edad?

—Decidme, ¿habrá cuchilladas?

—Claro es, hombre.

—¿Tomaré parte?

—Sí, con más de uno y de dos.

—Entonces voy. Mis manos se hicieron para eso y no para estar ociosas.

—Ya lo sé yo, y por eso te llevo.

—Con que á la media noche... Hasta la hora me gusta.

—Ve por la lira, y hasta luego.

Salió el criado, y Ricardo se fué al espejo, frente al cual pasó un cuarto de hora arreglándose el pelo, los bigotes y el traje.

Cuando acababa, entró Urrutia que se había hecho muy amigo de él desde lo de Canarias preguntándole:

—¿No vas con el duque esta tarde?

—No.

—¿Por qué?

—Tengo que evacuar un encargo suyo y mío.

—Oye, Ricardo, ¿por qué te compones tanto?

—Porque estoy enamorado.

—¿Conozco al objeto de tu amor?

—Sí.

—Pues ya sé quién es.

—Veámoslo.

—Líbana, la preciosa india.

—Sí, pero cállalo.

—Hermosa mujer, y tan rica como bella.

— Que sea ó no rica, eso no me importa.

—Es decir, que estás enamorado de veras.

—Chico, que sólo en ella pienso.

—Vosotros los del alma ardiente y gran fibra os enamorais perdidamente.

—Y no he podido evitarlo.

—Y ella, ¿cómo se presenta?

—¡Es tan niña!

—Pero muy inteligente.

—Lo que yo deseo es que ella se enamore como yo; si logro esto, parto en seguida al lado de mi general.

Es buena idea.

—¿La vas á ver ahora?

—Y lo que es más, la hablaré estando solo con ella.

—Y yo venía confiado en que saldríamos á dar un paseo.

—¿Por qué no? Salimos juntos, me esperas al pie del convento, y pasamos juntos el resto de la tarde.

—Aprobado. Vamos.

—Sí, andando.

CAPITULO XVI

La felicidad en su origen.—Los dos amigos.—La serenata de verdadero amante.

Salieron cogidos del brazo Zalla y Urrutia; el primero tenía veinticinco años, el segundo treinta; es decir, que los dos eran jóvenes, apuestos, gallardos y tan hombres que llenaban la calle por donde iban.

Ambos pertenecían ahora á la escolta del duque del Imperio y éste era otro título más, pues venía siendo proverbial el valor desmedido de todos los que componían la escolta del invencible duque.

La gente los miraba fijándose en su pluma y banda encarnada, en su blanco chambergo y, más que todo, en la gentileza y bravura que demostraban.

Llegaron al convento; Urrutia quedó en el zaguán y Ricardo entró en la parte exterior del locutorio, llamando hasta que la madre tornera le dijo:

—*Ave María.*

—*Gratia plena.*

—¿Qué desea el capitán?

—Decid á la superiora que tengo orden de dar un recado importante, de parte de mi padrino el señor duque del Imperio, á Líbana, que la deje salir.

—No sé si lo consentirá.

—Pues yo no me voy sin dárselo, ó sale ella ó entro yo.

—¡Qué locura! ¿Cómo habiais de entrar?

—Por la puerta.

—¿Quién la abría?

—Yo.

—Dicen que sois terrible y en vos todo lo creo.

—Madre tornera, en el zaguán me espera un compañero, no lo tengamos mucho tiempo de pie.

Cinco minutos después se presentó Líbana acompañada de la abadesa.

—¿Qué queréis?—le preguntó la segunda.

—Dar á Líbana un recado de parte de mi padrino. A ella: ¿Lo oís? A ella sola.

—Está bien, dádselo. Con estos militares no se puede.

—Nos concretamos á cumplir con nuestro deber y dentro de éste rompemos todo lo que nos estorba.

—Cerca estoy, hija mía, si algo se os ocurre dad una voz.

—Bien, madre superiora.

Salió la abadesa y Líbana preguntó al capitán:

—¿Vienes de parte del duque ó de parte tuya?

—De parte de los dos.

—Habla.

—Primero lo del duque. Dí á la abadesa que mañana á las diez vendremos por tí para que, como domingo, pases el día con nosotros, primero comiendo y luego en la carroza por las calles de Veracruz y por las afueras de la población. Te traeremos al anochecer.

—¿Pero es cierto?

—Yo no miento nunca, Líbana, y menos á tí.

—¿Por qué á mí menos?

—Eso es para después. Añades que te proporcione un vestido de señora, porque no has de ir por las calles de la ciudad con ese traje de novicia.

—Sí, hay varios en el convento, de las que entran novicias. Pero ¡qué alegría Ricardo! ¡Voy á estar un día con mi padre!

—¿Conmigo no?

—También, pero lo quiero á él mucho más.

—Pues es necesario que varíe.

—¿Qué quieres decir?

—Oye, Líbana: ¿qué hombre es ese que te da serenatas por la noche?

—No lo conozco.

—¿Deseas conocerlo?

—¿Para qué?

—¿Quieres que yo te dé serenata?

—Sí; dándomela tú saldré á la ventana.

—Yo quería más que todo eso.

—No pidas mucho, si no te lo niego todo.

—No; sólo deseo que me quieras como yo á tí.

—Eso ya lo hago desde que jugábamos en el navío.

—No es eso; quiero que me ames como tu padre amó á tu madre, el duque á su esposa...

—¿Qué amor es ese?

—Uno que convierte dos corazones en uno, dos almas en una sola y á dos seres humanos en uno, porque desean lo mismo el uno que el otro, piensan lo mismo...

—No te molestes, ese amor no le conozco yo. No lo tengo.

—Pues debes tenerlo, porque es el que forma los esposos, después los padres y la felicidad mayor de la tierra.

—Qué, ¿quieres ser mi esposo? ¿Es eso lo que dices?

—Sí.

—Eso debe consultarse con el duque; él nos quiere á los dos y dispondrá lo que más nos convenga.

—Es para más tarde; antes de que llegue ese caso, es necesario que los jóvenes se hablen, se comuniquen sus impresiones, y cuando ya se aman, entonces se les pide á los padres la opinión.

—Hablemos todo lo que tú quieras.

—¿No sientes por mí una simpatía, un cariño especial, como yo por tí?

—Me parece que sí.

—De ese modo empieza el amor. Quiero tenerte y que tú me tengas á mí un amor puro, grande, que te haga pensar de continuo en mí, que veas en tu Ricardo un compañero eterno, un defensor constante, el hombre que más quieras, como tú eres ya la única mujer en que pienso, á la que más amo en el mundo.

—¡Qué efecto me hacen tus palabras, Ricardo!

—Vamos, niña,—dijo la madre abadesa presentándose en el locutorio;—basta de recado. Pues no es poco largo.

—Y qué delicioso; ya veréis cuando os lo refiera.

—El cielo os guarde, señor capitán, y á vuestro digno jefe.

—*Amén*, madre superiora.

—Adiós, Ricardo.

—Adiós, Líbana.

Y lo dejaron solo en el locutorio.

Zalla meditó un momento, saliendo en busca de su compañero Urrutia.

Al llegar al portal vió en la acera de enfrente nuestro capitán á Juan Ramiro que salía de su casa y clavó la vista en él hasta obligarle á que bajara la suya. Iba con dos amigos y salieron calle arriba más que de prisa. Uno de los tres dijo á sus compañeros:

—Dos capitanes de la escolta del *Invencible*; cuidado con ellos que son terribles.

—¿Qué es eso, Ricardo?

—Nada, ese mocito de la trusa de terciopelo negro, que pretende ser mi rival.

—¿Cuándo lo despachamos para el otro mundo?

—Probablemente esta noche.

—Cuenta conmigo.

—No será necesario.

—Por si acaso.

—Gracias.

—¿Hablaste con ella?

—Sí.

—¿Se presenta bien?

—Sí; pero cuando estábamos en lo más importante llegó la madre abadesa y nos cortó.

—¿Qué había de suceder? Madre es lo mismo que dueña, y éstas no hacen nada que no sea censurable. ¿Pero has salido satisfecho de tu primera visita?

—Y más enamorado que entré. Hay en Libana una pureza angelical, una inocencia, un espíritu tan elevado, que encanta.

—Sí, la que creíamos india brava ha resultado una hermosa joven, tan encantadora en su parte física como en su parte moral.

—Esa es la frase.

—¿Hacia dónde vamos?

—Por las calles, si te parece.

—Ricardo, empiezan á asustarme las indias.

—¿Por qué?

—Porque sentiría seguir tu camino.

—¿Tan malo es?

—No quiero pensar en eso hasta que sea maestre de campo.

—Uno ha hecho ahora mi general, ascendiendo á la vez á Mendoza.

—¿Quién es el primero?

—El comandante que fué de zapadores.

—Oí decir que era hombre de mérito.

—Mucho; mi maestro jamás comete una injusticia.

—Lo de Mendoza ya es cuestionable.

—¿Qué sabes tú? A su fuerza se debe casi todo lo realizado en San Juan. Sin él todo se hubiera hecho,

pero hubiera costado mucho más tiempo, y esas cosas deben hacerse muy de prisa.

—Es verdad.

Nuestros amigos continuaron su paseo sin dejar de hablar, hasta que llegó el anochecido y entraron en el palacio.

Acababan de llegar el duque, Julio y Ontoria.

El primero preguntó á Zalla:

—¿Tendremos mañana india?

—Sí, señor.

—¿Y traje?

—También.

—Me alegro; es justo que después de tres meses de encierro le de el aire á mi ahijada. ¿Demuestra placer?

—Mucho.

A las ocho cenaron, y á las diez se fueron y descansar.

Más de las once de la noche eran cuanda Zalla salió del palacio embozado en un ligero manto.

Detrás iba Roque, cubierto también con otro manto y oculta con éste llevaba una lira, la mejor que halló en Veracruz.

Un poco después salió otro embozado, que á la distancia de cien varas seguía á los primeros

Llegó Ricardo á la calle, y situándose frente á las tapias del jardín, pidió la lira á Roque, le mandó separarse bastante, le dió instrucciones y comenzó á templar su lira, empezando luego á tocarla con mano maestra.

Desde el primer momento se notó que era discípulo de Flaviano.

Había en sus dedos agilidad, soltura y arte.

Precedió al canto una melodía deliciosa que duró más de diez minutos. La pieza que acababa de tocar no tenía la melancolía que vimos en la de Ramiro, pero sí mucho sentimiento, pasión y algo que demostraba el carácter guerrero del que la tocaba.

Siguió una estrofa cantada con valentía por una voz de tenor á medias; Zalla tenía las notas bajas de barítono, casi de barítono, y los altos ó agudos de un buen tenor.

No cantaba ni con mucho con una voz tan hermosa como la de su maestro, ni con su maravilloso arte, pero afinaba mucho, y la romanza que ahora dejaba oír podía con justicia aplaudírsele.

Tenía mejor voz y mucho más arte que Ramiro.

No era Zalla poeta como Flaviano, pero halló en su repertorio una composición que parecía escrita para el presente caso y sus ideas eran propias para pintar la pasión que el joven sentía por Líbana.

Era natural que Ramiro estuviese oyéndole y parecía lógico que fuera á interrumpir la serenata, pero Zalla ni aún se acordaba de él en aquellos momentos. Su indiferencia hacia el desdeñado rival era completa.

A la primera estrofa siguió un melodioso preludio, y luego la segunda que cantó mejor que la primera.

Con otro preludio y una tercera quiso terminar la serenata. Pero al despedirse con sus últimas frases se

abrió la ventana de la habitación de Líbana, y exclamó la joven:

—Más; otra.

Zalla repitió la tercera, dando á su acento una energía y un tono que en las notas agudas hizo recordar á su maestro.

Se cerró la ventana, y Ricardo dando la lira á Roque se retiró de allí á la media noche en punto.

Al salir de la calle donde estaba situado el convento, se incorporó con él el embozado que salió detrás de ellos del palacio, diciéndole:

—Tu sola presencia asustó á tu rival.

—¿Para qué te has molestado, Urrutia?

—Para oirte, que me has dado un buen rato, y para conocer más de cerca á tu rival.

—Pues lo último no lo has logrado.

—Con ese no debes contar.

—Creo lo contrario y lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—Si él se hubiera presentado era cuestión de salir del paso con una sola estocada y una víctima; no habiéndose atrevido tendré que dar muchas estocadas y las víctimas serán varias.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese cobarde estará reuniendo perdidos de esos que viven á su costa para atacar diez contra uno.

—Entre los tres necesitamos algunos más si es gente de esa calaña que dices.

—Sí, pero habrá escándalo y mucha sangre.

—¿Qué nos importa eso á nosotros?

—Por el duque, sino fuese por éste nada.

—¿Qué te ha de hacer á tí el hombre á quien imitas en sus mocedades?

—De eso ya no se acuerda.

—Tratándose de tí ya lo recordará.

—En fin, ya no es posible retroceder y sea lo que quiera tendré que arrostrarlo aun cuando me cueste un disgusto con él.

—¿Y el príncipe?

—Por ese no tengo cuidado.

—¿Lo sabe?

—Yo no le he dicho nada, pero él lo ha adivinado todo y de una manera indirecta favorece mi intento.

—No es poco, Ricardo.

—Es mucho; pero como el duque me tiene prohibido que empeñe lances de ese género sin su permiso...

—Estaría de ver que fueses acometido, y dijeras á tu contrario ó contrarios, esperad, que voy á pedir permiso para batirme; pronto vuelvo si me lo conceden. Eso no puede quererlo él.

—Pues lo pide.

—Pero tú no puedes dárselo.

—Ello dirá, Urrutia.

Media hora después todos los del palacio dormían inclusos Zalla, Urrutia y Roque.

La noche se pasó tranquila y sin más incidente que los que ya conocemos.

A las diez del día siguiente salió la carroza del gobierno yendo en ella el duque, el príncipe y Zalla.

Llegaron al convento y minutos después entraban en la celda de Líbana.

La india se presentaba hoy más bella que nunca. Llevaba un vestido de seda negro, con el escote de aquella época, un peinado de última moda que la sentaba muy bien y algunos adornos que sus compañeras le habían puesto con arte. Era el traje sencillo, gracioso y hacía resaltar las bellezas de Líbana hasta obligar á exclamar al duque:

—Hermosa estás, hija mía; por Dios que ya puedes presentarte entre las damas más elegantes de Méjico sin que formes excepción ni nada impropio del más aristocrático salón. ¿Qué te parece, Julio?

—Encantadora, padre mío.

—¿Y á tí, Zalla?

—Lo mismo que al príncipe, señor.

Mucho más hubiera dicho el enamorado mancebo, pero no quiso descubrirse ante su padrino, al cual respetaba más que á su padre.

A Zalla le parecía un serafin, que su amor idealizaba hasta verlo como un sueño de hadas ó una ilusión fascinadora de deidades.

Los dos jóvenes se miraron con algo más que interés y curiosidad.

Nada notó el duque, pero sí el príncipe que se dijo, mirando la bella pareja:

—Va á ser indispensable que los llevemos al altar.

El duque dijo á la abadesa:

—Madre superiora, por hoy vais á carecer de la compañía de vuestra educanda; se halla esta niña en-

cerrada tres meses en estos claustros donde tan excelente educación recibe, y si bien me hallo muy satisfecho en todo lo que á la parte moral se refiere, quiero dar algo también á su parte física y por esta causa os la quito hoy para que vuelva á ver el mundo y respire por algunas horas el aire libre del campo.

—Dios te lo pague, padre mío,—dijo Líbana, adelantándose á la abadesa y con un candor capaz de enloquecer á nuestro capitán.

La abadesa replicó:

—Muy bien, señor, sois su padre adoptivo y en vuestro derecho estáis. Es, además, buena la idea, y Líbana por su conducta, carácter y aplicación todo lo merece.

—Se trata sólo de unas cuantas horas de expansión y de recreo y no se ha de separar de mi lado.

—Eso es lo que deseo, estar siempre á tu lado, señor.

—Ya llegará día en que lo consigas, ahora es más conveniente que todo, fortalecer tu educación abandonada por completo en los primeros años de tu vida.

—Lo que vos mandéis, padre mío.

—Yo sólo quiero tu bien, hija mía, y porque deseas estar siempre á mi lado necesitas conocer un mundo nuevo para tí, contrario á las costumbres de tu infancia. Quiero además que al llegar el día en que un caballero digno de tí me pida tu mano, pueda yo contestarle como conviene al padre de una niña bien educada y entendida.

Al llegar aquí, Líbana bajó la cabeza y el rubor apareció en su semblante.

Este síntoma gustó mucho á su protector. Salía con él toda la pureza de su alma.

Todavía hablaron unos cuantos minutos, se despidieron de la abadesa; Líbana lo hizo también de sus compañeras y ya dentro de la carroza partieron en dirección del palacio.

A una respetable distancia del carruaje los seguía Ramiro, acompañado de dos de sus íntimos amigos.

Aquel hombre tenía ya sitiado el convento y lo espiaba día y noche.

Contra Líbana había ya una conspiración, tanto más egoista y grosera, cuanto que ni el cantor primero ni ninguno de sus amigos conocían todo el poder y temple de alma de los protectores de aquella india.

Se fijaron únicamente en que era muy bella y en que según noticias que habían adquirido por buen conducto era poderosa en riqueza, pasando desapercibido que la hija adoptiva del duque del Imperio tenía además todo el poder de su padrino que era omnipotente en Méjico.

Pero se cernía ya una tormenta y no hemos de tardar en presenciarla.

CAPITULO XVII

—

El paseo.—La segunda serenata.—El primer disparo eléctrico de la tormenta.

Líbana fué felicitada por todos los jefes de la escolta dol duque, maravillados de su hermosura y de la facilidad é inteligencia con que se expresaba en castellano.

La joven había ganado mucho física y moralmente en los meses que llevaba fuera de la isla en que había nacido. Era una planta que vino al mundo para habitar en otra atmósfera, en otro suelo distinto de aquel en que vió la luz primera, y en el momento en que la trasplantación en el mundo para que había nacido, su desarrollo fué rápido, portentoso, casi una maravilla. También llamó la atención de los oficiales del duque la gravedad que había adquirido aquella niña alegre y juguetona que corría delante de Zalla para abu-

rrirlo, y se burlaba á todas horas del carácter tímido é irresoluto del capitán del navío.

La conocieron viva y atrevida, y ahora la contemplaban como su verdadera antítesis.

Líbana recibía aquellos plácemes y galanterias con la cabeza inclinada y encendido el rostro. Sus miradas, cuando la alzaba, sólo se dirigían con la vista al duque y al principe, y á hurtadillas á Ricardo.

El único de todos los presentes que comprendía el cuadro que tenía delante, y hasta leía en el corazón de Líbana y en los pensamientos de Ricardo, era Julio.

A la una comieron y á las tres subieron á la carroza.

El duque encargó al coche-o recorriera las calles principales de la ciudad para que Líbana fuera viendo todos los edificios notables.

La joven iba estudiando cuanto se presentaba á su vista, y de continuo hacía preguntas que la ilustraban, dándola á conocer lo que para ella era desconocido.

A las cinco salieron á los alrededores, internándose en un bosque por cuyo centro pasaba la carretera.

En él, por consejo de Julio, echaron pie á tierra y comenzaron á pasear.

Al poco tiempo entabló Julio un debate importantísimo con el duque sobre Alice y Flaviano, el paje y Mendoza, y en uno de los paréntesis le dijo á Líbana:

—Te vas á aburrir, hermana, esa gravedad y nuestra conversación no son propias de tu edad ni de tu carácter; figúrate que estás en tu país y corre y salta como hacías en el navío. Zalla, cuida de ella y no la pierdas de vista.

A la vez le echó una mirada severa, que el joven capitán comprendió, contestándole con una dulce sonrisa que quería decir:

—Nada temais, es un ángel y nadie tan interesado como yo en que siga siéndolo.

—Corred, corred los dos,—añadió,—pero no alejaos mucho de la carretera.

El duque se concretó á decir:

—Sí, distraeros por entre los árboles; esta campiña es amena y debe recordar á Líbana las de su país.

Los dos corrieron, delante ella y detrás Zalla; pero á los dos minutos se detuvo la joven diciendo:

—No corro más; me fastidia correr.

—Y á mí, Líbana.

—¿Qué hacemos?

Lo que tú quieras.

—Hablar.

—Pues hablemos. ¿De qué quieres que te hable?

—De la serenata de anoche.

¿Qué te pareció?

—Muy buena. Cantas bien y tocas mejor.

—Sí, fué mi maestro Flaviano.

—¿Pero qué Flaviano es ese que todo lo sabe, todo lo hace á la perfección y todo el mundo lo admira?

—Un hombre perfecto, un genio en la guerra, un sabio en la paz y tan bueno y virtuoso que no hay otro como él.

—¿Por qué no eres tú como él?

—Sólo aspiro á imitarlo, á parecerme á él, Líbana, como él no hay otro.

—He oído que tiene en Madrid su futura esposa.

—Sí, la bellísima Alice.

—¿Es muy hermosa?

—Tampoco la conozco igual.

—¿Se aman?

—Ella con delirio, él no.

—¿Por qué él no, si ella es tan hermosa?

—Líbana, un hombre como Flaviano no puede hallar mujer digna de él en la tierra, ni aun cuando la encontrase le sería dado entregarse á la vehemencia de un amor que absorbiese sus grandes facultades. La quiere mucho, la considera y la hará su esposa, pero sin dejarse dominar nunca por el amor.

—¡Qué cosa tan nueva me dices!

—Es la verdad. Y tú ¿me amas ya? ¿Querrás un día ser mi esposa, como Alice anhela ser la de mi maestro?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabes?

—Porque siento por tí una afección rara que no me inspira ningún otro, pero yo no sé si eso es ó no amor. Cuando sepa si eso es amor entonces te contestaré.

—Oye, Líbana, yo te amo ya como Alice á Flaviano, tu imagen nunca se aparta de mi vista, sólo pienso en tí, para mí no hay ya en el mundo más mujer que tú. Tu belleza me encanta, tu voz me enagena, tu aliento purísimo me presta vida y amor, y es lo cierto que si no acabas por amarme y ser mi esposa, moriré de dolor ó me haré matar en la primera batalla á que asista.

—Ricardo, ¿por qué no imitas á tu maestro Flaviano y no te sucederá nada de eso?

—Aun cuando quisiera no podría.

—¿Por qué?

—¡Ah, Líbana, tus encantos se han apoderado de mi corazón, de mis ideas, de mis pensamientos, de todo mi ser, y no puedo ya hacer otra cosa que amarte á lo Zalla, no á lo Flaviano.

—Mejor es para la mujer tu amor que el de tu maestro, pero no quisiera yo que lo tuvieras.

—¿No lo quieres tú, por qué?

—Porque te veo sufrir.

—Pues ámame y no padeceré más?

—Puede que más adelante te ame.

—¡Ingrata!, ¿por qué ahora no?

—Oye, en el país donde yo he nacido no aman como vosotros; allí elige la mujer al hombre que más le gusta y sólo el cacique toma la que más le agrada, porque todos son vasallos suyos. La mujer cuida al marido y éste caza, pesca, se bate y quiere á su consorte hasta perder por ella su vida, si alguno se la quiere quitar.

—¿Y ella cómo lo quiere?

—Mal ó poco.

—¿Por qué?

—Porque las costumbres son allí brutales en los hombres, y ellas están dotadas de una sensibilidad que las lleva al amor de sus hijos, rara vez al de sus maridos.

—¿Qué quieres decirme con eso, Líbana?

—Que nosotras para amar necesitamos saber si el hombre es ó no digno de nuestro amor.

—¿Qué debo yo hacer para demostrarte que soy digno de tu amor?

—Darme todas las noches serenata, y si preciso fuera pelear por mí.

—Con una condición.

—¿Cuál es?

—Haré más que eso todavía. Para pelear por tí no necesito amarte; basta que seas quien eres para matar al que quiera ofenderte. Lo de la serenata es distinto, sólo amándote puedo ofrecértela porque á nadie se la dí ni me gusta cantar. Por más que me equivoque creo que el cantor es poco hombre.

—¿Eso dices de Flaviano?

—No, mi protector y maestro es una excepción. Notó que yo tenía bastante voz, quiso educarla, enseñarme el canto y le obedecí, pero violentándose algo. Por esa causa rara vez canto y á nadie le dijo jamás que aprendí á cantar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que en tu obsequio cantaré; luego, haciendo uso de una escala, saltaré al jardín del convento y hablaré contigo al través de los hierros de la ventana, si tú bajas á ella, porque la de tu celda está muy alta y podían oir nuestra conversación.

—Déjame que discurra... Sí, la ventana que se halla bajo la mía está en un pasillo, y se abre y cierra con un picaporte. Bajaré después que hayas cantado cuatro estrofas. Empiezas esta noche.

—¿Y cuándo me amarás?

—Pronto.

—Como yo á tí.

—¿No quieres más que eso?

—Es que no se puede amar más.

—Eso creeis los hombres.

—Pues más aún si tú puedes más.

—¡El duque!

Insensiblemente se habían ido hablando al camino, y fueron sorprendidos por Julio y Osorio.

—El primero preguntó á la joven:

—¿Has corrido mucho Líbana?

—Mucho, no.

—¿Por qué?

—Porque ya no me gusta.

—¿Qué has hecho?

—Hablar con Ricardo.

—¿De qué habeis hablado?

—Me refería el capitán las costumbres de su país y yo le contaba las del mío. De esa manera aprendíamos los dos.

—¿Qué te parece este bosque?

—Son mejores los de mi país.

—¿Por qué?

—Entre ellos hay lagos, flores, plantas que embalsaman el aire, y tantos pájaros vistosos que cantan como en un paraíso.

—Te has callado lo mejor.

—¿Qué es lo mejor?

—Jaguares, tigres, panteras, culebras, reptiles pequeños y muy venenosos, y hasta insectos que pican y matan.

—Verdad, señor; pero yo me refería á lo bueno. Si de lo malo me hubiera ocupado, empezaría por el hombre

—Bien dicho, Líbana; allí los seres humanos son fieras.

—Los seres humanos, no; los hombres; las mujeres no son malas.

—También en este país hay bosques como allí, con lagos, fieras, reptiles, indios bravos, flores y plantas odoríferas.

—¿Y en el tuyo?

—La civilización, rechaza esos nidos de leones y reptiles.

—¿Pues qué hay entonces?

—Jardines, árboles y plantas productivas.

—Eso es mejor.

—Y casi todos los hombres y mujeres aman á Dios y se respetan unos á otros.

—¿Como en mi convento?

—No tanto, pero se acercan.

Continuaron paseando hasta que apareció el primer crepúsculo vespertino, subieron á la carroza que iba detrás de ellos, y se dirigieron al convento, en el cual dejaron á la educanda.

Después entraron en el palacio.

Zalla buscó á Roque, y dándole un doblón le dijo:

—Toma, compras para la noche una escala que tenga cuatro varas.

—¿Y hoy, habrá cuchilladas?

—Es posible.

—Lo deseo.

—¿Para qué?

—Para hacer algo.

—Tienes buena sangre, Roque.

—No lo sabeis bien; cerca del duque no hay cobarde posible; todos somos al entrar experimentados.

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos enseñar una hoja de servicios con valor acreditado.

—Me alegro.

—Voy de noche con gusto por acompañaros, porque me habeis preferido y porque estoy seguro que habrá leña.

—¿Llevas solo espada?

—Ca, no, señor; además cargo con un par de pistolas de dos cañones.

—Noto con placer que eres valiente y previsor.

—Lo último es indispensable cuando, como ahora, no sabemos el número de enemigos que nos van a atacar.

—Cierto, y haces bien en ir dispuesto para hacer frente á varios.

—Si no pasan de seis, conmigo solo basta.

—¿Y si hacemos mucha sangre y lo sabe el duque?

—No ocurrirá nada. ¿Nos habíamos de dejar pegar? Nosotros no nos metemos con nadie, pero si nos atacan...

—Cierto, tendremos que defendernos.

—Tenemos además en nuestro favor lo mucho que os quiere el duque. Esto lo sé yo mejor que vos.

—Mucho debo al padre y al hijo.

—Algo os debe también el primero á vos.

—¿Qué sabes tú?

—Pues no lo he de saber? Poco antes de venirnos decía la señora duquesa de los Andes á mi señor: Flaviano, vela por la vida de Zalla, es demasiado valiente y nos ha prestado servicios importantísimos.

—¿Qué contestó el duque?

—Sí, velaré por él y luego se lo recomendaré á nuestro hijo. Ya sé todo lo que hizo con vosotros.

—Pues no recuerdo nada.

—Yo sí, porque sé aún más.

—No me lo digas; esas cosas las olvido yo pronto y no me gusta recordarlas.

—¿Qué hora esta noche?

—La de ayer.

Zalla entró en el salón, en el que se hallaban el duque, el príncipe, el gobernador y todos sus compañeros.

Urrutia se fué con él al hueco de un balcón diciéndole:

—Ricardo, esa india está desconocida; su belleza seduce.

—Sí, por mi desgracia.

—¿Van mal tus amores?

—No, pero esa mujer absorbe todos mis pensamientos y en todas partes la veo.

—No me extraña

—A mí, sí.

—¿Se ha enamorado ya?

—Empieza.

—No me admira que tengas un rival y te salgan otros. Uno te he quitado esta tarde.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Quién es ese desgraciado?

—Me ha ofrecido retirarse de la escena, es compañero nuestro y no hay para qué hablar de él. En cuanto le dije que era para tí y que ya os entendíais, desistió. Es buen compañero.

—Me alegro.

—Con el otro será distinto; el otro que no nos conoce tendremos que darle una lección.

—Puede que sean varios; sabe ya quienes somos; nadie ignora lo que es la gente que rodea al duque, y si nos ataca es posible que se reunan veinte para hacerlo.

—Peor para ellos.

Adoptaron un plan y luego se fueron á la mesa para cenar, y después de recogidos todos salir los tres fuera del palacio.

CAPÍTULO XVIII

Otra serenata.—A la parte adentro del jardín.—Coloquio amoroso Un tiro, una muerte y una huida.—El vaticinio.

Algo después de las once de la noche salió Zalla del palacio embozado en su manto, como la noche anterior.

Detrás iba otro embozado; era Roque que llevaba dos cosas, la lira y una escala.

Y más detrás caminaba otro embozado el cual á una respetable distancia procuraba no perder de vista á Ricardo.

Llegó el último á las tapias del jardín, miró en torno, y no viendo á nadie pidió á Roque la lira diciéndole:

—Cuando acabe te la devolveré y me das la escala.

—¿Dónde espero?

—Donde tú quieras.

Zalla cogió la lira; pero antes de templarla midió los pasos que había desde el principio del jardín hasta el frente de la ventana de Líbana.

Luego sacó su daga é hizo un agujero para marcar por aquel lado de la tapia el referido frente.

De este modo, se decía, si la obscuridad fuese grande alguna noche, palpando esta pared, conoceré el sitio en que he de tirar la escala.

Después templó, comenzando á tocar una melodía llena de sentimiento y dulzura.

Antes de acabarla se abrió la ventana de Líbana y apareció la hermosa cara de la india.

Terminó el preludio y cantó Ricardo la primera estrofa de una canción con tan apasionada ternura, que hubo de llevar á los labios de la joven una sonrisa llena de satisfacción.

Cantó la segunda y sucedió lo mismo. Zalla se encontraba esta noche inspirado.

Dió principio á la tercera, y al acabar le dijeron lo que la noche anterior.

—Otra, que sea diferente.

La cuarta fué un aria tan triste y melancólica como el suspiro del que en vano espera su felicidad.

El canto y la música acabaron y la ventana de Líbana se cerró.

Zalla dió la lira á Roque, cogiendo la escala que tiró al caballete de la tapia en el cual quedaron clavados sus dos garfios.

Se echó el manto al hombro y subió sin incidente alguno.

Se sentó sobre el caballete, dió la vuelta á la escala, sujetó los garfios y pronto se halló en el jardín dejando la escala preparada para la retirada.

Tomó la recta y fué á parar al pie de la reja á que había citado á su amada.

En ella estaba ya la encantadora india, que al verle le alargó una mano diciéndole:

—Toma, la has ganado esta noche: qué bien has cantado. ¡Suelta!...

—¿Qué es, Líbana? ¿Por qué me retiras tu mano de ese modo?

—Me has dado en ella un beso.

—Como otras veces.

—No, diferente.

—Sólo de un modo puede besarse.

—Tú vienes otro esta noche.

—Por Dios que no te comprendo.

—Al llegar tus labios á mi cutis he sentido una impresión que me ha extremecido. ¡Qué daño me hizo!

—¡Ah, comprendo!

—¿Qué comprendes?

—Lo que ha sido.

—Dilo.

—Ese beso que tanto daño te ha hecho era un beso lleno de amor.

—Pues no te la daré más.

—Ni yo la quiero en estos sitios, sino en el altar delante de Dios.

—Eso está muy distante.

—Porque tú quieres, porque tú no me amas.

—Díselo al duque.

—Díselo tú.

—Yo no me atrevo hasta que pueda decirle: nos amamos.

—Siempre lo mismo.

—Si yo se lo dijese, la primera pregunta que el duque me haría era ésta: ¿Te ama ella?

—Yo no te he dicho que no te ame.

—Tampoco me has dicho que me amas.

—No corre prisa.

—A tí, ingrata. Bien sabes que tu amor es mi vida, mi contento, mi dicha, mi felicidad.

—Mañana te contestaré.

—¿Por qué si sabes que tu amor es mi existencia, me condenas á morir esta noche?

—Si puedo, te haré resucitar mañana.

—Mañana, hoy no, mañana vivirás, hoy muere: hoy sufre el martirio de la duda, el tormento de la desesperación. Yo tengo la culpa; yo que debía estar cumpliendo con mi deber al lado del general Flaviano y lo he abandonado todo ¡á él, al que tanto debo! por venir á ver la ingratitud, la indiferencia hoy, acaso el desprecio mañana.

—Vuélvete con él; ¿por qué no te vas?

—Porque no puedo: porque el amor me tiene sujeto como lo están los hierros de esta reja; porque el amor me ha perturbado; porque el amor ha trocado al león en manso cordero.

—Eso quería yo, que fueses para los demás un león y para mí un cordero.

—Dime esta noche que me amas y el resto de mi vida seré para tí más que un cordero un esclavo.

—Mañana.

—Dime hoy que me amas y partiré á la guerra á conquistar para tí un título de Castilla.

—Mañana, Ricardo.

—Dime ahora que me amas y arrancaré á la suerte de las armas una corona ducal para mi esposa.

—Ricardo, mañana.

—No, en este instante y corro á ganar un trono para tí.

—No, Ricardo, para tí; pero no un trono con dorados y dosel de terciopelo, un trono más hermoso que el de trapos, madera y dorados; un trono excelso que ni aun los monarcas suelen tener; el trono del amor que acaso te depara el destino.

—Sí, lo quiero, ¿qué me pides por él?

—Un poco de paciencia nada más.

—Cómo te gozas en mi daño, terrible india.

—Cómo te vas acercando á mí, fiero león.

—Basta de amor esta noche, si puedo te haré feliz.

—¿Qué otra cosa deseas en vez de amor?

—Tu mano.

—¿Para besarla?

—Sí.

—No quiero negártelo todo hoy, toma bésala y parte.

Zalla la cogió y contemplándola estaba con férvido entusiasmo, cuando Líbana tiró de ella exclamando:

—Oigo carreras y gritos en esa calle, te admiré como cordero, quiero contemplarte como león. Parte.

En el mismo instante se oyeron un tiro y nuevas carreras.

—Ya no soy un león; tu mano, la beso y, ¡ay de los que me busquen!

—Toma, bésala.

—¡Bendita seas!

Zalla besó la mano de Líbana, ésta cerro la ventana, y aquél en dos saltos ganó la escala, en otros dos el caballete y luego se deslizó rápidamente al suelo descolgando la escala.

A su derecha estaba Urrutia y á su izquierda Roque.

A seis varas había un muerto.

—¡Una ronda!—exclamó Urrutia,—huyamos, Ricardo.

—¡Huir! no me enseñó á eso mi maestro Flaviano y no sé hacerlo.

—Son muchos corchetes, Zalla.

—¡Muchos! ¡Quién cuenta el número de sus enemigos antes de estar muertos!

—Ya están encima.

—¡Ay de ellos si me empeño en que caigan debajo! Roque, guarda esa escala y prepara las armas.

Y alzando la voz y avanzando en dirección de la ronda exclamó:

—Corchetes, ahí teneis un cadáver.

—¿Quién lo ha muerto?

—¿Soy yo acaso de vuestra calaña? Vuestro oficio es averiguar, el mío matar.

—Daos presos los tres.

Zalla se bajó el embozo, tiró de la espada y gritó:

—¿Quién es capaz de prender á un capitán de la es-

colta del duque del Imperio? Paso, vil canalla, ¡ay del que se me ponga delante!

Y cruzó por medio de los corchetes y en pos de él Urrutia y Roque, sin que ninguno osara detenerles.

Luego se arremolinaron, hablando mucho pero sin acordar nada.

Líbana cerró la ventana de abajo, subió á su celda y abriendo la otra ventana, presenció la escena anterior diciendo al perder de vista á Ricardo:

—Ese era el hombre con quien yo soñaba. ¡Qué arrogante; él solo se ha impuesto á veinte! Lo amo, sí, lo amo; seré suya.

Cerró la ventana y se acostó.

Con paso lento cruzó Ricardo la calle en que estaban los corchetes, yendo en medio de Urrutia y Roque.

Cuando hubo vuelto la esquina preguntó:

—¿Qué aconteció, señores?

—Poca cosa,—le contestó Roque.—Me hallaba yo en el sitio donde vos fijasteis la escala, y el capitán Urrutia enfrente, cuando ocho embozados, tomándome por vos, corrieron hacia mí espada en mano gritando:

—¡Ese es, muera!

—Les solté una bala, maté uno, y los restantes huyeron exclamando:

—Tienen arcabuces, corramos. Y nada más.

—Creí que era otra cosa.

—Ni el capitán Urrutia que tenía el acero desnudo pudo hacer un ensayo ni yo descargar el otro cañón de mi primera pistola. ¡Qué modo de correr, don Ricardo!

—Si tenían miedo, hicieron bien.

—Más que miedo parecía aquello pavura.

—Pero entiende, amigo Ricardo, que ha tomado cartas en el asunto el corregimiento y mañana lo sabrá el duque.

—No importa, decís que he sido yo el matador y mi padrino se entenderá sólo conmigo. Pero temo que el corregimiento ni á él ni á nadie diga una sola frase.

—¿Y por qué temes eso que para todos sería tan conveniente?

—Porque mi rival es primo del corregidor, y es de creer que de acuerdo con la autoridad, con Ramiro y sus cómplices nos jueguen una mala partida.

—No debemos temerla; mañana te acompaña la escolta.

—Eso jamás; eso era lo mismo que demostrarles miedo. ¡Miedo yo! Voy solo ó todo lo más con vosotros dos.

—Solo, nunca. Lo menos los tres.

—Y basta contra toda esa canalla. No me importaría á mi que fueran el doble si vinieran frente á frente: pero no vendrán como vamos nosotros, vendrán traidora y solapadamente. No me arredran, de cualquier modo que vengan daré fin de ellos.

—¿Y el duque?

—Lo mismo hacía él cuando era mozo como yo, y para que no se me olvidara me dijo no hace mucho, que el valiente debe estar siempre en campaña.

—Pues lo estaremos,—dijo Urrutia,—mañana nos venimos los tres solos, pero con cota de malla y acero

entre los forros de los chambergos y que vengan los que quieran.

—Señor,—añadió Roque,—y si aumentamos nuestros cintos con un par de pistolas de dos cañones cada una de las del duque, podemos con todo Veracruz.

—Tienes razón, Roque, cota de malla, acero en el chambergo, y cuatro tiros cada uno, y que vengan ciento. ¿Qué dices, Ricardo?

—Llevad lo que os parezca, á eso no me opongo.

Llegaron al palacio, y cada uno se retiró á su alcoba.

Zalla meditó un poco después de acostado y luego se quedó dormido.

Era la una de la madrugada.

A las siete de la mañana se levantó Ricardo, entrando en el acto en la alcoba del príncipe.

—¿Qué ocurre amigo mío?—le preguntó Julio con cariño.

—Señor, deseo haceros á vos solo algunas revelaciones.

—El momento es el mejor, el duque no se ha levantado todavía y podemos hablar sin testigos. Siéntate en ese sillón, acércalo á mi cama y di lo que quieras; no temas decirme nada.

—Vengo decidido á confiároslo todo.

—Habla, te escucho con interés.

Ricardo refirió al príncipe sus amores con Líbana, el estado en que se hallaban y cuanto le había ocurrido con su rival, incluso lo acontecido en la última noche.

Julio le hizo algunas preguntas sobre cosas que ya sabemos y acabó por exclamar:

—¡Cosa más rara! Eres el discípulo de mi hermano, lo copias en todo lo que puedes y no obstante eso, no te pareces al hijo sino al padre. Una gran parte de tus ideas son las mismas que el duque tuvo en su mocedad, ninguna de las que tiene Flaviano.

—Eso me digo yo de contínuo.

—¿Qué deseas de mí?

—Solo enteraros de todo lo que habeis oido y recibir de vos las reprensiones y hasta el castigo á que me haya hecho acreedor.

—No tengo nada que reprenderte; á tí no se te puede pedir más. Continúa por el camino que vas, que si yo te hiciera falta ya me encontrarás en él. Pero sé virtuoso, Zalla, es la única manera de que yo pueda protegerte.

—No tengo otro deseo ni otra aspiración, ni quiero otra cosa que unirme á Líbana cuando el señor duque lo disponga.

—Muy bien, eso lo conseguirás.

Zalla le dió las gracias y entró á saludar á su padrino.

CAPITULO XIX

La penúltima serenata.—El cuadro de amor.—Diálogos.—Prepa-parativos.

Todo el día anduvo Zalla triste y ensimismado. Suponía que el duque iba á concluír por enterarse de todo lo que ocurría por lo mucho más que iba á ocurrir y sentía disgustarlo.

No le tenía miedo, porque Ricardo á nadie temía ni le asustaban y menos le imponían sus reprensiones; lo que le atormentaba era la sola idea de causarle disgustos.

Ignoraba lo mucho que el duque lo quería ó era tan agradecido á los favores que Osorio hizo á su padre y á él mismo, que le atormentaba causarle el menor disgusto.

En lo que á él se refería con tal de obtener el amor de Líbana, no le importaba perecer en la demanda. Su instinto le decía que sus contrarios eran fuertes y ca-

paces de la más inicua acción, pero esto no le importaba, se creía con bríos suficientes para acabar con los más valientes, con los más poderosos y hasta con los más hábiles.

A las diez fué con el duque, Julio y Ontoria al convento y allí pasaron una hora hablando con Líbana. El duque dijo á la joven:

—Te encuentro hoy más contenta que otros días, ¿me he equivocado?

—No, señor; lo estoy.

—¿Qué motiva ese cambio?

—Que soy dichosa.

—¿Aprendiendo en este convento?

—Sí, señor, y por algunas otras cosas.

—¿Quieres decirlas?

—Otro día.

—¿Tienes secretos para mí?

—¿Qué mujer no tiene alguno?

—Eso es verdad. Cállalo si te conviene, que ya me lo dirás.

—Antes de lo que debo.

—¿Tiene también día señalado?

—Lo tiene, pero es posible que no pueda esperar tanto.

Siguieron hablando.

En la primera ocasión que tuvo Líbana dijo á Zalla, sin que ningún otro pudiera oirlo:

—Serenata, besó en la mano y confusión esta noche.

El príncipe se acercó también á la joven y le dijo en azteca para que sola ella pudiera comprenderlo:

—Cuenta con mi protección.

—Gracias, señor,—le contestó ella en el mismo idioma.

—Nada temas.

—Teniéndote á ti de mi parte, nada puedo temer.

—Mientras continúes siendo un ángel de pureza me tendrás.

—Me hace feliz la idea.

—¿Qué hablais en esa jerga?—les preguntó el duque.

—Nada de particular, padre mío, el príncipe es tan sabio como bondadoso y ha querido recordarme el idioma de mi infancia diciéndome él frases muy halagüeñas.

—Me alegro; yo no puedo hablarte en azteca.

—Ni Ontoria ni Zalla, pero estoy segura que si estuviera Flaviano ese sí podría.

—Con gran perfección, Líbana; mejor aún que yo.

—Estaba segura.

A la hora de estar allí se retiraron.

Líbana miró á Ricardo con tanto interés, que hasta Ontoria lo notó.

La joven quiso decirle por segunda vez:

—Te espero esta noche, no faltes.

Los cuatro se volvieron al palacio.

Zalla entró en sus habitaciones y se dejó caer en un sillón, como abrumado por el peso de una idea que no podía desechar de su mente.

La seguridad que tenía de que en la noche próxima iba á haber un gran escándalo, acaso una batalla, y que debía necesariamente causar al duque un profundo pesar lo tenía abrumado y entristecido.

—Cuanto hiero y mato por el padre ó por el hijo, —se decía,—es para mí el combate una grave ocupación que me deleita, pero ahora es por mí, por culpa mía, por contrariar probablemente el pensamiento de mi ilustre padrino, el protector de mi padre. ¿Para qué me habré yo enamorado de esa india? ¿Por qué la habrá hecho Dios tan bella y tan inteligente? ¿Por qué, por qué?... Me he vuelto, me confundo, y acabaré por volver mi espada contra mí, y con mis propias manos me atravesaré el corazón. Este corazón ingrato y torpe, que ni aun sabe ser agradecido á los muchos bienes que recibió de su señor. ¡Cuando el héroe lo sepa!... ¡Qué amargura, qué desconsuelo!

Y el noble mancebo, olvidándose de las veces que había expuesto su vida por el duque y por Flaviano, se juzgaba hasta criminal por haber puesto los ojos en la protegida de su padrino y estar á punto de causarle un profundo disgusto.

No obstante sus generosas ideas, su respeto y veneración al duque, un poder superior á sus fuerzas lo llevaba hacia Líbana, y le presentaba á la bella india como el objeto amado que debía conquistar, que le era indispensable poseer.

—O ella ó la muerte,—se decía después de haber reflexionado.—¿No puedo vivir sin ella? Pues me arranco una vida que tanto me estorba y todo ha concluído. Eso ha de ser.

Vino á distraerle de tan amargo pensamiento la voz de Roque, que entreabriendo la puerta de su estancia, le preguntó:

—¿Se puede?

—¿Eres tú, Roque?

—Sí, señor, yo.

—Entra.

—Os traigo muchas é importantes noticias.

—¿Sobre Líbana?

—Sobre ella y sobre ellos.

—Habla.

—He ganado al sirviente de don Juan Ramiro.

—Muy bien.

—Y sé todo lo que pasó anoche.

—Dí.

—Y todo lo que va á pasar en la próxima.

—Admirable.

—Es un miserable mal pagado, y tan dispuesto á vender á su amo, que por diez pesos me ha contado cuanto nos convenía saber.

—Toma doce y habla.

—Señor, yo no os lo he dicho...

—Tienes además mi estimación y mi gratitud.

—Eso sí, pero el oro este...

—Las dos cosas; te lo mando.

—Como querais, mi capitán.

—¿Qué sucedió anoche?

—Creyeron que era yo el cantor y el capitán Urrutia mi criado. Como los sombreros eran iguales, y estabamos embozados...

—Te confundieron conmigo, adelante.

—Espada en mano cayeron los ocho sobre mí para asesinarme. Pero como yo les recibí á tiros... Con el

primero les bastó; desconocen nuestras pistolas y creyeron que eran arcabuceros que estaban escondidos en la otra esquina y huyeron despavoridos.

—¡Qué valientes!

—Mucho, ya lo veis.

—¿Quienes eran los siete que huyeron?

—Don Juan Ramiro y seis amigos bien pagados.

—¿Y el muerto?

—Otro mercenario.

—¿Tenían dispuesta la ronda que nos salió al encuentro?

—Sí, señor.

—¿Quien iba al frente de la última?

—Uu alcalde ganado.

—Poco hizo por el muerto.

—No les dijeron quienes éramos y al encontrarse con individuos de la escolta del señor duque, se aturdieron y quedaron confundidos. Como tenemos fama de ser tan valientes y terribles con nuestros contrarios y el señor duque y S. A. son aquí los reyes...

—Comprendo. Continúa.

—Antes de seguir tengo que daros algunas explicaciones. Don Juan Ramiro heredó de su padre, que fué gobernador de este estado, una gran fortuna, que ha derrochado en el juego y en banquetes; tiene muchos amigos, porque hasta ahora tiró el oro. Supo que la india Líbana era poderosa, protegida además del señor duque, y para obreviar, empezó queriéndose casar con ella para apoderarse de su fortuna, y ha concluído enamorándose de ella.

—¿Pero habló con Líbana?

—No señor, la ve todos los días desde los balcones de la casa de su tía que están frente á la ventana de la celda de Líbana.

—¿Pero le ha mirado ella, le hizo señas ó le dió motivo para que se enamorase?

—Ni reparó en él; pero como ella es india y él noble y descendiente de españoles, cree que la honra y que puede darse por satisfecha con unirse á él.

—¿Y ahora, qué intentan?

—Desesperado por causa nuestra y poderosamente favorecido por su primo el corregidor, pretende nada menos que robarla y casarse con ella antes de que el señor duque tenga tiempo de impedírselo.

—¡Qué insensato! ¿Quiénes son esos torpes que protegen un rapto tan descabellado?

—Una hermana de su padre, viuda de un capitán español y el hijo de ésta, corregidor de Veracruz.

—¡Qué atrocidades me estás refiriendo, Roque!

—Pues es la verdad, mi capitán.

—Me has devuelto la vida con esas historias. Ahora vamos á defender lo que el duque defiende; ahora vamos á salvar á una casta joven que la infamia y la maldad intentan sacrificar. Ah, Roque, nunca podré pagarte el servicio que me has prestado al descubrir esos servicios. Toma cincuenta pesos más para los gastos que puedan ocasionarte esos descubrimientos.

—Eso no; ya está todo descubierto, mi capitán.

—Roque, yo te ruego que tomes esos cincuenta pesos por solo una parte insignificante de la felicidad que

me has traido sin saberlo tú. Si es preciso te lo mando.

—Señor.

—No admito disculpa ni réplica. Guarda ese oro y contesta á mis preguntas. ¿Qué hace el duque?

—Recibe visitas.

—¿Y el príncipe?

—Salió temprano y no ha vuelto.

—¿Cuando es el rapto?

—Esta noche.

—¿Por qué no han dado publicidad á la muerte de ayer?

—Por no enterar á la autoridad superior de lo que allí ocurre y dar esta noche el golpe con seguridad.

—¿Cómo van á entrar en el convento para realizar el rapto?

—Eso no lo sé. Me han dicho únicamente que unos robarán á la india y otros nos matarán á los tres. Están muy interesados la viuda del capitán, el corregidor y todos los amigos íntimos de don Juan Ramiro.

—¿Cuántos son?

—Muchos, pero ignoro el número.

—¿Qué hora?

—Después que demos la serenata.

—Ya tengo bastante, Roque; habrá mucha sangre; esto es indudable, pero ahora no me importa; vamos á salvar á la ahijada del duque y eso nos disculpa.

—¡Conque mucha sangre!

—Sí, Roque, mucha.

—Me alegro; anoche no llegaron á salir las tizonas y deseo que se muevan, que brillen, que conozca este

pueblo lo que son y lo que valen los individos de la escolta del duque.

—Hoy consigues todo eso.

—¿Llevareis cota?

—Se entiende.

—¿Y el sombrero con chapa?

—Sí.

—¿Y un par de pistolas con cuatro cañones?

—Esta noche todo lo que quieras. Ya todo podemos hacerlo.

—Qué bien manejais el acero, señor. Sois la primera espada de la escolta. Después de la del señor duque, la vuestra.

Todavía hablaron un cuarto de hora, marchando Roque y quedando solo Zalla.

En el rostro de nuestro joven se notaba una satisfacción grande y una entereza hija de la adopción de una idea salvadora.

Ya no le importaban los tiros, las estocadas, ni el escándalo; se trataba de salvar á la ahijada del duque, que todo lo disculpaba y á la mujer que más quería en el mundo, y esto le daba aliento para atreverse con cuantos se le pusieran delante.

No pensaba imitar á su maestro en eso de combinar planes y calcular profundamente, no; sin plan ni cálculo anterior, improvisando sobre el terreno lo que debía hacer, se proponía salvar á Líbana, matando con las pistolas, con la espada y hasta con la daga, le era igual, y á todo el que osara acercársele.

Sin meditar ya en lo que podía ocurrir por la no-

che, se fué al comedor, en el que entró con buen apetito y no escasa satisfacción.

El príncipe le miraba, sin poder adevinar la causa del cambio sufrido en el joven desde por la mañana que tuvo aquella larga entrevista con él y salió de su alcoba triste y apesadumbrado, y la satisfacción que ahora le notaba.

Comió bien y después se fué de paseo en la carroza sin demostrar sentimiento alguno.

Hubo momentos en que estuvo hasta jovial.

Esperaba dos cosas aquella noche: todo el amor de Líbana y vencer á los enemigos que pretendían robarle su tesoro.

Cuando volvieron del paseo, que ya era de noche, se llevó Urrutia á Zalla á una habitación en que estaban los dos solos, diciéndole:

—He corrido la población, he preguntado y todos creen que en Veracruz no ha ocurrido nada esta noche. El silencio de esos hombres es calculado, y obedece, á mi juicio, á un plan siniestro.

—Creo lo mismo,—le contestó Zalla.

—Estimo conveniente que nos llevemos cuatro ó seis compañeros.

—¿Esta noche?

—Sí.

—No, con los tres ha de bastar.

—No seas temerario, Ricardo. Cuenta que expones tu vida y hasta la de muchas personas. Si llegan á matarte es capaz el duque de mandar acuchillar á una parte de los habitantes de la ciudad.

—Urrutia, el príncipe sabe ya todo lo ocurrido; cuando él nada me ha dicho de llevar compañeros, yo no los llevo, lo cual está de acuerdo con mis propias ideas.

—Si el príncipe lo sabe todo, nada debo añadir. Su autoridad y su sabiduría y talento cierran mis labios. Pero algo te habrá dicho.

—Casi nada; don Julio como don Flaviano hablan poco y hacen mucho.

—Eso es verdad.

—Nos vamos los tres como anoche, y como si nada hubiera ocurrido, y sobre el terreno y con sujeción al carácter de los acontecimientos obraremos sin dudas ni vacilaciones.

—Sea; ¿quieres que vayamos solos? Pues solos iremos; de este modo si hay lucha y vencemos, el triunfo será mayor.

—Así te quiero; puesto que eres valiente, desafía como yo el peligro, y si en una de estas escenas nos sorprende la muerte acabamos de padecer para siempre.

—No tengo miedo, es verdad Ricardo, pero declaro con placer que á tu lado somos cobardes hasta los más atrevidos.

—Si es cierto, consistirá en que aprendí de mí maestro á no tener apego á la vida.

—Ricardo, hasta la noche.

—Sí, hasta la noche.

Ambos se separan tan serenos y fríos como si sólo se tratara de dar una serenata sin consecuencias.

Ricardo no quiso decir nada á Urrutia de lo mucho

más que sabía por Roque, para evitar que aquel le obligase á llevar gente que los defendiera. Todo quería debérselo á sus propios esfuerzos.

Pronto veremos si la seguridad que demuestra es precursora del bien ó la gravedad del peligro y la falta de cálculo lo llevan á una gran desgracia. Sus enemigos son muchos, carecen de conciencia, han meditado detenidamente lo que van á hacer y solo están equivocados en la importancia que conceden al valor y destreza de Zalla, Urrutia y Roque; son mayores de lo que ellos se figuran. También ignoran unos y otros lo que proyectaba el noble príncipe Julio.

CAPITULO XX

La última serenata.—El ataque por un lado, la sorpresa por otro. —Un sí que no es musical y cuesta mucha sangre.

Zalla cenó con el mismo buen apetito y tranquilidad que había comido por la tarde. Continuó de sobremesa hasta las diez, hora en que el duque se retiraba á descansar.

Entró Ricardo en su habitación, sonriendo al ver sobre su cama casi una armería que le dejó preparada Roque. Tenía una espada, una daga, una cota de malla completa, dos pistolas de doble cañón, cuatro cargas y un chambergo del duque, forrado de acero en su parte interior.

—¡Buen aparato! —exclamó mirando todo aquello; —ni que fuéramos á dar la mas sangrienta batalla. Roque ignora que para pelear lo importante es el valor y el arte. Ambas cosas tengo, lo demás estorba. Pero en

fin le he dicho que esta noche lo que él quiera y si viene le dejaré que me vista y arme como le acomode.

Poco despues entró Roque, diciéndole:

—Lo mismo que me había figurado; aquí la cota y todo como lo he dejado. Es mucho capitán éste; lo mismo se bate con armadura completa que en mangas de camisa. Capaz era de pelear con el traje de nuestro padre Adán. Me habeis dado vuestra palabra, con que vamos á poner la cota.

—Haz lo que quieras.

—Gracias que en un momento de buen humor os arranqué la frase.

—No me lastimes, Roque.

—Ayudadme, señor; de lo contrario os lastimaré contra mi voluntad.

—¿Qué más quieres?

—Más estirada aún.

—Va á creer esa canalla que le tenemos miedo.

—Vos, sí; el miedo no existió para vos.

Y le fué vistiendo hasta dejarlo perfectamente armado.

—Ahora ya estais en disposición de batiros.

—Y antes también.

—Mejor ahora. Estoy seguro que el capitán Urrutia tiene hace tiempo puesta su cota y hasta el par de pistolas y el chambergo del duque que le llevé. Aquel es más prevenido.

—Me alegro. A unos les sobra el valor y á otros la prudencia.

—Por eso hay de todo en el mundo. Ahora yo. Pronto vuelvo.

A las once regresó diciendo:

—Cuando gusteis.

—¿Llevas la escala?

—Sí, señor.

—¿Y la lira?

—También.

—Pues vamos.

Y salieron el uno en pos de otro, embozados en sus mantos.

Tres minutos después salió Urrutia.

Y no tardó en abandonar el palacio otro embozado que llevaba el mismo traje que Zalla y Urrutia y hasta una banda que cruzaba su pecho.

Ricardo llegó á la tapia del jardín del convento, pidió la lira, y sin desembarazarse comenzó á templarla.

Roque estaba cerca de él; Urrutia en la acera de enfrente.

Tocó nuestro enamorado doncel un preludio que tenía algo de guerrero, algo que parecía rechazar las dulcísimas melodias de unas notas admirablemente escritas.

Y era que el joven capitán daba á las cuerdas más tono, más fuerza, más expresión de lo que el preludio requería.

Terminó aquél y dió principio á su primera estrofe. Las notas bajas eran esta noche más bajas, más llenas que las noches anteriores, y las agudas cortaban.

Zalla era esta noche más guerrero que cantor, y este cambio no lo motiva la creencia de que se iba á

batir; era la idea de que acaso lo escuchaban los presuntos raptores de su amada.

Desde las primeras notas del canto se hallaba en su ventana mirándolo la hermosa Líbana con el rostro algo más encendido que las noches anteriores.

Cantó Zalla su segunda estrofa con la misma entonación fuerte y robusta que la primera. Y siguió la tercera de idéntica manera. Al concluir ésta, exclamó la joven:

—Ahora dos más.

Zalla sonrió obedeciéndola.

Cuando hubo concluído, dejó la lira apoyada en la pared diciendo á Roque:

—Déjala ahí que podrá estorbarte. Dame la escala.

Líbana al espirar la última nota cerró la ventana y apareció en la de abajo cada vez más escendido su rostro.

Con alma enganchó Ricardo los garfios en el caballete de la tapia, y saltó por ella haciéndola caer al otro lado.

Después bajó, dejando bien asegurada la escala.

Fué á la reja, y en ella le esperaba radicante de vida, de hermosura y de amor la bella Líbana.

El saludo de Ricardo fué el siguiente:

—¿Para qué te habrá hecho Dios tan hermosa, angel mío?

—Para tí,—le contestó la joven teñida de grana la epidermis de su rostro.

—¿Qué has dicho, Líbana?

—Para tí, lo repito.

—¿Es ilusión? ¿Oigo mal?

—No.

—¿Por fin me haces dichoso?

—Como tú á mí.

—Dios, nuestro Señor, te pague con una ventura eterna el bien que acabas de hacerme.

—¿Eres feliz?

—Más que la madre al estrechar el hijo adorado; más que las vírgenes al elevar á su Dios la más tierna plegaria; más que los ángeles al recibir del cielo sus preciados dones; más que el avaro contemplando su tesoro; más que el hambriento al devorar los manjares; más que el hijo cuando venga las ofensas de la madre querida; más que el guerrero cuando coge los laureles de la batalla, y más que el padre cuando derrama la ventura sobre sus inocentes hijos. ¿Y tú?

—Yo no puedo decirlo, me da vergüenza expresarlo. ¿Serás siempre tan feliz con mi amor?

—Solo el necio deja amenguar su felicidad. Te unirás á mí ante Dios.

—Y ante los hombres, y te enseñaré orgullosa á toda nuestra generación porque tiene tu alma tanto valor como nobleza y generosidad.

—¿Juras unirte á mí?

—A tí ó á nadie. Esposa tuya ó de Jesús.

—¡Cuánta dicha me reserva el destino para esta noche!

—¡Cuánta felicidad hallé en el navío San Juan! Porque has de saber, que antes de salir de aquel barco ya te amaba.

—Y yo, Líbana; nuestra unión debe ser providencial.

—¿Me vas á dedicar mucho tiempo esta noche?

—¿Eso preguntas al que desea no separarse de tu lado en toda la vida y en toda una eternidad?

—Entonces seguiremos contemplándonos así toda la noche y hasta que el sol nos lleve, á tí con el duque, mi padre amado, y á mí con el estudio y la lección.

—Estaremos, sí, yo libando amor, henchido de amor, nutriéndome de amor y...

—Yo bendiciendo tu amor y á Dios que me lo ha concedido.

—¿Por qué has tardado tanto en hacerme feliz?

—Porque me daba vergüenza decírtelo, porque aún me da confesarlo. ¿Te has incomodado por eso?

—No, al contrario.

—¿Por qué al contrario?

—Porque tu rubor, tan bello, tan grande como se lo pido al deseo, te idealiza ante mí.

—Háblame del porvenir.

—De lo que tú quieras.

—Empieza.

—Unida siempre á mí ¿me seguirás á Europa por entre rugientes olas y fieros aquilones?

—Sí, te seguiré.

—Cuando corra á caballo por los anchurosos campos, los dilatados montes, los precipicios y las sinuosas pendientes, ¿me seguirás?

—En otro caballo como el tuyo é iré á tu lado sin fijarme en otro peligro que el de una ingratitud tuya.

—En el áspero camino de la vida hallarás toda clase de peligros menos ese, bien mío.

—Continúa.

—Cuando estés en la corte, en los más suntuosos salones, y cien galanes admiren tu belleza, mientras yo exclamo: es solo mía; es toda ella mía. ¿Qué dirás tú?

—Diré, vale él más que todos ellos; no lo tracaría por el cetro de un monarca.

—Y cuando yo les demuestre que eres la mujer más amada de la tierra, ¿que pensarás tú?

—Nada, porque ese día me matará la felicidad. Y cuando se agoste mi juventud y los encantos de ésta, ¿qué harás tú, Ricardo?

—Contemplaré tu alma, que es más bella aún que tu rostro, y las arrugas de tu cara serán los pliegues del manto que formará mi felicidad. Y si ese tu hermosísimo rostro, ese talle esbelto y negligente, se reproduce, entonces se multiplicará mi felicidad tantas veces como números tenga esa felicidad.

—¡Te gozas encendiendo mi rostro, cruel!

—Tú lo has querido, encanto mío.

—¿Yo?

—Sí, ¿no me dijiste que te hablara del porvenir?

—Pero no que fueras tan lejos.

—¡Quién sabe si estará muy cerca!

—Otra vez, tirano.

—¿De qué quieres que te hable, amor mío?

—Del duque. ¿Se opondrá á nuestra unión?

—No lo creo.

—¿Y Flaviano?

—Ese menos.

—¿Y el príncipe?

—De ese respondo.

—¿Por qué respondes?

—Por que ya lo sabe.

—¿Y lo aprueba?

—Lo que es mejor aún, lo protege.

—Entonces nada debemos temer.

—Eso no, ni tú ni yo podemos hacer nada contrario á la voluntad del duque y de Flaviano.

—¿No tiene más poder el príncipe que los otros dos?

—No, hija mía; Julio podrá á lo sumo oponerse á algo de lo que disponga el duque, pero acata y hasta venera lo que hace y dispone Flaviano.

—¡El más joven!

—No, el más sabio, el héroe.

—¿Pero se opondrá alguno de esos dos?

—No lo espero.

—Vamos á hacer un convenio.

—Aceptado. ¿Qué deseas?

—Tú se lo dices á Flaviano y yo al duque.

—Excelente idea, como tuya.

—Es decir, que nuestra felicidad es ya segura.

—Sí, emporio de belleza y de amor. Pronto empezaremos á cruzar juntos el camino de la vida; desde ese día partiremos las desgracias, las dichas, todos los males y todos los bienes.

—Se unirán nuestras almas para no separarse jamás.

En este instante de suprema dicha para los dos, en este momento en que la más pura y casta y deliciosa

ventura, rebasaba los límites de la posibilidad humana, una gota de la inmunda baba que arroja Lucifer entre la virtud y la inocencia, vino á cortar el hermoso diálogo de la casta pareja.

Líbana dió un grito escapado de su corazón. Ricardo se echó el embozo, cogiendo con la mano derecha el acero desnudo y empuñando con la izquierda una pistola.

—Nada temas, ángel mío, que te defiendo yo,—dijo á Líbana.—Retírate á tu dormitorio.

Líbana no se movió; Zalla se separó de la reja.

Para que nuestros lectores puedan comprender bien la escena que sigue, debemos decirle que el jardín del convento formaba un siete, la parte más larga era aquella por donde se subía Zalla, y la más corta correspondía á una callejuela de escasísimo tránsito.

Era un rectángulo, y en la parte estrecha había una puerta pequeña de hierro siempre cerrada con picaporte y llave.

Por aquella parte entraba y salía algunas veces el encargado del cultivo del jardín, el cual tenía su habitación en una huerta próxima.

Pues bien: aquella puerta se había abierto, y por ella entraron, primero ocho embozados, y luego otro más que parecía venir separado de los restantes.

Cuando entró el último cerró la puerta del jardín y se guardó la llave.

Al oir los ocho embozados el grito que dió Líbana, miraron hacia aquel lado, y viendo á Zalla, dijo uno de ellos:

—¡Está ahí el capitán; muera!

Y los ocho tiraron de los aceros, cargando sobre el capitán.

Este nada contestó. Resguardaba su espalda con un árbol, tendiendo de una estocada al primero que se le acercó.

Dos le acometieron á la vez, y sin perder una línea de terreno dió una estocada al uno y tal cuchillada al otro, que cayó mortalmente herido.

De ocho había derribado á tres.

El embozado último que entró, después de haber visto cómo era atacado Zalla y cómo se defendía, se acercó á la reja donde aún permanecía Líbana, se bajó un poco el embozo, y comenzó á hablar con ella tranquilo y como satisfecho, mirando de reojo al capitán.

La joven cuando se le acercó el embozado, estaba pálida, temblorosa, y dos lágrimas corrían por sus mejillas.

No gritaba por que no podía; su lengua estaba trabada, su corazón oprimido, su alma transida.

Del colmo de la dicha había descendido á lo más profundo de la desgracia.

Pero al reconocer al embozado, sufrió una completa metamorfosis.

Una sonrisa dulce apareció en sus labios, volvió el color á su rostro, y pudo expresar la siguiente exclamación:

—¡Dios te envía!

Y los dos continuaron hablando, sin cuidarse al parecer, de los que se batían, hasta que el embozado oyó

un tiro y se volvió airado. Pero vió que había rodado al suelo uno de los que entraron por la puerta delante de él, y tornó á volverles la espalda, diciendo á Líbana:

—No es nada.

Sepamos que le sucedía á Zalla.

Era en aquellos momentos un león; por ojos y rostro despedía fuego, pero no por eso dejaba de estar sereno, impávido y más valiente que nunca.

Eran aquellos hombres los que iban á robar á Líbana, á la mujer que tanto adoraba, juzguen nuestros lectores si estaría valiente, él que tanto lo era, él que tanto la amaba.

Después de haber tendido á tres, vacilaron cuatro de los cinco. Uno de ellos les decía:—«A él, que aun somos cinco contra uno; al que le mate lo...

Zalla le interrumpió.

—Ah, cobarde Ramiro; me los echas y tú te quedas á la espalda; pues por cobarde no te hago el honor de matarte con mi espada. Toma, miserable, por solo haber puesto los ojos en ella.

Y con la pistola que llevaba en la mano izquierda le mandó una bala que deshizo su pecho.

Sin esperar un segundo más cargó sobre los cuatro, fuera ya del árbol, y los acuchilló obligándoles á que se batieran con él, pues al ver muerto á Ramiro los cuatro quisieron huir.

—No,—les decía;—villanos, me íbais á asesinar, y sois ya cuatro los muertos. Toma, esta cuchillada para tí, ¿te vas tú por la espalda, imbécil? Ahí llega también mi espada. Toma.

Y lo mató de una estocada.

Había derribado de una estocada á uno y de una cuchilllada á otro.

Quedaban dos que no se batían mal, y á estos les atacó con todas las reglas del arte.

Cuatro minutos duró la pelea; la cota de malla libró á Zalla de una cuchillada en el brazo izquierdo; pero el que se la tiró murió de una estocada, y el otro de un corte que le segó la garganta.

—¡Ah!—exclamó Ricardo viendo al embozado.—Tú eres el noveno y tampoco te escapas. ¡Pero que veo!—dijo retrocediendo dos pasos.—¡Habla con Líbana! ¡La llama hermosa, ángel! ¡Maldición!

Y fué á acometerle.

Pero en el mismo instante se oyeron dos tiros y la voz de Urrutia que gritaba:

—¡A mí, Ricardo, que son más de veinte!

Al escuchar el primer tiro, dijo el embozado:

—Cierra, Líbana; á tu celda.

Y en tres saltos llegó á la puerta, que abrió, cerrándola instantáneamente.

Zalla quedó aturdido, confuso; fué á la reja y su amada en ciega obediencia á la orden del embozado se había marchado cerrando la ventana.

Otra vez oyó Zalla:

—¡Ricardo, que nos matan!

El joven subió con ligereza por la escala y sin echarla al otro lado ni esperar más, se tiró desde el caballete, cogió la pistola de dos cañones que conservó cargada, derribó á dos de otros tantos tiros y con la

espada desnuda cayó en medio de los enemigos de Urrutia y Roque, que eran más de veinte, y comenzó á batirse con todo el denuedo que al más valiente es posible.

En el jardín dejaba Zalla ocho tendidos y en la calle tenía ya cuatro, cuando aquella se llenó de antorchas, y una robusta voz gritó:

—Alto en nombre del rey.

—¡Viva el duque del Imperio!

—¡Viva!

Contestaron muchas voces.

CAPITULO XXI

Lo que produce la sorpresa.—Como llovido del cielo.—Todos quedan asombrados.—Los presos y sus prisiones.

Zalla cayó á la parte opuesta de la tapia como llovido del cielo.

El desgraciado Urrutia estaba rodeado de doce espadas cuyas puntas se dirigían á su pecho, cuando viendo Ricardo en el apuro que se hallaba su compañero derribó á dos de otros tantos tiros y por el hueco que éstos dejaron entró en el círculo de hierro en que tenían encerrado á Urrutia, tiró dos estocadas y cayeron otros dos.

En aquel momento se oyeron las voces de

—¡Alto en nombre del rey!

—¡Viva el duque del Imperio!

Y como á la vez se alumbró toda la calle y vieron cincuenta soldados, con picas unos y con antorchas

otros, bajaron las espadas y quedaron asombrados al verse cogidos en medio por las tropas de su majestad, toda vez que unos soldados se presentaron por un lado y otros por otro.

No pudo escapar ninguno.

—Presos todos en nombre del rey.

Dijo la misma voz, y á todos los fueron desarmando.

—De dos en dos,—añadió, y así lo hicieron, yendo delante Zalla y Urrutia, detrás Roque y en pos los res tantes.

Iban entre dos filas de soldados.

De los cincuenta quedaron veinte examinando y recogiendo muertos y heridos.

Entre los que partieron iban presos dos capitanes; el corregidor, un alcalde y varios alguaciles vestidos de paisano.

Entre los que quedaron tendidos en tierra hallaron ocho en el jardín y diez en la calle; nueve de ellos heridos y otros tantos muertos. De los primeros seis eran muy graves las heridas que recibieron, y de pronóstico reservado las otras.

Los presos fueron conducidos al palacio del gobernador y encerrados en prisiones.

A Zalla y á Urrutia les dieron una alcoba para los dos y un saloncito en el piso bajo, en el cual nada les faltaba.

Los dos amigos y compañeros se dejaron caer sobre dos sillones de paja americana.

Urrutia preguntó á Zalla:

—Pero ¿qué ha ocurrido, Ricardo?

—Que maté á un rival y me ha salido otro.

—Eso no puede ser, hombre. Líbana es incapaz de esa acción.

—Eso creía yo, pero al ver lo contrario...

—No puedes haber visto ese disparate. Cuéntame cómo fué.

—En el jardín entraron nueve: ocho tomaron parte en la contienda; mejor dicho, entre ocho me quisieron matar, y á los ocho derribé.

—Ocho nada menos, y luego has tirado cuatro, sin lo cual me matan! ¡Como que eran doce!

—Despaché, como digo, á los ocho; me iba en tu busca, cuando veo al noveno, que no ha tomado parte, hablando tranquilamente con Líbana.

—¿Con Líbana?

—Yo, al ser sorprendido por los ocho, la mandé subir; pero ella esperaba al número tres, ó Dios sabe cuántos; llegó éste con sus amigos y se estuvieron hablando todo el tiempo que los nueve nos estuvimos batiendo.

—¿Se hallaba cerca de vosotros?

—A tres ó cuatro varas.

—Contaba por lo menos con mucha sangre fría.

—Valiente y sereno parecía; pero no llegó á tirar de la espada.

—Pero le atacarías.

—Si no pude.

—¿Cómo fué?

Al dar fin la pelea fué cuando lo vi, y en el mismo

instante sonaron dos tiros y se oyó tu voz llamándome. Bien fuese por causa de los tiros, por tus voces, ó porque yo me dirigía á matarlo, lo cierto es que en tres saltos desapareció.

—¿Por dónde?

—Por la misma puerta que entraron los otros.

—¿Y no le perseguiste?

—Cerró aquella al salir y no pude.

—¿Qué hiciste entonces?

—Tirarme de la tapia sin escala y correr en tu auxilio.

—¿Y luego?

—Pardiez, luego matar á tu lado, y dejarme prender por los soldados del rey.

—¿No lo has vuelto á ver?

—No.

—¿Y á Líbana?

—Tampoco.

—Eso es.

—En cuanto el embozado le mandó cerrar y retirarse, le obedeció ciegamente. ¡Qué alhaja sale la india! ¡Qué lástima de hombres que hemos muerto por esa arpía!

—Ricardo, hay en todo eso un misterio que no podemos penetrar. ¿Tienes tú noticia de algún hombre que por desalmado que fuese haya esperado á que matasen á ocho amigos para aprovechar esos momentos y hablar con la novia?

—Es inverosímil, pero á lo que yo he visto...

—¿Sabes tú quién es ese hombre?

—No.

—¿Quién te ha dicho que entró con tus enemigos?

—Pudo entrar algo después.

—Es verdad, yo en esa circunstancia no pude reparar.

—Ricardo, no formes juicios temerarios respecto de una joven que se halla protegida por el príncipe y por el duque. Dos hombres que no les cabe el talento en la cabeza.

—Me vas convenciendo, Urrutia. ¿Pero quien será ese hombre?

—Ya lo sabremos.

—Tan tierna, tan amorosa conmigo...

—Razón más para no creer que haya sido capaz de engañarte· ¡Cómo se había de atrever delante de tí!...

—Cuando acababa de jurarme amor.

—Ni una pantera, porque ha sido un milagro el que tú no matases á ese embozado.

—Tan milagro; los dos tiros de Roque y tu voz lo evitaron.

—No la ofendamos, Ricardo, que Líbana es muy inteligente, y una acción como la que tú supones sólo es propia de la mujer más perdida.

—Te repito que me has convencido. ¡La amo tanto, que me ofusqué! ¿Pero quien será el embozado?

—Ya lo sabremos. Ocupémonos de otra cosa que alguna relación guarda con eso. Díme, ¿quién llevó los soldados del rey con tanta oportunidad esta noche?

—No lo sé.

—Otro misterio.

—Sí, otro.

—¿Quién dispuso estas habitaciones y todo lo necesario para tanto preso?

—Tampoco lo sé.

—Otro misterio.

—Sí, pero es lo cierto que nos cogieron *in fraganti* y no sé cómo libraremos.

—Tan *in fraganti.*

—Opino por que durmamos, que ya es tarde y mañana hablaremos sobre tanto misterio

—Me parece lo mejor.

—Tenemos una sola alcoba, pero dos diferentes camas.

—Y parecen buenas.

—Chico, iguales á las que teníamos arriba.

—Pues á acostarnos y á dormir.

Así lo hicieron, quedando profundamente dormidos los dos.

A las siete de la mañana abrieron los ojos. El mismo movimiento, el mismo ruido se sentía que los días anteriores. Hasta el presente no podían notar otra variación que la del cambio de habitaciones.

A las siete y media se levantaron y á las ocho les entró un soldado el desayuno igual al que les servían arriba; pero seguían presos é incomunicados.

No tardaron, sin embargo, en oir una voz amiga que les preguntó:

—¿Se puede pasar?

Era Roque, al cual contestó Zalla:

—Entra y no pidas permiso.

—Dios guarde á los capitanes.

—¿Tú en libertad?

—Ya lo veis.

—¿Cómo ha sido eso?

—Yo no lo sé, mi capitán. Si viérais cuanto misterio hay en esta causa.

—¿Qué causa?

—La que nos están formando.

—¿Pero cómo se explica el que tú te halles en libertad?

—No sé más sino que uno de los dos capitanes que nos conducían anoche me dijo al entrar en el palacio:

—¿Tu eres criado del señor duque?

—Sí, señor, le contesté.

—Pues anda á servir á tu amo; el virrey no debe estar mal servido.

—Yo, al oir aquello, le rogué me diera lo del señor duque, y en el acto me entregó los tres pares de pistolas que en el mismo instante coloqué en su sitio.

—¿Y cómo has podido entrar aquí?

—Sigue el mismo capitán hecho cargo de todos los presos y le he vuelto á rogar me permitiese entrar por los dos chambergos del señor duque. Ahí os he dejado los vuestros y luego me llevaré los de mi señor. ¿Sabeis cómo me dió el permiso? Pues me dijo: Tú eres el criado del señor virrey y puedes ver á esos dos presos cuando quieras. En consecuencia, pedidme todo lo que os haga falta.

—Vamos por parte, Roque; ¿que hacen el duque y don Julio?

—No lo sé, salieron temprano y no han vuelto.

—¿Y los restantes presos?

—Encerrados en los calabozos é incomunicados.

—Dí, ¿cómo es que tú y Urrutia, llevando ocho tiros entre los dos, disparásteis los dos de una sola pistola?

—Por que nos sorprendieron, y únicamente pudimos defendernos con las espadas que teníamos desnudas y con una pistola que llevaba yo en la mano izquierda preparada.

—Es verdad,—añadió Urrutia.

—¿Qué sabes de Líbana?

—Nada.

—¿Y nuestros compañeros qué dicen?

—Todos desean veros, pero como estais incomunicados...

—Ya lo veo.

—Yo, como criado del señor virrey, puedo ver á todo el mundo.

—Y como anoche no te metiste en nada.

—Eso no, que maté tres y saqué cinco contusiones, gracias á la cota, de lo contrario, me mandan al otro mundo.

—¿Con cuántos te batías á la vez?

—Me acometieron ocho, con la pistola maté dos y luego me estuve defendiendo, primero de seis, herí uno y me quedé con cinco. Fué corta la pelea; pronto llegásteis vos, don Ricardo, y en seguida los soldados del rey.

—¿Nada te han preguntado tu señor ni don Julio?

—Nada.

—¿Ni te han hablado de nosotros?

—Tampoco. Sólo los ví de lejos. Me voy á marchar, no venga el duque; ¿quereis algo?

—No, Roque, muchas gracias.

—Cuando pueda volveré por aquí por si algo necesitais.

—Nos alegraremos.

Los dos presos comieron solos y cenaron lo mismo. Unicamente Roque estuvo á verlos otra vez.

A la mañana siguiente, antes de entrarles el desayuno, se presentó nuevamente Roque, diciendo á Zalla:

—Mi capitán, bien temprano ha estado aquí el demandadero de un convento y me ha dado esta carta para vos.

—¿Para mí?

—Vedlo.

—Sí, el sobre dice: Al señor capitán don Ricardo Zalla.

—¿Qué te ha dicho de palabra?

—Que como estais incomunicado, no puede él entrar á veros y por eso me da á mí esa carta para que haga el favor de entregárosla.

—¿No expresó de parte de quien venía?

—No, señor.

—¿Ni de qué convento?

—Tampoco.

—Entérate de su contenido y lo sabrás todo,—dijo Urrutia.

—Es lo mejor y me marcho; después volveré.

—Adiós, Roque.

Zalla abrió la carta, la leyó dos veces, y quedó pensativo.

—¿Qué te pasa, hombre?—le preguntó Urrutia.

—No sé qué pensar ni qué hacer.

—Si no es un secreto léeme ese escrito y te aconsejaré.

—Oyele, amigo mío, y dame tu opinión con imparcialidad. Dice así:

«Mi adorado Ricardo: ¡qué feliz me hiciste anteanoche, qué valiente y qué invencible después! Te amo, te amo, sí, con toda mi alma, y sólo deseo el momento en que acabe mi educación para unirme á tí.

»Nada temas por lo ocurrido anteanoche; vela por tí tu adorada.

»LÍBANA».

—No dudes de esa mujer, Ricardo.

—¿Qué opinas?

—Que no puede mentir quien se expresa de ese modo. Líbana es un ángel.

—¡Aquel embozado!

—No seas terco.

—Quisiera verlo como tú.

—Estás ofuscado.

—No digo que no. Aconséjame.

—Espera.

—¿Nada más?

—Presos é incomunicados no podemos ni hacer ni aun escribir á nadie.

—Es cierto.

—Puede que el día que sepas quién es el embozado te avergüences de haber dudado de él.

—¿Quién supones, el príncipe?

—No supongo á nadie, pero como estoy seguro de que Líbana es incapaz de cometer una villanía doy por hecho que al obedecerle ella, debes tú inclinarte ante él, sea quien fuere.

—Pobre género humano, cuanto más fuerte es el hombre, más débil se presenta á los ojos de aquellos mismos que tanto le admiraban.

—Acabas de hacer tu retrato.

—No lo dudo. Perdóname y también ese ángel si una vez en mi vida fuí débil y torpe. ¿Qué haré para enmendar mi falta?

—Nada, callar y que nadie lo sepa. ¡Quién no ha tenido celos? ¿Quién no ha sido débil una vez?

Y continuaron hablando sin que nadie los molestase ni les preguntara nada, jueces ni superiores.

CAPITULO XXII

El tribunal.—Los reos.—El juicio.—Continúa el secreto.

A la cuarta noche de hallarse presos Zalla y Urrutia se presentó á ellos el oficial que los había detenido en la calle, diciéndoles:

—De orden del gobernador, seguidme.

Ninguna otra frase expresó ni ellos le preguntaron nada.

Pero obedecieron, siguiendo al oficial que los condujo, después de subir la escalera, á la puerta del salón, les hizo entrar y se retiró, dejándolos frente á un tribunal compuesto de tres capitanes, presididos por el gobernador de Veracruz.

Hicieron los dos amigos una reverencia y quedaron parados.

El gobernador exclamó:

—Avance el señor Zalla.

Cuando estuvo junto á la mesa que rodeaba el tribunal, de pié y con el chambergo en la mano, le dijo el presidente:

—Capitán Zalla, os hallais delante del tribunal que entiende en la causa formada con motivo de los acontecimientos que tuvieron lugar hace cuatro noches, y en los cuales tomásteis una parte principal. En nombre del rey os mando contestar con entera exactitud á cuanto se os pregunte.

—Lo haré,—replicó Zalla.

Un capitán que hacía de fiscal le preguntó:

—¿Fuísteis hace cuatro noches al convento donde se educa la hija adoptiva del Excmo. señor virrey de Nueva España, duque del Imperio?

—Sí, señor.

—¿Entrásteis dentro del edificio?

—No, señor.

—¿Saltásteis la tapia del jardín?

—Sí, señor.

—¿Escalando el muro?

—Sí, señor.

—Antes de eso, ¿qué hicísteis?

—Cantar varias trovas como en las noches anteriores.

—¿Y luego?

—Hablar con una de las educandas de ese convento.

—¿De qué hablásteis?

—De amores.

—¿De amores?

—Yo la amaba.

—¿Y ya no?

—No puedo contestar á esa pregunta.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

—¿Quién os lo impide?

—La incertidumbre.

—¿Salió ella del convento para hablaros?

—No, señor; entre ambos había una reja de hierro.

—¿No pensábais entrar?

—No, señor.

—¿Y ella quiso salir ó que vos entráseis?

—Ni ella me lo dijo, ni yo lo hubiera consentido.

—¿Por qué?

—Porque la juzgué una virgen y solo anhelaba hacerla mi esposa.

—¿Ya no la juzgais lo mismo?

—Sí, pero dudo.

—¿Qué motiva vuestra duda?

—No puedo decirlo.

—Pero es lo cierto que dudais de su virtud. ¿Es cierto?

Nada contestó Zalla.

El fiscal continuó:

—Decid con entera franqueza todo lo que hicísteis esa noche, todo lo que os aconteció, todo lo que vísteis sin omitir frase ni hecho.

Zalla contó lo que ya sabemos sin ocultar otra cosa que las frases amorosas cruzadas entre él y Líbana; en lo relativo á este particular sólo dijo que habló de amores con una educanda, pero sin dar su nombre ni explicación alguna.

—Habeis dicho que os proponíais principalmente evitar un rapto que debía cometerse con la educanda, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿No tenía esa joven otro defensor más caracterizado que vos?

—Sí, señor, y más valiente, y más entendido, y más elevado y más digno.

—¿Por qué no encargásteis á él la defensa de la dama que querían robar?

—Lo que yo puedo hacer, jamás se lo encargo á otro, señor fiscal.

—¿No tenía ese otro más derecho que vos á la defensa de la dama?

—No se me ocurrió pensar en eso. Había un peligro, una defensa y un caso de honor, y me contraje á exclamar: Para todo eso hay aquí un caballero.

—¿Cómo se explica que dudando de la virtud de esa joven que iban á robar le hiciéseis una defensa tan heróica.

—No hubo heroismo en mí, y entiendo que para defender á una dama basta su sexo.

—Tiene noticia el tribunal de que durante la pelea que hubo dentro del jardín un embozado se concretó á hablar con la educanda sin tomar parte alguna en la lucha; ¿es cierto eso?

—Sí, señor.

—¿Quién era ese embozado?

—Lo ignoro.

—¿Motivan su presencia allí las dudas que teneis sobre la virtud de la educanda?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo esa joven ínterin vos peleábais?

—Debió estar hablando tranquilamente con el embozado.

—Poco le importaba entonces vuestra vida.

—No lo sé.

—¿Pero no parece eso?

—No lo sé.

—Meditad y contestadme.

—No puedo.

—¿Habéis pensado bien en lo justificado de vuestra duda?

—Si, señor.

—¿Y merece esa dama que dudeis de su virtud?

—La escena con el embozado os contesta por mí.

—¿Qué edad tiene esa joven?

—Quince años.

—Pronto descorrió el velo de su maldad.

—Yo no sé si es ó no maldad, dudo y eso es todo.

—¿Se halla protegida y amparada por algún cumplido caballero?

—Sí, señor.

—¿Y ese hecho no constituye por sí solo suficiente garantía para ahuyentar toda duda?

—Sin la escena del embozado, sí, señor.

—¿No podría ser ese embozado su mismo protector?

—No lo creo.

—Pero es posible y hasta puede ser el autor de su falta de virtud.

—Imposible.

—¿En qué fundais esa absoluta?

—En mil razones, siendo una de ellas mi propia vida.

—Explicaos mejor.

—¿Veis que vivo? ¿Veis que mi daga no atravesó mi corazón? Pues consiste en que no era el embozado el protector de la dama.

—¿Pero si no le conoceis, sino sabeis quién es, cómo podéis decir eso?

—Con la misma seguridad que llamo caballero al que lo es.

—Convengamos si os place, en que no ha sido ese.

—No ha sido, no.

—En cuyo caso os pregunto: ¿No sospechais que haya podido ser ese embozado algún amigo ó conocido vuestro?

—No, señor.

—El tribunal sabe y le consta que lo conoceis.

—¿Pudiera decirme?...

—No podeis preguntar nada al tribunal. Solo él interroga. Vuestros jueces necesitan saber, ya que se trata de un conocido vuestro quién sospechais que pudiera ser ese embozado.

—No sospecho de nadie.

—Es decir, que solo la virtud de la educanda os ofrece dudas.

—Sí, señor.

—Nada más tengo que preguntaros.

—Zalla—dijo el gobernador,—sentaos en uno de aquellos sillones de mi derecha. No pronunciareis frase alguna hasta que yo os dé permiso.

—Está bien, señor presidente.

Y le obedeció.

—Avanzad, capitán Urrutia,—añadió el gobernador;—pregúntele el señor fiscal.

—¿Qué parte habéis tomado en los acontecimientos de hace cuatro noches?

—Maté y herí á varios en propia defensa. Fuí acometido por doce hombres.

—¿Qué hacíais allí?

—Primero oir cantar: luego esperar al cantor.

—¿Quién os llevó á aquel sitio?

—Nadie, fuí por mi propia voluntad.

—¿Qué os propusisteis?

—Defender la vida de un compañero, en el caso de que le amenazase algún peligro.

—¿Sospechábais?

—Sí, señor.

—¿Algo os dijo vuestro compañero?

—Sí, señor.

—¿Por qué os atacaron á vos?

—Debieron equivocarme con el cantor.

—¿Cómo se explica que vos y vuestro compañero matáseis tantos y saliérais ilesos?

—Fácilmente, señor fiscal; nosotros somos militares, somos españoles, íbamos preparados y ellos... ellos eran unos desgraciados que solo entendían de traiciones.

—¿Qué opinais del embozado á que se ha referido vuestro compañero?

—Opino que supo inspirar celos á mi camarada, y

nada tan fácil y lógico como eso cuando se trata de un enamorado.

—Pero no os parece extraño que un hombre tan valiente haya dudado de la pureza de una casta virgen sin causa verdaderamente justificada.

—Nada á mi juicio más natural.

—¿En qué os fundais?

—En que los enamorados dudan hasta de su propia sombra. Es ley de naturaleza, señor fiscal.

—Ley de la cual se han librado siempre el recto juicio, la clara inteligéncia y la firmeza de carácter. No tengo más que preguntaros.

—Sentaos,—le dijo el gobernador,—al lado de vuestro compañero.

Al sentarse Urrutia le preguntó Zalla:

—¿Qué opinas de este juicio?

—Mal.

—¿Por qué?

—Te has comprometido.

—¿De qué modo?

—Demostrando unas dudas criminales.

—¡Criminales!

—Sí, lo son tratándose de un ángel que sólo cuenta quince años de edad, y es además protegida del duque del Imperio. ¿Olvidas que le llama padre?

—No.

—Te tendió una red el fiscal y has entrado en ella como un niño; porque los enamorados os volveis chiquillos.

—Después he reflexionado que todas sus preguntas importantes fueron dirigidas á mis dudas.

—Y es lo peor que á ninguna has contestado bien.

—Urrutia, yo no sé mentir; dije la verdad, lo que sentía, lo que pensaba.

—Ya verás qué consecuencias te tiene.

—¿Pero qué se proponen? ¿qué les importa á ellos que yo dude ó no?

—Te lo voy á decir y estoy seguro de no equivocarme.

—Habla.

—Líbana es muy poderosa, muy inteligente, muy bella, y su padre adoptivo quiere unirla á un hombre digno de ella.

—¿Y una duda...?

—Ofende su honor y la sabia tutela del duque...

—Pues tendré paciencia; ya no puede ser otra cosa.

—Sí, ya es tarde.

—Y lo sería siempre, porque la verdad es que á pesar de tus reflexiones aun sigo dudando.

—¡Ay de tí el día que salgas de dudas!

—¿Por qué?

—Porque entonces comprenderás lo injusto y torpe que has estado en esta ocasión.

—Lo deseo, aun cuando la pierda.

—Ahora te admiro, esa idea es digna de tí.

También habían hablado los del tribunal, pero tan bajo que no se pudo oir nada. En este momento acababan, tocó un timbre el presidente y en el acto se abrió la puerta principal del salón.

Poco después aparecieron cuatro pajes y en pos el maestre de campo Ontoria dando la mano á Líbana

De este modo la acompañó á la mesa, hizo una reverencia al tribunal y fué á sentarse junto á Zalla y Urrutia.

Líbana saludó á los jueces, éstos se pusieron en pie para contestarla, y luego se fueron sentando hasta quedar la india á la derecha del presidente sentada también.

La bellísima joven sólo se había fijado al entrar en los jueces; no vió á Urrutia y Zalla ni podía ahora distinguirlos por tenerlos detrás y cubrirlos los cuatro pajes que se colocaron delante de ellos.

Líbana vestía un traje de terciopelo negro; llevaba el pelo cogido con hilos de perlas y un manto propio de la época echado atrás, completaba su traje.

No era posible más belleza ni sencillez.

Hubo un momento de profundo silencio; parecía presagiar una escena tan grave como importante.

Por fin el presidente dijo:

—Líbana, no venís ante este tribunal como reo, os ha permitido llegar hasta nosotros el señor virrey para que nos ilustreis. Esta era la idea, después os han acusado de un modo indirecto y aun cuando la falta que os suponen ni está justificada ni aun es verosímil, sin aceptar nosotros la acusación ni darla crédito alguno, empezaremos por hablaros de ella para que podais patentizar la verdad, si á bien lo teneis y confudir, si os place, al atrevido que lo llevó á su mente.

—Preguntad, señor; sólo la verdad saldrá de mis labios.

—Hay quien duda de vuestra virtud, fundado en que hace cuatro noches, mientras que unos cuantos hom-

bres se mataban en el jardín del convento en que habitais, vos tranquilamente departíais con un embozado. ¿Quereis decirme si el hecho es cierto?

—Con mucho gusto. No es cierto que matasen hombres, era uno solo que, más valiente y más hábil que los restantes, daba fin de todos. Es exacto que mientras eso ocurria yo hablaba con un embozado

—¿Podeis decirnos quién era ese embozado?

—¿Pero qué se ha supuesto de ese embozado para creer que yo he cometido una falta? Mucho respeto me merece el tribunal, pero sin conocer mi falta no puedo dar el nombre del que me ayudó á cometerla.

—Se os acusa de infidelidad.

—¿A quién soy yo infiel?

—A un hombre que dice os ama y creía que vos le correspondíais.

—¿Y ese supone que el embozado era un novio ó amante mío?

—Exactamente.

—¿Y ha dudado de mi virtud?

—Claro es.

Los negros y rasgados ojos de la india dejaron brotar dos lágrimas que la joven enjugó con su diminuto pañuelo blanco. Después añadió:

—Mi padre adoptivo, el incomparable duque del Imperio, que supo arrancarme del infierno en que nací y trasladarme al paraíso en que me hallo, me dijo estas frases: Prefiero la muerte á la más leve mengua de tu virtud. Si lo haces, condena al desprecio á todo el que dude de tu honor. No he faltado ni faltaré jamás

á nada de lo que mi padre me ordena. Esa es mi única contestación, mi única defensa.

—Nadie puede dudar de vuestras frases, Líbana; pero yo os ruego me digais algo de ese misterioso embozado.

—Todo lo que pueda: es muy noble, muy caballero, no tiene mancha alguna en su honor, y tanto vale que puede honrar á los más honrados.

—No lo dudo; cuando se acercó á vos, y fué tan bien recibido por la casta joven; pero ¿podíais añadir algo sobre la causa que lo llevó al jardín aquella noche confundido entre los raptores?

—Fué á evitar el rapto, ordenar la prisión de los que murieron y de los que han sobrevivido.

—¿El solo?

—Tenía cerca gente que le obedecía.

—¿Por qué no entró acompañado?

—¿Para qué? Su solo nombre representa un ejército.

—¿Por qué lo ocultaba?

—Porque no halló motivo para descubrirlo.

—¿No se batía uno contra ocho cuando él llegó?

—Verdad es.

—Pudieron matarlo.

—Me dijo que bastaba el uno contra todos los otros, y ya sabeis que no se equivocó.

—Pudo equivocarse.

—No, le bastó una sola mirada para comprender que era exacto lo que él suponía.

—¿Tanto vale?

—Más que todos vosotros juntos.

—¿Más también que el valiente joven que derribó á los ocho?

—Sí.

—Ese embozado, ¿es amigo vuestro?

—Sí, señor.

—¿Sólo amigo?

—Más que amigo.

—¿Podeis decir lo que es?

—Puedo, pero no lo creo conveniente.

—¿Os requería de amores en la noche que nos ocupa?

—Por lo menos me galanteaba.

—¿Mientras los otros se batían?

—Sí.

—¿Sosteneis relaciones con él?

—Eso no es incumbencia del tribunal.

—Deseamos que no parezca la más leve sombra en vuestra virtud.

—No puede aparecer lo que no existe.

—Contad todo lo que vísteis esa noche.

La joven obedeció, y como nosotros lo presenciamos, sería ocioso repetirlo.

—Falta en vuestro relato,—añadió el presidente,—el nombre del embozado.

—Faltan todos los nombres, porque yo no he dado ninguno.

—Sólo desea conocer el tribunal el del embozado.

—¿Por qué?

—Porque es el único que desconoce.

—Preguntádselo á él.

—¿De qué modo?

—Averiguando quién es.

—Lo hemos intentado inútilmente.

—Lo siento, y no molestaos en preguntármelo, porque yo no os lo digo.

—¿Quién podría decirlo?

—El señor duque del Imperio.

—¡Lo sabe él!

—Como yo.

—Si el señor duque lo sabe, siento haberos interrogado tanto, y sólo resta al tribunal rogaros le perdoneis las molestias que haya podido causaros. Podeis partir cuando lo tengais á bien.

—Ahora mismo

Los pajes delante y apoyada ella en Ontoria, dejó el salón sin haber visto á Zalla. Este quedaba más enamorado que lo había estado jamás. Dudaba aún, tenía celos; pero su alma apasionada lo enloquecía y perturbaba, entregándose por completo á una pasión tan ardiente como atormentadora.

Cuando el gobernador creyó que Líbana había salido del palacio dijo, á Zalla y á Urrutia:

—Ha terminado el juicio y el tribunal sentenciará esta noche. Esperad en vuestra prisión el resultado.

Ambos se retiaaron sin que nadie les acompañase, y ya en su encierro, dijo Urrutia:

—Creo, amigo mío, que has hecho un solemne disparate.

—Los celos, Urrutia.

—Funesta pasión.

—¿Crees tú que Líbana es inocente?

—Creo más: entiendo, Zalla, que esa mujer es un ángel, y que has hecho lo posible porque te olvide.

—¡Pero ese embozado!

—¡Qué loco eres! Ese embozado no puede ser otro que el duque del Imperio ó el príncipe Julio.

—¿Supones?

—No supongo, lo doy por hecho.

—Si fuese alguno de los dos...

—Entonces es lo probable que te quedases sin ella, y yo aseguro que es uno de los dos.

—¿Por qué me he de quedar sin ella?

—Porque son los dos hombres más caballeros que existen.

—Yo no sabía que eran ellos.

—Te lo estoy indicando hace días.

—Es que estoy loco, Urrutia.

—Recuerda que á Líbana le ha enseñado su padrino á defender su virtud y á despreciar á los que dudan de ella.

—Así lo ha dicho.

—Pues si hace lo último, te has lucido.

—Cómo ha de ser; con dejarme matar en la primera ocasión que halle, todo ha concluído.

—¡Qué lástima de mujer, es un ángel, es inmensamente rica, te amaba, y por una sospecha ridícula la pierdes! ¡Qué loco has sido, Ricardo!

—¿Quiéres que hablemos de otra cosa?

—De nada, porque nos entran la cena y este acto ha de ser más sabroso que nuestra conversación.

—Yo no tengo gana; cena tú.

—Come, hombre.

—No puedo.

Y mientras el uno cenaba, el otro se entretenía en discurrir disparates, como suelen hacer casi todos los enamorados.

El embozado era todavía para él un misterio que perturbaba su cerebro.

Mucho ha de tardar en descubrirlo y al reconocerlo le ha de costar el mayor disgusto de cuantos tuvo en su vida. Pero esta terrible escena no podemos presenciarla en esta obra, está en la que sigue á la presente.

CAPITULO XXIII

La sentencia.—Continúa el diálogo.—Preparativos.—La partida.

A las diez de la noche se presentó en la prisión de Urrutia y Zalla un individuo del tribunal y leyó á éstos la sentencia dictada por aquél.

El corregidor de Veracruz era sentenciado á destierro perpétuo de España y sus estados, y los restantes que le acompañaron, incluso el alcalde, á galeras por un determinado número de años.

A Zalla lo desterraban de Veracruz por un año, y á Urrutia por noventa días.

Nada se decía en la sentencia del criado Roque.

El individuo del tribunal les dejó copiar la sentencia, y salió de allí haciéndoles una cortés reverencia.

Los dos amigos quedaron mirándose sin expresar frase alguna.

Por fin exclamó Zalla:

—Dice la sentencia que saldremos mañana de Veracruz.

—Sí, eso dice.

—¿Dónde nos vamos, Urrutia?

—¿Quieres que te sea franco?

—Sí.

—Entonces te diré, que si el duque prescinde de mí por tres meses, me vuelvo á España en el primer barcon que salga.

—¿Dejas al duque?

—Pardiez, no soy yo, es él el que me deja á mí.

—Entiendo, Urrutia, que tu destierro es una consecuencia del mío; quieren alejarme del lado de Líbana, y tú que me acompañaste á verla, que te hiciste solidario de mis amores, tienes que seguir mi suerte.

—Discurres bien en esta ocasión: eso es; pero yo no estoy aquí por mi voluntad, sino por complacer al duque, y claro es que si éste me deja, me vuelvo á mi país, lo cual deseo vivamente.

—¿Te ha causado mal efecto el destierro, no es eso?

—¿Qué me importa á mí Veracruz? Nada; lo que me interesaba era estar junto al duque; no pudiendo, me vuelvo á mi casa.

—¿Y yo qué hago?

—Venirte conmigo. Sin Líbana te has quedado.

—No; yo me voy mañana con mi general Flaviano; allí hay guerra y anhelo tomar parte en ella.

—Pues yo á España; allí hay paz y se vive más tranquilo.

En este instante se presentó á ellos el capitán

San Martín de la escolta del duque, diciéndoles:

—Amigos míos, mucho hemos sentido todos vuestro arresto, y me encargan nuestros compañeros que os lo haga presente.

—Al grano, San Martín,—le dijo Urrutia:—¿qué misión nos traes?

—La de participaros que mañana salimos todos de Veracruz.

—¿Para dónde?

—Tú, Urrutia, con el duque, para la capital, y tú, Zalla, con el príncipe, para Tabasco.

—Es que yo pertenezco á la escolta del general en jefe,—dijo el último.

—No te vale, Ricardo; la escolta de don Flaviano es la misma de don Julio; van á juntarse los dos hermanos para no volverse á separar.

—¿Y nosotros vamos á la capital?—preguntó Urrutía.

—Al amanecer salimos.

—¿No va el duque con su hijo?

—No.

—No lo entiendo.

—Este doble viaje obedece á una comunicación recibida ayer del general en jefe.

—¡Y yo que pensaba regresar á Madrid!

—Que lo oiga el duque y vas á parar á Filipinas. Tu destierro de aquí se dictó después de estar acordada nuestra salida para la capital; luego semejante destierro no existe ni ha existido.

—Siendo así, nada tengo que decir, y saldré maña-

na para la capital con mucho gusto. Este pueblo me aburre y allí dejé pendientes unos amoríos improvisados y podré darles carácter.

—¡Buenos estarán tus amoríos improvisados!

—Chico, una india deliciosa.

—¿Soltera?

—Claro es.

—¿Hermosa?

—Como un sol.

—¿Amable?

—¡Ya lo creo!

—¿Dulce?

—Ni la jalea.

—¿Qué te parece Zalla, lo que dice nuestro compañero?

—Este fué siempre positivista.

—Pero hombre, ¿cómo te compones para encontrar gangas en menos tiempo que ningún otro?

—Sabiendo buscar.

—¿Quieres enseñarme?

—No tengo inconveniente. Te presentaré en cuanto lleguemos á una prima de mi india.

—¿Soltera?

—Si andas con escrúpulos no aprovecharás mis lecciones.

—¿Pero es joven?

—De diez y ocho á veinte años.

—¿Bella?

—No has tenido tú nada que se le parezca.

—Venga un abrazo y cuenta con mi gratitud. ¿Dejas algo en este pueblo?

—Si; una criolla...

—La conozco.

—¿Tú?

—Sí; es hija de un sargento español y se llama Rosalía.

—Oye: ¿quién te ha contado?...

—Ella.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Ella te dijo?

—A mí no, fué al duque; pero yo estaba delante y lo oí.

—¿Fué á quejarse?

—Claro está.

—¿Qué decía?

—Que no le habias dado palabra de casamiento, pero sí su equivalente.

—¿Y qué es su equivalente?

—Tu lo sabrás.

—Yo no le dí nada.

—Pues ella lo dijo.

—¿Y el duque qué le contestó?

—Le hizo formular su pretensión.

—¿Y pedía?

—Nada menos que tu blanca mano.

—¡Qué disparate!

—Nuestro general le encargó que te contara á tí sus cuitas, que él no era sacerdote ni casamentero, pero que haría lo posible porque no volvieras á incomodarla.

—Hé ahí la causa de mi destierro.

—Puede.

—Ricardo, estamos iguales; á tí te destierrán porque quieres casarte, y á mí por lo contrario, porque todo es cuestión de amores.

—No me hables de amores, hazme el favor.

—¡Pobre muchacho, tan joven, tan valiente, tan hidalgo y tan amelonado!

—¡Urrutia!

—¡Ricardo! Sí, el que se enamora como tú se amelona, y luego se perturba y no hace nada que tenga sentido común.

—Es verdad, soy muy desgraciado.

—Y dicen que siendo discípulo de don Flaviano, te pareces al duque. Calumnia. El duque en sus buenos tiempos era todo un caballero.

—¿Un caballero?

—Claro es; no lo hubo más espléndido con las mujeres. Hasta se batió en muchas ocasiones con los padres y hermanos porque pretendían esclavizar á esos ángeles del amor.

—Hablemos con formalidad. San Martín, ¿á qué hora parto yo?

—Cuando nosotros, al amanecer.

—¿Con el príncipe?

—Sí.

—¿Quiénes más van con nosotros?

—Dos criados.

—¿Los cuatro solos?

—Si, pero nada os faltará; delante y detrás irán cuadrilleros.

—¿Ha pedido él eso?

—No; él era capaz de irse con un criado y recorrer Méjico de ese modo. Lo ha mandado el duque sin que él lo sepa.

—¿Puedo pasar á mi alcoba de arriba?

—No, era fácil que te equivocaras y fueras á tropezar con cierto convento. Saldrás de aquí para montar á caballo y ponerte á la izquierda del príncipe.

—¿Te lo han mandado así?

—De un modo terminante.

—Está bién. ¡Podré despedirme del duque?

—Saldremos juntos de la ciudad para separarnos fuera de ésta.

Todavía hablaron hasta un cuarto de hora.

Luego durmieron hasta que les fueron despertando los sirvientes.

Al amanecer montaron á caballo saliendo del palacio el príncipe, el duque y todos los individuos de su escolta.

Los acompañó el gobernador hasta que llegaron á la puerta de la ciudad.

Allí se abrazaron el duque y el príncipe, el primero dió la mano al gobernador, luego á Zalla sin decirle una sola frase; y partieron el duque y su escolta en dirección de la capital; Julio y Ricardo hacia Tabasco, y el gobernador regresó á su palacio.

Sigamos nosotros á los segundos.

El príncipe era poco precabido cuando de su sola persona se trataba, ni llevaba cota ni otra cosa que un traje ligero de seda que era el que menos le molestaba en aquel país tropical.

Zalla lo llevaba de fina lana equivalente al del príncipe. En armas las espadas y un par de pistolas cada uno que los criados depositaron en el arzón de las sillas de los caballos.

El primero no llevaba otra insignia que lo elegante y rico de su traje; el segundo el traje y banda de capitán.

Tenían que recorrer cien leguas, y para aquellos tiempos y para aquellos caminos, su viaje era casi temerario. Pero á Silva le gustaba mucho más caminar de aquel modo que con aparato de guerra.

A Zalla le era igual. Miraba al príncipe, y tenía su pensamiento puesto en Líbana, lo demás no lo veía ni pensaba en ello.

Cruzaron á un trote largo un extenso arenal, y á las cinco horas entraron en un mal arrecife, sinuoso y de monte bajo que les impedía trotar.

Los dos caballeros no se habían dirigido aún una sola frase.

Al llegar al mal camino, exclamó el príncipe:

—Por aquí no podemos trotar, hablemos, Zalla.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

—Mi padre el duque se ha disgustado contigo y la bellísima Líbana queda más todavía en Veracruz.

—¿En qué he podido ofenderles?

—En lo que más lastima al ser humano que, como ellos dos, obran dentro del honor y de la rectitud.

—No os comprendo, señor.

—Habeis desconfiado de Líbana, habeis dudado de su virtud y esa ofensa es gravísima.

—¿También para mi padrino el señor duque?

—También.

—Yo no he dudado, yo no puedo dudar de tan cumplido caballero, de mi amado padrino y protector.

—Has dudado de su hija adoptiva que es un ángel, y para alejar tanta sospecha basta y sobra la protección que él y yo la dispensamos.

—Señor, por primera vez en mi vida he aprendido que los celos son el producto de una menguada pasión que empequeñece y perturba al hombre.

—Eso es cierto, pero no lo es menos que empezaste bien tus amores con Líbana, y has acabado de la peor manera posible. Por eso principié yo protegiéndote y he concluido abandonándote en ese terreno.

—Siento mucho lo último.

—Has demostrado que no eres digno de ese ángel.

—Os suplico, señor, me digais algo más. ¿Cuándo obré bien y cuándo lo hice mal?

—Obraste bien hasta hacerle en el jardín del convento una defensa heróica; después nacieron tus dudas y tu pequeñez.

—Mis dudas, ¡ah, sin motivo no las tendría!

—El embozado, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿No puede ser lo del embozado la exigencia de una prueba de confianza en el objeto de tu amor, prueba que no has sabido dar?

—No os comprendo bien, señor.

—Líbana es un tesoro que vale mucho, Ricardo: ese tesoro tiene defensores, y en su día se lo entregarán al

que sea digno de él; para averiguar esto necesitan pruebas.

—Pero, señor, ¡es tan fatal la pasión de los celos!

—Todas las pasiones bastardas son funestas, y Líbana merece un hombre que sepa dominarlas todas.

—¿No podré saber jamás quién era el embozado, que habló con ella y qué hizo esa noche?

—Si llegaras á ser digno de esa dama, sabrás el nombre del que juzgas tu rival, con eso te bastará; de lo contrario morirás con el deseo de saberlo.

—¿Le conoceis vos?

—Mucho.

—¿Y obró bien esa noche?

—Creo que sí.

—¿No lo sabeis en absoluto?

—No puedo decirlo en absoluto.

—¿Es posible amar tanto como yo amo y prescindir por completo de los celos?

—¿No ves el ejemplo en mi hermano y en mí?

—Esos ilustres é inimitables hermanos son una excepción de la regla.

—No; para dominar el hombre una pasión que le desdora y achica, basta la firmeza de carácter y el convencimiento de lo que es y de lo que merece la rectitud.

—Debo olvidar á Líbana.

—No podrias, aun cuando mi hermano y mi padre te lo impusieran, y tú quisieras hacerlo.

—Posible es, señor.

—Es seguro.

—Señor, el consejo es la limosna moral; ¿me otorgais una limosna, señor?

—Sí. Pide.

—¿Qué debo hacer; señor?

—¿En cuestión de amores?

—Sí, señor.

—Presentarte ante el mundo y los hombres digno de Líbana.

—¿Creeis que pueda llegar á serlo?

—Fácilmente.

—¿De qué modo?

—Si piensas en el embozado, no importa que lo juzgues mal, aun cuando no lo merezca; pero frente á la maldad de ese hombre ó de cualquier otro, pon la inquebrantable virtud de Líbana. No se puede ni se debe ofender á una virgen con groseras suposiciones. Eso es lo primero.

—¿Y lo segundo?

—Esperar un año.

—¡Un año!

—Hace seis días pudieron ser tres meses poco más ó menos; ahora tienen que ser doce.

—¿Por qué, señor?

—Porque necesitas depurar tu alma del pecado de los celos y de la desconfianza.

—¿Y si espero ese año?

—Si sabes esperar lograrás el triunfo.

—Sí sé esperar. ¿Qué debo hacer, señor, para saber esperar?

—No cometer ninguna acción indigna de un caballero.

—No la cometeré; de eso estoy seguro.

—Dominar toda pasión bastarda.

—La dominaré.

—Y por último, no dar al padre adoptivo de la dama el más leve motivo de queja. Y te advierto, que por lo mismo que mi padre fué en su mocedad un poco libertino, es ahora el más recto y exigente de los hombres.

—Verdad es.

—Tratándose, como se trata ahora, de un ángel que él apadrina y defiende.

—No le he de dar el más leve motivo de queja.

—Lo veremos.

—Soló hallo duro, pero muy duro, lo de esperar 365 días.

—Sí, con 365 noches. Es lo que más nos gusta de todo á mi padre el duque y á mí, ese largo plazo.

—Terribles señores.

—No es cierto y te lo voy á demostrar; tus amores con Líbana fueron bien acogidos por el duque y por mí, y la verdad es que de no haber ocurrido tu desconfianza, tal vez por favoreceros hubiéramos adelantado el enlace, con perjuicio de la larga educación que necesita Líbana y de tu posición en el ejército, que no es aun la que puede llegar á ser. Esta separación de un año será muy beneficiosa á los dos por la causa expuesta, y nos dará el espacio indispensable para estudiar si sois ó no digno el uno del otro y de toda nuestra protección.

—¡Pero un año sin verla, señor!

—No, la verás cuando quieras.

—¡Señor!...

—En un magnífico retrato en miniatura que te entregaré al llegar á San Juan.

—Lo acepto, señor, con júbilo. No es posible otra cosa... ¿No dejará ella de amarme?

—En este año se amortiguará mucho la pasión que lograste encender en su pecho; queremos que sólo la distraigan los estudios. Al acabar ese plazo será otra cosa.

—Me resigno.

—Piensa lo que quieras en el embozado; te ha de sobrar tiempo.

—Me olvidé para siempre de él.

—¿Qué harás si lo recuerdas?

—Triturar la idea con la inmaculada virtud de Líbana.

—Eso es.

—No habeis de tener queja de mí.

—Me alegro. Con la conversación me olvidé de la hora que es, del calor que yo siento y de lo que debemos andar. ¡Lucas!...

—Señor,—le contestó su criado indio.

—Acércate á mí.

—¿Qué manda V. A.?

—¿Cuántas leguas llevamos andadas?

—Siete.

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—¿Cuánto nos falta para dar descanso á los potros?

—Poco más de media hora.

—Cerca de una legua de camino.

—Eso es.

—¿Paramos en buena población?

—Sí, señor.

—Es decir, que tendremos buena comida.

—No lo sé, si bien creo que sí.

—¿Pues quién lo sabe?

—Los cuadrilleros.

—¿Qué cuadrilleros, ni qué tenemos nosotros que ver con ellos?

—Mucho.

—¿Quién ha dispuesto eso?

—Su excelencia el duque del Imperio.

—¡Ah! ¿Pero qué ha dispuesto?

—Poca cosa, señor; que vayan detrás y delante de nosotros, y que todo lo dispongan ellos.

—Lo ha mandado mi padre y bien hecho está; pero no hacía falta nada de eso.

—El supone lo contrario, fundado en las nuevas bandas de ladrones que han aparecido, en que todavía quedan salvajes como los que hirieron á vuestro hermano y en que desea que á nosotros no nos suceda nada parecido á aquello.

—Pues ahora que se puede, trotemos, y de esta manera llegaremos antes.

—Señor, los cuadrilleros me han dado un itinerario inmejorable.

—Pues síguelo al pie de la letra. ¿Sabes que viajamos de incógnito?

—Sí, señor.

—Lo saben también los cuadrilleros.

—Sí, alteza.

—Pues á trotar.

No tardaron en llegar á una regular población, donde hallaron excelente comida, buena habitación para descansar las horas de calor y lo necesario para las caballerías.

Zalla iba triste, ensimismado; las palabras del príncipe le habían satisfecho, pero la idea de la conducta que observó con Líbana le amargaba tanto como un intenso pesar. Por el contrario, Julio caminaba complacido y satisfecho.

CAPITULO XXIV

Continúa la marcha del príncipe.—Un camino delicioso.—Sorpresa.—Los nuevos bandoleros cogidos como el lobo.

Nuestros amigos dieron á los caballos cuatro horas de descanso, volviendo á montar á las cuatro de la tarde.

Estaban en el Sur de Méjico, caluroso siempre, y Julio dispuso no caminar en el centro del día.

Cuando iban por buen camino trotaban sus potros; cuando aquel era malo los ponían al castellano. Llevaban buenas bestias, y sin gran trabajo podían andar diez ó doce leguas al día, que era todo lo que se proponía Julio.

Todavía iban por cerca de la costa, y los llanos eran arenosos y blandos para los caballos, y estériles para los jinetes, pero al siguiente día se internaban algo y la vegetación era infinitamente mejor.

Llevaban luna llena, y esta circunstancia les per-

mitía andar algo de noche y hacer una larga parada en el principio de la tarde.

El primer día, por efecto del buen camino, comparado con el del anterior, anduvieron trece leguas, descansando por la noche en una población pequeña, pero en la que nada les faltó.

Lograron hasta una excelente cama y no peor comida.

Se acostaron á la diez y se levantaron al ser de día, saliendo á un trote largo.

Nada les ocurrió en él que digno de contar sea. Comieron bien, encontraron buenas camas y anduvieron doce leguas.

Llegó el tercer día de camino, y éste empeoró algo; se habían alejado de la costa y entraban en monte bajo, dilatado, sinuoso y cubierto de espesas arboledas.

—¿Lucas?—exclamó el príncipe, llamando á uno de sus criados.

—Señor.

—Puesto que por aquí no es posible ir deprisa, ponte á mí lado que te voy á hacer varias preguntas.

—Las que guste vuestra alteza.

—¿Disponen los cuadrilleros comidas, camas y piensos?

—Todo, señor.

—Deben tener mucha influencia en este país, pues hasta en los pueblos más pequeños hallamos abundancia y excelentes condimentos y camas.

—Los ladrones les temen y los hombres de bien les

dan cuanto les piden. Estos cuadrilleros son obra de vuestra alteza.

—¿No saben ellos quién soy?

—Sí, señor, pero se lo callan.

—Pues nos siguen de incógnito.

—No comprendo, señor.

—Que no hemos visto todavía ninguno.

—Pero ellos no nos pierden de vista.

—¿Para qué esa persecución?

—Es muy grande Nueva España, hay aquí muchos vagos y se ha de tardar bastante en que podamos ver limpio de malvados este país.

—¿También andan antropófagos por aquí?

—No, señor, esa clase de salvajes sólo andan por Sierra Madre y sus inmediaciones. Por aquí pueden hallarse bandoleros. Un poco más al interior.

—¿En partidas numerosas?

—Eso sí; antes que V. A. creara los cuadrilleros hubo compañías enteras con sesenta y ochenta hombres su capitán, tenientes y alférez.

—¿Indigenas?

—También iban españoles.

—¿No los perseguían?

—En algunas ocasiones, y hubo épocas en que los pueblos se armaban dando batidas como los cazadores de fieras.

—¿Qué caminos eran los más castigados?

—El de la capital á Veracruz, y éste que llevamos.

—Ya quedarán pocos bandoleros.

—Muy pocos.

—Yo creí hallar por este lado grandes frondosidades.

—Las hay, señor, con torrentes y cascadas que admiran, pero más al interior. Pronto llegaremos á un valle que ha de admirar á V. A. Nos separa de él el monte aquel que tenemos de frente.

—Volvamos á trotar, que ahora se puede.

Una hora después entraron en el valle que les había indicado Lucas, y que era una maravilla de la naturaleza.

Arboles, arbustos, plantas y flores todo era allí espontáneo, todo era virgen, todo producto de una naturaleza poderosa. La mano del hombre, el arte no había asomado su civilizador semblante.

Allí veían bosques inmensos de cocoteros, preciosos ébanos, lindos plátanos en forma de vistosas palmeras, aromas que perfumaban el ambiente, cedros inmemoriales, flores de infinitas clases, plantas tropicales de configuraciones extrañas y frutos de tantas clases como puede desarrollarse en la zona Tórrida con algunas de la templada.

Pero lo que más llamó la atención de nuestros viajeros fué un espectáculo tan nuevo y maravilloso para el príncipe y para Zalla que los dejó absortos.

—¿Qué es eso, señor?—preguntó Ricardo deteniendo el caballo.

—Una gratísima sorpresa que nos ha dispuesto aquí la naturaleza.

—¿Pero qué es, señor?

—Plantas trepadoras que se corren de un árbol á otro formando deliciosos pabellones.

—¿Y esa infinita variedad de flores?

—Las hechan las trepadoras.

—Señor, esos pabellones parecen formados por la artística mano del hombre más hábil.

—Así es.

—No ví jamás camino más delicioso.

—Ni yo.

Pero aun les reservaba el destino otra sorpresa tan extraña como vistosa.

Poco antes de acabar el valle distinguieron á poca distancia de ellos un salto de agua que hizo exclamar al príncipe:

—Ricardo, fíjate en aquella cascada de la derecha.

—Admirable, señor.

—En la parte más alta de la cascada brota un salto de agua formando curva y por efecto de los rayos solares y de la variedad de colores de las plantas y flores que le rodean forman un arco iris perfecto.

—Más bello aún que el arco iris que se suele ver en el espacio.

—Sí, es otra nueva maravilla.

—Qué vuelta da aquí el camino.

—Corre por la izquierda en busca del paraje por donde se podrá vadear ese torrente formado por la cascada.

—Señor, ¡qué lástima!

—¿A qué te refieres?

—El valle más hermoso de la tierra no tiene un solo habitante.

—¿Qué no?

—No hemos visto ni una mala choza.

—Pues tiene muchos habitantes.

—¿En dónde señor?

—Entre sus árboles y plantas.

—¿Los habeis mirado?

—Sí, he visto varios.

—¿Salvajes?

—Casi tan malos como los salvajes.

—¿Cómo son? señor.

—Como las culebras, los jaguares y otros reptiles y fieras.

—De eso ya ví algo. Yo decía seres humanos.

—Por ahora ni bandoleros; estas bellezas naturales ofrecen muchas contras.

—Es verdad, muchos animales dañinos.

—Cierto.

—¿Cuándo se limpiará esto de tanto enemigo del hombre, señor?

—Cuando pase aquí la mano de la civilización y la cultura.

—Aun tardará en llegar aquí eso.

—Nosotros no lo veremos, pero llegará, no cabe duda.

Poco á poco fueron dejando atrás el valle.

Ahora cruzaban una cordillera, entrando más tarde en un llano, por el cual trotaron para ganar el tiempo perdido en el valle.

Llegaron al pueblo donde debían descansar cuatro horas á las doce y cuarto del día.

Allí comieron bien, descansaron, dieron dos pien-

sos á los caballos, y á las cuatro próximamente caminaban de nuevo.

Era este día de emociones; y ya sin pretenderlo se dirigían en busca de otra antitética de la que les había causado el hermoso valle.

Anduvieron dos horas sin ver alma viviente.

Entraron luego en una hondonada cubierta de vejetación. En el fondo se alzaban corpulentos árboles, cuya existencia podía contarse por siglos, y á la izquierda se extendía un lago estrecho y largo.

De pronto, y cuando se hallaban en lo más espeso del bosque, oyeron un silbido, é instantes después, fueron sorprendidos por diez y siete hombres armados que les cerraron el paso, diciéndoles el que parecía jefe, con esa calma no exenta de gracia americana:

—¡Alto, señores!

—¡Alto y quietos!—contestó Silva.

Los dos caballeros y los dos criados quedaron juntos por un rápido avance de los sirvientes, que iban detrás.

Los que los habían sorprendido, les cortaron, siempre con calma, el frente, la retaguardia y un flanco, el otro lo formaba el lago.

Los diez y siete iban á pie y armados de espada y puñal.

El que hacía de jefe, añadió:

—Buenas tardes, señores. Tengo mucho gusto en verlos en mi jardín.

—Gracias, señor bandolero,—le contestó Julio imitando su calma.

—No me llamo así, mi nombre es, en todos estos estados que me pertenecen por derecho de conquista, *Matagodos*.

—Excelente nombre,—le contestó Julio,—si la frase se justificó con hechos.

—Ya lo vereis nobles señores; pero antes quiero que sepais que entrásteis en mis estados sin pedirme permiso, lo cual fué una grave falta de urbanidad.

—Verdad es, ha consistido en que nosotros no pedimos nada jamás, tomamos lo que nos hace falta y seguimos adelante.

—Tiene gracia; lo mismo hago yo, pero esa hidalga costumbre suele tener sus contras.

—Sí, la de una estocada, un tiro ó la de morir en garrote.

—Tenemos las mismas ideas, ilustre señor.

—No podía per menos de suceder así; ambos queremos lo mismo: yo, por ejemplo, todo el dinero que los cuatro llevamos encima.

—¡Qué talento tan grande! Pero se os ha olvidado añadir los cuatro caballos, las espadas y hasta la ropa.

—Eso por tan sabido lo callé.

—Ni Salomón fué tan sabio como vos.

—En eso, señor capitán de ladrones, no os pareceis á mí: vos no teneis talento ni sabiduría.

—¿Estais seguro?

—Os lo voy á demostrar; os vais á conformar con quitarnos, dinero, armas, caballos y ropas; todo ello no valdrá más de ocho ó diez mil ducados.

—¿Y os parece poco, mi adorable señor?

—Nada, comparado con lo que sacaríais reteniéndome en vuestros estados, y pidiendo por mí á mi hermano Flaviano de Osorio todo lo que os diera la gana; por ejemplo, un millón de pesos, que él se apresuraría á entregaros.

—¡Vuestro hermano Flaviano! ¿Pues quién sois?

—El príncipe Julio en cuerpo y alma.

—Qué gracioso sois, mi adorable señor. Pues qué, ¿ignorais que el general Flaviano, el príncipe don Julio y el paje de aquél murieron en la gruta de Cacahuamilpa?

—El que ignora que los tres han resucitado sois vos.

—¡Qué milagro!

—Como el de Lázaro.

—Que tiene este señor mucha gracia, compañeros.

—Por eso entré en vuestros estados, para distraeros.

—Qué dicha tan grande. Pero hablemos de lo que más importa: ¿es cierto que valdrá ocho ó diez mil ducados, godo de mi vida, todo lo que llevais?

—Eso, poco más ó menos; pero el rescate del príncipe no tenía comparación con eso.

—¿Insiste vuestra alteza en haber resucitado?

—Claro es.

—Pero eso sería impropio de un tan cumplido caballero como yo. Como huéspedes míos os dejaremos desnudos para que podais pasar la noche con algún fresco y calma completa en este lecho de verde alfombra. ¿Qué os parece la idea?

—Si la preferís á la mía, nada tengo que objetar, torpe bandido.

—No tanto como vos suponeis, mi sabio señor. ¿Pero qué veo? Contemplando vuestra hermosa figura no había reparado en este valiente capitán que se halla á vuestra derecha. ¡Qué felicidad! Guerrero y generoso señor, hace tiempo que soñaba con una banda como esa que llevais al pecho; nunca os podré pagar el favor que me habeis hecho trayéndola; porque habeis de saber que yo también soy capitán como vos.

—No; como yo, no; tú eres capitán de bandidos, de salteadores; un miserable á quien va á costar la vida el solo hecho de haber fijado sus ojos de rinoceronte en esta banda que ciñó el pecho del invencible duque del Imperio,—le contestó Zalla.

—Nosotros somos valientes con la espada desnuda; tú lo eres sin sacarla de la vaina. A ellos, compañeros.

Y fueron á caer sobre los cuatro.

En el mismo instante se oyó una detonación, rodando al suelo el capitán de bandidos.

Zalla le había roto el cráneo de un tiro de sus pistolas.

A la vez se colocó delante del príncipe, disponiéndose á disparar los tres tiros que aún le restaban.

Pero no tuvo necesidad de hacerlo. Durante la conversación que Julio intencionadamente sostuvo con el bandido, quince cuadrilleros se habían corrido de árbol en árbol sin promover ruido alguno, hasta quedar á ocho ó diez pasos de los ladrones.

Notando los cuadrilleros que el príncipe los había

visto llegar por estar frente á ellos, quedaron detrás de los árboles, cortando la retirada al enemigo y esperando la menor indicación para caer sobre ellos.

Como los bandidos les volvían la espalda, nada distinguieron, y á la sorpresa de ver morir á su capitán de un tiro escapado de arma que les era sompletamente desconocida, siguió la de hallarse cogidos por la espalda por los hombres que más temían ellos, por los cuadrilleros.

Nuestros cuatro amigos cortaron la otra retirada á los ladrones y pistola en mano esperaban que alguno hiciera armas ó intentase escapar para hacerle fuego; pero todo fué inútil. Los ladrones sorprendidos, acobardados y hasta sin aliento, se fueron dejando desarmar y maniatados y con la cabeza inclinada quedaron entre los cuadrilleros.

Julio dió las gracias á sus defensores y picó á su caballo, al lado de Ricardo y delante de los dos sirvientes, los cuales permanecieron hasta aquel instante con las pistolas en las manos.

CAPITULO XXV

Cómo fué la sorpresa y lo que sucedió á los bandidos.—Un templo subterráneo.—El fanatismo y superstición.

Digamos, antes de pasar adelante, la causa á que había obedecido la sorpresa de que estuvieron á punto de ser víctimas los cuatro españoles que venimos acompañando desde Veracruz.

La partida de bandoleros que sorprendió al príncipe, se había corrido desde el interior hacia el sitio en que los hallamos, huyendo de varios cuadrilleros que los perseguían.

Cuando los ladrones juzgaban que se habían alejado lo bastante de los cuadrilleros, pudieron distinguir á los que componían la vanguardia que llevaba Julio por orden del duque, que iban á bastante distancia del príncipe, preparándoles la comida, las camas y los piensos. Es decir, que huyeron de unos cuadrilleros para hallarse con otros con que no habían podido contar.

Tuvieron la suerte de distinguirlos cuando se hallaban en una altura del bosque, se tendieron en tierra y los cuadrilleros cruzaron cerca de ellos sin haber podido distinguirlos.

Pasó el peligro para los ladrones, pero quedaron sin acción ni saber qué hacer por la contrariedad que les causaba la nueva cuadrilla que les era completamente desconocida en aquellos sitios, la rapidez con que caminaba y el punto á que parecía dirigirse.

No pudiendo adivinar el objeto que guiaba á los cuadrilleros de aquella vanguardia, después de discutir lo que deberían hacer, adoptaron la resolución de bajar á la hondonada y emboscarse mejor que lo estaban entre los árboles del monte.

Así lo hicieron, tomando la resolución de dejar un centinela en lo más alto para que vigilase el camino y avisara si cruzaban por él viajeros ó venía alguna nueva cuadrilla.

Seguros con estas precauciones y tumbados en lo más intrincado de aquel bosque, compuesto en su mayoría de árboles seculares, se hallaban hacía más de seis horas cuando vieron llegar al vigía corriendo desaforadamente.

Todos se pusieron en pie y cogieron las armas, preguntándole el capitán:

—¿Vienen, cuántos son?

—No se trata de cuadrilleros,—le contestó el bandolero que acababa de llegar,—son cuatro caminantes á caballo, buen porte y á los que podemos limpiar fácilmente.

—¿De dónde vienen?

—Como de Veracruz.

—Pues han caido en la ratonera.

—Deben traer espada y son españoles. Llevan plumas en los sombreros.

—Si se defienden los matamos.

—Y si no también; que no andan lejos los cuadrilleros, pueden delatarnos y antes somos nosotros que ellos.

—Bien pensado.

—¿Nos dan á nosotros cuartel los cuadrillerros?

—Que mueran, sí.

—Que mueran.

—Eso corresponde mandarlo al capitán, hijitos; ¿no soy el jefe y el más templado de todos? Lo primero que interesa es cazarlos, luego se les mata y después discutiremos lo que vamos á hacer con ellos.

—Quemarlos; ¿no son españoles?

—Digo que eso es para más tarde; ahora embosquémonos á la orilla del lago.

—Buen sitio, al lago, al lago.

Y dirigidos por el capitán se situaron de manera que Julio y los suyos no pudieron verlos hasta que estuvieron encima.

Lo que ocurrió desde este instante al en que después de sorprender fueron sorprendidos los ladrones ya lo sabemos.

La facilidad con que Zalla había muerto al capitán de bandidos; la manera extraña nunca vista por los malhechores de disparar con pistolas, arma que les

era completamente desconocido, y el hallarse con su capitán muerto á la vez que sorprendidos y rodeados de otros nuevos cuadrilleros, los aterró hasta el extremo de caérseles de las manos las armas que manejaban. Verdad es que los de la cuadrilla cayeron sobre los ladrones con valor, rapidez y energía, capaces de descomponer y acobardar á los bandidos más terribles.

Instantáneamente los desarmaron, sujetándolos con cuerdas que los inutilizaron para todo.

¿Qué les sucedió más tarde á estos malhechores?

Lo vamos á oir de boca del príncipe, que era el autor de las cuadrillas, que tanto bien estaban reportando á Méjico, pues las mandó organizar como nuestra moderna guardia civil, si bien iban en mayor número de hombres por los caminos, efecto de las circunstancias, de la época y del país.

Ya hemos visto continuar su camino á Julio, Zalla y sirvientes, como si nada hubiera ocurrido.

El segundo decía en estos momentos al primero:

—Señor, no he visto nada más raro que la manera de presentarse los bandidos á sus víctimas en este país.

—Sí, cuando juzgan que los sorprendidos no pueden luchar con ellos, tienen esa calma y usan esa forma de lenguaje.

—Que entretenidos estábais con ellos.

—Porque ví á los cuadrilleros que se acercaban de árbol en árbol para sorprenderlos, y quise dejar á la institución que yo fundé el honor de la batalla.

—Pues no hubo pelea, y gracias á los cuadrilleros

vivirán esos ladrones. Nosotros los hubiéramos muerto á todos.

—¡Ay, Ricardo, qué engañado estás!

—¿Por qué, señor?

—Esos cuadrilleros jamás hacen prisiones.

—¿Los matan á todos?

—Sí.

—Vaya un sistema.

—Terrible; pero es lo cierto que todavía no han presentado un prisionero. Por esa causa si nos hubiéramos dejado coger por ellos, después de robarnos nos matan.

—¡Qué crueldad!

—Se han establecido unas represalias funestísimas.

—¿Pero quedan muchos bandoleros?

—Felizmente, no. Puede que no lleguen á quince todas las partidas que hay en Nueva España. Y éstas se han formado cuando se creía que habíamos muerto Flaviano y yo.

—En ese caso pronto no quedará una.

—Eso espero.

—¿Había antes muchos?

—Cuando llegamos nosotros pasaban de ciento.

—¡Qué horror!

—Y contínuamente se formaban otras. Hemos entrado en el llano, trotemos.

Dos horas después llegaron á la población en que debían pernoctar sin que les ocurriera contratiempo alguno.

Transcurrieron cuatro días más sin que la marcha

del príncipe fuera interrumpida por el más leve acontecimiento.

Se hallaban en el octavo día del viaje, penúltimo de su larga caminata, y al salir por la mañana, después de hacer Julio á su criado Lucas varias preguntas, se incorporó con Zalla diciéndole:

—Ricardo, hoy vamos á presenciar un cuadro que ha de llamar tu atención.

—¿A qué se refiere, señor?

—A las costumbres antiguas mejicanas. Vamos á visitar un templo subterráneo azteca y á presenciar un acto religioso como los que se hacían en este país desde hace muchos siglos.

—Tendré gusto en verlo. Pero tan cerca ya del ejército ¿como se atreven esos idólatras á presentarse en público?...

—Yo te lo explicaré. Para fanatizar al pueblo azteca y llevarlo con más facilidad al combate, dispusieron los sacerdotes indios que todos los rebeldes, antes de entrar en el campamento de San Juan Bautista y de sitiar esa plaza, se postraran ante el dios de la guerra y oyeran lo que el ídolo decía sobre el porvenir que el destino reservaba á los leales.

—Me va gustando el cuento.

—Al efecto habilitaron un antiguo templo subterráneo que hay en los alrededores de la población, en que vamos á descansar esta noche, se juntaron cincuenta ó sesenta sacerdotes, y mientras los fanáticos iban llegando al campamento hacían evocaciones, los ídolos hablaban y los guerreros aztecas entraban en el cam-

pamento ávidos de luchar y casi seguros de la victoria.

—¡Desgraciados!

—Mi hermano se encargó de desmentir á los dioses. Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que al llegar los últimos sacerdotes y aztecas entraron en el campamento, dejando solo en el templo subterráneo un sacerdote que todos los días al anochecer hace su evocación, le contesta el ídolo y va escribiendo diariamente lo que dios le dice. Luego le dirige una plegaria y se retira hasta el día siguiente.

—¿Pero acuden ahora indios á esa función?

—Raro es el día que asiste alguno, porque todos los idólatras se encerraron en el campamento, y si alguno quedó fuera teme que lo molesten los cristianos.

—Será una desgracia para mí que no asista hoy el sacerdote á la función que debe hacer á sus dioses.

—Aun cuando lo hace en secreto no faltó hasta el presente ningún día.

—Me complace la noticia. ¿Qué pueblo es el más próximo?

—Conduacán.

—¿Es una población importante, situada á una corta distancia de San Juan Bautista?

—Sí.

—¿En la que hay muchos cristianos?

—Cierto.

—¿Y cómo se atreven esos idólatras á funcionar tan cerca de nuestros hombres?

—El templo se halla á más de media legua de la

ciudad, en medio del bosque, casi en un desierto y no los ven. Yo averigüé esta historia por la revelación de un renegado que llegó hace poco á Veracruz.

—¿Pero es posible que esos sacerdotes crean en el paganismo que ellos inventaron?

—Los más ignorantes sí; para los otros es un oficio como el de la guerra para tí.

—¡En qué atraso viven esos desventurados!

—Es verdad, pero á esta generación seguirá otra más ilustrada, y así continuarán en este pais que irá lentamente regenerándose, pero que acabará por brillar en él con todo su esplendor el sol de la civilización.

—No hay duda.

—Trotemos para no llegar tarde.

A las doce comieron, descansando sólo tres horas.

De nuevo montaron á caballo y volvieron á trotar sin detenerse ya hasta que llegaron al templo subterráneo.

Antes de entrar atravesaron una parte del espeso bosque que había indicado Julio.

Se dejaron el camino para tomar un sandero lleno de señales marcadas en la corteza de los árboles y en el suelo.

Llegaban con anticipación al sacerdote, y con tiempo bastante para ver, sin ser vistos, si ellos no querían descubrirse.

Julio iba reconociendo señal por señal hasta quedarse parado á la puerta de una gran cueva artificial abierta en el suelo y entre lo más poblado del bosque.

Reunidos los cuatro exclamó Julio:

—Lucas, enciende la linterna.

Cuando aquel le hubo obedecido, añadió dirigiéndose á los sirvientes:

—Os emboscais con los cuatro caballos á doscientos pasos de aquí siguiendo esa enramada. Por ahí no debe venir nadie; los que lleguen lo harán por el lado opuesto. Partid. Sígueme, Ricardo.

Y guiados por la luz de la linterna entraron en la cueva artificial, dieron varios rodeos hasta hallar una escalera de piedra, por la que descendieron como siete varas.

Al acabar penetraron en un salón muy grande ennegrecido como toda aquella bóveda por el humo de las infinitas teas que ardieron en aquellos subterrános.

—Mal aire se respira aquí, Zalla—dijo el príncipe.

—Malo, señor.

—La vida aquí funciona mal.

—Creo lo mismo.

—Poco hemos de estar; á lo sumo una hora.

—Si estuviéramos mucho más, ¿creeis por ventura que los dioses no velarían por nosotros?

El príncipe sonrió ante la ironía del joven, contestándole:

—Estos dioses están siempre durmiendo.

—¿Y cuando hablan, señor?

—Es que sueñan. Reconoceremos todo esto.

—Idolos, señor, pero qué feos.

—Sí, están poco adelantados en escultura.

—Qué chatos son todos.

—No te burles de estas figuras; cuenta que nos hallamos bajo el poder de los dioses.

—¡Pero, señor, si son feos!

—¿No les tienes miedo?

—¡Qué frase tan hermosa! ¡Miedo! ¿Pero, qué es miedo, señor? ¿Os vais por ese otro lado? ¿Qué buscais, señor, con tanto afán?

—¡Este resorte! Ya dí con él. Mira.

—¡Se abre una puerta!

—Sí.

—¿Es una capilla?

—No, un hueco, desde el cual hablan los dioses.

—Aquí hay una caja, señor.

—Sí, es en la que guardan el traje sacerdotal.

Ambos fueron reconociendo detenidamente cuanto había en el gran salón de los ídolos, luego el hueco que descubrió el príncipe, y de este modo esperaron la llegada del sacerdote y de un azteca que le servía de acompañante, como si dijéramos, de monaguillo.

Grotesco es el acto, pero merece que nos detengamos y lo presenciemos.

CAPITULO XXVI

La evocación.—El dios que calla y el hombre que habla.—La idolatría, el catolicismo y los efectos de ambas religiones.—¡Si todos los que predican se pareciesen á Julio de Silva!

Después de haber reconocido el príncipe todos los ídolos que habia en la inmensa bóveda, llamado templo pagano, dijo á Zalla:

—Para cada necesidad de la vida tienen estos idólatras un dios que los provee.

—¿Que los provee decís?

—Eso creen ellos.

—¿También tienen aquí el dios de la guerra?

—Sí, también el del aire y muchos otros.

—En aquel lado hay una pila y una plancha de piedra, ¿que representa eso, señor?

—El ara.

—¿En ella hacían los sacrificios?

—Sí.

—¿Las víctimas eran seres humanos?

— Algunas veces.

—Buen holocausto.

—En general ofrecen á sus dioses animales.

—Que se comen luego los sacerdotes.

—Es natural.

—La idea fué por lo menos provechosa para los encargados del culto.

—Los sacerdotes son hombres como los restantes de su especie, y si nacieron pobres, como resulta con la inmensa mayoría, necesitan vivir con el producto de su ocupación.

—Eso sucede en todas las religiones.

—Por eso la que no tiene holocaustos materiales, cuenta con sufragios y otras muchas cosas.

—¿Y eso es justo, señor?

—Cuando no se abusa, es, por lo menos, tolerable.

—¿Y cuando se abusa?

—Entonces es el mayor pecado que puede cometer el hombre

—Cierto, señor. Eso es horrible.

—Zalla, la inmensa mayoría de los pecados que comete el sér humano reconoce por causa el mismo motivo que tiene la fiera para devorar al hombre y á los animales.

—¿Qué motivo es ese, señor?

—El hambre.

—Me habeis convencido.

—También ayudan los vicios.

—Y la ambición, el lujo y otras cosas.

—Mientras el sacerdote de cualquier religión no se entregue á excesos y abusos, ínterin se contraiga á vivir en la modesta posición que conviene á su clase, nada de lo que haga para poder cubrir diariamente las necesidades de la vida es injusto. Si él consagra su existencia á lo que juzga el bien de sus hermanos, no puede pedírsele que muera de hambre; debe, por el contrario, dársele para que viva de un modo directo y hasta de un modo indirecto como sucede con los sacrificios y otras cosas.

—Es verdad.

—Pero no perdamos el tiempo en estériles relatos.

Continuemos nuestro reconocimiento. Ya hemos visto el ancho pasillo que une esta bóveda con la escalera; ese pasillo es tan ancho porque en algunas ocasiones se quedan en él los fieles y sólo permanecen aquí los sacerdotes, por ejemplo, cuando evocan y contestan los dioses.

—¿Quién habla por los dioses, señor?

—Uno que tenga buen falsete; á veces suele ser el mismo sacerdote que evoca, á cuyo fin se tiende boca abajo, ahueca las manos y sale la voz por entre ellas completamente desfigurada.

—Usando de esos medios tiene que ser distinta.

—Eso sucede en general, particularmente, cuando eleva la evocación el gran sacerdote, solo uno sabe quién le contesta.

—¿El mismo que lo haga?

—Cierto, pero á éste nadie lo ve.

—Estará escondido.

—Claro es.

—¿Dónde, señor?

—En una habitación próxima preparada al efecto.

—¿La que vos habeis encontrado al tocar el resorte que con tanto afán buscásteis?

—Esa es.

—Ved, señor, qué bien disimulada está la puerta; tiene toda ella un baño de tierra igual á la de la pared de que forma parte. Ved, señor, ved cuántos pequeños agujeros y qué bien disimulados están. Cerrada la puerta, con la oscuridad del interior, nadie puede notarlos.

—¿Para qué serán tantos agujeritos.

—Para que por ellos entre el aire indispensable á la vida de los que dentro se metan y permanezcan con la puerta cerrada.

—Entremos, señor, hay como una campana y varios tubos. ¿Para qué todo esto?

—Son tornavoces.

—¿También modificarán la voz?

—Con el falsete; los sacerdotes paganos suponen que los dioses hablan de esa manera extraña.

—¿Cómo llaman á esta habitación?

—No tiene nombre.

—¿Por qué?

—Porque todos ignoran que existe, menos el gran sacerdote y su *atlatere.*

—Fácil os fué dar con ella.

—Supuse que existía y la busqué.

—Yo no hubiera dado con ella jamás.

—Es preciso que comprendas que la raza azteca fué siempre la más inteligente de Méjico.

—¿Y emplean su ilustración en embaucar el género humano?

—Ricardo, en todo el mundo unos aplican su ciencia, acaso los menos, al bien de la humanidad y los otros á explotar á sus hermanos.

—Los últimos forman la inmensa mayoría, señor.

—En cuyo caso no debe extrañarte que los aztecas hagan lo mismo que hacen los europeos. Estudiemos esta habitación. Mientras yo lo hago vete al pie de la escalera y avísame si viene alguien.

Así lo hicieron.

Un cuarto de hora después se acercó Zalla al príncipe diciéndole:

—Señor, ya están ahí.

—¿Sabes cuántos vienen?

—No he podido verlos, pero son varios por el ruido de voces y pisadas que he oido.

—Entra. Ahora cierro.

—¿Sabremos abrir?

—Sí, es lo primero que he aprendido.

—¿Saldrá la luz por estos agujeros?

—Para evitarlo pon nuestra linterna en el suelo y cúbrela en parte con tu chambergo.

—Dejo solo un poquito descubierto para que no la apague la falta de aire.

—¡Bien está!

Cada uno de ellos buscó un agujero para ver lo que hacían los que entrasen en la gran bóveda.



—Tú que tienes el imperio de la guerra...

Habían llegado en efecto el sacerdote, su acompañante y cinco creyentes.

Después que hubieron conversado los siete, se vistió el primero, le alumbraron la bóveda y entró, quedando solo en ésta. Los seis restantes permanecían en el ancho pasillo en actitud humilde y con el mayor recogimiento.

El sacerdote se fué lentamente acercando á uno de los ídolos hasta quedar parado delante de él.

Luego murmuró muchas frases que nadie pudo comprender, exclamando por último con voz fuerte, bronca y gran lentitud:

—Tú que tienes el imperio de la guerra, que dominas las batallas, que condenas al hombre, que le das la victoria ó la muerte, oye mi voz, que es la del pueblo azteca.

Calló un segundo continuando:

—Los cristianos derriban nuestros altares, hacen rodar por el inmundo suelo las sagradas efigies de nuestros dioses, nos matan y se apoderan de nuestras tierras. No lo consientas; no toleres que te ultraje y humille un solo hombre, el llamado general Flaviano; ese terrible caudillo, enemigo mortal de nuestros dioses, del pueblo azteca, de todo lo que nosotros adoramos. Confúndelo, señor; alienta á tus hijos, dales valor y suerte; dales fortaleza, brío y después la victoria. Yo te lo pido; tu sacerdote te lo ruega; la raza azteca te lo demanda.

Al llegar aquí el sacerdote se extremeció, y echándose dos pasos atrás quedó como petrificado:

Una voz aguda, vibrante y sonora le contestó:

—No puedo.

El eco repitió la frase, y los siete paganos se reunieron en medio de la bóveda exclamando en coro:

—¡Los dioses hablan!

—Qué Maravilla,—dijo el sacerdote, y creyendo que le había contestado el dios de la guerra añadió:

—Al suelo y quedad todos boca abajo, que voy á interrogar al dios.

Los seis se tendieron hasta llegar con los labios al suelo.

El sacerdote extendió los brazos, y dirigiéndose al dios de la guerra le preguntó:

—¿Por qué no puedes?

—Porque Flaviano tiene más poder que nosotros.

Le contestó la misma voz.

El diálogo que sigue fué entre los dos anteriores.

—¿Quién es Flaviano?—volvió á preguntar el azteca.

El ídolo le contestó:

—El dios de la verdad. Vino por primera vez, la extendió por Méjico, no la creísteis y ha vuelto para imponerla á todos.

Bien comprenderán nuestros lectores que el ídolo que contestaba no era otro que Julio de Silva, el cual después de haber estudiado y comprendido todo el aparato de tornavoces colocado en la habitación secreta por el gran sacerdote, se aprovechaba de todo aquello, ayudándole poderosamente sus grandes conocimientos del idioma azteca, en el cual se entendía con el sacerdote aquél.

En cambio Zalla veía todo lo que pasaba en el salón pero nada comprendía de lo que hablaban.

El sacerdote le preguntó de nuevo:

—¿Señor, qué debemos hacer?

—Creer á Flaviano; hacer todo lo que él mande.

—Señor, es cristiano.

—¡Hay del que no lo sea en adelante! En vida sufrirá suerte adversa, en muerte será pasto de las llamas con sus mujeres é hijos.

—¿No debemos creer en vosotros?

—No.

—¡Por qué?

—Entre orgías y placeres nos extraviamos y os extraviamos á vosotros.

—¿Quié dirige ahora el mundo?

—El verdadero Dios; el Dios úuico que alienta á los cristianos.

—¿No podeis prestarnos ayuda y poder?

—Para nosotros la quisiéramos.

—¡Qué desdicha!

—Vosotros y nosotros llamamos dios á Flaviano, pero no habiendo más que un Dios único, Flaviano no es dios; es un enviado de Dios que ha venido dos veces á la tierra con el más grande poder que tuvieron los reyes y los dioses.

—¿Pero quién le concede ese inmenso poder?

—El Dios único.

—¿Por qué á él se lo concede y á vosotros os lo niega?

—Porque él, rey de la verdad, fué siempre bueno y nosotros nos hicimos embusteros y libertinos.

—Eso último es verdad.

—Y lo primero también. ¿Quién hace cambiar de sitio á los puentes; quién convierte en sitiados á los sitiadores, y quién destruye con solo su poder escuadras invencibles? Solo Flaviano.

—Todo eso ocurrió en San Juan, es cierto.

—Esta es la última vez que os hablo; nos manda Dios que os aconsejemos bien, que os digamos la verdad y que nos despidamos de vosotros. ¿Qué deseais?

—Obedecer á Dios.

—En tu mano está.

—¿Qué debo hacer?

—Predicar por Méjico cuanto me has oído. Vé al campamento de San Juan Bautista, diles lo que os ha ocurrido aquí, y continúa por Tabasco y por todas partes dando ejemplo de amor á Dios, siendo virtuoso, siendo caritativo y aconsejando á todos que te imiten.

—¿Debo empezar por hacerme cristiano?

—Sí.

—¿Me dejarán entrar en el campamento de San Juan?

—Sí.

—Yo abjuro de todos mis errores; yo te amo, Dios único y verdadero; protégeme, protege á los míos y á los que ahora me rodean. ¿Qué hago ahora?

—Huid de aquí, que ya es lugar de maldición y buscad al Dios Nuestro Señor en los templos cristianos.

—¡Huyamos!

—¡Huyamos!

Los siete salieron de allí y corrieron hacia la población vecina gritando:

—Renegamos de los dioses, malditos sean. El Dios único sea con nosotros.

Ya era de noche cuando Julio y Ricardo salieron de su escondite, rompieron los ídolos de barro, tiraron al suelo los otros, y guiados por la luz de la linterna salieron al campo.

Falta les hacía respirar un aire más puro, más vital.

A los pocos pasos que dieron cayó un hombre de lo alto de un árbol á cinco varas de ellos.

Era Lucas que observaba desde la altura en que había estado, lo que ocurría á su señor para prestarle auxilio en caso de necesidad.

—Señor,—exclamó,—esperé aquí á V. A.; no tardaré en traer los caballos.

Diez minutos después montaron, corriendo hacia la ciudad próxima en la que cenaron, quedando de sobremesa Julio y Ricardo.

El segundo preguntó al primero:

—¿Señor, teneis la bondad de decirme qué ha ocurrido en el templo pagano?

—¿No comprendes el idioma azteca?

—No, señor

—En ese caso no sabes lo que hemos hablado el sacerdote y yo.

—Nada, señor.

—He hablando con ese sacerdote pagano lo que ellos

hacen con los infelices indios. He fingido que el dios de la guerra les contestaba, y lo hice con tal propiedad que los siete lo creyeron, se han hecho cristianos y van á extender por Méjico que los dioses les mandan renegar del paganismo.

—Admirable, señor.

—Su voto es decisivo en cuestión tan importante y ese sacerdote acompañado de seis testigos no puede hallar entre los suyos quien le desmienta.

—No perdimos las dos horas que empleamos en el templo. ¿Decidme, señor, todas sus iglesias son por el estilo de esa que hemos visto?

—Sí, poco más ó menos.

—¿Situadas en subterráneo?

—La mayor parte.

—Poca devoción pueden tener.

—La buena forma y los grandes aparatos despiertan el entusiasmo y contribuyen al objeto deseado.

—Los perversos hasta con lo bueno que hacen perjudican á la humanidad, y los que son buenos hasta con lo malo que realizan prestan un bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que al obrar vos con la falta de verdad que lo hicísteis esta tarde, ganaron mucho esos desgraciados aztecas.

—Para extender el bien, todos los medios son buenos.

—Eso digo yo.

—Entiendo que mientras yo hice hablar al dios de la guerra no te habrás divertido mucho.

—Divertido no; pero estuve deliciosamente entretenido.

—¿Mirando lo que hacía el sacerdote?

—No, señor, no vi casi nada, porque nada hacían y dejé de mirarlos para pensar y deleitarme.

—Sabroso pensamiento.

—¡Yo lo creo!

—¿Te juzgabas ya dentro de la plaza de San Juan, junto á tu maestro Flaviano?

—No, señor.

—Pues no lo entiendo.

—¡Ah, señor, pensaba en Líbana!

—Ahora lo comprendo.

—¿Qué os parece?

—Muy bien.

—También á mí. Me parecía verla á mi lado.

—¿Hablando con el embozado?

—No, señor, conmigo.

—¿No andaba entre vosotros el del embozo?

—No le vi ni me he vuelto á acordar de él.

—Ese camino te acerca á ella, el contrario te aleja.

—Señor, tuve un verdadero rival que la daba serenatas, que la requería de amores y hasta que quiso robarla.

—No lo dudo.

—Mientras estuvimos nosotros allí podíamos estar tranquilos, pero ahora que ha quedado sin defensores...

—Tienes razón; se halla tan abandonada de todos, que hasta su embozado huyó de allí, pero está tran-

quilo, que responde con su cabeza el gobernador de que la hemos de hallar como la dejamos.

—Eso es algo.

—Tanto pesa sobre aquella autoridad la responsabilidad que tiene, que ha establecido una guardia en el convento.

—Eso ya es mucho.

—Al año se le sacará del convento más alta, más esbelta, más bella aun probablemente y tan virtuosa como lo es una virgen.

—No lo dudo, y mis temores se han desvanecido.

—Hazte digno de ella, piensa solo en eso y nada temas.

—En eso y en ella.

—Bueno, también en ella.

—Está muy incomodado conmigo el señor duque.

—Lo mismo que yo.

—Vos, señor, ya me habeis perdonado.

—Y él también.

—Como nada me dijo al despedirse...

—¿No te estrechó tu mano?

—Pero en silencio.

—El muy alto y poderoso señor duque del Imperio sólo alarga la mano á sus amigos ó á las personas que quiere mucho. No te dijo nada, porque de hablar contigo debía reprenderte y no quiso hacerlo.

—¿Por interés hacia mí?

—Claro es.

—Entonces me alegra que nada me dijese; sus reprensiones laceran mi alma.

—Así debe ser.

—Estais cansado, señor, y os dejo para que podais retiraros á vuestra alcoba.

—No tengo sueño, pero me retiraré á mi alcoba; mañana comeremos con mi hermano Flaviano, y para lograr esto es necesario que salgamos al amanecer.

—Y que trotemos algunas horas.

—Tan grata recompensa hallaremos al terminar la jornada de mañana, que hasta llevaremos á escape, si es preciso, nuestros caballos.

—Es verdad. Dios os conceda un tranquilo sueño, señor.

—Y á tí, Ricardo.

Ambos se retiraron á descansar, lo que hicieron hasta que vieron en Oriente el primer albor de la mañana.

Cuando el sol apareció, velado aun por la bruma de la mañana, ya iban galopando por los llanos de Tabasco los cuatro españoles.

Julio iba rebosando alegría. Amaba á Flaviano con un cariño tan grande, que no hallamos frases con qué poderlo expresar.

También el héroe lo quería con fraternal amor; se parecían tanto en ideas y pensamientos y figura, y tenían tan poco amor propio y una fortaleza de alma tan grande, que nada en el mundo podía quebrantar la entrañable amistad que los unía.

Seres de aquella nobleza de alma y de aquel elevado talento viven siempre unidos por la más profunda de las pasiones.

Diremos para acabar este capítulo, que Julio, Ricardo y los sirvientes llegaron á San Juan sin inconveniente alguno.

Poco después que ellos llegaron el sacerdote azteca y seis convertidos al cristianismo, penetraron en la plaza, luego en el campamento refiriendo á todos los aztecas cuanto les había ocurrido en el templo pagano.

Los bautizaron y cuando dijeron á Flaviano lo que contaban y la exaltación de los nuevos adeptos, se concretó á contestar:

—Ese es un milagro de mi hermano Julio.

CAPITULO XXVII

Un paso atrás.—Las observaciones.—Un diálogo importante — Se acerca el momento crítico.

Nos es indispensable, querido lector, retroceder un poco para que volvamos á reanudar el hilo de nuestra narración sobre los acontecimientos futuros, que deben tener lugar en la capital de Tabasco.

Nos fuimos de allí el sexto día de hallarse los ingleses labrando una mina, con la cual pensaban, nada menos, que volar la más bella ciudad del Sur de Méjico.

No les importaba que pereciesen veinte ó treinta mil personas con tal de volver ellos á vaciar botellas de vino y á comer carneros á medio asar.

Y la verdad es, que en esta ocasión trabajaban la mina con talento y suerte, debida la última á la blan-

dura del terreno que les permite avanzar en sus ejercicios de zapa mucho más de lo que se habían propuesto con ser tanto lo que ahelaban correr.

La ciudad ignorante de lo que iban á llevar á cabo los ingleses y por la ilimitada confianza que tenían todos sus habitantes en el héroe, estaba tranquila, todos sus moradores satisfechos, pues nada les faltaba, y cada cual se ocupaba de sus faenas ordinarias sin cuidarse para nada del enemigo que tenían á la vista.

Para los asuntos de la guerra dejaban correr el tiempo y discurrir al cerebro de Flaviano como único defensor de la plaza.

Creían y no les faltaba razón, que con Osorio nada debía ocurrirles contrario á sus deseos.

El héroe no demostraba nada, ni placer ni sentimiento, pasaba casi todo el día y una gran parte de la noche fuera del palacio, pero reconocida por todos la gran reserva en que se encerraba el sabio general, ninguno se atrevía á preguntarle nada.

Sólo el paje, que le acompañaba á casi todas partes sabía algo, no porque Flaviano se lo dijera, sino por lo que él observaba á su lado y por las consecuencias que deducía. Por esta causa, sin duda, aparecía Luisa ensimismada y ni gastaba ya bromas con Mendoza ni hablaba otra cosa que lo puramente indispensable.

Tres visitas largas, muy largas, hacían diariamente señor y paje á la casita que tenían alquilada junto al muro de la ciudad y frente al campamento; una por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche.

La casa en cuestión, tenía un postigo por la espal-

da de su fachada, daba este á un callejón por el que nadie transitaba y de él se valían para entrar y salir Luisa y Flaviano sin que nadie los viese.

Sus observaciones las hacían desde una ventana de la azotea cerrada, pero con un agujero en medio; en el cual encajaba perfectamente el extremo superior del mejor anteojo que tenía Flaviano. Con éste observaban noche y día todo lo que era posible en el campamento.

Hemos dicho que observaban porque unas veces era Flaviano y otras Luisa la que miraba.

Cuando era la última, el héroe se entregaba á profunda meditación y no salía de ella hasta que Luisa, notando algo extraño, le llamaba para que ocupase su puesto y mirara con el anteojo.

Así continuaron hasta el octavo día por la noche.

Salieron á las nueve y media, después de haber cenado, con una linterna y la celada ó visera caída.

Llegaron á la casita; Flaviano abrió la puerta, encendió con su linterna dos velas de cera que dejó abajo la noche anterior, y dijo á Luisa:

—Sube y observa; yo tengo que hacer fuera de aquí, y antes de dos horas regresaré. Sobre la mesa tienes una llave por si algo te ocurriese; yo me llevo la otra para no tener que llamar, ni te molestes en bajar á abrir. Adios.

Cerró la puerta, se guardó la llave, y guiado por la luz de la linterna, se perdió en una calle estrecha de San Juan Bautista.

Ya había hecho esto mismo tres ó cuatro noches,

y por esta causa sin duda no hubo de llamarle la atención á Luisa.

La joven subió á la azotea, y cogiendo el anteojo comenzó á mirar.

Así permaneció cerca de una hora.

—Comprendo,—exclamó dejando de mirar unos cuantos minutos;—ahora todo lo comprendo, sí; ¡qué malvados, qué pensamiento tan infernal, ni al mismo Lucifer se le hubiera ocurrido peor! ¡Ah, sabio general Flaviano, ya sé donde te vas solo algunas noches y días, tan solo y con tanto recato y misterio que me costó gran trabajo adivinarlo! Pero ya lo sé; ya puedes ocultar tu pensamiento, escóndelo bien, pero no á tu paje que lo sabe como tú.

Y continuó mirando y murmurando frases que no se le entendían.

Así permaneció cerca de otra hora que tardó en regresar el héroe.

—¿Qué ha ocurrido, Luisa?—le preguntó entrando.

—Vedlo señor; lo mismo hacen ahora que han hecho antes.

—¿Tienen luz?

—Sí, está la noche tan oscura y vienen tantos cargados con cajas y barriles, que han tenido necesidad de hacer uso de varias linternas y faroles.

—Me alegro.

—Lo más raro es que en vez de traer esas luces del campamento, las sacan de ese fuerte figurado que hicieron en la línea.

—Sí, lo comprendo.

—Y yo también.

—¿Qué dices?

—Que yo también lo comprendo.

—¡Tú? Tú no te importa.

—A mí sí, y mucho.

—¿Por qué?

—Mirad con el anteojo y luego hablaremos.

—Podía excusarlo; sé lo que están haciendo.

—No obstante, vedlo.

—Sea.

—¿Trabajan muchos?

—Sí,—le contestó Osorio mirando con el anteojo,—muchos.

—Más de cuatro cientos con los que están dentro.

—Es verdad

—Tan cargados vienen que algunos cayeron.

—Lo creo. En efecto, uno acaba de dar una terrible caída. Creo que se ha herido con el peso que lleva encima.

—¡Por qué no lo harán entre dos?

—Ya lo hacen, pero cuando la carga es más pequeña se la dan á uno solo.

—Debe pesar mucho lo que llevan dentro.

—Sí, bastante.

—¿Sabeís lo que es?

—Creo que sí.

—¿Me lo quereis decir?

—No.

—¿Desconfiais de mí?

—¡Qué disparate, Luisa! Tengo tanta confianza en tí

como en mi padre, como en mi hermano Julio, como en mí mismo.

—¿Entonces por qué me lo ocultais?

—Porque los secretos no se dicen á nadie.

—¿Aun cuando se trate de la persona más allegada y que ofrece mayor reserva?

—Sí, puedes decirlo en un sueño, en una impremeditación. ¿No has notado que los secretos míos no se los confío á mi padre ni á mi hermano, que es otro yo?

—Lo he visto.

—En cuanto el secreto si se dice á uno, ya no es secreto, y este debe ser un arcano que para nadie se abre.

—En el caso presente hay además otra razón.

—¿Para no descubrirlo?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Que lo conozco como vos.

—¡Qué dices?—exclamó Flaviano tirando el anteojo y fijándose en Luisa.

—Ya lo habeis oido; como vos.

—Sí, es posible; tu adivinas.

Y volvió á coger el anteojo para continuar mirando.

—No he podido ver, deducir y penetrar más allá de lo que ya he comprendido.

—También es posible.

—¿Haceis justicia á mi inteligencia?

—Siempre se la hice.

—A vuestro lado aprendí mucho.

—Con poco hubieras tenido bastante, amiga mía.

—Es que tuve mucho.

—Me alegro y puedo asegurarte que tengo una alta idea de tu talento y superior inteligencia.

—Gracias, señor.

—Después de mi padre y de mi hermano Julio, eres el sér que más vale en Méjico.

—Con tan excelente maestro...

—Algo sembré, pero era el terreno tan bueno, que produjo el mil por uno.

—¿Teneis pensamiento completo para lo que debe hacerse?

—¿Cuándo?

—Al acabar los ingleses.

—No; á medias.

—Explicaos, señor.

—Sólo tengo ultimada la primera parte; de la segunda no me he ocupado aún.

—¿Qué vais á hacer con los ingleses?

—No lo sé todavía.

—¿Y con esos treinta mil desgraciados indios?

—Tampoco lo sé.

—Dejadme á mí que desarrolle esa segunda parte de vuestro pensamiento.

—¿A tí?

Flaviano dejó otra vez de mirar y se fijó con interés en su paje. Este le contestó:

—A mí, sí, señor.

—¿Qué harías con ellos?

—Valiéndome de mi primo y de los cien indios que

le obedecen, los llevaría al cristianismo, si era mi idea auxiliada por misioneros.

—¿Qué harías de los ingleses, de los caciques, de Moctezuma y restantes aztecas, que nunca se harán cristianos porque no les conviene serlo?

—Los inutilizaría para siempre.

—¿De qué modo?

—Es aún un secreto que no puedo decirlo.

—¿Quienes te ayudarían en el desarrollo de ese pensamiento complementario del mío?

—Los cien indios vuestros, el general Mendoza, mi primo, los misioneros, muchos misioneros.

—Comprendo tu idea, Luisa.

—¿Y qué decís?

—Que des principio á su desarollo. ¿Vas á ser humana?

—Todo cuanto me sea posible.

—¿No comprometerás el buen nombre español?

—¿No es ya el mío?

—¿Que necesitas?

—Que os marcheis de San Juan ú os oculteis en San Juan por tres ó cuatro días.

—¿Para qué?

—Para que mande yo sola.

—¿Delegando mis poderes en el general Mendoza?

—Siempre os adelantais. Eso es.

—¿Y diciendo á Rogelio que te obedezca en todo?

—Sí, señor

—¿Desde cuando?

—Yo empezaré á trabajar desde mañana, pero no os

ausentareis hasta que los ingleses acaben su obra y tenga efecto el pensamiento que con tanto cuidado ocultais. Desde este instante.

—Es decir, desde pasado mañana por la noche.

—Eso vos lo sabeis solo, casi solo, porque algo habrán comprendido vuestros zapadores.

—¿Qué zapadores?

—Todos los que tenemos.

—¿Qué hacen esos?

—Trabajar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, lo he supuesto.

—¿Cuando salgo y no me acompañas, donde voy?

—En busca de ellos.

—¿Lo supones?

—No, señor, lo doy por hecho.

—¿Qué hacemos?

—Trabajar.

—¿En qué?

—Lo sabeis mejor que yo.

—Quisiera oírtelo.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque me habeis enseñado á no descubrir secretos.

—Cállatelo.

—Os vais á ausentar de San Juan ó á ocultaros.

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Entonces?...

—Se halla en San Juan el príncipe de Italia, y quie-

ro sepultarme con él en su convento tres ó cuatro días.

—¿Sin ver á nadie?

—Sólo al santo y á los religiosos que nos acompañen.

—La idea es como vuestra. ¿Cuándo llegó el príncipe?

—Esta noche.

—¿Le vísteis?

—Sí.

—Preparadlo.

—Mañana.

—Pudiera ser una rémora.

—No; estando yo con él no se moverá de mi lado.

—Las limosnas...

—En San Juan no hay pobres, Luisa.

—Es verdad, señor. Pero entonces, ¿á qué ha venido el santo?

Ese adivina.

—¡Anduvo doscientas leguas!

En una mula, acompañado de su lego y de Anselmo.

—¿Qué se propone?

—Predicar y convertir.

—Excelente idea; nadie puede hacerlo como él.

—Por eso ha venido.

—Pudieron matarlo en el camino.

—Lo defiende la Providencia.

—Como á vos.

—Sí, voy creyendo que también se cuida de mi más de lo que yo merezco.

—¿Podeis prescindir mañana y el siguiente día de mí?

—Sí.

—No saldré del palacio.

—Lo he creído así.

—Os acompañaré por las noches.

—No es necesario. Mientras yo realizo mi pensamiento prepara el tuyo.

—Lo haré.

—Con humanidad.

—Con toda la que pueda.

—¿Necesitas que diga algo á Rogelio?

—Cuando deis la orden de que todos le obedezcan, le decís á él solo: Y tú no harás nada que no te haya mandado antes Luisa. Con eso basta.

—Es la media noche. Vamos á descansar.

Ambos se dirigieron al palacio; Luisa recibió un beso en la frente, y entrando en sus respectivas alcobas, durmieron hasta las siete de la mañana.

Flaviano tomó un ligero desayuno en compañía de Luisa y salió despidiéndose hasta la hora de comer.

El paje entró en el despacho de aquél, y en el acto mandó llamar á Rogelio Mendoza y á su primo el capitán Juan Oaxacay.

El general gigante acababa de levantarse, y antes de entrar en el comedor obedeció el recado del paje.

Entró en el despacho diciendo:

—Dí, Luis, ¿desde cuándo los sirvientes ocupan el despacho y sillón de su amo, y osan mandar recados á los generales grandes de España.

—Desde que hay tontos que se dejan dominar por míseros sirvientes como yo.

—¿Mi hermano Flaviano es tonto?

—Por lo visto lo es también.

—Sepamos qué desea el deslenguado. Abrevia que me espera el desayuno.

—Hoy comerás cuando Dios quiera.

—Entonces me voy.

—No; te quedas y te sientas aquí, á mi lado. Pero cierra antes la puerta.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, y te advierto que te mando por orden del general en jefe.

—¿Salió ya?

—Salió.

—¿Cómo no le acompañaste?

—Hoy trabajamos cada uno por su lado.

—Cosa rara.

—Aún verás otras cosas más extrañas.

—Acepto el honor que me haces, indio bravo, y me siento á tu lado. ¿Qué deseas?

—Yo nada de tí, hablo en nombre del general en jefe.

—¿Con formalidad?

—Con toda la que tengo.

—Estoy á tu disposición.

—Dí, marqués, ¿has comprendido que ese campamento no puede continuar así?

—Estando aquí mi hermano Flaviano nada tenemos que ver nosotros con eso.

—¿No hay más cerebro que el suyo en San Juan?

—Hay muchos, pero el suyo es primero, el único por esa causa que debe funcionar.

—Necesita auxiliares que le ayuden.

—¿A discurrir?

Luisa meditó, después le dijo:

—No, á ejecutar.

—Dispuestos estamos todos á eso: que nos mande y haremos cuanto cumpla á su volutad.

—Hay ciertas cosas que debe mandarlas él solo, otras que debemos mandarlas tú y yo, y hasta las hay que debe enterarse de ellas cuando estén hechas.

—Luis, que eres terrible; procura no comprometerme.

—Oye con atención.

—Habla.

—Le dije anoche: yo me encargo de dirigir todo lo que vos no debeis ni quereis hacer; pero necesito que desaparezcais de la escena por dos ó tres días.

—¿Qué te contestó?

—Que sí.

—¡Diantre de paje, qué influencia tiene con él!

—No es influencia.

—¿Pues qué es?

—Valor, comprensión, deseo del bien de la patria y amor á España.

—Si tú solo mandas, no dejas vivo un inglés ni un indio rebelde.

—Veas cuán grande es el error: me propongo salvar á todos los indios y hasta hacerlos católicos.

—¿Y los ingleses?

—Seguiremos la noble y generosa huella del duque del Imperio y del príncipe Julio.

—¿No dejando uno como ellos hicieron en la mar?

Imitando á tan nobles y generosos caballeros.

—Ya decía yo que tú... Malos son los ingleses Luis, y creo que tienes razón.

—Como el duque y el príncipe.

—¿Qué puesto me quieres dar en esa carnicería?

—Te adviendo que ni nosotros ni los nuestros han de matar á ninguno.

—Eso ya es otra cosa; ¿pero cómo te vas á componer?

—Si ellos se matan unos á otros, dejarlos.

—Claro está, pero contesta: ¿qué puesto me vas á dar en esa intriga?

—Se marcha por tres ó cuatro días el general en jefe, y tú quedas en su lugar.

—Pero si yo...

—Tú lo mandas todo después de haberlo acordado yo.

—Yo mando en la forma, tú en el fondo.

—Una cosa parecida.

—¿Lo quiere mi hermano?

—Sí.

—Pues cuenta conmigo, y adiós.

—¿Donde vas tan de prisa?

—Al comedor.

—¿Cuándo vuelves?

—Cuando concluya mi desayuno.

—No me dejes solo mucho tiempo.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Bueno está tu miedo. Antes de una hora vuelvo.

Desapareció Mendoza, y Luisa se quedó meditando hasta que le avisaron que esperaba el capitán Oaxacay y le mandó entrar.

Oigamos lo que hablan, que es muy importante y ha de llamar la atención de nuestros lectores, por más que todo ello sea en un momento dado, corregido y modificado por Osorio que en la ocasión presente adivinará como en otras muchas.

CAPITULO XXVIII

Los dos primos.—Otra vez Mendoza.—Queda el jigante á la completa disposición del paje.

Luisa mandó cerrar á su primo la puerta del despacho, y después de hacerle sentar en el sillón en que había estado Mendoza, dijo:

—¿En qué te ocupas, Juan?—le preguntó Luisa.

—En aburrirme.

—¿Por qué?

—Porque no hago nada.

—¿Tienes ganas de trabajar?

—Sí, Luisa.

—Lo vas á conseguir.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

—Empecemos.

—Oye antes.

—Deseo escucharte.

—Le oí decir á mi padre que eras el individuo de la familia que tenía más y mejores aplicaciones.

—No sé...

—Quiso decir que servías para todo.

—Sepamos.

—Ahora se trata de una intriga tan importante como expuesta para los que en ella tomen parte.

—Venga.

—Despacio, Juan, que el asunto requiere calma, valor y mucha inteligencia.

—Esas son las que á mí me gustan.

—Y á mí.

—Tenemos la misma sangre.

—Y el mismo apellido.

—¿Quién dirige este asunto?

—Yo.

—Lo sabe el héroe.

—¿Qué hago yo sin su venia?

—Todo lo que te da la gana. Mucho te debe, prima, pero abusas.

—Por su bien ó el de la patria.

—Eso es verdad, mas te revuelves contra él, y eres el único que hace eso.

—Cuando él lo tolera, no estará mal hecho.

—Eso es cuestionable, pero en fin, adelante. ¿Quedamos en que el general sabe lo que vamos hacer?

—¿No te basta con que yo te lo mande?

—¡Lo quiero y lo respeto tanto!

—¿Más que yo?

—¿Tú lo respetas? ¡Qué sarcasmo! Más no puede ser en contra de él, y haré lo que me mandes.

—Vamos á dar de comer y á salvar las vidas de esos treinta mil compatriotas nuestros.

—¿Qué dices, Luisa?

—Lo que has oído.

—¿Y eso puede ser?

—Sí.

—¿No son rebeldes y enemigos de España?

—Lo fueron.

—¿Y á esos vamos á perdonar para que se subleven cien veces?

—¿Querías que matáramos treinta mil hombres?

—Muchos son.

—¿No es más humano, más noble y más digno perdonarlos y que sean cristianos?

—¿Pero eso puede ser?

—Sí.

—Veamos cómo, y perdona que me asombre el cambio sufrido en tí.

—¿Qué cambio?

—El de caritativa, humana, bondadosa, cuando hasta ahora mataste por una mirada, por un signo...

—Yo hago siempre lo que debo, por eso unas veces mato y otrás perdono.

—¿Qué vas á encargarme?

—Que te vistas de indio y te vayas al campamento.

—¿Entre esas fieras?

—¿Les tienes miedo?

—Miedo no.

—Pues entre esas fieras ó lo que sean.

—¿Y qué hago entre ellos?

—¿Tienes algunos conocimientos entre los rebeldes?

—Y varios parientes por parte de madre.

—Es preciso que den fin de los ingleses, de Moctezuma, y de los sacerdotes y caciques.

—¿De qué modo?

—Encerrándolos en el siguiente dilema: O matan ó mueren ellos de hambre.

—Terrible dilema.

—No hay otro.

—¿Con qué cuento para llevar á cabo tu idea?

—Con los cien indígenas de tu compañía, con todas las provisiones que te hagan falta y con cuanto dinero necesites.

—¿Puedo ofrecerles la libertad para en el momento que hayan dado fin de todos los que has dicho?

—Desde ese instante tendrán comida abundante y cuanto les haga falta, y saldrán de ahí en completa libertad y bien socorridos en cuanto se hagan cristianos. Ya procuraremos antes que elevados y dignos misioneros los convenzan. De este modo les perdonaremos la vida y ganaremos sus almas para con Dios.

—Idea digna de tu elevada inteligencia, pero muy difícil de realizar.

—¿Por qué?

—En primer lugar porque los ingleses tienen buenos cañones y arcabuces y ellos no.

—En segundo lugar mañana por la noche no les quedará á los ingleses un grano de pólvora. Continúa.

—¿Quién se la va á quitar?

—Eso no es cuenta tuya, ellos no la tendrán y á los aztecas del campamento les sobrarán armas, municiones y alimentos. Sigue.

—Ya no, si eso es así la cuestión no será tan difícil.

—Así es.

—Los rebeldes se hallan extenuados.

—Si puedes, dales de comer sin que te vean; ¿tienes cuanto te haga falta?

—¿Y si me descubren?

—Llevarás un salvo conducto.

—¿Firmado por tí?

—No, por el general Mendoza.

—¿Cuando debo dar principio?

—Ahora mismo, pero con calma y reflexión.

—Se entiende.

—Déjame extender unas cuantas órdenes.

Y Luisa escribió quince minutos.

Cuando acabó volvió Mendoza. Al ver á Oaxaca y le dijo:

—Hola, capitán de indígenas, ¿también vuestro endiablado primo os mete en el lío?

—Sí, señor.

—Lo siento por vos.

—Señor marqués, lo sabe el general Osorio.

—Bastante le importan á él todos los generales del mundo.

—Qué hablador estás hoy, Rogelio.

—Y tú que intrigante.

—Si no hubiera sido tonto aun estarías de capitán.

—Es posible; mis hermanos, porque soy marqués y rico, creían que nada me hacía falta.

—Firmad esas órdenes, poniendo, el general marqués de Abella.

—¿Quién lo manda?

—Yo.

—¿Pero Oaxacay, habeis visto nada más osado que este paje?

—Firmad ó hago que recaigan vuestros poderes en Almeida ó Fajardo.

—Estaría de ver que se me antepusieran esos maestres. Sepamos: Una orden para que dejen entrar y salir á todas horas en la plaza solo ó acompañado á don Juan Oaxacay. Esta la firmo. Otra orden mandando que al mismo capitán le dé la administración militar cuanto dinero y víveres necesite y pida. También la firmo. Otra amenazando destruir el campamento en dos horas si en él se atenta contra la vida del propio capitán. También la firmo y lo haremos si matan ú ofenden á un capitán nuestro. ¿Y esto qué es, Luis?

—Una orden igual en idioma azteca.

—Comprendo y firmo. ¿Qué más?

—Por ahora basta con eso.

—Oaxacay, la verdad es que vuestro primo consigue de mi todo lo que se propone.

—Y de mí, mi general.

—Y hasta de mi hermano.

—Porque sois buenos.

—¿Y tú qué eres?

—Bueno también.

—Y muy guapo; cuidado para hombre qué cara tiene. Si existiera una mujer tan hermosa como tú me enamoraba de ella.

—¿Y qué harías después?

—Si tenía un origen como el tuyo y una virtud grande, casarme con ella.

El rostro de Luisa se encendió hasta el extremo de verse obligada á toser y á volver la espalda para que Mendoza no lo notara.

Cuando le fué posible, le dijo á su primo.

—Juan, vas á prestar á Méjico el servicio más grande que le ha prestado hombre alguno. Creo que te dí elementos bastantes para llevar á feliz término mi plan, pero meditas, discurre, y si no te bastase pídeme cuanto te haga falta y en el acto lo obtendrás. La misión es tan importante como difícil, mas esas son las que desean llenar los Oaxacay.

—Nada temas, Luis, lo he comprendido bien y haré cuanto pueda por arrancar á la suerte la victoria.

—Vas á vivir entre traidores y rebeldes; sé astuto, sagaz y antes de descubrir tu intento procura rodearte de amigos y defensores.

—Así lo haré.

—Habla poco y piensa mucho lo que vas á decir.

—Conforme.

—Puesto que vas en busca de víboras, es indispensable que te conviertas en lagarto.

—Lo seré.

—Puedes preparar, discutir; pero nada dispongas en definitiva hasta mañana por la noche, en que los in-

gleses ni tendrán pólvora ni esperanza de salvación.

—Dos días para preparar y dos para obrar.

—O tres ó cuatro, los que necesites.

—Cuando entres en la ciudad ven á verme; si estoy dormido que me despierten, si comiendo ú ocupado, entra donde esté ó que me pasen recado.

—Muy bien.

—Por último, si te matasen, juro vengar tu muerte como saben hacerlo los de nuestra raza.

—Y los de la mía,—añadió Mendoza.—Yo te ayudaré hasta acabar con cuantos hay en el campamento.

—Adios, primo; el cielo os guarde, mi general.

Los dos estrecharon su mano, y Juan Oaxacay salió de allí tan grave como requería la misión dificilísima que se proponía llenar; pero sereno, con la frente levantada y sin temor alguno.

Su resolución era ya irrevocable.

Solos Mendoza y Luisa, dijo el primero:

—Puesto que no sales, me quedo.

—¿Qué te propones, marqués?

—Hablar contigo; tengo en ello mucho gusto. No sé en qué consiste, Luis, pero á tu lado me hallo siempre bien.

—Gracias, general.

—Oye, niño, ¿por qué mañana se quedarán los ingleses sin un grano de pólvora?

—Porque no la tendrán.

—¿Pero por qué?

—Ya te lo diré pasado mañana y es posible que te horrorices.

—Algo bueno intentarán ellos.

—No es muy bueno lo que nosotros intentamos; pero ellos tienen la culpa que nos han enseñado el camino del mal.

—Todo lo que hagamos contra ellos será poco.

—Poco no, pero lo que merecen.

—¿En qué nos vamos á entretener, Luis?

—En lo que tú quieras.

—¿No deseas que demos un paseo?

—Por la tarde, cuando el calor haya concluído.

—Me parece bien.

—¿Irás donde yo vaya?

—¿Lo dudas?

—Iremos al campamento.

—No tengo inconveniente. Por cierto que he de llevar mi banda de general para que puedan reconocerme.

—¿Qué te propones?

—Que vean el miedo que les tenemos.

—Sea.

Los dos continuaron hablando hasta la hora de comer, que llegó el héroe.

La verdad es que, á excepción de Flaviano, con ninguno hablaba Rogelio que le gustase tanto su conversación ni que supiera excitar tanto sus simpatías.

Lo mismo le sucedía á Luisa con Mendoza, y esta afición y simpatías los disimulaba la casta joven con las infinitas bromas y sátiras que dirigía de contínuo al gigante.

Nadie pudo notar nada de aquello; verdad es que hasta el mismo Mendoza no se daba razón de la causa

de tales simpatías, por el error en que estaba del verdadero sexo de Luisa.

Solo Flaviano advirtió lo mucho que ambos se querían sin comprender ninguno el motivo verdadero. Este solo lo conocía Osorio.

Llegó el héroe, y despues de fijarse en ambos, les dijo:

—¿Hablábais?

—Hace más de seis horas.

—¿Habeis regañado?

—Hoy no, estuvimos formales.

—Milagro en vosotros. ¿No os habeis aburrido?

—Nunca nos aburrimos cuando hablamos los dos,—dijo Mendoza con la mayor ingenuidad;—tu paje, hermano, me encanta, á pesar de su insolencia y atrevimiento.

—Porque te es muy simpático.

—Eso sí; ¿sabes lo que le decía antes?

—Si me lo refieres.

—Le decía, que si encontrara una dama tan hermosa como él, tan valiente y tan entendida, me enamoraba de ella.

—¡Que te contestó!

—Preguntarme qué haría si la hallase. Y yo repliqué, que casarme con ella. Otra cosa no podía.

—Es verdad, pero hablemos de asunto distinto, porque á mi paje no le gusta que le comparen con mujeres. Vé que encarnado se ha puesto.

—Eso sí que es raro; para unas cosas es un león, y para otras una señorita que se ruboriza como una colegiala de quince años.

—Le estás haciendo sufrir y no te lo tolero, Rogelio. Déjale en paz.

—Mendoza sonrió, Flaviano estudió las impresiones que Luisa demostraba haber recibido, y luego la preguntó:

—Luis ¿estuvo tu primo?

—Sí, señor.

—¿Os entendísteis?

—Perfectamente.

—¿Por donde anda?

—Por el campamento probablemente.

—Muy bien. ¿Vaciló?

—Señor, los Oaxacay obedecen ó se imponen; jamás dudan.

—Que sea enhorabuena, señor traspalmerano. ¿Y con Rogelio has hablado?

—También.

—¿Te obedecerá?

—¿Qué remedio tiene?

—¿Pues no ha de tener, niño mal educado? Si me canso, verás.

—Como no puedes cansarte.

—Quién sabe. Oye, Flaviano, me ha hecho firmar varias órdenes, una de ellas en esa jerga que hablan los indios como él.

—Quedarías enterado.

—Ni una palabra comprendí.

—La creo. Está bien; firma todo lo que te presente.

—¡Con esas alas!

—Más vale tener alas, señor marqués que otra cosa.

—¿Qué otra cosa es esa?

—Garras de león.

—No lo creas, palomo delicioso, el león por su fuerza y brio, es el rey de los animales.

—Buen monarca estás tú.

—Como tú, palomo, con más hiel que el cóndor. Creo, hermano, que va á intentar algo que nos asombrará.

—Déjalo que haga lo que quiera.

—Está bien, con tiempo te lo advierto, si luego te pesa no hacerme caso, no te quejes á mí.

Flaviano los miró con interés, sonriendo luego. ¡Cuánto quería decir aquella dulce sonrisa!

Les avisaron que esperaba la comida, y los tres pasaron al comedor.

En cuanto acabaron aquel acto se ausentó Flaviano, quedando los restantes de sobremesa.

A las cinco de la tarde cogió Luisa un anteojo de Osorio, y se fué con Mendoza al campamento con la celada del casco echada.

Ya en él le preguntó la joven:

—¿Dónde vamos, general?

—Donde tú quieras; soy capaz de llegar hasta las tiendas de los ingleses.

—Y yo también, pero no hay necesidad. Vamos si quieres al fuerte que han hecho nuestros zapadores.

—Tienes razón, aún no le he visto por dentro.

—Ni yo tampoco.

—Allí está; tiene dos cañones.

—Sí, y cien arcabuceros.

—Este se hizo para que nadie se escapara por el brazo derecho del río.

—Y ninguno se escapó.

—Ahora quedará como un fuerte avanzado de la plaza.

—Y son ya cuatro los que tiene.

—Quedó una plaza de primer orden.

Después que hubieron llegado se dieron á conocer, y pronto les franquearon la entrada.

Mientras Mendoza reconocía el fuerte, Luisa subió á lo más elevado y con el anteojo estuvo mirando todo el campamento.

Por fin distinguió á su primo Juan que hablaba con varios indios, tumbados todos en el suelo, pero solos y aislados de los restantes.

Los ingleses no se veían por ninguna parte.

Cuando Rogelio acabó su reconocimiento buscó al paje, preguntándole.

—¿Qué haces?

—Miro.

—¿Qué ves?

—Hombres.

—Lo supongo: ¿qué más ves?

—Un gran montón de pescado que sacaron esta tarde.

—¿Lo reparten?

—Sí.

—¿Vámonos?

—Espera un poco.

Luisa continuó mirando con el anteojo hasta el anochecido.

Los dos se despidieron del jefe de la guarnición de la torre, y se volvieron á la ciudad sin que nadie les detuviera el paso.

Por el camino preguntó Rogelio á Luisa:

—¿Viste á tu primo?

—Sí.

—¿Entre indios?

—Entre jefes indios.

—¿Qué hacían?

—Creo que conspiraban.

—¿Al aire libre?

—Y tendidos en el suelo.

—Tengo buenas noticias del valor de tu primo.

—Llega á la temeridad.

—Como tú.

—El duque del Imperio hizo en la gruta grandes elogios de la bizarría de Juan.

Llegaron á la ciudad y un cuarto de hora después al palacio.

Todavía esperaron más de una hora el regreso de Flaviano.

Cuando éste llegó, se fueron al comedor y cenaron.

A las nueve y media tornaron á salir Flaviano y Luisa; el primero se perdió en una calle estrecha, la otra entró en la casa observatorio.

CAPITULO XXIX

Otra vez los dos primos.—Llega Flaviano á tiempo.—El día anterior al de la explosión proyectada.—Todo puede ganarse y todo puede perderse.

Ya en la casa que servía de observatorio á Flaviano y á Luisa, cerró ésta la puerta, y después que hubo encendido las dos velas que tenía dispuestas, salió á la azotea y empezó á mirar con el anteojo.

—Continúan—dijo,—conduciendo cajas y barriles. Como esta operación solo la hacen de noche, tardan mucho. Aún así es incalculable los muchos bultos que llevan ya metidos en el fuerte figurado.

Solo eso se vé; en el resto del campamento no se distingue nada. Posible es que esté mi primo allí, y posible es que haya regresado y me esté esperando en el palacio. Es tan grande la obscuridad, que aun cuando estuviese en el campamento no puede verlo; únicamente se puede distinguir algo donde hay luces, y estas son para guiar á los que llevan las cajas y barriles.

Pues si nada puedo ver que á mi primo se refiera, me vuelvo al palacio.

Miró cinco minutos más, dejó el anteojo, apagó las luces, y guiada por la linterna salió de la casa, dirigiéndose al palacio.

A la media hora de haber llegado le anunciaron la presencia de su primo.

Luisa, siempre serena y fría, se hallaba esta noche nerviosa y su cerebro algo descompuesto. Y consistía en que era aquella la primera intriga que desenvolvía y de tanta consideración era, que empezaba á ser superior á sus grandes fuerzas intelectuales.

Recibió á su primo en el despacho de Flaviano y al verlo entrar exclamó:

—Avanza. Ya me tenías impaciente. Temí por tu vida, temí por la causa que defendemos, y yo que jamás temo nada, fuí esta noche un puro temor. ¿Qué te ha ocurrido? habla.

—Nada que justifique esa ansiedad.

—Me alegro.

—Los rebeldes ponen algunas condiciones para dar fin de todos los ingleses, de los caciques y para hacerse cristianos.

—¿Qué desean?

—Lo primero comer.

—¿Y lo segundo?

—Armas de fuego.

—¿Cuantas?

—Mil.

—¿Y lo tercero?

—Tu firma.

—¿Para qué?

—Para tener seguridad absoluta de que el pacto se ha de cumplir.

-Desconfiarán de tí?

—Esos hombres desconfian de todo el mundo.

—Vamos por partes: ¿qué es lo primero que necesitan?

—Cien arrobas de víveres, que debemos mandarles á media noche y sin que los ingleses los vean. La forma y modo de hacerlo hemos convenido ya y no podrán enterarse los extranjeros. Ya en poder de ellos los víveres, recibirán los mil arcabuces con cien cargas cada uno y al llegar á sus manos el último irás tú á un lado del campamento, á la parte acá de la línea divisoria, firmarás un escrito ofreciendo el indulto á todo el que se haga cristiano y mañana á la media noche comenzará la matanza.

—¿Cuándo ha de quedar en su poder desde los víveres hasta la firma?

—Antes de amanecer.

—¿Con quienes te has entendido?

—Con un primo hermano por parte de mi madre, jefe de 90 y 11 jefes más. Estos han consultado á otros cincuenta y todos están conformes.

—¿Y los indios?

—Estos les obedecen ciegamente.

—¿Qué debemos hacer, primo?

—Tu lo verás; sin que aceptemos esas condiciones, prefieren morir de hambre á realizar nuestro pensamiento.

—Debíamos consultar con el general en jefe.

—¿Dónde se halla?

—No lo sé.

—Si tarda mucho, no tendremos tiempo bastante para cumplir todo lo que nos piden.

—Hasta es posible que no lo veamos esta noche.

—En ese caso debemos desistir.

—¿Tienen dispuesta la gente necesaria para trasportar los víveres y armas?

—Sí.

—¿Dónde?

—A la parte del fuerte, ese que están levantando en la raya.

—Ese será el sitio mejor para que los ingleses no los vean.

—Ayuda además la oscuridad de la noche.

—Juan, yo no me atrevo á darles cien cargas de víveres y mil arcabuces sin que lo sepa el general Flaviano.

—¿Qué hago entonces?

—Retrasar veinticuatro horas la entrega de todo.

—En ese caso debo avisarles.

—¿Te esperan?

—Claro es.

—¿Cerca de la raya?

—En la misma raya.

—Pues parte y vuelve volando.

—¿Qué les digo?

—Que es necesario empaquetar los víveres, las armas y las cargas, y no hay tiempo bastante en el resto

de la noche. Que entre hoy y mañana se dispondrá todo, y antes de la media noche del día siguiente lo recibirán, incluso mi firma con todo lo demás que á ti se te ocurra.

—Parto.

—¿Cuánto tardarás en volver?

—Media hora.

—Aquí te espero.

—Adiós.

Salió Juan, y quedó sola Luisa meditando en la intriga que se hallaba realizando.

No estaba satisfecha, y por esta causa se había decidido á enterar de todo á Flaviano. Su instinto le decía que no iba por el mejor camino para el logro de sus deseos.

Seguía nerviosa y desasosegada. Su cerebro no funcionaba esta noche como de ordinario.

Esperó un poco más de media hora.

Por fin oyó ruido de pasos, entrando casi á la vez el capitán Oaxacay.

—Siéntate y habla,—le dijo Luisa con viveza.

—Le he convencido de que no hay tiempo bastante para hacer la entrega de todo esta noche, y esperarán á mañana, pero quieren tener el empeño de tu palabra; no es necesario que sea por escrito, verbal, de que serán indultados, después de muertos los ingleses, todos los que se hagan católicos.

—¿Sólo quieren el compromiso del indulto?

—Por esta noche con eso les basta.

—¿Nos esperan?

—Sí.

—¿Quiénes?

—Mi primo y once jefes representantes además de todos los restantes.

—¿Cerca del muro?

—En la misma raya.

—No está lejos.

—¿Vamos?

—Sí.

Luisa añadió á su espada un par de pistolas de dos cañones, y salió con su primo sin vacilar.

Continuaba sobrándole valor, pero su entendimiento seguía perturbado por la causa expuesta.

Con paso vivo y sin expresar frase alguna anduvieron varias calles, llegaron al muro y no pararon hasta el rastrillo.

—Centinela,—gritó Oaxacay—abre y echa el puente.

—No puedo,—le contestó el soldado:—tiene las llaves el teniente.

—Avísale que venga al momento; lo mandan el capitán Oaxacay y el paje del general en jefe.

—Tampoco puedo.

—¿Por qué?

—A esta hora de la noche no me es posible moverme de este sitio.

—Juan, avisa tú al teniente,—le dijo el paje.

—Vuelvo.

Y se dirigió al cuerpo de guardia.

Pero en vez de regresar el capitán fueron cuatro soldados armados de arcabuz.

Uno de ellos preguntó:

—¿Sois el paje don Luis?

—Sí, yo soy.

—Seguidnos.

—¿Dónde?

—No damos explicaciones.

—Insolente.

—Estais preso de orden del general en jefe. Adelante.

—¿Del general en jefe?

—Sí.

—¿No os han engañado?

—No.

—¿Quién os dió la orden?

—El teniente Ros.

—¡Ros! Ya os oigo.

Y lo llevaron al cuerpo de guardia.

Al verla Ros, exclamó.

—Sargento Angulo, con ocho hombres lleváis estos dos presos al palacio del general en jefe, se les entregais al oficial de guardia y regresáis.

—Mariano Ros, ¿me conoceis?

—Porque me consta que sois el paje de mi general y vuestro compañero el capitán Oaxacay, os prendo.

—¿Nada teméis?

—No. Soy capaz de prender y hasta de matar al duque del Imperio, al príncipe don Julio y hasta al mismo rey si me lo mandase el que ha ordenado vuestra prisión.

—¡El general Flaviano.

—Eso es, vuetro señor y el mío.

—Está bien, Ros, seguid cumpliendo con vuestro deber.

—Lo siento, don Luis; ya sabéis que os admiro y respeto; pero lo ha mandado el general y vais presos, y si me hubiera dicho, mátalos Mariano, ya estaríais muertos y bien muertos, como estais bien presos; el general nunca se equivoca.

—Vamos, Juan; sargento Angulo, cuando gustéis.

Y salieron entre ocho soldados, un cabo y un sargento.

Llegaron al palacio y el oficial de guardia les mandó subir, poniéndoles un centinela de vista.

Los entraron en el despacho del general.

Juan preguntó á su prima:

—Pero Luisa, ¿qué es esto?

—Me temo que hayamos hecho algún disparate, lo previó el héroe y nos enmienda la plana.

—Posible es.

—Pues si el general no viene en toda la noche, nos vamos á divertir.

—Verdad es. ¿Qué hacemos?

—Siéntate en ese sillón, y si tienes sueño duerme. Es lo único que puede hacer un preso.

—Yo no puedo dormir.

—¿Hiciste algo más de lo que me has dicho?

—No, y en verdad que no comprendo nuestra prisión.

—Pues si los otros te esperan también se van á divertir.

—No siento yo la diversión de ellos, sino la nuestra, prima.

—Tendremos paciencia, Juan. En estos sillones se puede dormir bien.

—Mejor cama ofrecen que la que tienen los caciques y jefes del campamento.

Continuaron hablando hasta la una de la madrugada que llegó Flaviano, dió la orden al centinela de vista para que se retirase y entró en el despacho.

Oaxacay se puso en pie, el héroe se sentó, miró á Luisa y con acento cariñoso le preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Que estoy presa por orden vuestra.

—¿Nada más que eso?

—¿Os parece poco?

—¿No es mejor que te halles presa en mi palacio que en el campo enemigo, donde ni cama ni comida te hubieran dado?

—¿Quién me iba á prender allí?

—Un primo de ese desdichado capitán Oaxacay y once jefes indios.

—¿Estáis seguro, señor?

—Sí.

—¿Por qué me prendían cuando solo trataba de hacerles bien?

—Porque les importaba más su negocio que el bien tuyo.

—¿Con que iban á negociar?

—Sí.

—¿De qué modo: queréis decírmelo?

—Creyeron que teniéndote en rehenes yo accedería á todos sus deseos, saldrían del campamento y me harían la guerra con buenas condiciones para ellos.

—¿Qué hubieran logrado con tan infame idea, señor?

—Lo que los sectarios de Mahoma con el hijo de Guzmán.

—¡Me hubieran muerto!

—Sí; mi patria es para mí antes que tú, antes que mi padre, antes que mis hijos, si algún día los tengo.

—¡Qué malvados, señor!

—Mi temor era que los desconocieseis los dos y no me equivoqué.

—¿Nos espiaron?

—Sí.

—Qué previsor sois.

—Algo más que tú. Quise salvar la vida de esos desgraciados y entre ellos y vosotros, si me descuido, me lleváis al terrible trance de matarlos á todos.

—¡A todos!

—En cuanto te hubieran tenido en rehenes y hubieran venido imponiéndome las condiciones más duras y humillantes, por tu honor y por el de mi patria, hubiera roto el fuego contra ellos hasta verlos perecer.

—Buena la íbamos á hacer, primo.

—Nos engañaban, Luisa.

—¿Qué hacemos, señor?

—Coge la pluma y escribe en azteca.

—Dictad.

Miserables: pensábais pagar mis beneficios, cogiéndome en rehenes para imponernos luego al gene-

ral en jefe de los ejércitos de su majestad el rey de España, sin comprender que en el acto, todos vosotros conmigo hubiéramos sido ametrallados y muertos. Gente tan vil y cobarde solo merecen el desprecio de Luis Oaxacay, paje del general en jefe.

—Firma y da ese escrito á tu primo.

—Tómalo, Juan.

—No lo llevas tú,—Oaxacay,—añadió el general.—Se lo das al peor soldado de la compañía que mandas y que lo lleve ahora mismo. Te advierto que solo á él dejarán salir de la plaza.

—Dios me líbre, señor, mejor dicho, que Dios me confunda antes de desobedeceros.

—Mandas ese escrito y te retiras á descansar. Si esos desgraciados quieren morir de hambre, que mueran; nadie ya podrá culparnos; solo su traición y maldad, que yo he logrado parar esta noche los llevará al sepulcro. Parte Oaxacay.

Salió el indígena y Luisa preguntó á su señor:

—¿Tenéis espías en el campo contrario, señor?

—No.

—¿Quién os ha dicho que me iban á coger en rehenes.

—Lo que ví y mi buen sentido.

—¿Qué visteis, señor?

—Ví á tu primo comunicar con varios jefes rebeldes, varios de estos se quedaron con él, otros se extendieron por el campamento y uno corrió en busca de los caciques. Luego este mismo, habló varias veces con Juan y otras tantas con los caciques. Desde ese instan-

te comprendí que fraguaban una traición, estudié qué traición podía ser sabiendo todo el mundo lo mucho que has hecho por mí y que jamás me olvidé de que había nacido caballero, juzgué que la traición era tenerte en rehenes é imponerse á mí de ese modo. No me conocen; ingleses, indios, paje, y mi padre que hubiera estado con ellos, todos hubieran sido ametrallados. Para algo mi patria me ha mandado aquí dándome poderes discrecionales.

—Hubiérais hecho muy bien, señor.

—Hubiera cumplido con mi deber. Tu muerte arrancaría hondos suspiros á mi corazón, pero yo mismo hubiera afinado la puntería de los cañones que mandaban la muerte al campo donde tú estabas.

—¡Qué talento tan grande tenéis; qué modo de adivinar! De idea en idea, de deducción en deducción llegais á la verdad por el sendero más recto, y más seguro.

—Retirémonos á descansar.

—¿Qué hago mañana?

—Continúas presa hasta mañana por la noche.

—No saldré, os lo juro.

—Aun cuando quisieras no podrías hacerlo. Tu frente.

Flaviano la besó entrando en su alcoba.

También Luisa entró en la suya murmurando por el camino:

—Qué inteligencia tan privilegiada tiene; le bastó ver á los indios hablar con los caciques para comprender lo que fraguaban los primeros Y á pesar de eso

no me dice nada. Da la orden de que me prendan si intento salir de noche y espera á saber si mi buen juicio me libra del mal que me amenaza ó tiene él que hacerlo. Y para que no se sepa, en el caso de librarme yo, encarga mi prisión al hombre que más confianza le inspira, á Mariano Ros. ¡Qué hombre tan superior, qué hombre!

Poco después se quedaba dormida. Flaviano era ya para ella una divinidad.

A la mañana siguiente halló á Mendoza que le andaba buscando.

—¿Qué quieres, marqués?—le preguntó incorporándose con él.

—Entremos en mi despacho.

—No, en el de mi señor.

—Es igual. ¿Por qué estás presa?

—Porque quise ir al campamento enemigo con mi primo.

—¡Ah, por el negocio de ayer!

—Sí.

—Pero eso no era bastante...

—Si me dejan salir anoche y me cogen los enemigos me hacen rehenes.

—¡Qué barbaridad! ¿Lo descubrió mi hermano?

—Sí.

—Luis, tú tienes talento y sabiduria admirables, poro no te metas á intrigas ni á dirigir nada estando Flaviano, porque sabe él dormido más que nosotros despiertos.

—Es verdad.

—Chico, adivina.

—Ya lo sé. ¿Quién te dijo que estaba yo preso?

—Mariano Ros; fué el encargado de prenderte y aun cuando nada contestó á su general cuando recibió la orden, sintió ser el encargado de prenderte por lo mucho que te admira y quiere. Por eso entró en mi alcoba bien temprano á rogarme influyera con mi hermano para que te dejase en libertad, pero aunque en el acto me tiré de la cama y lo busqué, ya el pájaro había volado, y es lo peor que no viene á comer ni á cenar.

—Déjame preso, Rogelio.

—¿Por qué?

—Lo ha mandado él y está bien hecho; no deshagamos nosotros con disparates lo que él hace con tanto talento.

—Perfectamente, yo te acompañaré todo el día.

—No, te vas á aburrir.

—A tu lado jamás. No sé en qué consiste, Luis, pero es lo cierto que tu compañía me encanta.

—Sea. También á mi me gusta la tuya. ¿Qué quieres que hagamos?

—Jugaremos al ajedrez, tiraremos con espada y pistola y si no basta resolveremos problemas matemáticos.

Ya sabemos todo lo que ocurría en la plaza hasta horas antes del momento señalado para que estallase la mina.

Sepamos qué acontece en el campamento.

CAPITULO XXX

Los adelantos de la mina.—Un descubrimiento.—Las conferencias.
—Los asesinatos.

Pasemos al campamento indio-inglés y sepamos qué había ocurrido allí desde el sexto día de trabajos mineros en que lo abandonamos.

Les quedaba en cuestión de víveres muy poco de algunos artículos, de los más malos, los otros todos se habían agotado.

Lo que restaba lo iban terminando los jefes y oficiales, los soldados que estaban de servicio y los trabajadores.

El resto de ingleses é indios comían pescados, frutas y yerbas cocidas.

Hasta las velas de cera y el aceite tocaban á su fin.

¿Pero qué importaba eso á los ingleses si la mina por efecto de la blandura del terreno avanzaba rápi-

damente y tenían la seguridad de hacer volar la plaza, desde cuyo instante les sobraría de todo, hasta de las bebidas alcohólicas que eran lo que más apetecían?

¿Podían llegar al día en que la hermosa ciudad saltara en pedazos mil? Pues bien, nada debían temer con esa esperanza.

Los jefes de los indios les hablaron de asaltos, de huidas á nado por el brazo derecho de Tabasco y de otras ideas análogas, pero nada oyeron; á todo contestaban: pasado el jueves lo que queráis, hasta entonces esperad.

La noche del sexto día se reunieron en consejo como los anteriores, para solo hablar de la mina, ¿seguian los trabajos, nada se oponía á la persecución de ellos? pues todo iba bien, porque lo único que les importaba era volar la ciudad, estaba cerca el momento y lo que esto no fuera, ni tenía importancia ni querían ocuparse de otra cosa.

Entraron en el consejo á las nueve y á las diez ya estaban fuera.

Como sólo de una cosa hablaban terminaban muy pronto

La tranquilidad de la plaza, su indiferencia al campamento, eran para ellos motivo de aplauso.

—Nada saben—exclamaban; —nada sospechan, ¡desgraciados!, pronto volarán sus miembros por los aires.

Y miraban la ciudad de esa manera sonriente del que ve un enemigo próximo á sucumbir.

Ya en estos momentos, ni les molestaba la dieta,

lo malo de los alimentos, ni la falta de bebidas alcohólicas, que forman las delicias de los ingleses.

Pero su mayor satisfacción la tuvieron á la siguiente noche. Antes de abandonar la sala de consejos recibieron un recado de parte del capitán que dirigía los trabajos de zapa, rogándoles le esperasen en aquel lugar para oir una noticia tan importante como grata.

Todos se quedaron.

Eran más de las once de la noche cuando el mencionado capitán se presentó diciéndoles:

—Bien sabeis que no eran errados mis cálculos respecto á la posibilidad de hacer la mina y volar esa maldita ciudad en diez días. Pues nos ha ayudado hasta la suerte. Terminada hoy la galería ó mina, y cuando empezábamos ya á hacer debajo de las casas la boveda que pensábamos rellenar de pólvora para que volaran todos los edificios, hé aquí que hemos dado con un templo subterráneo que nos ahorra ese inmenso trabajo.

—¡Un templo!—exclamaron todos.

—¿Bastante grande?

—Más de lo indispensable.

—¿Abovedado?

—Sí.

—¿Con el nivel de nuestra mina?

—Un poco mas bajo; cuestión de líneas.

—¿Qué tiene ese templo para que pueda llamársele así?

—La plancha y pila de sacrificios rotas por la incuria del tiempo, varios ídolos hechos pedazos, los cua-

les demuestran su antigüedad, y una gran puerta por donde entraban los paganos.

—Propongo al consejo que vayamos todos á ver ese templo ahora mismo.

—Todos, todos.

—Yo iré delante, señores.

Y sin más discusión se dirigieron al supuesto fuerte, comenzando á bajar por una rampa estrecha y desigual; luego se entraba en una galería de una vara de ancha y cinco cuartas de altura, recta, pero por la que había que andar echado adelante por lo bajo del techo.

El piso, las paredes y el techo eran desiguales por premura del tiempo y por el uso que iba á hacerse de la galería.

Luego se llegaba á una inmensa bóveda, que era lo mismo que la había descrito el capitán inglés.

Todos la reconocieron, declarando que se hizo para templo pagano, y que resultaba un hallazgo que, por su extensión y buena forma aseguraba la destrucción de la ciudad.

Uno exclamó:

—No hay duda que el descubrimiento de este templo justifica y asegura el éxito de nuestra idea; pero creo que no tendremos bastante pólvora para rellenar este inmenso hueco.

—Se añade á la pólvora las granadas, las balas y todo el material de guerra que no sean cañones, arcabuces ni arma blanca.

—Es verdad.

—Señores, todo eso corresponde al capitán director

de la mina,—dijo el mayor;—ninguno es tan apto como el autor.

—Sin duda alguna.

—Sólo él debe dirigirlo todo.

—¿Qué necesitais, capitán?

—Varios carretones para arrastrar por dentro de la mina todo lo que se haya de depositar aquí hasta llenar este hueco.

—¿No están haciéndolos?

—Si, deben concluirlos esta noche.

—¿Qué más os hace falta?

—La mecha. Lo demás es cuenta mía.

—Pues hemos concluído.

—¿Por qué no rompemos esa puerta?

—¿Para qué? Tendríamos que rellenar el hueco que nos presentara, y no hay tiempo para tanto ni conviene meter ruido. Ya que hemos hallado esta gran bóveda que tan útil va á sernos, ocupémonos en llenarla de pólvora, granadas y balas, y la voladura será tan tremenda como deseamos. Y no perdamos tiempo, que son necesarios los tres días que nos quedan para llenar este gran vacío. Tened en cuenta que el acarreo por fuera de la mina tiene que ser de noche para no decir al enemigo lo que estamos haciendo, según están ya verificándolo.

—Tiene razón el capitán,—añadió el mayor.—Siga él dirigiéndolo todo sin que le opongamos dificultad alguna para que esto acabe el décimo día.

—Sí.

—Sí.

—Salgamos y vos disponedlo todo, capitán.

—Esta noche han empezado el acarreo; de noche se transporta y de día se arreglan las cajas y toneles, se arrastran por la galería subterránea y se colocan.

—Muy bien.

Y regresaron al campamento muy satisfechos del hallazgo que habían tenido.

Desde aquel instante, unos de noche y otros de día, comenzaron á llenar cajas y barriles de pólvora, balas, granadas, metralla, etc. De día hacían estas operaciones, y de noche las trasladaban al fuerte figurado.

Por la mina las arrastraban en carretones de cuatro ruedas, compuestos de una tabla fuerte y una pequeña barandilla. Dos hombres se uncían con cuerdas por la parte de adelante para tirar del carrito, y otros dos empujaban por la espalda.

De este modo las arrastraban fácilmente y con rapidez.

La colocación dentro de la bóveda la dirigía el capitán que ya conocemos, y la carga y arrastre dos tenientes, situado el uno en el depósito del campamento y el otro en el fuerte figurado.

La mina y las operaciones todas se habían hecho y se estaban haciendo con inteligencia y habilidad. Era posible volar la ciudad hasta el extremo de no dejar un solo edificio en pié.

En estos momentos trabajaban, además de los tres jefes, infinitos ingleses y los veinte indios de más fuerza que había entre los treinta mil; eran montañeses, y tan vigorosos que asombraba su fuerza.

Al siguiente día por la noche se volvió á reunir el consejo, con asistencia del capitán director.

El mayor Claus preguntó al último:

—¿Cómo van los arrastres?

—Muy bien,—contestó el fiero capitán.

—¿Y las colocaciones en la gran bóveda?

—Todas se hacen á mi presencia y son dirigidas por mí.

—¿Qué os proponéis?

—Que la explosión sea instantánea, y que no quede en la maldita plaza un solo edificio en pie.

—Eso es.

—Que no vuele el puente.

—Se halla distante de los edificios, sobre el agua, se compone de barcos y no es posible hacerle volar.

—¿Estará todo terminado pasado mañana?

—Sí, señor, calculo que podré pegar fuego á la mecha á las diez de la noche.

—Muy bien. ¿Construyen como es debido la mecha?

—También la dirijo yo.

—Entonces no admite duda su buena construcción.

—Todo lo hacemos matemáticamente.

—No lo dudo, vuestra gran experiencia y sabiduría son plausibles.

—Me hicieron falta en la ocasión presente y les doy la mejor aplicación.

—Lo estamos viendo. Si esa ciudad vuela, seguro tenéis el ascenso.

—Sí, sí,—exclamaron todos.

—Inglaterra, estoy seguro, recompensará espléndi-

damente los grandes servicios que estáis prestando.

—Muerto Osorio, y confundido entre ruinas el ejército español, con los treinta mil indígenas que aquí tenemos, dirigidos y ayudados por nosotros, la independencia de Méjico es segura.

—Con pocos días habrá bastante para tomar la capital.

—Proclamamos emperador á Moctezuma y que gobierne con nuestra tutela.

—Haciendo imposible el dominio de España en Méjico.

—Lo mismo haremos después con el resto de la India.

—Y con todos los estados ultramarinos del imperio que fundó el austriaco Carlos I.

—Rompamos las garras terribles de ese maldito león castellano.

—Guerra eterna á los que nos disputan el poder marítimo del mundo.

—¡Guerra, guerra y destrucción en todo lo que no sea Inglaterra!

—¡Muera España!

—Acabe el reinado de los conquistadores.

—Y de los aventureros.

—Pronto, pronto Méjico será independiente de España para convertirse en colonia inglesa.

No obstante la falta de bebida, estos hombres llegaron á entusiasmarse y á creer que su dominio empezaría á ser poderoso, incontrastable, en el imperio mejicano antes de cuarenta y ocho horas.

A pesar de la dieta y de la falta de alcoholes salieron del consejo dando hurras y llevando en triunfo al capitán destructor de San Juan Bautista.

Tenían motivo para estar alegres; las obras hechas para volar la plaza eran perfectas, y enterrado entre ruinas Osorio y el ejército español, su triunfo era seguro y la independencia de Méjico un hecho indisputable.

En la presente noche, ni aún repararon en lo demacrado de los rostros indígenas debido á la poca y mala alimentación que comían.

¿Podrían resistir cuarenta y ocho horas? Si. Pues con eso bastaba. Al terminar ese plazo tomarían por asalto á Cruz y todos comerían cuanto quisieran.

Y desde ese día en adelante de todo les sobraría, y de triunfo en triunfo llegarían á la capital, haciéndose dueños del imperio mejicano que era entonces el más grande, rico y poderoso de la India.

Eso se decían sin contar para nada con el duque del Imperio y con el príncipe Julio, ni con muchos españoles que quedaban en Méjico aun después de enterrar en San Juan Bautista á Osorio y á su invencible ejército.

Eso nos prueba, que hasta para los ingleses era tan grande y brillante la figura de Flaviano que achicaba y obscurecía los restantes.

Muerto Osorio y por ende el ejército que acaudillaba nada temían, todo lo juzgaban fácil y hacedero.

Halagados con la idea de un triunfo seguro y tan grande que asombraba, todos se quedaron dormidos.

Tenía su mérito aquella alegría y satisfacción. Les había bastado una idea sobre el porvenir para olvidarse de que solo habían comido dos platos de judías cocidas con tocino y algunas frutas en todo el día.

El pensamiento de destrucción y de triunfo completo se sobrepuso en ellos á la debilidad, al hambre y al completo y terrible bloqueo que sufrían.

Repetimos que tenía su mérito aquella satisfacción y alegría.

Amaneció el noveno día de trabajos de zapa, entre los ingleses corrieron noticias satisfactorias; algo traslucieron los indios y el contento se iba multiplicando por momentos.

Durante el día hubo mucha animación. Los ingleses saboreaban la idea del inmediato gran acontecimiento; y los indios habían corrido la voz de que la plaza les había hecho proposiciones y en efecto, durante la tarde, se movieron mucho y hasta hubo por la noche un acontecimiento de que nos ocuparemos pronto.

El movimiento de los indígenas lo conocemos ya, su causa no era otra que la idea empezada á desarrollar por el paje de Flaviano, cortada por éste y ultimada por un acontecimiento que desconocemos y del que vamos á hablar.

Pasó el día y el consejo no pudo reunirse hasta muy tarde, por haber solicitado Moctezuma y seis caciques asistir á él.

Aunque mal todos los marinos ingleses comprendían el español; un alférez hablaba bien varios idiomas y uno de ellos era el azteca.

Reunidos á las once de la noche, hizo uso de la palabra Moctezuma, refiriendo la proposición que llevó al campamento Juan de Oaxacay y la manera hábil que ellos habían tenido de citar al campamento al paje de Flaviano para hacerle prisionero y tenerlo en rehenes para pedir por él todo cuanto acordasen aquella noche.

A la vez enteró á los ingleses de la gran influencia que el paje tenía con Osorio por haberle salvado varias veces la vida y ser la persona de confianza del general español, al cual acompañaba á todas partes. Suponía Moctezuma que Osorio daría por su paje todo lo que le pidieran.

Cuando hubo concluido su extenso relato le preguntó el mayor Claus:

—¿Cuándo vais á hacer prisionero á ese paje?

—Después de la media noche.

—La proposición de ese villano merece que le colguemos de un árbol en cuanto llegue al campamento.

—¿Para morirnos de hambre mañana?

—No, para matarlo esta noche y tener mañana cuanto nos haga falta.

—¿Estais seguro?

—Como de que antes de un mes sereis emperador de Méjico.

—¿Qué decís?

—En el caso probable de que acepteis el protectorado de Inglaterra con las condiciones que ya sabeis.

—Eso es lo convenido, ¿pero cómo ha de ser eso si

estamos bloqueados y carecemos hasta del pan que nos alimenta?

—Lo más fácil y sencillo, volando mañana la plaza de San Juan y confundiendo entre sus ruinas á Osorio y á todo el ejército español.

Al oir esta idea los seis caciques y Moctezuma se pusieron en pie preguntado á la vez.

—¿Puede ser eso?

—Hoy no, mañana, sí.

—¡Mañana!

—Sí.

—¡Si fuera cierto!

—¿Dudais de mis palabras?

—No, jamás; creo únicamente que os equivocais.

—No me equivoco.

—Os concedo la gracia que me pidais el primer día de mi reinado si me dais esta noche una prueba de lo que habeis dicho.

—Os lo ofrezco.

—¿Al salir del consejo?

—Sí.

—Quedo satisfecho.

Continuaron el consejo si bien los caciques y Moctezuma hablaron mucho del paje, del general Osorio y de la conveniencia de tener en rehenes á Luisa. Pero los ingleses les oían con indiferencia.

Al teminar los indígenas les contestó Claus:

—Si cae en vuestro poder ese paje, vuestro es, hareis de él cuanto tengais por conveniente; nosotros nada tenemos que ver con ese.

Esta contestación fría é indiferente acabó de convencer á los indios de que los ingleses maquinaban algo trascedental, de grandes consecuencias y se pusieron en pie exclamando:

—La prueba, la prueba ofrecida.

—Señores,—gritó el mayor,—vamos todos á la mina.

Y se trasladaron los ingleses en compañía de Moctezuma y sus caciques al templo pagano descubierto al finalizar la galería de la mina.

Mudos y asombrados quedaron los siete indígenas al contemplar y comprender el pensamiento de los ingleses.

—¿Qué dice vuestra majestad, futuro emperador?—preguntó á Mactezuma el mayor Claus.

—¡Qué idea!—le contestó maravillado.

Mañana á esta hora no existirán San Juan Bautista, el ejército español, ni el general Osorio.

—¡Todos van á morir!

—¿Lo sentís?

—No, lo deseo.

—¿Sereis emperador?

—Sí, y vos lo que me pidais.

—Quiero ser duque de Tabasco.

—Lo sereis con una renta en bienes que hayan pertenecido á los españoles de veinte mil pesos auuales.

—Este capitán que tiene el gusto de presentaros es el que ha dirigido las obras.

—Me alegro conocerlo, le daré por ellas cuando sea emperador cien mil pesos en bienes de religiosos católicos.

—Gracias generoso emperador.

—¿Cuándo estarán aquí estas cajas que apiláis de pólvora y metralla?

—Mañana á las diez de la noche.

—Nos reuniremos para ver la gran catástrofe todos los que estamos aquí. ¿Qué sitio elegís, mayor?

—Ese fuerte que hemos figurado. La gruesa pared que tiene frente á la plaza nos defenderá de los escombros que salten y puedan llegar hasta aquí. Y la ruina de la ciudad la veremos desde las troneras.

—A las diez de la noche, ¿no es eso?

—Sí, á las diez en punto.

—Pues vamos saliendo, que aquí estorbamos.

Moctezuma y los caciques abrazaron al mayor y al capitán que había ejecutado las obras, se dieron todos el parabién y fueron saliendo, cuando ya era cerca de la una de la madrugada.

Despidiéndose estaban en medio del campamento cuando oyeron voces de muerte, ruido de armas y ayes.

Los ingleses temblaron.

Claus exclamó:

—Moctezuma, esos son indios, id los siete, contened á los revoltosos, diciéndoles que mañana habrán terminado todas nuestras desdichas. Corred, en el cuerpo de guardia os esperamos.

Y todos los jefes ingleses se ocultaron en la guardia de prevención poniendo á todos sus individuos sobre las armas.

Moctezuma y los seis caciques corrieron con las espadas desnudas al sitio de la pelea.

A los tres cuartos de hora buscaron á los ingleses diciéndoles:

—Todo ha concluído.

—¿Qué sucedió?—le preguntó Claus.

Moctezuma les contestó:

—Varios jefes de los que estaban en tratos con los españoles han dado muerte á dos caciques y á dieciseis jefes, auxiliados por cien ó más de los soldados que les obedecen.

—¿Cómo se explica eso?

—Con la esperanza de que mañana seré proclamado emperador, y no existirá San Juan ni ejército español, logré contenerlos. Pero juzgo el caso muy grave, pues una conspiración contra todos los que queríamos coger prisionero al paje del general español. Logrado el triunfo formaremos sumario sobre lo que acaba de ocurrir y arcabucearemos á los rebeldes de esta noche.

—Muy bien, dejadlos ahora y nada intentéis hasta después del cataclismo.

—Asi lo haré.

—¿Quedaron tranquilos?

—Sí, señor.

—¿No volverán á amotinarse?

—En veinticuatro horas no hay temor alguno.

—Con eso nos basta.

—Decían que varios de los muertos os participaron lo que acontecía con los de la ciudad.

—Cierto; vinieron esta tarde, pero no los comprendimos y se fueron tan satisfechos.

—¿Qué les dijisteis?

—Que mañana por la noche proveeríamos; pero es posible que nos comprendieran como nos sucedió á nosotros con ellos. Hablan el español peor que nosotros.

—Si, eran del Norte y allí sólo se entienden con nuestro idioma.

—Lo importante es que quedaran tranquilos.

—Hice que cada uno se fuese por un lado distinto y me juraron antes esperar hasta las diez de la noche de mañana.

—Entonces debemos retirarnos á descansar; posible es que mañana no podamos dormir nada.

Se despidieron y todos se retiraron á sus dormitorios.

El futuro emperador tenía por casa una mala tienda que le regalaron los ingleses, por cama una hamaca y cenó un poco de pescado y frutas.

No obstante lo cual, regalaba ya ducados y millones.

¡Es tan fácil ofrecer aquello que se adquiere con el derecho de la fuerza!

Sepamos antes de pasar adelante, lo que había motivado la muerte de los caciques y de los diez y seis jefes indios.

Cuando los que estaban en relaciones con Juan Oaxacay, recibieron la carta que Osorio dictó á Luisa hubieron de comprender, el primo del capitán y otros, que iban de buena fe, que los dos caciques y parciales abrigaban una idea siniestra, lo dijeron y aquellos, lejos de negarlo, lo confirmaron, añadiendo, que lo sa-

bían los ingleses, Moctezuma y todos los caciques y el plan de hacer prisionero al paje era impuesto por el futuro emperador.

Lo juzgaron una traición, los insultaron y cuando estaban en la reyerta de palabras, el primo de Juan que había desaparecido poco antes volvió con cien indios, y cayendo sobre los diez y ocho que llamaban traidores los mataron sin darles tiempo para otra cosa que para intentar defenderse con las armas que cada uno llevaba.

Acabando estaban cuando llegaron Moctezuma y los seis caciques. Les hablaron del triunfo del día siguiente: y con la esperanza de que fuese cierto se calmaron, ofreciendo no intentar nada en venticuatro horas, plazo que les pidieron Moctezuma y los seis caciques.

Juraron cumplir su palabra y fueron retirándose con la idea de no dejar un inglés ni un cacique si los volvían á engañar.

Estos hombres eran los menos malos de cuantos indios había en aquel campo y representaban la mayoría de los indígenas que había en el campamento.

Pronto hemos de ver lo que llevan á cabo.

CAPITULO XXXI

—

El día que precede á la catástrofe.—La noche agorera.—Espectación.—La catástrofe.

Durante la noche nada ocurrió que de contar sea.

En el campamento todos dormían menos los centinelas y los que llevaban á la mina y luego á la bóveda los cajones y barriles con pólvora y granadas, etc.

En la plaza el movimiento era todavía menos sensible. Ni aun los centinelas paseaban. Más que un pueblo sitiado por treinta y tres combatientes parecía una ciudad entregada al quietismo más exajerado.

Pasó la noche y comenzaron á andar los transeuntes de la plaza, los vendedores á vocear sus mercancías, las campanas á tocar á misa y á otras funciones y la guarnición á relevar sus guardias. Es decir, que San Juan se presentaba en su más tranquilo estado normal. Tal situación hacía sonreir á los muchos del campamento que estaban iniciados en el secreto de lo que debía de acontecer durante la noche y no era en la

calma é indiferencia de la ciudad en lo que menos confiaban para el triunfo de su inícuo plan.

En cuanto á los indios é ingleses todos esperaban con ansia y alegría la llegada de la noche.

Algo más se maquinaba en el campamento, el primo, restantes parientes y amigos de Juan Oaxacay, hablaron mucho entre ellos y cuando hubieron concluído, cada uno se fué por su lado para conversar con sus compañeros y más tarde con los indios que se concretaban á obedecer.

Parecía aquello una vasta conspiración con raíces anteriores y consecuencias funestas.

Pero ni los jefes ingleses, los caciques, ni Moctezuma, podía fijarse desde sus tiendas y casas, en lo que hacían los indios, abstraídos como estaban con la idea de la catástrofe y del brillante porvenir que debía enlazar con el presente que formaba aquel día.

Serían las once de la mañana, cuando se presentó en la casita del mayor Claus, el capitán director de los trabajos de zapa.

Saludó á su jefe y le dijo:

—Señor mayor, me voy á la gran bóveda y no saldré de ella hasta que no vaya á pegar fuego á la mecha.

—¿Será eso á las diez en punto?

—Sí, señor.

—¿Con toda seguridad?

—Con toda; si sobra algún tiempo esperaré.

—¿Se han trasportado todas las cajas y barriles?

—Todos están colocados en la bóveda ó se hallan en la galería arrastrándose para el templo pagano.

—¿Los vais colocando?

—Con el arte necesario.

—¿Cuántas varas de mecha habeis mandado hacer?

—Para la galería veinticinco nada más; para la bóveda tres ó cuatro.

—¿Con pólvora extendida?

—Mucha pólvora extendida en torno de la mecha y delante de las cajas.

—¿Se llenó bien el templo?

—Cuanto era necesario, pero no nos queda un grano de pólvora: ni una bala ni nada para recargar.

—Bastan con la carga que tienen los cañones, los arcabuces y con las armas blancas para tomar los fuertes avanzados. Viendo que ha volado la ciudad, en el acto aceptarán nuestras condiciones por salvar la vida.

—Es verdad.

—¿Se halla tranquilo el campamento?

—Nada he visto que llamara mi atención. Unos cogen frutas, de las que quedan muy pocas, otros pescan y la mayoría andan de un lado para otro entre los árboles.

—¿Habeis dormido?

—Cuatro horas, y me voy á encerrar en la bóveda para no salir hasta las diez de la noche.

—¿Os quedan galletas?

—Hoy damos fin de las últimas.

—Mañana no tendreis necesidad de ellas.

—Así lo espero.

—¿Sabeis qué comida voy á tener yo, jefe superior del campamento?

—Lo supongo.

—Un plato de judías, pescado, frutas y agua.

—Buen alimento.

—No hay otro.

—Ya lo sé.

Ambos se despidieron marchando el capitán donde acababa de decir y siendo reemplazado por los oficiales que iban á hacerle la tertulia á Claus.

Después se reunieron hasta quince.

Todos estaban muy contentos y satisfechos.

Ya miraban la plaza y los fuertes como abandonados, con la sonrisa en los labios.

Y acabó el día sin incidente alguno que merezca exponerse.

La noche llegó tranquila como los sepulcros.

La bóveda celeste se hallaba llena de millones de estrellas que parecían estar inmóviles no obstante su contínuo rodar por el infinito.

Y en la tierra, sobre San Juan Bautista reinaba una grande oscuridad melancólica; porque la brisa era calurosa y pesada y la calma era tan grande que la noche se tornaba en agorera por el silencio é inmovilidad.

La plaza se presentaba completamente á oscuras y el campamento por falta de aceite y velas poco menos.

A las ocho cenó todo el que tenía algo qué comer y como había corrido la voz de que á las diez tendría lugar un acontecimiento extraordinario, ninguno pensaba en dormir contra la práctica de las noches anteriores en que la mayoría se entregaba á Morfeo en el momento de concluír de cenar.

Abreviemos para no aumentar la ansiedad del lector.

¿Será el signo del incomparable Flaviano, de la heroina Luisa y de tanto esforzado campeón como se encerraban en San Juan, morir hechos pedazos por la más tremenda explosión que ha de presenciar la tierra?

Vamos á verlo.

A las diez menos cuarto, todos los jefes y oficiales del ejército inglés, por un lado y por otro los seis caciques de Moctezuma, se dirigieron al figurado fuerte, tomando posesión de las troneras. Todas fueron ocupadas por los cincuenta que estaban allí.

Luego fueron saliendo de la mina los ingleses y veinte indios.

Eran los operarios que habían terminado, y previendo lo que iba á suceder, se quedaban por respeto á sus jefes á un tiro de bala del fuerte, pero mirando todos hacia la plaza.

Lo mismo hacían ya todos los ingleses restantes y todos los indios; pero ninguno veía nada. Los más sin saber lo que era, esperaban un grave acontecimiento, los menos sabían la verdad.

La obscuridad era completa: ni aún las torres de la hermosa ciudad se distinguían.

Las treinta y tres mil miradas se embotaban en una obscuridad completa, pero no por eso dejaban de mirar, no por lo que veían, sino por lo que esperaban ver.

Dentro de la mina había un solo hombre, el capitán que ya conocemos, el cual sentado en el suelo y tenien-

do un farol al lado, miraba el reloj para pegar fuego á la mecha que tenía á sus pies.

Era el dicho capitán un inglés tan dispuesto á beberse dos botellas de vino y una de licor, como á mandar disparar veinte cañones y echar á pique dos ó diez navíos.

Marcaron las agujas de su reloj las diez de la noche, abrió el farol y prendiendo fuego al extremo de la mecha desapareció de allí á buen paso.

A la vez que esto ocurría en la mina cuantos miraban hacia Juan Bautista, que eran treinta y tres mil seres humanos, quedaron sorprendidos con la metamorfosis que se presentó á su vista.

De pronto se iluminó todo el muro que daba frente al campamento con infinitos reverberos que alumbraban á gran distancia. Siendo lo más extraño que entre cada dos brillantes luces había una bandera negra con las armas de España en el centro.

Se veían más de doscientos reverberos y por consiguiente más de cien banderas.

En el centro, en vez de bandera, había un estandarte, también negro, en el cual se veía el león español en oro, aplastando al leopardo inglés con su potente garra.

El asombro de los treinta y tres mil que miraban fué grande, indescriptible.

Tanta claridad despedían los reverberos que ninguno dejó de ver todas las banderas y el estandarte.

—¿Qué es esto, mayor?—preguntó Moctezuma á Claus.

—No lo sé,—le contestó aquel.

—Todas las banderas son negras.

—Sí.

—Y en el estandarte aparece vuestro leopardo aplastado por el león español.

—Ya lo veo.

—Eso quiere decir algo. ¿Se irán á sublevar vuestros indios?

—No se oye ruído alguno en el campamento. Creo que ni se mueven.

—Entonces no sé lo que eso quiere decir.

—Pues ellos no pueden anunciar la destrucción de la plaza.

—Claro es, ni lo saben ni se entretienen en eso. Esto es más grave.

—¿A qué os referís?

—¿No ois las campanas de la ciudad?

—Sí.

—Tocan á muerto.

—¡Cosa más rara!

—Todas doblan.

—Puede que se haya muerto el Rey de España.

—¿A esta hora y con el estandarte y el león destrozando al leopardo?

—Aquí sale el capitán y este nos dirá lo que nos interesa. Llegad aquí, capitán; ¿arde la mecha?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tardará la explosión?

—Cinco ó seis minutos.

—¿Nada más?

—No, señor.

—Fijaos en el muro de la plaza. ¿Qué veis?

—¡Por San Jorge, que no lo comprendo. Anuncian la muerte con banderas negras!

—Tampoco nosotros lo sabemos.

—¿Qué nos importa?

—Nada.

—Pero es raro.

—Muy extraño.

—Pues ya poco les resta de vida, que hagan lo que quieran.

—Como al reo que está en capilla debe dejárseles que cumplan su última voluntad.

—Antes de cuatro minutos escucharéis un estampido que hará temblar la tierra, ensordecerá los oídos, las aguas del río perderán su cauce, el puente de barcas temblará...

—¿Se lo llevará el río?

—No, estoy seguro.

—¿Y el muro de la ciudad?

—Caerá hecho pedazos, la tierra se abrirá, las elevadas torres vendrán abajo, las casas crugirán, saltarán en pedazos y esa ciudad nueva, flamante, defendida por muros y cañones, arrullada por el murmullo de un caudaloso río, se convertirá en un montón de ruinas.

—Y el héroe...

—El héroe, su estado mayor, esos valientes jefes, los cien capitanes que se asombraron con sus hechos, esa pléyade de oficiales jóvenes y bizarros, que formaban

la esperanza de la patria, esos soldados aguerridos, fieros, indomables y la casta vírgen, el pacífico ciudadano, la tierna madre, el hijo cariñoso, el trémulo anciano, el intrigante, el sabio, el indolente y las comunidades religiosas todas, los sacerdotes todos, las ilusiones que halagan en la vida las plegarias dirigidas al cielo, los cánticos que se alzan hasta Dios y las maldiciones que se apunta el demonio en su libro infernal, todos y todas quedarán enterrados en un inmenso montón de ruinas, trocado en cementerio, que el viento, las aves carnívoras y la incuria del tiempo irán descomponiendo para dejar sobre una piedra labrada que se eleva y resiste el trascurso de los siglos un letrero que dirá: «Aquí existió la bella ciudad llamada San Juan Bautista, que llegó á tener desde un héroe que sucumbió entre sus ruinas, hasta una mano varonil que la convirtió en escombros».

—¡Ah, fiero capitán,—dijo el mayor Claus,—cómo empezáis á gozaros en vuestra obra!

—Todo va á concluir para ellos; no tendrán queja de mí, por una vida llena de amarguras, les voy á dar las delicias de un descanso eterno.

—Van cinco minutos, capitán.

—No os impacienteis, mayor podrá el cataclismo tardar diez, pero es cierto, seguro, no lo dudeis. Entre la ciudad que va á desaparecer y un campamento que va á levantar, hay cincuenta ó sesenta mil almas mudas, inmóviles, silenciosas, que oyen atentas el lúgubre doblar de las campanas, que llaman á los muertos; ¿no os dice eso lo que va á ocurrir, lo que vamos á presenciar?

—No, me dice que esto va tardando mucho.

—¿Quién puede calcular con entera exactitud lo que tarda en quemarse una mecha de veinticinco varas, con más el pedazo que ha entrado en la bóveda?

—¿Cerrásteis la galería?

—Con un muro de piedra por entre el cual ha pasado la mecha. De este modo la explosión es más terrible y funesta.

—¿La humedad de ese muro podrá apagar la mecha?

—No, porque la mecha pasa por un agujero hecho en la piedra y no hay humedad alguna. La bóveda quedó incomunicada con la galería de un modo sólido y con más resistencia que ha de oponer á la explosión el resto de ese templo pagano y el subsuelo de la ciudad. Es un muro de granito con un solo agujero por el que pasa la mecha perfectamente, unido al extremo de la galería que termina en la bóveda.

—Van ocho minutos.

—¡Qué impaciente estais!

—Es verdad.

—¡Calma, mayor, que la explosión es segura!

—¡Pero tarda tanto!

—¿Qué importan ocho ó diez minutos más ó menos?

—Nada, es verdad, pero como os habeis equivocado en la duración de la mecha podeis errar en otra cosa y perderse todo.

—Me he equivocado; ¿ocho ó diez minutos es una equivocación que puede hablar mal del resto de una obra perfecta?

—Si es perfecta la obra, no.

—Perfecta es, mayor.

—Anhelo verlo.

—Lo vais á ver.

—Y continúan las banderas negras, y el león aplastando al leopardo con la brillantez de una luminaria que reverbera como no ví jamás, y las campanas doblan y cincuenta ó sesenta mil almas están pendientes de vuestra obra.

—Y el demonio que me la inspiró aguarda también y se rie de vuestra impaciencia.

—Si no concluyen por reirse también los católicos de San Juan Bautista.

—Como no sea en el otro mundo....

—Capitán el cuadro que tenemos delante dice algo muy grave, no lo dudeis.

—Dice, que el demonio inspiró á nuestros enemigos para que se enluten por ellos y para que doblen sus campanas por ellos.

—O para otra cosa que ignoramos.

—Sea la que quiera, pronto la ciudad se abrirá como una granada y tomarán puesto sus habitantes en el otro mundo para esperarnos en él y contarnos luego lo que se han propuesto con ese luto y ese alarde de campanas plañideras y un de león dorado sujetando á nuestro invencible leopardo.

Al mayor se le acabaron las frases y el capitán guardó silencio herido ya en principio por la impaciencia que le había trasmitido Claus.

Era completo el silencio en el campamento; ninguno hablaba ni se movía.

¿Qué pasó en la plaza?

Después lo sabremos. Desde el campamento en que nos hallamos no se oye otro ruido que el lento y triste de las campanas que tocan á muerto ni se ve otra cosa que banderas negras, un león y un leopardo.

De pronto apareció por encima del estandarte negro que representaba las dos fieras, una estrella iluminada en sus extremos. En su centro se veían las armas de España.

A la aparición de aquella estrella iluminada siguió una explosión grande, terrorífica que hizo temblar la tierra, sacó de su cauce las aguas del río frente al campamento y el eco de aquel trueno desgarrador fué repitiendo de cóncavo en cóncavo el furioso estampido.

¿Había volado la ciudad?

¿Se había convertido en ruinas el pueblo más bello de América?

No, la población de San Juan Bautista se hallaba en el mismo estado, en igual situación que lo estaba antes de la explosión.

Lo que había desaparecido, lo que había volado era el fuerte figurado de los ingleses, sepultando entre sus escombros una parte de los mutilados miembros de Moctezuma, de los seis caciques, de Claus, del capitán director de la misma y de todos los jefes y oficiales ingleses que miraban desde el fuerte.

Una contra-mina que venía á concluir debajo de aquellas paredes levantadas por la maldad y por la hipocresía había reventado á favor de una mecha y de doce cajas de pólvora y los asesinos se convirtieron en víc-

timas, sus miembros unos quedaron enterrados entre la tierra y escombros y otros se hallaban esparcidos en torno de lo que había sido fuerte figurado.

Primero se elevaron y después cayeron aquí y allí en desordenada confusión.

El pensamiento del héroe, exacto como la verdad y potente como el genio, penetró hasta en lo más recóndito y todo lo había variado: sólo dejó de aquella gran maldad el inícuo proyecto y el castigo de todos sus autores y cómplices.

De qué modo sucedió este cambio lo veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXII

El terror de los ingleses.—La matanza de los indios.—Horrible pelea y segunda catástrofe.—El nuevo jefe indio.

Ya sabemos que los muchos operarios ingleses y veinte indios que habían terminado la mina y la carga en la bóveda, quedaron por respeto á sus superiores á tiro de bala del supuesto fuerte para ver volar la ciudad, toda vez que habían comprendido que de eso sólo se trataba con aquella extraordinaria fabricación.

Ese respeto y consiguiente distancia á que se colocaron les acababa de salvar la vida.

Al escuchar el estampido que tan cerca de ellos sonó, creyeron que la plaza había volado, quedando todos los obreros sobrecogidos por el terror; pero bien pronto notaron que la ciudad de San Juan Bautista continuaba como antes de la explosión, y con la luz de las linternas que sacaron de la galería y aun conservaban en las manos, pudieron ver y convencerse de

que lo velado era el supuesto fuerte y las víctimas todos los jefes que se hallaban en él, esperando contemplar desde allí la ruina y destrucción de San Juan Bautista.

Los ingleses, aterrados y confusos corrieron cerca de los suyos contando lo que acababa de suceder y los veinte indios también corrieron gritando:

—¡Milagro, milagro! La mina que hemos hecho para volar la ciudad se ha vuelto contra los ingleses y ha reventado matando á todos los jefes, á Moctezuma y á sus caciques.

Esto decían y comentaban los soldados indios.

El primo de Juan Oaxacay, sus amigos y la mayor parte de los jefes indígenas, después de ver los miembros mutilados y la voladura del fuerte exclamaban:

—No es milagro, no, es la mano del héroe Flaviano; es el genio de la guerra que no pierde un soldado en las batallas, que se hace obedecer hasta de los puentes que lleva de un lado á otro y que destruye á sus enemigos hasta con la misma mina que ellos fabricaron.

Sobre esto hablaban, formando un grupo que no bajaría de quinientos jefes, hicieron comentarios, acabando por exclamar el primo de Oaxacay:

—Compañeros, amigos míos, los ingleses nos han comprometido, nos han engañado, y nos tienen comiendo frutas y yerbas cuando todavía quedaban judías, tocino y otras cosas. Mueran los ingleses y yo estoy seguro que al vengarnos de ellos y quitarles los víveres que aún tienen, nos perdona el héroe y nos da todo el alimento que pidamos.

—Tiene razón Oaxacay,—gritó otro,—los ingleses tienen la culpa de todo cuanto nos acontece. Mueran los ingleses.

Otro añadió:

—Esos malvados intentaron el mayor de los crímenes, al pretender enterrar entre las ruinas de la plaza á millares de mejicanos que nada les habían hecho; mueran los ingleses, quitémosles sus armas, sus cañones, todos los víveres que les quedan y no dejemos uno con vida. Yo prefiero á los españoles.

—Y yo, y yo.

A estas peroratas alarmantes siguieron varios discursos guerreros entre aquellos quinientos ó más jefes; la sangre se enardeció, los ánimos se excitaron é inspirados por la rabia que les produjo el engaño, las falacias inglesas, el hambre que venían sufriendo y el negro porvenir que se les presentaba, dieron el grito de guerra y auxiliado cada uno de estos jefes por quince ó veinte soldados que les eran adictos, comenzó más que la lucha una matanza horrible, espantosa.

Los operarios ingleses, desde las cercanías de lo que figuraba fuerte, corrieron á las tiendas y casas inglesas y esparcieron el terror entre todos sus compañeros. Contaban lo de la mina, como los efectos de ésta se habían vuelto contra ellos y la triste situación en que habían quedado sin jefes, sin víveres y con un enemigo enfrente, tan poderoso como temible en todos conceptos.

No pensaban en el peor enemigo que tenían, en el que más les amenazaba, en los indios, en una palabra,

que ya en estos momentos decretaban la muerte de todos los ingleses.

Al oir el relato de sus compañeros, todos ellos, lo mismo en las tiendas que de los cuerpos de guardia, corrieron en tropel, para contemplar con sus propios ojos los restos de los que fueron sus jefes y ver á la luz de varias hachas y linternas la gran zanja que la explosión hizo en el sitio donde estaba el fuerte figurado y en dos ó tres varas al rededor.

¿Qué distinguieron?

Tierra, piedras, pedazos de tabla de las cajas de pólvora que habían hecho volar aquel terreno, y piernas, brazos, cabezas y pedazos de séres humanos esparcidos aquí y allí por consecuencia de la voladura

Más de dos mil ingleses se hallaban en torno de aquella angustiosa hecatombe, contemplando el horrible cuadro, sin armas y sin haber podido calcular lo que les iba á ocurrir, cuando sonó el grito de guerra y cayeron sobre ellos más de seis mil indios bien armados que les acometieron con tal furia y corraje que no les dieron tiempo para nada.

Empezaron por encerrarlos en un círculo de hierro del que no podían escapar ninguno.

—¡Mueran los ingleses!

—¡Mueran estos malvados!

—Matad hasta que no quede uno.

Gritaban y morian los hijos de la poderosa Albión sin defensa posible ni haber cometido otro pecado que el de obedecer á un gobierno tan ambicioso como torpe.

Los restantes indios, cayeron á la vez sobre las casas y tiendas inglesas, se armaron los que carecían de buenas armas y comenzaron á pelear contra los ingleses que habían quedado allí, tenian armas y se defendieron.

Esta defensa irritó más á los indios que se convirtieron en panteras: saltaban, corrían, mataban, algunos de ellos morían y triunfaban aquellos, pues setecientos ú ochocientos hombres no podían con más de veinticinco mil.

Aquí perecieron todos los ingleses que había, y ochenta ó cien indios. Los caciques que quedaban quisieron contener la furia de sus soldados y sólo lograron morir todos á manos de sus propios conciudadanos.

La pelea empezó á las diez y media de la noche y á las doce no quedaba un inglés sano.

Fué una lucha breve y una matanza de hora y media en la que no hubo nada parecido á la piedad, ni un rasgo de caridad.

Terminada la sinigual matanza y aún algo antes de terminarse, comenzó un saqueo general; cuanto llevaron allí los ingleses en dinero, alhajas, ropas y otras cosas de valor, cayó en poder de los indios. Cada uno cogió lo que pudo, hasta dar fin de todo.

Luego entraron los jefes; reconocieron los almacenes y encontrando bastantes judías y tocino se dispuso una comida para los treinta mil indígenas con lo cual se daba fin de los últimos víveres que quedaban.

De los heridos de una parte y de otra, ninguno se

cuidó, tendidos quedaron en el suelo como los cadáveres y aún cuando sufrían mucho se callaban por temor de que los acabasen de matar.

Con la mayor sangre fría encendieron todos los hornillos y comenzaron á cocer las judías con el tocino.

Luego comían por tandas, estando sentados sobre la yerba y á la luz de hachas que tenían fijas en el suelo; según concluían de comer se tendían debajo de los árboles y se iban quedando dormidos.

Los habían convertido en fieras y como éstas obraban.

A las cinco de la madrugada todos dormían, menos los principales jefes, que después de haber comido una ración de judías y tocino se reunieron en la casa que fué de Claus para deliberar.

En estos momentos que amanecía, presentaba el campamento un cuadro desgarrador.

Tendidos en el suelo había más de tres mil hombres con los miembros mutilados una parte de ellos.

La sangre todavía humeante bañaba el suelo y cerca de treinta mil indios, dormían debajo de los árboles conservando aún en su rostro, parte de la fiereza que habían demostrado por la madrugada.

En cuanto á la plaza, desde el momento que sonó la explosión habían desaparecido luces, estandarte y banderas y nada se había vuelto á ver.

También las campanas habían callado sus lúgubres tañidos.

Al aparecer la aurora solo se distinguían los cen-

tinelas que paseaban por el muro con la indiferencia del día anterior.

Nada había ocurrido en la plaza, ni para nada se cuidaban de lo que pudiera ocurrir en el campamento.

Los jefes principales de los indios se reunieron, según hemos dicho, y haciendo uso de la palabra el más caracterizado exclamó:

—Hemos llevado á cabo la idea que nos exigía Juan Oaxacay. Y lo hemos hecho sin compromiso alguno por parte nuestra, ni de los españoles. Supongo, que nuestra sumisión y entrega de armas, unidos á los acontecimientos de esta noche, habrán desarmado á los que fueron nuestros enemigos; hoy nada hacemos contra ellos, nada queremos hacer sino obedecerlos. Esta es la idea; compañeros, ¿estais conformes con ella?

—Sí, sí.

—Deseamos ya obedecerles, estre otras cosas, porque hay entre ellos un héroe que puede y vale más que todos los ejércitos.

—Dicen que es muy noble y generoso y si es así todo lo debemos esperar de él.

—Todo, todo.

—Desmanes hubo esta noche, grandes abusos se han cometido, pero ni lo hemos autorizado, ni hemos tomado parte en ellos, ni es posible otra cosa con esas masas de hombres que ni piensan ni discurren.

—Los disculpa su ignorancia.

—Yo creo que el héroe, se compadezca de nuestra situación y hará lo que debe un hombre tan grande cuando se implore se generosidad.

—Sí, sí.

—No cabe duda.

—¿Pero cómo entablamos nuestra demanda?

—Hay entre nosotros un primo del capitan Oaxacay primo hermano á la vez del valiente paje del héroe, propongo que éste sea el encargado de llevar hasta el general nuestra demanda.

—Sí, sí, que sea él.

—Que hable.

—Que dé su parecer.

Hasta este momento habló el que quiso de aquellos jefes sin orden ni concierto. El primo de Oaxacay, que era el más ilustrado de todos les oyó sin desplegar sus labios. Al oir las anteriores frases se ofreció á hablar y á este acto siguió un profundo silencio.

El primo de Juan meditó dos minutos diciendo al concluir:

—Amigos y compañeros, no tengo inconveniente en ser yo el encargado de entrar en la plaza, si me abren la puerta y pedir al héroe la paz, el alimento que necesitamos y hasta la libertad que tanto se ama. Pero para aceptar yo una misión tan difícil y penosa necesito poner algunas condiciones.

—Habla, habla.

—Que las exponga sin ambajes ni rodeos.

—Oidlas: necesito que me nombreis jefe del campamento. Es lo primero que necesitamos, un jefe y que éste sea el encargado de entrar en la plaza y de defenderos en todos los terrenos; es decir, de hacer nuestra causa y para esto debe ser el que más confianza os

merezca, si creeis que hay otro más apto, ahí está mi voto en su favor y mi ayuda incondicional.

—Que sea él.

—Ninguno con más títulos.

—Ni con más valor.

—Ni con más decisión.

—Ya eres el jefe, continua.

—Necesito amplios poderes y que acepteis de antemano cuanto yo acuerde con el héroe. Bien comprenderéis que tratándose con hombre que tanto vale, sólo una vez se puede tratar con él.

—Siempre que, directamente, te entiendas con el héroe, aceptado.

—Sí, aceptado.

—Aceptado, aceptado.

—Pues hemos concluído, señores. Después que haya salido el sol me presentaré en la plaza como embajador vuestro, llevando bandera blanca.

—Cuando concluyamos tomas posesión de esta casa; como jefe te pertenece.

—Está bien; como jefe vuestro oid la primera orden que debo comunicaros.

—Habla.

—Mientras yo esté en la plaza, reinará en el campamento el mayor orden y concierto. No permitireis el más leve desmán; impongo pena de la vida sea jefe ó soldado al que turbe el sosiego que debe reinar en hombres que todo lo esperan del que fué hasta anoche su enemigo.

—Morirá el que falte á tu mandato.

—¿Qué hacemos con los cadáveres?

—Nada hasta que yo vuelva, desde este momento en adelante todo lo quiero que lo disponga el general español. Es la mejor manera de ganar su voluntad, que tanta falta nos hace.

Y continuaron hablando hasta que el sol cubrió con su radiante luz los campos y los montes.

El embajador, que se llamaba Salmaripa se despidió de todos los que le habían nombrado jefe y acompañado de los índios principales llegó á la raya, y estrechó á estos avanzando solo hasta llegar á la muralla.

—¿Qué deseais?—le preguntó el centinela del rastrillo.

—Vengo como embajador y deseo que me presente al héroe mi primo el capitán Juan Oaxacay.

—Al momento,—le dijo el centinela.—Entrad. Podeis guardar ese pañuelo blanco que no hace falta lo enseñeis á nadie.

—Gracias.

—¿Sabeis donde vive vuestro primo?

—No estuve jamás en San Juan.

—Preguntad y cualquiera os llevará. Plaza de España.

—Otra vez os doy las gracias.

Y se dirigió por la primer calle que vió preguntando á un transeunte.

—¿La plaza de España, donde está?

—Seguid de frente, luego á la derecha y al terminar esa segunda calle, encontrareis la plaza que buscais. ¿Sois del campamento?

—Sí, embajador.

—Me lo había figurado.

Y desapareció.

—¡Pero qué indiferencia, y que tranquilidad hay en la ciudad! Entro y sigo en ella como si fuera uno de sus defensores. ¡Qué talento tiene ese general, qué bien comprende hasta lo que pasa lejos de él! Ardo en deseo de conocerle, de mirarlo de cerca. ¡Ah, no ha de tener queja de mí; creo que le quiero ya!

Sin más preguntas entró en la casa de su primo, se hizo anunciar y lo llevaron á la alcoba donde aquel dormía.

—Adelante, Salmaripa,—le dijo Juan,—¿Qué traes por aquí?

—Vengo de embajador y te ruego te levantes y me lleves ante tu general.

—¿Ante el héroe?

—Sí.

—Es muy temprano; mi general en jefe, se acuesta á la madrugada y tardará mucho en levantarse. Pero no importa, me vestiré, después almorzaremos juntos y al acabar te llevaré á palacio. ¿Aceptas?

—Ya lo creo; ¡si vieras qué débil estoy y lo que comemos estos días!

Ya que estamos dentro de San Juan, entremos nosotros en el palacio antes que Salmaripa.

CAPÍTULO XXXIII

Julio de Silva y Flaviano de Osorio.—Explicaciones.—El embajador indio —Nobleza y generosidad del héroe.

Todavía se hallaba en su lecho durmiendo el héroe, cuando se presentó en el palacio el príncipe de Italia, seguido de su lego.

Luisa le salió al encuentro, besó sus dos manos, el sacerdote la besó á ella en la frente y le dijo:

—¿Se levantó Flaviano, hija mía?

—No, señor, el héroe se retiró muy tarde y creo que duerme aún.

—Quiero esperar en su alcoba.

—Muy bien, señor, vos podeis hacer lo que tengais á bien, pero siento no poderos acompañar en esa habitación.

—Nos esperas en el despacho de mi hijo que allí iremos los dos:

—En ese caso entrad, esa es la alcoba de mi señor.

—Y Luisa levantó el picaporte y lo dejó caer sin promover ruido alguno.

El príncipe avanzó, quedando parado al pie de la cama de Flaviano.

Diez minutos lo estuvo contemplando con una mirada paternal. Luego se sentó junto á la cama, cruzó las manos y siguió contemplándolo.

Eran estos los dos hombres que más valieron en su época.

Media hora continuaron de esa manera.

El sueño de Flaviano era en extremo tranquilo.

Por fin el héroe abrió sus grandes y hermosos ojos y reconociendo al religioso, le cogió la mano derecha con las dos suyas y sin dejar de besarla le decía:

—¡Qué felicidad, que dicha! ¡Gran día me espera señor, me duermo abrazado al padre y me despierto cogido al hijo.

—¿Quién es el padre, hijo mío?

—Alberto, el gran Alberto y el hijo, vos mi padre también, mi señor.

—¡Abrazando á mi padre!

—¿Os extraña? No, á vos no.

—Cierto.

—Os hice esperar, es decir no desperté antes porque me hallaba muy lejos.

—¿Con mi padre?

—¿Con quién otro podía ser?

—Es verdad.

—¡Qué sueños tan deliciosos, padre mío!

—¿Sueño?

—Así se llaman en este mundo terrenal.

—Tu les darás otro nombre; ¿no es verdad?

—Sí, yo les llamo como vos. ¿Cuánto tiempo vais á estar hoy conmigo.

—Mucho, tengo que hablar bastante contigo.

—En ese caso me voy á levantar y nos iremos al despacho. ¿Y Pedro?

—¿Mi lego?

—Sí, señor.

Para hacer esta pregunta desapareció del rostro del héroe toda la bondad y ternura que antes revelaba, tomando el aspecto de general.

El príncipe le contestó con indiferencia:

—Espera cerca de aquí.

Contra su costumbre no llamó Flaviano; se vistió solo entrando cogido de la mano del santo en su despacho.

Allí le esperaba Luisa, Flaviano besó su frente y la dijo:

—No sé si mi padre querrá hablarme sin testigos...

—No, hijo mío, puede oir lo que hablamos.

—Pues nos sentaremos los tres. Preguntad, señor.

—Dime cuanto hayas hecho ó mandado hacer referente á las minas que se han practicado entre el campamento y esta plaza.

—Padre mío, al levantar los ingleses las paredes de su fingido fuerte comprendí que intentaban labrar una mina y volar la plaza, para lo cual tenían elementos bastantes.

A la vez dispuse que mis zapadores, más hábiles

que ellos hicieran una contramina, desde el ángulo más saliente de la plaza, la cual debía tener la mitad de la longitud que tiene la de ellos.

—¿Qué te proponías mandar hacer en esa mina?

—Que volara al fuerte de ellos en vez de la ciudad, para que su equivocación ó torpeza apareciesen completas.

—¿Nada más?

—Quise también que se atribuyera á milagro en el campamento y que éste ayudase á los misioneros á convertir paganos al cristianismo.

—Continúa.

—Tomé la recta elegida por ellos y en el sitio que juzgué conveniente mandé hacer una bóveda que imitará bien á un templo azteca ó sea magno que se halló hace pocos días en el extremo opuesto de la ciudad. Se llevaron además los ídolos encontrados en el verdadero templo y hasta la puerta que también encontraron.

Cerraba una pequeña galería que iba á los sótanos de una casa vecina y por ella entrábamos y salíamos sin que nadie supiera lo que hacíamos. Antes que ellos, terminaron mis zapadores todas las obras que les tenía encargadas.

—Y que tú has dirigido. Continúa.

—Llegó el enemigo á la bóveda, la tomó por templo subterráneo abandonado y les pareció excelente el hallazgo.

—Lo creo, estaría mejor que la bóveda que ellos hubieran hecho.

—No lo sé, señor, con la que yo les hice pudieron en efecto volar la ciudad.

—No lo dudo, continúa.

—La rellenaron con toda la pólvora que tenían, añadiendo granadas, balas y cuanto plomo y hierro trajeron. Después incomunicaron su galería con la bóveda, valiéndose de una piedra de granito para que la bóveda ofreciera mayor resistencia y los estragos fuesen más terribles. Este muro tenia un solo agujero por el cual corria la mecha, desde el material de guerra á la galería, unas veinticinco varas. Antes de terminar la mecha en la bóveda hicieron un reguero grande de pólvora que ocupaba el pequeño hueco que había entre el muro y piedra que cerraba la galería y las cajas de pólvora y granadas. Todo lo habían colocado bien y la ciudad hubiera volado si yo no hubiese á tiempo cortado la mecha que ya venía ardiendo.

—¿Tú?

—Sí, señor. Yo siempre me reservo el puesto de más peligro, como hacíais vos cuando mandábais ejércitos.

—Continúa.

—Cerrada la galería con el muro y prendida la mecha la corté por junto á la piedra, rocié con agua toda la pólvora que había extendida, en el agujero por donde salía la mecha; puse un botón de hierro y en el mismo instante empezaron mis zapadores á retirar de aquel sitio todas las cajas, y barriles, empezando luego á cegar la bóveda y las galerías.

—¿Qué hiciste después?

—Había mandado sacar al muro reverberos....

—Que solo tú has podido inventar y dirigir.

—Banderas y un estandarte negro también, y pasé á ver como lo habían colocado todo.

—¿Qué te propusiste con ese aparato mortuorio?

—Que vieran como España contestaba á sus ideas de muerte y destrucción.

—¿Y luego ¿qué hiciste?

—Cuando me pareció llegado el momento, hice la señal para que volase el supuesto fuerte, y en efecto lo volaron.

—Con más de cincuenta hombres dentro.

—No podía yo calcular que fuesen capaces de ir á un sitio que de haber volado la ciudad hubieran muerto los que allí estuvieran por los pedazos de muro que hubiesen llegado allí y aun pasado en tan tremenda voladura.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Dios lo quiso así, su divina voluntad sea cumplida. ¿Qué hiciste después?

—Mandé retirar banderas, estandarte y luces de la muralla y cesar el plañido de las campanas.

—Continúa.

—Me vine, pero me avisaron que en el campamento se mataban unos á otros, y volví para ver lo que se pudiera distinguir.

—¿Qué lograste ver?

—Cerca de la raya los indios mataban ingleses y más al interior se mataban unos á otros, pero no he-

podido calcular el número ni sé nada más. Encargué mucha vigilancia, ordenando que me avisasen si algunos pasaban la raya. Regresé, estuve esperando hasta las tres de la madrugada y luego busqué el descanso hasta que á vuestra presencia he despertado.

—¿Hasta provisto lo que ha sucedido?

—Todo.

—¿Hay lo necesario para que se alimenten los que han sobrevivido á la catástrofe de anoche?

—Sí, señor.

—¿Nada les faltará?

—Nada.

—Vine á reprenderte, hijo mío, y he tenido que inclinarme ante tí.

—Por efecto, señor, de vuestra bondad para conmigo.

—No, Flaviano, por efecto de lo mucho que vales. Hubo anoche una gran matanza en el campamento, pero no has tenido la culpa, en el puesto que tan dignamente ocupas no te era dable ni aun impedirla. ¡Cómo ha de ser, Dios nuestro Señor, perdone á los culpables!

En este instante entró el marqués de Abella diciendo:

—¡El padre Julio, el héroe, el paje, qué trinidad tan deliciosa!

Besó la mano del príncipe y dijo al general en jefe:

—Hermano, acaba de llegar el capitán Juan de Oaxacay acompañado de un indio del Norte, que dice se

llama Salmaripa y es embajador del campamento ¿Quieres recibirlos?

—Sí, que entren.

—Me quedo, hijo, quiero oir á ese hombre.

—Con mucho gusto por mi parte, padre mío. No moveos ninguno. Que entren, Rogelio.

Después de una reverencia dijo Juan de Oaxacay:

—Mi general en jefe, tengo el honor de presentar á V. E. á mi primo hermano Salmaripa, jefe del campamento vecino, que viene por sí y en nombre de treinta mil indios á implorar la clemencia y protección de V. E.

Flaviano lo miró atentamente, diciendo al concluir su estudio.

—Siéntate Rogelio y sentaos vosotros Oaxacay y Salmaripa.

—¿Delante de V. E.?—le preguntó el último.

—Sí, y delante de S. A. el príncipe de Italia, de su excelencia el general marqués de Abella y de mi paje Luís Oaxacay.

—¡El príncipe invencible, el paje!—murmuró el indio.

—Y no me deis tratamiento, que no lo quiero ni os lo permito.

—Gracias, señor.

—Tranquilizaos y decidme luego lo que querais.

Cuando el azteca se hubo repuesto y serenado le dijo:

—Señor, nos rebelamos, esto no tiene otra disculpa que la idea en que estábamos de que habíais muerto y

volvíamos al tiempo de los virreyes. La culpa la tuvieron en gran parte los ingleses y la ambición de los caciques.

Ya en rebelión y dirigidos por los últimos, bien sabeis todo lo que hicimos.

Llegásteis vos, vuestro genio todo lo descompuso; de sitiadores pasamos á sitiados, de hartos á hambrientos, de dueños á esclavos.

Se me presentó mi primo Oaxacay y de parte de vuestro paje me ofreció una transación honrosa y digna para el soldado indígena: la acepté y como me viera en la imprescindible necesidad de contar con otros jefes y algunos caciques, estos quisieron cometer una traición, una villanía que logró evitar, según me ha dicho mi primo, vuestro genio previsor y no tuvo otras consecuencias que las de haber muerto los que nos vendieron, descubriendo nuestro intento y pretendiendo de un modo inicuo apresar á vuestro paje para tenerlo en rehenes.

Los ingleses hicieron una mina para volar esta hermosa ciudad, no lo sabíamos, no contaron con nosotros, pero al descubrirlo, al comprender de todo lo malo que eran capaces, nos sublevamos contra ellos y todos, sin excepción, fueron acuchillados.

Quedamos solos indios, sin Moctezuma, sin caciques, todos han muerto y vengo en nombre de treinta mil desgraciados á demandar vuestra clemencia. ¿La puedo esperar de vos, noble general en jefe?

—Decidme antes, ¿venis autorizado por todos vuestros compañeros?

—Sí, señor, por todos los jefes principales.

—En ese caso nada temais, á todos os perdonaré dándoos cuanto podais necesitar.

—Decid,—le preguntó el príncipe,—¿entre tanto muerto es posible que haya algunos que aun heridos conserven la vida?

—Es posible, señor.

—Flaviano...

—No me digais nada, padre mío; continuad oyendo y si al acabar he faltado en algo, entonces se hará lo que vos mandeis.

Salmaripa, vais al campamento, decid á vuestros compañeros que yo los amparo, y que si continúan leales y buenos, nada les faltará desde este instante.

Rogelio, le acompañas tú con cien camilleros y cien soldados, reconoced todos los que estén en tierra, si hay heridos traedlos, los muertos que los lleven á un extremo del campamento y los prendan fuego brevemente.

—No tardaremos, señor.

CAPITULO XXXIV

Continúan las disposiciones del héroe.—La grandeza de un alma noble.—Los misioneros en el campamento.

—¡Qué mortandad,—exclamó el primero,—tres mil ingleses y varios indios!

—Por eso no me gusta la guerra, padre mío, os asusta con razón el número de muertos, tres mil y pico, anoche debimos perecer más de veinte mil y antes si yo hubiera atacado como otro hubiera hecho más de ocho mil. Total que han debido perecer veintiocho mil. No quejáos señor de esta guerra.

—No me quejo de ésta, Flaviano, sino de todas. Bien sé que si otro que tú hubiera intentado hacer lo que tú has conseguido, habría muerto más de treinta mil seres humanos y el país estaría asolado, pero aun siendo el caudillo un héroe y el más humano que ha existido, el más noble, el más caritativo, van muertos desde que vinísteis Julio y tú, más de cinco mil hombres.

—No se pueden hacer las guerras de otro modo. Y bien podeis creer, señor, que yo he venido á ellas por que me lo mandásteis, de lo contrario, seguiría en Madrid.

—Ya lo sé, Flaviano, y mucho tengo que agradecerte, más aún el rey é infinitamente más la humanidad,

—Entonces, señor, hablemos de otra cosa, me entristece y amarga la gente que ha muerto por mi causa y al recordármelo vos me asalta el deseo de no volver á desnudar más la espada. ¡Cuánto mejor me hallaría en un rincon de mi palacio ó en un oscuro claustro como vos!

—Señor príncipe,—dijo el paje,—según relata la historia por vos y por cada uno de los *Invencibles* pereció cuatro veces más gente, que por don Flaviano, y entre todos no habeis hecho tanto como él.

El príncipe miró á Luis fijamente, preguntándole:

—¿Por qué me dices eso?

Con más entereza que anteriormente le contestó:

—Por que no se recompensa el bien derramado en medio de una sociedad corrompida, de un pueblo que, ignorante y fanático pasa á ser ilustrado y comedido y se eleva y ennoblece, y se le moraliza, y se le haría justicia, con cargos que en boca del príncipe de Italia nadie creyó oir jamás.

—Luisa, mi padre tiene derecho á decirme cuanto quiera.

—Y yo le tengo á rebelarme cuando delante de mí se cometan injusticias.

—¿Injusto llamas á mi padre? ¿Ignoras que es santo?

—Antes de saberlo, antes de oirlo, tenía el convencimiento profundo, de que solo Jesús vino infalible á la tierra.

—¿Con el santo te atreves, con mi padre?

—No, ni con el santo ni con vuestro padre; me atrevo con la injusticia.

—Luisa ¿quieres callarte y dejarle que diga lo que quiera?

—No puedo, señor. Sé todo lo que vale, todo lo que merece, todo el respeto y consideración que le debemos por su talento, por su caridad, por su abnegación y por lo mucho que os ama, pero aun mereceis más vos, porque valeis más que él.

—Ahora faltas á la verdad, yo no valgo, ni con mucho, tanto como el príncipe.

—Todo el mundo lo dice y es verdad, señor; solo faltais á la verdad cuando la modestia aparece en vuestros labios.

—¡Qué rato me estais dando, Luisa!

—Señor, esa es la recompensa que el noble príncipe y yo, ofrecemos hoy á vuestras glorias de ayer, á esos hechos que solo el primer genio del mundo pudo realizar, y á vuestra clemencia de hace un momento. Ese es el sino de los héroes, solo les hacen justicia después de muertos y de esta dura ley ni se ha librado el santo ni nadie.

—No puedo contigo, Luisa.

—Pues dejadme, señor.

—Padre mío, tened en cuenta que lo mismo se revuelve contra mí que contra vos. Ella no respeta...

—Mas que la verdad y la justicia; contra todo lo demás me revuelvo. Yo no tengo títulos ni honores ni poder alguno en la tierra; soy un mísero paje que nada vale y que nada supone, por esta causa hablo de esta manera, porque nada pueden quitarme. Solo tengo la vida y en tan poco la estimo que al que me la quite le agradeceré la acción.

—¿No me tienes á mí?

—No, vos sois de Alice y aun cuando no lo fuéseis yo no os podría querer como hombre, os amo locamente como sabio, como genio, como héroe. Mi espíritu será vuestro siempre, mi corazón jamás.

—Basta,—exclamó el príncipe con tono solemne,—he provocado este debate por saber de una manera franca y categórica lo que acaba de decirme Luisa. Quedo satisfecho. Hija mía, tienes razón en todo lo que has dicho, pero yo también la he tenido y muy poderosa para que valiéndome de los medios que he puesto en juego pudiera saber lo que ignoraba.

—Decidme, señor, y perdonad mi pregunta: ¿merecía esa averiguación que entrambos hayamos entristecido, torturado el genio que tanto amamos los dos.

—Sí. Tu, Luisa, fuiste el angel que salvó al héroe; él sufriendo y yo averiguando como has visto, empezamos á pagarte lo que por mi hijo Flaviano has hecho.

—No os comprendo, señor.

—Ya lo sabrás algún día.

—¿Cómo agradeceros?...

—Cumplo solo un deber que no merece gratitud.

—¡Ah, padre mío, vuestra calidad de santo no os ha privado todavía de ser el más hábil de los hombres.

—¿Tú lo has comprendido bien, Flaviano?

—Creo que lo mismo que vos.

—Me alegro.

—Yo en cambio cada vez comprendo menos.

—No me extraña, es posible que adivineis lo que Flaviano y yo hemos leído en los pliegues de tu corazón.

—Ya que otra cosa no, decidme al menos si eso que habeis leido es bueno ó malo.

—Lo mismo Flaviano que yo lo juzgamos muy bueno.

—Con eso me basta.

El príncipe, con ese talento superior que todos le reconocían, logró en la cuestión que había provocado arrancar un secreto que escondía el corazón de la joven y del que ella misma no se daba cuenta. Flaviano, con un poco menos que el príncipe se lo habia arrancado hacía mucho tiempo sin cuestiones y sin que ella lo notase y no fué poca la gratitud del héroe hacia el príncipe al ver que hasta llegó á parecer injusto ante Luisa con tal de descubrir el apetito secreto que había de redundar en beneficio de la valerosa y entendida joven.

—Tarde he llegado,—se decía en estos momentos el príncipe,—Flaviano, siguiendo su costumbre, se me adelantó y lo que para mí y para todo el mundo era un secreto escondido en el corazón de esa dama, era ya cosa sabida y estudiada por él. No importa, convenía que yo lo supiera, se ha logrado esto y estoy satisfecho.

La interesada se preguntaba á su vez:

—¿Qué será ello? No lo sé, pero debe tener gran importancia; y puesto que se trata de mi bien, según dice el venerable santo, no me importa ignorarlo.

Flaviano los miraba á los dos y sonreía, su fina penetración estaba leyendo el pensamiento del uno y el de la otra.

Luego hablaron de cosas indiferentes, dando lugar á que regresaran Mendoza, Oaxacay y el jefe del campamento.

Los tres llegaban juntos.

Flaviano les preguntó:

—¿Hallásteis muchos heridos?

—Cincuenta ingleses,—le contestó Mendoza,—y veintinueve indios.

—¿Donde están?

—En nuestras enfermerías.

—¿Has recomendado la curación de esos infelices?

—Sí.

—¿Los cuidarán con esmero?

—Lo mandé también.

—Pronto los visitaremos el príncipe y yo.

—Hijo, déjame que vaya yo primero. Interin tú ordenas...

—No puede ser, señor. Hoy comereis conmigo y al acabar iremos los dos, más que á otra cosa, á que admireis lo que llamamos sanidad militar.

—¿Tienes empeño?

—Sí, señor.

—Sea.

—Dí, Mendoza, ¿cómo te han recibido en el campamento?

—Con un respeto y una consideración extremadas. Esos pobres indios besaron hasta la cola de mi caballo.

—Pronto habeis despachado.

—No te extrañe, hermano, los mismos indios se llevaron los cadáveres al extremo del Sur y les prendieron fuego, añadiendo combustible para que ardieran pronto. Nosotros solo tuvimos que ocuparnos de los heridos, que han llegado aquí del mejor modo posible.

—Ahora vos, Salmaripa. ¿Qué os ha ocurrido con vuestros compañeros?

—Señor, mientras vuestra sanidad, dirigida por este inteligente general, descubría los heridos, los cuales se hacían los muertos por temor de que los acabasen de matar, yo, acompañado de mi primo Oaxacay reuní á todos los jefes del campamento y les dije: Compañeros, el héroe nos perdona á todos, el héroe nos ampara y proteje. La alegría fué tan grande que hizo derramar muchas lágrimas. Y no pasó de ahí. Hemos conseguido todo lo que deseábamos y en vez de pronunciar discursos inútiles y plácemes que dejamos para otra ocasión, nos concretamos á dirigir con nuestros soldados la traslación y quema de los cadáveres, cuyas operaciones fueron breves por los muchos indios que trabajaron en ellas. Solo me resta rogaros, noble señor, mandeís algún alimento á aquellos desgraciados.

—Veamos si basta con lo que tengo dispuesto; si fuese poco me lo decis: En breve os mandará la plaza comida hecha aquí para todos los jefes y soldados del

campamento; desde que amaneció la están preparando y al anochecer irá otra igual que puede serviros de cena. Desde mañana en adelante vosotros os la hareis, á cuyo fin os voy á mandar mil carneros, harina, cereales y cuanto podais necesitar en proporción á los mil carneros, que dejareis pastar en el bosque é ireis matando, según vuestras necesidades. Todos los días os llevaran á los jefes aves, pescado y dulces. En cuanto á camas os faculto para que pidais á los proveedores de mi ejército lo que os haga falta. ¿Qué más deseeis?

—¡Mil carneros, comida en breve! Señor, teníais preparado todo eso?

—No era posible mandarlo tan pronto, si no hubiera estado preparado desde mucho antes. Casi todo ha venido y continua llegando de Veracruz.

—¡Qué previsión, qué talento!

—Falta ahora lo más grave; falta que sepais lo que el rey de España, tan espléndido con vosotros ahora y luego, os exije.

—Todo, todo lo daremos, señor.

—Quiere S. M. todas las armas que teneis en el campamento, meno las espadas y dagas de los jefes. Posible es que á todos ó á casi todos os nombre caballeros y podrán hacer falta.

—¡Caballeros!

—¡Caballeros,—exclamaron también los restantes.

El príncipe añadió:

—Qué idea. ¡Ah, hijo mio, hasta los ancianos podemos aprender de tí! Qué modo de preparar los ánimos para que el sacerdote...

—No me gustan los elogios de nadie y menos los vuestros, padre mío; no hay entre nosotros ninguno más digno que vos, de ser elogiado.

—Ahora no dices la verdad, hijo Flaviano.

Luisa añadió:

—No se corrije en eso, señor, solo miente cuando la modestia aparece en sus labios, y no es posible quitarle ese defecto.

—Pero es un defecto, paje, que vale tanto como la mayor virtud.

—Es verdad, señor príncipe.

—¿Me dejais concluir?—preguntó el héroe.

—Habla, hijo, habla, y acaba de encantarnos con tus frases.

—Decid Salmaripa, ¿estais conforme con el deseo de S. M.?

—Completamente, señor, y no os prodigo los elogios que mereceis, porque no hallo frases bastantes con qué expresarlos.

—Me alegro y deseo que no las encontreis jamás; General Mendoza, ya estarán dispuestos todos los carros de que podemos disponer, dad la orden para que lleven lo primero la comida, dispuesta para todos los del campamento. Esos mismos carros que la conducen que empiecen á traerse cañones y armas de todas clases. Pueden ir cargados con los muchos víveres que están dispuestos y volver con las armas. Basta con que enteres á los maestres y que estos ejecuten mis órdenes. Vos, Salmaripa y vos Oaxacay ayudais á los maestres. Tú Mendoza, los enteras de todo y te vuel-

ves, pues no hemos de comer hasta que regreses. Debo añadir; que los jefes del campamento pueden salir y entrar en la plaza cuando quieran, sin limitación ni traba alguna.

—¡Esto más!

—Vos, Salmaripa, os sentareis á mi mesa siempre que os agrade.

—Señor...

—Los enfermos del campamento vendrán á curarse á la ciudad. Reunis los jefes esta tarde para nombrar un tribunal recto que entienda en todas las cuestiones que pueda haber entre vosotros. Cuando perdonen que se lo callen, cuando castiguen que me traigan la sentencia para que reciba mi aprobación ó el indulto. Aquí teneis una legislación hecha por mí, si os gusta dadle aplicación.

—¡Hecha por vos!

—Sí, con aplicación á vuestros indios, pero no la impongo, si os gusta la aceptais, de lo contrario rompedla.

—Gracias, señor, gracias; permitidme que á vos y al señor príncipe os bese la mano de rodillas.

¿Qué haceis?

—Ya lo veis. Ahora, que la bondad celestial os cubra por una eternidad.

Volvieron á quedar solos el príncipe, Flaviano y Luisa.

—Muy bien, hijo mío,—exclamó el primero,—previste todo lo que ha sucedido y para todo estabas dispuesto.

—Era fácil, señor.

—Fácil para tu cerebro, imposible para los restantes.

—No puedo opinar como vos y en verdad que lo siento.

—¿Cuántos misioneros vas á mandar al campamento?

—Todos los religiosos que había en San Juan Bautista y los muchos que han llegado y están llegando, dirigidos por vos y por el padre Anselmo.

—Vas á imponerles á todos el cristianismo.

—Eso es contraproducente, señor, se hará cristiano todo el que lo pida, todo aquel á quien hayais convencido de vuestras verdades.

—No me opongo.

—No se puede ni se debe imponer al erpíritu lo que éste rechaza.

—Es un axioma que todavía desconoce la generalidad de los hombres.

—Lo cual siento mucho.

—¿Cuándo quieres que den pricipio las misiones?

—Lo antes posible, mañana.

—¿Crees que convenceremos á la mayoría?

—Sí estais acertados y persuasivos, á todos; yo aspiro, siendo vos el director, á que no salga de ese campamento ninguno pagano.

—Ayudados por tí...

—Señor, yo ya hice todo lo que podía; os lo preparé hasta con un milagro.

—El de la explosión.

—Sí, porque ellos creen que debió ser una y suponen que solo por un milagro fué otra la explosión.

—Has hecho en efecto todo lo que podíais y estoy muy satisfecho; ahora solo falta que Dios nos ayude á los misioneros.

—¿Lo dudais?

—No.

—Si os parece, después de visitar á los heridos iremos los cuatro al campamento.

—Te acompañaré con mucho gusto.

—Es la una y ya no podemos hacer nada hasta la hora de comer. Me he equivocado, entra el maestre de zapadores y algo tendrá que decirme.

El aludido saludó quedando frente á Flaviano.

El héroe le preguntó:

—¿Qué habeis hecho de las cajas y barriles de pólvora, granadas, etc., inglesas?

—Se las he dado al cuerpo de artillería.

—¿Examinásteis la pólvora?

—Si, señor.

—¿Es buena?

—Mejor que la nuestra.

—¿Habeis dicho á los artilleros que todas las granadas y bombas están cargadas?

—Si, señor.

—¿Qué van á hacer?

—Evitar toda desgracia y aprovechar todo ese material cogido á los ingleses.

—Hoy les empezarán á entregar los cañones y todas las armas que hay en el campamento.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—Me alegro mucho.

—¿Cuándo estarán rellenas las galerías y las bóvedas?

—Se hará con la rapidez y brevedad posibles.

—Quiero que quede todo como se hallaba hace veinte días.

—Así quedará.

—Empezais por la explosión del campamento.

—Por eso se ha empezado, y ya trabajan allí más de cien hombres.

—Es lo que más prisa corre para evitar caidas en el campamento y para que ningún indio comprenda lo que sucedió.

—Muy bien, señor.

—Ayudais á la artillería en cuanto necesiten de vosotros.

—Ese cuerpo ha doblado el número de cañones y de arcabuces y no tiene mucho personal.

—Les ayudaremos.

—Quedo muy satisfecho de los excelentes servicios que habeis prestado estos días.

—Solo he cumplido con mi deber.

—Todos habeis cumplido con vuestro deber, pero vos más que todos. Sin embargo, para no inspirar celos, cuando venga el príncipe Julio propondré la concesión del hábito de Santiago para los tres maestres. ¿Quedais satisfecho?

—Y muy honrado y complacido.

—Para vuestros subalternos proponed lo que sea justo. ¿Habeis comido?

—No, señor.

—Pues vamos al comedor que ya oigo á Mendoza. Venid, maestre, y vos padre mío.

Flaviano llevaba al príncipe cogido de una mano que besaba por el camino con respetuoso afecto. El héroe amaba á Julio tanto ó más que á su padre.

CAPÍTULO XXXV

Los heridos.—Una tarde en el campamento.—Flaviano, Silva y los indios.—A San Juan.

Durante la comida nada ocurrió de particular.

Mendoza y Luisa hablaron bastante, pero sin gastar ni una sola broma; ó no tenían ganas de ellas, ó les imponía la presencia del príncipe de Italia.

Terminada la comida pasaron el príncipe, Flaviano, Mendoza y Luisa á la enfermería y los dos primeros fueron reconociendo uno por uno todos los heridos del hospital.

Con los unos hablaban en inglés y con los otros en azteca. Solo oían de aquellos dos grandes hombres palabras de consuelo y la verdad es que quedaron admirados de tanta bondad y cariño.

Tenían diez practicantes, cuatro facultativos y veinte enfermeros.

La asistencia y cuidados eran inmejorables.

Al abandonar aquellas tristes salas preguntó el príncipe á Flaviano.

—¿Cuántos creen que morirán de esos infelices?

—De diez á doce.

—Eso es. ¿Cuántos quedarán inútiles?

—Otros tantos.

—Opino lo mismo. Hemos salvado dos terceras partes y era todo cuanto podíamos hacer.

—Era tarde para otra cosa.

—¿Dónde vamos ahora?

—Al palacio; allí esperaremos que ceda algo el calor y pasaremos al campamento.

—¿Más de una hora?

—Sí, algo más.

—En ese caso me voy al convento y allí te espero.

—Muy bien, que os acompañe Mendoza, yo me iré con Luis.

—¿Para qué? Mira hacia atrás.

—¡Ah, el lego!

—Sí, no me pierde de vista cuando voy por la calle, lo mismo de noche que de día.

—Cumple con su deber. A la derecha teneis vuestro convento.

—Es verdad, hasta luego.

—Los tres vendremos por vos.

Flaviano, Mendoza y Luis entraron al palacio.

El primero dijo al segundo:

—Rogelio; ¿quieres venir al campamento ó quedaros aquí tú y Luis?

—Acompañaros; ¿es verdad paje?

—Sí.

—En ese caso te vistes como yo, de negro sin otra insignia que la cruz de Santiago.

—¿Terciopelo?

—Sí.

—¿Chambergo?

—Sí, con pluma blanca, nos esperas en mi despacho, Luis.

Y los dos fueron á que sus criados los vistieran.

Después se incorporaron con Luisa y hablaron una hora.

El calor empezaba á ceder y salieron para el convento. Cerca de la portería esperaba el padre superior que al ver al general le echó los brazos al cuello exclamando:

—Bendito seais, baluarte inespugnable de nuestra santa religión. Dios nuestro Señor premie tanta sabiduría, tanto genio, tan buena aplicación.

—Que me estais ahogando, padre superior.

—Ya os dejo, señor, pero con sentimiento. Después de abrazaros, de aspirar vuestro aliento me he regenerado.

—Gracias, trinitario. ¿Está mi padre?

—Si, señor, en su celda y creo que con el éxtasis. Mejor, así estais más tiempo con nosotros.

—Buen chasco os vais á llevar si creeis eso.

—No sale de él en dos horas, ya lo vereis.

—Lo veremos.

—Pasad, señor.

—¿Qué es esto? ¿Quereis que pase revista á vuestra comunidad?

—Queremos honraros en lo poco que podemos. Paje, vos...

—Silencio,—le dijo el héroe,—mi paje va donde yo y hace lo que quiere. No hay entre todos vosotros uno más virtuoso que él.

Y los cuatro pasaron por entre las dos filas de religiosos que se habían colocado allí para inclinarse ante Flaviano.

Entraron en la celda del general. Este se hallaba arrodillado delante de una imagen del Redentor en actitud de orar, pero de la oración se fué al éxtasis y en él estaba hacía una hora.

—Ni oía, ni veía, ni parecía tener vida. Estaba como Flaviano con la catalepsia.

Este se quitó el sombrero, besó la efigie del Señor y abrazándose al santo le dijo:

—Padre mío, volved, que ya es hora.

En el mismo instante le contestó Julio:

—¿Ah, eres tú, hijo?

—Sí; vámonos.

—Cuando tú quieras.

—Pedro,—dijo al lego,—quédate esta tarde, voy yo en tu lugar.

—Muy bien, señor.

—Esperas á mi padre en la portería cuando anochezca. Vamos señores.

—Esperad un momento,—dijo el padre superior. —¿Volverá el príncipe á la razón, si yo me abrazo

á él como vos habeis hecho, señor general Flaviano?

—Positivamente, no.

—¡Ah, es un privilegio...!

—Que tenemos mi hermano Julio y yo.

—¿Solos?

—Y á veces mi padre, pero nadie más.

—¿Ni el rey?

—Ni el padre santo.

Los cinco volviendo á pasar por medio de la comunidad, llegaron á la porteria donde el superior se despidió de ellos marchando los cuatro al campamento.

No quiso Osorio que al presentarse en el rastrillo y puente le hicieran honor alguno y los cuatro entraron en el campamento.

El príncipe iba con su traje talar de trinitario, Flaviano con un traje negro de terciopelo sin otra insignia que la cruz de Santiago; no llevaba espada ni puñal. Lo mismo que él iba Mendoza, pero ceñía espada y el paje lucía su traje habitual de seda, espada, puñal y birrete con pluma blanca.

Se detuvieron sin haber encontrado á nadie en el sitio donde estuvo el fuerte figurado.

Allí no había otra cosa que tierra levantada, una zanja grande y escombros esparcidos en más de cincuenta varas en torno. Varios zapadores trabajaban ya por dentro y por fuera de las dos minas.

Según dijeron á Osorio, debía quedar la parte exterior del campamento aquella misma tarde, ó al día siguiente presentando una planicie como antes de ocurrir nada.

Continuaron andando hasta llegar á un corro grande de indios que se abrió para dejarles el paso franco.

Cuando Osorio se hallaba en el centro del corro se detuvo, miró á los que le rodeaban, preguntando en azteca al que parecía más inteligente:

—¿Nos conoceis á alguno de los cuatro?

—No, señor. ¿Sois españoles?

—Sí. ¿Y vosotros?

—De Oaxacay.

—¿Estais hoy contentos?

—Mucho. Jamás hemos comido tan bien, y ya están trayéndonos de todo. El héroe es tan valiente y sabio como noble y generoso. ¿Conoceis al héroe?

—Sí.

—¿Vendrá aquí?

—No lo dudeis.

—Sí, dudo que se digne visitarnos.

—Este campamento lo hizo él y le tiene cariño. Vendrá.

—Que satisfacción me dais. ¿Sois jefe de la plaza?

—Sí, y amigo del general en jefe. ¿Qué os hace falta?

—Ahora nada.

—Ni luego ni nunca, si tomais un consejo que os voy á dar.

—Lo oiremos con gusto.

—Creed en el Dios de los cristianos, que es el verdadero, y nada os faltará.

—¿Vendrán misioneros?

—Sí.

—¿Cuando?

—Mañana.

—Si me convencen me hago cristiano.

—Lo veis, padre mío,—dijo Osorio en alemán al príncipe,—el cristianismo no está en mi, sino en vuestra persuación.

—Ya lo veo.

Y contestó al indio:

—Yo creo que os convencerán, y si no lo logran, el mal será para vosotros.

—¿Nos castigarán?

—Eso no, el general en jefe ni castiga ni consiente que se pegue á ningún hombre. Será el mal para vosotros por seguir en el error, y sereis despreciados.

Y se despidió de ellos, continuando adelante.

No tardaron en hallar varios indios que jugaban á una cosa parecida á los bolos.

En torno de ellos había más de doscientos mirando.

Flaviano volvió á pararse, y después de examinarlos quedó frente al que le pareció más avisado.

—¿Jugais?

—Sí, señor.

—¿Estais satisfechos?

—Cuanto es posible.

—¿De donde sois?

—De Avizona.

—Mucho habeis andado para llegar aquí.

—Más de quinientas leguas.

—¿Vinísteis por vuestra propia voluntad, ú os trajeron engañados?

—Casi todos vinimos engañados.

—¿Vosotros, ó casi todos los del campamento?

—Lo último.

—¿Qué deseais?

—Volver á nuestro país.

—Allí hace frío.

—Estamos acostumbrados á él.

—Haceos cristianos y pronto obtendreis la libertad.

—¿Nos obligará el héroe?

—No.

—Entonces puede que todos nos hagamos.

—Mañana vendrán misioneros y no dudo que os convencerán á todos; es la verdadera religión y el Dios de los cristianos es el único que existe.

—Dicen eso.

—Y es la verdad, ¿Jugábais dinero?

—De buena gana, pero no lo tenemos.

—¿Cuantos jugadores sois?

—Veinte.

—Tomad veinte pesos, uno para cada uno y jugad, pero no cuestioneis nunca por el juego; el valiente no disputa jamás en el juego.

—Gracias, señor, así lo haremos.

—Tomad estos otros veinte pesos para los mirones, —añadió Mendoza dándoselos á uno.

Y continuaron adelante.

Al poco tiempo hallaron más de mil. En el centro tiraban á la barra seis robustos montañeses, los restantes miraban y aplaudían á los vencedores.

Flaviano paró el juego, preguntando á uno de los que tiraban á la barra:

—¿Qué jugais?

—Una piña.

—¿A cuántas barras?

—A veinte.

—¿Quereis que tire mi compañero?

—¿Cuál?

—Este,—y señaló Mendoza.

—¿Ese caballero?

—Sí.

—Se quedará á la mitad que nosotros.

—¿Cuántas varas quereis que la ponga más allá de la señal que teneis allí para que os gane la piña?

—Dos. ¿Pero tiene él piña?

—No. Si pierde os dará veinte pesos en vez de la piña.

—Aceptamos.

—Mendoza, poned la barra un poco más allá de la señal aquella, muy poco, como una vara,—le dijo en español.

Mendoza le obedeció.

Todos gritaron:

—Perdió, perdió.

—Perdió y paga; tomad veinte pesos.

—Señor, una piña no vale eso.

—La valué yo en veinte pesos y los vale. Aceptais otra tirada. Cincuenta pesos contra la piña.

—¿Dos varas más allá de la señal?

—No, tres.

—Vais á perder.

—¿Qué os importa?

—Pues aceptamos.

—Mendoza, tira la barra á la mayor distancia posible.

Cogió la barra el gigante, tomó fuerza y la arrojó.

La barra salió silbando y fué á parar á cincuenta varas más allá de donde estaba la señal.

Dos mil manos se convirtieron en platillos. Era un aplauso general y entusiasta.

Uno de los jugadores le alargó la piña diciendo:

—Tomad, la habeis ganado con mucho exceso.

—No os comprende,—le dijo Flaviano,—pero yo os contestaré por él. ¿Qué deseais?

—¿Cómo se hacen esas barras, señor?

—Siendo un buen cristiano como ese caballero.

—¿Se tirá así?

—Y se hacen hasta milagros como el de la mina.

—Yo lo ví, señor, era uno de los que trabajaron lo que no estalló.

—¿Y por qué no te haces cristiano?

—Ya hemos convenido en ser lo que el héroe quiera.

—Quiera ó no el héroe, que sí querrá, debeis haceros cristianos, porque es la religión que adora al único Dios que existe.

—No tenemos inconveniente; desde que vimos el milagro estamos decididos. ¿Quién de los dos toma la piña?

—Quiere este caballero regalársela al general en jefe. Toma esos cinco pesos y se la llevas esta noche tú.

—¿Al héroe? No me dejarán entrar.

—Esa piña es ya milagrosa. Al llegar al rastrillo la enseñas y se abrirán las puertas; haces lo mismo á la entrada del palacio, y te llevarán á la presencia del general en jefe que te regalará otros cinco pesos.

—¿Estais seguro, señor?

—Como del milagro que vimos anoche.

—Pues no faltaré.

—Y continuaron adelante llegando á la casa que habitó Claus, y ahora era de Salmaripa, y centro de reunión de los jefes.

Entraron, hallando varios de aquellos hablando de Flaviano.

Después de saludarles, dijo á uno Osorio:

—Perdonad que hayamos entrado aquí sin pediros permiso; creíamos encontrar á Salmaripa.

—Está al lado opuesto haciendo entrega de los cañones y recibiendo víveres.

—¿Nos permitis sentarnos un poco?

—Con mucho gusto.

—Venimos cansados, pero no ocuparemos las silla que nos ofreceis si antes no os sentais vosotros.

—Puesto que lo deseais sentémonos, señores.

Y cada uno ocupó un asiento. Nuestros cuatro amigos quedaron en medio.

—El jefe más caracterizado les preguntó:

—¿Sois españoles?

—Según vuestra creencia, no, tres somos españoles y uno mejicano; según la mía, sí. ¿No estamos en Nueva España? Pues todos somos españoles. ¿No os agrada mi idea?

—Sí, ¿quién no desea ser compatriota de vuestro héroe?

—¿Qué héroe?

—El general en jefe.

—¡Ah!, no sabía yo que era eso.

—Sereis el único.

—Es caballero, es noble, estudió mucho, sabe algo, pero tanto como héroe...

—Señor, os hallais en nuestro campo y no podemos disputar con vos. Conste no obstante que el mundo lo tiene y aplaude como héroe y eso creemos todos nosotros fundados en hechos.

—Yo tampoco quiero cuestionar con hombres tan dignos como vosotros; ¿creeis que es héroe? está bien, yo creo otra cosa y no hay para qué hablar de esto, toda vez que si soy yo el que está en un error no habeis de sacarme de él.

—¿No habitais en la plaza?

—Sí, señor.

—¿No le conoceis?

—Mucho; vivo en su palacio.

—¡Y no le juzguais héroe!

—No.

—Pues hablemos de otra cosa.

—Es lo mejor. ¿Qué tal se ha portado el general en jefe con vosotros?

—Admirablemente; siendo el primer sabio y el primer valiente del mundo es más noble y generoso que valiente y sabio.

—Buen defensor tiene en vos.

—No lo sabeis bien.

—¿Nada echais de menos, nada os falta?

—Nada.

—¿Y la libertad?

—La tenemos.

—¿Os deja salir?

—Cuando queramos.

—¿Y vuestras esposas é hijos?

—En nuestro país. Antes temíamos no volverlos á ver, ahora estamos seguros de morir al lado de ellos.

—Mucho asegurar es.

—Es poco asegurar tratándose de un caballero como el héroe.

—Dale con el héroe. En fin, llamadle como querais. Creo que os van á obligar á haceros católicos.

—¡Parece imposible que esteis tan cerca del héroe! No obliga él á nadie á que crea lo que no quiere creer.

—Estoy conforme en que la religión católica es la verdadera y su Dios el único, pero esa es una razón más para no imponer cosa tan santa y sagrada. Desgraciados los que no crean en ella.

—Pero señor mío, si él no la impone á nadie.

—Eso decís vos y yo no lo dudo, pero antes se pensó en eso.

—¿Cuándo, quién?

—¿No lo hace la inquisición en algunos pueblos?

—Yo no lo sé, pero aun cuando así fuera, el héroe no es la inquisición.

—¿Os vais á hacer vosotros cristianos?

—Todos.

—¿Por convicción ó por dar gusto á Flaviano?

—Por las dos cosas y os advierto que debeis hablar con respeto del general en jefe.

—¿No se llama Flaviano?

—Sí, señor, pero no tan en seco como vos lo citais.

—¿No me estais vos mareando con lo del héroe y nada os digo? Pues dejadme que yo le llame como quiera. ¿Qué ofensa le hago en llamarle como su padre?

—Ofensa no, pero sí falta de respeto.

—¿Qué falta le hace á él mi respeto?

—Se me figura que no podremos entendernos jamás.

—Vos teneis la culpa porque yo soy más comedido. Ahora lo vereís. Decid vosotros, señores, ¿pensais como vuestro compañero?

—¡Todos, todos!

—Os habeis lucido.

—Contestan así por espíritu de compañerismo.

—No, no. Porque es la verdad.

—Continuad, caballero santiaguista, que estais llevando un buen rato.

—¡Ah!, ¿conoceis esta cruz?

—Sí, la he visto en la capital y sé lo que representa.

—Habeis hecho bien en variar de conversación.

—¿Por qué? es que no quiero darrotaros.

—¿A mí? En ningún terreno.

—¿Ni con la espada?

—Tampoco.

—¿Os batiríais de buena gana conmigo?

—Sí, señor.

—¿Porque soy español?

—No, por eso no, porque creo que es un mal español y un mal mejicano el que habla del héroe como lo haceis vos.

—¿Qué he dicho yo de Flaviano que haya podido ofenderos?

—¡Otra vez Flaviano! vais á dar el traste con mi paciencia.

—Porque tendreis muy poca. ¿No os he tolerado yo lo del héroe y hasta que me desafiárais?

—Vaya un delito. Sobre todo lo de desafiaros.

—Lo es, porque yo no puedo batirme.

—¿Sois religioso?

—Casi.

—¿O es que me teneis miedo?

—Miedo... puede. Vosotros sois temibles.

—Comprendo.

—¿Qué comprendeis?

—Lo que no os importa.

—Gracias por la atención.

—La tengo con todo el mundo menos con vos.

—Os quedo reconocido y obligado.

—Todo eso mereceis.

—Porque no llamo á Flaviano héroe; si no lo es.

—Veo que andais sin espada y lo comprendo.

—La llevo siempre, que á veces se hallan hombres muy malos; mas para venir á veros no quise traerla

porque me consta que sois buenos y nada malo me habíais de hacer.

—Pues os advierto por última vez, que si continuais llamando al general en jefe Flaviano á secas y negais que es héroe, os siento la mano.

—Vaya un motivo. ¿Por qué no he de decir yo lo que pienso? Sois déspota.

—Mal papel hace el hombre que, como vos, llevais la contraria á todo el mundo.

—¿Otro insulto? Si yo pudiera batirme con vos había lance esta tarde.

—Haced un poder y nos vamos á dar un paseo al extremo opuesto de la ciudad.

—No, y puesto que Salmaripa no viene os dejo. ¿Quereis estrechar mi mano?

—Gracias por la honra. Otro día será.

—Bueno, que sea otro. Quedad con Dios, futuros cristianos.

—A mucha honra.

Y los cuatro salieron, sin que los jefes indios se pusieran en pie ni les alargasen la mano.

De allí se fueron á otra casa de madera que distaba bastante de aquella y en la que había también varios jefes.

Preguntaron por Salmaripa; no estaba, y pidieron permiso para sentarse. Concedido que fué hizo uso de la palabra Flaviano diciendo:

—¿Os quitan los cañones?

—No,—le contestó uno de los jefes.

—Pues yo veo que se los llevan.

—Sí; pero no del modo que decís: esos cañones son del rey de España.

—¿También se llevan los arcabuces?

—También.

—¿Y todas las armas blancas?

—Sí. No nos hacen falta ya.

—Quién sabe.

—Nosotros lo sabemos.

—¿Leeis en el porvenir?

—En el caso presente, sí, señor.

—Quién sabe si estareis en un error.

—Pues en él ó sin él estamos muy satisfechos.

—Las cosas del mundo dan muchas vueltas.

—¡Qué nos importa á nosotros eso?

—Mañana, por ejemplo, os obligan á haceros católicos.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Me lo figuro.

—Vuestra figuración no es acertada.

—¿Quereis suponer que no os vais á hacer cristiano?

—No lo supongo porque estoy deseando serlo.

—¿Por voluntad propia ó por imposición?

—Por lo primero.

—Eso es diferente; si os gusta esa religión, no digo nada.

—Sí, nos gusta.

—¿Pero estareis satisfecho?

—¡Por qué no?

—Os han quitado las armas, y Dios sabe lo que será de vosotros mañana.

—Hemos dado nosotros las armas que para nada necesitamos, y de nosotros será mañana lo que hoy. ¡Ojalá y siempre hubiéramos obedecido al héroe!

—¿Por qué no lo hicísteis?

—Porque el diablo metió la pata; pero en adelante será otra cosa.

—Me complacen esas ideas.

—¿Sois conocido del general en jefe?

—Vivo con él, pero no tengo todas sus ideas: desecho muchas.

—¿De esa eminencia?

—Dicen que soy yo raro.

—Creo que dicen bien.

—Gracias.

—No os ofendais.

—No, me lo dicen todos. De modo es que no estais pesarosos de lo que habeis hecho.

—En manera alguna.

—Mucho va tardando Salmaripa; con vuestro permiso nos retiramos.

—Si quereis hallarlo id hacia la derecha, y allí lo encontrareis presenciando la retirada de cañones.

—Gracias.

Los cuatro salieron, continuando el resto de la tarde visitando jefes y hablando con soldados.

A la entrada de la noche se retiraron al convento del príncipe.

Ya en la portería le dijo el religioso al héroe don Flaviano de Osorio:

—Hijo, ve todas las tardes al campamento.

—No puedo, señor: tengo que fingir y me violento. Yo ya sé lo bastante.

—En una tarde solamente has averiguado cómo piensan los jefes y soldados, y encaminaste á millares de hombres al cristianismo. Bien empleaste el tiempo.

—Empezad vosotros, y si no pudiérais os ayudaré en algo.

Se despidieron los tres del príncipe y entraron en su palacio cuando ya era completamente de noche.

Flaviano iba satisfecho, los otros dos parecían indiferentes á cuanto habían presenciado.

Solo el príncipe de Italia comprendió el valor del estudio que acababa de hacer Osorio en el campamento.

CAPITULO XXXVI

La última piña del campamento.—La cena.—Oaxacay y el héroe.

Poco después de haber llegado nuestros amigos á su palacio, en vista de las órdenes que Flaviano dió, primero al entrar en la plaza y luego en sus habitaciones, vieron los tres aparecer en el despacho donde se hallaban, al soldado indio con la piña que Mendoza había ganado tirando á la barra.

La llevaba en una linda bandeja de palma, hecha por él mismo. Era un tejido de tiras verdes formando dibujos caprichosos con sus dos agarraderas muy bien labradas.

Al verlos el soldado les dijo:

—Señores, ya estoy aquí con la piña que ganó ese caballero.

—¿Qué te ocurrió al entrar en la ciudad?

—Nada; dije para el héroe y me abrieron la puerta sin detenerme.

—¿Y en el palacio?

—Lo mismo, dí la voz milagrosa y me trajeron á esta cámara. Conque para el héroe, que quiero verlo y volverme al campamento. Los cinco pesos no me corren prisa y si no me los quereis dar harto pagado estoy. Para el héroe.

Y el soldado daba la bandeja hacia delante que era lo que el milagro requería.

—Hay un mal, amigo mío, y es que el general está encerrado con unos caballeros y me ha encargado á mí, como representante suyo, que te reciba y te dé los cinco duros y las gracias en su nombre.

—Como lo siento, señor, tenía deseos de conocerle.

—Esa casualidad lo ha impedido. Así no se le puede presentar la piña al general en jefe. Siéntate en el suelo y dejala limpia.

—No tengo cuchillo.

—Dale tu daga Luis.

—Tómala.

—¡Qué hermosa es; el puño de oro y tiene aquí una corona!

—Sí. Veamos si sabes limpiarla bien.

—Ahora vereis.

Y la mondó, dejando limpia, blanca y hermosa la almendra sin tocarla con los dedos.

La rodeó con la corteza que acababa de quitarle, puesta con arte; con la misma había limpiado la daga y se la entregó al paje diciéndole:

—Tomad. ¿Dónde pongo la piña?

—Sobre esta mesa. Ahora los cinco pesos. ¿Qué más quieres?

—Nada, ya que no puedo ver al héroe me conformo con mirar á su representante. También digo que no ha de ser más hermoso que vos. ¡Caramba qué guapo! El será muy feo.

—¿En qué te fundas, hombre?

—En que esos grandes hombres dicen que son muy feos. ¿Qué hago para salir de la plaza? porque ya no tengo piña. Y es lo peor que no se puede coger otra.

—¿Esta es la última del campamento?

—Sí, señor, la última, se la guardaban en la mata al mayor Claus.

—Ya no la necesita. Para que te dejen salir de la plaza, basta que digas ser el que ha traído la piña al general en jefe.

Así lo haré, buenas noches señores.

Y el soldado partió, creyendo que era otro milagro su entrada en la plaza y en el palacio.

Nuestros amigos se fueron al comedor donde ya les esperaba don Gonzalo para cenar.

Esta noche cenaban los cuantro solos.

Reinaba entre ellos silencio, y Flaviano quiso dar animación á la mesa preguntando á Mendoza.

—¿Dí, Rogelio, huyó de tí el apetito?

—No, gracias á Dios lo tengo como en mis mejores tiempos.

—¿Qué dices tú á eso Luis?

—Que es verdad.

—¿Ya no es glotón mi hermano, paje?

—Nunca lo fué.

—¿Por qué se lo llamabas?

—Eran bromas con las cuales procuraba distraeros.

—¿Tiene causa la supresión de esas bromas?

—Sí, señor.

--Puedo saberla.

—Claro es. El señor marqués de Abella es ya general, necesita que lo respeten todos sus inferiores, mis bromas podían interpretarse mal y no quiero que por causa mía le falten á la consideración que merece.

—No me has convencido.

—¿Por qué?

—Luis, mi hermano sabe hacerse respetar no solo con su actitud sino con sus puños.

—Debo evitarle la necesidad de que haga uso de ellos.

—Que no me convences.

—Si no quereis.

—Quiero, pero no puedo.

—Lo siento.

—¿No hay otra causa que la expuesta por tí?

—No, señor.

—Ello dirá, Luis.

—¿Qué ha de decir, señor?

—Ello es el tiempo, éste todo lo descubre y lo dice, á él apelo para descifrar el enigma.

—Hermano, déjalo en paz,—le dijo Mendoza.— ¿No comprendes que ahora me deja comer en paz y antes no?

—No te quitan á tí el sosiego esas bromas de mi paje.

—Pero más de una vez me atraganté por ellas.

—No haber comido tan de prisa, ni en tan enormes cantidades.

—Cuando se tiene buen apetito y un estómago tan fuerte como el mío se puede comer de ese modo.

—¿Quieres que te sea franco, Rogelio?

—Sí.

—Te diré con entera verdad que me complace verte comer con tan excelente apetito y me agrada mucho que mi paje haya suprimido sus bromas sobre tu modo de comer. Aun cuando me divierto menos me satisface más vuestra actual discreción.

La última frase coloreó un poquito el bellísimo rostro del paje. En cuanto á Mendoza no la comprendió en el verdadero sentido con que fué expresada.

¡Era el gigante tan decoroso en sus ideas y pensamientos!

Terminada la cena, recibió Flaviano á los tres maestres y al jefe del campamento, oyendo todo lo que se había hecho durante el día y nada tuvo que reprender. Dió algunas órdenes para el día siguiente, se fueron los tres maestres y quedaron solos el general y Salmaripa, jefe del campamento.

—Algo teneis que decirme reservadamente,—le dijo Flaviano,—ya estamos solos y podeis hablar cuanto gusteis.

—Tengo en efecto que participaros una noticia que me ha molestado bastante.

—No temais decírmela.

—Oid, señor; me han denunciado un hecho que debemos estudiar.

—¿Un hecho?

—Sí, señor.

—Sepamos.

—Han estado esta tarde en el campamento tres caballeros de la ciudad y un religioso.

—¿Qué cuentan de ellos?

—Que hablaron con jefes y soldados, que uno de ellos entiende perfectamente el azteca y que si bien ganaron voluntades entre los soldados, les sucedió lo contrario con los jefes.

—¿Qué les ocurrió con los últimos?

—Que uno de ellos no habló de vos con el respeto y consideración que mereceis y por esta causa lo trataron con dureza.

—¿Lo desafiaron?

—Sí, señor, pero no admitió.

—¡Cobarde!

—Eso hemos dicho todos.

—¿No conocieron á ninguno?

—No, señor.

—Os dieron sus señas.

—Solo me dijeron que el uno era fraile, éste no habló nada, acaso desconoce el azteca, y el otro santiaguista que fué el que llevó la voz.

—¿Qué opinas?

—Que en la plaza hay traidores.

—Creen eso mismo los que hablaron con ellos.

—Sí, señor.

—¿Qué más os han dicho?

—Que les dé permiso para expulsarlos del campamento ó para tirarlos al río.

—No lo imagineis.

—Es necesario darles una lección.

—Bajad la voz no os oigan.

—¿Tan cerca están?

—Tres de ellos, sí.

—¿Los conoceis?

—Juzgadlos vos: el uno era el príncipe de Italia; el otro el general Mendoza, santiaguista, el otro mi paje y el cuarto otro santiaguista.

—¿Estais seguro, señor?

—Sí.

—¿Qué se propusieron?

—Conocer la opinión del campamento, distraerse y qué se yo. Son las personas más leales y de más valor que hay en San Juan.

—Mañana les prohibiré que vuelvan á ocuparse de tan elevados señores.

—Sí, hacedlo. Cuando ellos creían que los de aquí me vendían me estaban sirviendo mejor.

—¿Todo lo sabeis?

—Todo.

—¿Faltó alguno del campamento?

—No; de unos y otros quedé satisfecho.

—¿Y el cobarde?

—Ese supuesto tímido podía muy bien por su valor y destreza batirse con todos los jefes que le rodeaban y dar fin de ellos.

—Bien ha disimulado, según me contaron.

—Como no fué á batirse á un campamento amigo y á nadie halló que mereciese la más leve reprensión no se dió por entendido en lo relativo á duelos.

—Ahora lo comprendo todo.

—Me alegro y no hableis más de esto ni tolereis que otros hablen.

—Cumpliré vuestro deseo, señor. ¿Me dais permiso para retirarme?

—Id con Dios y hasta mañana por la noche.

Así terminó la difícil excursión de la tarde llevada á cabo por el hábil general.

Poco después se retiraba á su alcoba Flaviano descansando en ella seis horas.

Se levantó temprano y entrando en su despacho mandó llamar al general Mendoza al cual dijo:

—Te enteras de esas órdenes, partes al campamento y permaneces en él hasta la hora de comer, vigilando el cumplimiento de todo lo que tengo mandado y de lo que ahora dispongo. Vuelves, comes con nosotros y regresas al campamento hasta la noche. Necesito que aparezcan en todo lo que he ordeno el acierto y la brevedad. Rogelio, vamos á domesticar treinta mil fieras, pero con la persuasión del hombre inteligente que se dirige á seres humanos. Quiero que se emplee con los indios la dulzura, la amabilidad, el razonamiento y la instrucción, no toleres castigos, ni altanerías, ni malas razones. Vamos á extender entre ellos el bien y me propongo que no vaya de aquí mal alguno.

—Te comprendo y realizaré tus deseos que son siempre los míos.

—Pues parte y vuelve á las dos. ¿Te has desayunado?

—No, es muy temprano, pero lo hago ahora mismo y al acabar iré al campamento. Adiós hermano.

—Que Jesús vaya contigo.

Quedó solo el general pero no fué por mucho tiempo. A los pocos minutos se presentó el paje diciendo:

—¿Ya estais trabajando?

—Sí.

—¿Tan temprano?

—Ya lo ves.

—Cuando yo creía que habíamos terminado nuestra misión en Méjico...

—Luisa, nuestra gran misión empieza ahora.

—¿Qué misión es esa, señor?

—La de regenerar un pueblo que hemos hallado esclavo de su ignorancia, de su ferocidad, de sus instintos. Hallamos fieras, casi fieras y pienso dejar hombres.

—La idea es como vuestra. Señor, lo mismo en la ciudad que en el campamento hay un movimiento inusitado. ¿Qué ocurre?

—Nada de particular, que llevan al campamento cuanto allí hace falta, que es mucho y se traen lo que estorba y no necesitan.

—¿Qué estorba allí?

—Armas y aparatos de guerra.

—¿Todo va á ser paz y concierto?

—Todo.

—¿Acabaremos pronto?

—No.

—¿Por qué?

—Luisa, la regeneración de un pueblo es lenta siempre. Entiende que ayudados por la Providencia hemos encerrado en ese campamento lo más ignorante y fiero, lo más guerrero y valiente de Méjico, y ha de salir de ahí lo más ilustrado y bondadoso.

—Es un propósito, señor, que llevareis á cabo, pero teneis que aplicarle todo vuestro genio y sabiduría.

—Cuanto sé y valgo le daré, Luisa. Nada puedo hacer en el mundo que valga tanto como eso, ni nada puedo ejecutar con más interés y entusiasmo.

—¿Cuándo empiezan las misiones?

—Ya han empezado.

—¿Esta mañana?

—Sí, al amanecer.

—Señor, nos vamos á aburrir en esta ciudad.

—No lo creas, Luisa, debo también ocuparme de tí y en cuanto empiece á hacerlo estarás entretenida. Te voy á dar una buena noticia; dos buenas noticias.

—Hablad, señor.

—He mandado llamar á tu padre y á tu hermano menor, á ese que es tan parecido á tí. Por el pronto para que los veamos.

—¿Y luego?

—Luego, para otra cosa. ¿Qué quieres López?

—Señor, el desayuno,—contestó el criado que acababa de llegar.

—Ponlo sobre esta mesa; aquí nos desayunaremos el paje y yo..

Así lo hizo el criado en tanto que Luisa y Flaviano comían y hablaban.

—¿Qué otra cosa es esa, señor?

—Ya lo sabrás en su día.

—¿Ahora no?

—Es pronto aún. Hablemos de tí.

—Me debeis otra noticia.

—Es verdad y te la voy á dar. El rey, mi padre y mi hermano tienen mucho empeño en concederte un título de duquesa, con grandeza de España, señoríos y rentas.

—¿Para qué quiero yo eso? Vos no lo deseais, ¿es verdad?

—Con más empeño que ellos.

—Vanidoso, quereis tener un paje duque.

—No, ya sabes que yo desconozco la vanidad. Quiero que seais duquesa porque vas á dejar de ser paje mío.

—¿Por qué?

—Luisa, son muchas las personas que conocen tu sexo y no debo consentir que llegue un día en que la murmuración intente manchar tu honra. Hasta ahora pudieron tus pocos años, la guerra, tu desmedido valor y tu sagacidad, justificar tu cambio aparente de sexo y estancia á mi lado; pero será pronto imposible y todo lo haría yo menos llevarte á Europa de paje y lo que es peor de paje deshonrado. Allí la gente es maliciosa, la corte en la que tendremos que vivir se hacen crueles

críticas, se abulta lo malo, se finge y hasta se despedaza sin piedad, bastándoles para hacerlo un pretexto cualquiera.

—¡Qué maldad!

—La hay, y no puedo yo consentir que se cebe en tí, á la que tanto debo.

—Pero yo quiero ver al mundo, quiero navegar y conocer ese viejo continente lleno de maravillas.

—Yo también quiero darte ese gusto, pero no puedes ir de paje mío ni de nadie.

—Pues cómo he de ir.

—Como duquesa.

—Podrán decir lo mismo; una duquesa aun cuando no sea, puede pasar por la manceba de un genio como vos.

—Cierto, pero hay medio de evitarlo.

—¿Cómo?

—Ya lo sabrás después.

—Os ruego me lo digais ahora.

—No puede ser, Luisa. Déjame pagarte lo que te debo, que te demuestre el cariño que has logrado inspirarme sin alterar mis planes ni violentar mi deseo.

—Partís de un error, noble señor: soy yo la que más os debo.

-No es cierto, pero sobre este punto rehuyo toda cuestión. Si eres tú la que más me debes, sea y de este modo me deberás más. Son los poderosos los que deben dar, no los pobres.

Luisa no era ya, como nuestros lectores habrán comprendido, la niña valiente y ligera que solo pensaba en defender á Flaviano, en velar por su existencia y

en admirar casta y pura aquel genio poderoso. Era ya mujer y la naturaleza la imponía otras inclinaciones sin dejar por eso de ser espíritu del espíritu de Flaviano.

En estos dos seres privilegiados todo era espiritual; pero ya el destino le imponía á Luisa el cumplimiento de otros deberes morales y materiales.

La naturaleza era ya en Luisa una madre cruel que se imponía tirana y fiera.

El príncipe arrancó á la casta joven una verdad grande.

—Mi espíritu,—dijo,—será siempre de Flaviano, mi corazón jamás.

CAPITULO XXXVII

Transformación completa.—Efectos de las misiones.—El genio de la guerra en la paz.—La mayor grandeza del héroe.

Tenía razón Luisa, lo mismo en el campamento que en la ciudad, el movimiento y el ruido eran grandes.

Cincuenta carros iban de un lado para otro llevando y trayendo cosas. Cien caballerías ayudaban por separado á los carros y más de mil hombres trabajaban en el campamento.

Unos cantaban, otros reían y la paz, la unión y la alegría eran grandes y demostraban el completo cambio que habían sufrido sitiados y sitiadores.

Los poetas españoles y mejicanos improvisaban coplas al héroe, sin arte, pero gráficas y hasta bellas en las ideas que llevaban.

He aquí una de ellas:

San Juan Bautista moría
y Méjico agonizaba,
pero salió el sol Flaviano
y el imperio se curaba.

A la India vamos todos los valientes
á comer traidores y á beber ingleses.

Por el estilo eran casi todos y en verdad que en más de una ocasión llevaron algunas la risa á los labios del héroe.

Transcurrió el día, y vino el negro crespón de la noche poniendo término por algunas horas á aquel movimiento vertiginoso, que duró desde el amanecer hasta que el sol quedó sumergido en su ocaso.

Flaviano permaneció en su palacio trabajando unas veces y otras contestando á las infinitas preguntas que se le ocurrieron ese día á su paje.

La venida de su padre y hermano menor, su educado y cesación del cargo de paje que solo desempeñó en apariencia, la tenían cabilosa y preguntona como no lo estuvo jamás.

Quiso saber mucho, leer en el porvenir y solo consiguió perderse más en el laberinto de congeturas en que la envolvieron las háviles constelaciones de su eminente señor.

A la hora de comer se reunieron en el comedor; además de los tres de casa, el general Mendoza, los maestres de campo y el indio Salmaripa.

La comida fué animada, espléndida y no dejó nada que desear á los gastrónomos.

Mendoza comió por cuatro, pero nada le dijo Luisa, lo animaba á que comiese más, lejos de burlarse de él.

Terminado aquel acto quedaron de sobremesa, y retirados los criados y el servicio exclamó Flaviano:

—Deseo saber del maestre de campo Almeida, qué ha sucedido con los cañones y armas retiradas del campamento.

—Todo fué conducido á la ciudad, colocados los cañones en los sitios señalados por vos y llevadas á los despósitos las restantes armas.

—¿No queda ninguna en el campamento?

—Solo las que llevan al cinto los jefes.

—Es decir, que vuestra misión en el campamanto ha terminade.

—Sí, señor.

—Habeis hecho en dos días más aún de lo que yo me propuse. Gracias, Almeida, en nombre de la patria y del rey. Ahora vos, maestre Fajardo. Decid sobre el campamento lo que á vos se refiera.

—Señor, están ya en poder de los indios los mil carneros, los cercales, la harina y todo lo necesario en víveres para alimentarse bien un mes. Maestros panaderos y culinarios adiestran á los indígenas y todo lo que se halla allí llevará el sello de la inteligencia.

—¿No se obliga á nadie?

—No, señor; se piden panaderos futuros, cocineros y rancheros, y van los que lo piden. Tantos se prestan que no ha podido dárseles ocupación á todos. A la vez se están levantando casas de madera, fijando tiendas y esta noche dormirán todos bajo cubierta.

—¿Esta noche?

—Sí, señor; no está todo concluído, pero se arregló de manera que ninguno cogerá relente en lo sucesivo.

—¿Cuándo terminarán todas las obras encargadas á vuestra inteligencia y celo?

—Pasado mañana por la noche.

—Habeis corrido como yo no imaginé. También á vos os doy las gracias en nombre del rey y de la patria. Os toca á vos, maestre de zapadores.

—Señor la superficie del campamento se halla como antes de ocurrir el cataclismo. Nada se ve; ningún vestigio queda. En el interior continúan rellenando las galerías y pasado mañana concluirán. Como me sobraba gente he destinado una parte al cuerpo de artillería, que lo ví necesitado de ella, y la otra parte con todos los maestros levantan casas de madera, tiendas y ayudan á mi compañero Fajardo á cuanto necesita de ellos en el campamento. Todavía me ha quedado tiempo y llevo dos días de dirigir la pesca por otro lado distinto; por el brazo derecho del río, y en él logré una abundancia que dió lo suficionte para la plaza y el campamento.

—¿Qué decís?

—Con una clase nueva que hallé en ese lado inmejorable. Son pescados que nacen en la mar, vienen al agua dulce y aquí varía su carne hasta hacerse deliciosa.

—¿Cómo el salmón de Europa?

—Y el sábalo de España.

—Verdad es—dijo Mendoza,—me he comido esta noche medio pescado de esos, y no lo hallé mejor.

—¡Medio pescado!—exclamó Flaviano.—¿Qué peso tienen ó suele tener, maestre?

—Son muy grandes, señor, por término medio de doce á catorce libras.

—¡Te has comido siete libras de pescado, hermano!

—Sí, de seis á ocho libras.

—Maestre, el rey y la patria os agradecen los sacrificios que hicísteis antes y después del cataclimo. Aguardo á mi hermano Julio, que no debe tardar, para recompensar como se merecen vuestros extraordinarios servicios.

—Gracias, señor.

—Os toca á vos, Salmaripa. ¿Qué teneis que decirme?

—Señor, hice la entrega de todas las armas y material de guerra que había en el campamento, y luego he recibido todo lo mucho que os habeis dignado mandar al campamento. Del hambre más negra y cruel hemos pasado á la opulencia; ni jefes ni soldados comimos ni estuvimos nunca tan regalados como ahora. No tengo noticia ni creo que haya existido monarca ni poderoso en el mundo que haga lo que vos. ¡Qué generosidad! ¡Qué esplendidez! Hasta los mas rebeldes y descorazonados vertimos lágrimas, hijas del agradecimiento. No teneis, señor, hombres más decididos que nosotros, ni más leales, ni que más os quieran. Lo veis, señor, la emoción ahoga mis frases. Más de lo que yo pudiera decir lo expresan estas dos lágrimas que surcan mis mejillas.

—Gracias, Salmaripa, os lo agradezco tanto más cuanto que no hay motivo para tanto.

—¡Que no!

—Os lo voy á demostrar: donde acaban las rentas reales empiezan las mías, y sabed que mi padre es hoy el más rico y poderoso de la tierra, inclusos todos los monarcas. Añado que tengo facultad para disponer de cuanto mi padre posee, y siendo así nada tiene de extraño que quien tan rico es se presente espléndido.

—¿Y vuestra previsión, y el haber tenido dispuestos los víveres y cuanto podían necesitar treinta mil hombre? Y vuestro perdón y los millones con que habeis premiado nuestra rebelión y nuestras maldades; y la libertad concedida á los que nos hubiéramos conceptuado dichosos siendo esclavos vuestros? ¿Qué hemos hecho nosotros? Cometer las grandes maldades. ¿Qué habeis hecho vos? Ni aún imponernos la religión del estado. Sois, señor, mucho más grande de lo que vos imginais, mucho más de lo que la fama pregona, mucho más que todos los reyes del mundo juntos...

Un aplauso siguió á las últimas frases del indio. Los maestres, el general, el paje y don Gonzalo no pudieron contenerse, y á la vez de aplaudir prorrumpieron en exclamaciones y vítores entusiastas.

Flaviano los contuvo con la siguientes frases:

—Señores, esos aplausos, esos vítores, esas adulaciones engríen al hombre, lo endiosan y nace el déspota, el tirano. Yo estimo los grandes servicios que habeis prestado á la patria, he admirado vuestra abnegación, os he visto gigantes; adulándome os veo enanos porque os empequeñeceis, y al convertirme á mí en ídolo sois vosotros míseros idólatras que adorais un pedazo de barro. Seamos grandes, señores, sino

por lo que valemos, por la intención que guía nuestras acciones, por el amor que hemos demostrado á la patria. No os doy las gracias, no os lo agradezco, porque me habeis ofendido al pretender que me alimentase con el manjar de los vanidosos, de los tontos. Prefiero á esos vítores que os rebeleis contra mí y hasta que me desobedezcais.

Todos quedaron mudos al acabar Flaviano. Todos no; el paje le contestó:

—No podemos, ni debemos, ni queremos contradeciros, pero entended, señor, que solo estais mal, que solo hablais mal, cuando os acupais de vos; cuando, como ahora, os envolveis en el manto de la modestia tan exagerado y roto que solo presenta girones. ¿Os gusta la idea? ¿No? peor para vos, porque es la verdad.

—Niño, te olvidas á menudo de que eres mi paje.

—Pero nunca de decir la verdad; ¿os amarga? Por eso la hecho yo fuera de mi boca.

—Calla, Luís.

—Ya no hallaba que decir, por eso me callo.

—¿Teneis, Salmaripa que exponer algo más, sobre el campamento?

—No señor, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque me lo prohibe vuestra modestia; como todo en vos es grande, lo es con exceso, con mucho exceso la virtud de la modestia.

—Está bien, no digais más. Ahora tú, Mendoza.

—He pasado todo el día en el campamento; he visto cuanto se ha hecho, y no es posible más celo, más in-

terés, más energía, ni más entusiasmo al obedecer tus órdenes. Yo no sé en qúé consiste; á tí, mi querido general en jefe, te obedecen con un celo y entusiasmo extraordinario. Es inútil vigilarlos; lo ha mandado el héroe, dicen, y no dan motivo á la más pequeña reprensión. Hasta los más torpes se hacen listos. Lo más extraño es que jamás han impuesto un solo castigo; cuando alguno se equivoca se lo demuestras haciendo tú bien lo que él había hecho mal; pero nada le dices.

—Está bien, continuad los que algo os queda que hacer, y los restantes, pasead por donde os plazca. Mendoza, lleva á mi paje de paseo cuando haya bajado el calor.

—¿No salís, señor?

—No, reconoceré los heridos y luego trabajaré.

—¿Dónde quieres ir, Luís?—le preguntó Mendoza.

—A la casa Amarilla.

—Dista un poco más de media legua.

—Si te parece poco iremos á Cruz.

—Tienes razón; montaremos á caballo y nos iremos de paseo á hacer una visita al gobernador.

—Acepto.

—Que os sigan dos lacayos.

—Se entiende.

—Y en el arzón llevais pistolas.

—¿Temes algo?

—No; pero es mejor que vayais prevenidos.

—Está bien, las llevaremos.

Flaviano se fué al hospital, volviendo á reconocer uno por uno á todos los heridos; casi todos estaban

mejor, si bien hubo algunas pocas amputaciones, y dos muertos.

La mayor parte debían entrar pronto en la convalecencia.

Dos horas empleó en el reconocimiento retirándose al concluir á su palacio en el cual pasó el resto de la tarde escribiendo con Ros, al cual dictaba.

Al anochecer volvió á salir, entrando en el convento de Trinitarios.

Lo recibió el superior al cual preguntó:

—¿No ha venido el príncipe?

—No, señor, continúa en el campamento. Sale al amanecer y regresa cuando ya es de noche.

—¿No viene á comer?

—No, señor, le llevan la comida.

—¿Debe tardar mucho en regresar?

—Menos de media hora.

—Entonces le espero.

—Lo cual es para mí la mayor satisfacción.

—Luego lo veremos. Decidme, ¿como no estais vos en el campamento?

—Señor, comprendo bien el idioma de los aztecas pero no lo hablo con la perfección necesaria para las misiones.

—¿Cuantos individuos de vuestra compañía lo hablan bien?

—Once.

—¿Todos están en el campamento?

—Todos.

—Acabadlo de aprender, padre superior. ¿Os bastará un mes?

—Creo que sí.

—Pues dentro de treinta días os hablaré en azteca, y deseo que me contesteis en el mismo idioma.

—Lo haré.

—De lo contrario, me veré obligado á mandaros á Mérida; allí me hace falta un trinitario de vuestro mérito.

—Buscad otro, señor, porque yo lo hablaré en ese corto plazo.

En este instante llegó el príncipe y los dos se encerraron en la celda del último.

Trataban de una cosa importante.

El superior trinitario vió salir al héroe con temor y sobresalto.

CAPITULO XXXVIII

Noticias. — Preparativos. — Un buhonero delicioso. — La vara de medir.—Un día en el campamento.

Cinco díaa más continuó trabajando Flaviano con asiduidad grande. En ellos escribió á su padre, incluyéndole un parte detallado de todo lo ocurrido en San Jnan Bautista desde su llegada para que lo mandase á Madrid. Puso varios nombramientos y concesiones que Ros sacaba en limpío para que las firmase Julio á su regreso, y otras muchas cosas análogas.

Acordó fortalecer y artillar más de lo que estaba el puerto de Veracruz, y construir un fuerte disimulado en Cruz, pero de resultados seguros el día que hubiera necesidad de usarlo contra una escuadra.

Todo lo dejó terminado el quinto día á la hora de comer.

Se sentó á la mesa, y su paje, que no estaba conforme con tanto trabajo de bufete, le dijo:

—Llevais cinco días sin salir á respirar el aire libre.

—Era preciso, Luis.

—Cinco días de vida sedentaria y temo que enfermeis.

—Jamás me encontré mejor.

—Estais trabajando con exageración.

—No.

—De la alcoba al despacho, con ligeros paréntesis al comedor y del despacho á la alcoba. Cinco horas de sueño, dos de mesa de comedor y diecisiete de trabajo intelectual, no es sano.

—Llegas tarde, Luis.

—¿Cómo tarde?

—Sí, ya he concluído.

—Me alegro. ¿Saldreis conmigo esta tarde?

—No, tú y Mendoza me acompañareis á Cruz. Tambien vendrá con nosotros el maestre zapador.

—Eso ya es distinto.

—Cuando baje el calor.

—Se entiende.

—Manda llamar al maestre.

—¿Para qué hora?

—Para las cuatro.

Y continuaron comiendo.

Poco después de las cuatro de la tarde montaron á caballo, saliendo el héroe con Mendoza, el paje, el maestre y tres lacayos.

Sin violentar demasiado los potros llegaron á Cruz mucho antes de las seis.

Se encerraron con el gobernador media hora, es-

tudiando éste y el maestre unos dibujos que Flaviano llevaba. Después pasaron al fuerte antiguo, luego á otro sitio elegido por el héroe, les dió éste varias instrucciones de palabra primero y luego por escrito, y al acabar les dijo:

—¿Todo lo habeis comprendido?

—Todo.

—¿Qué opinais de esas obras?

—Cuando estén terminadas y funcionen los seis nuevos cañones con los cuatro antiguos, creo yo,—decía el maestre,—que se puede echar á pique una escuadra en cuatro horas.

—Eso es,—añadió el gobernador,—siendo lo más importante lo resguardados que quedarán los artilleros y los cañones. Pero creo que no habrá necesidad de usarlos.

—Dais principio á la construcción mañana. Maestre, ¿cuánto tiempo tardareis en terminar las obras?

—Poco más de un mes.

—No es mucho. Creo conveniente que os trasladeis con vuestros zapadores, artilleros y cañones.

—Mañana lo haremos.

Todavía dió al gobernador algunas instrucciones, montaron á caballo, regresando una hora después á San Juan.

Habían galopado bastante, y de esta manera lograron entrar en la plaza cuando la noche empezaba.

Flaviano estuvo hasta que se retiró á su alcoba, comunicativo y alegre, la alegría posible en persona tan grave y sesuda.

A las diez se metió en cama, diciendo á su criado:

—No te olvides despertarme al amanecer.

Poco después dormía tranqnilamente.

Empezaba á amanecer cuando Pérez le dijo:

—¿Señor?

—¿Es hora ya?

—Sí, señor.

—¿Tengo dispuesto el traje?

—Aquí está todo

—¿Y la vara?

—También.

—¿Fuerte?

—Más, mucho más que nuestro roble de Europa.

—¿Se romperá dando con ella muy fuerte?

—La he probado y resiste tanto como el hierro.

—Dices al paje y á Rogelio que no me esperen hasta la noche.

—¿No os visto, señor?

—No; retírate y hasta la noche.

Flaviano se levantó, principiando á vestirse y á descomponer su rostro, cuello y manos.

A la media hora nadie podía reconocer en él otra cosa que un buhonero de cuarenta á cincuenta años.

Era ya su verdadera antítesís.

Se colocó una gorra vieja y muy usada, y cogiendo una vara de medir gruesa y fuerte, salió por una puerta excusada del palacio.

De este modo entró en el campamento.

Para que le dejaran pasar enseñó una orden que decía:

«A este mercader ambulante se le permitirá la entrada en la plaza, en el campamento y hasta en el palacio del general en jefe.

«El general marqués de Abella.»

Llegó al campamento en los instantes en que daban principio los misioneros á su obra de regeneración de aquel pueblo atrasado é ignorante.

No era conocido el campamento; aquel sitio de guerra y muerte, aquel lugar de sangrientos episodios era ya un templo de sabiduría, de religión y de enseñanza.

En solo diez días la trasformación había sido radical. No había allí nada guerrero, nada militar, ni aun señal alguna que indicara lo que había sido.

Se veían filas de casitas de madera para los jefes; á la derecha y á la izquierda interminables hileras de tiendas de campaña, en las cuales dormían, de cuatro en cuatro, hasta 30.000 indios.

Al frente de esas filas una hermosa capilla con la efigie del Redentor y la de la Virgen, se alzaba dos varas para que pudieran asistir y verla en los días que se celebraba el santo sacrificio de la misa, cuantos había en aquel campo.

Seguían las cocinas, las panaderías, inmensos comedores cubiertos y cuanto en ellos hacía falta para la mesa y para que todos estuvieran sentados cuando comían.

También había lo necesario para el aseo; allí todos se lavaban al levantarse por la mañana.

Flaviano había dado reglas para todo, y se observaban con la mayor exactitud.

Sigamos ahora al disfrazado héroe.

Entró, como hemos dicho, en el campamento; iba silbando una canción popular india, y todo era posible creerlo menos que aquel comerciante de caminos fuese español ni persona culta. Parecía, y por tal lo tomaban todos, un comerciante indio, un poco menos cerril que los antropófagos.

Delante de él habían entrado más de cincuenta entre misioneros y religiosos que ahora se dedicaban á la enseñanza.

Unos instruían á los indios en religión, otros enseñaban el castellano, otros labores mecánicas, agricultura y algunas industrias. Nadie estaba allí sin hacer nada, pues los jefes, unos se perfeccionaban en el idioma español y los restantes que lo hablaban bien cuidaban del orden y concierto, quedando á la disposición de los misioneros y religiosos.

Para que nuestros lectores comprendan el orden, acierto y discrección que allí reinaba, basta decirles que el pensamiento era el de Flaviano y la total dirección del príncipe de Italia.

Nuestro amigo Osorio, iba recorriendo la gran extensión que ocupaba lo que fué campamento, parándose á cada instante y hablando con indios, sacerdotes y jefes. Aún cuando lo hacía con los peores modales, con modales propios de un semisalvaje, siempre hallaba una pregunta discreta, una advertencia oportuna y algo que señalar, digno de la consideración de aquel á quien se dirigía.

No habiendo contestado bien un jefe al sacerdote que lo ilustraba se acercó Flaviano y le dijo:

—Estos señores, merecen la consideración y respeto de todos sus discípulos.

—Y á ti ¿qué te importa?

—Estoy aquí por orden del general Mendoza, marqués de Abella, le debo muchos favores y no puedo tolerar que se le falte.

—¿Quién le ha faltado?

—Vos, contestando mal á este sacerdote.

—¿Este sacerdote es el general Mendoza?—añadió el indio.

—Lo que hace el religioso lo manda el general y más que á éste se le falta á aquel.

—Todo lo que aquí se hace lo manda el héroe, no el general.

—Todo lo que manda el héroe lo manda el general, me consta. El señor marqués hace suyo todo lo de su hermano.

—¿Me quieres dejar en paz indio bravo?

—Con mucho gusto, no deseo otra cosa, pero hacedme el favor de no volver á faltar á ese sacerdote porque no lo tolero.

—¿Y qué harías tú?

—Decírselo en el acto á S. A. el príncipe de Italia y luego al general en jefe.

—¿Pero eres mercader, ó qué eres?

—Soy la verdad. Señor religioso, no tolereis que os falten si deseais complacer al general en jefe.

Y continuó su camino obligando á los otros dos y á los muchos que le oyeron á exclamar para sí:

—¡Quién será!

Después vió á un indio que salía del grupo donde le enseñaban y le preguntó:

—¡No te gusta aprender?

—No.

—¿Por qué?

—Porque es tan pesado eso.

—¿Dónde vas?

—A ver pescar.

—Te van á llamar bruto tus compañeros.

—¿Por qué?

—Porque ellos aprenden y tú no, y cuando salgais de aquí, ellos sabrán mucho y tú seguirás tan bruto como entraste.

—Sí, pero es tan pesado.

—Ten paciencia, hombre, que ya te irás acostumbrando como les sucede á tus compañeros. ¿Tú sabes lo que vas á ganar aprendiendo mucho?

—Me lo figuro.

—Anda, entra en el corro, pon mucho cuidado y ganas á tus compañeros. ¿Vales menos que ellos?

—¿Hablas tú castellano?

—Sí.

—¿No te costó trabajo aprenderlo?

—Ninguno.

—¿Qué hiciste?

—Poner mucho cuidado y aprendérmelo todo de memoria. Mas premios gané...

—Voy á hacerlo yo.

—No tardes, entra.

Y le hizo entrar y aprender.

Después estuvo en las panaderías viendo trabajar, luego en las cocinas: á todos preguntaba, á todos enseñaba algo, y así permaneció hasta las dos en punto.

A esa hora sonó una gran campana; era la hora de comer y de descanso hasta las tres.

Flaviano se fué silbando una canción guerrera á la casa de Salmaripa.

En la parte baja halló al lego Pedro que llevaba la comida al príncipe y al padre Anselmo.

Tenían la mesa puesta en un extremo de la habitación.

Con el lego, sentado en una silla, estaba el jefe que tardes atras cuestionó con Osorio, y hasta lo desafió.

—¿Qué haces aquí?—preguntó al héroe, tomándolo por un indio intruso.

—¿Qué hago? Pues ya lo veis.

—Salid de esta casa.

—Manda en este escrito el señor general Mendoza que entre donde me dé la gana.

—Bribón, no puede ser.

—Es decir, que si lo es, sereis vos el bribón.

—¡Insensato!...—dijo el jefe levantándose con actitud amenazadora.

—¿Qué es eso?—preguntó el príncipe entrando con el padre Anselmo.

—Señor, llegais á tiempo, porque iba á castigar á ese desdichado,—dijo el jefe.

—¿Qué os ha hecho?

—Le llamé bribón porque no me contestó bien á una pregunta que le hice, y me devolvió la frase.

—¿Quién sois?—le preguntó Silva, mirando á Osorio fijamente.

—La verdad, disfrazada de indio, señor.

—Insolente...—gritó el jefe.

—Dejadlo,—añadió Julio;—os prohibo que os metais con él. ¿Qué entendeis vos por verdad, mercader ó lo que seais?

—Entiendo, señor príncipe, la justicia, la rectitud, el honor y todos sus símiles.

—En ese caso vuestra forma es la mentira. Vos no sois lo que pareceis.

—Quién repara en formas, señor; fijaos como yo en el fondo de las cosas.

—¿Conoceis el castellano?

—Algo.

—Hablemos en español.

—Hablemos.

—¿Qué pregunta os hizo el jefe cuando lo incomodásteis?

—Quería saber qué hacía aquí.

—¿Qué le contestásteis?

—Que ya lo veía. Me hechó sin autoridad ni dominio bastante, y le contesté que vine con un permiso del general Mendoza. Por eso solo me llamó bribón. Si no llegais tan á tiempo, le pruebo que el bribón lo es él.

—¡Yo!...

—Silencio, jefe; basto yo solo. ¿A ver ese permiso del general Mendoza?

—Tomad, alteza.

—Es verdad, está en regla; ¡pero esta letra!

—Será falsificada,—añadió el jefe.

—No os extrañe esa letra,—dijo Osorio al príncipe sin cuidarse de las frases del jefe.—Puso la orden de su puño y letra el general en jefe.

—¿Qué dice?—preguntó asombrado el jefe.

Julio volvió á mirar á Flaviano más atentamente que antes. Luego le devolvió la orden, diciendo:

—Tomad; es en efecto de mi hijo Flaviano.

—Yo no miento jamás, alteza.

—Vuestro traje, sí.

—No lo hicimos ni mi padre ni yo; será por eso.

—¿Me quereis contestar á lo que os pregunte?

—A todo.

—¿Sois mercader?

—Ahora sí.

—¿Qué vendeis?

—Todo lo que vos querais comprar.

—¿Sois rico?

—Rico soy.

—¿A qué habeis entrado aquí?

—A veros.

—¿Cuánto tiempo hace que estais en el campamento?

—Desde que amaneció.

—¿Vendisteis mucho?

—Nada.

—¿Por qué?

—Sobra aquí de todo, menos paciencia y urbanidad en ese jefe.

—¡Señor príncipe...!

—Os he dicho, jefe, que le doy permiso para que diga lo que quiera. Si castigo merece yo se lo impondré. ¿Qué deseais de mí, mercader?

—Dicen que sois caritativo, dadme una prueba.

—Pedidla.

—Alteza, estoy aun en ayunas.

—Pedro,—exclamó el príncipe,—la comida.—Mi cubierto á este mercader.

—¿Y vos?

—No os cuideis de mí.

—Jefe, un cubierto para S. A.—gritó Osorio.

—Tomad, señor príncipe.

—¿Pero qué veo? ¿Sopa y unas legumbres cocidas? Sin más postre ni nada. Jefe, traed un ave para S. A. pescado, dulces y fruta, volad. Señor, vamos comiendo, mientras viene, vuestra sopa y legumbres. Os hago plato, y á vos, padre Anselmo; trae vino Pedro y un plato.

—Ni el duque del Imperio manda así.

—Pesado, torpe y gruñón. ¡Ah, viejo endiablado!

—Señor, este hombre me insulta.

—Déjalo, Pedro.

—¡Si no fuera ..!

—¡Me amenaza...! Qué torpe; cree que está en Malta matando turcos, ó en Lima matando limeños, ó en Venecia... Ya no puedes, pobre viejo, pero basta con que sepas defender bien á tu señor.

—Aquí está el ave, el pescado, los dulces y las frutas.

—¿Y el vino?

—Vuelvo con él.

—¡Pedro, platos, muchos platos!

—No hay más.

—Vuelve por ellos, mal lego.

—No puedo abandonar á mi señor.

—Te daba un abrazo de buena gana. No lo abandones nunca. Padre Anselmo, bajad platos.

—¿Qué hago, señor príncipe?

—Obedecerle.

—Aquí está el vino.

—Llena los vasos, lego, más de prisa.

—Ya están.

—¿Os pongo ave, alteza?

—Yo, no...

—Comedla.

—Está bien, la comeré.

—¿Vais comprendiendo á lo que he venido, jefe?

—Perdonad si en algo os he faltado, mercader.

—Así se gana el cielo y la voluntad de los hombres.

—No me volverá nadie á dar otra lección.

—Eso me gusta, que seais aplicado y os baste con la segunda.

—¿Cuando fué la primera?

—Hace ya días.

—¿Aquel santiaguista?

—Aquél.

—¡Ah!

—Tomad, padre Anselmo; es un ave sabrosa.

—No puedo...

—Tomad, pardiez.

—Comed todo lo que os mande ese mercader. No veis que yo lo hago?

De todo fueron comiendo, y en verdad que el hubonero lo hacía con excelente apetito.

—Acabaron y Flaviano se puso en pie, diciendo á Julio.

—¿Me manda algo V. A?

—¿Donde vais á esta hora?

—Al campamento.

—¿Tan pronto?

—Quiero aprovechar el día. Vuestra mano. Ahora la vuestra, padre Anselmo. Adios jefe.

Y salió cantando. Al dar la tercera nota exclamaron á la vez Anselmo y Pedro:

—¡Jesús!

—¿Qué es?—preguntó el príncipe.

—Hasta ahora, señor, no lo habíamos conocido.

—¡Torpes!

—Por favor, señores, decidme quién es ese hombre —preguntó el jefe.

—Ya lo ha dicho él, la verdad,—le contestó Silva.

—¿No podeis decirme más?

—No.

—Pues le sigo.

—Dios os libre ofenderle.

—¡Ofenderle! Morir por él si es necesario.

Y desapareció convirtiéndose en un magyar de Flaviano.

Este continuó andando por el campamento. Con unos hablaba, hacía á otros preguntas, reprendía y

así pasó la tarde hasta que ya, cerca de anochecido, vió á un jefe que pegó á un indio y le dijo:

—Ha prohibido el general en jefe que en este campo se castigue á nadie de ese modo.

—¿Quereis que os pegue también á vos?

—No, que sois muy valiente y me haríais daño.

—Fuera de aquí; canalla.

—Tengo una orden del general para estar donde quiera.

—Pues yo os prohibo que esteis delante de mí.

—Pues yo obedezco al general.

—¿Qué general es ese?

—Vedlo, el marqués de Abella.

—Suya es la firma, pero ahí no dice que os metais en lo que no os importa.

—Es que no consiento que desobedezcan sus órdenes y menos la del general en jefe. Se ha prohibido pegar á nadie y vos habeis faltado al mandato.

—¿Qué os importa á vos?

—Mucho.

—Nada.

—Porque os juzgais fuerte habeis pegado á uno que creeis débil, y que está indefenso, hallándoos vos con espada y daga. ¡Eso no es propio de un valiente!

—Os voy también á castigar á vos, miserable.

—Me habeis hecho varios insultos; el jefe nunca debe insultar á nadie y menos á los que juzga más pequeños que él.

—¡Toma!

Y quiso dar una fuerte bofetada á Osorio, pero su

mano dió en el canto de la vara del héroe, lastimándose bastante.

Quiso después echarse sobre él, y chocó su nariz con el extremo de la vara que lo contuvo y lesionó.

Fuera de sí, ardiendo en cólera y despechado, tiró de la espada, acometiendo á Silva.

El magyar quiso interponerse y Flaviano le gritó:

—Fuera, os lo mando.

Y paró con su vara la estocada que el otro le tiró. Luego quiso darle una cuchillada y la dió en la vara. Fué á tirarle, desesperado ya, otra estocada, hizo un juego con su vara Flaviano y la espada de su contrario salió silbando. Quedó indefenso el jefe y avergonzado. Lo había desarmado con un palo un mísero mercader delante de millares de hombres, pues cuantos había por allí cerca acudieron al oir esta disputa.

El desarmado quedó con la mano derecha inútil por el golpe que había recibido en ella.

—No me basta,—dijo el jefe corrido de vergüenza. —Quiero matarle y con esta daga...

Y la sacó, tirando una puñalada á Osorio.

Pero otro golpe en la muñeca le hizo soltar la daga y tan rudo fué ahora que perdió el sentido, cayendo á los piés de Flaviano.

—¿Qué es esto?—preguntó Salmaripa, que llegaba en aquel momento.

—Ya lo veis, jefe del campamento,—le contestó el héroe.—Quiso matarme con la espada, luego con la daga y con este palito le quité ambas cosas.

—¿Pero eso es posible?

—Sí, sí,—contestaron todos los presentes.

—¿Quién sois?

—La verdad.

—La muerte.

—Sí, también. La muerte para todos los malvados.

—Pero esto no puede quedar así; es una deshonra para todos nosotros.

—Busca al más valiente y él con su espada y yo con mi palito pelearemos.

—¿Te atreverías?

—Sí. Y con dos, los más valientes y yo con mi vara.

—Ahora mismo.

—Que vengan.

—Los mata. Esa vara es milagrosa,—exclamaban los soldados.

—El magyar le dijo al oído:

—Los mata, sí, y entended que ese hombre manda al príncipe y éste le obedece.

—¿Qué decís?

—¡Lo he visto!

Salmaripa se descubrió y llegando á Osorio le dijo:

—Perdonad... Como yo no sabía...

—¿Qué os he de perdonar?

—El disparate que iba á hacer.

—No, si traeis esos dos me concretaré á desarmarlos como al otro. Estad seguro que no los mato. ¿Los traeis?

—No, jamás.

—En ese caso que el cielo os guarde,—y tomó la dirección del rastrillo para retirarse.

Le seguían Salmaripa y el magyar descubiertos y en pos tres ó cuatro mil indios. Uno de estos se adelantó y quedando frente á Flaviano le dijo:

—Buhonero, tengo este brillante y estas monedas de oro, todo te lo doy por esa vara milagrosa.

—¿Quién te regaló todo eso?—preguntó Flaviano al indio.

—Nadie, es mío.

—¿Lo has traido al campamento?

—No; esto fué de los ingleses. Como todos murieron...

—Tu fuiste uno de los herederos, ¿es eso?

—Eso es. Tómalo por la vara.

—No, te la regalo, pero te advierto que desde que cogiste eso á los ingleses quedaron tus manos profanas y mi vara no hará milagros en ellas.

Y se la dejó, marchando á la plaza, pues ya era de noche. Silbando entró y silbando salía.

Poco después de salir él lo hizo Salmaripa, el cual caminaba confuso y aturdido.

CAPITULO XXXVII

Restos del día.—Otro distinto que también produce tumulto.—El tercero y último.

El general en jefe en vez de irse directamente á su palacio tomó una callejuela de la derecha y en seguida ganó la puerta escusada de su palacio, subió y entrando en su alcoba llamó á Pérez, preguntándole:

—¿Están en casa Mendoza y mi paje?

—Acaban llegar.

—Donde se encuentran.

—En este momento se dirigen al despacho de V. E.

—Les dices, que ahora iré con ellos. Después esperas en el recibimiento y cuando llegue Salmaripa, le dices que estoy, pero le entretienes hasta que me oigas toser; entonces le acompañas al despacho. No quiero que sepa ninguno que acabo de llegar. Marcha.

Flaviano hablaba todo lo que antecede sin dejar de labarse, desnudarse luego y vestirse después.

Todo lo hizo con suma rapidez.

Salmaripa entró en la plaza después que el héroe, acompañado del magyar, pero al ver que el buhonero se iba por sitio distinto del que conducía al palacio, cesó de andar de prisa para que su compañero le contase todo lo que había visto y oído sobre el extraño mercader.

Al llegar á la puerta de palacio quedaron parados y no se movieron hasta que el magyar acabó su relato. Este quedó en el zaguán y el otro subió.

Preguntó en el recibimiento si estaba el general en jefe y Pérez que ya había oido el golpe de tos de Flaviano, le contestó:

—Sí, señor, se halla con el señor marqués y con el paje en su despacho. Pasad si deseais verle.

—Sí. ¿No me anunciais?

—¿Para qué? Entrad si lo deseais.

Confuso y aturdido quedó Salmaripa al ver al héroe con su traje ordinario, su color natural, hablando tranquilamente con el paje y el marqués.

—No era,—se dijo,—no podía ser él. ¡Qué diferencia tan grande!

—Adelante Salmaripa, ¿por qué os quedais á la pnerta?

El jefe indio les saludó, contestando el general en jefe:

—Señor, esperaba vuestro permiso.

—Sentaos, del campamento hablábamos los tres. Dicen que ha cambiado por completo y que debo ir á verlo.

—Buen chasco he llevado esta tarde, señor.

—¿Qué ha sido?

—Se presentó allí un buhonero tan notable, tan superior á lo que demostraba, que hubo quien creyó que erais vos.

—¿Qué hizo ese buhonero para confundirlo conmigo?

—Cuentan prodigios de él.

—Decidme algo.

—Anduvo por el campamento, habló con todo el mundo, en todas partes se metió, acabando con dos hechos que os van á maravillar.

—Referidlos.

—Comió con el príncipe de Italia, mandó á éste, al padre Anselmo, al lego, á un jefe de los nuestros que se hallaba allí y pidió y obtuvo cuanto le hacía falta.

—¿Por qué se lo dieron?

—Yo no lo sé.

—Eso, lo que prueba, que fuísteis muy bondadoso con él desde mi padre hasta el lego.

—Y aseguran que era el santiaguista de la otra tarde.

—¿Convertido en buhonero?

—Yo creo que no es posible.

—Pensais con mucho juicio.

—Pero lo más raro es, y de esto no tengo duda alguna, que cuando ya se retiraba vió á un jefe que pegó á un soldado, le reprendió, se batieron y el buhonero desarmó al jefe y le castigo duramente.

—¿Qué tiene eso de particular? Tiraría mejor que él y era natural lo que decís que sucedió.

—Señor, pero si lo extraño es que el desarmado hizo uso de una espada y daga y el buhonero de una vara de medir.

Luisa y Mendoza soltaron la carcajada, exclamando:

—¡Con una vara de medir!

—Eso no puede ser.

—Os digo, señores, que lo he visto.

—¿Qué jefe es ese, Salmaripa?

—Señor marqués, un buen tirador, maestro en el arte y tiene demostrado valor y serenidad.

—Pues no lo entiendo. ¿Y tú, hermano?

—Yo sí,—dijo el héroe;—podrá ser el jefe muy hábil y muy valiente, pero el otro sería más.

—¿Quién, el buhonero?

—El buhonero ó lo que sea.

—Con un regular tirador no hay en el mundo quien haga eso. ¿Y decís que lo castigó?

—Le dió un golpe en la nariz tremendo.

—¿Y le arrancó la espada de la mano?

—Enroscó su vara en la espada y salió ésta de su mano silbando.

—¿Y luégo?

—Tiró de la daga el jefe, fué á dar la puñalada y le dió el buhonero un golpe tan terrible en la muñeca, que le hizo caer sin sentido. Es posible que haya que amputarle el brazo. Negra tenía la muñeca cuando yo me vine.

—Flaviano, debemos buscar á ese hombre y premiarlo.

—¿Por qué?

—Es un rival tuyo, otro héroe.

—No te molestes marqués, yo daré con él.

—¡Tú, Luís?

—Yo.

—¿Hablais de veras?

—Sí.

—¿Oyes, Flaviano?

—Déjalo que lo busque el paje.

—Merece, en efecto, un premio; yo creo que no es buhonero.

Y continuaron hablando hasta que les anunciaron la cena y se marchó Salmaripa sin sacar nada en limpio.

Cuando la cena hubo terminado y quedaron solos, dijo Mendoza al paje:

—¿Pero es cierto que sabes tú quien es ese buhonero?

—Sí.

—¿Me lo dices?

—No tengo inconveniente.

—Habla.

—¡No habéis convenido en que es un héroe?

—Sí.

—¿Cuántos héroes conoces tú?

—Uno, mi hermano.

—Pues si no hay más que uno, claro es que tiene que ser ese.

—No cabe duda. ¡Y que no se disfraza él bien! ¿Pero qué dices tú, hermano?

—Nada.

—El que calla otorga.

—No es cierto; el que calla no dice nada.

—Dí algo, Flaviano.

—No tengo nada que decir.

—Quedamos en que has sido tú.

—Quedamos en que ya es hora de retirarse á descansar.

En tres días no se habló de otra cosa en el campamento y en la plaza que del buhonero, que todo el mundo buscó y nadie daba con él.

Mendoza y el paje se reían, escuchaban los grandes elogios que hacían del mísero buhonero y los propósitos de buscarlo para presentarle al general en jefe como un hombre de lo más notable que existía.

Al quinto día, ya nadie hablaba de eso, y al sexto se presentó en el campamento un fraile capuchino á quien nadie conocía, pero que desde las primeras horas de la mañana empezó á llamar la atención con sus frases, el modo fácil, correcto y brillante con que presentaba la religión católica, y el talento y erudición que estaba revelando.

Explicaba á los soldados, y hasta los jefes y misioneros dejaban de explicar para oir al capuchino.

Este no fué á comer con el príncipe ni mucho menos; fué á uno de los comedores de soldados, les pidió un poco de alimento, todos quisieron darle y con ellos comió de lo que ellos comían.

—Varios jefes, admirados de su sabiduría y humildad, le rogaron diese una conferencia en forma de

sermón; accedió al deseo que le manifestaban y convino con ellos en que lo haría desde el púlpito que había junto á la capilla, á las cinco de la tarde, que ya el calor no molestaba.

A esa hora rodearon el púlpito más de seis mil hombres, entre jefes y soldados, con ocho á diez misioneros.

Poco después se presentó nuestro capuchino con la cabeza inclinada, su larga barba, calada la capucha y la manos escondidas en las mangas del hábito.

Lentamente llegó, y subiendo al púlpito, se echó atrás la capucha, sacó las manos, y después que hubo mirado al cielo, dió principio á su sermón.

El tema que eligió era tan difícil como hermoso; empezó concretándose á la conveniencia del hombre al aceptar la religión cristiana, que era la única verdadera.

Habló de los inmensos bienes que producía en el individuo y en la colectividad; la comparó con las restantes religiones que se profesaban en el mundo, principalmente del paganismo, del budismo, del mahometanismo, del panteismo, del materialismo, é hizo una historia breve y al alcance de todos, presentando los errores de esos sistemas religiosos y las desgracias que ocasionan en las familias y en la sociedad.

Luego presentó á Jesús como Redentor y sus frases arrancaron lágrimas.

Hasta los misioneros lloraban y todos creían y eran ya católicos al acabar de hacer el retrato de Jesús.

Su voz de un timbre dulcísimo, sonora y agrada-

ble, su acción lenta y apropiada á sus elevadas ideas y profundos pensamientos, hicieron del inmenso público un rebaño de ovejas, al que llevaba el gran orador sagrado donde quería.

Por último, acabó después de dos horas con una exhortación á los indios que concluyó de arrebatarlos.

Cuando bajaba del púlpito tenía en torno la mitad, por lo menos, de los 30.000 hombres.

Fué á salir y todos querían besar sus manos. No pudiendo conseguirlo todos, besan su hábito y no le dejaron llegar al aire libre del campo en media hora.

Pero al dejar atrás aquella masa apiñada y compacta que besó sus manos y sus hábitos, otro religioso de la misma orden que iba siguiéndole le dijo.

—Hermano, sígame.

—¿Dónde?

—A la presencia del superior y del señor príncipe de Italia.

—¿Dónde se hallan?

—En la casa del jefe de este campo.

—Vamos allá, hermano.

No eran solos los dos frailes citados los que aguardaban al eminente orador; con ellos estaban varios jefes y hasta el número de quince religiosos que anhelaban conocer á tan sabio varón.

Ya era de noche, según hemos dicho. El capuchino entró delante del religioso que le acompañaba, y detrás les fué siguiendo toda la gente que había escuchado su conferencia. Es decir, que al entrar el orador en la casa del jefe, quedaban frente á la puerta miles de in-

dios que aguardaban su salida para hacerle una gran ovación y besar sus manos y hábito los que no lo habían conseguido antes.

Dentro ya de la casa besó el capuchino la mano del príncipe y quedó con la cabeza inclinada, esperando que le preguntase.

El general trinitario le dijo:

—Hermano, ¿de donde venís?

—No puedo contestaros, mísero mortal,—replicó;—si deseais que os hable de mí, dejadme antes orar, permitidme que pida permiso á mis superiores.

Y cruzó por medio de todos los que allí había, entrando en una pequeña habitación contigua.

Luego cerró la puerta con solo el picaporte.

Solo allí se quitó el hábito, la barba, cubrió su cabeza con un birrete que llevaba oculto, y tocando un disimulado y fino botón se abrió una puerta y salió al campo por la espalda de donde el público estaba.

Era Flaviano, que siendo el autor de la casa que fué el primero en habitar y cuya construcción había dirigido, conocía perfectamente la puerta secreta que él mandó en su día poner allí.

Al salir la cerró sin hacer ruido, llevándose los hábitos doblados en un pañuelo grande.

Por entre los árboles, con el cuerpo inclinado y la rapidez del corzo llegó á la orilla del río.

Cerca de donde él se detuvo había una luz. Flaviano silbó dos veces, y rozando con la orilla del Tabasco se acercó á una lancha que iba guiando nada menos que el maestre Fajardo, comandante que fué del navío *In*-

vencible. Saltó á ella el héroe, la echaron río á dentro se apagó la luz y la pequeña embarcación corrió á favor de la corriente en dirección del puente de San Juan.

En el fondo del esquife halló Flaviano unas botas largas que cambió por las sandalias que llevaba. Metió éstas en el lío en que iba el hábito, y cogiendo el timón dijo á Fajardo:

—Ya podemos inclinar el esquife hacia el muelle.

Así lo hicieron, atracando poco después.

Habían entrado en la rebalsa, saltaron á tierra y fueron reemplazados por Pérez, criado de Osorio, que sujetó bien la lancha y cogiendo el lío con el hábito, barba, cíngulo y sandalias que se había quitado, desapareció de allí sin hallar más seres humanos que un centinela que nada le dijo.

Flaviano y Fajardo entraron por la puerta principal del palacio en el despacho del primero, en que hallaron á Mendoza, el paje y varios caballeros que los estaban aguardando.

Pérez corrió por calles escusadas hasta llegar al palacio. Entró por una puerta escusada y guardó el lío, quedando en el recibimiento entre varios sirvientes.

Sepamos lo que ocurría en el campamento.

Poco á poco fué aumentando el número de indios que había frente á la casa del jefe, hasta quedar todos los que había en el campamento formando una extensísima acumulación de seres humanos que esperaban ver al orador sagrado que supo ganar las voluntades

de cuantos le habían escuchado y de los que habían oído hablar de él.

Frente á la repetida casa se veían ya hachas, faroles y hasta linternas en número considerable.

Ninguno de los estacionados allí gritaba, pero unos hablaban de la prodigiosa oratoria del capuchino, otros comentaban y los restantes oían hablar con admiración del humilde y sabio religioso.

Entremos otra vez dentro de la casa.

Desde el príncipe al lego, religiosos y jefes, todos quedaron mirando á la habitación donde había entrado el capuchino.

Sólo el príncipe de Italia inclinó luego la cabeza, quedando como ensimismado. Los restantes no apartaban la vista de la puerta por donde había salido el orador.

Un cuarto de hora permaneció así.

—Para oración basta ya,—exclamó Silva,—decid á ese religioso que venga á contestar á sus superiores.

Un fraile, el que estaba más cerca, abrió diciendo:

—Salid, hermano, lo manda su alteza. ¿Pero qué es esto? ¡Señores ha desaparecido!

—¡Ha desaparecido y no hay por donde!

—¡Milagro, milagro!

—¡Era San Francisco, nuestro patrón!

—¡San Francisco era!

Estas voces corrieron por el campamento, pues estaba abierta la puerta de aquella casa, y los indios comenzaron á gritar.

—¡Otro milagro!

—¡Era San Francisco!

Los jefes que había entre los frailes cogieron luces y reconocieron la pequeña habitación donde se encerró el capuchino y también salieron diciendo.

—¡Desapareció!

—¡Era un santo!

—¡San Francisco, no hay duda!

—¿Qué hacemos señor?—preguntó al príncipe el superior de la orden franciscana.

Silva dudaba, pero le contestó:

—Hermanos, bendigamos á Dios nuestro señor y démosle gracias por los favores que se digna concedernos.

Así lo hicieron todos los religiosos mientras por el campamento seguía corriendo la voz de:

—¡Otro milagro!

—¡Lo dije yo! ¡Ningún hombre habla como aquél!

—¡Y qué voz!

—¡Y qué humildad!

—¡Qué bien predicaba!

—Y en azteca.

—Los santos saben todos los idiomas.

No había uno allí que dudase del milagro.

La sola excepción era el príncipe: éste vacilaba. No había escuchado la conferencia, no oyó la mágica voz y por eso dudaba.

Pero se inclinó ante la opinión unánime de los treinta indios y más de cincuenta religiosos y nada dijo en contrario.

Cuando hubo acabado el acto de gracias todos los

misioneros y restantes sacerdotes fueron saliendo, siendo ya completamente de noche hacía media hora.

Los indios se iban anteriormente bautizando según ellos lo pedían; pero al siguiente día del sermón de Flaviano, todos los que aun no eran cristianos quisieron ser y lo fueron. Para convencerse de que debían hacerlo, bastaban las frases del héroe, pero él añadió un milagro que hizo más efecto que sus mismas palabras.

CAPITULO XL

Las consecnencias del milagro.—Continúa el cambio.—Llegada del príncipe Julio y de Zalla.

A la hora de haber regresado Flaviano á su palacio, le anunciaron la llegada de Salmaripa al cual recibió estando presentes doce amigos suyos.

El jefe del campamento entró y después de saludar á todos los que allí había dijo al general en jefe:

—Señor, vengo á participaros lo ocurrido esta tarde en mi campo.

—¿Me traeis alguna mala noticia?

—No, señor.

—Me alegro y os faculto para que me digais todo lo que querais.

—Desde muy temprano se presentó en el campamento un humilde religioso, que no era de los destinados á misiones ni nadie le conocía.

—¿De qué orden era?

—Franciscano.

—Seguid.

—Desde los primeros instantes se ocupó de la instrucción de mis subordinados, jefes y súbditos, con un talento y una sabiduría extremada.

—¿Se lo dijísteis al príncipe?

—No, señor, creímos que era uno de los misioneros.

—¿Pero estos no le reconocieron como intruso?

—No, señor, creyeron que era un nuevo misionero y que se hallaba allí de orden superior.

— Continuad.

—Sus grandes dotes llamaron la atención de mis subordinados, de los jefes y hasta de los religiosos. Todos preferian oirle á él y tomar sus lecciones.

—¿Y el príncipe que hizo?

—Nada; su alteza se hallaba ocupado en bautizar é instruir y no se cuidaba de otra cosa.

—Adelante, Salmaripa.

—Después de hacer prodigios en todo lo que se refiere á tan sagrado ministerio, llegó la hora de comer y pidió á algunos de mis subordinados que le dieran por caridad un poco de alimento. Todos querían darle su ración y después de cuestionar, convinieron en formar un corro, juntar todas las raciones y comer por igual, siendo uno de ellos el religioso mendicante.

—¿Comió?—le preguntó Fajardo.

—Con buen apetito.

—¿Entre aquella pobre gente?

—Claro es; no tenía otra cosa...

—No le interrumpais, Fajardo. Seguid Salmaripa.

—Después que hubo comido siguió sin descanso al-

guno instruyendo y explicando. Como todos deseaban oirle y verlo, le rogaron que predicase y ofreció dar una conferencia cuando no hiciese calor. Llegado este momento, subió al púlpito y predicó mejor que todos.

—Mejor que el príncipe de Italia, no.

—Mucho mejor, y luego os daré la razón y os convencerá. Qué voz tan clara, tan extensa, tan agradable; todos le oían bien hasta desde los sitios más distantes:

—La voz no supone nada.

—Eran mejores aún los pensamientos, las ideas y los conceptos.

—¿Le visteis vos?

—Estuve al pie del púlpito. Ganó la voluntad de mis indios, ganó la de todos, hasta los misioneros lloraron con nosotros en algunos momentos.

—¿Y luego?

—Le besaron las manos, los hábitos y hasta las sandalias. Ya se marchaba cuando otro capuchino le mandó fuese á mi casa, en cuya parte baja le esperaban el príncipe, su superior y varios religiosos más con algunos jefes. Yo le segui con otros más y aquí viene lo extraordinario. Le preguntó el príncipe, y él le contestó que deseaba orar antes de contestar. Sin vacilar y como si conociera la casa de antiguo, entró en una habitación contigua de la que desapareció sin ser visto ni oido por nadie.

—¿Estando todos tan cerca?

—¿Eso qué importa? Estábamos todos encima y rodeaban la casa treinta mil hombres.

—¿Y no lo vísteis escapar?

—¿Como escapar, señor? Era San Francisco, que después de haber predicado el primer sermón del mundo y de habernos enseñado tantas cosas buenas se elevó al cielo entre nubes.

Menos Flaviano y Fajardo todos miraban en este momento á Salmaripa con asombro.

—¿Le vió subir el príncipe?—le preguntó Osorio.

—Lo vería, claro es, y lo prueba el habernos mandado dar gracias y bendecir á Dios.

—Eso nos dice, si es cierto vuestro relato, que el campamento tiene ya la gracia divina.

—La tiene, sí, señor. Mañana se hacen cristianos los que aun se habían resistido.

—¿Lo han pedido ellos?

—Todos. Después del gran milagro ¿quién se niega?

—Es verdad.

—Y puesto que según decís, y es verdad, el campamento se halla en gracia de Dios es ya necesario, indispensable, que vayais á él solemnemente; ahora no podeis honrar el campo bendito, ahora os honrais en él.

—Iré, Salmaripa, que no tengo disculpa alguna.

—Mañana, que se bautizan los que eran más incrédulos.

—No, el día que llegue el príncipe Julio, que debe ser pronto. Los dos iremos juntos, seguidos de Mendoza, los maestres y veinte capitanes. Quiero que sea una entrada solemne.

—Muy contentos se van á poner cuando lo sepan los míos.

—Decid, Fajardo, vos que á fuer de marino sois tan incrédulo, ¿dudais de la ascensión de San Francisco?

—No, señor, creo que el San Francisco que voló esta tarde es capaz, si se empeña, de llegar al último cielo.

—¡Yo también!—dijo con candor Salmaripa.

En este momento avisaron que la cena estaba preparada, y todos se marcharon, á excepción de Fajardo, que se quedó á cenar con ellos.

El paje preguntó á éste último:

—¿Habeis acompañado esta tarde al general en jefe?

—Sí, Luis. Por la tarde verdaderamente, no, porque ya era de noche cuando me reuní con él.

—¿En el campamento?

—No, por el río.

—¿Un pedacito corto?

—Si, breve.

—¿En alguna lancha?

—Sí.

—¿Dónde la comprásteis?

—En la población vecina.

—¿Era de pescadores?

—Lo habeis acertado.

—¿La guiásteis vos?

—Fuí corriente abajo y bastó dejarla correr.

—En cuyo caso se puede asegurar que habeis volado esta noche con San Francisco.

—Sin temor de mentira.

Al oir estas frases Mendoza, dió un golpe sobre la mesa, exclamando:

—¡Qué cándido soy! ¡Me habeis engañado!

—¿Quién?

—Todos.

—¿Por qué?

—¡Pues no había creído que era cierto todo lo que ha dicho de San Francisco ese bobo de indio!

—¿Quién es más bobo de los dos, Salmaripa ó tú, hermano?—le preguntó el héroe.

—No sería el primer milagro, Flaviano.

—Ni el último, Rogelio.

Cuando acabaron de cenar se acercó Pérez al oído de su amo, y le dijo:

—Señor, os espera en vuestro despacho el señor príncipe de Italia.

Flaviano se puso en pie, diciendo á sus amigos:

—Señores, hasta mañana, me espera una visita importante en mi despacho, y desde él me retiraré á descansar.

Y salió de allí, hallándose poco después sentado junto al príncipe de Italia.

Julio de Silva le contempló con paternal interés algunos instantes, preguntándole luego:

—¿Sabes, hijo mío, que hoy has cometido un gran pecado?

—Me consta, señor, que vos no creeis eso.

—Lo crea yo ó no, lo has cometido.

—No creyéndolo vos, estoy satisfecho.

—¿Qué te propusiste hoy, Flaviano?

—Complaceros, señor. ¿No me estais diciendo todos los días que os ayude? Pues uno con la vara de medir y otro con el hábito os he ayudado.

—Bastaba con la conferencia que diste.

—Señor, en esos pobres ignorantes, no; pero les ha bastado con el milagro. Mañana bautizareis á los muchos que aún no eran cristianos.

—¿Todos?

—Todos.

—Bendito sea Dios que á Flaviano mandó al mundo.

—Como vos, menos que vos, pero más travieso, efecto de sus pocos años.

—Más que yo y que tu padre y que mi hijo Julio; pero no hagas más milagros.

—¿Por qué, señor?

—Si te descubre alguno, van á creer que todos los milagros han sido lo mismo.

—Padre mío, ¿quién os ha dicho que yo no soy santo? ¿Quién os ha dicho que sólo los santos hacen milagros? ¿Por qué Dios, nuestro Señor, no se ha de valer para realizarlos, pues él es quien los hace todos, de cualquiera de sus hijos? ¿Qué hay en mí refractario á la posibilidad de hacer milagros? Yo os ruego me contesteis.

—No, nada puedo contestarte; tu lógica, siempre como ahora, es irrebatible. A tu padre le reprendí, valiendo tanto, mil veces, y siempre tuve sobrada razón; para hacerlo contigo, no la hallo jamás.

—Eso prueba únicamente que me quereis más que

á mi padre; que veis en mí otro Julio, al que amais con locura. Gracias, señor.

—No es eso, es que vales más tú solo que los tres juntos, tú padre, Julio y yo.

—¡Qué delirio, señor!

—Sí, hijo, sí, tanto como el gran Alberto.

—¡Alberto! ¡Lo que me recordais, señor!

—Tu amigo Alberto.

—No, padre mío, no somos amigos. Alberto, el gran Alberto es mi hermano, mi compañero, otro yo... Así.. ¡Dios te bendiga!... Dios que es contigo, sea también con tu hijo Julio...

—¡Quedó en éxtasis! ¡Qué hermoso, parece una divinidad! ¡Pero no vuelve! ¿Se repetirá la catalepsia? No quiero, no. Le quedaba mucho que hacer.

Y abrazándose á él, empezó á gritar:

—¡Hijo, Flaviano mío, vuelve! ¡Yo te lo ruego! ¡Se quedó pálido, casi cadáver! ¡Flaviano! ¡Flaviano!

A las voces que daba el príncpie acudieron el lego el paje, Mendoza, Fajardo, Gonzalo y hasta diez criados.

Todos entraron precipitadamente en el despacho, gritando:

—¡Señor!

—¡Señor!

—¡Hermano!

—Callad,—añadió el príncipe,—que ya vuelve. Silencio todos.

Y oprimiéndole cada vez contra su pecho, le decía:

—¡Vuelve, hijo mío, que nos matas á todos! ¡Flaviano!

Por fin el héroe abrió los ojos, miró al principe y todavía medio trasportado le dijo:

—¡Me iba, sí; qué delicia... y tengo que volver....!

—¿Con quién te ibas hijo?

—¡Y tú me lo preguntas!

—¿Dónde te ibas?

—No sé,—contestó Flaviano levantando la cabeza —¿pero qué ocurre? ¿Porque entraron tantos, padre mío? Nos atacan? Dejadlos. Si nos matan seremos felices.

—¿Qué estás diciendo, Flaviano?

—No lo sé padre mío. ¡Ah, sí! No asustarse, ya pasó. Fué un trasporte rápido, fugaz con la dicha en este mundo.

—¿Qué sientes, Flaviano?

—Nada, padre mio, estoy bueno.

—¿Quieres acostarte?

—Lo que vos mandeis. Pero os advierto que estoy sano. Ved mi paje, mi hermano qué descoloridos están. Se asustaron. Ya pasó, amigos míos, fué un trasporte que nada vale.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Sientes molestia en alguna parte de tu cuerpo?

—Nada, me hallo perfectamente.

El príncipe exclamó:

—Yo necesité depurarme entre ayunos, silicios, martirios y penas por quince años seguidos; para lograr el primer trasporte y tú lo consigues en medio de los campamentos y cuando eres casi un niño. ¡Qué espíritu tan elevado; qué alma tan sublime!

—Gracias señor; también vos me adulais; no esperaba eso de vos. Empecé humilde y modesto; vosotros me hareis soberbio y déspota. No os quejareis después si mi látigo...

—Calla, que voy á creer que deliras. ¡Tú soberbio, tú déspota...!

—Sino sucede, padre mío, no será porque vosotros no pongais los medios.

—¡Cuánta modestia! Lo mismo era mi padre.

—¿Quién, el gran Alberto?

—No pienses en él, hijo mío; por favor. Te lo ruego.

—¡Vaya un hijo cariñoso con su padre!

—Dí lo que quieras pero no pienses en él.

Flaviano se puso en pié exclamando:

—Vamos, padre mío.

—¿Dónde?

—A vuestro convento, os vamos á acompañar todos, que es tarde.

—No.

—Sí, mal hijo. Vamos.

Y todos acompañaron al príncipe y al lego hasta dejarlos en el convento.

Después regresaron. Fajardo se retiró á su casa y el paje dijo á su señor:

—Acostaos mi general en jefe; cuando esteis en cama entraremos Rogelio y yo.

—¿Para qué?

—Para haceros compañía. Esta noche no os dejamos solo.

—Gracias Luís, pero no lo consiento. Temeis que

se repita la catalepsia é ignorais que esa enfermedad ataca estando el individuo acompañado lo mismo que hallándose solo. Yo os aseguro, además, que por ahora no me repite. He tenido antes un síntoma de trasporte que nada tiene que ver con la catalepsia. Mi padre Julio se asustó por lo mucho que me ama, no porque tuvo motivo. Esta es la verdad.

—En ese caso que Dios os dé un sueño tranquilo.

—Y á tí, hermoso paje mío. Tu frente.

La besó y todos se retiraron á descansar.

Trascurrieron otros quince días, sin que acontecimiento alguno viniera á turbar la paz que reinaba en el campamento y en la ciudad; los indios adelantaban bastante y los habitantes de San Juan se juzgaban en el paraiso.

En el palacio de Flaviano también reinaba gran tranquilidad, pero al amanecer del día siguiente varió la decoración y todo fué estrépito y algazara.

Flaviano, Mendoza, el paje, los maestres y veinte capitanes montaron á caballo y todos salieron, no en son de guerra sino á recibir al príncipe Julio, que según el cálculo de Flaviano debía llegar aquel día.

A la vez salieron todos los criados, cocineros, etcétera, para trasladarse á la casa Amarilla donde los dos hermanos y su regia escolta iban á comer este día.

Flaviano estaba expuesto á que una detención cualquiera, hubiera retrasado la llegada de su hermano y no lo hallara este día. Pero ya el héroe á caballo, pensaba continuar adelante hasta encontrarlo, fuese cerca ó fuese lejos.

Iban los dos generales, tres maestres de campo, el paje, veinte capitanes y veinticuatro soldados, total cincuenta.

Salieron á la vez que el sol en Oriente, á un trote corto.

Al llegar al bosque dejaron los caballos al paso, y así continuaron.

Delante iban Flaviano, Mendoza y Luisa.

—¿Va á ser muy larga tu jornada?—preguntó la última al primero.

—No lo sé, Luis,—le contestó,—durarán hasta la hora de comer, si antes no llega mi hermano.

—Es lo más fácil que no llegue.

—Es lo probable, casi lo seguro, que lo veamos antes de las diez de la mañana.

—Son cien leguas, los caminos malos y es lo más fácil una interrupción.

—Lo más difícil; mi hermano camina como yo, y ya has visto que no me detienen los más grandes temporales.

—Vaya si lo he visto; en el último pensé morir ahogado.

—Fue grande y tenaz, no ví más agua caida sobre séres humanos.

—¿Tiene el príncipe el mismo temple de alma?

—Igual.

—En ese caso y teniendo en cuenta lo acertado de vuestro cálculo, positivamente le vemos hoy.

—Hoy, sí, pero antes de las diez de la mañana.

—No cuestiono con vos, bendito San Francisco.

—Deja al Santo en paz, que harto hizo con los indios del campamento.

—Mucho, señor, mucho, que os conteste el general Mendoza que lo vió ascender.

—Paje, ten formalidad, que yo no lo ví, pero son muchos, infinitos, los que dicen que lo vieron.

—Marqués, tú lo veías subir, cuando Salmaripa lo refería.

—Entonces sí, pero después ya fué otra cosa.

—¿Le tienes mucha devoción al San Francisco aquél?

—¿Al que predicó el sermón?

—Sí.

—Mucha; es al santo que más venero.

—Dejad en paz á los santos, niño, y tú Rogelio.

Y continuaron hasta un poco antes de acabarse el bosque.

Flaviano mandó hacer alto. Eran las nueve, y el sitio en que se hallaban pintoresco y ameno.

—¿Qué hacemos, señor?—preguntó el paje.

—Vamos á esperar media hora; fio en Dios que he de ver á mi hermano antes de que ese corto plazo termine. Si me equivocase, entonces seguiremos hasta hallarlo.

A los veinte minutos exclamó Flaviano:

—Salgamos á su encuentro que ya está ahí.

—Señor, yo no veo nada.

—Porque miras hacia abajo; fija la vista más alta: ¿qué ves?

—Polvo.

—¿Quién lo levanta?

—Él. Ya lo veo; vienen á escape tendido. Vuelan, señor.

—Volemos todos.

Tres minutos después se hallaban los dos hermanos estrechamente abrazados.

El cálculo de Flaviano fué exacto; casi siempre le sucedía lo mismo y consistía en que unía sus acertados cálculos á su rara adivinación.

CAPITULO XLI

El verdadero cariño fraternal.—Un día de emociones.—Sorpresa agradable en el campamento.

Un minuto permanecieron los dos hermanos abrazados, sueltas las bridas de los caballos y casi fuera de la silla, sin cuidarse de otra cosa que de demostrarse el mucho cariño que se profesaban.

No eran hijos de los mismos padres; pero juntos desde que nacieron, con iguales inclinaciones, los mismos maestros é idéntica educación, eran sus espíritus tan parecidos que parecía imposible una cuestión entre ellos. Dos verdaderos hermanos no podían quererse tan entrañablemente como Flaviano y Julio.

Y eran tan nobles, tan generosos, que cada uno de por sí gozaba más con los merecimientos y aplausos prodigados á su compañero que con los suyos propios.

Si á tanto amor fraternal se unía lo elevado de sus espíritus y la mayor cantidad posible de hidalguía y

generosidad, juzguen nuestros lectores lo que sería el uno para el otro.

Lo mismo Julio que Flaviano olvidaban fácilmente las ofensas propias; pero las que hacían al uno jamás las perdodaba el otro, y *vice-versa.*

Al cabar el fraternal abrazo, Julio fué estrechando, primero al general Mendoza, y luego uno por uno las manos de Luisa, de los maestres y de los capitanes. Mientras esto sucedía, Flaviano se acercó á Zalla y lo estrechó preguntándole:

—¿Me traes ahora la noticia de lo que ocurre en Cruz con el navío inglés que se presentó en el puerto?

—Mi general,—le contestó,—me cogió el enemigo prisionero.

—¿Y luego?

—¿Cuando volvió el general Mendoza?

—Sí.

—Pedí permiso al generalísimo para vengarme de nuestros contrarios, me lo concedió y me embarqué, rogando al señor marqués me disculpase con vos.

—¿Te vengaste?

—No pude, sólo funcionaron los cañones.

—Debiste haberlo previsto.

—Como yo asistí á un abordaje, fuí con la esperanza de que el señor duque, que me proporcionó el primero, me ofreciera el segundo.

—¿Y luego?

—Señor, me llevaron á Veracruz, porque no era posible tocar en esta costa, efecto de las averías que sacaron nuestros barcos.

—¿Fuisteis contento á Veracruz?

—Mucho, señor.

—¿Por qué?

—Iba con vuestro padre y hermano.

—¿Nada más por eso?

—Y por algo más, señor.

—¿Qué era ese algo más?

—La india Líbana.

—¿Era primero esa mujer que recibir mis órdenes?

—Primero que vos no hay para mí nada en el mundo, ni vuestro padre ni el mío, ni el rey, señor. Creí que en aquellos momentos no os hacía falta, y loco de amor partí.

—Loco estabas en efecto, y loco sigues cuando has regresado sin vengar la grave ofensa que te hizo un embozado.

Flaviano buscó en el semblante de Ricardo el efecto de sus últimas frases.

El capitán meditó un segundo, replicándole:

—No me dirigió el embozado una sola frase.

—¿Y á Líbana?

—Muchas, pero no pude oirlas.

—¿Ofensivas?

—¿Señor, no las oí, pero Líbana es un ángel; me ama, y si el embozado me ofendió, ella me habrá defendido, estoy seguro.

—¿Te ofrece mucha confianza esa mujer?

—Absoluta, señor.

—Antes hubiera sido esa contestación más oportuna.

—Señor, soy falible como mísero mortal.

—No me has preguntado si son ó no de mi agrado esos amores que te llevaron á Veracruz.

—No he tenido ocasión, bien lo sabeis, mi general. Ahora la tengo y os pregunto: ¿Me permite mi maestro y protector que continúe amando á Libana ó debo olvidarla?

—¿Podrás hacer lo último?

—Sólo de una manera.

—¿Cuál?

—Mandándomelo vos.

—¿No sería esa tu desgracia?

—Lo ignoro, señor; cumplía un sagrado deber al que nunca faltaría. En lo demás no he pensado ni pensaré.

—Queda pendiente la cuestión, que acabó mi hermano y no es dia de reprensiones.

—Trotemos,—añadió el general en jefe, y poniéndose al lado de Julio, se dirigieron á la casa Amarilla.

Detrás de los dos jefes principales iban Mendoza, Luisa y Zalla, como ayudante de órdenes el último, que venia siendo del príncipe Julio.

Seguían los maestres, luego los capitanes, después los dos criados de Julio y veinticuatro soldados.

Tres horas tardaron en llegar á la casa Amarilla.

El príncipe la reconoció é hizo que Flaviano le refiriera detenidamente todo lo acontecido en ella y hasta que le señalara los sitios en que habían tenido lugar los acontecimientos.

En el salón, convertido ahora en comedor, había

dos mesas, una para los jefes, Zalla y el paje, y otra para los capitanes.

No decimos que había en ellas muchas flores porque toda la casa estaba llena de ellas. La habían convertido en un jardin.

Flaviano iba á dar á su hermano un espléndido banquete. Lo obsequiaba como á príncipe verdaderamente.

Todos se sentaron á la mesa, ésta se cubrió de exquisitos manjares y de los vinos y licores que más se estimaban en el mundo.

Rebosando alegría exclamó Mendoza:

—¡Qué encanto, señores! No ví mesa mejor puesta ni más regiamente servida. Y esto lo hace el hombre más sobrio que conozco, mi querido hermano Flaviano, que es un héroe hasta cuando da un banquete á un compañero.

Todos soltaron la carcajada al oir á Rogelio llamar heroismo al hecho de presentar bien puesta una mesa.

—Rogelio,—le dijo Osorio,—calla porque si continúas van á creer estos señores que eres gastrónomo.

—¿Que me importa á mí? Quiero hacer justicia á tu inmenso talento culinario. Puedo asegurarte que yo, tan aficionado al arte, no hubiera sabido poner una mesa como ésta.

—Te creemos sin asegurarlo,—le dijo el príncipe.

—Ni tú tampoco, Julio.

—Es verdad.

—Para cada plato una copa y un vino distinto y apropiado á lo que se come. Bien por mi hermano Fla-

viano; asistimos, señores, á la primer comida del mundo.

—¡Y en qué sitio!

—Con esas ocho ventanas abiertas en un paraíso.

—¡Qué vistas tan encantadoras!...

—Hasta el Tabasco se ve como una extensa y anchísima faja de plata formando ondas que la embellecen.

—Todo será muy bueno, no lo niego,—añadió el gigante.— Comprendo toda la poesía y encantos de las vistas que tenemos delante, detrás y á los costados, pero, ¿qué supone eso para lo que hay sobre esa mesa? Quince clases de aves, diez de pescados, once salsas distintas, veinte entreplatos diferentes, todos los asados conocidos, todas las carnes comibles, todos los dulces inventados hasta ahora, cuantas frutas se crían en la India, los vinos mejores de España, Italia y Francia y muchas otras cosas que veis ahí. ¿Qué mayor poesía, qué encantos más superiores, qué talento mejor aplicado? Señores: ni cuando dirigido por el héroe cogí el puente de ese río y lo coloqué donde quiso el genio de la guerra, demostramos más talento mi hermano y yo que al dirigir él este banquete y al hacerle yo los honores que veis.

Y empezó á engullirse una tremenda pechuga.

Todos volvieron á reir con la hipérbole de Mendoza.

Continuó la comida, que era en efecto suntuosa, regalada y profusa, hasta que llegaron los postres y los brindis.

El primero que se puso en pie fué el paje.

Todos callaron para fijarse en sus frases.

Luisa alzó su copa, exclamando:

—Señores, brindo por la corona de príncipe, que ya ciñe don Julio de Silva, y por la de emperador que debiera ceñir la de su hermano el héroe.

Un aplauso siguió á estas frases.

Luego brindó Rogelio por el talento de sus dos hermanos, y porque la Providencia les inspirase banquetes como el presente.

Y continuaron sin interrupción.

El de Fajardo fué notable.

—Brindo,—dijo,—por la ascension de San Francisco en el campamento de San Juan.

Julio quiso que le explicaran lo oculto de aquel brindis, se lo dijo Fajardo, y abrazó á su hermano, diciendo:

—Estoy seguro que San Francisco predicó esa tarde el primer sermón que se oyó en la tierra.

Cuando todos los brindes se hubieron terminado, se levantaron á la vez Julio y Flaviano para cerrarlos, exclamando el primero:

—Por el rey y por su primer general: el uno por lo que ha ganado; el otro por lo que ha sufrido.

Flaviano dijo:

—Por mi patria y por mi hermano Julio; ella porque se hallaba sedienta de justicia; él porque le ofreció un manantial inagotable.

Se sentaron á la una á la mesa y se levantaron á las cuatro.

Flaviano llamó á Almeida, diciéndole:

—Amigo mío: debemos salir de aquí á las cuatro y media para entrar en San Juan á las cinco en punto.

—Creo que los soldados han concluído ya de comer, y ahora lo están haciendo los criados.

—Bien, que acaben, ensillen y partiremos.

—Descuidad, señor.

Luego se llevó á Julio á un extremo del salón y estuvo hablando con él media hora en voz baja.

Lo mismo hizo Luisa con Zalla, diciéndole:

—Ricardo, sé algo de lo que os ha sucedido con Líbana en Veracruz; contádmelo todo, ¿quereis?

—A vos, paje, con mucho gusto. Yo amo todo lo que ama mi general.

Y todo se lo refirió.

—Os advierto, Ricardo,—le contestó Luisa después de darle las gracias por la historia que concluía de relatarle,—que Líbana es incapaz hasta del más inocente coqueteo. Cuando sepáis quién es el embozado os postrareis ante él.

—¿Le conoceis vos?

—Sí.

—Decidme...

—¿Os hace falta conocerlo?

—Teneis razón. ¿Qué me importa á mí su nombre si ella es un angel?

—¡Ay de vos si cometeis otra inconveniencia; la primera os la ha perdonado el duque, la segunda os costaría regresar á España soltero y sin esa banda que cruza vuestro pecho. Os advierto que la aman Ontoria

y San Martín, entre otros muchos, y á la primera que hagais, la casa el duque con el primero.

—No haré ninguna, descuidad.

—A caballo,—dijo Osorio; y todos bajaron, volviendo á montar en sus potros.

En la forma que habían ido hasta entonces, seguían ahora.

Llegaron á la orilla del río, y la plaza saludó á Julio con varios cañonazos, pisaron los caballos el puente, comenzaron todas las campanas de Tabasco á tocar á vuelo, formando un ruido grande por sonar á la vez el estampido de los cañones.

Julio miró el puente, diciendo á su hermano:

—Lo has dejado nuevo y hasta lucido.

—No, muy fuerte sí.

—¿Y esto se hizo en horas? ¡Qué asombro!

—¿Te refieres al cambio?

—Sí.

—No tiene mérito alguno.

—¡Qué disparates dicen los héroes, Flaviano!

Al extremo del puente empezaba la guarnición, que estaba tendida desde allí hasta el campamento.

Diez mil hombres, perfectamente armados y vestidos, recibían á Julio dándole vivas.

Cuando Silva llegó al centro de aquellas largas hileras de soldados, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Soldados, viva el héroe Flaviano!

—¡Viva!—le contestaron el ejército y paisanos, hombres y mujeres.

—Yo os mando le vitoreéis á él solo.

Desde aquel momento los vítores eran uno para cada hermano. Flaviano dió la orden de que sólo á Julio aplaudieran, pero en cuanto éste pronunció las anteriores frases, los habitantes de San Juan se descompusieron, y ya no era una ovación aquéllo, era el delirio del entusiasmo y de la gritería.

Pues todavía eso no era nada comparado con lo que le esperaba al héroe.

Los dos hermanos atravesaron la ciudad entrando en el campamento.

Al acabar los soldados de la guarnición de la plaza, al pie del puente empezaban dos filas de religiosos y de misioneros. Todos los sacerdotes de San Juan estaban allí. Pero estos los recibieron con el mayor silencio. No hacían otra cosa que inclinarse cuando pasaban por delante de Julio y Flaviano.

Los dos últimos sacerdotes eran el príncipe de Italia y el padre Anselmo.

Al ver Silva á su padre y llegar junto á él, se tiró del caballo y corrió á sus brazos.

Era éste el sitio en que empezaban las dos inmensas hileras de indios.

Hasta ahora no se había oido en el campamento más voces que:

—¡Padre mío!

—¡Hijo Julio!

Pero en el mismo instante varios indios de estatura gigantesca cayeron con rapidez sobre Flaviano, lo sacaron de la silla sin que él opusiera resistencia, lo

trasladaron á unas angarillas llenas de hojas de flores y corrieron con él gritando:

—¡Viva el héroe!

—¡Viva nuestro héroe!

La escolta del general en jefe, mandada por Mendoza, quedó atónita sin saber qué había sucedido. Sus individuos tiraron de las espadas é iban á escapar, pero Julio les gritó:

—Quietos y envainad esos aceros. ¿Qué íbais á hacer, insensatos? Dejad al pueblo indio que haga justicia á su héroe.

—Es que no los entendemos, hermano, y si ofenden á Flaviano no dejo uno con vida.

—Podías haber aprendido el idioma azteca y no hubieras estado expuesto á realizar el mayor de los disparates.

—Ya lo estaba conteniendo yo, y no lo hubiera hecho á no pasar por encima de mí,—dijo Luisa.

—Eso jamás. ¿Qué hacemos?—preguntó á Silva el jigante.

—Gritar y aplaudir también, que eso y más merece nuestro hermano.

—¡Viva el héroe!

—¡Viva!

—¡Viva el príncipe!

—¡Viva!

Estas voces las inició Mendoza, contestó la escolta é iban á seguir vitoreando cuando se desprendió Julio otra vez de los brazos de su padre para exclamar:

—Callad los de la escolta. Regresan con Flaviano; sepamos la causa.

—¿Ocurrirá algo grave?—preguntó Mendoza al príncipe.

—No, debe ser otra cosa, pero no la adivino.

—¿Les salimos al encuentro?

—No.

—¿Y si sucede algo á nuestro hermano?

—Nada temas, Rogelio.

—Tu tranquilidad y la de nuestro padre el santo, sellan mis labios.

Y quedaron todos esperando á que se acercaran los que conducían á Osorio.

CAPITULO XLII

—

El completo de dos ovaciones.—Reconocimientos.—Un consejo á Zalla.

Elevado Flaviano en la angarilla, estaba siendo vitoreado de un modo tan exagerado, que quiso hablar varias veces y nadie pudo oirlo.

Por fin distinguió á Salmaripa, que era indudablemente el director de todo aquello, le hizo una seña para que se acercase, éste impuso silencio y entonces dijo el héroe al jefe del campamento:

—Salmaripa, ó traed al príncipe Julio á mi lado ó bajadme de aquí.

—Vamos por él,—exclamaron varios, y acompañados del jefe de campo lo cogieron en vilo y en dos minutos lo pusieron al lado del héroe.

Desde aquel instante ya no pudo hablar ninguno de los dos.

Eran treinta mil hombres á dar vivas y á cantar himnos, y no era posible entender nada.

La plaza aumentaba el estrépito con el estampido de los cañones y el sonido de todas las campanas echadas á vuelo.

Habían construído los indios cien arcos triunfales, y al llegar á ellos echaron á volar más de mil pájaros vistosos que adornaron el espacio por algunos minutos con su bello plumaje.

También salieron al llegar á los arcos varios instrumentos de música, y al son de ellos danzaban indios vestidos con sus trajes primitivos.

Todo era allí indio, todo recordaba las costumbres de la edad antigua en Méjico.

Atravesaron los cien arcos, tardando dos horas, y fueron á concluir al pie de los muros de la ciudad.

Todo San Juan Bautista, soldados y paisanos, se hallaban en la murralla, y al cruzar por el pie de ella la angarilla en que iban Julio y Osorio, empezó á caer una lluvia de hojas de flores que cubrían el espacio.

A la vez y sobre el mismo muro tiraban cohetes, prendiendo fuegos artificiales vistosos y lanzando al aire más pájaros.

Los vítores continuaban.

Julio y Flaviano iban mareados, ensordecidos y tan cubiertos de hojas de rosas que no se les veía el rostro ni se distinguían sus trajes.

Por fin llegó la noche y atravesaron el puente, pero los indios pidieron permiso para llevarlos en triunfo á su palacio y Osorio contestó:

—Haced de nosotros lo que queráis; hoy os pertenecemos.

Otra vez comenzaron á vitorear, pasaron el puente, el rastrillo, y ahora se unió la ovación del campamento á la de la ciudad.

Ya no eran treinta mil voces, eran cincuenta mil.

No había oído capaz de escuchar aquel tremendo ruído sin ensordecer.

Iban por las calles de San Juan Bautista entre cientos de hachas, mezclados los indios con los soldados, los oficiales y toda clase de paisanos.

La ciudad parecía un ascua con el sinnúmero de luces que había en los balcones, en las ventanas y en todos los huecos de las casas.

A la vez caían de los primeros hojas de flores sin cuento, y millares de pañuelos blancos se movían sin cesar.

Era aquello el delirio del entusiasmo elevado á donde rara vez llega.

Por fin, Julio y Osorio llegaron al palacio á las nueve y media de la noche, y cuando los dejaron en paz corrieron al despacho, apoderándose cada uno de un sillón.

La ovación continuaba en la calle; pero ellos cerraron la puerta de la cámara donde se hallaban, se miraron, diciendo el héroe á su hermano:

—Buen rato te he proporcionado, Julio.

—Excelente, hermano. He visto con placer grande que hasta los hombres más ignorantes de este pais hacen justicia á tu genio sin rival.

—Muchas gracias, Julio; sólo me faltaba que tú, hermano querido, unieras tu valiosa opinión á las de esas masas inconscientes.

—No sé lo que serán en otras ocasiones; hoy son justas, te guste ó no.

—¡Vaya una tarde deliciosa!

—Para mí la mejor de mi vida.

—Para mí la más molesta.

—Lo siento por tí.

—Y yo por la imposibilidad de evitar esas explosiones de loco entusiasmo.

—¿Eran esos los que nos sitiaron por hambre?

—Sí.

—¿Los que condenaron al ejército español y á todos los habitantes de San Juan Bautista á perecer?

—Sí, esos.

—¿Los más rebeldes que había en Méjico?

—Sí.

—¿Los aztecas más valientes de la India?

—Si.

—Los que á ninguno de vosotros hubieran dado cuartel.

—Los mismos.

—¿Los casi salvajes?

—Sí.

—Dí, Flaviano, ¿quién te los ha hecho variar de esa manera? ¿Quién les hizo renegar de todas sus creencias, convirtiéndolos en decididos partidarios del héroe por el cual todos darían su vida?

—No lo sé.

—Pero convendrás conmigo en que merece esa ovación, que aún continúa, el autor de un milagro tan sublime.

—Esas ovaciones son debidas á la ignorancia.

—Nuestro ejército, que pasa por el más culto de Europa, y todos los habitantes de San Juan, población hoy la más ilustrada de la India, ¿se componen de ignorantes?

—Yo no me refería á esos.

—Pero es que todos están en la ovación.

—Felizmente llegan Mendoza, Luis, Zalla y los maestres.

—¡Qué día y que noche! —dijo el primero entrando: —no los tuve más felices en mi vida.

—¿Y tú, Luis?—le preguntó el príncipe.

—El más grato de mi existencia. Ví hoy que mi señor convirtió en hombres á millares de fieras.

—¿No hicieron nada el príncipe de Italia, los misioneros y restantes religiosos?

—Ya eran hombres cuando fueron á ellos. Bastante hicieron después, pero hizo más que todos ellos juntos el buhonero con su vara de medir y San Francisco.

—¡Luis!

—¿Qué quiere mi señor, que mienta? Lo siento, pero no puedo complacerle.

—Maestres, capitán Zalla,—añadió Julio:—qué opinais vosotros de esas ovaciones?

—Que no las hubo más justas ni tan merecidas en el mundo,—dijo Zalla.

—Ni más espontáneas.

—Ni más lucidas.

—Ni más propias.

—¡Todos contra mí! muchas gracias.

—En esta ciudad recibimos los maestres, el general Rogelio y yo por causa tuya,—exclamó el príncipe;—la pena y amargura más grandes que puede sentir un hombre. Ahora nos vengamos.

—¿Por culpa mía?

—Sí, te hirieron por venirte solo con tu paje y dos criados. Aquí estábamos cuando nos dieron la fatal noticia. ¿Es cierto, señores?

—Sí, sí.

—Por eso tú, querido hermano, te has traído hoy un tercio completo para evitar el darnos un disgusto igual.

—No traje soldados, pero sí dos columnas de cuadrilleros que nos ayudaron á coger una partida de bandoleros, que pretendían dejarnos con el traje de Adán.

—Cuadrilleros que tú no mandaste que te siguieran.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La última carta de mi padre, que llegó antes que tú pero no necesitaba saberlo por tan digno y respetable conducto, me basta conocerme para conocerte y saber todo lo que haces.

—Eso es verdad, nos asimilamos.

—Son las diez, hermanos, ¿no se cena esta noche?—preguntó Mendoza.

Todos rieron; Flaviano le preguntó:

—¿Tienes gana de cenar, Rogelio?

—Gana, no, pero como es costumbre.

—Yo creí que habíais comido esta tarde para una semana.

—No tanto, hombre, para un día y no es poco.

—Pues cena tú, porque nosotros no me parece que podemos acompañarte ninguno. Acabamos muy tarde de comer.

—Yo solo no voy, mañana tomaré el desayuno más temprano.

Y continuaron hablando hasta las once que se fueron retirando.

La ovación duró hasta esa hora próximamente.

Julio se levantó antes que Flaviano, dijo á éste, pues dormían en la misma alcoba, que deseaba reconocer algunas obras, que no contase con él hasta la hora de comer, montó á caballo y acompañado de Zalla y seguido de sus dos criados salieron de San Juan, dirigiéndose á Cruz.

Vió las obras que estaban terminando para la recomposición del fuerte antiguo y construcción del nuevo, examinó detenidamente todo lo que llevaban hecho y se enteró de lo que faltaba, y al concluir dijo al maestre de zapadores, que acababa de llegar y al gobernador que le acompañaba:

—Creo, señores, que con los diez cañones que vais á colocar en esos dos fuertes, se puede destruir en poco tiempo una escuadra.

—Por poderosa que sea,—le contestó el maestre.

—Lo que más me admira es el orden de casamatas que ha dispuesto mi hermano: morirán en el fondo del

mar, cuantos pretendan atacar esa población sin que perezca uno solo de sus defensores.

—Ni ninguno de la población.

—Ya lo veo. En quince minutos toda la gente de este pueblo, incluso los enfermos, pueden encerrarse en las casamatas de Cruz.

—Pero hay otra cosa más notable aún,—añadió el maestre de zapadores,—las trincheras que estamos acabando para el caso de un desembarco y ataque por tierra. Cuantos vengan perecerán.

—Todo lo ha tenido en cuenta el genio de la guerra,—dijo el gobernador,—¡qué instruciones ha dejado! Con sólo doscientos hombres puedo dar fin de dos mil y defenderme de cuatro mil.

—¿Cuándo quedará todo concluído, maestre?

—En fin de la semana próxima.

—Habeis volado.

—Todas, señor, todas las ideas y reformas del héroe, son muy sabias, las más inteligentes y tan fáciles en sus planteamientos, que llevan el sello de la rapidez.

—Trabajo inútil,—dijo el príncipe.

—¿Cual, señor?

—El de mi visita.

—Es verdad.

—No tiene un descuido, ni copia nada.

—Todo lo inventa, todo lo crea, en su hermoso cerebro hay un arsenal que fecundiza la tierra como el agua que hace fructificar todas las simientes, todas las vejetaciones.

—¡Y se incomoda cuando lo elogian!

—No puede resistir nada que pueda interpretarse como adulación.

—Ayer tarde estuvo en tortura.

—Pues sabed que no quiso darse á conocer en el campamento por evitar la ovación. Se disfrazó, se descompuso, hizo el estudio que necesitaba, hizo hasta milagros en favor de esas masas indias sin darse á conocer á nadie. Cuando ya no le fué posible desairar tanta invitación, para que con su presencia honrase el campo enemigo esperó vuestra venida, dispuso que el recibimiento que os hicieran fuese digno de un príncipe para ocultarse detrás de vos y que toda la ovación se concretase á vos.

—Pero no contó con los jefes del campamento y con lo que le debe la ciudad que ha salvado y tuvo que sufrir las consecuencias. No pudiendo, á pesar de sus esfuerzos, ponerme delante, me colocó á su lado y en verdad que me daba pena verlo sufrir en medio de aquel delirio que su genio y heroismo habían estimulado. Tanto sufrió que llegó á la insensibilidad. Me cogí á su brazo, no para participar de una ovación que yo no merecía, sino para evitar que perturbado no cayese al suelo.

—Qué grande es.

—Por eso es tan modesto. Maestre, aquí no hacemos falta, donde entra mi hermano sobramos nosotros.

—Pues á San Juan, señor.

—Una pregunta señor,—le dijo el gobernador.—¿Creeis que los ingleses nos atacarán? Porque el héroe no ha dicho nada.

—¿Qué os había de decir, gobernador? ¿No os dicen bastante las obras que ha encargado?

—¿Vendrán pronto?

—Tened repuesto de provisiones por lo que pueda ocurrir.

—Al acabar todas las obras, quedaron llenos los almacenes. Quiera Dios que no vengan.

—Nuestros caballos, Zalla.

Este hizo una seña á los criados, vinieron y después que se hubieron despedido montaron á caballo y partieron.

Por el camino preguntó Julio á Zalla:

—¿Dí, Ricardo, qué hace Líbana?

—Estudia, aprende y se presenta modelo de virtud, de inteligencia y de admirable belleza.

—Eso te lo figuras tú.

—Pero es tan seguro como que existe Roma aun cuando yo no la he visto.

—¿Qué te ha dicho mi hermano Flaviano?

—Me habló del embozado, pero dejó pendiente la cuestión.

—Cómo te atormentan todos con el embozado, hasta el héroe.

—Ya no.

—¿Qué dices?

—Que no me hace efecto ninguno su recuerdo ni llega á mi memoria hasta que hablen de él.

—Ah, Ricardo, no sabes tú todo lo malo ó bueno que puede acarrearte ese incógnito.

—Ni deseo saberlo, señor.

—Haces mal.

—Es posible y lo digo por ser esa vuestra opinión, pero yo no puedo cambiar la mía.

—¿No harías de buena gana una visita á Veracruz?

—No señor, ¿qué más honra y dicha que estar al lado de don Flaviano y don Julio?

—La presencia de Líbana puede formar el encanto de un hombre.

—Cuando sea mujer.

—¿Pues qué es ahora?

—Una niña que empieza á educarse.

—Ricardo, me parece que se apagó el entusiasmo que sentías por la bella india.

—Es verdad, señor, ahora empiezo á quererla. Donde termina el delirio empieza la razón.

—Zalla, te ha bastado estar unas cuantas horas al lado del héroe para rehacerte y llegar al talento y al juicio.

—¿Qué duda tiene? Su aliento eleva y engrandece.

—Te voy á dar una noticia, pero no se lo has de decir á nadie.

—Morirá encerrada en mi pecho.

—Va á tener Líbana una dignísima compañera que le servirá de escudo y guía.

—No comprendo quién pueda ser.

—Ni yo puedo decírtelo por ser todavía un secreto.

—¿Secreto de mi general en jefe?

—Sí. Anoche, siguiendo nuestra antigua costumbre, hablamos dos horas de cama á cama y me dijo cosas muy buenas.

—¿Fué una la de la nueva educanda?

—Sí.

—Pues no comprendo quien pueda ser.

—Ni la busques porque no la hallarás. Pero hablemos de otra cosa: ¿eres amigo de Luis?

—¡El paje de mi general? Mucho, basta lo que hizo con mi maestro y protector para que yo le admire y lo quiera mucho.

—¿Y él corresponde á ese cariño?

—Creo que sí.

—Hazte querer mucho de él.

—¿Voy á necesitar mucho de su influencia?

—Sí, mucho.

—¿Nada más podeis decirme?

—Te he dicho demasiado, Ricardo.

—Gracias, señor, haré lo posible por llegar á su intimidad.

—Sin violentarte.

—Al contrario.

—Pues no lo olvides. Llévame frente al sitio donde estuvo antes el puente de San Juan.

—Cerca de aquí está el sendero que conduce á él.

Llegaron Julio y Zalla, echaron pie á tierra, dieron las bridas á los criados, y el príncipe empezó á reconocer cómo había sido cortado el puente, y luego siguió por la orilla izquierda del Tabasco estudiando las vueltas y revueltas del río y abarcando en su mente las muchas dificultades conque tuvo que luchar Flaviano para trasladarlo al sitio en que estaba ahora.

Después vió cómo estuvo sujeto, las modificaciones que había sufrido, y exclamó:

—¡Qué hombre! esto es realmente un milagro.

—¿Os referís á la traslación?

—Sí, Zalla.

—Señor, añadid á las dificultades vencidas, la que le impuso una corriente impetuosa, formidable, como no se vió otra y las molestias de un temporal como el que obligó á Noé á meterse dentro del arca.

—Todo eso es inconcebible y no lo es menos la manera de sujetar ese inmenso puente, dejándolo capaz de resistir todos los embates, todos los pesos y como si eso fuese poco, un puente viejo y deteriorado quedó nuevo, flamante y hasta hermoso.

—Así es la verdad.

—No hay elogio ni admiración bastante, Ricardo.

—Cierto, señor.

—Vamos á reconocer los fuertes abandonados.

Volvieron á montar á caballo y fueron uno por uno estudiando todos los fuertes exteriores, incluso el del campamento.

Luego vió las obras hechas en los muros de la ciudad, diciendo al concluir:

—Zalla, salimos á las cinco de la mañana del palacio y regresamos á las dos.

—Pero lo hemos reconocido todo, señor príncipe.

—Minuciosamente.

—Ahora os falta otra cosa.

—¿Qué es ello?

—Os falta saber lo que hizo don Flaviano para evi-

tar que no estallara la mina hecha con arte por los ingleses, con el santo fin de hacer volar la plaza y que todos hubieran muerto.

—¿Quien te lo ha referido?

—Mendoza y el paje cuando ayer os paseaban en triunfo á los dos.

—Refiéremelo mientras llegamos al palacio.

Zalla le obedecio, iban muy despacio y aquel terminó cuando entraban en el zaguán.

—Eso parece un cuento: Flaviano hace cosas que hasta después de realizadas no se comprenden.

CAPITULO XLIII

Paréntesis.—Los ingleses otra vez.—Preliminares de un conflicto.
—Llegó el enemigo.

Julio y Zalla entraron en el despacho de Flaviano hallando á éste con Mendoza y Luisa que lo estaban esperando para comer.

—Gracias á Dios que te veo, hermano,—dijo el héroe,—ya nos tenías con cuidado.

—Era indispensable terminar el reconocimiento empezado.

—¿Has tomado notas?

—No; era preciso la descripción completa y no había tiempo en uno ni en dos días.

—Yo me refería á lo defectuoso, á lo que es preciso modificar ó añadir.

—Yo al todo que es preciso dejarlo como está, ó hacerlo nuevo.

—Yo antepongo tu opinión á la mía, Julio.

—¿Sí? pues entonces dejemos las obras como están.

—¡Tan malas son que no cabe enmienda?

—Ninguna.

—Hay tiempo, se hacen otras nuevas.

—¿Lo dices de veras?

—Con toda formalidad.

—Ricardo, ¿qué opinión tiene mi hermano Julio sobre las obras que ha visto?

—Muy mala, señor, para él y para mí.

—Explícate.

—Creemos los dos y podemos demostrarlo que dejasteis esas obras en el fondo de la perfección.

—¡Qué terquedad!

—La vuestra, señor,—dijo el paje.

—Vamos á comer, Mendoza.

—Sí, hombre, que son cerca de las tres.

—Las dos y cuarto, y solo te has desayunado con un pastel de aves, otro de dulce y dos piñas.

—Y seis plátanos, pero entiende que anoche no cenamos.

—Es verdad, te lo impidió la debilidad; como no comiste en la casa Amarilla...

—¡Qué banquete! ¿Se lo has agradecido, Julio?

—¿Cómo no?

—Rogelio, al segundo que te ofrezca, revienta el general Mendoza.

—Lo mismo exactamente debían vuestros padres al mío y no reventó. Vamos, señores, que se enfría la comida.

Y pasaron al comedor.

Desde este día en adelante se dedicó también Julio á la educación de los indios, ayudando su concurso rápidamente á la brevedad y al acierto.

Se prohibió en absoluto toda demostración de entusiasmo en favor del héroe, y los dos hermanos pasaban casi todo el día en el campamento, instruyendo indios y dirigiendo los ejercicios que allí mismo hacía la tropa.

Unos días cenaban con los soldados y comían con los jefes; otros con los indios y era ya admirable el adelanto y la unión que había entre españoles é indígenas.

Así transcurrió un mes.

Al cabo de este tiempo, iban á salir una mañana para el campamento cuando se presentó Pérez diciendo á su señor:

—Acaba de llegar un oficial de Cruz el cual dice que desea ver á V. E. sin pérdida de un minuto.

—Que pase.

Y entró un alférez cubierto de polvo, diciendo:

—Mi general en jefe, he venido á galope con el objeto de entregaros, ganando tiempo, este parte del gobernador.

Abrió el oficio Flaviano leyendo:

—«Señor, viene hacia Cruz una escuadra inglesa».

No decía más.

Flaviano dió parte á Julio exclamando:

—Pérez, Moreno, que vengan inmediatamente Fajardo y el maestro de zapadores. A caballo y con traje de campaña, que ensillen los potros del príncipe, el

mío, el de Zalla y el de mi paje; bastarán dos criados. Volad.

—Altérez, decid al gobernador que voy detrás de vos.

—Mendoza, te dejamos al mando de la plaza y fuerza por todo el tiempo que faltemos de aquí.

Un cuarto de hora después pasaban el puente de la plaza á galope tendido.

A la mitad del camino dejaron atrás al alférez que salió antes que ellos y á los tres cuartos de hora estaban junto á Cruz.

—Alto,—dijo Osorio al llegar á una hondonada, —esperad.

Y se tiró del caballo corriendo á una altura próxima con el anteojo en la mano.

Cuando llegó á lo más alto de la cuesta comenzó á mirar permaneciendo así veinte minutos.

Y bajó con calma, incorporándose con sus compañeros.

Montó y les dijo:

—Son tres navíos y un bergantín que sirve de crucero. Trae cuarenta cañones, gente de sobra para un desembarco y manda esa escuadra un almirante. Fajardo, adelantaos sin prisa y tomad el mando del fuerte antiguo. Vos, maestro de zapadores, os hacéis cargo del fuerte moderno. Los dos tenéis instrucciones mías, ¿las recordáis?

—Sí, señor.

—Pues bien, si teneis alguna duda me consultáis después de haber mandado esos cuatro buques al fondo del mar. Esperáis no obstante la orden de romper el fuego.

—¡Flaviano!—exclamó Julio.

—Os ponéis de acuerdo en las señales para que los dos fuertes no tiren al mismo buque. Partid, pero no corráis, hay tiempo. ¿Qué decías Julio?

—Que así mandaba nuestro padre el duque del Imperio.

—¿No decís que no me parezco á él en nada?

—¿Cuántos hombres calculas que encerrarán esos buques?

—Cerca de cuatro mil, sino llegan.

—Me parecen demasiadas víctimas.

—¿Cuántos quieres que perdonemos?

—Si fuera posible á todos.

—¿Y si nos atacan?

—Tres cuartas partes.

—¿Me ayudarás?

—Con mucho gusto.

—Está bien, cuando veas que empieza el cañoneo, vas á la escuadra y les dices que huyan las tres cuartas partes porque vamos á echar á pique los cuatro barcos enemigos. Hoy no nos parecemos tú y yo, Julio, tú te pareces al príncipe de Italia y yo al duque del Imperio.

—¿Avanzamos?

—¿Te tomas el encargo ó no?

—Haz lo que quieras, Flaviano.

—Gracias, Julio.

Zalla y el paje sonreían, Silva dudaba y parecía atormentado por una idea.

Los dos maestres iban hablando, después se dirigió cada uno á su fuerte.

Flaviano y Julio enmedio de Ricardo y Luisa y seguidos de dos lacayos en la forma, iban al castellano y como de paseo hacia la casa del gobernador, en la cual entraron.

Aquél les esperaba enmedio del salón.

Flaviano le dijo:

—¿Desde la azotea de vuestra casa se domina el mar?

—Mejor aún desde la torre que tengo en el centro del edificio.

—Vamos á ella. Aquí esperais vosotros, Julio, Zalla y Luis.

Y subió á lo más elevado, diciendo al gobernador:

—Dejadme solo, gobernador, id y haced compañía al príncipe.

Y se sentó tendiendo el anteojo por encima del muro de la torre.

A la media hora dejó de mirar, descansando un poco la vista.

Pero á los cinco minutos volvió á mirar.

No tardó en cerrar el anteojo y bajar al salón, diciendo á Julio y al gobernador que le esperaban allí:

—Los cuatro buques han quedado al pairo y en este momento saltan á un bote el almirante, dos ayudantes y tres criados.

—¿Qué se propondrán, Flaviano?

—Hablar conmigo, reconociendo á la vez este puerto, San Juan Bautista y todos nuestros fuertes.

—¿Los vamos á dejar?

—Sí, nuestros cañones están escondidos, no distinguirán casi nada y se atreverán, que es lo que yo deseo.

—Mejor era dejarles ir. Hazlo así, Flaviano.

—Tú los vas á recibir con el gobernador, como segundo de éste, pues dado que hablen bien el castellano y el gobernador no entiende el inglés. Le suplicas humildemente que se retiren para que no haya victimas. Tú eres aquí, hermano, el verdadero jefe, como primo y representante del rey, tú vas á mandar desde hoy con absoluta independencia.

—Señor,—dijo el paje á Flaviano,—para que el príncipe pueda obrar con entera libertad debemos marcharnos.

—Sí, mi general en jefe, voy á mandar que ensillen.

Y fué á salir preguntándole Julio:

—¿Pero, dónde váis?

El paje le contestó:

—Primero á San Juan, después á Méjico y enseguida á España. Si queréis algo...

—Pero, Flaviano, ¿qué es esto?

—Nada, hombre, que te dejo el mando absoluto de este imperio para que puedas extender esa caridad sin traba alguna.

—¿Te has ofendido?

—¿De tí? Jamás, pero no estamos conformes una vez en la vida y quiero ceder. Es indudable que tienes más razón que yo, te la doy, y en ello voy ganando mucho. Julio, hasta ahora lo hice yo todo, casi todo, justo es que algo te toque á tí. Hoy acabo yo, y hoy empiezas tú. Esto ha de ser, y no te obstines en lo contrario porque soy capaz de marcharme esta mañana en un buque de cabotaje que hay en el puerto seguido

únicamente de Luis, de Zalla y de mis dos criados.

—No insisto, Flaviano, recibiré á ese inglés y luego veremos quien tiene razón de los dos.

—Creo que suben y te dejamos con el gobernador.

Los tres se salieron.

Julio hablaba con el gobernador cuando un oficial les dijo:

—En el salón contiguo espera el almirante inglés que manda la escuadra que está frente á Cruz.

—¿Habla español?

—Muy mal, apenas se le entiende.

—Bien, que esperen,—dijo el gobernador añadiendo,

—Señor, creo como vos que si se puede evitar la destrucción de la escuadra y de este pueblo, ganaríamos mucho.

—¿Quién tendrá razón, gobernador, Flaviano ó nosotros?

—Nosotros, señor, no lo dudeis. Esa escuadra no deja levantada una casa en Cruz.

—Muchos van á perecer y después de tantos como han muerto...

—Creedlo, señor, debemos evitar á todo trance que se rompa el fuego.

—¿Y si vienen altaneros?

—Se razona con ellos.

—¿Y si no ceden?

—Lo último debe ser la guerra. Tened en cuenta que son cuatro mil hombres los de la escuadra y otros tantos aquí forman un total de ocho mil víctimas sacrificadas inhumana y cruelmente.

—No, que no mueran. Vamos á ver á ese almirante.

—Esperad un poco.

—Esos ingleses son muy altaneros y se van á incomodar.

—Dos solas frases. Yo no conozco el idioma inglés ni puedo tener opinión estando vos delante, salgamos, decid que sois el gobernador y yo ayudante vuestro.

—Está bien, entremos.

El almirante llegó, según dijimos, quedándose enmedio de sus dos ayudantes.

Cada minuto que pasaba se le veía hacer un movimiento de impaciencia.

Un momento antes de entrar Julio decía sin poderse contener:

—Mucho esperar es para un almirante.

Vió á Julio, creyó que era el gobernador y sólo le hizo una ligera reverencia preguntándole en muy mal español:

—¿Sois la autoridad de este pueblo?

—Sí,—le contestó Julio.

—¿Es la primera vez que hablais con un almirante?

—No, os comprendo bien,—replicó Silva en buen inglés, — podeis si gustais, hablarme en vuestro idioma.

Y volvió hacerle la misma pregunta en inglés.

—Sí, la primera.

—Me lo había figurado. En ninguna parte de este mundo hacen esperar á un almirante inglés lo que vos me hicísteis á mí.

—Lo siento.



Mucho esperar es para un almirante.

—Os perdono porque creo que vos no entendeis de estas cosas.

Dicho esto á Julio era un insulto intolerable. Pero anhelando nuestro noble joven evitar el rompimiento se contrajo á darle las gracias.

—Yo deseo ver,—añadió el almirante,—al general Osorio.

—No reside en esta población, sino en San Juan Bautista.

—Ya lo sé, pero quiero, que me digais á qué hora le veré esta tarde.

—Hoy no podrá ser por hallarse fuera de San Juan.

—¿Y mañana?

—Mañana ya es otra cosa; id á la capital y si os quiere recibir, lo vereis.

—¿Por qué no ha de querer?

—Yo no lo sé.

—Iré y me recibirá.

—Muy bien.

—Tenedme seis caballos dispuestos para nosotros y tres criados mañana á las diez. Yo pagaré lo que se me pida.

—Muy bien.

—Daré una vuelta por este pueblo y me reembarcaré hasta mañana á las diez. Que el cielo os guarde.

Y haciendo los tres una reverencia desapareció, yéndose al pueblo, que reconoció á su placer, enterándose de cuanto necesitaba.

Al marcharse los ingleses volvieron á quedar solos el gobernador y Julio. Este le dijo:

—Creo que ese hombre me ha insultado y por seguir vuestros consejos y los de mi padre lo he tolerado de un modo indigno.

—En cambio, señor, cuánto gana vuestra humanidad, cuánto Inglaterra y España, cuánto vuestro buen nombre!

—Entre los dos me habeis perturbado.

—Ahora, señor, es cuando discurrís bien, ahora es cuando mereceis los aplausos, ahora es cuando os habeis elevado como príncipe y como hombre. No lo dudeis, señor, basta un poco de paciencia para salvar las vidas de ocho mil hombres, esta desgraciada población y cuatro hermosos buques.

—Es verdad y la tendré.

—¡Qué grande sois ya!

—Adios, Julio,—le dijo Flaviano entrando con Luisa y Zalla.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no puedo estar cerca de ese cobarde y miserable gobernador. Hablábais tan fuerte que sin pretenderlo oimos los tres cuanto digísteis en español y en inglés. Y no te molestes en estorbarlo; ahí tienes mi dimisión; soy Flaviano de Osorio á secas y nadie puede mandarme.

Y tiró la dimisión sobre una mesa.

—Digo lo propio,—añadió Zalla,—y ahí está la mía. Tampoco puedo estar junto á un gobernador tan canalla, tan miserable, tan vil, tan cobarde.

—¡Insolente!—gritó el gobernador,—yo haré contigo...

Y se acercó á Zalla con el puño levantado. Este cayó sobre él, dándole una bofetada que le hizo vacilar, rompiéndole á la vez la nariz.

Me dareis una satisfacción.

—Andando, ahora mismo.

—Ahora no, después.

—Zalla,—exclamó Julio,—me habeis faltado pegando delante de mí al gobernador.

—No lo creais, don Julio, ya no soy capitán soy un paisano que ofendió á un malandrín; apadrinadlo, y veamos si de ese modo logramos que se bata. ¡Ah, señor príncipe, qué consejero tan cobarde os habeis proporcionado; ni aun apadrinándolo vos es capaz de batirse conmigo. Mandadle, señor, que arregle él la cuestión con los ingleses y no habrá pelea, estad seguro.

—Puesto que viniste sin criado ahí te queda uno mío, —añadio Osorio.—Adiós, hermano.

Y los dos salieron.

Poco después entraron el maestre de zapadores y Fajardo, diciendo al príncipe:

—Señor, hemos sabido la cobardía que ha tenido lugar en Cruz y no podemos ni queremos continuar aquí. Ahí van nuestras dimisiones y que el cielo os guarde.

—¿También vosotros me abandonais?

—Y todo el ejército de Méjico, y todo el campamento, ya lo vereis, señor. Pero os basta y sobra con ese valiente abofeteado, ¡ja, ja, ja!...

Y le volvieron la espalda desapareciendo de allí.

Julio se asomó á un balcón viendo marchar á Flaviano en medio de Zalla y Luisa

Detrás salieron á escape para alcanzarlos los dos maestres y el criado.

Poco después galopaban los seis.

Cuando Julio fué á retirarse del balcón vió los tres navíos y el crucero, sus cañones brillaban, la bandera inglesa se movía como desafiando á la española, y se extremeció.

Luego comenzó á pasear por el salón y sacando una carta exclamó:

—Flaviano tiene razón en todo, ¡pero esta carta!

Y la miraba con dolor.

Fijóse luego en el gobernador abofeteado y después de meditar dos minutos movió un timbre.

Un oficial se presento preguntándole:

—¿Qué manda V. A.?

—Que venga el subgobernador.

—Voy á buscarlo, señor.

Julio esperó un cuarto de hora, que tardaron en hallar al subgobernador, paseando por la sala.

El gobernador le miraba con marcado temor.

—¿Qué manda V. A.?—preguntó al subgobernador.

—Prended á ese hombre.

—¡Señor, que tengo hijos!

—Prended á ese cobarde al momento. Tiene buen modo de honrar el apellido que llevan sus hijos, dejándose abofetear. Lo incomunicais y vuestra cabeza me responde de la suya. Volved después.

—Al momento, señor.

El príncipe continuo paseando.

Cuando volvió el subgobernador le preguntó:

—¿Está bien asegurado?

—Como que respondo de su cabeza con la mía.

—Quedais de gobernador interino hasta que mi hermano Flaviano ó yo dispongamos lo más conveniente.

—Está bien, señor.

—¿Sabíais vosotros que ese gobernador era cobarde?

—Yo lo sabía, señor.

—Y nada digísteis.

—Era un jefe.

—¿Y la patria, no era nada para vos?

—Qué había de hacer, alteza? Por lo mismo he ocupado siempre el puesto de más peligro.

—No era eso bastante.

—Lo comprendo, señor, pero ¿qué segundo jefe tiene valor bastante para denunciar al primero?

—Lo peor es si llegamos tarde. Oid.

Julio le dió varias instruccioues sobre la crítica situación en que se encontraban, lo dejó al frente del gobierno y montó á caballo, saliendo de Cruz antes de medio día.

Tiró las riendas sobre el cuello de su potro y entregado á profunda meditación tardó más de dos horas en llegar á San Juan.

Su caballo anduvo al paso que quiso. El ginete ni veía ni entendía, sólo daba razón del pensamiento que embargaba todo su sér.

Llegó al puente de la ciudad y allí le distrajeron varias voces que oyó.

Unos decían.

—¡Viva el héroe!

Otros:

—A la capital, compañeros, ya no hay sangre española.

Vió luego tirar las armas á los centinelas y correr en todas direcciones.

Para llegar al convento de Trinitarios tuvo que pasar por cerca del campamento y le pareció que se hallaba en completa rebelión. Julio picó á su caballo y se halló en dos minutos en la celda de su padre.

CAPITULO XLIV

Una sublevación general.—Pretende ahogarla el príncipe de Italia.—Osorio se resiste, pero cede.

Julio se había tirado del caballo, cuyas riendas dió al sirviente que le prestó Flaviano, y corrió á la celda de su padre al cual creyó no hallar allí, pero le vió hablando de los graves acontecimientos que estaban teniendo lugar, con el superior de la orden, y cayendo entre sus brazos exclamó:

—¡Qué desgracia tan grande, señor!

—¿Pero qué ocurre, hijo mío? Habla por Dios.

—No puedo, padre mío, me ahoga la pena.

El príncipe de Italia lo separó y alzando la cabeza le dijo con altanería impropia en él:

—¿Qué es eso? ¿Cuándo un Silva se amilana por una sublevación militar, estando el enemigo, los ingleses casi á las puertas de la ciudad? Julio, ¿no tienes la sangre de tu abuelo ni la mia?

—No es eso, señor, es que tenemos la culpa de todo lo que ocurre vos y yo.

—¿Qué dices insensato? Yo no tengo la culpa de nada.

—Vos, sí. ¿Ya habéis olvidado vuestra carta?

—¡Mi carta! ¿Qué carta es esa?

—Vedla, señor.

El príncipe de Italia leyó fuerte:

«Hijo mío, no ataques á los ingleses, tú eres el jefe superior, no permitas que se vierta una sola gota de sangre, harta se derramó ya.

Tu padre te lo ruega, te lo ordena,

JULIO.»

—¡Insensato! —exclamó el príncipe de Italia levantando los brazos.—Esta carta no es mía; yo no podía decir esto. ¿Has desobedecido á Flaviano?

—Hice más, me opuse á que se cumplieran sus órdenes.

—¿Qué has hecho, desgraciado?

—Inclinarme ante vuestro mandato.

—¿Y Flaviano, que hizo?

—Presentar su renuncia y venirse para partir á la capital y acto continuo á España.

—Pero, Julio, ¿no te he dicho que obedecieras á tu hermano que era el predestinado?

—Siempre lo hice, señor.

—Menos hoy.

—Vuestra carta...

—¿Cuándo me he contradicho, Julio? ¿Me conoces alguna contradicción? ¿Qué motivo te he dado yo, he dado á nadie y menos á tí, para juzgarme capaz de una contradicción radical?

—Señor, todo eso es cierto. Me he perturbado y bien caro me cuesta.

—¿Qué nos importa al rey ni á mí tu castigo? ¿Qué va á ser de la patria, dí?

—Le daré toda mi sangre.

—¿Para qué la quiere ella? ¡Estás loco! Y suponen algunos que te igualas á Flaviano. Más distas de él que tu criado de tí. Ya eres el jefe absoluto de Méjico, corre á salvar tu patria, yo te lo mando.

—Ni un solo soldado me seguirá.

—Pues sino sirves para triunfar, sirve para sucumbir. Escribe en el papel que hay sobre la mesa.

«Renuncio en favor de mi querido hermano Osorio todo el poder, todas las preeminencias que S. M. el rey me concedió al venir á Méjico. Soy indigno de conservarlos y me obligo á obedecer en el puesto que me designe el general en jefe, sea el que quiera.

JULIO DE SILVA.»

—Queda en esta celda esperando mis órdenes.

Y salió del convento.

Con dificultad podía andar el príncipe por las calles de San Juan Bautista. Los soldados habían tirado las armas y andaban de un lado para otro dando vivas á Flaviano y pidiendo irse con él á Méjico. Los indios

habían entrado en la ciudad, muchos se habían armado, aclamaban al héroe y pedían seguirlo á donde él fuera.

Los jefes de un lado y de otro eran los peores, y los oficiales seguían á aquellos sin cuidarse para nada de la tropa ni de los indios.

Para aquella sublevación tan completa, tan grande, había bastado que el maestre de zapadores y Fajardo gritasen al entrar en la plaza:

—Han despojado de su poder al héroe, se va á la capital, quieren transigir con los ingleses, todos con él, todos á la capital, en su mano está la honra del imperio, todo con él, nada sin él.

Las frases de los maestres corrieron como chispa eléctrica por calles y plazas y luego por el campamento, perturbando á todo el mundo y descomponiendo el magnífico cuadro que hasta aquel instante había presentado San Juan. Todos querían seguir al héroe, era el pensamiento, la idea, la voz, la fuerza.

Para no entorpecer la acción de Julio, Flaviano al llegar á su palacio exclamó:

—Zalla, Luis, disponed nuestros equipajes y salgamos para la capital.

—¿Cuándo, señor?

—Lo antes posible.

Enterados de lo que ocurría Mendoza, Almeida y don Gonzalo, fueron los primeros en preparar los suyos y en gritar:

—Con el héroe, corramos; aquí quedan la humillación, la vergüenza.

Jamás pueblo alguno había dado una prueba más

varonil de decisión, de amor, de entusiasmo por su caudillo.

Los españoles veían en él la honra de la patria, los mejicanos la salvación del imperio.

Y no se equivocaban.

Mientras en el interior del palacio se disponían á partir cundió fuera la sublevación, y cuando los del interior tenían ya dispuestos los equipajes é iban á salir, se hallaron la calle obstruída y á los cuarenta mil hombres dispuestos á seguirlos.

Enterado Flaviano de lo que ocurría, y viendo desde una ventana la sublevación en que todos estaban, dijo á sus amigos:

—Señores, yo no pensé que aconteciera lo que veo; quería sólo huir de aquí para que mandase mi hermano sin rémora alguna que coartara su poder. Pero no puedo consentir que lo dejen sólo. Tenemos al enemigo en Cruz, y si no halla resistencia pisoteará nuestro pabellón, y nuestra patria será víctima de una insensatez sin ejemplo. Rogelio, Gonzalo, Luis, que vengan inmediatamente los nuestros y el jefe del campamento. Aquí os espero á todos.

Aquellos salieron, tardando cerca de una hora en llegar donde estaban, disponiéndose á partir, los que llamó Osorio. Por fin, lograron atravesar la masa de indios y soldados que había en la calle donde se hallaba situado el palacio de Flaviano, y éste se reunió en consejo con Mendoza, los maestres, Gonzalo, Zalla y Luisa.

Deliberando estaban cuando pudo llegar hasta ellos,

después de sufrir muchos atropellos, el príncipe de Italia.

No era en estos momentos el religioso humilde y caritativo que no alzaba la vista del suelo; se parecía más al generalísimo que triunfó en Malta, en Venecia, en Francia y en América. No entraba con arrogancia, pero sí con firmeza, seguridad y decisión.

Ya en el salón donde se celebraba el consejo, oyó con calma las últimas frases de Osorio, y al acabar éste exclamó:

—Señores, como generalísimo de las fuerzas de mar y tierra de España y sus dominios, tengo voz y voto en vuestros consejos. Pido la palabra y os ruego me escucheis,

—Hablad,—le dijo Osorio;—reconocemos vuestro derecho, y si no lo tuviérais yo os lo daría, rogandoos ocupeis la presidencia.

—Gracias, general en jefe.

—Lo fuí, señor; ahora sólo soy Flaviano de Osorio, que, paisano y sin poder alguno, hace el último sacrificio por su patria. Pero hablad como querais como generalísimo, como sacerdote, como simple español; tened sólo en cuenta que os dirigís á personas que no tienen ni quieren tener poder alguno.

—Oidme, señores, con la calma y reflexión necesarias en hombres que ven el gran peligro en que se halla su patria, y no pueden tolerar que ésta se hunda. Ante todo es necesario que unidos todos obliguemos al héroe á que se ponga al frente de los destinos de este imperio, y triunfe de los enemigos de España.

—Señor, —le contestó Flaviano; —sólo está en vuestras manos obligar á que los jefes y soldados empuñen las armas y corran á la defensa de España y Méjico, y á que los indios se retiren á su campo, volviendo á la situación pasiva que tenían. En una palabra, que sólo aparezca un cambio de persona en la suprema dirección, mientras haya enemigos de España que combatir. Que cese como ha cesado, el dominio de Osorio y empiece el de Silva, más digno y elevado que yo. Eso hemos acordado; eso logré con gran trabajo de estos señores, y eso será. De San Juan Bautista sólo se marcharán hoy Luis Oaxacay, Ricardo Zalla, Flaviano de Osorio y tres criados. ¿Qué va á perder la patria? Nada; será un cambio de dos generales, con el cual es posible que gane: yo creo que se ganará.

—Eso no, no,—dijeron los del consejo;—pero lo haremos mientras haya ingleses.

—No es posible, señores,—añadió el príncipe de Italia;—sería víctima España, seríamos todos víctimas de la maldad de un traidor ó de un cobarde. Mi hijo está loco, á mi hijo le ha perturbado la obediencia ciega á los preceptos de su padre, y este se halla en el deber, y cumpliéndolo está, de enmendar la falta de su hijo; porque yo creo, como el general en jefe, que la patria es antes que el respeto y la consideración que merece un padre. Mi hijo, señores, recibió hoy esta carta.

Y la leyó, era la del príncipe de Italia dirigida á su hijo; después continuó:

—Yo no he escrito esos miserables renglones; yo no

podía concebir esas malvadas ideas. La carta que acabo de leer es de una mano y de una inteligencia cobardes ó traidoras. Yo, como religioso, quiero la paz en el mundo, pero como español antepongo á todo la honra y ventura de mi patria; eso hice siempre, eso hago ahora. Enterado de la causa de esta sublevación, mi deber como padre y como español era cortarla, mi hijo quería lo mismo y sin violencia alguna, con la voluntad más firme escribió esta renuncia que yo aplaudo, que todos aplaudireis; mi hijo fué una vez débil, insensato, crédulo, y pudiéndolo ser otra rompió el poder que el rey le dió y no volverá á empuñarlo. Si no os basta, decidme qué debe hacer y lo hará en el acto. No olvideis, señores, que los ingleses con su fiero leopardo, se hallan á dos leguas de San Juan Bautista.

Y le dió á Flaviano la renuncia.

Todas las miradas se dirigieron á Flaviano. Hasta el príncipe, que acababa de hablar quedó pendiente de las frases del héroe, y lo miraba implorando su misericordia.

Flaviano se guardó con calma los dos escritos que le alargó el príncipe, y pausadamente les dijo:

—Salid todos y haced que vuelvan las cosas al ser y estado en que se hallaban antes de llegar los ingleses. Si algún español ó mejicano se opone, atravesad su corazón con vuestra espada. Antes de una hora comeréis todos conmigo. Partid.

Sin vacilar salieron todos, quedándose solos Osorio y el religioso.

El último sacó la renuncia de Julio, la hizo pedazos y dijo al príncipe:

—Padre mio, decid á mi hermano lo que he hecho con su renuncia. Falta vengar las humillaciones que ayer le obligaron á hacer los ingleses, y mañana quedarán vengadas. Falta ahorcar al autor de la carta que me habeis entregado, y hoy quedará ahorcado.

—¿Supones quién pueda ser?

—Si, señor, y estoy seguro de no equivocarme. Decid todo eso, señor, á mi hermano, y añadid que le espero para comer, que no comeré hasta que lo vea entre mis brazos, y que va siendo ya tarde.

—¿No me abrazas á mí?

—Señor, ¿qué mayor dicha y honra?

Los dos se estrecharon, saliendo Julio instantes después del palacio.

Quedó solo Flaviano, pero fué por poco tiempo: no tardó en llegar Luisa y sentarse á su lado.

—¿Qué ocurre, hija mía?—le preguntó Osorio.

—Nada.

—¿Por qué te has venido?

—¿Porque no hago falta; creí que os habían dejado solo, no me he equivocado, y os vengo á hacer compañía.

—¿Obedecen esas masas?

—Como corderos.

—Me alegro.

—Antes de una hora no quedará en San Juan Bautista la más tenue señal de la gran sublevación habida. ¡Qué influencia teneis, señor, qué poder moral y material, asombra!

—¿Murmura alguno?

—No, obedecen y os vitorean.

—¡Qué fanatismo!

—¡Qué bien discurren en la ocasión presente!

—Acaso tuviera razón mi hermano Julio,

—Sí, para acompañar á su padre en el claustro.

—Tú eres tan fantástico como los que componen esas masas. Es lástima que con tan buena inteligencia...

—No aplaudo vuestra modestia; es vuestro único, pero enorme defecto.

—Tú y Zalla me habeis precipitado hoy.

—Zalla y yo os hemos empujado á la verdad que visteis antes que nosotros. ¡Qué ingleses y que príncipe.

—Mi pobre hermano estuvo tan torpe como excelente hijo. ¡Vale tanto ese padre!

—Me gusta más el vuestro.

—India brava.

—No me ofendo; india soy, y si tengo bravura, Dios me la hª impuesto. Bendita sea, porque viene de Dios.

—Yo te civilizaré.

—De este modo.

Y le acercó su frente, que el héroe besó sonriendo.

Poco después oyeron la voz de Julio, que gritabá:

—Flaviano, hermano mío, ¿dónde estás?

—Aquí, Julio.

Y cayó sobre él, demostrando más cariño que nunca.

Al deprenderse los dos hermanos, dijo Silva:

—Dios me dé la muerte antes que otro día como el de hoy.

Y rodaron dos lágrimas por sus mejillas.

Flaviano volvió á estrecharlo contestándole:

—Fuiste víctima de un engaño, Julio; el día no acabó, pero los males, sí. Corramos un velo, y hablemos de otra cosa.

—¡Qué bueno eres!

—Sí, que tu eres malo; por demasiado bueno llegaste por primera vez de tu vida á la torpeza. No volverá á ocurrir y es excusado recordarlo.

—¿Porqué no me mandaste prender, por qué no me has inutilizado?

—¿Yo á tí? Prefería volver á España, en lo cual hubiera ganado mucho. Pero no hablemos de eso Julio.

—No hablemos, no.

En este momento llegaba Mendoza diciendo:

—Flaviano, comamos, que son más de las tres... ¡Ah! ¿estabas ahí, Julio? Siento decirte que hoy has estado muy torpe. Es necesario que comprendas que nuestros padres obedecían ciegamente al tuyo, y nosotros debemos obedecer á Osorio.

—Es verdad, Rogelio.

—Cállate, general,—le dijo Osorio.

—Sello mis labios,—añadió el gigante:—quiero sólo que sepa que yo con tanto como le quiero, fuí el primero en irme contigo.

—Te lo callas ó te tengo tres días sin comer.

—Me cillo, pero vamos al comedor.

—Debemos esperar á los maestres y á los dos capitanes.

—Todo sea por Dios.

No tardaron en llegar los cinco. Fajardo dijo al héroe:

—Señor, vuestras órdenes quedan cumplidas. Las fuerzas están en los cuarteles, las guardias en sus puestos, los centinelas vigilando y el campamento como ayer á estas horas.

—¿Han vuelto los misioneros?

—Todos.

—¿Han murmurado?

—Ni uno solo.

—Está bien, señores, oidme: no ha ocurrido nada; es necesario, indispensable que todos creamos que nada ha ocnrrido. Yo os lo mando; yo os lo ruego. Con el más leve disgusto. con la más ténue molestia causada á mi hermano Julio, arrojais sobre mí el más grave mal, daño que no perdonaré nunca. Sois incapaces de hacerlo y por adelantado os doy las gracias. Vamos á comer, Rogelio, vamos, señores; tu brazo, Julio.

—Sí, hombre que es muy tarde,—exclamó Mendoza yendo delante.

Durante la comida reinó armonía y hasta buen humor en todos los comensales.

Concluyó aquel acto y tomando la palabra Osorio dijo:

—Maestre de zapadores, Fajardo, puesto que nada

ha ocurrido, partid ahora mismo á Cruz, os encerrais cada uno en su fuerte, y ya sabéis mi pensamiento. Si fuera necesario recibiréis nuevas instrucciones.

—Como nos hagan fuego destruiremos la escuadra en dos horas.

—Eso es. Esperad: Zalla, te vas con los maestres seguido de treinta jinetes Sustituyes, por ahora al gobernador de Cruz. Y después de obligarle á que declare que esta carta es suya lo mandas arcabucear. Confrontas la letra y para que diga la verdad llegas hasta el tormento. Si resulta él autor de ese infame escrito como yo creo, con dos horas de capilla tiene bastante.

—Así se gobierna.

—No necesito ni quiero elogios, Zalla, á los ingleses les das los seis caballos que han pedido para que vengan á verme. Si ofrecen dinero les vuelves la espalda.

—¿Nada más?

—No. Veamos si sabes ser gobernador.

Los tres salieron en cumplimiento de las órdenes que acababan de recibir.

Luisa dijo á Flaviano:

—¿Qué habéis hecho, señor?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—No comprendo.

—¿Os habéis fijado en el gobernador que mandáis á Cruz?

—Sí.

—Ricardo pega á los ingleses y si le hacen algo los mata.

—Por eso lo he mandado.

—¡Ah!

—¿Qué te parece le elección, Julio?

—Inmejorable, hermano.

—¿Lo ves?

—Desgraciados ingleses, no saben lo que les espera.

—No, porque si algo les falta allí, aquí lo encontrarán cuando los recibamos mi hermano y yo.

—No les faltará nada, estoy seguro, con Ricardo tienen de sobra.

—Pues tampoco aquí si vienen, Luis.

—Todo ello merece mi aplauso, señor. Os dije lo de Zalla por si no le conociais bien.

—¿A mi discípulo?

—Sí.

—Pues no lo he de conocer. Quien no lo conoce bien eres tú. No temo yo lo que haga con los ingleses sino lo que realice con los parientes y amigos del gobernador que arcabuceará esta noche.

—Que murmuren, y los ahorca también.

—¡Qué le hemos de hacer!: que se callen y nada les ocurrirá en sus personas,

Nada oconteció en San Juan hasta la mañana siguiente·

Flaviano y Julio salieron á la calle cogidos del brazo.

De este modo pasaron los dos por la ciudad y el campamento, mereciendo ambos las frases más cariñosas del príncipe de Italia, al que hallaron instruyendo indios en el campo de Salmaripa.

Detrás de ellos iban el paje y Mendoza hablando de cosas indiferentes.

Cuando el príncipe de Italia hubo tributado á los dos hermanos merecidos elogios, quedó mirando fijamente á Osorio diciéndole:

—¿Estás completamente tranquilo? hijo mío.

—Sí, señor, sin que haya motivo para otra cosa. ¿Por qué me hacéis esa pregunta, señor?

—Bulle en tu mente un pensamiento tan grande como terrorífico.

—Ya no, padre mío; lo concebí, lo realizaré, y mientras llega ese instante, no me cuido de él para nada.

—¿No te asombra?

—No, señor.

—¿Ni te hace vacilar?

—Tampoco.

—¡Qué sangre fría, qué cerebro, qué predominio sobre el corazón!

—No llegan á los vuestros.

—Son muy superiores. ¡Ah, yo vacilé muchas veces y luego me asustaba de mi obra! ¡Qué sublime fortaleza tienes, Flaviano; qué poder tan inmenso! Sólo mi padre Alberto se pareció á tí, los restantes somos á tu lado pigmeos.

Y se confundió con los indios á quienes educaba.

CAPITULO XLV

El patíbulo.—Zalla y los ingleses.—Un gobernador como hay pocos.

Sigamos nosotros á Ricardo Zalla, que va á ser el héroe en el presente capítulo.

Salieron de San Juan los dos maestres y el capitán seguidos de sus respectivos criados.

Los dos primeros hablaban bastante, Zalla meditaba y nada decía.

Luego se callaron para trotar y correr, y á la hora de haber salido de San Juan dieron vista á Cruz.

Al llegar á la hondonada donde mandó parar por la mañana Osorio para hacer las observaciones, desplegó los labios por vez primera Zalla para decir:

—Fajardo, vos que sois marino, observad si ha variado la escuadra. ¿Qué os parece?

—Muy bien, y voy á hacerlo. Esperad aquí.

E hizo lo mismo que el general en jefe por la mañana, si bien estuvo mirando diez minutos.

Después dijo á sus compañeros:

—Continúa la escuadra sin variar en nada. Partamos.

Llegaron al pueblo y Zalla los detuvo diciendo:

—¿Sabeis que soy el gobernador de Cruz?

—Sí; ¿por qué lo decís?

—Que siendo la primera autoridad de este puerto, me debeis obediencia.

—Muy bien, señor gobernador, ¿qué mandais?

—Poco os voy á molestar: en vez de dirigiros á los fuertes, venid antes un poco de tiempo al gobierno.

—¿Qué ocurre?

—Pronto lo vereis.

Echaron pie á tierra y subieron.

Se les presentó el gobernador interino preguntándoles:

—¿Qué me mandais, señores?

—¿Dónde está el gobernador, señor capitán?—le preguntó Zalla.

—En su prisión.

—¿Quién lo mandó prender?

—El príncipe.

—Muy bien. ¿Quién le reemplaza?

—Yo, compañero.

—¿Interinamente?

—Sí.

—Os participo que he sido nombrado gobernador en propiedad por el general en jefe. Aquí tenéis...

—Basta, compañero.

—Pues tomo posesión del mando.

—Perfectamente.

—Traedme todos los documentos que tengáis de letra del gobernador que está preso.

—Cerca hay varios; tomad.

—Sentémonos, señores.

Zalla cotejó la letra de la carta falsificada, exclamando:

—Es la misma, variada un poco la forma. Ved si me he equivocado.

Los tres hicieron igual confrontación, diciendo lo mismo que Zalla.

—Os participo, señores, que en uso de las facultades que la ley me concede, os nombro á los tres jueces en el brevísimo sumario que vamos á instruir. Capitán, dad principio.

—¿Es al exgobernador?

—Sí.

Poco después le decía:

—La cabeza ya está.

—Mandad que traigan al preso.

No tardó en salir entre dos soldados.

—Avanzad,—le dijo Zalla:—estais destituído y os habla el nuevo gobernador.

—¡Dios sea conmigo!

—¿Habeis escrito vos esa carta, en la que aparece la firma del príncipe de Italia?

—No, señor.

—Miradla bien antes de contestar.

—No es mía, no.

—El general en jefe, que nunca se equivoca, dice que sí, y lo mismo afirmamos los maestres y yo. ¿Qué decís?

—Que todos os equivocais.

—Nadie ha podido ser más que vos.

—¿En qué os fundais?

—En que llegó á San Juan al mismo tiempo que la noticia del arribo de los ingleses, y sólo vos podíais haberla mandado.

—Pues no la mandé.

—Pronto lo sabremos. Capitán, que entre el alférez que llevó esta mañana el parte de este reo al general en jefe.

Cuando lo tuvo delante Zalla le dijo:

—Os voy á interrogar y depende de la veracidad que useis vuestro empleo y hasta que vayais ó no á galeras.

—Preguntad, señor, que juro decir la verdad en todo.

—¿Cuántos escritos llevásteis hoy á San Juan?

—Dos.

—¿Os dió ambos el gobernador que os mandaba?

—Sí, señor.

—¿A quiénes iban dirigidos?

—Uno al general en jefe y otro á S. A.

—¿Qué precauciones usásteis para dar al príncipe el que iba dirigido á él?

—Busqué á uno de sus criados y se lo dí de parte del señor príncipe de Italia.

—Ved si es ese.

—El mismo.

—¿Estais seguro?

—Muy seguro.

—¿No podeis equivocaros?

—No, señor.

—¿Podeis jurarlo?

—Si, señor, lo juro.

—Muy bien, señor alférez, firmad vuestra declaración y podeis retiraros y seguid cumpliendo con vuestra obligación que en todo habeis dicho verdad.

Salió el alférez y Zalla preguntó al reo:

—¿Habeis oido al alférez?

—Sí, señor.

—¿Qué decís en descargo vuestro?

—Que se ha equivocado.

—¿Continuais negando que es vuestro este escrito?

—Sí.

—Esta bien. Capitán, que traigan el tormento. Notad, señores, que el reo se halla convicto.

—Sí,—'e contestaron,—procede el tormento.

—Pues venga.

—No por Dios; yo os lo suplico por caridad.

—Decid la verdad.

—¿No me matareis?

—¿Somos acaso verdugos?

—Señores, tuve un mal pensamiento; conocía la firma del señor príncipe de Italia y temiendo por la suerte de este mísero pueblo la falsifiqué en bien de la humanidad.

—Es decir, que esta letra y esta firma son vuestras.

—Sí, señor, lo confieso. Perdonadme...

—Firmad vuestra declaración.

—Yo os suplico...

—No molestaros, es inútil. Capitán, que vuelva á su prisión y venid inmediatamente.

Cuando hubo regresado añadió Zalla:

—Si alguno quereis defenderlo podeis hacerlo; yo le acuso de alta traición y pido para él la pena de muerte.

Los tres se callaron. El capitán viendo que ninguno hablaba se atravió á decir:

—Ruego al tribunal que antes de votar tenga en cuenta que al reo le negó el destino el valor, y lo ha llevado á cometer tan grave delito su cobardía...

—No continueis, capitán, votad como os acomode y dejadnos en paz con lástimas que á nada conducen.

—Las bolas,—dijo Zalla,—y ganemos tiempo.

Cada uno echó la suya, resultando tres negras y una blanca.

—Extended la sentencia, capitán, y firmemos los cuatro.

Así lo hicieron retirándose á los fuertes los maestres.

Fajardo dijo á Zalla al despedirse:

—Bien, amigo mio, jamás ví causa mejor instruída en menos tiempo. Os aplaudo.

—Discípulo del héroe, maestre.

—Ya se conoce.

Quedaron solos el gobernador y su segundo.

El primero dijo al otro:

—Que pongan al preso un altar en la prisión y encerrad con él dos religiosos: después de leerle la sentencia de ese sumario necesito una copia lo antes posible. Os doy media hora para traer los frailes y poner el altar, y dos horas al reo para que se prepare á bien morir. Al acabar ese plazo será arcabuceado en el jardín de este gobierno. Partid, y no olvideis que vuestra cabeza se halla en peligro. Os advierto que presenciaré yo la ejecución.

—Muy bien, señor gobernador.

Y quedó solo paseando por el salón Ricardo Zalla.

En estos momentos anochecía. No tardaron en entrar luces al nuevo gobernador.

—Dí á mi criado—exclamó Ricardo—que entre.

Cuando lo tuvo delante añadió:

—Quiero una buena cena para el subgobernador y para mí.

—¿A que hora, señor?

—Para dentro de dos horas y media.

—Muy bien.

—Buena cama. Te advierto que no quiero usar nada de lo que haya usado mi antecesor. Si algo te falta lo compras.

—¡Nada más?

—No.

Otra vez volvía á quedar solo y continuó paseando,

Media hora más tarde regresó el subgobernador diciéndole.

—Ya está ese infeliz en la capilla entre dos sacerdotes.

—¿Qué me importa á mí eso? Lo mismo le hubiera quitado veinte vidas que tuviera. Por su causa hubo en San Juan una sublevación, la más grave que he visto.

—¿Quiénes se sublevaron?

—Todo el ejército y los 30.000 indios.

—¿Hubo desgracias?

—No, por milagro de Dios.

—Siempre temí que la cobardía de ese infortunado le llevaría á la muerte.

—¿Por qué no se retiraba?

—Por el afán de figurar, pues os advierto que es rico.

—Mucho os compadecéis de ese cobarde, y os advierto que no lo mata la sentencia que le habéis leído, sino una orden del héroe.

—¡Santiago me valga! Ya desapareció mi compasión. Y debí comprenderlo así cuando fué el encargado su ayudante de órdenes.

—Y su discípulo y su protegido. Con una espada...

—Que mata por cualquier cosa, lo sé.

—Pues cuidado con la lengua.

—Ya soy mudo.

—Cuando ese hombre haya muerto cenaremos juntos, ya he dicho que os pongan cubierto en mi mesa.

—Gracias, señor gobernador.

—En cuanto la copia esté sacada, añadís la hora en que hemos arcabuceado al reo y se la mandáis con un propio al héroe.

—¿Esta noche?

—Claro está, lo antes posible.

—Irá.

—Y para mañana á las diez tenéis preparados seis caballos que prestamos á los ingleses. Si al regresar quieren dar dinero no lo tomáis, y si insistieran lo arrojáis lejos de vos.

—¿Qué más, señor gobernador?

—No quiero que mañana se vea soldado alguno en la calle ni en las ventanas.

—Daré la orden esta noche.

—Ni en los fuertes.

—Se entiende.

—Y hasta daréis á los paisanos un alerta para que no abandonen mañana sus habitaciones ó lo hagan sólo para cosas indispensables.

—¿Creéis...?

—No creo nada, preveo. Si por el día no ocurre nada, durante la noche que solo tengan luces en las habitaciones interiores.

—Comprendo la causa.

—Por ahora nada más.

—Es bastante.

A las diez de la noche sacaron al reo al jardín, y con luz de hachas de viento lo arcabucearon.

Así lo hicieron.

Se lo llevaron los sepultureros, y aquellas dos autoridades se fueron á cenar como si nada hubiera ocurrido.

Y después de las once se acostó Zalla hasta las siete que se tiró de la cama.

Serían las diez y cuarto cuando le anunciaron la visita del almirante inglés.

En el acto lo recibió; iba acompañado de dos oficiales, quedando en la parte baja tres criados.

Zalla se había provisto de un buen intérprete.

El almirante le dijo:

—Vos tenéis más urbanidad que el otro gobernador.

—La misma: es que hoy estoy de humor de recibiros pronto para que os marchéis cuanto antes.

—¿Os estorbamos?

—Sí.

—¿Tiene pérdida el camino de San Juan?

—No.

—¿Sabe el general Osorio que voy á visitarle?

—El héroe lo sabe todo. Lo que no le dicen lo adivina.

—¿Tengo caballos?

—Seis.

—Esos necesitamos. Quisiera pagar antes de partir el tiempo que los usemos.

—Ni antes ni después.

—¿Por qué?

—No gusta á los españoles el oro inglés.

—¿Qué tiene?

—Un origen distinto del que á nosotros nos agrada.

—¿Que graduación tenéis en el ejército español?

—La que vos queráis.

—Yo no soy vuestro rey.

—Ni lo deseo.

—¿Están abajo los caballos?

—Sí.

—Os los devolveré.

—Me es igual.

Le hizo una reverencia y salieron.

El almirante iba humillado, colérico, iracundo.

Creyó encontrar la debilidad del día anterior, y le irritaron las frases altaneras de Zalla, su arrogante actitud, su desenvoltura, sus miradas de fuego.

Bajaron los seis, montaron á caballo y salieron por el primer camino que distinguían. No tardaron en convencerse que no debía ser aquel, y á campo atraviesa siguieron hasta que el río les enseñó algo.

Por la falda del Tabasco continuaron, llegando en el peor estado al puente. Habían subido y bajado, saltado zanjas, subido colinas y siempre fuera del arrecife anduvieron el doble de jornada, llegando á San Juan Bautista á las dos de la tarde, sudando á mares, cubiertos de polvo y fatigados de tan penosa marcha.

Entraron sin ver más que un centinela, que nada les dijo. Ni soldados ni paisanos había por las calles.

Como ninguno hablaba español más que el almirante, que lo chapurraba, tuvo este que preguntar en una tienda, luego en otra, hasta después de algunos rodeos y de andar como antes, dos veces el camino, que vieron la guardia del palacio y juzgaron, con razón, que aquel sería el edificio que anhelaban encontrar.

Preguntaron, con la cabeza les dijeron que sí, y echaron pie á tierra, subiendo el almirante y sus dos oficiales.

En el recibimiento les detuvo un lacayo, preguntándoles en buen inglés:

—¿Qué deseáis?

El almirante lo miró con sorpresa, interrogándole:

—¿Sois inglés?

—No, español.

—¡Ah! ¿Es este el palacio del general Osorio?

—Sí, del general en jefe.

—¿Se halla en él?

—Sí.

—Decidle que desea hablar con él un almirante inglés.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque está comiendo.

—Tengo necesidad de hablar con él al momento.

—Pero él no tiene ninguna.

—¿Os lo ha dicho?

—No, pero me lo figuro.

—¿Cuando come no le entran recado alguno?

—Varios, pero no de extranjeros.

—¿Qué hace con nosotros?

—Pasan al estrado y esperan, cuando son generales como vos.

—¿Queréis llevarme al estrado?

—Con mucho gusto. Seguidme.

Y los llevó al salón principal.

Solos quedaron media hora que al inglés le pareció un siglo.

Al cabo de este tiempo aparecieron Flaviano y Julio, les hicieron una reverencia y esperaron.

El almirante se fijó primero en Julio, reconociendo en él al gobernador de Cruz, con quien habló el día an-

tes. Después miró con interés á Flaviano, diciéndole:

—Sois el general ¿es cierto?

Flaviano contestó en inglés.

—Sí, general soy, uno de los generales que tiene aquí España.

—¿Flaviano?

—Sí, Flaviano es mi nombre.

—Estaba seguro, porque ese caballero es el gobernador de Cruz, y ayer hablé con él.

—Muy bien.

—Allí habeis puesto otro altanero y descortés.

—Me consta que se halla muy bien educado.

—No me recibió bien.

—No tiene simpatías con los hijos de vuestro país.

—¿Qué le han hecho?

—No se lo he preguntado jamás.

—¿Me permitís os haga algunas preguntas?

—Mi sentimiento será, si tengo que contestaros como á esa que me habeis hecho.

—Veamos. Teneis noticia de una escuadra inglesa compuesta de tres galeras y luego de un navío, que estuvo anclado cerca de aquí?

—No la he visto.

—¿Pero qué sabeis de ella?

—Nada.

—Es extraño.

—No me ocupo de las cosas del mar.

—¿Quién me daría razón de ella?

—No lo sé. Y es extraño que siendo buques ingleses me pregunteis á mí por ellos.

—¿Hubo aquí algún temporal muy fuerte?

—Los hay á menudo.

—¿Pero recientemente?

—Sí, señor.

—¿Hay en esta isla un campamento que sitió esta plaza?

—Señor almirante, jamás se me ocurrirá á mí hacer una pregunta igual á un inglés.

Este se mordió el labio inferior, contestando:

—¿Habeis querido darme una lección, señor general.

—No, un consejo.

—Gracias, ¿quereis darme otro?

—Veamos.

—Qué debo hacer para encontrar la escuadra perdida?

—Difícil es la contestación. Si como sospechais, la ha destruido un temporal, solo en el fondo de los mares pueden dar razón de ella.

—¿En estas costas no podría averiguarse?

—Están muy despobladas y son muy extensas.

—¿Cabe una batalla marítima en la que haya sido destruida?

El almirante se fijó en Flaviano, queriendo leer algo en su semblante, y miraba, pero nada leyó. El héroe le contestó con indiferancia:

—¿Pues no ha de caber? Nada más natural que una escuadra destruya á otra en un combate naval. Parece imposible que haga esas preguntas un marino.

—¿Hubo alguna en estos mares?

—En la historia de Méjico las teneis todas.

—¿Recientemente?

—Si la hubo solo en la costa, podré daros razón, si fué en alta mar, lo veo difícil.

—¿Vos no quereis?

—¡Qué me importan á mi esas batallas? Si á vos os interesa podeis averiguarlo, pero no de generales de tierra que no se ocupan de las cosas de mar.

—Poco bondadoso estais conmigo.

—Cuando yo os pregunte como vos á mí, haced lo mismo. Me daré por muy satisfecho.

—Puesto que os habeis cansado de contestarme, os pido permiso para retirarme.

—Siento no haber podido complaceros mejor, pero no ha consistido en mí, sino en vos.

—¿Por qué en mí?

—Porque algunas preguntas de las que me habeis hecho no se hacen á generales españoles.

—¿Pues á quien?

—A soldados.

Esta contestación hizo retroceder al almirante; que colérico y despechado le hizo una reverencia, saliendo tan perturbado, que tropezaba con los muebles.

Flaviano miró al príncipe preguntándole:

—¿Qué te parece?

—¿Que quiso estar muy hábil y te has burlado de él con suma destreza, pero me temo que nos obligue á dar fin de esa nueva escuadra que ha traído.

—Suya será la culpa.

—Suya, sí.

CAPITULO XLVI

Los ingleses perdidos.—El bosque y las fieras.—Una víctima—El viento alisio.—A Cruz.

El almirante inglés salió de San Juan Bautista, y equivocando de nuevo la dirección, tomó el camino que conducía á punto diferente, y se encontró con la noche, sin tener donde dormir, donde comer, los caballos sin poder andar por la dieta y lo que llevaban caminando y perdidos enmedio de un bosque de Tabasco.

Tomaron la resolución de quedarse allí, dejar que los potros pastasen y dormir ellos debajo de los árboles. No tenían otro remedio.

Era tan completamente de noche, y se hallaba esta tan oscura, que ni aun pudieron los criados buscar frutas para apagar la sed y el hambre que todos sentían.

Casi en ayunas y rendidos por la fatiga del día, se tumbaron en el suelo apoyando la cabeza en las sillas de los caballos.

Mucho tardaron en dormirse, pero al fin el cansancio cerró sus ojos, y los seis se entregaron á un sueño intranquilo y breve.

Dormirian cuatro horas; al terminar aquellas los despertaron el relincho y las carreras de los caballos. Los animales huyeron de allí, pasando uno de ellos por encima de los ingleses. El almirante tenía señalada en el muslo derecho la herradura del potro.

Miraron, y entre la negra oscuridad que los envolvía, distinguieron dos círculos brillantes que se acercaban á ellos lentamente.

Uno de los criados, el que estaba más cerca de lo que brillaba gritó:

—¡Los tigres!

De un salto se pusieron los seis de pie.

El almirante llevaba un par de pistolas y las descargó sin apuntar ni proponerse otra cosa que espantar á las fieras.

A la vez gritaba:

—¡A los árboles; subamos! ¡No perdais un segundo; arriba!

Los seis treparon con toda la rapidez que les fué posible.

Las detonaciones y fogonazos de los tiros no ahuyentaron á las fieras, pero las contuvieron, dándoles tiempo para librarse de sus feroces garras.

Uno de los dos ayudantes del jefe marino, más tímido ante los tigres que sus restantes compañeros, se subió á la copa del árbol que tomó por asalto, y se apoyó en una rama; ésta se quebró con el peso de su

cuerpo, y el infeliz cayó al suelo hecho una pelota.

No pudo ni aun ponerse de pie: el enorme tigre que estaba más cerca observando dió un salto, le echó la garra y en un momento lo destrozó.

Varias fieras acudieron, y después de reñir unas con otras, se llevó cada una un pedazo, y por el pronto desaparecieron.

Pero los rugidos que habían dado en la corta pelea que habían tenido atrajeron más fieras, las cuales, al oler la sangre del infeliz ayudante destrozado allí, y olfateando la carne de los que estaban en los árboles, corrían de un lado para otro, rugían y se empinaban en los troncos de los árboles donde estaban los ingleses.

Aquellos desventurados oyeron la caída de su compañero, la carrera del tigre que se avalanzó á él, su grito de dolor, dos únicos ayes que pudo exhalar, el ruído luego de los colmillos de las fieras rompiendo los huesos humanos, y ahora, con tanta pena como terror, escuchaban las carreras de otras fieras, sus rugidos que helaban la sangre é imponían más que los cañonazos, y el rasgar las cortezas de los árboles con las uñas, las que estaban al pie de aquellos en que se hallaban subidos los aterrados hijos de la Albión.

El conjunto era capaz de imponer al hombre de más brío y entereza, porque hasta llegaba á los que permanecían subidos á los árboles el imponente aliento de aquellos feroces animales.

El almirante se decía en aquellos momentos:

—Están á dos varas de nuestros pies, rompen las

cortezas de los vegetales con las uñas, se empinan y al menor descuido que tengamos nos comen como han hecho con mi pobre ayudante Moir. ¡Cuánto sufro! Tengo inútil la pierna derecha; me la destrozó la pezuña del caballo que pasó por encima de mí, y todo el peso de mi cuerpo lo sostiene la izquierda. Siento nuevas carreras... Serán jaguares: si vienen éstos nos hallamos perdidos, porque el jaguar trepa á los árboles con gran facilidad. Creo que estamos á la puerta de la tumba, y no hay remedio para nosotros. Cómo corren y rugen; esos rugidos llegan al corazón del hombre y hielan su sangre. Es lo más imponente que se escucha en el mundo, lo que más descompone y aterra.

Y los cinco infelices se sostenían en la parte superior de los árboles, cogidos con las manos á las ramas con toda la fuerza de que cada uno disponía.

No osaban cambiar de postura ni moverse; eran seres humanos adheridos á unos vegetales de los que parecían formar parte en estos momentos.

Así permanecieron más de una hora. Las fuerzas les faltaban ya para sostenerse de la manera que lo habían hecho hasta entonces; sentían desvanecimientos y su situación era insostenible, cuando oyeron varios rugidos y más carreras de las escuchadas hasta entonces.

Cesaron de sentir el aliento de las fieras que llegó hasta ellos: sus uñas no rompían ya la corteza de los árboles, y momentos después nada escuchaban.

Parecía que una causa extraña á ellos, incomprensible, había obligado á las fieras á huir de allí.

Nada podían ver porque la oscuridad era completa; pero como nada sentían dieron por hecho que estaban solos.

El almirante se sentó en la parte superior del tronco que lo sostenía. Ya era tiempo, carecía de fuerzas, le molestaban bastante los dolores que sentía en la pierna derecha, cuya inflamación empezaba, y se hubiera sentado lo mismo estando las fieras que no estando.

En aquella postura más cómoda pudo respirar con tranquilidad.

Las fieras no volvian, se fueron á sus guaridas para no velver por algún tiempo, y la causa empezaban á comprenderla el jefe y su ayudante.

—Sentarse,—gritó el primero para que lo imitasen sus compañeros, y añadió:—llega un segundo peligro, acomodarse bien para resistirlo.

En efecto, no tardaron en oirse los silbidos de un huracán violento, mezclados con el ruido que producía el agua que empezaba á caer.

Comprendieron que la causa de haber huído las fieras de allí la motivaba el temporal que ya tenían encima. El instinto de aquellos animales adivinó la llegada del agua y del huracán antes que pudieran saberlo la inteligencia humana.

No estaban bien los ingleses, el agua y el fuerte viento los azotaba cruelmente, pero era preferible aquello á la feroz compañía que les arrebató un compañero, y se disponía á dar fin de los cinco restantes.

Ahora podían repirar y aun moverse; antes ni aun á eso se atrevían.

No les era posible hablar por el ruido del agua y del huracán; quietos y en la postura menos molesta, sufrían los embates del furioso temporal.

Positivamente la escuadra había levado anclas para remontarse á alta mar, pero no se cuidaban ellos de esto para nada; el peligro que ellos corrían y habían corrido era mayor que el de quedarse por algún tiempo sin los barcos.

La lluvia duró poco más de una hora. Cesó el agua y el temporal se concretó á un viento alisio fuerte y tenaz.

Los ingleses comprendieron que ni el agua ni los fríos podían ya atormentarles por aquella noche, pero que el alisio duraría bastante.

El almirante que era el más castigado por tener el sufrimiento de la pierna derecha que no tenían los otros, había sujetado su cuerpo con dos pañuelos que llevaba, á una rama gruesa que partía del tronco en que se apoyaba y medio tendido en las otras ramas, aguardaba la llegada del día para determinar algo sobre su suerte futura.

Muy incómodo y hasta expuesto era el alisio: en cambio secaba el piso la mucha agua que había caído, y esta circunstancia les favorecía para poder andar por el bosque y desaparecer de un lugar de muerte y de martirio.

De aquella manera molesta esperaron la llegada de la aurora como el náufrago la tabla de salvación.

Habían sufrido en esta noche más que en todo el tiempo que llevaban de vida.

Por fin amaneció; el alisio se había llevado todas las nubes, y el piso no les ofrecía grandes dificultades para poder cruzar por el bosque.

Lo que más les atormentaba en estos momentos era la gran debilidad que sentían

Llevaban cerca de veinticuatro horas sin tomar alimento alguno.

Se descolgaron los tres criados y ayudaron á bajar, primero al ayudante y después entre los cuatro al jefe, que seguía con la pierna hinchada y andaba con alguna dificultad.

El ayudante buscó una planta que debía conocer, la hizo machacar con dos piedras, y con el zumo que soltaba le dió varias unturas, dejando sobre la parte enferma algo del zumo sujeto con un pañuelo en forma de apósito.

Desde este momento empezaron á calmársele los dolores.

Mientras el ayudante curaba á su jefe, sirviéndole un criado de practicante, los otros dos sirvientes recorrieron una parte del bosque, regresando con una cantidad grande de plátanos.

—Bien,—dijo el almirante,—esa fruta nos dará algunas fuerzas. ¿Hay agua?

—Sí, señor.

—¿Lejos?

—No, cerca tenemos un gran charco, y se halla clara.

Todos empezaron á comer plátanos y á ir poco á poco desechando la debilidad.

Luego bebieron agua, tendidos en el suelo y continuaron comiendo de aquella fruta.

Cuando acabaron preguntó el jefe á los dos sirvientes que habían recorrido el bosque:

—¿Hay restos de fieras?

—No, señor.

—¿Y del infortunado Moir?

—Nada hemos visto.

—¡Y de los caballos!

—Tampoco. Yo creo que se los han comido las fieras, pero como huyeron los cogerían lejos de aquí, y si algunos restos quedaron, con el agua y ese viento tan fuerte han desaparecido.

—¿No hay señal alguna en estos alrededores?

—No, señor.

—Pues es preciso partir. Id vos,—dijo al ayudante,—con un criado; buscad una altura y estudiad el sitio en que nos hallamos. Dirigíos hacia el Este, si es posible, y dejad señales para no perderse á la vuelta.

Desaparecieron los dos.

El jefe mandó á los dos sirvientes que le quedaban, que con ramas y hojas le hicieran un asiento pegado al árbol más próximo, y cuando lo tuvo concluído se recostó sobre él, quedando dormido al poco tiempo.

Los dolores del muslo derecho se le habían quitado casi por completo.

Más de tres horas tardaron en volver el ayudante y el sirviente.

El jefe seguía durmiendo, pero le despertó el oficial diciéndole:

—Señor, he visto el golfo y podemos llegar á Cruz.

—¿Cuánto calculais que distará de aquí?

—Doce millas.

—¡Cuánto nos hemos alejado!

—Bastante.

—El recibimiento que nos hicieron en Cruz y en San Juan nos perturbó; pero nos vengaremos, de eso estad seguro. Nos vengaremos, hasta llenar de asombro á cuantos lo sepan.

—Esa venganza será muy justa.

—¡Qué día y qué noche!

—Como la última es muy difícil otra.

—¡Y el pobre Moir!

—Ese ha descansado ya.

—Sí, pero falta vengarlo.

—Todavía nos queda que sufrir.

—¿A qué os referís?

—A las doce millas con ese alisio. En el llano no se puede sufrir.

—¿Podemos ir mucho por el bosque?

—La cuarta parte del camino.

—Que cojan plátanos, los comeremos, y después de beber agua, emprenderemos nuestra marcha.

Así lo hicieron, abandonando aquel sitio de muerte y de tormento, después de las nueve de la mañana.

El almirante iba algo cojo, los restantes molidos.

El alisio les azotaba la cara, pero seguían adelante, dirigiendo la marcha el ayudante.

A las dos horas vieron el fin del bosque, pero antes

de salir de él descansaron sentados en piedras, y el almirante sobre ramas y hojas.

Una hora permanecieron descansando. El jefe se quejaba de su pierna, pero no quiso que le hicieran nada hasta llegar á la primera población.

Volvieron á continuar su interrumpida marcha, yendo ahora el almirante cogido al brazo del oficial.

Llevaba bastante hinchada la pierna, á causa de lo mucho que andaba.

Salieron del bosque y dieron vista al golfo de Méjico; tenían de frente el mar, y como á dos leguas de distancia; Cruz estaba á la derecha y á acerca de tres, pero el terreno era como de costa, bastante quebrado y el alisio azotaba el rostro y había momentos en que amenazaba tumbarlos.

Continuaron no obstante caminando, pero á cada diez minutos descansaba otros diez.

Esta caminata, con un aire tan fuerte, llevándolo de cara, y por terreno tan áspero, guardaba armonía con la noche que habían pasado. Era un día digno de la noche anterior.

La pierna del jefe se iba agravando con tanto movimiento.

A la hora de ir por la costa descansaron detrás de una piedra que los resguardaba algo del alisio. Cincuenta minutos estuvieron tendidos en el suelo los cinco.

¡Cómo irían para exclamar de continuo el ayudante!

—¡Qué suerte tuvo Moir, cayéndose del árbol; yo soy más desgraciado!

Volvieron á caminar, viendo al cuarto de hora las torres de Cruz, pero aun les faltaban más de cuatro millas para llegar, y era lo peor que el alisio no cedía en sus bravos ímpetus.

Por último, después de infinitos descansos y de sufrir los cinco casi tanto como en la noche anterior, se hallaron á tiro de arcabuz de Cruz.

La pierna del almirante tenía una hinchazón grande; aquella inflamación empezaba á ser grave.

La escuadra, por efecto del temporal, había desaparecido del puerto.

Era cerca de anochecido, cuando el jefe detuvo á un indio que salía de Cruz, y dándole una moneda de oro le dijo en mal castellano:

—¿Quereis decirme donde encontraremos una casa donde podamos estar bien hasta que vuelva la escuadra inglesa?

El indio le hizo repetir algunas frases, y cuando lo hubo comprendido bien, le contestó:

—Esperad aquí un poco. Si una mujer que yo conozco os quiere tener, estareis bien.

—No tardeis.

—Vuelvo pronto.

El jefe no podía tenerse derecho. ¡Habían sufrido tanto los cinco!

Regresó el indio, les hizo seña para que le siguieran y los llevó á una casa que no tenía mal aspecto diciendo:

—Entrad, que ahí os admiten.

—¿Gente buena?

—Sí. Dadles dinero y nada os faltará.

El almirante sacó varias monedas de oro y se las alargó á la dueña de la casa, diciendo:

—Una cama para mí y caldo. A estos buena comida y luego cama también. ¿Lo entendeis?

—Sí, muy bien. He servido á Lord Yuun.

—¡Vos!

—Sí.

—¿Cuando?

—Desde que llegó hasta que lo mataron.

—No entiendo bien. Cama y buscad un intéprete.

—¿Un intérprete?

—Sí, un intérprete.

La mujer aquella lo llevó á una alcoba, donde había una cama hecha.

Los criados desnudaron á su señor, y éste se metió en cama, diciendo á su ayudante:

—Dadme otra untura con el zumo, y luego que me traigan caldo. No quiero más, porque tengo fiebre. Vosotros disponed lo que querais.

Los criados hicieron señas á la mujer, con las cuales le indicaron que trajese de comer y de beber para los cuatro, que hiciera caldo para el jefe y que dispusiera camas para todos.

Ella lo comprendió bien, pues estaba acostumbrada á la mímica desde que sirvió á su antigua señora, y se entedía de ese modo con los criados de Yuun. Provista de dinero y de una enorme cesta, salió de su casa alegre y satisfecha por lo que iba á ganar y por vengar á su señora, si hallaba ocasión.

A los pocos pasos que dió la detuvo un indio, muy bien vestido, joven y no mal parecido.

La habló en azteca más de media hora, quedando citados para después que se durmieran los ingleses.

Era nuestro alférez, que acababa de enamorar á la exsirvienta de la viuda estrangulada por Mendoza.

Era más joven que ella, de otra condición social, y la desgraciada había caido en la red que el listo oficial acababa de tenderla.

Mientras hizo las compras y encargos de camas, que fueron muchos, no se apartaba de su mente la idea del indio apuesto y gentil, que según le dijo, la rondaba hacía tiempo.

Esta mujer vivía desde que quedó en libertad con un primo suyo, con el cual tenía relaciones antiguas, hombre brusco y grosero, que á la sazón se hallaba en Campeche, y en estos momentos se apoderaba de ella la idea de casarse con el joven y gracioso indio que tan rendidamente acababa de enamorarla.

Pronto hemos de ver lo que produce aquel supuesto amor.

CAPÍTULO XLVII

Las medidas del nuevo gobernador de Cruz.—Las confidencias.—Precauciones.—Flaviano está en todas partes.

Dejemos á los ingleses por ahora, y averigüemos como se porta el nuevo gobernador de Cruz.

Por un lado del pueblo salió el almirante con sus cinco subordinados, y por otro marchó el alférez que ya conocemos, encargado por Zalla de averiguar lo que hacían aquéllos por el camino, siguiéndoles á caballo y á una respetable distancia.

Vió el alférez que se perdían y nada les dijo; su misión era espiarlos y sólo eso hacía.

Echaron luego á campo atraviesa y él hizo lo mismo. De modo es que llegó cuando aquéllos.

Mientras los bretones hablaban con Flaviano, mandó dar un pienso á su potro y esperó á que acabaran, comiendo él en tanto en un figón de la ciudad.

Cuando acabó salían aquellos; tenía su caballo ensillado y comido ya, y continuó de magyar.

—Vió que tomaban camino distinto, y los dejó que se extraviasen, pero los siguió.

Cinco horas anduvo tras ellos, y hubiera andado treinta si no notase que se metían en el bosque llamado de las fieras.

Entonces exclamó:

—¡Desgraciados! los despedazan y se los comen. ¿Qué debo hacer? No puedo hablar con ellos... Ni ahora puedo seguirlos, pues á Cruz.

Y torciendo á la derecha buscó el camino, que halló pronto, entrando en él á galope tendido.

Jinete y caballo conocían bien el terreno y por él volaban cuanto era posible.

De este modo llegó á Cruz á las diez de la noche.

Se tiró del potro, dió la orden á un soldado para que lo llevara á la cuadra, sin escasearle el pienso, y subió la escalera deprisa.

Halló á Zalla en el salón que le esperaba paseando. Al verlo, exclamó:

—¿Qué os ha ocurrido?

—Nada, señor gobernador.

En ese caso, vamos al comedor, y cenando me contaréis el motivo de tanta tardanza.

Sentados á la mesa le preguntó:

—¿Dónde se hallan los ingleses?

—No puedo asegurarlo, mi capitán; pero es posible que estén ya digeridos ó en las tripas de los tigres.

—¿Qué decís, alférez?

—Señor, que se han metido en el bosque de las fieras, y lo probable es que éstas se los coman.

—¿Quien los llevó allí?

—Su destino. Se perdieron por segunda vez y allí se metieron.

—¿Y los dejaste entrar?

—¿No me encargásteis que no les dijese nada? ¿Que me concretase á seguirlos? Pues eso hice.

—Pero, hombre, al ver donde entraban...

—Qué le vamos hacer; que hubieran llevado un guía.

—Es verdad, pero en un caso tan crítico yo hubiera vacilado.

—Vos, sí; pero yo no podía.

—¿Por qué?

—Por temor de otro consejo de guerra como el de anoche y de otro arcabuceado. Parece que no conozco yo al señor gobernador de Cruz.

—No os reprendo; mas temo como vos que se los coman los tigres.

—Yo no lo temo, lo deseo. ¿No son nuestros enemigos?

—Tienes razón, opino lo mismo. ¿Tenéis apetito?

—Señor gobernador, me anduve hoy cerca de diez leguas con una mala comida, comida de figón.

—Bueno, cenad cuanto querais, y sin dejar de hacerlo contadme todo lo ocurrido.

El alférez le obedeció, concluyendo con las siguientes frases:

—Mi único sentimiento son los seis caballos que se

llevaron que también se los cómen las fieras.

—¿Pero tantas hay en esos bosques?

—Muchas. Está la sierra tan cerca que se bajan entre esos árboles, para merendarse al desgraciado que cae en sus garras.

—Tenéis razón, que no se hubieran ido sin guía.

Y continuaron hablando hasta concluir de cenar, en cuyo instante se fueron á dormir, despidiéndose con las siguientes frases:

—Alférez, venís á verme á la salida del sol ó á la hora en que debo salir.

—Hasta mañana, señor.

Y Zalla se acostó sin oir la tormenta ni el viento alisio.

Poco después de amanecer le despertó el alférez diciendo:

—Señor gobernador, os quito el sueño porque hay novedades.

—¿Qué acontece? ¿Han venido los ingleses?

—¡Qué han de venir! Si conociérais como yo ese bosque, no me haríais esa pregunta.

—¿Pues qué ocurre?

—Que se ha ido la escuadra.

—¿Qué decís?—preguntó Ricardo sentándose en la cama.

—¿Qué, os extraña?

—¡No me ha de extrañar! Irse sin su general.

—Pues qué, no sabéis lo ocurrido esta noche.

—Después de las once, no sé nada de lo que ha pasado.

—¡Vaya un sueño!

—El mejor del mundo, pero hablad.

—Muy poco después de las once, hubo un temporal horrible.

—No oí nada.

—Dios os conserve ese sueño. Primero cayó un diluvio, y luego reemplazó al agua un viento alisio insoportable. ¿Lo oís como suena? Me incomoda este país por esos aires.

—Continuad.

—Ya he concluido. Con un temporal, como ese, la escuadra desapareció, como era natural, pues de lo contrario se hubiera estrellado contra la costa.

—¿Dónde habrá ido?

—A Carmen probablemente ó donde el alisio le haya permitido.

—Opino, alférez, que si las fieras se han comido á los seis ingleses, cuando vuelvan los de la escuadra van á creer que los hemos asesinado.

—Bastante os importará á vos.

—Sí; lo mismo que al sultán de Turquía. Tienes razón, suena el huracán terriblemente. Ya conozco este viento, que en una ocasión nos sorprendió en medio del golfo.

—Malo es en esos sitios.

—Salid, diciendo á mi criado que entre, y esperadme en el salón.

Cuando hubo concluido de vestirse y asearse Ricardo entró en el salón diciendo al alférez:

—No me fío ni de las fieras de ese bosque, y os voy

á encargar una misión molesta pero importante. Os vestís con el traje más modesto que tengais; me complacería que pasáseis por un indio medio salvaje.

—Pasaré.

—Os llevais cuatro ó cinco soldados vestidos tambien de indios y os situais en la azotea de una casa próxima al sitio por donde en el caso de hallarse libres los ingleses de las fieras, hayan de venir. Dejais los soldados cerca y vos observais, asomado á una ventana. Si aquellos vienen los seguís, dándome parte de todo cuanto hagan. Para que vos no los dejéis, van los soldados con los cuales un lapiz y un papel, me vais enterando de todo. ¿Habeis comprendido?

—Perfectamente, por más que yo crea que se los han comido las fieras.

—Por lo que pueda suceder, haréis lo que os mande, con lo cual nada se pierde y se puede ganar mucho.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo.

—Mi capitán, que el cielo os guarde.

Y partió el alféres dejando solo á Zalla.

—Excelente aire,—se decía,—con éste se pueden estrellar todos los buques del golfo, y si los de la escuadra que se ha marchado se hiciera pedazos todos ganaríamos, todos no bien pensando solo las rentas reales por la economía de pólvora y balas, pues sino se estrella tendremos que echarlos á pique nosotros.

Y continuó paseando y aburriéndose.

Antes de comer visitó á los maestres en los dos

puntos donde aquellos se hallaban y regresó al gobierno á la una.

El resto del día lo ocupó escribiendo.

Cuando había anochecido, un soldado vestido de indio hizo entrar un papel á Zalla en el cual le decía el alférez:

«Solo se han comido las fieras un ayudante inglés y los seis caballos. El almirante vino cojo y los cinco descoloridos, en la peor situación y con los trajes hechos pedazos. No los pierdo de vista.»

El portador marchó y á la media hora recibió Ricardo otro papel en el que le decía el alférez.

«Se han hospedado los cinco ingleses en casa de uno de los criados que servían á la viuda del cacique, muerta en la casa Amarilla. Les proporcionó este hospedaje un indio.»

Continúo averiguando.

—Esa mujer,—exclamó Zalla,—puede decir y dirá sin duda alguna á sus huéspedes lo que ocurrió en la casa Amarilla y cuanto sepa sobre el daño que hemos hecho á los ingleses. No me importa, de ese modo harán coraje, nos atacarán y no dejaremos uno.

Despachó también al soldado vestido de indio y esperó.

No había trascurrido aún otra media hora cuando le entraron otro papel en el cual leyó:

«La patrona de los ingleses ha mandado llamar al único intérprete que hay en Cruz. Es de orígen español y no sé nada malo de él. Cuando salió para ir á la vivienda de los ingleses lo cogieron dos soldados y os lo llevan. Haced con él lo más conveniente.»

Continúo averiguando.»

Llamó Zalla, diciendo á su criado:

—¿Ha venido el intérprete?

—Debe ser uno que traen dos indios.

—Entérate, si es, lo traes aquí y que se marchen los indios que lo han traido.

Poco después entraba el intérprete preguntándole:

—¿En qué puedo servir al señor gobernador?

—Acércate más. ¿Me conoces bien?

—Sí, señor.

—¿No temes que te mande ahorcar?

—No, señor; soy honrado, buen español y por lo tanto nada debo temer de vos.

—Lo voy á ver. Contesta á las preguntas que te haga.

—Dispuesto me hallo.

—¿Quién te enseñó el idioma inglés?

—Mi madre.

—¿Era inglesa?

—No señor, escocesa y odiaba más que vos á los ingleses.

—Y vuestro padre ¿de donde era?

—Español, de Málaga.

—¿Vive alguno de los dos?

—No, señor, murieron durante la últíma epidemia.

—¿Tienes tú simpatías por algún país que no sea Méjico?

—Por España; por la patria de mi padre.

—¿En qué te ocupas?

—Hablo el inglés, el francés, el español, el azteca

y los enseño, y los traduzco, y sirvo de intérprete. De eso vivo.

—Muy bien. Vas á servir de intérprete á los ingleses que viste ayer en este gobierno.

—No tengo interés alguno...

—Yo sí, quiero que lo seas de esos extranjeros.

—En ese caso lo seré.

—Tomas lo que ellos quieran darte; yo te señalo cinco pesos diarios.

—¿No es demasiado señor?

—No, porque si cumples bien los recibirás de las arcas reales que están llenas, y si cumples mal, te dará el verdugo todo lo que merezcas.

—Es inútil que hablemos de eso último. ¿Qué deseais de mí?

—Quiero saber todo lo que digas á los ingleses y lo que te digan ellos á tí como conductor de frases, ideas y pensamientos.

—Todo lo sabréis.

—Y sus exclamaciones y cuanto les oigas con lo que tú puedas hacerles decir conveniente á España. Esto último te lo pagaré como servicios extraordinarios.

—No es necesario...

—Lo es, pagándote bien; te mandaré ahorcar, si faltas, sin remordimiento alguno.

—Lo acepto todo.

—Necesito que me veas muy amenudo.

—Es natural.

—Entras por la puerta excusada del gobierno. Te abrirá un centinela al cual dices: Soy el que esperan.

—¿Cuando puedo empezar?

—Ahora mismo.

—Siempre que sea necesario tendré la honra de visitaros.

—Siempre estaré dispuesto á oirte.

—Hasta luego, señor gobernador.

—Adiós, intérprete.

Una hora después recibió otro papel escrito con lapiz en el que le decia el alférez.

«El almirante toma caldo y habla con su patrona por conducto del intérprete. Los otros comen y beben de un modo exajerado. Antes de acabar ya están borrachos los cuatro. Cuando duerman tendrá la honra de cenar con vos el que suscribe.»

Zalla se dijo:

—No es encogido ni tonto el alférez. Voy á tener que hacerlo teniente con la venia de mi general en jefe.

No tardó en presentarse el intérprete por la puerta que le habían mandado; subió y dijo al capitán:

—Acabé por esta noche.

—Sepamos.

—La patrona de los ingleses odia de muerte á los españoles.

—Caro le va á costar.

—Se ofreció cuidarlos, asistirlos y que nada les faltase; esto lo hace por lo bien que se lo pagan. Luego dijo al almirante, que la casa de Lord Yuun fué sorprendida, muertos los ingleses que había en ella y presos los indígenas. Añadió que en el mar hubo una ba-

talla entre buques que le eran desconocidos, que vinieron por tierra muchos españoles y que todos los barcos se fueron, sin que ella supiera de qué país eran. Y acabó hablando pestes de los españoles y diciendo que el almirante Yuun era el mejor general del mundo. De su relato resultó un conjunto de barbaridades y de patrañas que debieron marear á ese jefe inglés.

—¿No te preguntó á tí nada?

—Quiso que yo le aclarase algo, pero lo envolví con cuentos inverosímiles sobre ejércitos españoles, batallas asombrosas y hechos sorprendentes, ocurridos lejos de aquí y referidos por viajeros, que acabé de marear al almirante y es bien seguro, que no podrá darse cuenta de nada exacto ni concreto.

—¿Qué ha preguntado sobre el presente?

—Qué fuerzas había en San Juan Bautista y en el campamento.

—¿Qué le has dicho?

—Que no lo sabíamos aquí, pero que no habia ingleses ni indios armados ni rebeldes; que todos habían huído al llegar el héroe y que nada se sabía de ellos. Es raro,—exclamaba,—ni parecen barcos; ni ingleses, ni indios, ni rebeldes. Yo te daré un buen regalo, me dijo, si me averiguas con exactitud donde se hallan los buques, los ingleses y los indios rebelados. Y me esperas mañana con las noticías de todo eso. Supongo que vos me las dareis.

—Si, vas cuando te llame y le sirves de intérprete.

En cuanto á las noticias que desea, le dices que las

están averiguando tus amigos y que no tardarás en dárselas con exactitud. Retírate y hasta mañana.

—Que el cielo os guarde, señor.

Zalla redactó un escrito dirigido á su general en jefe y en el acto se lo mandó con un oficial de la guarnición.

Al terminar se halló frente al alférez que iba á cenar con él.

—¿Ah, sois vos?—le dijo,—vamos al comedor y cenando hablaremos.

Cuando estuvieron sentados le preguntó el alférez:

—Mi capitán, ¿vino el intérprete?

—Sí.

—¿Os dejó satisfecho?

—Ofrece cumplir bien.

—Sus simpatías son españolas, me consta.

—Sepamos qué habeis hecho, alférez.

—Más de lo que suponeis; los papeles que os he mandado os lo dicen y ahora seguirá la prueba.

—La espero.

—Me he visto en la dura necesidad de enamorar á la hospedera de los ingleses.

—No hallo dureza de enamorar á una mujer. ¿Es joven?

—Bastante menos que yo.

—Esquiva.

—Conmigo todo lo contrario.

—¿Entonces qué más quereis?

—Es ardiente, apasionada, quiere casarse, está en

relaciones con un primo suyo y aspira á que el primo lo sea yo.

—Pero será ella la prima y negocio concluido.

—Entretanto...

—Qué escrupuloso sois, alférez.

—¡Es tan fea, mi capitán!

—¿Sino ha de ser vuestra esposa qué os importa?

—Esa cuenta me hago, pero aun así algo me violento.

—Más merece la patria.

—Estamos conformes.

—Quedamos en que la nueva hospedera os pertenece en cuerpo y alma.

—Sí, señor.

—Pues hablad.

—Oidme: Las fieras se comieron al ayudante y los seis caballos.

—Mucha hambre tendrían: hicieron bien.

—Los cinco restantes se salvaron subiéndose á los árboles.

—¿Qué causó la enfermedad que el jefe marino padece en la pierna?

—Le pisaron los caballos cuando huían. Sobre los árboles sufrieron el temporal, hasta que vino el día y con dos raciones de plátanos, regresaron á pie.

—Mucho deben haber sufrido.

—Daba compasión mirarlos. ¡Pero qué cambio después! Comieron y bebieron los cuatro por quince. ¡Qué borrachos estaban cuando yo entré!

—Es costumbre en ellos.

—Los he dejado en completa embriaguez.

—¿Y el almirante?

—Le curó la pierna el ayudante, tomó varias tazas de caldo, habló mucho con el intérprete y se quedó profundamente dormido.

—¿Y la patrona?

—También se acostó.

—¿Qué orden tiene para mañana?

—Disponerles una buena comida y seguir así hasta que vuelva la escuadra.

—¿Continúa el alisio?

—Sí, señor, pero cederá pronto.

—¿En qué lo has conocido?

—En que se inclina un poco al Sur.

—¿No es del Este?

—Sí, señor, pero empieza á variar y es una prueba segura de que va á ceder.

Los dos continuaron hablando mientras duró la cena, retirándose á descansar cuando ya era cerca de la media noche.

Zalla había variado por completo.

Era en estos momentos reflexivo, muy pensador y estaba desempeñando dignamente su puesto de gobernador.

¡Qué admirablemente le conocía el héroe!

CAPITULO XLVIII

La visita que esperaba el capitán Zalla.—Plan del héroe.—Parece indudable la pelea.—El triunfo será para el más hábil, pero aun está distante.

No se había equivocado el alférez, á la salida del sol al día siguiente comenzó á ceder el alisio de un modo notable.

El puerto continuaba sin un solo barco y la mar seguía bastante agitada aun por la fuerza del alisio.

Bien temprano se presentó el alférez á Zalla diciéndole:

—Mi capitán, vengo por la orden del día.

—Sois bastante madrugador.

—Siempre. Como estoy enamorado.

—Os compadezco.

—¿Por qué?

—Porque á mí me sucede lo mismo y se sufre mucho. Lo sé por experiencia.

—¡Ay, es verdad!

—¿Por fin os ha enredado en su endiablada red la hospedera de los ingleses?

—Señor, no me hagais tan poco favor. Es cobriza y fea en sumo grado.

—¿De quién estais enamorado?

—De un ángel.

—Como yo: ¿Dónde reside?

—En San Juan.

—¿Tiene padres, ó se le han muerto?

—Viven, señor, y los conoceis.

—¿Quiénes son?

—El maestre zapador y su esposa.

—La conozco, y es bonita.

—Un cielo, mi capitán. No la hay más hermosa.

—En San Juan, puede; en Veracruz la hay más bella.

—¿La vuestra?

—Sí.

—Me lo había figurado.

—Aquello no es mujer.

—¿Pues qué es, señor?

—La diosa Venus.

—No la conozco.

—Yo sí, mi Líbana.

—Qué nombre tan raro.

—Como su hermosura, como sus encantos, como sus hechizos, como su conjunto de ángel, de diosa, de deidad.

—El retrato de la mía.

—¿De la vuestra? No hombre, de la mía.

—De las dos, mi capitán.

—Vaya en gracia, de las dos. ¿Cómo se llama la vuestra?

—Como es ella, Angela.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años y medio.

—En la edad se parece á la mía. ¿Se oponen sus padres?

—La madre no; el maestre dice que estoy atrasado en mi carrera y que soy demasiado joven.

—Yo os protegeré.

—Y yo os colmaré de bendiciones el resto de mi vida.

—Contad con mi apoyo. Si hallo ocasión, y creo que la encontraré, sereis pronto teniente.

—¡Todo un teniente! De ese modo no podrá quejarse su padre.

—Claro es.

—Mandadme rodar, señor gobernador.

—Vos no, los ingleses.

—¿Los mato?

—¿Os atreveríais con los cinco?

—Con diez, si la recompensa es mi Angela.

—Muchos son diez, yo solo pude hasta ahora con ocho.

—Porque no habría más, si los hubiera habido...

—Puede.

—Dicen que sois atroz; oí á mi suegro, es decir futuro, que no lo hay más valiente en el ejército español ó lo que es lo mismo en el mundo.

—Sí, don Flaviano, don Julio y el duque del Imperio.

—Esos no se cuentan. Pues yo me atrevo á hacer todo lo que me mandeis.

—¿Y si os matan?

—Yo no estimo la vida.

—Así debe ser. ¿Lo haríais todo por Ángela?

—No, señor; y por España, por el héroe y por vos.

—¡Ay, alférez, Dios nos dé, á vos Ángela y á mí Líbana!

—No tendrán otro remedio, porque si no las robamos.

—Eso no puedo yo.

—¿Cómo que no?

—Es hija adoptiva del duque del Imperio, hermana del héroe y protegida del príncipe.

—¡Por San Juan Bautista, que no la creí tan elevada!

—Por eso ó me la dan ó me hago matar.

—Eso me digo yo todos los días, ó me caso con Ángela ó me mato.

—Te casarás con ella.

—Señor, os daba un abrazo ahora mismo.

—No, se lo dais á Ángela. A mí me traeis hoy todos los papeles que tenga el almirante.

—¡Todos los papeles!

—Sí, los que lleve encima.

—Empezaré por matarlo.

—No, es preciso más habilidad.

—Ilustradme, señor, quién es capaz de arrancárse-

los á estocadas, los conquistará de cualquier otra manera.

—Doy por hecho, que ese inglés continuará hoy en cama por la enfermedad de su muslo.

—Es seguro, lo tiene muy hinchado.

—Los papeles que haya traido los guardará en el traje que se quita.

—No cabe duda.

—Esa hospedera... Una promesa más ó menos...

—Ya la he hecho diez.

—Yo te libraré de todas.

—¿Cómo, señor?

—La mandaremos á Campeche para que acabe allí sus días.

—¿Desterrada?

—Lo menos eso. Su odio á los españoles le ha de producir algo bueno.

—Como gobernador podeis hacerlo.

—Lo haré yo ó el general en jefe.

—Señor, es posible que en vista de lo temprano que es, continúen roncando los ingleses, aprovechemos la ocasión y cuando se despierten volaron con ese alisio tan fuerte todos los papeles que traían.

—Con unos cuantos abrazos á la india...

—Todo se hará. ¿Me mandais algo?

—Sí; al partir decid á mi criado que entre á vestirme.

—¿Devolveremos los papeles ó nos quedamos con ellos?

—Esas cosas no se devuelven: ó se las ha llevado el alisio ó no...

—Hasta luego, mi capitán.

Zalla se vistió y estuvo hablando una hora con el subgobernador.

Después le visitaron los dos maestres y con ninguno de los tres habló de lo que sucedía respecto á lo acontecido á los ingleses.

El discípulo imitaba á su maestro en cuanto le era posible.

No tardó en regresar el alférez, llevando en la mano un paquetito que hizo sonreir á Ricardo.

—¿Tenemos papeles?—le preguntó.

—Nosotros, si, señor; ellos no. Se quedaron sin ninguno.

—¿Reconocimiento detenido?

—Completo.

—¿Cuántos abrazos os han costado estos escritos?

—Hacedme el favor de no recordármelos. ¿La mandaremos pronto á Campeche?

—Sí.

—Os lo suplico. No molestaos en hojear esos papeles. Al intérprete con ellos.

—¿Todos están en inglés?

—Todos.

—¿Son del almirante?

—Son de los cinco. Como no entiendo lo que dicen, me traje todos los que tenían; pero os advierto que la mayor parte son del jefe.

—Referidme lo que la hospedera va á decirles á ellos.

—Nada más sencillo. Como la mujer esa es tan ha-

cendosa, y estima tanto á los ingleses desde que sirvió á Yuun, sacó al corral la ropa para limpiarla y luego componerla, según la encargaron ellos al señalarle las roturas que se hicieron al subir y bajar de los árboles. Con la limpieza, todos los papeles se fueron cayendo al suelo, y el fuerte alisio que sopla se los llevó sin darle tiempo para recoger ninguno. Y como después de llevárselos el viento nada se puede hacer...

—Buena invención es, alférez. ¿Y ella qué os exigió por prestarse á esa farsa?

—Mi capitán, por caridad no hacerme esas preguntas.

—¿Tanto pidió?

—Nunca me lo agradecereis bastante. ¡Si mi encantadora Ángela lo supiera!

—Mi capitán, — dijo á Zalla un soldado desde la puerta.

—Entra. ¿Qué ocurre?

—Uno de los vigías anuncia que por la carretera de San Juan Bautista llegan dos caballeros con las celadas caídas seguidos de dos lacayos.

—Está bien, retírate. Alférez, son, sin duda alguna, el general en jefe, su paje y dos criados. Posible es que se queden á comer conmigo. Procurad que el mejor cocinero de Cruz prepare la más exquisita comida para tres personas y tres criados.

—Lo hay muy bueno, pero creo que os habeis equivocado en el número de cubiertos.

—¿No son dos los que vienen?

—¿Y no estamos aquí otros dos?

—Alférez, sois bastante pillo.

—La dicha de comer con el héroe me perturba, y es posible que yo me haya equivocado...

—No perdais tiempo.

—Cuatro cubiertos para cuatro caballeros y comida para tres criados. No se me olvidará.

Y partió.

Zalla quedó sonriendo. Luego murmuró:

—Es listo el alferéz y se puede sacar gran partido de él.

Segundos después oyó Zalla entrar en el zanguán los cuatro caballos y salió á recibir á su general.

Despnés entraron los tres en el salón.

—Cuéntame,—le dijo el héroe,—todo lo que sepas de los ingleses.

Ricardo obedeció, leyéndole hasta los papeles escritos con lápiz que le mandó la noche antes el alférez. Luego le refirió sus dos entrevistas con el intérprete, añadiendo lo útil que podría ser dar por escrito á dicho intérprete las noticias que le había pedido el almirante, pues de este modo sólo sabría lo que al héroe conviniera que supiese.

—Muy bien, Zalla, tu conducta como gobernador merece elogios,—le contestó Flaviano:—vas discurriendo bien; comprendiste todos los deberes que impone un cargo como ese, la situación nuestra y quedo satisfecho de mi elección. Ahora meditaré en lo que debe contar el intérprete á esos hombres. Es lo más difícil de todo.

—Antes pasad, si á bien lo tenéis, la vista por esos papeles.

—¿Qué es esto?

—Todos los que llevaban encima los dos jefes y tres criados.

—¿Los has muerto?

—Dios me libre, mi general; eso lo dejo para cuando vos lo ordenéis.

—¿Pues cómo están en tu poder estos documentos?

—Cuando esta mañana limpiaban y cosían la ropa de los ingleses se cayeron todos los papeles que iban en sus bolsillos, al mismo tiempo que esto sucedía, una ráfaga de ese alisio que tan furioso está se los llevó, con tal suerte, que todos vinieron á caer en mis manos.

—Buena policía tienes.

—Toda ella está reducida á un joven y valiente alférez, que tendré mucho gusto en presentar á mi general en jefe.

—Cuando tú quieras. Veamos si esto vale.

Y comenzó á leer uno por uno todos los escritos de los ingleses.

Mientras Flaviano se ocupaba de la importante lectura, dijo Luisa á Zalla:

—¿No os aburrís aquí?

—No, mi querido Luis: primero me entretuve arcabuceando á mi antecesor, y luego, oyendo las noticias que me dan mis agentes sobre esos extranjeros. ¿Os parece poco divertida la de los apuros con que se habrán visto sitiados por fieras que se comieron á uno, y seis caballos, y peleando luego con un diluvio y con los alisios?

—¡Qué nobleza del alma, qué corazón tan tierno!

—Por el estilo de los del ilustre paje de mi querido general.

—¡Oh, malvados, pagareis cara vuestra conducta con España!—exclamó el héroe.

—¿Qué es eso, señor?—le preguntó Luisa.

—¡Qué documento tan importante! ¡Zalla, me has dado un tesoro!

—Me alegro, señor.

—¿Pero se puede saber lo que es, señor?—volvió á preguntarle el paje.

—Esperad que concluya.

Y continuó leyendo un cuarto de hora más.

Luego les dijo:

—Viene aquí la clave de todo el pensamiento inglés respecto de la independencia de nuestros Estados de la India. Todo lo que han hecho, lo que se proponen hacer y los medios con que cuentan para realizarlo. Desgraciada España si se hubiera fiado de la amistad de esos hombres. Zalla, por escrito dejaré lo que ese intérprete ha de referir al almirante inglés, es necesario que monte en cólera y nos ataque para que podamos enterrar en el fondo del golfo á esos hombres y á sus barcos. ¿Quereis, traidores y egoistas ambiciosos, nuestra ruina, nuestra humillación? Con balas contestaremos los españoles. ¿Dónde hay tintero y pluma?

—En la habitación contigua, señor.

—Esperad aquí.

—Buena la habeis hecho, Zalla,—dijo Luisa á Ricardo en cuanto se quedó sola con él.

—¿Por qué?

—No deja un inglés con vida.

—Me alegro.

—Hé ahí lo que yo le dije en cuanto escuché que os nombraba gobernador.

—¿Qué digísteis?

—Que iba á morir mucha gente.

—¿Os asusta?

—No, deseo demostrar que os conozco bien.

—Mejor me conoce el general.

—¡Desgraciados ingleses!

—Interceded por ellos y os mandaremos á los traspalmerales.

—¿Seríais capaz?

—No, á vos no.

—¿Qué os inspiro yo, Ricardo?

—Mucha simpatía y ¿á qué negarlo? muchísimo cariño. ¿Y vos, Luis?

—Si no fueseis tan sanguinario...

—Soy un hombre de guerra como todos. Nada más.

—Positivamente no deja el héroe un sólo inglés de la escuadra esa que volverá.

—Hará muy bien.

—¡Él que necesita poco, y luego con un gobernador como éste!...

—Si deseais más que yo el exterminio de esos hombres, ¿por qué lo negais?

—Quería saber hasta dónde llegaban vuestras intenciones.

—Pues ya lo habeis visto.

—Sí.

—¿Y las vuestras?

—Yo, Ricardo, no las tuve jamás. Mis intenciones son las del general.

—¿Ricardo?—exclamó Osorio.

—¡Qué mandais, señor?

—Ante todo que lleven este oficio á mi hermano.

—Saldrán enseguida con él.

Zalla hizo entrar á su criado, preguntándole:

—¿Dónde está el alférez?

—Acaba de llegar.

—Que venga.

Cuando lo tuvo delante le dijo:

—Montad á caballo y llevad este pliego á S. A. el príncipe.

—¡Buena comida me dais, mi capitán!

—¿No se halla aquí el maestre de zapadores?

—Sí, señor.

—Pues marchad, comeis con Ángela, y antes de la noche estais aquí.

—¡Qué felicidad!

—¿Hacen nuestra comida?

—Pronto estará.

—¿Buena?

—Lo mejor que es posible.

—Partid.

—¿Me dejais vuestro caballo?

—Sí, pero no perdais tiempo.

Y el alférez desapareció.

Ricardo se acercó á Luisa diciéndole:

—Mucho escribe el general.

—La sentencia de muerte de los ingleses.

—Es posible. ¿Ocurre algo en el campamento?

—No. Paz octaviana.

—¿Y en San Juan?

—Lo mismo.

Me alegro. Pronto sucederá aquí lo contrario.

—Sí el alisio apaga su fuerza, mañana estará ahí la escuadra.

—Sino la estrellaron los huracanes.

—Eso último sería lo mejor.

—¿Por qué?

—Nos ahorraban echarla á pique.

—Es verdad, pero estaríamos menos entretenidos.

—Ya acaba el general.

—Ricardo,—dijo Flaviano entrando,—he aquí todo lo que el intérprete debe decir al almirante. Mándale que saque una copia en inglés y se la deje á ese hombre. De este modo no puede olvidársele nada.

—¿Comeis conmigo los dos?

—Claro es.

—Pero, señor, nada hemos dicho á Ricardo hasta ahora.

—No era necesario.

—Cierto; hace ya tiempo que están preparando la comida. Desde que el vigía anunció nuestra aproximación á Cruz.

—¿Lo ves, Luis?

—Sí, señor, es un gobernador precabido. Y tan hu-

mano, que como él pueda, no quedará un inglés con vida.

—Hará bien.

—Pues si los dos pensais lo mismo, pronto habrán dejado de existir todos.

—Señor, veo llegar al intérprete, ¿lo recibo aquí ó fuera?

—Aquí.

—Entrad, intérprete. No os importe hablar delante de estos dos caballeros.

—¡María Santísima!

—¿Os habéis asustado?

—Señor gobernador, son el héroe y su paje.

—¿Qué importa eso?

—La honra, la alegría...

—No seais torpe y contestad: ¿Cómo está el almirante inglés?

—Mejor, cree que podrá levantarse mañana. Se encuentra, eso sí, soberbio y dado á Barrabás.

—¿Por qué?

—Le han perdido todos sus papeles.

—¿Tan importantes eran?

—Mucho debieron ser para hallarse tan furioso.

—¿Qué fué de ellos?

—Limpiándole la ropa se cayeron, y el fuerte alisio se los llevó. Quiso pegar á la hospedera, y si la coge la mata.

—Huyó sin duda.

—Sí, y como él está en cama y con el muslo inflamado... Lo primero que me encargó al entrar esta ma-

ñana fué que dedicase seis hombres á buscar los papeles en dirección del aire.

—¿Los hallaron?

—Hasta ahora no, pero siguen buscándolos.

—¿Por el campo?

—Primero por toda la población, después fuera de ella.

—¿Cuándo le volveréis á ver?

—Esta noche, si antes no le llevo alguna noticia de las que me tienen encargadas.

—Tomad, ahí van todas. Las traducís al inglés y le dais una copia. Os costará la vida cualquier frase ó hecho que añadais ó quiteis contrario á lo que ahí se dice. Aprendedlo bien de memoria para que podais hablar sobre todo ello y confirmarlo con vuestras ideas.

—Todo lo haré con ciega sumisión y la mayor exactitud.

—Os conviene que en nada falteis.

—¿Cuando lo entrego?

—Esta noche. Necesitais la tarde para la traducción y copia para aprenderlo de memoria.

—¿Deseaís algo más de mí?

—No, podeis retiraros.

Saludó el intérprete y marchó de allí.

Zalla dijo al héroe.

Señor, es la hora de comer y todo está dispuesto.

—¿Ayunaremos?—preguntó el paje sonriendo.

—No,—le contestó Flaviano.—Estoy seguro que Ricardo nos ofrece una excelente comida.

—Pero si no hubo tiempo.

—Vamos á verlo.

Y entraron en el comedor.

Flaviano demostraba satisfaccion y miraba á su discípulo con interés. La conducta de Zalla le estaba satisfaciendo por completo.

En cuanto al paje se fijaba en los dos y sonreía como diciendo:

—El discípulo empieza á ser digno de su incomparable maestro.

Zalla parecía indispuesto y obraba y se movía con la mayor naturalidad.

CAPITULO XLIX

Una noche toledana.—La batería incógnita.—El disimulo.—Preparación.—Lo que precede á las batallas.

Se sentaron á la mesa los tres y principiaron á comer.

—¿Qué te parecen las viandas que tienes delante, Luis?—le preguntó Flaviano.

—Como de costumbre habeis acertado. La comida que nos ofrece Ricardo, es digna de su ingenio y esplendidez.

—Sí; Rogelio diría que era un banquete.

—Nada falta, señor, ni aún de los mejores vinos que vienen de Europa.

—Pues no es lo peor para el generoso capitán, lo mucho que gasta en esta comida, sino que nos dará cena y es posible que aún le cuesten más sus huéspedes en el día de mañana.

—La noticia, señor, no puede ser más grata. Ya sa-

béis que ahora no soy capitán sino el gobernador de Cruz que honrara el puesto que ocupa. Ayudante unas veces de vuestro padre, otras del príncipe y algunas de mi amado general en jefe, todas las pagas que me dieron en Nueva España las tengo intactas, poseo además una arroba de oro y los ahorros que traje de España.

—¿Tú ahorraste en España?

—Verdaderamente ahorros, no, restos de un obsequio que me hizo la poderosa y bella duquesa de los Andes.

—¿Qué te regaló, Ricardo?

—Cien onzas de oro.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor; porque es muy rica y muy generosa.

—No, fué por algo más.

—No sé.

—Yo sí. Probablemente por la estocada que diste al príncipe Italiano su prometido. ¡Si estaría enamorada de él! Por cierto que me has perjudicado.

—¿Yo, señor?

—Sí; esas cien onzas de oro, debieron ser para mí.

—No comprendo, señor.

—Yo te lo explicaré: soy el heredero de mi madre adoptiva la duquesa.

—No lo sabía, pero me alegro. Ahora el obsequio tiene para mi más mérito.

—¿Por qué?

—Porque ese dinero era de mi maestro y protector.

Y continuaron de ese modo mientras duró la comida.

Flaviano se hallaba muy satisfecho de la conducta de Zalla como gobernador de Cruz. No obstante sus pocos años, acababa de demostrar una reflexión é ingenio propios de un buen discípulo del héroe.

A Luisa le parecía lo mismo y no escaseaba los elogios cuando el joven capitán no estaba presente.

Acabó la comida que fué espléndida, y el general en jefe acompañado de su paje visitó los dos fuertes. Prohibió en absoluto que los soldados salieran de las fortalezas ni asomaran los cañones hasta el momento dado, y se retiró á la casa del gobierno donde le esperaba Zalla.

La furia del alisio desaparecía por momentos, y ya empezaba á reemplazar al temporal un tiempo sereno y apacible.

Antes de que oscureciera montó á caballo Osorio, y seguido de su paje y del subgobernador de Cruz, salió de la población, dirigiéndose á la derecha, por la orilla del mar.

Quedó parado entre dos colinas situadas á un cuarto de legua de Cruz á la orilla del golfo.

Después de reconocer el sitio, marcó un punto que juzgaba á proposito para el cumplimiento de su idea, y dijo al subgobernador:

—Fijaos bien en el sitio que he marcado, ¿lo conoceréis?

—Sí, señor.

—¿Aun siendo de noche?

—Sí, señor.

—Está bien. Ahora tomais la recta desde aquí á la carretera de San Juan, que distará solo ochocientas varas, y llegando á ella esperais que se acerquen cuatro cañones que estarán aquí á las nueve ó diez de la noche, es decir, pasada una ó dos horas, y decís al maestre Almeida que vendrá mandando la batería, que la sitúe en el punto señalado por mí. Instalada aquí la fuerza que viene de San Juan, y colocados los cañones, regresais á Cruz y me buscais en el gobierno. Allí os espero.

—Muy bien, mi general; en cuanto termine el maestre pasaré á veros.

Sin mas explicaciones se retiró Flaviano á Cruz, seguido de su paje. Este le dijo:

—Señor, á la orilla del mar y entre los árboles y esas dos colinas, queda oculta y bien situada la batería que traen de la capital; pero no comprendo lo que os proponeis con ella.

—Esa batería, Luisa, se compone de cuatro culebrinas de mucho alcance, que cogimos á los ingleses. Con ellas ayudaremos á los fuertes, y si interesa huir algún buque enemigo, las culebrinas, por el sitio donde estarán colocadas y por su mayor alcance, lo acabarán de destrozar.

—Eso es lo mismo que cortar la retirada.

—Sí, por frente de mis culebrinas han de buscarla.

—Terrible idea; pero decidme, ¿cuando será la batalla?

—Probablemente mañana

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Y qué van á cenar los hombres que vendrán con Almeida?

—Traen ellos todo lo que pueden necesitar.

—Nada se os olvida.

—Es preciso estar en todo.

Llegaron al gobierno cuando acababa de anochecer.

Zalla y el héroe hablaron hasta los ocho que se les presentó el alférez diciendo:

—Entregué el pliego á S. A., y en el camino hallé al maestre Almeida que viene hacia aquí con una batería de culebrinas. También he notado mucho movimiento en el resto del ejército.

—¿Nada más?—le preguntó Flaviano.

—No, señor.

—Hace seis horas que te marchastes: en ir, volver y dejar el pliego puedes haber tardado dos horas y media ¿qué has hecho en las tres y media restantes? Contesta la verdad porque juegas tu porvenir.

—Señor, yo no puedo decírselo á V. E.; si el señor gobernador tiene la bondad...

—Zalla no ha salido del gobierno, é ignora lo que tú has hecho por el camino, en San Juan y en Cruz.

—Lo sabe, señor, lo sabe; él me lo mandó; es decir, él me dijo que lo hiciera.

—Habla, Ricardo.

Zalla estaba riendo al ver el apuro en que se hallaba el alférez, el cual acosado por el héroe, se encon-

traba aturdido, temblando y sin saber qué contestar. Por fin dijo á Osorio Ricardo:

—Señor, este alférez fué el destinado por mí para seguir á los ingleses; es el autor de los manuscritos que os he leído, y el que os trajo los escritos que tenían los ingleses, y hasta el que dispuso la comida de hoy.

—¡Ah!

—Su deseo era comer con vos, estar cerca de vos, merecer esa honra y luego morir por vos si era preciso. Pero se halla enamorado de una hija del maestre de zapadores; éste se opone á su enlace, y yo, por simpatías, lo mandé con el pliego para que comiese con su novia. Tardó tres horas más de lo necesario, y no es mucho tardar para un enamorado.

—¿Lo sabes tú por experiencia?

—¡Ay, sí, señor! Se me olvidaba deciros que este desgraciado alférez tuvo que hacer el más grande sacrificio para lograr que la hospedera de los ingleses quitara á estos los referidos papeles. Decid al general lo que hicísteis, alférez.

El aturdido oficial se puso como un tomate, murmurando:

—Señor, yo... Ciertas cosas no se pueden decir, mi general en jefe.

—Os estais entreteniendo en apurar á ese joven, Ricardo.

—No le hagais caso, señor,—dijo el paje.

—Alférez,—exclamó el héroe,—encargad cena análoga á la comida, para las diez de la noche. Siete cubiertos.

—¿Siete?

—Sí; seis y el tuyo.

—¡Qué honra, señor, qué dicha!

—Tú, Zalla, dispones camas para cuatro personas más.

—Con mucho gusto, señor; por más que si mi gobierno se prolonga, las cien onzas de la señora duquesa...

—Hemos convenido que son mías, como heredero que soy de mi madre adoptiva.

—Está bien, señor; sois vos quien los convidais.

—Claro es; y lo siento, porque resultando ser tan rica tu futura, has debido renunciar á las cien onzas que te dió mi madre adoptiva y pagar tú todo lo que se gaste estos días.

—Os lo ofrezco, señor; haré un regalo á Alice que valga lo menos cien onzas.

—Te guardarás muy bien: soy yo mucho más rico que tú y que Líbana; te hablaba en broma.

—Así lo comprendí; pero ha sido tan grande mi alegría al oir llamar por vos mi futura á Líbana, que ésta ha de regalar á Alice uno de sus mejores brillantes. Eso no podeis impedirlo.

—Dije lo de tu futura en broma también.

—Hasta de ese modo expresa la verdad mi maestro y protector.

Y continuaron hablando hasta después de la nueve que se hizo anunciar el intérprete.

Le mandaron entrar, y llegaba descolorido y trémulo.

—¿Qué te pasa?—le preguntó el general en jefe.

—Señor, ese inglés es un bárbaro. Perdone V. E. que le hable así. Creí que me mataba.

—Cuenta lo que ha pasado sin suprimir nada.

—Le referí cuanto el papel decía, pues lo aprendí de memoria y montando en cólera me contestó:

—¡No puede ser eso!

Pues lo es, le contesté.

— Si fuera verdad no dejaba piedra levantada en este pueblo y luego arrasaba todo lo que hallase en dominio español.

Entonces le dí el escrito que contenía detalles, citas y comprobaciones, y al acabar dió un grito parecido al rugido del león.

—Juro exterminar este país,—voceaba,—no dejar piedra sobre piedra y más tarde hacer lo mismo con San Juan y con cuantas poblaciones españolas halle á mi paso. ¡Qué dos días llevo, maldición! ¡Quiero matar!... A tí el primero.

Y fué á cogerme, pero como aun estaba en cama, me eché atrás y huí de allí resuelto á no volver más. Ya en la calle, aun escuchaba las voces que daba y los improperios que dirigía á los españoles y mejicanos.

—Muy bien. ¿Qué hacían su ayudante y criados?

—Cenaban.

—¿Y él ha comido?

—Sí, señor.

—¿Está mejor de la contusión del muslo?

—Sí, señor.

—Retírate, cena y te vas á una casamata.

—¿Nada más manda V. E.?

—No.

Flaviano dijo á Zalla separándose á un lado con él:

—Que vaya el alférez á la casa de los ingleses y no vuelva hasta que estén aquellos dormidos. Dí al subgobernador que entre en el momento en que regrese.

Cuando tuvo á éste delante le dijo:

—¿Están provistos de víveres los dos fuertes?

—Sí, señor.

—¿Y en las casamatas?

—Hay los suficientes para que todos los vecinos del pueblo puedan alimentarse cuarenta y ocho horas.

—Bastan. Que se encierren en el gobierno todas las fuerzas que haya en Cruz, con la sola excepción de los dos fuertes.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Pronto lo estarán.

Y desapareció también.

Cuando Flaviano quedó solo con Zalla y el paje, le preguntó el último.

—Señor, ¿qué escrito es ese que el intérprete leyó al almirante y tanto le ha encolerizado?

—Luis, la relación exacta de todo lo ocurrido con sus compatriotas desde la sorpresa de Yuun en la casa Amarilla hasta hoy.

—¿Todo?

—Absolutamente todo.

—Eso puede ocasionar una guerra entre España é Inglaterra.

—No, ese papel quedará enterrado en el fondo de ese Océano.

—¡Gran Dios, y lo que eso quiere decir!

—Zalla, ¿y el alférez?

—En la casa de los ingleses.

—Y la cena, ¿estará para las diez?

—Sí, señor. Mi general, el alférez viene prestando servicios extraordinarios é importantes hasta con exposición de su vida.

—El de esos papeles que te entregó no tiene precio. ¿Qué deseas?

—Que lo ascendais si os parece justo.

—Muy justo. ¿No es cobarde?

—No, señor.

—Al acabar mañana aquí, me haces la propuesta.

—¿Me permitís que además se lo recomiende al maestre de zapadores en nombre vuestro?

—No es necesario, él se recomendará lo bastante.

En este momento empezaron á llegar el príncipe, Mendoza y Almeida. Cada uno llevaba un solo criado y habían entrado en el pueblo á pie, con los caballos del diestro y cada uno por su lado para hacer el menor ruido posible.

El primero que subió fué Julio. Flaviano le preguntó:

—¿Está toda la infantería tendida en el bosque?

—Sí.

—¿En los sitios destinados por mí?

—Sin duda alguna.

—Toma esos dos escritos que hemos cogido á los ingleses y léelos. Después me darás tu opinión.

Cuando llegó Mendoza le dijo:

—¿Dónde has dejado la caballería?

—A la salida del bosque, sitio destinado por tí.

—¿Traen pienso para los caballos?

—Sí, tres para cada potro.

—¿Se instalaron?

—Debajo de los árboles, á la salida.

—Muy bien.

—Oye, Flaviano, la tropa está cenando ya, pero yo...

—Tú lo harás conmigo.

Y dirigiéndose á Almeida le preguntó:

—¿Quedó colocada la batería?

—Sí, señor.

—¿Resguardados los cañones de la vista de los que puedan venir por el mar?

—Como habeis mandado. Los oculta la colina.

—Eso es.

Y se volvió á Julio en los momentos que éste acababa de leer los papeles, y se los devolvía diciendo:

—Toma, Flaviano, si dejamos con vida uno solo de esos hombres habremos renegado del nombre español.

—¿Crees eso de los ingleses que han llegado.

—Sí. ¿Y tú?

—Opino lo mismo.

—¿Piensas que intentarán algún desembarco?

—Posible es que no les demos tiempo, pero en la

guerra debemos ser precavidos, tener en cuenta todas las eventualidades y estar preparados para todo.

—Es verdad.

—¿Cesó el alisio?

—Si; ha quedado una noche apacible.

—¿Con alguna claridad?

—Poca, pero la bastante para lo que necesitamos.

Diez minutos después decía Zalla al héroe:

—Señor, ha regresado el alférez.

—¿Qué ocurre en la casa de los ingleses?—preguntó Osorio.

—¿Todos duermen?

—¿Tan pronto?

—Se excedieron en la bebida y quedaron aletargados.

—¿También el jefe?

—Ese después de haber bramado como un león, pidió una botella y enterado de que el alisio había concluido su misión, se la bebió, diciendo:

—Mañana será otra cosa.

Y quedó aletargado como los otros.

—¿Y la hospedera?

—El alférez la hizo beber otra y la dejó en la misma situación que ellos.

—¿Qué se propuso?

—Dos cosas: librarse de ella, encerrarlos después y traerse la llave. Esta es, señor.

—Zalla, si solo hacemos á ese aventajado alférez teniente no le va á parecer bastante al maestre de zapadores y seguirá negándole la mano de su hija.

—Me lo temo, señor.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco años.

—Cuando todo acabe, lo haremos capitán. Lo agregaremos al ejército...

—Se vuelve loco, señor.

—En ese caso lo dejaremos alférez porque lo necesito muy cuerdo.

—Lo estará. ¿Qué hago con esta llave?

—Se la devuelves, diciéndole que no haga uso de ella hasta que yo se lo mande. Idos todos al comedor; nos quedaremos aquí un momento Julio, mi paje y yo para hablar con el subgobernador y todos los oficiales de la guarnición de Cruz. Salid y que pasen ellos.

Entraron y Flaviano les dijo:

—Todos los vecinos de esta población quedarán esta noche encerrados en las casasmatas, con la sola excepción de los ingleses y la mujer que les cuida. A la casa que habitan no os acercareis, ni promoverán ruido alguno cerca de ella. Ancianos y niños, enfermos y sanos, todos han de quedar en las casasmatas lo antes posible.

—Quedarán, señor.

—Cuando hayais concluido, venís á participármelo, dejando encerrada con los vecinos á la guarnición. Podeis hacer uso de todas las luces que os hagan falta. Abreviad.

—¿Estareis despierto?

—Sí, esta noche no duermo.

—Antes de la madrugada habremos concluido.

—Eso es necesario. Soldados, oficiales y vos mismo dedicaos á esa operación para imprimir en ella la mayor rapidez. Partid.

Salió el subgobernador y Julio dijo á Flaviano:

—¿Aun no ha vuelto la escuadra, hermano?

—Vendrá al amanecer.

—¡Con qué seguridad lo dices!

—Estoy cierto, seguro, que navega ya en dirección de Cruz. Hermano, vamos á cenar que ya es hora.

Y con la mayor tranquilidad se sentaron á la mesa.

El rostro de Flaviano estaba severo, como de costumbre, y nada demostraba que indicase la gravedad del pensamiento que escondía su cerebro.

Hasta jovial había estado anteriormente en algunos instantes.

En este sér extraordinario se presentaba un problema que no es posible resolver.

Esas noticias que él adelantaba con tanta seguridad, con tanta certeza, ¿eran producto de la intuición ó de un talento superior al de los restantes seres humanos?

No podemos asegurar que fuese lo uno ó lo otro. Se explica la fácil comprensión, pero el hecho de adivinar ó una cosa análoga, no. Lo mismo Julio, que el duque del Imperio y el príncipe de Italia se admiraban, inclinándose ante aquel fenómeno que veían, pero que no podían explicarse.

Es indudable que aun cuando muy raros, vinieron á la tierra hombres que demostraban traer el don de la adivinación; esa facultad intuitiva, que es sin duda alguna la primer maravilla en el orden moral.

Una de las personas que más estudiaban este fenómeno y que más pruebas tenían de él por las muchas razones que existían para ello era el paje. Cuanto menos comprendía el hecho más se afanaba en descubrir el misterio que lo envolvía. Por eso preguntaba en estos momentos á su señor:

—Tened la bondad de decirme en qué fundais esa seguridad, cuando afirmais que mañana llegará la escuadra. ¿Quereis hacerlo?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para explicarme vuestra adivinación.

—No existe adivinación, créelo; en este mundo todo está sujeto á las leyes inmutables.

—¿Pues qué es entonces?

—En la presente ocasión es sólo cálculo.

—¿Y su fundamento?

—¿Concreto al caso presente?

—Sí, señor.

—En la costumbre de los marinos, en la categoría del almirante, en el tiempo que reina y ha de reinar y en otras cosas, cuyo conjunto me anuncia la noticia que doy.

—¿Hay en vos alguna otra cosa que además de todo eso os diga que el hecho va á ocurrir?

—Sí, pero esa no se explica.

—Pues eso es lo que yo quisiera explicarme ó que vos me explicáseis.

—No es posible.

—¿Sentís que un poder misterioso os revela algunas afirmativas?

—Luisa, no pretendas que te explique lo que no tiene explicación. Todavía, por desgracia, dejamos de darnos cuenta de muchas cosas que la ley de progreso y el adelanto humano aclararán á nuestros sucesores. Hoy es pronto.

—Creo, señor, que vos sabeis algo más que todo eso.

—Si es así, corresponde á una complicación de ideas filosóficas, que ni estás en disposición de oir, porque de nada te serviría ni era posible explicarlo de pronto y en poco tiempo. Me es grato, no obstante ver en tí ese interés, ese afán y hasta esa afición por unas ideas filosóficas que elevan tu espíritu y hablan bien, muy bien de tu inteligencia, pero de ahí no podemos pasar.

—Me sucede lo contrario que á Mendoza.

—¿Qué le pasa á Rogelio?

—Que gusta más de comer que de discurrir.

—No es extraño; la cantidad de materia que la naturaleza le concedió la exije más que á nosotros. Verás con qué placer da principio.

CAPITULO L

La cena.—El reconocimiento.—La madrugada.—El general inglés y el español.

Cenaban Flaviano, Julio, Mendoza, Luisa, Almeida, Zalla y el alférez.

Al tercer plato decía Mendoza:

—Flaviano, ¿ha dispuesto esta cena Ricardo Zalla?

—Sí.

—Excelente. El nuevo gobernador hace honor á su empleo.

—Y es lo mejor, que corre de su cuenta todo el gasto que hacemos.

—No es avaro, me consta.

—Cuando era más joven tenía arruinado á su padre.

—Ahora se arruina él.

—Al contrario, no he gastado casi nada desde que llegué á Méjico.

—Puesto que tanto te gusta gastar te dejaré de gobernador en Cruz para que obsequies á Rogelio.

—A cuantos querais, mi general, siempre que al Cruz añadais un Vera.

—Estás desterrado de Veracruz.

—Vos ó don Julio pueden indultarme.

—¿Qué diría el duque del Imperio?

—Nada, haciéndolo sus hijos queda satisfecho y hasta complacido.

—¿Se ofendería Líbana?

—No tendría motivo.

—¿Y el embozado?

—No existe ya.

—¿Se ha muerto?

—Para mí, sí, señor.

—¿Qué dices á eso, Julio?

—Que no ha muerto ni se halla lejos de nosotros.

—Ya oyes, Zalla.

—Que viva muchos años y sea feliz.

—¿Con Líbana?

—No, señor, esa es para mí.

—Si él lo consiente.

—Conque vos y vuestro padre lo consientan, tengo bastante.

—¿Quién sabe?

—Imitaría á mi maestro.

—¿Qué hizo tu maestro?

—Os contesta por mí S. M. el rey don Felipe III.

—Pero qué cena, hermano,—añadió Mendoza interrumpiendo el diálogo de Zalla y Flaviano,—te voy á

proponer lo asciendas enseguida á maestre de campo.

—¿Por que te da bien de cenar?

—Por eso sólo, no.

Y continuaron de ese modo mientras duró la cena.

Aquellos hombres cuando mandaba Flaviano miraban con la mayor indiferencia hasta los más graves acontecimientos.

Al terminar aquel acto dijo Flaviano, poniéndose en pie:

—Os acostais todos y dormid, que hay necesidad de madrugar. Tú, Zalla, acompáñalos á sus alcobas y luego te echas vestido. Que lo haga lo mismo el alférez.

—¿Y tú, Flaviano?—le preguntó Julio.

—Yo si puedo también dormiré algo. Os doy cuatro horas de descanso:

Y salió llamando á uno de sus criados.

—¿Están los caballos?—le preguntó.

—Sí, señor.

—Montemos.

Poco después salían los dos solos en dirección de las dos colinas.

Los restantes se entregaban un poco más tarde á un tranquilo sueño.

Osorio llegó al sitio, y dándose á conocer al centinela, cogió una linterna, única luz que había en aquel sitio, y comenzó á reconocer cuanto había.

Vió entre los árboles, cerca de allí, veintiocho mulas, y durmiendo al pie de los cañones cuarenta y nueve hombres y el centinela.

Era lo indispensable.

No lejos había una tienda de campaña, y en ella cuatro oficiales durmiendo sobre amaca.

Todos estaban vestidos.

En el mismo sitio que él había designado estaban las cuatro culebrinas cubiertas con fundas de piel de vaca, y los armones, etc., etc.

Todo lo halló Flaviano según lo dispuso; la corrección no era posible mayor.

Después se corrió á la orilla del mar y estuvo mirando diez minutos el agua, el horizonte, las dos colinas y el paraje que las rodeaba.

Cuando hubo terminado su reconocimiento, montó á caballo, regresando al gobierno.

—Acuéstate vestido, después de dar pienso, que ya te despertarán,—dijo al criado.—Este salió.

Flaviano comenzó á escribir.

Poco tiempo después era el único que estaba despierto en aquel edificio.

Trabajó dos horas; miró el reloj y eran cerca de las tres de la madrugada.

—Ya no duermo,—se dijo, y quedó sentado en el sillón.

Un instante después entró el subgobernador diciento:

—Señor, á excepción de los cinco ingleses y su hospedera, todos los habitantes de Cruz se hallan encerrados en las casamatas.

—No han de estar muy anchos.

—Casi apiñados.

—¿Y la guarnición?

—Impidiendo que salga ninguno.

—Cerrais todas las puertas y os quedais con ellos. Tengo empeño en que no vean nada de lo que va á suceder mañana en Cruz y su puerto.

—Nada verán.

—No os cuideis de otra cosa que de cumplir las órdenes que os he dado, ocurra lo que quiera.

—Allí permaneceremos encerrados hasta que vos dispongais otro cosa.

—Eso es. Partid.

Flaviano subió á una altura del edificio, tendiendo una mirada sobre el golfo.

Su adivinación, ó una vista privilegiada, le hizo distinguir por entre las sombras de la madrugada los cuatro buques ingleses.

—No me equivoco,—exclamó,—aquellas luces son de los navíos y aviso; las aumentan; llegan en este instante y van á echar las anclas. Bien situados están; la puntería será cómoda y segura.

Y bajó despertando á Zalla y al alférez.

Al primero le dijo:

—Haz levantar á todos menos á mi paje. Tú, alférez, haz lo mismo con los que están abajo, y mándales que den un pienso y luego ensillen.

Algo después, entraban Julio, Mendoza y Almeida.

Flaviano dió á cada uno un escrito diciéndoles:

—Leed esas nuevas instrucciones, y sobre ellas haced las preguntas que querais.

Más tarde le decian:

—Están claras, terminantes y no hay lugar á duda alguna.

—Digo lo propio.

—Y yo.

—En ese caso, estrechadme y partid.

—¿Vas á correr algún grave peligro, hermano?—le preguntó el príncipe.

—No, Julio, pero vamos á dar una batalla, en la que es posible que sólo juegue la artillería, y una bala perdida puede matar lo mismo que una bien dirigida. Id con Dios, y hasta luego.

Los tres salieron con sus respectivos criados, dirigiéndose á puntos distintos.

Flaviano dejó solos á Zalla, al alférez, y á su paje durmiendo, y les hizo la última visita á los maestres, en sus respectivos fuertes.

Les dió las postreras instrucciones, les encargó que suprimieran el toque de diana, y que todos, sin excepción permaneciesen encerrados; los artilleros al pie de los cañones, y con las armas en la mano los restantes.

Y salió de allí cuando ya estaba amaneciendo.

Otra vez en el gobierno, hizo que el alférez aprendiese á decir bien claro en inglés:

—«La escuadra ha llegado».

Miró el reloj, y notando que era la hora deseada por él, dijo al alférez:

—Vas á la hospedería de los ingleses, entras y los despiertas, diciendo á voces las frases en inglés que te acabo de enseñar. Cuando estés convencido de que to-

dos te oyeron, te vas al muelle y te incorporas con Zalla y conmigo. Les dejas la puerta abierta.

—¿Y la hospedera, señor?

—Va á correr un grave riesgo, pero no podemos cuidarnos de ella. Déjala, y si librase bien la mandaremos á Campeche.

—Muy bien, señor.

—Armémonos y partamos,—dijo Osorio á Zalla, y salieron, añadiendo á los criados:

—Poneis los frenos y nos esperais en el zaguán.

Al pasar por delante de la puerta correspondiente á la alcoba en que aun dormía el paje, lo había despertado el general diciéndole:

—Luis, levántate y espéranos en el zaguán.

Los dos llegaron al muelle.

Sólo había en éste un centinela el cual tenía orden de retirarse á las casamatas al primer tiro que oyese.

La escuadra estaba ya anclada y un ligero bote corría hacia el muelle en busca del almirante.

El sol radiante y hermoso aparecía en aquellos momentos en Oriente.

Media hora escasa más tarde vieron asomar por la entrada de la calle que daba frente al muelle á los cinco ingleses.

Los dos se adelantaron para salirles al encuentro á la mitad de la calle.

Pronto se incorporaron con ellos, exclamando Flaviano en inglés:

—Señor almirante, creíamos que os habían comido las fieras.

El jefe extranjero iba apoyado en su ayudante, cogeaba mucho, la inflamación de la pierna seguía, y era indudable que los dolores le habían aumentado con las muchas bebidas alcohólicas que tomaba.

Iba demostrando que su físico y moral se hallaban en el peor estado posible.

Al ver á Flaviano, recibió una impresión de odio y venganza, después de satisfacción por la idea que llegó á su mente de que si continuaba en Cruz podía cañonearlo, y al oir sus frases que constituyeron para él una burla le contestó:

—¿Quién os ha dicho que pudieran comerme las fieras?

—El que os vió entrar en el bosque donde esos animales se guarecen.

—Ese hombre será otra fiera como aquellas, de lo contrario, me hubiera advertido donde entraba.

—No es eso, consiste en que no tiene la guarnición de Cruz simpatías por los ingleses, y el que os vió pertenece y ella.

—¿Y vos, qué decís á eso?

—¿Qué quereis que yo diga? os perdísteis por no haber pedido un guía, fuisteis á parar al bosque de las fieras, y lo extraño es que no os hayan comido. Las torpezas se pagan siempre caras, almirante.

—¿Fué también torpeza la de lord Yuun, dejándose asesinar en la casa Amarilla?

—No lo asesinaron, yo estaba delante y aquí teneis á quien lo mató; este capitán. Yuun pidió las pistolas, mandó hacer fuego á su ayudante y el mío se adelantó

y lo mató á él. Os advierto que este capitán es discípulo mío y no aprendió á asesinar; sabe, por el contrario batirse contra ocho á espada y dar fin de todos.

—La sorpresa de la casa Amarilla no fué noble ni digna de héroes.

—Ni hubo héroe alguno en ella, ni fué otra cosa que la caza de un lobo torpe que cometió la insensatez de encerrarse con una loba india en una madriguera indefensa. Fué una cacería divertida; cada vez que me acuerdo me crispo de alegría. Cuidado con lo inexperto y liviano que se me presentó Yuun. Yo creía que los lores ingleses eran más entendidos.

Cada frase de Flaviano era una estocada dirigida al amor propio del almirante. En estos momentos estaba destrozando su corazón. Fuera de sí le contestó:

—También yo creí que los grandes de España eran más caballeros, más nobles, más dignos y más incapaces de cometer felonías como la empleada con Yuun y otros.

—Tan torpe estais esta mañana, tan falto de sentido común, que nos equivocais con los piratas ingleses que se venden amigos para robar y para asesinar. Desde que os ví os juzgué un miserable, pero no tanto. Y os advierto que de todo lo que yo digo de vosotros tengo pruebas en el bolsillo, pruebas que el aire os arrancó y llevó á mis manos.

—¡Mis papeles!

—Sí, que delatan vuestras infamias. Infamias que nosotros no hacemos jamás aun cuando las mande hacer uno que se llame jefe ó monarca.

—¿La posesión de esos papeles es digna de un grande de España?

—Sí, señor; ni los he pedido ni hice nada por adquirirlos. Me los dieron, los leí, ví lo miserables y pequeños que sois, y confirmé con ellos la idea que tenía de vosotros.

—¿Creeis que puedo dejar impune esos insultos?

—Insultos no, que todo es verdad, á lo sumo ofensas y estas quedarán impunes porque os falta valor, decisión y arrojo.

—Decidme, señor grande de España, ¿vais á marcharos muy pronto de aquí?

—Esperaré en Cruz todo el tiempo que me pidáis.

—No os he de molestar mucho; me basta con que aguardéis hasta el medio día.

—Os juro estar todo el día.

—Qué feliz voy á ser.

—Y yo, si os vengais.

—Puede que lo intente.

—¿Sí? Me alegro. Pero ya desistiréis, es propio de un almirante inglés.

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

Las dos últimas frases eran un reto á muerte de los dos generales.

El almirante inglés iba fuera de sí, descompuesto, casi no veía de ira, rabia y despecho. El encuentro estudiado de Osorio lo había decidido; en Cruz no podía quedar, según discurría, una piedra sobre otra y luego

á San Juan Bautista. Ya no le importaba la inflamación del muslo, ni perder la escuadra, ni morir.

Era lo que el héroe deseaba, lo que se había propuesto, lo que iba á conseguir.

El almirante, por vengarse, llegaba hasta la muerte, pasando por los más grandes crímenes.

Flaviano, por amor á su patria, llegaba hasta la inhumanidad, pasando por los más grandes sacrificios.

El almirante, gracias á un rasgo de amor filial de Julio, conocía la situación topográfica, calles y casas de Cruz, pero desconocía sus fuertes, sus cañones y sus casamatas.

Aún así, puede hacer mucho daño en los edificios de Cruz; ¿pero y su escuadra y sus 4.000 ingleses?

Pronto lo vamos á ver.

Como el héroe consiguió lo que se había propuesto, iba ahora sonriendo y tan satisfecho, como dado á Barrabás, el jefe inglés.

A los pocos pasos que dió se halló de frente con el alférez, al cual preguntó:

—¿Por donde has andado?

—Señor, cumplí vuestro mandato y no paré hasta echar fuera de la casa á los ingleses. Las frases que me enseñásteis en inglés parecía empujarles hacia el muelle. Se vistieron rápidamente y salieron, en cuyo instante encerré á la hospedera, dejando puesta la llave de la puerta por la parte de afuera.

—¿Para qué?

—Para qne no os molestasen ó los detuviera en el camino con el pago de su cuenta.

—¿Se fueron sin abonarle nada?

—Le dieron algo al llegar, después no. Les causó una alegría tan grande la llegada de la escuadra que se vistieron en segundos y partieron sin cuidarse de otra cosa que de llegar pronto al muelle.

—Excelente idea la de evitar que esa mujer los detuviera.

—Me pareció conveniente, señor, y la realicé.

—Ya no pueden distinguirnos; avancemos con rapidez.

En un minuto llegaron al gobierno; ya el paje los esperaba, montaron á caballo y salieron á escape amos y criados, dejando cerrado el edificio y sin nadie dentro de él.

En muy poco tiempo llegaron á las colinas. Almeida y los artilleros, oficiales y soldados, recibieron al héroe con varios hurras entusiastas.

Flaviano se tiró del caballo gritando:

—Esos potros detrás de una colina, trabadlos y que queden entre los árboles como están las mulas. Desfundad los cañones. No perdais tiempo.

Y en medio de los artilleros todo lo dirigía, todo lo miraba y en aquellos momentos parecía el más esperto jefe de artillería.

—Todos á las cureñas,—volvió á gritar,—traed las piezas hasta donde yo estoy.

Y las colocaron entre los cincuenta, lo más cerca posible del sitio en que debían hacer fuego, pero faltándoles algo para que no pudieran distinguir la batería desde los barcos enemigos. Todavía los cubría lo bastante una de las colinas.

Antes de pasar adelante digamos lo que eran las cuatro culebrinas que el héroe miraba con tanta predilección.

La culebrina, en la época que pasa nuestra historia, era una pieza de artillería larga y de poco calibre que servía para arrojar las balas á mucha mayor distancia que los restantes cañones. Las había de cuatro especies que se distinguían por el calibre, y se llamaban culebrina, media culebrina, cuarto de culebrina ó sacre y octavo de culebrina ó falconete. Todas estas especies cuando tenían de largo 30 ó 32 diámetros de su boca, se llamaban *legítimas*, y si tenían menos *bastardas*.

Pues bien, los cuatro que ahora dirigía Osorio, cogidos á los ingleses, fueron fabricadas en la primer fundición del mundo, y tenían de largo 52 diámetros de su boca, y estaban tan admirablemente hechas, que lanzaban los proyectiles á doble distancia que los otros cañones y aparecían sus balas enormes.

Eran de bronce, y su hábil constructor quiso llevar con ellos, y lo logró, un gran adelanto al arma de artillería.

Flaviano fué acaso el primero que comprendió, después de su inteligente autor, el admirable uso que podía hacerse de aquellas enormes y terribles culebrinas.

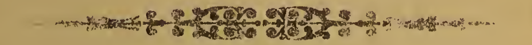
Con ellas, colocadas en navíos, podía echarse abajo una torre, y convertir en ruinas una población, desde distancia en que ningún daño podían hacer los cañones ordinarios de la plaza sitiada, á los buques, que llevasen aquellas culebrinas.

O para echar á pique desde tierra con esas culebrinas barcos que solo tuvieran piezas comunes.

Como estas cuatro culebrinas eran las primeras que se habían fabricado y no tenían otra prueba que la de la fábrica, eran desconocidos sus efectos de todos. El único de los oficiales ingleses que asistió á la prueba de fábrica, y los conocía, era Yuun, muerto en la casa Amarilla.

Sin ver prueba alguna ni otra cosa que la excelente construcción de los cuatro cañones reformados, comprendió el héroe todo lo que con ellos podía hacerse y el gran partido que podía sacar.

En estos momentos miraba Flaviano á favor de la óptica lo que hacía la escuadra.



CAPITULO LI

Preliminares.—Se rompe el fuego.—Las cuatro culebrinas.—El nuevo artillero enseña á los más viejos.—Dos navíos en el fondo del mar.

Junto á un árbol que estaba á la orilla del mar, se hallaba Osorio mirando los buques que constituían la escuadra inglesa.

Los tres navíos y el aviso se presentaron á la salida del sol, anclados á un cuarto de milla del muelle de Cruz.

Echaron un bote con varios remeros, y esperó éste más de una hora que tardó en llegar el almirante.

De un salto se tiró á él, cayendo al fondo del bote, por faltarle la fuerza en la pierna derecha y haber perdido por esta causa el equilibrio.

Cada vez más iracundo, pues aumentó su rabia aquella caída, quedó sentado sobre una tabla sin decir otra cosa que:

—Volad.

Su ayudante cogió el timón, dirigiendo la proa al navío almirante.

Era tan temprano, que á ninguno había llamado la atención no ver más gente en Cruz, que un centinela, un alférez, á Flaviano y Zalla. Al almirante ni eso ni nada podía llamarle la atención.

Su espíritu sólo se ocupaba de Osorio, de las humillantes y valerosas frases que éste le había dirigido, de los gravísimos documentos que tenía suyos y de lo que iba á hacer con la población que tenía delante y luego con San Juan Bautista.

Al separarse de Osorio temió, no obstante su prudencia en tierra, su prudencia en relación con su soberbia, que lo prendieran y hasta que lo matasen, pero al verse en el bote, libre y en disposición de realizar su aterrador pensamiento se juzgó invencible, y con ira y soberbia inspiradas por Satanás miraba su escuadra con anhelo y el puerto de Cruz con encono y desprecio.

Por fin subió la escala con peligro de caerse al mar, lo que le hubiera sucedido sino lo coge su ayudante que iba detrás de él, y pisó, cojeando mucho, la cubierta del navío almirante.

Salieron á recibirle enseguida varios jefes, y á los cumplidos que le dirigieron contestó secamente:

—Es necesario no dejar un solo edificio en la población que tenemos delante. Os advierto á todos, que castigaré en el acto al que se atreva á hacerme reflexión alguna, al que dude ó vacile, al que no obedezca con ciega sumisión.

Esforzando después la voz, añadió:

—Bandas estribor á la plaza, la escuadra en ala, cargad después los cañones, haced las señales y avisadme cuando estén cumplidas estas órdenes.

Sin coger el anteojo, sin mirar el pueblo que iba á convertir en ruinas, se dejó caer en un asiento, sufriendo grandes dolores en el muslo derecho, cuya inflamación se había corrido á toda la pierna, desde el pie á la ingle.

Pronto levó ancla la escuadra y empezó á maniobrar.

Una hora después le decía su segundo:

—Están obedecidas todas vuestras órdenes. En este momento cargan.

—Bandera negra en los cuatro barcos. Haced las señales y avisadme.

Al cuarto de hora le dijo el segundo jefe:

—Bandera negra y cañones cargados. ¿Qué mandais?

—Dividir el pueblo en cuatro grupos para que cada barco dirija la puntería á sitio distinto. Cuando esté hecho esto daré la orden de romper el fuego, que no cesará mientras haya en Cruz en edificio levantado.

Así empezó á hacerlo el jefe, y ya comenzaban á dirigir la puntería cuarenta bocas de cañón al mísero pueblo.

Para convertirlo en ruinas y no dejar un solo habitante con vida le bastaban á la escuadra ocho ó diez horas. Eso creían los ingleses.

Al dar el almirante la voz de fuego que tenía ya en

los labios, sentenciaba á muerte á cuatro mil seres humanos, que ningún daño le habían hecho y á la ruina á más de trescientos edificios.

Completamente perturbado el jefe inglés no veía que en el pueblo de Cruz nadie transitaba ni se distinguía más alma viviente que un centinela en el muelle. Los que le rodeaban si en esto repararon, nada le decían por la prohibición absoluta de hacerle reflexiones. Y no obstante eso, aquella soledad completa, que un acto de humanidad le obligó á disponer al héroe, decía claramente que Cruz esperaba el bárbaro ataque y que no lo aguardaba cruzado de brazos y entregado en cuerpo y alma á su fiero enemigo.

Pero así lo había dispuesto el destino y así tenía que ser.

Puesto que españoles somos y de parte de España estamos, abandonemos los cuatro castillos flotantes de la Gran Bretaña, situados frente á Cruz y junto al héroe castellano presenciemos lo que va á suceder.

Apoyado al árbol que servía de avanzada á las culebrinas continuaba Flaviano mirando con su anteojo las cubiertas de las naves inglesas, y muy particularmente, la del navío almirante.

No perdía un solo movimiento de los barcos ni del jefe inglés; parecía que escuchaba sus órdenes y hasta leía sus pensamientos.

Este nada miraba, ni oía otra cosa que la voz de la ira y el despecho.

Flaviano todo lo veía, y su calma y tranquilidad demostraban que sólo daba cabida en su cerebro á los

grandes pensamientos y elevadas ideas sin odio ni rencor á nadie.

Se hallaban cumpliendo en estos momentos un penoso deber, el más cruel de los deberes y concretó á llenar su misión con todo el acierto que le era dable torturaba su espíritu para adivinar lo que no veía, pidiendo á la vez á la Providencia el mayor acierto en todos sus actos.

Su completa tranquilidad la motivaba, entre otras cosas, la seguridad absoluta en que estaba de que á sus soldados y á todo el pueblo de Cruz encerrados en los fuertes revestidos é indestruibles y en las casamatas nada podía hacerles los ingleses, en tante que sus enemigos se hallaban en castillos, pero en castillos de madera en los que no era difícil meterles las balas y hasta echarlos á pique.

Se hallaba el héroe, según hemos dicho, pegado á un árbol, sin casco, espaldar, peto, sin manoplas, todo lo tiró; inmediatamente detrás estaban Luisa, Zalla, el alférez, Almeida, y un poco más separados todos los oficiales de artillería con su anciano capitán á la cabeza.

Los soldados permanecían al pie de los cañones, y detrás de éstos, los últimos, se vía á los criados que también era gente de guerra cuando era necesario.

El día estaba á esta hora, que eran las seis y media de la mañana, sereno y tranquilo; ni una sola nube empañaba el firmamento, y un sol claro, ardiente, brillaba sobre el golfo de Méjico, tornasolando sus aguas saladas.

En torno de Flaviano no se oía otra cosa que la fuerte respiración de aquellos guerreros. No hablaba ninguno ni se movía, pero se miraban unos á otros y sonreían. Ignoraban para qué habían ido, que hacían allí, pero el traje del héroe y de su paje les decía que iba á haber pelea, y la presencia de su incomparable caudillo les aseguraba dos cosas: la victoria y la impunidad; es decir, que entre ellos no habría una sola víctima.

Y si eran hombres avezados á las lides, con valor probado y añadían la circunstancia de ser mandados por el héroe, juzguen nuestros lectores la tranquilidad y sosiego que todos sentirían.

Por eso se miraban unos á otros con semblante alegre y labios sonrientes.

Cuando á la llegada de Almeida los despertaron y supieron por el centinela que mientras ellos dormían estuvo allí el héroe, reconociéndolo todo, exclamó un veterano catalán:

—¡Bendito sea Dios, y cuánta sangre va á correr!

—Dios los haya perdonado,—dijo un malagueño.

—Que Dios los perdone, hombre.

—Es que yo los doy ya por muertos.

—Como si estuvieran,—dijo otro.

—Lo estarán.

—¡Vaya un niño!

—¡Lo que vale ese niño!

—¿Lo que vale? Más que mi patrón San Gregorio.

De esta manera se expresaban al asomar el alba.

Llegó el momento fatal.

Flaviano retiró de su vista el anteojo, gritando:

—Entre todos; que salgan los cañones hasta llegar las bocas á la línea que tengo trazada.

Los cincuenta arrastraron las culebrinas hasta dejarlos en el sitio ordenado por el héroe. Este añadió:

—Unos cubrirlos con vuestros cuerpos para que no los vea el enemigo; otros sujetadlos bien, otros preparad cinco cargas para cada cañón.

Y se colocó delante de todos para volver á mirar un segundo con su anteojo.

—Las mechas,—gritó:

Pero antes de mandar hacer fuego, afinó la puntería hasta dejarla á su gusto.

—Atrás todos,—volvió á gritar.—Fuego la culebrina primera! Fuego la segunda! Fuego la tercera! Fuego la cuarta! Carguen, sin aturdirse, sín precipitación. Almeida, capitán, oficiales de artillería no los perdais de vista.

Y avanzando él, se colocó delante, para ver con el anteojo en cuanto se lo permitiera el humo.

—Hemos barrido las cuatro cubiertas,—dijo,—llevándose nuestras balas hombres, palos, vergas y una parte del velamen. ¡Qué cañones tan bien hechos, qué precisión, qué fuerza mandan sus balas!

—¿Y vuestra puntería, señor no entra por nada?

—La tiene cualquiera.

—No...

—Silencio, niño. Vengan los sirvientes y con vosotros tres, Zalla Luis y alférez, cubrid con vuestros cuerpos los cañones para que no los vea el enemigo.

—Sí, para eso está él ahora.

—Silencio, niño, y van dos.

—¿Qué sucederá á la tercera?

—Fácil es que tú te calles.

Es indudable que el héroe adivinaba; quería mandar hacer fuego momentos antes de que diera igual voz el almirante inglés y tan acertado estuvo, que el estampido del primer cañonazo suyo, ahogó la voz del jefo bretón.

Se adelantó sólo en un segundo poco más ó menos.

Flaviano tenía dispuesto no romper el fuego hasta que lo hicieran los ingleses, pero comprendiendo después que si le daba tiempo á la escuadra podía convertir en ruínas y escombros todo el pueblo de Cruz y dando por hecho que su primer deber era defender lo mismo las vidas é intereses de los españoles que de los mejicanos, dió contraorden á los maestres que dirigían los fuertes para que rompieran el fuego al oir el primer cañonazo fuese de un lado ó de otro.

Así fué, que al escuchar el primer disparo de culebrina los zapadores descubrieron las troneras que tuvieron tapadas hasta aquel momento para que nadie viera los cañones de los fuertes, y empezó un fuego graneado de artillería que no debía cesar mientras hubiera un solo buque sobre el agua.

El almirante inglés fué cruelmente sorprendido al escuchar las cuatro detonaciones de las culebrinas y más aún al ver barrida la cubierta de su navío; la bala que fué á saludarle se llevó á su ayudante, al segundo

jefe, á dos oficiales, á varios soldados, el palo mesana y varias vergas, dejando inútil el aparejo.

Lo mismo poco más ó menos sucedió en los tres barcos restantes.

Era tanto más grande el aturdimiento del almirante cuanto que, creyó en un principio que le hacían fuego desde el mar y supuso que tenían al Sur una escuadra enemiga.

Miró con el anteojo y lo tiró diciendo:

—No hay escuadra ni buque alguno.

—Señor,—le dijo un oficial que miró también con su anteojo,—los he visto en este momento, ya las cubren hombres, son las cuatro culebrinas de Yuun, los mejores cañones...

Su voz se apagó. Los fuertes de la plaza dieron principio á un fuego graneado, cuyas balas se iban metiendo dentro de los navíos ingleses, destrozándolos sin piedad.

—¿Pero esos cañones?—preguntaba el almirante,—¿dónde estaban? ¡Los tenían cubiertos, ya veo las troneras y sus terribles bocas, maldición! Si hemos de morir, muramos matando. ¡Fuego! ¡Fuego los dos navíos restantes y el aviso!

Y descargaron las bandas de estribor, comenzando á cargar de nuevo por la imposibilidad de virar y descargar la banda babor por el destrozo que les habían causado las culebrinas.

No era mucho menor el que les estaban haciendo los cañones de los fuertes.

Las punterías de Fajardo no eran tan certeras co-

mo las del héroe, pero se le acercaban. Las del otro maestre eran buenas también.

La mayor ventaja de los españoles y mejicanos está siendo ahora en lo relativo á Cruz, que los ingleses, aturdidos por la horrible sorpresa y perturbados por las bajas y destrozos que estaban sufriendo, no hacían puntería buena. Muchas balas se apagaban en el mar y no pocas pasaban por encima de la población.

¿Qué hacía Flaviano?

Cuando sus culebrinas estuvieron cargadas por segunda vez, afinó la puntería y mandó hacer fuego, volviendo á barrer las cubiertas de los cuatro barcos ingleses.

El destrozo hecho ahora no era menor que el de las descargas anteriores.

Aquellos cuatro estampidos, como los anteriores, fueron espantosos, ensordecieron, atronando de un modo inconcebible el espacio.

Mezclados ahora esos furiosos estampidos con los de los cañones ingleses y los de los fuertes de Cruz, parecía aquel infernal ruido, él fin del mundo.

Los fuertes de la plaza continuaban disparando sin intervalo alguno. Flaviano llevaba mandadas ocho tremendas balas que acabaron de romper casi toda la obra muerta, y ya las infinitas bajas que tenía la escuadra dieron por resultado la falta de artilleros, fueron estos reemplazados con hombres que desconocían aquel arma, lo que unido al desaliento y á las dificultades que hallaban, no pudiendo mover los navíos, formaban un conjunto desesperante para los ingleses.

Habían convertido en ruinas algunos edificios de Cruz, pero sin orden ni concierto, uno aquí, otro allá, y varios aislados, por la mala puntería y la falta completa de una acertada dirección. Se notaba que sólo sobresalía en ellos el coraje y la ira.

Flaviano tenía cubierta la población por la colina, pero suponía que la estaban destrozando y al hacer los cuatro segundos disparos exclamó:

—Cargad pronto, y acabemos de echar á pique esa escuadra.

Cuando le participaron que ya estaban cargados, modificó la puntería, para que las balas entrasen las cuatro en el primer navío por el nivel del agua.

En el barco de los cuatro que tenía más cerca.

En el acto mandó hacer fuego.

Salieron una tras otra las cuatro balas, yendo á estrellarse en la proa del primer navío, haciéndole un boquete que tendría más de tres varas.

El navío se inclinó un poco, el agua se precipitó por aquella abertura, y dos minutos después se inclinó al fondo del mar, con cuanto había en él.

Flaviano oyó los elogios que le dirigían por la facilidad con que echó á pique el navío sin cuidarse de ellos para nada, volviendo á exclamar:

—Carguen.

Y continuó mirando con el anteojo.

—Ya tiran los enemigos,—dijo,—sin apuntar, su aturdimiento y pavura son completos.

—Qué chasco se han llevado,—decía Zalla,—pero qué ignorantes; les dicen que hay entre nosotros un

héroe y se vienen encima sin parar mientes en lo que esa frase quiere decir.

—No es eso, Ricardo,—le dijo Flaviano.

—¿Pues qué es, mi general?

—Que esos hombres se juzgan los reyes de los mares.

—Y en qué fundan esa ridícula pretensión?

—En que son inteligentes y tienen muy buenos barcos.

—Pues si siempre demuestran tanta inteligencia como ahora, miente su fama.

—Los hemos sorprendido, los hemos cazado é ignoraban que si bien es posible destruir á Cruz, la escuadra que lo intente, lo mismo con cuatro navíos que con diez, será echada á pique sin conseguir otra cosa que derribar algunos edificios.

—Porque no es posible más peleando contra un héroe, y eso quería yo decir; cometieron la torpeza de venir contra vos, y á todos les va á costar la vida.

Algo después le decían los artilleros:

—Ya están cargadas las culebrinas, mi general; vaya otro barquito á fondo.

—Os advierto que es el navío almirante.

—No importa; vamos con él.

Flaviano afinó la puntería y exclamó:

—¡Fuego!

El segundo navío cabeceó como el anterior, y lentamente fué sepultándose en el fondo del golfo de Méjico.

—Carguen,—volvió á exclamar Osorio, mirando con el anteojo.

—¡Ah, con qué habilidad te preparas para huir! ¡Te voy á ayudar!

Y dejando de mirar, exclamó:

—Monta á caballo, Zalla, y parte á escape al fuerte moderno: le dices al maestre de zapadores que no haga fuego al aviso inglés, que tire únicamente á la proa del navío que queda. Vuela. Alférez, vas al fuerte antiguo y dices lo mismo al maestre Fajardo, pero cambiando la puntería, ese que tire á la proa del navío. Ganará un ascenso el que regrese antes.

El alférez corrió donde estaban los caballos, cogió el que estaba más cerca, saltó á él y lo llevó en pelo haciéndole correr cuanto podía.

Por el contrario Zalla mandó á su criado que le ensillara su potro, le ayudó él, y montando se dirigió á escape al fuerte moderno. No iba despacio pero tampoco obligó á su caballo á que corriera todo lo que podía.

Deseaba que el alférez ganase el ascenso.

Este rasgo de nobleza tuvo el premio de la vida, que hubiera perdido probablemente si corre y se aturde como el alférez.

Los dos tenían que pasar por entre las balas que el navío inglés dirigía á la población.

Flaviano después de verlos partir, cogió otra vez el anteojo y continuó mirando.

CAPITULO LII

El aviso.—Zalla.—El alférez.—Un ruego tardio.—Todo acabó.—
Las ruinas de Cruz.

—Señor, preguntó el paje á Osorio.—¿Os referíais antes al aviso?

—Si.

—¿Qué ha hecho?

—Resguardarse del fuego de estribor con el navío que les queda y del nuestro con el almirante que lo cubría.

—Y de qué le sirve?

—Quedó ahora al descubierto para nosotros, pero ha reparado en parte sus averías y se dispone á huir.

—¿Lo vais á dejar pasar por frente á nosotros?

—Sí, quiero ver á donde llega su osadía.

—A escapar si puede.

—Si fuera eso solo, te aseguro que lo dejaba pasar sin hacerle nada.

—Será eso solo.

—¡Ah, Luis; que no conoces á los ingleses!

—¿Qué hace, señor?

—Se hinchan sus remendadas velas y empiezan á moverse. Veremos si llegan á tiempo Zalla y el alférez de evitar que le hagan fuego. A este con poco se le echa á pique.

—Debe ser un buque ligero pero endeble.

—Sí.

—Anda ya.

—Le están arreglando el timón.

—Es posible que llegue á tiempo vuestra orden.

Diez minutos después le contestaba Flaviano:

—Llegó á tiempo mi órden. Ahora sale el aviso, mal aparejo, pero corre bien. Es un buque velero de mucho andar. Muy bien, se remonta con brío.

—Pero tiene que pasar por aquí delante.

—Sí, es la manera de llevar el viento por la popa.

—Cierto y el que huye entra siempre en el camino que lo aleja más pronto de sus amigos.

—Ya vira al Sur, pasará por delante de nosotros su banda de estribor. Ahora ccrre lo increible. Vedlo, está ya casi enfrente. Afloja... ¿qué es eso?

Y Flaviano gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Tirarse todos á tierra que nos manda una andanada.

Y empujó á su paje hasta derribarlo. Todos se tendieron.

Solo él no hizo otra cosa que encubrirse un poco con una culebrina.

En el mismo instante se oyó una descarga de artillería. Cinco balas rasas pasaron por encima de las cabezas de los que acompañaban á Osorio y á una vara de ellos.

Dos balas pasaron por entre las culebrinas, rozando una las vestiduras de Flaviano.

El héroe gritó:

—Arriba todos; las mechas.

Hizo la puntería y añadió:

—Fuego al aviso.

El barco éste se hallaba virando, no sabemos si para remontarse ó para mandar á los de las culebrinas la andanada de babor. Pero presentó su poca y en ella le metió el héroe cuatro enormes balas que lo destrozaron. Estaba á corta distancia, los proyectiles entraron á flor de agua, los boquetes fueron tremendos y el aviso se anegó en un minuto, desapareciendo para siempre.

—¿Te he lastimado, Luis?—fué lo primero que preguntó el héroe, temiendo haberlo arrojado al suelo, con demasiada fuerza.

—No, señor, pero debísteis tiraros vos también.

—A mí me respetan las balas, ya lo has visto.

—Una pasó rozando vuestras vestiduras.

—Como si hubiera pasado á una legua de distancia.

—Los jefes dan el ejemplo.

—No; en estos casos, les basta con salvarles la vida, como yo hice ahora contigo y con varios artilleros.

—¡Me habéis dado un susto!

—¿Al tirarte al suelo?

—No, eso os lo he agradecido, al no tirarnos vos.

En este momento llegó Zalla pausada y sosegadamente, dió el caballo á su criado y dijo al héroe.

—Señor, vuestra orden se cumplió.

—Gracias maestre.

—¿No vino el alférez?

—No ha llegado aún.

—Y yo que he venido tan despacio para que llegase antes...

—Pues él ha hecho lo mismo y vendrá después.

—Me llevaba una delantera grande y en verdad que le dejé correr lo que quisiera, pues tenía empeño en llegar después que él.

—Tu buena suerte, Ricardo. Si te presentas aquí cuando debiste, te mata una de las cinco balas que nos mandó el aviso.

—Señor, opino que al alférez le ha ocurrido algo; hacía volar á su caballo, lo llevaba en pelo, por cierto que era el vuestro, Almeida.

—¿El mío?

—Sí, cogió el que halló más cerca y es lo probable que lo haya tirado. ¿Me permitís que lo busque, mi general?

—Sí, ve, que vayan además tu criado y los dos míos, pobre muchacho.

Ya estaban á caballo los cuatro é iban á picar cuando exclamó Zalla.

—Alto, que aquí viene.

Un minuto después se presentó el alférez llegando en un estado lastimoso.

Iba á pie, todo cubierto de polvo, sin casco y con varias contusiones en todo el lado derecho.

—¿Qué os ha ocurrido?—le preguntaron varios con interés.

—Casi nada. Llegué, dí la orden que me encargó nuestro general y piqué á mi caballo, no, al del maestre Almeida y queriendo llegar antes que el gobernador de Cruz, me cogí á la crin yendo casi tendido, cuando una bala de las que nos manda el navío, le llevó á mi caballo los dos cuartos traseros. Yo salí por las orejas yendo á parar á cinco ó seis varas y mi casco desapareció.

Me levanté, me he venido á pie y aquí estoy mi general para deciros: La orden de V. E. quedó cumplida.

—Estoy seguro que antes de la que llevaba Zalla.

—Mucho antes, señor, pero ese valiente gobernador es más digno y más afortunado que yo.

—¿Por qué dices eso, capitán?

—Yo ¡capitán! Señor, vos no sois un héroe; sois una divinidad.

—¡Profano, no disparates!

—Don Ricardo, compañero mío...

—Qué decís, señor capitán, os falta algo para ser maestre.

—¿Vos, maestre vos? ¡Qué ventura! Mi general, el ascenso de don Ricardo es más justo que los dos míos.

—Más ó menos justo así lo ha dispuesto el rey y así será.

—¡Viva el rey! ¡viva su héroe!

Todos contestaron á esos dos vivas.

Flaviano demostró no hacer alto en ellos y cogiendo su anteojo, exclamó:

—Pero qué hacen esos fuertes con un navío que estaba en la agonía.

Y miró, añadiendo:

—Por fin se sumerje.

—Ya era tiempo. Señores—añadió—hemos concluído.

Eran las doce y media de la mañana. La batalla había durado seis horas largas, quedando sepultados en el mar los cuatro barcos y cuanto iba en ellos.

Instantes después que sonó el último cañonazo, se presentaron á Flaviano montados en mulas dos religiosos.

—Eran el príncipe de Italia y su lego.

Osorio se acercó al primero diciéndole:

—¿Señor, cómo á estas horas y en este sitio? Grave debe ser lo que ocurra. ¿Teneis la bondad de decírmelo?

—Hijo, ten caridad por el amor de Dios de los que todavía queden con vida.

—¿Os referís á los ingleses?

—A tus contrarios, sean los que quieran.

—Es tarde, señor, todos perecieron ahogados.

—¡Infelices! ¡Ay de tus enemigos, Flaviano!

—No tengo yo la culpa si no el destino. Hace menos de un cuarto de hora dejaba huir cerca de mil en un barco velero. Pagaron mi clemencia tirándonos cinco cañonazos á muy corta distancia; por milagro de Dios no nos dieron á ninguno é iban á mandarnos la segunda andanada, pero yo me adelanté un minuto y con

solo cuatro balas los mandé á todos al fondo del mar. Así lo quiso Dios, padre mío.

—Sí El lo dispuso así, cúmplase su soberana voluntad. ¿Y tu hermano Julio?

—No ha tomado parte, se halla en el bosque al frente de toda la infantería esperando que nos ataquen por fuera. Ahora le haré venir.

—¿Cuántas bajas, ó mejor dicho, cuántas víctimas contais?

—¿Nosotros?

—Sí.

—Ninguna.

—Como siempre.

—Ellos nos habrán echado abajo algunos edificios y nosotros les hemos sumergido cuatro barcos. El resultado de la contienda se redujo á eso.

—¿Cuántos seres humanos había en los edificios que os han arruinado?

Ya os dije, señor, que ninguno.

—¿Y en los cuatro buques?

—No lo se con exactitud.

—¿Todos parecieron?

—Creo que se ahogaron los que no perecieron en el combate.

—Flaviano, ¿qué te has propuesto en el día de hoy?

—Contestar al contenido de este documento.

Y Osorio le dió á leer una de las comunicaciones más importantes cogidas á los ingleses.

Cuando hubo terminado la lectura el principe de Italia, se la devolvió diciendo:

—Tienes razón, era preciso poner un dique á ese torrente de maldades, de hipocresia, de hechos bandálicos, de ingerencias criminales. No se puede vender amistad y ser los más fieros enemigos; no se puede venir en paz para sorprender y hacer la guerra con más comodidad; no se puede moralizar un imperio, llevar á él la civilización y la cultura, la riqueza en las ideas y el progreso en los hechos, mientras haya intrusos que subleven las masas inconscientes y exploten la ignorancia. Nada tengo que reprenderte, hijo mío, cumpliste bien tu misión, el poder que depositaron en tus manos, el rey y la patria no ha podido usarse mejor, ni con más sabiduría y talento. Por más que, como ministro del altar me duelan las víctimas, como hombre y como juez recto te aplaudo y te bendigo. Para llegar al bien, te vistes obligado á pasar por el mal, ya en aquel, sólo dicha y prosperidad brotaron de tus hechos. Flaviano, valiente, noble y sabio Flaviano, que Dios te bendiga como acabo yo de hacerlo.

—Gracias, señor, vuestras frases son la mayor recompensa á que podía aspirar.

—¿Cuántos buques llevan perdidos los ingleses?

—Ocho, entre ellos los cuatro mejores navíos que surcaban los mares.

—¿Cuántos hombres sucumbieron?

—Ocho mil próximente.

—La lección fué terrible, posible es que les baste y en muchos años, acaso en siglos no vuelvan á intentar nada parecido á lo que expresa ese documento que posees.

—Quién sabe, señor, puede que os equivoquéis.

—Adiós, hijo mío.

—La Providencia vele por vos, señor.

Y los dos religiosos regresaron á San Juan.

Cuando Osorio concluía de hablar con el príncipe, Zalla acababa de curar al nuevo capitán de las lesiones que había recibido. Ninguna era grave ni le impedían montar á caballo.

—Maestre Zalla,—exclamó el héroe,—partid á Cruz y como gobernador, disponed que la población vuelva á su estado normal. Diles que pagará el rey todo el daño que les hayan causado los ingleses. Añades á Fajardo y al maestro de zapadores que te ayuden á tasar el valor de las pérdidas sufridas y pagáis en el acto su importe. Hoy comeremos contigo el príncipe, el general Mendoza, los maestres, mi paje, el nuevo capitán y yo, parte.

—Señor; ¿dónde alojo á los que hayan quedado sin vivienda?

—En los edificios públicos.

—Hasta luego.

—Almeida, uno de los artilleros puede prestaros su caballo.

—Si os parece, señor, mandaré mi criado á San Juan con los artilleros y en el suyo...

—Muy bien. Buscad al príncipe y lo lleváis al gobierno. La fuerza que manda puede comer en el bosque cuando haya acabado el calor y regresar luego á San Juan. ¿Tú, capitán lesionado, puedes montar?

—No tengo nada, casi nada.

—¿Y para cubrir la cabeza?

—Un oficial de artillería me prestará su sombrero. Se lo devolveré pronto.

—Busca al general Mendoza, lo hallarás á la salida del bosque y le dices lo mismo que Almeida al príncipe, llevándolo también al gobierno. Marcha. Luis, que vayan ensillando nuestros caballos.

Y dirigiéndose al capitán de artillería le dijo:

—Buena gente tenéis, yo os doy las gracias á todos en nombre del rey por los servicios que hoy habéis prestado á la patria.

—Qué torpes; nosotros creíamos, mi general, que todo lo habíais hecho vos.

—Os habéis equivocado, amigo mío, todos hemos trabajado; todos nos concretamos á cumplir con nuestro deber, no obstante lo cual si habéis visto que algunos se excedieran sobresaliendo en algo, proponerme las recompensas que merezcan y en el acto le serán concedidas.

—Mi general, sólo hubo uno que sobresalió, que merece todas las recompensas. Ese sois vos.

—Poco hice y nada quiero; á mi me basta conque la patria y el rey queden satisfechos de mí.

—Y á nosotros servir á vuestras órdenes; es nuestra mayor recompensa, nuestra única felicidad. Esta batería desde hoy es la primera del mundo, ninguna hizo más, el pertenecer á ella es la mayor honra á que puede aspirar un artillero. Concedednos, señor, una gracia.

—Hablad.

—Que en adelante se llame la batería de Osorio.

—Poco es y puesto que va á llevar mi apellido, todos los que hoy pertenecen á ella cobrarán dos pagas, una de las arcas reales y otra de las mías, mientras permanezcáis en Méjico.

Varios vivas contestaron á este acto de generosidad, los cuales apagó Osorio añadiendo:

—Capitán, que limpien y cubran esos cañones; no los hay mejores en el mundo; comed entre esos árboles y cuando baje el calor partid á San Juan Bautista.

Y montó á caballo siendo despedido con hurras y vítores por los cincuenta y cuatro artilleros.

Seguido Osorio de su paje y criados se dirigió á Cruz pausadamente.

Por el camino decía al primero:

—Luis. ¿Qué habrá sido del gobierno donde pensamos hospedarnos?

—Señor, quedará el sitio.

—Y los escombros.

—Es el edificio que primero han debido echar abajo.

—Eso es lo lógico y natural, pero es posible que haya sucedido lo contrario.

—¿En qué os fundáis, señor

—En que la soberbia y la ira perturbaron al almirante, y la sorpresa, el aturdimiento y luego el ruido á todos los que le obedecían.

—Es verdad, señor.

—Mi entrevista con el almirante, que era un valiente y un buen marino empezó á descomponerlo.

—¿Lo visteis hoy?

—Si.

—¿Cuándo, señor?

—Cuando tú te vestías y él se retiraba á su escuadra.

—¿Una entrevista *casual*?

—Casual no, pero importante.

—Ahora me explico, señor, tanto disparate como hicieron.

—¿Qué sabes tú?

—Mi vista alcanzaba á los buques y me son conocidas vuestras aceradas frases. Estoy seguro que llegó á su navío ese almirante descompuesto, fuera de sí y más apto para sufrir la espantosa catástrofe de que él y todos los suyos fueran víctimas, que para concebir una sola idea salvadora.

—¡Ay, Luis, la pobre humanidad, débil y escasa de entendimiento, se equivoca y amilana á cada paso que dá por el espinoso sendero de la vida!

—Lo cual no os ha sucedido á vos jamás

—Ya me sucederá, que soy de la misma materia que los restantes hombres.

—¿Cuándo os va á suceder?

—No tardará. La suerte es mudable.

—Señor, ¿qué tiene que ver vuestro colosal entendimiento con la suerte?

—¡Colosal; pero qué cosas dices! El primer entendimiento del mundo es el del príncipe de Italia, eso nadie lo duda...

—Eso nadie lo cree, ni el interesado. Continuad.

—Si me niegas una verdad tan clara y evidente es inútil que hablemos, Luis.

—Tratándose de vos, completamente inútil. Ved,

señor, el pueblo de Cruz. No parece que las balas inglesas causaron mucho daño.

—No; en conjunto, no.

—A lo sumo derribaron diez ó doce edificios.

—Esos no se ven aún.

—Sí, yo ya veo algunas paredes agujereadas y otras caídas.

—Pocas son, señor, y desde esta altura se domina el pueblo.

—Me alegraré por las arcas reales.

—Y yo para que vuestra victoria sea mayor.

—¿Qué victoria? Eso no ha sido victoria.

—¿Pues qué ha sido, señor?

—Torpeza, aturdimiento, buena puntería y suerte.

—Deliciosa suerte, siempre estais con esa frase en la boca.

—Porque es verdad.

—Porque esa la puede tener cualquiera.

—Mira la torre, al ángulo derecho le llevaron un pedazo.

—¿Dónde vamos?

—A reconocer el pueblo.

—¿No averiguamos antes si tenemos ó no gobierno donde alojarnos?

—¿Para qué? Si no hay gobierno habrá fuertes, casamatas y varios edificios públicos.

—Ved, señor, esa reja arrancada de cuajo.

—Las balas de artillería producen esos fenómenos.

—¿Qué hombres son aquellos?

—Los zapadores que han empezado á trabajar.

—¿Tan pronto?

—Es ahora lo que más importa y ese tercio es de lo mejor que tiene nuestro ejército.

—Creado por vos, dirigido por vos y hasta enseñado por vos.

—Adulador.

—Mucho. Señor, á ese balcón le ha sucedido lo que á la reja que vimos antes.

—¡Ay Luis lo que viene ahora!

—¿Qué es, señor?

—Montones de escombro, ruinas, desolación.

—Esto es lo peor de Cruz.

—Aquí, en esta parte se cebaron más que en el resto. Era lo que tenían de frente y como todos los edificios cometieron el mismo delito, les era indiferente derribar unos antes que otros.

—Todos estaban sentenciados á sufrir la misma suerte.

Y calle por calle todas las fueron recorriendo.

—¿Cuánto habeis sumado, señor?—preguntó el paje á Osorio.

—Hasta ahora quince edificios derruidos y veintiocho en principio de ruina.

—No fué mucho.

—Nada para lo que pudieron hacer con solo los tiros que han disparado.

—¡Mirad, señor, qué dicha!

—¿A qué te refieres?

—Al gobierno. Lo dejaron intacto. ¡Qué torpes!

—Ya lo ví antes.

Y entraron, hallando el zaguan lleno de tropa y sirvientes.

Por más que existiera en Flaviano nobleza de alma y caridad cristiana, la funesta conducta de los ingleses y la natural defensa de los derechos de España y de las vidas de los mejicanos y españoles, le estaban obligando á borrar de su diccionario la palabra compasión, según acabamos de ver.

Y es lo cierto que cuanto ha hecho es bien poco para lo que veremos más adelante.

CAPÍTULO XLVIII

Reunión de los jefes.—La comida.—Justicia al héroe.—Una sobremesa larga é importante.—Dos acontecimientos graves.—A San Juan Bautista.

Flaviano y su paje pudieron recorrer calle por calle é ir reconociendo casa por casa sin que se lo impidieran los muchos vecinos y soldados que andaban enterándose del daño que hicieron los cañones ingleses, ocultando sus rostros con la celada de los cascos.

Cuando hubieron terminado, subieron al piso principal y en él hallaron á Julio, Mendoza, Almeida y al nuevo capitán.

Faltaban los dos maestres y el gobernador que en estos momentos se ocupaban de la tasasión que les había ordenado el héroe.

Julio estrechó á Flaviano diciéndole:

—Ya se, hermano mío, que estuvíste tan héroe como siempre y lo que no me ha gustado, que te hayas expuesto

hasta el extremo de pasar una bala de cañón rozando tu cuerpo.

—Julio, en la guerra no se puede menos de correr ese y otros riesgos peores; esto bien lo sabes. Parece que no das tu ejemplos de valor y de arrojo.

—¿Por qué al mandar que todos se echasen á tierra te quedaste de pié?

—Como general tenía el deber de salvar á mis soldados, como hombre tengo libre albedrío y solo yo dispongo de mi vida.

—¿Querías que te matasen?

—Me era igual.

—¿Qué hubiera ocurrido si aquella bala te mata?

—Que me hubieras tú reemplazado y todo marcharía perfectamente.

—No te hubiera reemplazado ni marcharía todo bien.

—¿Te has convertido en hermano mayor? sea; qué hago, señor.

—No exponer tu vida.

—¿Cómo se hace eso en la guerra? No me mandes cosa que tú no seas capaz de hacer, porque entonces se rebela el hermano menor contra el mayor.

—Flaviano, quiero que vivas para vivir yo, para que vivan nuestros padres; para que no peligren las vidas de los españoles y buenos mejicanos en Nueva España y para complacer á todos tus admiradores que son infinitos. Defiende tu existencia y nada más te pido.

—Primer sermón, el de mi paje. Segundo el de mi padre Julio. Tercero el de mi hermano mayor, ¡A esto

llaman un héroe! Cuando yo digo que tengo tanto de heroismo como de fraile, no me equivoco. Ven aquí, Rogelio; ¿no me predicas tu también?

—Yo no sé nada de lo que pasa hoy; sé únicamente que son las dos y media de la tarde.

—¿Qué quieres decir, que pare el sol como hizo Dios con Josué?

—No, hombre, que estoy en ayunas, casi en ayunas, y permanecí á caballo cerca de nueve horas.

—Esplícate, ¿qué quiere decir casi en ayunas?

—Que sólo he comido en todo el día unos cuantos plátanos.

—¿Cuántos fueron?

—No los conté; diez ó doce.

—¿Y eso es estar casi en ayunas?

—¿Pues cómo estaremos nosotros,—añadió el paje,—que ni aun agua hemos tomado?

—Teneis menos humanidad que yo.

—Capitán, ¿sabes algo de la comida? Ya veis que el general Mendoza tiene hambre.

—Señor, estoy encargado de ella y puedo asegura-ros que estará en breve, los que puede que no vengan tan pronto son los maestres.

—Pues hasta que ellos lleguen no podemos comer.

—Todo sea por Dios.

—¿Qué tiene este oficial que va vendado, Flaviano?

—Varias contusiones. Una bala de cañón le llevó medio caballo; aquel alazán que montaba Almeida.

—¡Y no se estrelló!

—No, de los que sirven á mis órdenes no muere ninguno.

—No es nada lo que tengo, señor.

—¿Y esos vendajes?

—Me los puso el maestre Zalla y me los he dejado.

—¡Zalla maestre de campo, y este niño que ayer era alférez, hoy capitán!

—No os admire, alteza; lo hemos ganado.

—¿Qué habéis hecho?

—Yo no lo sé, señor príncipe, pero cuando mi geral en jefe nos ha ascendido, positivamente lo hemos ganado.

—Vaya una contestación admirable, Julio,—dijo Mendoza;—llámale niño, hermano.

—No tan joven, que acabo de cumplir veinticinco años.

Flaviano sonreía sin decir nada en aquel momento.

Media hora después llegaron los maestres, y en el mismo instante, á ruego de Mendoza, se fueron al comedor.

—Puesto que es algo tarde,—dijo Flaviano,—comamos, que luego tendremos tiempo de hablar.

—Aprobado por unanimidad,—gritó Mendoza.

A la mitad de aquel acto exclamó Mendoza:

—Qué comidas nos da este gobernador. Flaviano, nómbralo perpetuo.

—Si tú quieres el puesto, él te lo cede gustoso.

—No, gracias. ¿Pero no es de admirar que cuando acaba de sufrir este pueblo un cañoneo tan terrible, pueda servirse una comida tan suculenta?

—Ha sido más el ruido que otra cosa, Rogelio.

—¡El ruido! algunas casas he visto yo convertidas en escombros.

—No llegan á dieciseis.

—¿Y es poco?

—Es mucho, pero no tiene importancia.

—Te vas á ahogar Rogelio, come y calla,—le dijo el príncipe.

—Es lo mejor.

Acabaron de comer y volvió á quedar Mendoza como estaba al llegar Flaviano, disgustado é incómodo.

Flaviano lo notó diciéndole:

—¿Qué te ha ocurrido hoy, Rogelio?

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—¿Sin embajes ni rodeos?

—Claro es.

—Pues te lo voy á decir; pero no te has de incomodar, Flaviano.

—No me incomodaré.

—Algún disparate vas á soltar,—le apuntó por lo bajo el paje.

—No, lo vas á ver.

—Déjalo, Luis.

—Por mi parte que hable, pero Dios ponga tiento en sus labios.

—Ya lo ha puesto. Oye, Flaviano...

—¿Es á mí solo?

—Si, pero todos pueden oirlo.

—Pues oid lo que me dice mi hèrmano, señores.

—Digo, que el ejército entero, desde el príncipe hasta mi criado desean asistir á las batallas que manda Flaviano y yo no.

—¡Lo dije!

—¿Me dejas, paje? Oye, que mis frases no tienen réplica.

—Sucederá lo contrario.

—Flaviano, impón silencio á tu paje.

—Calla, Luis

—He aquí la poderosa causa que tengo: Me hallaba esta mañana al frente de mil caballos con los cuales se podía atravesar un ejército de cien mil hombres sin temor alguno. ¡Qué caras tan aguerridas, qué miradas tan fieras, que deseos de ir á las manos y qué caballos! Todo empujaba al combate, á la victoria. Pues bien, señores ni victoria ni combate ni nada, y consiste en que para vencer al enemigo basta solo mi hermano; por eso dicen todos que representa un ejército. Al rey y á la patria no se le sirve comiendo plátanos, mirando el sol y oyendo el cántico de las aves; únicas cosas que hemos hecho mi caballería y yo.

—Has concluído,—le preguntó Flaviano.

—Sí. Pero no hay réplica, señor general en jefe.

—Y que va á ser mala.

—Te han mandado que te calles, paje del demonio.

—Tiene razón el general Mendoza,—añadió el héroe; —ha dicho la verdad; conmigo no se puede servir.

—¿Lo ves, Luis?

—Ten paciencia, que falta lo mejor.

—Esta vez te deja mal tu señor.

—Lo veremos. Continuad, señor.

—Estuve torpe, lo confieso,—replicó Osorio;—pero me enmendaré. En cuanto vuelva otra escuadra inglesa á vengar la muerte de sus hermanos y la destrucción de sus navíos, mando al general Mendoza que dé una carga de caballería á los buques ingleses y los eche á pique á estocadas.

Todos soltaron la carcajada.

Mendoza comprendió el disparate que había dicho, la cogida que acababa de darle Flaviano, y contestó:

—Eso no, hombre; los caballos no andan por los mares. Yo quería decir...

—Cállate, general, que te van á dar otra cogida,—le dijo el paje.

—No, ahora no. Sepamos qué hicimos esta mañana Julio y yo al frente de diez mil hombres capaces de vencer á treinta mil.

—Obedecer las órdenes del general en jefe, que era vuestra obligación, sin derecho en tí á hacer pregunta alguna á tu superior.

—Van dos. ¿Preparas la tercera?

—Sí, paje del diablo, allá va la tercera.

—Yo no te pregunto como general, sino como hermano.

—Diré al hermano que el enemigo tenía fuerzas bastantes para un desembarco, y fuísteis Julio y tú para batirlo y derrotarlo en el caso de realizarlo.

—Pero como tú no les distes tiempo para nada; como tú sólo acabaste con las fuerzas de desembarco,

con las de marina, con los cañones y con los navíos, los demás nos quedamos de mirones.

—¿Yo sólo?

—Sí, tú sólo.

—Que te contesten esos dos maestres de campo que tienes enfrente.

—Casi sólo, señor,—replicó Fajardo:—vuestras cuatro culebrinas y vuestra puntería lo hicieron casi todo.

—¿Lo ves, hermano? Contesta ahora.

—Me ayudásteis los dos poderosamente; pues qué, ¿no os ví yo cuando os dejé el último navío ir lentamente metiendo nuestras balas por las troneras de la banda de estribor del barco enemigo, para inutilizar todos sus cañones, y con exposición de tardar más, evitar mayor daño á la plaza? ¿No os ví luego echarlo á pique?

—Es verdad, señor: tuvísteis la bondad de dejarnos un barco, que tardamos en sepultarlo en el mar mucho más tiempo que vos en echar á pique tres.

—Bien, por el mayor alcance y potencia de mis culebrinas.

—Permitid, mi amado general en jefe: he asistido á once batallas navales, ví jugar el talento de los primeros jefes del mundo, y ninguno de ellos supo echar á pique un navío con sólo cuatro balazos. Era preciso que una bala diera junto á la otra, á flor de agua, y eso no sabe nadie hacerlo; ni lo hubiera logrado el rey de los marinos, mi maestre Roch.

—¡Lo ves, Flaviano, como bastas tú sólo para dar y ganar batallas?

—Eso es un disparate; pero en fin, tú lo crees, y puesto que ya eres general, en guerra estamos con Francia, y allí vas á ir inmediatamente á las órdenes de otro general en jefe, para que puedas pelear á tu gusto.

—Tardaré en pegarme un tiro en el corazón tanto como en recibir la orden.

—Dejadle, señor,—dijo el paje,—y no le hagais caso: hoy está perturbado y divaga.

—Ya lo veo.

Mendoza fué á contestar, y poniéndose en pie el paje le dijo:

—U os callais, ó uno de los dos está aquí demás. Y el que salga no volverá á sentarse cerca del general en jefe.

—¿Pero, por qué ese arranque?

—Porque delante del héroe, del hombre que más vale en el mundo no deben decirse disparates y cada vez que desplegueis hoy los labios sale uno.

—¿Es verdad eso, Julio?

—Sí, Rogelio.

—He podido yo faltar á Flaviano que tanto admiro á él lo quiero más que quise á mi padre. Pues no me lo perdonaré nunca. Hermano mío, yo te suplico...

—Todo acabó, Rogelio; no has hecho nada ni yo me he ofendido. Hablemos los cuatro del encargo que os dí.

—Mi general,—le contestó el maestre de zapadores,—las casas venidas á bajo son quince y las derruidas en parte veintiocho. Hemos calculado aproximadamente lo que importaba esa pérdida con muebles y

cuanto se ha destruído y nuestros cálculos ascienden á dieciocho mil ducados.

—Sean veinte mil. Deseo que vuestros zapadores, ayudados por indios empiecen las obras mañana.

—Lo harán, señor; ya están reparando la torre y los edificios públicos.

—Todo debe llevar vuestra dirección y al efecto con una visita cada dos días...

—Diariamente vendré, señor.

—Para que os acompañe podeis llevar de ayudante á este nuevo capitán que está á vuestro lado.

—¡Capitán! ¿Es capitán?

—Sí, en dos días fueron tan importantes los servicios que prestó á su patria que S. M. el rey le ha concedido dos ascensos. No los habeis notado porque aun no tiene banda. Regaládsela vos, maestre.

—Con mucho gusto, señor.

—No disimuleis; ¿se la regalais con gusto?

—Que grande sois, señor, hasta en lo más pueril. Se la regalo con gusto y se casará con mi hija cuando vos dispongais.

—El día os toca á vos, como padre, y el mes á mí, pues que se case en el próximo.

—Así ha de ser.

—Puede apadrinarlos el maestre Zalla.

—Acepto.

El joven capitán cayó de rodillas á los pies del general en jefe y besó su mano varias veces. Por más esfuerzos que hizo Flaviano no pudo evitar ese acto.

Después se pusieron en pie y formaron grupos en la

forma siguiente: Flaviano y Julio estaban en un extremo, los maestres con el nuevo capitán en el centro y Mendoza y el paje en el otro extremo cuestionando.

Ya llevaban así cinco minutos cuando Zalla se separó de sus compañeros y acercándose á Mendoza le dijo:

—Señor marqués, hoy habeis estado muy inconveniente con mi maestro y amado general.

—¿Qué te importa á tí eso?

—Ni os tolero que me tuteis en lo sucesivo ni os perdono vuestras inconveniencias en la mesa.

—¿Qué es esto, Zalla?

—Esto es, Mendoza, que todas las ofensas que se hacen á mi general las recibo yo como hechas á mí y las contesto con la punta de la espada.

—¿Os atreveríais á desafiarme, os atreveis conmigo?

—Excepción hecha del príncipe de Italia, del duque del imperio y de sus dos hijos me atrevo con todos los demás. Yo creía que lo sabíais.

—Es decir que pretendeis nos vayamos los dos solos á uno de esos bosques que nos cercan y allí...

—Sí, para que allí quede uno de los dos.

—Ya supondreis que no os tengo miedo.

—Juzgándoos por mí, como hago, creo que no temeis á nadie.

—Me haceis justicia; ¿pero no opinais como yo que ha de ser á mi hermano más servible este lance que el olvido de lo que aconteció en la mesa?

—No lo sé ni quiero averiguarlo.

—De todos modos debemos justificar el lance cuanto

sea posible sino quiere el que sobreviva sufrir su anatema.

—Eso está muy puesto en razón. Inventaremos una historia; por ejemplo, que veíamos las cosas de distinta manera en lo relativo á lo que aconteció esta mañana, nos tratamos con dureza y encargamos á las espadas que nos dieran ó quitaran la razón.

—¿Salimos solos?

—Si el paje quisiera acompañarnos y confirmar luego el relato...

—¿Qué dices, Luis?

—Escuchad mi opinión: En la mesa estuviste mal, marqués; desde que pronunciaste la primera frase te lo dije; y vos, Zalla, estáis ahora peor. ¿Quién os ha dicho que el héroe necesita defensores para las ofensas que le hagan? ¿Sois por ventura más valiente que él, más hábil y más ganoso de su honra?

—No.

—¿Os igualais á él en algo?

—No; está en todo muy por encima de mí.

—¿Y al saberse mañana lo ocurrido, qué dirá el héroe, qué dirá su hermano Julio, qué dirán todos los jefes del ejército, qué diré yo? ¿Os habéis creído más valiente, más hábil, más interesado que todos nosotros? ¿Por qué? ¿Qué parentesco, qué derecho tenéis mayor que el nuestro? Cuantos conozcan el hecho os juzgarán loco ó tan presuntuoso que os mirarán con desdén. Y es lo peor que yo, el paje y amigo del general, no consentiré ese duelo, pues me consta, que le había de amargar el resto de su vida, y puedo, y debo y quiero

evitarle esa pena. Zalla, ved lo que hacéis; me hallo dispuesto para hacer público el hecho, empezando por decírselo ahora mismo y fuerte al general para que todos lo oigan.

—Pero, paje, eso no es correcto.

—Lo incorrecto es pretender celebrar la gran victoria lograda hoy por el sabio de los sabios causándole el más grande disgusto. ¿Lo llamo?

—No por Dios.

—Pues jurad por la Virgen, no volveros á acordar más de lo que aquí hemos hablado y de lo que pasó en la mesa. O lo llamo...

—Yo lo juro.

—Y yo también.

—Ahora sois dignos de seguir al lado de mi señor, antes, no.

—Tienes razón, Luis.

—La tiene.

—Hemos hablado con un poco de viveza y ya el general nos ha mirado tres veces. Inventemos algo; si nos pregunta, digámosle que debatíamos sobre los indios del campamento, que no merecían tanta consideración, que era el héroe demasiado bondadoso. Ya viene. Dejadme á mí.

Julio se acercó á los maestres y Flaviano formó parte del corro de Luis, Mendoza y Zalla, preguntándoles:

—¿De qué hablábais?

—Del campamento.

—No me dices la verdad, Luis.

—Señor...

—Que no me la dices. Rogelio y Ricardo han disputado sobre una cosa grave, y tú, Luis, los has arreglado.

—En efecto, señor; decía Ricardo, que erais con esos semisalvajes demasiado bondadoso, y Rogelio se fué al otro extremo y sostenía que aún merecían más por su incondicional sumisión. Yo les demostré que los dos se equivocaban, y logré convencerlos con razones.

—Luis, si eso no es cierto, es por lo menos hábil y la verdad es que no te enseñé tanto.

—Lo habré yo aprendido.

—Eso es verosímil.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No me queréis creer y os lo agradezco.

—¿Debo creerte?

—Sí, señor.

—¿Porque es verdad ó porque es conveniente?

—Adivinadlo, señor.

—Ya lo adiviné.

—Queréis decirlo.

—Rogelio, Ricardo, para el que se olvide del respeto que merece el general en jefe del ejército, tengo buques con bodegas y calabozos en ellas, en los cuales regresarán á su patria. Y para los ingratos que paguen mi cariño con hechos secretos é indignos, tengo el desprecio y el abandono.

Y les volvió la espalda incorporándose de nuevo con Julio.

Luis exclamó:

—¡Descuidaos con él que es tonto!

—¿Luis, quieres que te sea franco?

—Sí.

—Al principio le contestaste muy bien, con mucho talento, pero á lo último vacilabas y estuviste mal.

—Marqués, ese hombre todo lo domina, todo lo puede; quiso que me hiciera un lío y le bastaron dos preguntas.

—Ya lo hemos visto.

—Por eso os vuelvo á decir: descuidaos con él. Y si eso no basta, añadiré: quiere á su hermano con delirio, pero intentó faltarle, y ¿recordáis lo que hizo?

—Sí, abandonarlo.

—Y si no media el príncipe de Italia, se desdice Julio y abdica en él todos sus poderes, no vuelve á verlo.

—Creedme los dos; no conviene hacer nada sin que él lo sepa y lo apruebe. A los héroes debe tratárseles de modo distinto que á los demás hombres.

—Es verdad.

—Esto acabó, *Zalla*.

—Esto terminó para siempre, señor marqués.

—Así os quiero.

Y principiaron á hablar de cosas indiferentes.

Luego se acercaron á Julio y á Flaviano, preguntando Luis:

—¿Señor, nos quedamos aquí?

—Luis, juré esta mañana al desgraciado almirante no salir de Cruz en todo el día.

—¿Pero no murió?

—Los juramentos se cumplen á vivos y á muertos.

—¿Saldremos entonces?...

—En cuanto acabe el día y empiece la noche.

—Muy bien.

—¿Te hallas mal en Cruz, Luis?

—No, señor.

—Ricardo, manda llamar al subgobernador y entrégale el mando interinamente. Añades que pronto vendrá el gobernador en propiedad que nombraré mañana. Tú te vienes conmigo.

—Gracias, señor. ¿Para qué hora mando ensillar los caballos?

—Para el instante en que empiece la noche.

A esa hora salieron todos para San Juan Bautista, llegando hora y media después.

No le hicieron el reconocimiento que merecía. Sabían lo antipáticas que eran al héroe las ovaciones.

El ejército llegó mucho antes que ellos, los artilleros contaron lo ocurrido, y la admiración por el héroe creció hasta lo inverosímil.

En cuanto á los indios, se afirmaba cada día más en que Flaviano era una divinidad.

El envío de la anterior escuadra nos demuestra que los ingleses soñaban con el héroe español y pretendían hacerlo desaparecer de la tierra por ser el mayor obstáculo que podía hallar su desmesurada ambición.

Pareciéndoles todo poco contra él, ya en estos momentos trabajaban para aliarse con los enemigos de España, según iremos viendo en los capítulos siguientes.

Cuando todos menos Osorio creían en la paz y en

el más brillante porvenir, se cernían sobre España las más negras nuevas.

Envidiaban nuestra posesión de casi todas las Américas, el oro y plata que recibíamos de ellos, la importancia que nos daba ser dueños de tan inmensos estados y hasta nos envidiaban el incomparable valor y patriotismo de los españoles. Este conjunto ni convenía á los rebeldes de Flandes, ni podían soportarlo con paciencia los ingleses y franceses.

Pero no adelantemos el discurso.

CAPITULO XLIX

Graves noticias de Madrid. Los dos hermanos.—El correo de gabinete.—La actividad y energía del héroe.

Todos se habían retirado á descansar, y Osorio acababa de cerrar los ojos para quedarse dormido, cuando oyó dar á la puerta de su alcoba tres golpecitos y la voz de su criado que le decía:

—¿Señor?

—Entra. ¿Qué ocurre?

—Acaban de llegar y esperan vuestras órdenes el gobernador de Cruz y un correo de gabinete que os manda S. M. el Rey.

—¿Un correo de gabinete?

—Sí, señor; el buque que lo ha traído ancló en Cruz hace dos horas, según me ha dicho, para que se lo participe á V. E. el capitán Oaxacay.

—Que pasen á mi despacho y aguarden. Vuelve y me vestirás.

Diez minutos después entraba Flaviano en su despacho, hallando en él al correo de gabinete y al gobernador de Cruz.

—¿Qué acontece?—les preguntó Osorio.

—Señor,—le contestó Oaxacay,—hace poco más de dos horas llegó al puerto una galera de S. M., me pidió entrada, se la dí y no tardó en desembarcar este correo de gabinete que os manda S. M. el rey.

—Hablad, correo, —añadió Flaviano; —¿qué misión me traéis?

—Señor, en propia mano me entregó S. M. el rey este pliego diciéndome: Partes á Cartagena, allí encontrarás buque dispuesto, te haces á la mar y vas á Méjico, ganando el tiempo posible. Si vive don Flaviano de Osorio se lo entregas; si hubiese muerto y también hubiera perecido el príncipe Julio se lo das al duque del Imperio. Te dejas matar antes que entregar ese pliego á otro que no sea uno de esos tres, rompiéndolo y comiéndote los pedazos de papel. Gana el tiempo posible, correo, y cuenta que se trata de un asunto de Estado, el más importante que puedo encargarte. Salí de Madrid, me embarqué en Cartagena en el barco más velero que tiene la armada real, llegamos á Veracruz, allí tuve la dicha de saber que el héroe vivía, que estábais en Tabasco colmando de gloria á nuestra patria, y aquí tiene V. E. el despacho que me ha entregado para vos S. M. el rey.

Nada contestó Osorio, ocupó su sillón y después de abrir el pliego lo fué leyendo lentamente.

Al concluir quedó meditando más de diez minutos.

Después alzó la cabeza, preguntando al capitán gobernador:

—¿Hay algún barco en el puerto de Cruz?

—Sí, señor, un bergantín.

—¿Qué hace?

—Desembarca provisiones de las que manda de Tabasco el gobernador de Veracruz.

—¿Cuándo termina?

—Mañana por la tarde.

—Lo necesito y lo embargo en nombre del rey.

—Quedará á vuestra disposición, mi general en jefe.

—Correo, dormid los dos esta noche aquí; mi criado, que hallaréis á la puerta os dará habitación, cama, cena, si la queréis, y lo que os haga falta. Al amanecer partís á Cruz y allí esperáis mis órdenes. Oaxacay, que abrevie ese barco que vais á embargar; se hará á la vela pasado mañana. Buenas noches.

Ambos se despidieron, dejando solo á Flaviano.

No tardó en presentarse su criado preguntándole:

—¿Os desnudo, señor?

—No, me quedo en vela. ¿Has dado al correo y á Oaxacay...

—Solo habitación y cama, no necesitan más.

—Al amanecer que les ensillen dos caballos y que les despierten y partan. Vete á dormir.

Quedó nuevamente solo Flaviano, dando principio á la segunda lectura del despacho real. Al terminar meditó un cuarto de hora, exclamando después:

—Dos pliegos ocupa el escrito redactado por Felipe III, pero más de cuatro va á tener la contestación.

Rey de España, me pides patriotismo, abnegación y el empleo de todo mi talento y sabiduría y los tendrás hasta donde alcancen lo que tú llamas mi genio. Genio, heroismo... palabras huecas que para mí nada dicen; pero no temas, monarca afortunado, salvaré á mi patria ó moriré en la demanda. ¿Qué es la vida? una carga pesada que me abruma y molesta; feliz el día en que me vea libre de ella.

Y comenzó á escribrir contestando al largo escrito del rey con otro que tenía el doble de lectura. Lo cerró y lacró, guardando cuidadosamente el despacho real.

Después fué escribiendo pliegos para los gobernadores de Cuba, de Colombia, de Venezuela y de todos los estados que teníamos en la América del Sur.

Al primero le escribió con alguna extensión, á los restantes con laconismos. Se concretó á darles órdenes, breves, concisas, en las cuales hizo uso de la ilimitada potestad real que S. M. le había concedido.

Cuando cerraba el último pliego entró el príncipe Julio, diciéndole:

—¿No te has acostado?

—¿Sí, pero me hicieron levantar pronto.

—¿Todo esto has escrito esta noche?

—Sí.

—¡Un pliego al rey y otro á cada gobernador de la India!

—Ocho horas de trabajo. Julio.

—¿Qué acontece, hermano?

—Ahora nada, pero es posible que en el porvenir, según me dice el rey, intenten los enemigos de España

dar fin de todos nosotros, y es preciso que suceda lo contrario; es necesario que triunfe España de todos ellos.

—¿El rey te ha escrito?

—Sí, me mandó un correo de gabinete con un pliego importante para mí, ó para tí si yo hubiera muerto, y en último caso para mi padre.

—¡Un correo de gabinete á esa distancia! Gran importancia debe tener ese pliego.

Flaviano lo sacó, y dándoselo á su hermano le dijo:

—Toma, Julio, lo lees y á nadie dices una sola frase.

Mientras el príncipe lo devoraba con su vista, Osorio metió bajo un sobre grande todos los despachos dirigidos á los gobernadores, lo cerró y lacró quedando dos solos bultos, el dirigido al rey y el otro abultado que iba á su primo el gobernador de Cuba para que éste recibiera el suyo y diera dirección desde la Habana á los restantes.

Concluyeron á la vez, diciendo el príncipe:

—Toma, hermano, guárdalo bien y preparemos nuestro regreso.

—Lo guardo Julio, pero te advierto que nos quedamos en Méjico; cuando aquí hayamos concluído nos traslademos á la isla de Líbana.

—¿A escondernos allí?

—¡Escondernos! Vaya una frase, hermano.

—¿Pues á qué vamos á esta isla?

—Es un país delicioso.

—¿Solo vamos á verlo?

—No, á muchas otras cosas.

—¿Y si en tanto nos busca el enemigo?

—Si tiene interés en hallarnos y sabe buscar, positivamente nos encuentra.

—En cuyo caso seremos uno contra ciento.

—Vence al ciento el uno y todo queda arreglado á nuestro favor.

—¿Es posible eso?

—Sí.

—No lo has pensado al contestarme.

—Lo hice antes.

—Tu heroismo se presenta hoy impenetrable.

—¡Mi heroismo! No divagues, hermano.

—Dime algo más, Flaviano, y no te extrañe mi insistencia; el rey nos anuncia acontecimientos gravísimos.

—Nos manda graves noticias; pero lo demás son conjeturas, deducciones, probabilidades que podrán realizarse ó convertirse en humo de paja.

—¿Nada más me dices?

—Julio, tengo ya pensamiento que es posible me vea obligado á rectificar, y son además tantas las sorpresas que te he de preparar en la isla de Líbana, que quiero guardar el secreto para no anunciar hoy lo que acaso no haga mañana. Basta lo que ya sabes para que puedas ir comprendiendo lo que vaya á suceder.

—No insisto, hermano.

—Gracias, Julio.

En este momento entraron en el despacho Mendoza, Luis y Zalla. El primero exclamó:

—¿Hermanos, no nos desayunamos hoy?

—Vamos al comedor,—dijo Osorio, añadiendo á Zalla;—que ensillen nuestros caballos, que partimos á Cruz.

—Y el mío,—replicó el príncipe,—te acompaño, hermano.

—Y yo.

—Y yo.

—Está bien, iremos todos. Zalla, tú te quedarás en Cruz con tu criado y mañana te embarcarás.

—¿Para donde, señor, para Veracruz?

—¿No te han desterrado para un año?

—Es verdad, pero vos, podéis levantar ese destierro.

—No, lo que mi padre ordena no lo revoco yo. Que lleve tu criado la ropa necesaria para diez ó doce días nada más.

—¿Voy armado?

—Con la espada y pistola te basta; vas en paz.

Zalla dió la orden para que ensillasen los caballos, y los cinco entraron en el comedor, desayunándose acto continuo.

—Mendoza, Luis y Zalla comprendían que algo ocurría; pero ninguno se atrevió á preguntar nada al héroe.

Media hora después los cinco montaron á caballo, dirigiéndose á Cruz, seguidos por otros tantos sirvientes.

Luis aprovechó una ocasión que halló propicia para preguntar al príncipe sin que ninguno otro lo oyera:

—Señor, ¿qué ocurre?

—Por ahora nada, pero andando el tiempo podrá venirse un mundo encima de nosotros.

—¿Qué es ello, señor?

—¿Qué más quisiera yo que podértelo decir?

—¿Os lo oculta el héroe?

—Sé algo, pero se calla lo principal.

—Como de costumbre.

—Sí.

—¿Queréis decirme lo que sabéis?

—Lo que pueda. Mi hermano ha recibido esta noche un correo de gabinete, el cual le ha entregado un pliego extenso, escrito de puño y letra de S. M.

—¡Un correo de gabinete desde Madrid, cosa grave debe ser!

—Muy grave.

—¿Lo leísteis?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Lo que me ha prohibido revelar mi hermano.

—¿Ni á mí?...

—A nadie puedo decir nada.

—¿Nos amenaza algún cataclismo?

—Inmenso, colosal.

—¿Teme el héroe?

—Ese no teme nada.

—¿Y vos?

—Por mí no, por mi patria.

—¿No teme vuestro hermano por la última?

—No.

—¡Qué alma tan grande!

—Figúrate si lo será, que cuando parece que el mundo va á caer sobre vosotros, piensa continuar aquí hasta acabar su obra de regeneración en el campamento, y luego quiere llevarnos á todos á la isla de Líbana.

—¿Qué vamos á hacer en ella?

—Estudiar horticultura.

—¿Para qué?

—Para entretenernos en algo.

—¡Ay, señor, en ese estudio hay algo oculto que nos llenará de asombro cuando lo conozcamos!

—Es posible.

—¡Cuando creíamos que todo había concluido!...

—Empezará de nuevo, Luis, y más grande y más terrible que nunca.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo admiraré de nuevo su genio, su heroismo en todo su esplendor.

—Ya nos busca con su mirada; avancemos, que va á suponer de lo que estamos hablando.

—No, como de costumbre lo dará por hecho, y acertará.

Una hora después llegaron á Cruz.

No tardaron en saltar los cinco á un bote que les mandó el navío, el cual los recibió empavesado y con las salvas de ordenanza.

Al pisar la cubierta Flaviano, gritó el capitán de la galera:

—¡Viva el héroe español!

—¡Viva!—le contestaron,—y siguieron varios hurras que atronaron el espacio hasta que su jefe les mandó callar de orden del general en jefe.

Todos estaban formados y ocupando sus puestos.

Flaviano dió una vuelta por la cubierta, y reconoció al personal, bajando luego á la cámara.

Instantes después se presentaron todos los oficiales precedidos de su capitán.

Este pronunció un discurso de felitación, en nombre de todos los suyos; saludó uno por uno á los cinco, é iba á contestarle Flaviano, cuando se adelantó el teniente Riquelme, diciéndole:

—Mi almirante, el capitán ha saludado en nombre de todos al héroe, al invicto general; permitidme, señor, que yo lo haga al gran marino, al incomparable marino. Decía mi maestro, el ilustre general Roch: ¡Lástima será que Flavianito no navegue! de hacerlo, sería el primer marino del mundo; sabe ya tanto como yo, y otro tanto que adivina, su incomparable talento. Gloria á la memoria de Roch, gloria al genio que le reemplazó con gran ventaja en los mares y en la tierra, que hizo pequeños á los seis *Invencibles*. Permitidme, señor, descargue mi alma del foco de entusiasmo que se apoderó de ella al contemplaros.

—Gracias, señores, —replicó el héroe—; de vuestras halagadoras frases, acepto y agradezco la intención, no los equivocados conceptos. En cuanto a vos, mi querido amigo y compañero Riquelme, os recuerdo perfectamente; no olvidé los elogios que en dos ocasiones hizo de vuestra aplicación nuestro inolvidable

maestro Roch, y tanto me han disgustado vuestras aduladoras frases, que os voy á imponer un castigo. Pero antes contestad: ¿Os habéis fijado en ese bergantín que descarga delante de la galera?

—Sí, señor, mi almirante.

—¿Qué os parece ese buque?

—En su clase muy bueno.

—¿Tiene condiciones de buen andar y de resistencia?

—Sí, señor.

—¿Qué defecto le encontráis?

—Ninguno; creo que es un bergantín bien construído.

—Voy con el castigo.

—Julio, dicta al maestre Zalla y firma dos órdenes: una mandando que cese en el servicio de esta galera el teniente Riquelme, y otra nombrándole capitán del bergantín.

—Señor, no es de guerra.

—No es necesario que lo sea ahora; cuando haga falta lo será.

—Estoy á vuestras órdenes, mi almirante.

—A ellas quedáis, teniente; quiero ver si los elogios del general Roch eran fundados.

—¡A vuestras órdenes! ¡Eso es el colmo de mi felicidad!

—En vuestro primer viaje, que empezará mañana, iréis, exceptuando en las cosas de mar, á las órdenes del maestre Zalla; en el segundo, á las mías.

—¡A las vuestras! ¡Y me juzgaba desgraciado! ¡Y creía que iba á morir de teniente!

—Tomad el nombramiento que os dará el príncipe,

despedíos de vuestro jefe y compañeros y veníos con nosotros al bergantín. Capitán,—añadió—¿cuántas singladoras echásteis desde Cartagena á Cruz?

—Cuarenta y una, señor.

—Bien anda esta galera y no ha de estar mal mandada.

—Ah, señor, me quitáis lo mejor que tenía.

—Ya lo sé, pero vos vais á la paz y él á la guerra.

—También nosotros iríamos á ella gustosos, y si estábamos á vuestras órdenes seríamos felices.

—Decídselo á vuestro general en Cartagena y lograréis vuestro deseo. ¿Qué órdenes recibísteis al salir de España?

—Que hiciera volar á mi galera y llevara á Méjico un correo de gabinete.

—¿Y luego?

—Que me pusiera á vuestras órdenes y os obedeciera como al mismo monarca.

—Muy bien. Que salgan estos señores y entre con vos el correo.

Así lo hicieron, volviendo á preguntar Osorio al capitán:

—¿Os quedan provisiones y agua para llegar á la Habana?

—Sí, señor; renové en Veracruz y hemos venido volando.

Muy bien; leváis ancla en cuanto yo salga de aquí y vais á la Habana; tomad allí lo que os haga falta y continuais hasta Cartagena con la velocidad que el tiempo os lo permita.

—Lo haré, señor.

—*Zalla*, entrega al correo los dos pliegos que trae mi criado en la cartera; lo hallarás sobre cubierta. Esos despachos, correo, que sólo os dejaréis arrancar con la vida, los dais en propia mano, uno al gobernador de Cuba y el otro á S. M.

—Muy bien, señor.

Todavía cruzó algunas frases Osorio con el capitán y el correo, saliendo luego seguido de los cinco que le acompañaban y de Riquelme.

Prohibió que se les hiciese demostración alguna al partir y desde la galera fueron al bergantín.

Ya en la cámara de este barco preguntó Flaviano al patrón:

—¿Es este el bergantín embargado por el rey de España?

—Sí, señor.

—¿Sois español?

—De Almería.

—¿Es vuestro este barco?

—Sí, señor.

—¿Ligero?

—Vuela por esa superficie.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Dos años.

—¿Sufrió averías?

—Hasta ahora ninguna.

—¿Queréis venderlo?

—Si sois, como presumo, el héroe español, quiero lo que V. E. me ordene.

—Aquí no hay ningún héroe, somos el príncipe don Julio, el general Mendoza, el maestre Zalla, el teniente Riquelme, mi paje y Flaviano de Osorio.

—¡María Santísima, lo que hay en mi bergantín!

—¿Qué os conviene más, venderme el barco ó tenerle embargado?

—Lo que V. E. quiera.

—Yo quiero lo que á vos os convenga más y hablad por Cristo.

—Que siga embargado.

—Es que lo manda el teniente Riquelme y al regresar de un corto viaje que va á hacer lo convertiré en barco de guerra con cañones, arcabuceros y más gente de mar.

—Guerrearemos, señor, no soy cobarde y amo á España como á mi madre.

—En ese caso acompañad al teniente Riquelme. Reconoced, teniente, el bergantín desde la cubierta á la bodega, examinad la gente con que cuenta y dadme razón de todo.

Osorio sacó lápiz y papel comenzando á trazar un dibujo, en cuyo trabajo empleó el mismo tiempo que Riquelme en el estudio que le había encargado Osorio.

De regreso el teniente y el patrón dijo el primero al general:

—Mi almirante, el bergantín se halla en bues estado; poca gente; regular ésta, más si al volver de ese corto viaje se ha de armar puede dejarse para entonces el aumento de personal.

—Está bien; patrón ¿queréis quedaros de contramaestre?

—Sí, señor, mi general.

—¿Cuándo acabáis el desembarco?

—Hoy.

—En ese caso, haceos á la mar lo más pronto posible.

—Al amanecer.

—Riquelme; aquí tenéis el derrotero que debéis seguir. No conozco esa ruta, pero lo he basado en los mejores datos que pude adquirir.

—Me basta, señor, con ese derrotero.

—Tenéis la entrada por este cortado que veis aquí; cruzad por él con la mayor precaución, sondearlo al pasar por encima y sepamos con cuánto peso más podrá cruzar por allí el bergantín. Estos cálculos deben ser exactos para evitar un siniestro. Con sujeción á ellos montáis los cañones que resista y el número de hombres que deban aumentarse. No quiero un verdadero buque de guerra; conque pueda defenderse en una huída me basta. Deseo principalmente que quede ligero y corra lo más posible. Al montarlo cambiáis el velamen, modificándolo cuanto sea conveniente. El maestre Fajardo os dará cuanto necesitéis incluso su inteligencia para que el bergantín quede según deseo.

—Comprendo vuestro pensamiento y lo realizaré sin vacilar.

—Tomad, en ese escrito hallaréis la explicación de todo el pensamiento mío. Me importa mucho este bergantín: *Lucero* se llama y en momentos dados ha de ser la estrella que me guíe.

—Muy bien, mi almirante.

—Ahora tú, Ricardo. Este barco te llevará á la isla de Líbana, desembarcas en ella, buscas á tu futuro cuñado Keisko, le dices que te siga y lo traes á Cruz. Durante la travesía le enseñas la teoría de la equitación y al llegar aquí le haces montar á caballo y lo enseñas á tenerse bien y cuanto te sea posible en tres ó cuatro días. Tenéis luego que andar algunas leguas y puedes continuar tus lecciones de equitación. En Méjico vestirá como nosotros. Embarcas dos caballos con monturas y los dejas en la isla; ya tiene allí Keisko gente que sepa cuidarlos. Toma por escrito cuanto debes hacer.

—Muy bien, señor.

Los cuatro estrecharon á Zalla, se despidieron del teniente y el maestre, saltaron al bote, montaron luego, dirigiéndose á Tabasco.

CAPITULO L

Por el camino.—Otra vez los dos hermanos.—Regreso del bergantín Lucero.—Flaviano, Riquelme, Zalla y Keisko.—Sigue la actividad del héroe.—A la isla de Líbana.

En el camino de Cruz á Tabasco aprovechó el paje otra ocasión para decir al príncipe sin que le oyesen Flaviano ni Mendoza:

—¿Señor, qué habéis sacado en limpio de cuanto hemos visto y oido? Yo no he comprendido nada.

—Ni yo, Luis.

—¿A pesar de vuestro gran talento y sabiduría?

—A pesar de todo.

—¿En qué consiste, señor?

—En que los secretos de mi hermano son impenetrables.

—Vos vísteis el despacho del rey.

—Los acontecimientos que el rey supone en su escrito, de realizarse tardarán aun muchos meses y no

veo en ese bergantín, ni en la venida del cacique, ni en nada de lo que Flaviano ha dispuesto hoy, cosa que guarde relación con esos acontecimientos.

—Pues la tienen, sin duda alguna.

—No lo niego, pero la desconozco.

—Es un misterio que me abruma.

—El tiempo lo irá aclarando.

—Tendremos en efecto que esperar.

—Sí, y mucho.

Llegaron a Tabasco, y encerrados los dos hermanos en el despacho del héroe, dijo Flaviano á Julio:

—Me vas á hacer el favor de ayudar á tu padre y á los misioneros á la más rápida instrucción de las aztecas del campamento. Urge la terminación de esa gran obra para que podamos dejar á Méjico lo antes posible.

—Lo haré; ¿pero y tú?

—Yo, Julio, tengo que ocuparme día y noche de los complicados preparativos de nuestra marcha.

—No lo comprendo, pero nada te pregunto.

—Haces bien, porque nada podría decirte. Ve, estudia, medita, y los hechos vendrán luego á justificar mi reserva y cuanto estoy haciendo.

—Creo más conveniente concretarme á la instrucción que me has encargado y dejarte á tí que hagas lo restante.

—La idea es como tuya. Tendré necesidad de tí, y cuando llegue ese caso, serás el primero.

—Con eso tengo bastante.

Desde ese instante, Julio se dedicó al campamento

y Flaviano á dar órdenes y disponer lo que nadie se explicaba, pero todos le obedecían con ciega sumisión.

Transcurrieron doce días, Flaviano se hallaba en su despacho escribiendo, cuando fué sorprendido con la llegada de Zalla, Riquelme y Keisko. Este se confundía en aquellos momentos con un europeo en traje y modales.

Flaviano los estrechó; hizo sentar a su lado al cacique; enfrente á los otros dos, preguntando á Riquelme:

—¿Cómo hizo la travesía el bergantín?

—Muy bien; ocho singladoras escasas en ida y vuelta. Es ligero, está bien construído y puede ser un excelente crucerro.

—¿No hallásteis dificultad para encontrar la isla y cruzar por el cortado?

—Ninguna, señor, vuestro derrotero, era perfecto, y el mapa que me dísteis completo.

—¿Sondeásteis?

—Sí, señor, el Lucero tiene poco calado y resiste bien cuatro cañones y todo el personal que se le aumente.

—¿Con alguna carga?

—Con bastante carga.

—Me dais una buena noticia; yo creía eso y vuestra confirmación me ha satisfecho. Buscáis á Fajardo y os ponéis de acuerdo con él para transportar al bergantín todo lo que tengo dispuesto. Zalla os presentará al maestre. Esperad un poco. ¿Qué tienes que decirme Ricardo?

—En la isla tuvimos que perder tres días y medio para embarcar en el bergantín la carga que ha traído Keisko, los cuales aproveché para enseñarle á tenerse á caballo. Sabe además toda la teoría de la equitación y pronto montará como uno de nosotros.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—¿En qué idioma os entendéis?

—En castellano y en azteca. Llevé además á mi maestro de idiomas como intérprete, pero no hizo falta; Keisko empieza á expresarse bien en castellano y yo no chapurreo mal el azteca. A la ida, me dió el maestro lecciones á mí; á la vuelta, á los dos.

—¿Nada más tienes que decirme?

—Que la isla está sufriendo un cambio maravilloso.

—¿En qué?

—En los hombres, en los edificios y en todo.

—Hablaste con Keisko de tus amores con su hermana.

—Sí, señor.

—¿Los aprueba?

—Con aplauso.

—Muy bien: presenta Riquelme a Fajardo, y los dejas á ellos que se entiendan; tú regresas y te concretas a Keisko.

Ambos salieron, quedando solos el cacique y Flaviano.

El último miraba al primero con asombro, veía en él una divinidad.

Conocía ya todos sus hechos, y al quedarse solo con

él, le cogió una mano y se la besó varias veces, exclamando:

—Creía, señor, que tu padre era el primer hombre del mundo; pero equivoqué, lo eres tú. ¡Oh, incomparable señor; qué dicha siento al contemplarte; qué placer al admirar al sér más sabio y más hermoso de la tierra! Tú no eres un hombre; eres uno de esos ángeles que presenta tu religión.

—No lo creas, y entiendo Keisko que me lastiman los elogios que me haces.

—Por eso, porque eres perfecto; pero nunca miento, y tuve que decírtelo.

—Te lo perdono, pero hablemos de otra cosa.

—De lo que tú quieras.

—¿Has sentido dejar tu país?

—¿Para venir á conocerte? No; hubiera dado la mitad de lo que soy y valgo por contemplarte como lo estoy haciendo, por hablar contigo. Tus hechos, tus milagros, tu generosidad y nobleza que me han referido varias personas, llenaron mi alma de asombro.

—Han exagerado, Keisko.

—No lo creas; tu perfección te impide reconocer esta verdad. ¿Qué hice yo por tí para que desde Méjico estés formando de mi isla un paraíso? Me has mandado hombres inteligentes, armas, cuanto es necesario para que yo sea el rey del país en que nací, y mi pueblo se parezca al de Méjico. ¿Qué te he dado yo? Nada. ¿Qué te pedí? Nada. ¡Ni aun me conocías!

—Te conocía mi padre, tenía compromisos contigo, entró en tus islas matando mucha gente, y yo le he ayu-

dado, como debe hacer un buen hijo, á elevar un pueblo desgraciado. Eso es todo.

—Tú, señor, eres providencia que no quieres ni puedes reconocerlo. Una providencia para mí y para todo aquel al que diriges tu bondadosa mirada.

—No niego que empecé siendo generoso contigo, Keisko; pero acontecimientos posteriores me obligaron á variar por completo, y es posible llegue un día en que me llames egoista.

—No te comprendo, noble señor.

—Voy á necesitar de tí, de tu isla.

—¿Tú?

—Yo, mi padre, cuantos me rodean, Méjico y la nación española.

—¡Qué felicidad! Los últimos no me importan mucho; tú, incomparable señor, eres dueño de mi vida, de cuantos me obedecen, y de la isla entera.

—Todo lo acepto, Keisko.

—Todo te lo doy con la mayor satisfacción.

—Gracias, y que Dios te premie el bien que harás á mi patria y á mí.

En este momento regresó Zalla, diciendo:

—Mi general, Fajardo y Riquelme van á dar principio al embarque.

—Llegas á tiempo, Ricardo. Oye con atención lo que voy á decirte:

Tardarán en armar el bergantín y embarcar todo lo que tengo dispuesto quince días. Durante ese tiempo te haces cargo de Keisko, y no te separas de su lado un solo instante. Te vas ahora con él al campamento;

lo presentas al príncipe de Italia, á mi hermano Julio, al general Mendoza, á mi paje y á los maestres. Explícale la transformación que ha sufrido el campamento, y luego recorréis la población, montáis á caballo, y que vea y estudie los pueblos grandes y pequeños de los alrededores de San Juan. Que le sirva uno de mis criados; le enseñas todo lo que ignore y le das cuanto quiera, sin tasa ni medida. Procura que cuando salga de Méjico nos bendiga á todos. Partid.

—Antes,—le dijo Keisko,—quiero pedirte un favor.

—Concedido. ¿Qué deseas?

—Luego te traerán del bergantín cien sacos. Cada uno tiene una arroba de oro en granos y arenas. Lo mandas hacer monedas, la mitad para tí y el resto para mí; pero la parte mía me la mandas en monedas de oro, de plata y de bronce.

—¿Para qué quiero yo tanto dinero? Todo para tí. Veo que vas á establecer el cambio en tu isla, y me complace.

—Ya era necesario, pero me sobra con esa mitad, y si te empeñas en que me lo lleve todo, no acepto ninguna moneda.

—Sea; Zalla, mándaselo á mi padre, y que lo traiga en monedas cuando regrese; eso sólo se puede hacer en la capital.

—Hoy saldrán con él, señor.

—¿Qué más deseas Keisko?

—¿Voy á estar aquí quince días?

—Sí, aprende en ellos muchas cosas que te hacen falta saber. Ricardo será tu maestro fuera de aquí; cuan-

do entréis en San Juan pregúntame lo que quieras.

—¿Y luego?

—Al terminar ese plano te acompañaré á la isla.

—¿Para qué?

—Necesito estudiarla.

—¡Ah! me alegro y te voy á contar una cosa que nadie sabe más que yo.

—¿Qué es?

—Hace poco más de un mes que el volcán del Este tuvo una erupción tremenda; no vimos otra igual. Dió principio con unos temblores de tierra que creímos se iba á abrir la isla, y luego empezó á vomitar enormes peñascos y lava, con tal abundancia, que se formaron montes, cabezos y colinas. Pero al acabar reventó el monte, abriéndose como una granada.

—Todo eso es natural.

—Sí, pero es el caso que dejó una abertura en forma de ese no muy ancha, mas por la que pueden pasar tus grandes buques.

—¿Qué dices?—le preguntó Osorio con viveza.

—La verdad.

—¿Cómo sabes tú que por allí pueden entrar grandes barcos?

—Porque me lo indica el ancho.

—¿Y el fondo?

—Por donde menos tiene de medida veinte varas.

—¿Quiénes lo saben?

—Los tres que estamos aquí.

—¿Nadie más?

—No. El secreto de ese descubrimiento es la gran

defensa de mi isla; contra los buques pequeños que crucen por el cortado, ya tengo yo armas para defendernos con dos cañoncitos que me regalarás; contra los grandes, no.

—En su día mandaré hacer dos torres artilladas á la entrada de la isla, pero á nadie hables de esa abertura que has descubierto.

—Más que á tí, me interesa ocultarla.

—¿Deseas algo más?

—No, sabio señor. Vámonos, Zalla.

Y los dos desaparecieron del palacio.

Osorio quedó solo y continuó escribiendo.

Donde el cacique se presentaba, era admirado por su fácil comprensión, su viveza y su talento natural.

Julio lo estrechó con marcado afecto diciéndole:

—Keisko, te ha concedido Dios un espíritu tan elevado que puede brillar mucho cuando se ilustre lo suficiente.

—Gracias, señor,—le contestó el cacique,—algo debo al señor duque del Imperio, y tanto á su hijo, que hasta mi vida les pertenece.

—Todos la daríamos por él con gusto.

—Así debe ser; vale más que tu alteza y que todos nosotros.

Siempre junto á Ricardo recorrieron á caballo las poblaciones limítrofes; entraban en los edificios notables; Keisko estudiaba las familias españolas y mejicanas, sus usos y costumbres, veían todo lo notable, y siempre preguntando el cacique, siempre ilustrándose, no descansaron hasta el décimo día que regresaron á

San Juan y comenzaron á recorrer aquella hermosa población.

Ahora de todo daba cuenta Keisko á Flaviano con admirable precisión.

Al terminar los quince días, se despidieron de Julio, de Mendoza y del paje, llegaron á Cruz y se trasladaron al bergantín Lucero.

Este barco había sufrido una completa transformación; en la forma parecía un buque de la marína mercante, pero tenía cuatro buenos cañoncitos, ocultos en lo posible y veinte arcabuceros, buenos tiradores, valientes y acostumbrados á las faenas de mar. Su marinería se había aumentado con seis individuos más; su velamen era distinto; su cámara estaba puesta con lujo, y en cambio tan radical se notaba el sello de la superior inteligencia del héroe.

Zarpó el Lucero y salió del puerto como si fuera un buque mercante; pero en su interior todo aparecía guerrero, y era tal la subordinación y respeto que se notaba en la gente de mar, que bien se comprendía iba entre ellos el almirante Flaviano. Con éste se embarcaron el teniente, Keisko, Zalla, tres criados y un agricultor experimentado, con la demás gente de que antes hablamos y todo el personal que anteriormente tenía el bergantín.

Las primeras maniobras las dirigió Flabiano, estudiando después la marcha del barco y el tiempo.

Satisfecho de todo se bajó á la cámara con Riquelme, Keisko y Zalla.

El segundo le dijo:

—¡También entiendes de marina, qué prodigio!

—No—contestó Zalla,—es el primer marino del mundo; el que enseña náutica á los maestros.

—Cállate, Ricardo.

—Déjalo, señor, que diga la verdad.

—Hablemos de otra cosa, cacique.

—Te diré antes, que el bergantín surca ahora con más velocidad, no obstante llevar más peso, y sus movimientos son mejores.

—Es una nave ligera y bien construída,—le contestó Osorio.

—Conforme; pero tú, señor, la has mejorado y vuela por esa blanda superficie.

—Dime, Keisko, ¿has aprendido mucho al lado de Ricardo?

—Mucho, y ví cosas que me maravillaron; pero aprendí mucho más con las cinco lecciones que tú me distes, la del príncipe de Italia y las dos de don Julio.

—Me alegro. ¿Vas satisfecho?

—No te lo puedo explicar.

—¿Qué opinas de las costumbres de los pueblos cultos?

—Me encantan, no obstante los defectos que aún tienen.

—Lo último es verdad.

Hablando de esta manera y casi en una lección continuada llevó Flaviano á Keisko á la isla de Líbana.

Cruzaron el cortado, llegando el bergantín sin dificultad alguna á un muelle saliente, mandado hacer

tiempo atrás por Osorio. Allí anclaron á los tres días y medio de haber salido de Cruz.

El viaje que hicieron no pudo ser más agradable.

Era cerca de anochecido cuando anclaron en el muelle, saltaron á tierra, y allí dijo el héroe:

—Riquelme, os venís con nosotros; vos, agricultor, seguidnos también; pero al amanecer volvéis aquí para haceros cargo de las doscientas fanegas de trigo que á esa hora desembarcarán; de las simientes, para que forméis una huerta y de los instrumentos de labranza que he añadido á los que ya había mandado. Colocado todo eso en el granero que habrá aquí, elegís terrenos para las siembras, procurando que la huerta esté lo más cerca posible de la casa del cacique. Keisko, que lleven á tu casa las cajas que vienen para ti conteniendo cincuenta mil pesos que hallé en Tabasco en oro, plata y bronce; con esa cantidad tienes para dar principio á los cambios; el resto lo recibirás cuando mi padre me lo lleve y regresemos aquí.

—La mitad de las cien arrobas de oro.

—Bueno, la mitad. Las restantes cajas contienen regalos que te hacemos Zalla, Julio y yo. Contramaestre, ya lo habéis oído; al amanecer todo lo desembarcáis y con vuestra gente vais á la casa que os destine el cacique. Riquelme, Zalla y yo daremos un paseo de unos cuantos días por los alrededores de la isla con sólo la gente que mandé de Tabasco. Descansad vosotros y pasead por tierra ese tiempo.

—Señor,—le preguntó el contramaestre,—¿me permitís que os acompañe?

—No puede ser; se trata de un reconocimiento peligroso, reservado, y debo ir en la forma expuesta.

—Lo siento.

—Nada perderéis con quedaros aquí y admirar los encantos de este paraíso.

—Haré lo que vos mandéis.

—Ya os expresé mi voluntad y estoy seguro que cuando regresemos me daréis las gracias, por el tiempo que vais á pasar aquí.

Y se dirigieron á la población.

CAPITULO LI

Disposiciones de Osorio.—La isla de Líbana.—Embarque y reconocimiento.—Un estudio científico.—Los preliminares de una pelea.

Al volverse Flaviano para dirigirse á la población, se halló en medio de veinte indios con hachas encendidas y cien armados de arcabuz que le saludaban con reverencias, guardando luego una actitud respetuosa. Iban entre ellos varios mejicanos de los que habían ido allí por orden de Osorio y se hallaban dirigiendo la transformación de la isla.

Ni el sitio ni la hora, ocho de la noche, se prestaban á reconocimientos, y Flaviano se concretó á partir de aquel modo para andar á pie media legua que distaba la población.

Iban por un camino abierto recientemente con las mejores condiciones.

Los tres criados llevaban varios bultos, con velas

de cera, cubiertos de plata y otras cosas de que aun carecía la isla.

Llegaron á la población cerca de las nueve; poco después cenaron y se retiraron á descansar.

Flaviano tenía una hermosa alcoba en el salón principal, y á las diez se quedó dormido.

A la salida del sol lo vistió su criado, abrió los balcones del salón; y desde ellos vió algo, pero no estando satisfecho salió fuera de la casa para reconocer toda la población.

Se hallaba ésta situada en una altura que rodeaba espeso y bellísimo bosque de árboles seculares y tan vistosos, que no pudo por menos de exclamar:

—Si el resto de la isla se parece á esto, me hallo en un edén.

Y comenzó á reconocer las casas, que no bajarían de quinientas, en las cuales se albergaba todo el cacicazgo y los muchos sometidos al dominio de Keisko.

Las casas eran de madera y piedra, entrando mucho de la primera y poco de la segunda.

Keisko tenía un casi palacio y veinte casas más para todos los servicios del jefe supremo.

Flaviano, después del reconocimiento exterior, dió principio al interior del semi-palacio, habitación por habitación.

Al concluir recibió á todos los mejicanos que habían ido por orden suya y después de haber oído sus felicitaciones les dijo:

—Mucho habéis trabajado y con viveza tal que estoy admirado.

—Señor, —le contestó el arquitecto,— han ayudado más de quinientos indios, bastante inteligentes.

—Aun así corristeis bastante, pero falta mucho que hacer. Desde luego dad á esta casa doble extensión de la que tiene, vendremos á habitarla los príncipes, mis padres, el general Mendoza, varios maestres, una escolta y toda la servidumbre, que es mucha. Luego os daré la forma; empezad con las paredes maestras que al regresar de un corto viaje trazaré las habitaciones.

Les dió algunas órdenes más y los despidió quedándose con Zalla y Riquelme.

Trazó el dibujo que había ofrecido al arquitecto, se lo mandó y los tres tomaron el desayuno que les ofrecieron sus criados.

Keisko había querido presenciar el desembarco, la conducción y el almacenaje y no debía esperarlo tan pronto.

Regresó á las diez diciendo:

—Partiremos cuando á bien lo tengas. Los dos caballos que dejó aquí Zalla están ensillados.

—¿También te vienes tú?

—Claro es; yo no te dejo.

—¿Y si tardamos muchos días?

—Tengo quien me sustituya.

—Pues vamos; ¿dejas habitaciones dispuestas para la tripulación del bergantín?

—Sí, señor.

Osorio y Zalla montaron á caballo y salieron acompañados de los cien indios armados que formaban la guardia del cacique, ahora de Flaviano. No pudo éste

aligerar el paso por los muchos que iban á pie y por los encantos que le ofrecía la incomparable vegetación de aquella isla.

—Esto es portentoso, — le decía á Ricardo,—con tanto ver bellezas naturales en América, nada es comparable con lo que ahora contemplamos.

—Cierto, señor, nada vimos como esto. ¿En qué consiste, mi general?

—En la lava y materia que un día fertilizó todos los llanos de esta isla.

—Eso debe ser.

Y continuaron prodigando elogios á aquel hermoso panorama.

Esperamos hablar detenidamente de este encantador territorio cuando Osorio vuelva con todos los suyos y haga un reconocimiento detenido de aquella vegetación portentosa, por cuya causa poco ó nada diremos hasta entonces.

Llegaron al muelle, saltaron al bergantín Osorio, Zalla, Riquelme, el cacique y los tres criados de los primeros; desembarcaron el patrón y todos los tripulantes antiguos y se fueron á la población los últimos con los cien indios armados.

Casi toda la gente que había llevado Osorio se trocaron en marineros empezando á cumplimentar las órdenes de Flaviano que iba ahora dirigiendo la nave.

El lucero salió como una flecha dirigiéndose al extremo derecho del cortado.

Después fué perdiendo su rapidez hasta quedar inmóvil en el citado extremo.

Flaviano, unas veces con su vista natural y otras con el anteojo, reconocía el monte que empezaba al concluir el cortado por los dos frentes que tenía, midiendo con la vista su grueso y dibujando á la vez sobre un papel grande sin dejar por eso de mandar maniobras de un lado al otro del monte, dejándolo al pairo y volviendo á hacerle andar.

Por fin acabó su trabajo, exclamando:

—He terminado por este momento. ¡Admirable monte!

—¿Por qué es admirable, señor?—se atrevió á preguntarle Zalla.

Osorio lo miró atentamente, contestándole:

—Porque me conviene que ese monte sea como es.

—¿Para usos ulteriores?

—Acaso.

—¿Adónde vamos ahora, señor?

—A cruzar por lo que fueron entrañas de ese monte.

—¿Mando quitar esa tabla larga y el mapa que la cubre?

—¿Y dónde voy á seguir trabajando?

—¡Ah! ¿vais á continuar?

—Sí.

—¿Un mapa de tres varas?

—Lo menos de tres varas, Ricardo.

El bergantín iba ahora casi ceñido al monte.

Por fin llegaron á un rompimiento de aquel; tendió la vista Flaviano y dijo al cacique:

—Ya lo veo, Keisko.

—Ahí empieza, señor.

—Admirable.

Y Flaviano comenzó á estudiar todo lo que tenía de frente, daba á la vez voces de mando y á intervalos trabajaba en el mapa.

Después entró el bergantín lentamente en un canal y Flaviano se situó en la proa mirando y estudiando con interés creciente.

A los quince minutos exclamó:

—Vamos á salir. Marineros bote al agua. Riquelme, sondead ese canal; me basta saber si hay algún sitio que tenga menos de veinte varas de fondo, y en caso afirmativo, cuántas tiene.

Mientras era obedecido, continuó dibujando con una precisión plausible.

Keisko y Zalla lo miraron con entusiasmo. Lo que venía haciendo y demostraba lo que valía su hermoso cerebro.

Una hora después y en los momentos en que el héroe terminaba su trabajo de copiar el canal, su entrada y salida, le dijo Riquelme:

—Mi almirante, sondeado el canal.

—¿Y bien?

—No hay sitio alguno que tenga su fondo menos de veinte varas.

—¿Qué hora es?

—Dieron las tres, señor.

—Que echen un ancla y comamos.

Riquelme le obedeció, dió las órdenes convenientes y pidió la comida para ellos y para la gente que les obedecía.

Después miró el mapa que iba haciendo Osorio: exclamando:

—Mi almirante, no ví jamás un dibujo más exacto y correcto. Vaya una inteligencia y un lápiz portentoso; ved, *Z*alla.

—Ya lo hemos contemplado Keisko y yo. Es superior á todo encarecimiento.

—No digas tonterías. Vamos al comedor, señores.

—¿Me equivoqué, señor, en lo del canal?—le preguntó Keisko.

—No, amigo mío, ni en lo de la sonda. Y es lo mejor, que por la entrada esa sólo tiene de ancho treinta varas poco más ó menos, y se puede cerrar con una cadena oculta en el agua que cierre el paso y haga zozobrar á todo el buque que quiera entrar aquí.

—Mandadla poner, señor, yo os lo suplico.

—Cuando vuelva otra vez se colocará.

Todos, jefes y marineros comieron, quitaron el ancla y el bergantín continuó su derrotero.

Dejaron atrás como un cuarto de milla el canal; se detuvo el Lucero, y Flaviano dibujó la entrada de aquél y la granada abierta, pues eso parecía el monte donde estuvo el cráter de volcán.

Después se aproximó el bergantín todo lo más que pudo á la isla y continuó adelante bordeando su parte exterior.

Todo eran montañas formadas unas por la materia arrojada por varios volcanes, primitivas otras, y descompuestas todas.

Iba el bergantín con una sola vela; despacio, y de-

teniéndose á veces para salvar los infinitos escollos de aquella costa.

Precisa era hasta la adivinación de Osorio para cruzar por aquellos sitios sin otros daños que algunos roces sin conseeuencias.

No obstante ir Flaviano la mayor parte del tiempo en el extremo de la proa, fijo en lo que tenía delante y á derecha é izquierda, cuando le era posible tomaba apuntes para aumentar el mapa; de continuo daba voces de mando y nada lograba apartarlo del pensamiento que iba realizando.

Así prosiguió hasta llegar á una pequeña bahía formada por enormes rocas. En ella entró el bergantín cuando empezaba á anochecer.

Anclaron, encendieron todas la luces de la cámara y Flaviano añadió á su mapa lo que dieron de sí los apuntes que había tomado.

Cuando hubo concluído, se sentó entre sus amigos, preguntando á Keisko:

—Cacique. ¿Cuántos indios se niegan á obedecerte en esta isla?

—Pocos más de mil.

—¿Antropófagos?

—Todos.

—¿Valientes?

—Hasta la temeridad.

—¿Inteligentes?

—Los más bárbaros de la isla.

—¿Fuertes?

—Eso, sí, tanto como sus montañas.

—¿Habrá muchos cerca de nosotros?

—No puedo calcularlo, señor, van errantes, diseminados unas veces y otras juntos. Los míos, armados de arcabuz y sable, los van cazando como á fieras.

—Con eso me basta. Riquelme, que pongan los tres reverberos á estribor del bergantín, único punto por el que pueden venir los salvajes, montad una guardia de veinte hombres, poned dos centinelas sobre cubierta, relevados cada hora y que vigilen cuidadosamente, haciendo fuego y tocando la campana en cuanto vean un bulto. Tomáis además las restantes precauciones para hacer imposible una sorpresa.

—Al momento, mi almirante.

—Cuando terminéis cenaremos todos.

—Muy bien.

Una hora después se sentaban a la mesa.

Comiendo estaban cuando se atrevió á preguntar Keisko á Osorio:

—Señor, ¿quieres decirme si vamos á dar la vuelta á la isla?

—Lo has acertado, cacique.

—¿Completa?

—Sí.

—¿Puedo saber qué os proponéis?

—No hallo inconveniente en decírtelo: quiero saber si es posible hacer un desembarco por sitio distinto del cortado ó el canal.

—Creo que no es posible.

—Necesito saberlo de una manera absoluta. Este

trabajo producirá además un bien, el de tener un mapa exacto de su isla.

—¿También del interior?

—También; pero no podré acabarlo hasta que vuelva otra vez y estudie el interior.

—Trabajo ímprobo, señor.

—Sí, pero es necesario.

—Es posible halléis muchos antropófagos.

—Cierto, y no pocas fieras y reptiles.

—Verdad es.

—Cuento con unos y con otras é iré prevenido.

Cenaron, y á las diez de la noche se retiraron á descansar.

Nada ocurrió que alterase su sueño; durmieron hasta que amaneció, y á las cuatro volvía á surcar por cerca de la costa el bergantín, que seguía dirigiéndolo Flaviano y haciendo á la vez su mapa.

Después de un ligero almuerzo, y seis horas de trabajo para Osorio, dejaron el bergantín al pairo y comieron, para continuar su penoso derrotero, pues iba el barco unas veces por entre rocas y otras bordeándolas.

—¡Cuántos montes formados por la materia de los volcanes, señores!—dijo Zalla á Keisko y Riquelme.

—Cinco he conocido yo,—le contestó el segundo.

—¿Cinco?—añadió Flaviano que lo había oído.—Llevo ya marcados en este dibujo once.

—¿Todos han vomitado?

—Todos, y aún tienen los cráteres.

Llegó la noche, y con menos precauciones que la

anterior, durmieron desde las diez á las cuatro. Por la parte de la isla tenían grandes montañas que hacían imposible el paso de los indios.

—Señor,—dijo Zalla al héroe cuando acababan de levantarse.—Ayer mirásteis varias veces con el anteojo; ¿vísteis algún antropófago?

—Vi más de cien que corrían llevando la misma dirección que el bergantín.

—¿Nos seguirán?

—Indudablemente.

—Con un cañoncito de metralla...

—Si nos obligan, los espantaremos de ese modo, pero si no vienen á nosotros, dejémoslos en paz por ahora.

Poco antes de comer, miraba Ricardo con el anteojo diciendo á Osorio:

—Señor, nos siguen. Van más de doscientos, casi desnudos y armados de ballesta y lanza.

—Déjalos que corran.

—Como nosotros vamos tan despacio creo que poco tendrán que correr ellos.

—Por la costa y haciendo el estudio que voy realizando no se puede ir más deprisa.

Osorio continuó su trabajo sin cuidarse para nada de los indios; Ricardo con el anteojo en la mano seguía observando la actitud de los antropófagos. Así permanecieron hasta que el astro del día empezaba á sumergirse en su ocaso.

Este fué el instante en que Osorio hizo remontar un poco el bergantín, observando con el anteojo más

que los indios, la costa que tenía á estribor. Hecho su estudio se volvió á acercar á la costa metiendo el bergantin en un paraje resguardado en la parte que era posible de un viento inesperado.

A la vez mandó anclar, diciendo á Riquelme:

—Que carguen á vuestra presencia el primer cañoncito de estribor con metralla, un poco floja la carga para que abra. Quedará un artillero con la mecha encendida y dos más para maniobrar. El resto del personal, todos sin excepción, que preparen los arcabuces y se sienten en el suelo. De ese modo esperaréis todos mis órdenes.

Un cuarto de hora después se habían cumplimentado las órdenes de Flaviano y todos esperaban oir su voz.

Hasta Riquelme, Zalla y Keisko, tenían su arcabuz entre las manos.

En la cubierta del bergantín no sobresalía otra cabeza que la de Osorio, el cual paseaba con la mayor tranquilidad.

CAPITULO LII

Sorpresa frustrada.—El espanto, la muerte y la huída.—Continúa el estudio científico.—Término de un trabajo importante.—Despedida.—A Cruz y San Juan.

Eran las ocho de la noche; la luna estaba encapotada á veces; clara y redonda á ratos, y una brisa constante y agradable acariciaba el rostro de los navegantes del Lucero. Ninguno de éstos hablaba ni se movía.

En la cubierta del bergantín había una sola luz que oscilaba á impulsos del ambiente blando y suave que reinaba.

De pronto Osorio bajó á la cámara, cogió dos pares de pistolas y se las fué colocando al cinto.

Después subió, quedando en la proa del bergantín muy inclinado, para que solo sobresaliera una parte de su cabeza de la borda. De este modo podía ver sin ser visto.

A los diez minutos de permanecer en aquella postura vino á favorecer su observación un rayo de luna que alumbró toda la costa.

Sin perder tiempo é inclinado hácia adelante para que no pudiesen verlo los que estuvieran fuera del bergantin, se dirigió al cañón cargado de metralla, afinó la puntería hácia un punto de la costa, dejando al artillero de rodillas al pié del cañón con la mecha preparada.

Hecho esto dijo á cuarto de voz lentamente y como si hablase en familia.

—Arcabuceros, correos á la popa muy inclinados para que no os vean, preparad las armas y cuando suene el cañón levantaos y tirad á los que suban por la cadena de ancla y vengan por los peñascos. Los tres criados con las pistolas, detrás de mí, y haced lo mismo que yo haga.

Todo el personal pasó á la popa permaneciendo oculto.

Flaviano se corrió á la proa seguido de sus tres criados, y comenzó á mirar como anteriormente sin sacar fuera de la borda del bergantín más que una parte de la cabeza.

En medio de un silencio profundo y vuelta á encapotarse la luna, oyó el ruido que producían varios nadadores y no tardó en escuchar el de las cadenas del barco, por las cuales subían ya varios hombres.

Apareció otro rayo de luna.

Sin moverse Flaviano del sitio donde estaba, dijo al artillero en español y alzando la voz lo menos posible:

—¡Fuego!

Se oyó un instante después la detonación, y acto contínuo el de los tiros de arcabuz y de pistola, mez-

clados con los alaridos de los antropófagos y con los ayes de muchos desgraciados que rodaban al abismo heridos de muerte.

La luna extendía su luz en estos terribles instantes sobre toda la costa. Parecía auxiliar con su mucha claridad el fiero pensamiento de Osorio.

Los arcabuces fueron descargados, vueltos á cargar y descargados menos el de Zalla, que tiró el primer tiro, y arrojando aquel arma comenzó á tirar con sus dos pistolas desde un extremo de la proa.

Flavíano había descargado sus cuatro pistolas de dos cañones y los tres criados el par que cada uno tenía.

El héroe tendió luego la vista por los alrededores del bergantín, después por la costa y satisfecho de su reconocimiento gritó:

—Basta, que ya no teneis enemigos. A sus sitios las armas y disponed la cena.

Dió sus cuatro pistolas á los criados y bajó á la cámara sentándose en un diván.

Zalla, Keisko y Riquelme le imitaron, preguntándole el primero:

—Señor, ¿teneis la bondad de decirme qué ha pasado? porque yo no he visto casi nada.

—Sí, yo lo he contemplado todo, es natural vuestro deseo y os voy á satisfacer á los tres.

Desde esta mañana comprendí que llevábamos una escolta de doscientos á trescientos indios dispuestos á asaltar el bergantin, á matarnos á todos con valor salvaje y á comernos después. Eran hienas horribles y me propuse tratarlos como á fieras.

Por esa causa, mientras Zalla se entretenía en buscarlos con el anteojo, yo estudiaba el punto de la costa para anclar en sitio que favoreciese su intento, es decir un paraje en que les fuera posible dar el asalto al bergantin. Lo hallé y anclamos. A estribor teníamos una explanada de cien varas en cuadro, detrás muchas rocas y delante multitud de peñascos, desde los cuales, saltando de uno á otro, podían llegar uno á uno hasta diez ó doce varas de las cadenas de las anclas.

Con gran placer, vieron el bergantín á su alcance y cuando juzgaron llegado el momento se dispusieron á dar el asalto.

La escolta que habíamos llevado todo el dia era peligrosisíma y me propuse diezmarla y poner el resto en precipitada fuga. Si hubiera podido hacer mis estudies desde alta mar, positivamente no les hago nada, pero siendo esto imposible y teniendo además que anclar por la noche, junto á la costa y en sitio seguro para evitar que un viento alisio nos sorprendiera y echara á pique nuestro pequeño barco, que es más ligero que resistencia tiene, me ví obligado á optar por confundir á unos cuantos y espantar á los restantes.

—¿Unos cuantos nada más?

—El veinticinco por ciento.

—¡Más de cincuenta!

—Sí, en la playa y en el fondo del abismo quedaron de setenta á ochenta.

—Buena lección, señor,—le dijo Keisko,—gran favor le habeis hecho á mi isla.

—Como yo suponía, se reunieron todos, ocultos

con las sombras de la noche á ratos, en esa explanada.

Cuando nos juzgaron dormidos se dispusieron á dar el asalto. Con ballesta á la ospalda y la lanza sujeta con los dientes comenzaron á saltar de piedra en piedra hasta llegar los dos primeros nadando antes y luego trepando por las cadenas, á la parte superior de la borda del bergantin. Iban uno en pos de otro por no poder hacerlo de otra manera, quedando en lo explanada más de ciento cincuenta y en las dos filas que corrián por las piedras, nadaban y subían por las cadenas más de ochenta. Los unos formaban un extenso grupos y los otros dos largas hileras, sedientos todos de devorarnos. Sus ojos brillaban como los del tigre y en su rostro se retrataba el valor selvaje, la satisfacción y la seguridad de comernos.

Sonó el cañón, con un acierto que toda la metralla se aprovechó, y todos apuntamos tan bien con las armas de fuego, que echamos al fondo del mar á casi todos los que formaban las dos filas primeras dispuestas para el asalto.

El estampido del cañón y la muerte que tan cerca vieron, aterró de tal manera á los que sobrevivieron, que todos tiraron las armas, corriendo por entre las rocas en completa dispersión y con tal aturdimiento, que muchos de ellos se despeñaron y es posible que su terror haya muerto y herido tantos como nosotros. Eso es todo. Creo que nos quedamos sin escolta, pero tenemos cena y es lo único que ahora nos hace falta. Pídela, Ricardo.

Los tres le habían oído y mirado con silencio y admiración.

Riquelme le dijo:

—Mi almirante, empiezo á comprender la manera facilísima conque dais batallas sin perder un soldado.

—Esto nada supone en la guerra.

—Para tí,—le dijo Keisko,—yo he visto ya al héroe. ¡Qué modo de prever, de adivinar, de dar disposiciones; y qué acierto, qué serenidad, qué puntería!

—En efecto,—añadió Riquelme,—su cañonazo fué dirigido al centro que formaba el grupo de los indios y luego con los tres criados y las pistolas hizo más desde la proa que todos nosotros desde la popa.

—Basta de adulación, señores, ni me gusta ni os la tolero.

—Qué remedio tienes,—le dijo Keisko,—decimos la verdad.

—No lo es, exagerais, pero aún cuando lo fuese no me gusta oirla. Todos hemos cumplido con valor y acierto. El general ha debido dar el ejemplo, lo dió y no hay mérito alguno en que haya cumplido con su deber. A la mesa señores que van á servirnos la cena.

Y cenaron, buscando luego el reposo sin cuidarse más de los indios por aquella noche.

En cuanto hubo amanecido corrieron á la cubierta, quedando sorprendidos del número de cadáveres y miembros mutilados que había en la explanada y sobre algunas piedras de las que sobresalían del agua.

Empezaron de nuevo á elogiar á Flaviano, y éste para evitar lo que juzgaba adulación, mandó levar

anclas continuando su estudio y formación del mapa.

Ni volvieron á ver antropófagos ni les ocurrió nada que de contar sea.

Al décimo día de reconocimiento y estudio dieron frente al cortado; Osorio hizo remontar el bergantin.

Y con anteojo y con su vista natural miraba ia Isla, el cortado y el punto donde estaba el canal. Cuando terminó entró por éste, examinándolo de nuevo, hizo medir su latitud en el punto más estrecho, marcó en el mapa la distancia y llevó el barco al muelle.

—Keisko,—dijo al cacique,—despidámonos; parte á la población y mándame los individuos de la tripulación que quedaron allí.

—¿Qué, no desembarcas?

—No puedo, perdí más tiempo del que imaginaba y dejo el reconocimiento del interior para cuando vuelva. Dá este dibujo de las habitaciones que han de añadir en tu casa al arquitecto y abrevia.

—Nada necesitas.

—Llegar pronto á Tabasco; eso solo.

Y le estrechó desapareciendo Keisko después de despedirse de Zalla y Riquelme.

Osorio se acercó á estos diciéndoles:

—Riquelme, os encargais en absoluto de llevar el bergantín á Cruz; solo nos veremos los tres á la hora de comer y de noche. Voy á empreuder un trabajo que requiere aislamiento completo. Tú, Zalla, acompañas á Riquelme ó estudias, lo que tú quieras.

Y se encerró en la cámara repasando el mapa, retocándolo y dándole en fin la última mano.

Luego hizo uno pequeño que podía llevar en su cartera con cuatro dobleces. Era igual al grande en todo menos en tamaño.

Y cuando acabó el último dió principio á otro que tenía la cuarta parte del grande; en él copió el monte del lado derecho visto desde la isla que empezaba en el cortado y concluía en el canal.

Este era un trabajo que sólo él era capaz de hacer; cuando el dibujo estuvo hecho, sacó dos pastas gelatinosas, amarilla la una y encarnada la otra y fué fijando el relieve de todas las protuberancias que aquel monte tenía en la parte que daba frente á la isla sin que quedara nada que no estuviese marcado con los relieves. Esta era la obra en que más se esmeró y la más perfecta que hizo en su vida.

Cuando hubo trasladado aquel pedazo de monte al papel comenzó á señalar sobre el dibujo y los relieves multitud de obras que el monte no tenía, pero que sin duda alguna pensaba hacer.

Se hallaba embebido en lo más importante de éste, que él llama su trabajo postrero é importantísimo, cuando oyó la voz de Riquelme que le decía:

—Señor, siento interrumpiros.

—¿Qué ocurre?

—Creo que nos amenaza un ciclón.

—Veamos. Cerrad esa pue-ta y seguidme.

Flaviano subió á la cubierta y con su anteojo y su vista fué recorriendo todo el horizonte.

Al concluir, dió el anteojo á Riquelme diciéndole:

—No, no hay ciclón ni nada.

—Señor, aquella nube es igual á la que el general Roch...

—No, es parecida. Os repito que no amenaza peligro alguno y que me dejeis en paz.

Y volvió á encerrarse en la cámara, siguendo la designación de los trabajos que dibujaba.

Doce horas empleó en marcar aquellas obras con todas las explicaciones necesarias para hacer la construcción.

Después aplicó á los relieves un secante y cuando estuvieron á su gusto, formó con los tres mapas un rollo, los encerró en una lata que cerró y selló, dándosela á su criado para qne se la llevara con mucho cuidado al palacio de San Juan.

Hecho esto subió á la cubierto, preguntando á Riquelme:

—¿Qué se hizo del ciclón?

—Teníais razón, señor, no era lo que creí.

—¿A cuántas millas estamos de Cruz?

—Con el anteojo se distingue ya esa población. Llegaremos antes de una hora, pues vamos andando mucho.

Llegaron al puerto, Osorio dió algunas órdenes á Riquelme y saltó á un bote, encontrando en el muelle á Julio, Mendoza, Luisa y maestres, que se disponían á embarcarse en un barco de cabotaje, único que había en el puerto, para correr en busca del héroe. Su tardanza los tenía fuera de sí.

Todos lo estrecharon con el mayor cariño; también á Zalla, exclamando Julio:

—¡Qué tres días de amargura nos has hecho sufrir, hermano!

—Lo supuse, pero el asunto que me ha llevado á esa isla es tan importante, y los trabajos que en ella he realizado tan molestos y pesados, que me obligaron á sucumbir, bien á pesar mío. Perdonadme el mal rato que os he dado; no era posible prever lo que allí me sucedió.

—¿Pero no has tenido algún contratiempo?

—No, ha consistido en que esa isla es más grande de lo que yo pude imaginar, y tan difícil y tan necesario el estudio de su casta, que tardé cerca de once días en lo que yo creí bastarían dos. Nos quisieron sorprender y matar unos cuantos antropófagos; pero esos no nos robaron tiempo, ni lograron otra cosa que morir algunos.

—¿Cuántos eran?

—Más de doscientos.

—¿Cuántos perecieron?

—La cuarta parte próximamente.

—Infelices, te desconocían y su torpeza los llevó á la tumba.

—¿Vamos á San Juan?

— Sí, pero te advierto que nada de particular ocurre.

—¿Adelantan los indios del campamento?

—Mucho.

—También allí y en la ciudad te esperan con impaciencia.

—Pues vamos á verlos, que nada malo me ha ocurrido.

Poco después montaban á caballo y corrían hacia la capital.

Desde la entrada de la población empezaron á ver corros formados por paisanos y militares que suspiraban por su héroe, comentando con dolor su tardanza.

Al reconocerlo, ébrios de alegría, prorrumpieron en aclamaciones, luego echaron las campanas á vuelo y ningún grupo del campamento quiso escuchar la voz de los misioneros, corriendo el tropel á la calle donde estaba el palacio del general.

Tantos gritos daban y con tanto entusiasmo pedían ver al héroe, que éste tuvo que salir al balcón, diciéndoles:

—Hijos, nada malo me ha ocurrido; llené una misión que me pedían la patria y el rey y regreso, como veis, muy bien. Retiraos, yo os lo ruego, puesto que no hay motivo para otra cosa.

Fué obedecído, pero empezó á llenarse el palacio de jefes y sacerdotes del campamento y la ciudad, y en dos horas no se vió libre de cumplidos y plácemes.

Por fin quedó solo con Julio, Luisa, Mendoza y Zalla y con ellos se fué á su despacho, encontrando en él al venerable príncipe de Italia que le esperaba sentado, con las manos cruzadas y la vista baja.

Osorio lo estrechó y sentándose á su lado le cogió una mano, que guardó entre las suyas preguntándole:

—Padre mío, ¿qué profundo pensamiento absorvía en el instante de llegar nosotros ese espíritu que no tiene igual en el mundo?

—Pensaba, hijo mío, en el reconocimiento y estudio

que acabas de hacer en la isla de Líbana, en los mapas que has sacado, en las obras que proyectas, en lo que preparas para el porvenir.

—Señor, ¿conoceis el despacho del rey?

—Sí, recibi otro igual al tuyo.

—¿Y pensais...?

—Pienso en el cataclismo que habrá en los mares de esa isla, en lo que va á suceder allí, en los millares de seres que vas á sacrificar...

—Señor, vos adivinais.

—Los dos adivinamos, hijo.

—Vos más que yo.

—Yo menos que tú. ¿No te horroriza, hijo mío, lo que allí va á suceder?

—Sí, pero no puedo yo evitarlo.

—Allí van á tener lugar los primeros acontecimientos del mundo. ¿Vas á ellos tranquilo, Flaviano?

—Muy tranquilo, señor.

—¿Por que?

—Porque una vez más los malos deben sucumbir ante los buenos, y Dios me hace instrumento de su justicia.

—No aceptes esa terrible misión.

—Si me lo imponeis, lo haré, pero figuraos, señor' lo que va á ser de la infeliz España. de vuestra patria querida, con lo cual sólo se habrá logrado, que en vez de morir ellos muramos nosotros. Si lo deseais, hoy mismo entro en vuestra Orden y os sigo á todas partes.

—Pero si yo no puedo mandarte, si tienes del cielo

más potestad que yo, si hasta mi padre te inspira más que á mí.

—¿Qué hago, señer?

—¿Qué haces? Terrible pregunta; ¡qué hace el héroe, el sucesor del gran Alberto! Llena tu misión, y sea lo que Dios disponga.

Y el principe le dió un beso en la frente, cruzó las manos y salió diciendo:

—¡Misericordia, señor, para tanto desgraciado; apiadaos de tanto infeliz!

Todos, menos Flaviano le oyeron con terror; cuando le hubieron perdido de vista, quedaron mudos, hasta que Julio rompió aquel largo silencio, diciendo á su hermano:

—Ya lo has oido, Flaviano, y de labios que no mienten jamás, vas á realizar los primeros acontecimientos, que tendrán lugar en la tierra.

—Es verdad, el santo, nuestro padre, no miente nunca.

—Van á perecer millares de seres humanos.

—Sí.

—Vas á ser el instrumento de la Providencia.

—Acaso.

—¿Tomaré parte en esos terribles acontecimientos?

—Si, muy importante; y estarás á mi lado.

—¿No se opondrá mi padre?

—¿Que locura! ¿No has visto que sólo á mí besó en la frente al salir.

—Es verdad.

—Ese beso era la aprobación implícita de todo lo

que voy á hacer, lo inspira tu abuelo Alberto, y ni él ni yo hacemos nada contrario á lo que él desea.

—Sí, eso es. Flaviano, por favor, dime qué acontecimientos son esos, qué cataclismos vamos á presenciar, qué nos oculta ese arcano que ninguno de nosotros puede penetrar.

—¿Quién se lo ha dicho á tu padre, Julio? Porque yo no hablé con él hasta ahora.

—Nuestro padre adivina.

—Pues si sólo á él se lo reveló la Providencia, no intentes que yo modifique su divina obra.

—¿Nada más puedes decirme, hermano?

—Sí, oid bien; yo os ruego, si es preciso os impongo, que no volvais á hablarme de eso. Ni una sola frase, Julio; da tú el ejemplo.

—Lo haré.

—Eso deseo de todos vosotros. ¿Es grande mi misión, es difícil? razón más para que la respeteis. Básteos saber que con vuestra ayuda voy á salvar la honra de España y voy á triunfar, si Dios nos ayuda, de todos sus enemigos. Ni una palabra más.

—Ni una palabra más, — exclamaron todos.

Y aun cuando trascurrió mucho tiempo, y tuvieron lugar algunos acontecimientos antes de que llegaran los grandes cataclismos anunciados por el príncipe de Italia, y previstos por Osorio, ninguno le hizo la más leve objeción ni la más pequeña pregunta.

Desde aquel instante todo quedó sepultado entre el más constante silencio. Ni aun el paje se atrevió á dirigirle la más ténue indirecta.

Tampoco nosotros podemos adelantar noticia alguna.

El tiempo nos enseñará las terribles verdades que hemos do presenciar en lo porvenir.

El bergantin Lucero, al mando de su excelente capitán Riquelme, fué varias veces desde Veracruz y desde Cruz á la Isla, llevando en unos viajes caballos, en otros yeguas, mulos, carros y otras cosas que le ordenó Flaviano.

Luego ancló junto al muelle de la Isla, y allí esperó la llegada de la escuadra, que debía conducir á su almirante y gran séquito que á este acompañaba.

Nada más podemos ni debemos decir por ahora de los infinitos acontecimientos que van á tener lugar en la isla Líbana, entre las damas y caballeros y entre los españoles, los extranjeros, los navíos y el inmenso aparato de guerra que tres poderosos imperios preparan contra la nación española.

Se proponen dar fin del héroe castellano y de cuantos le obedencen, sellando con el baldón de la más grande derrota los estandartes españoles, y ya empiezan á acumular lo necesario, más de lo que se puede imaginar para el logro de su funesto plan.

Mucho puede contribuir al éxito la previsión de Flaviano, su adivinación, pero es tan valiente, tan audaz, que todo se puede temer de su poco apego á la vida y de su incomparable arrogancia.

—Si muero,—se decía envuelto en su manto de modestia, nada se habrá perdido, otro me reemplazará más digno que yo;—si vivo y triunfo todo se habrá

ganado. Adelante y sea lo que disponga el que todo lo puede.

Nada temía, ni pensaba en otra cosa que en la realización de los grandes pensamientos que nacían en su privilegiado cerebro.

Reanudemos ahora nuestro anterior relato interrumpido por los últimos acontecimientos.

CAPITULO LIII

Se reanudan los acontecimientos de San Bautista.—Una declaración que perturba á Rogelio Mendoza.—Sus celos.—El amor inspira ó descompone, según es la clase de cerebros que domina.

Ni Flaviano ni ninguno de sus amigos demostraban recordar las escenas que acababan de tener lugar en Cruz y en la isla de Líbana. Aquello fué un paréntesis del que aparentaban haberse olvidado por completo.

Amaneció al siguiente día, y cuando entró Flaviano en su despacho halló en él al paje y á Zalla, que le estaban esperando.

—¿Quereis audiencia?—le preguntó sonriendo Osorio.

—Yo no quería otra cosa que veros y luego acompañaros como de costumbre,—dijo Luisa.

—Concedido. ¿Y tú Zalla?

—Participaros que la india que por egoismo ayudó al alférez, hoy capitán, ha muerto.

—¿Cómo fué eso?

—Quedó encerrada, como sabeis, y su casa fué una

de las quince que echaron abajo los ingleses. Dí el encargo de que la buscasen entre las ruinas, ha parecido durante nuestra ausencia, pero muerta.

—Extraña casualidad.

—Es cierto.

—Sólo un ser humano mandó al otro mundo la artillería inglesa y resulta ser este el único amigo que tenía en Cruz Inglaterra. ¿Pagaste bien al intérprete?

—Sí, señor

—Deseas decirme algo más.

—No, señor.

—Yo tengo que hacerte una pregunta.

—Estoy á vuestras órdenes, mi general.

—¿Quieres continuar á mi lado á mandar un tercio?

—Lo primero por cincuenta razones.

—Muchas son, Ricardo. Creí lo mismo y te lo pregunto para añadir: Julio y yo vamos á continuar ayudando á la regeneración de este país lo mismo en el campamento que en el bufete. Sólo eso nos queda que hacer, sino vienen acontecimientos imprevistos y en ninguna de ambas cosas puedo darte aplicación. Si á pesar de eso quieres quedarte á mi lado, quédate, pero te vas á aburrir.

—No importa.

—Pues te quedas.

—Vine á eso, señor.

—Pudieras mejorar.

—¿Mandando soldados?

—Al frente de un tercio.

—No pueden enseñarme nada.

—De maestre de campo eres tú el que debes enseñar.

—Señor, soy muy joven tadavía para maestre.

—En ese caso aprende. Manera única de no aburrirte.

—Voy seguramente á aprender.

—¿Qué vas á estudiar?

—Idiomas y todo lo que me querais enseñar.

—Excelente idea.

—Ya sabía yo que la aprobaríais.

—¿Porque qué idioma empiezas?

—Por el azteca y el francés.

—¿Para hablar á Libana en su lengua?

—Y por si me uno á ella, que no sepa más que yo.

—Cierto, porque ella habla nuestro idioma y tú no sabes el suyo.

—Es verdad.

—Quién te vá á enseñar?

—El intérprete de Cruz.

—¿Irás tu á ese pueblo?

—No, señor, yo no puedo separarme de vuestro lado. Me lo he traido con nosotros.

—¿Cuando?

—Ayer.

—Lo aplaudo, Ricardo. Concretándose á tí te enseñará más.

—Eso deseo.

—La primera hora de la mañana os la dedico á Luis y á tí.

—¿Os quedará tiempo; señor?

—Para vosotros sí, y un dia á la semana tiraremos media hora los dos, Luis no necesita más esgrima.

—Qué deseos tengo, señor, de que nos enseñeis historia universal,—le dijo el paje.

—La aprendereis y algo más. Voy á empezar por dos cosas; Luis eligió ya una, elige tú otra Ricardo.

—Todo lo que pueda sernos más conveniente á Luis y á mí, á juicio vuestro.

—Muy bien; hora de clase, de siete á ocho de la mañana para los dos. Media hora de esgrima para tí solo, Zalla, los sábados de seis y media á siete.

Minutos después se presentó Juan Oaxacay, primo hermano de Luisa.

—Adelante, capitán,—le dijo Osorio.—Sentaos.

—Gracias, señor.

—Os he mandado llamar para haceros una pregunta.

—Cuantas querais, señor.

—Por la proximidad á esta capital y por muchas otras razones, el puerto de Cruz es ya la población que sigue en importancia á San Juan Bautista. ¿Aceptais el gobierno de esa plaza?

—Con mucho gusto, señor.

—Necesito allí una persona de toda mi confianza y vos me la ofreceis.

—Procuraré hacerme digno de ella, mi general en jefe.

—¿Cuando podeis partir?

—Cuando vos querais; hoy mismo si es preciso.

—Pues hoy. Luego os darán vuestro nombramiento y algunas instrucciones reservadas que debeis llevar.

—Señor, vendré por ellas á las tres, y las recogeré, saliendo acto contínuo para Cruz.

—Muy bien.

Se retiró Oaxacay, y Flaviano comenzó á escribir. Luisa y Zalla hablaban en un extremo del despacho.

Mientras esto acontecía en aquella cámara, pasemos á otra del palacio en la que se hallan encerrados dos personajes importantes de este libro, el príncipe Julio y Rogelio Mendoza, marqués de Abella.

Cuando el primero terminaba su aseo entró el segundo diciéndole:

—Julio, deseo hablar contigo sin que nos escuche nadie.

—¿Se levantó Flaviano?

—En este momento entra en su despacho, en el que le aguardan Zalla y Luis.

—Bien, vamos á la cámara verde y allí me dirás lo que tu quieras.

—Sí, está retirada y es excelente para una conferencia reservada.

—Vamos.

En ella se encerraron y después de haber ocupado cada uno su sillón, exclamó el príncipe:

—Ya estamos solos, habla.

—Julio, ¿qué hice yo el día de la batalla contra los buques ingleses, para merecer la excomunión de todos los que estabais en el comedor?

—El disparate mayor que puede intentar un general, la torpeza más grande que puede occurrírsele á un hembre.

—Hazme el favor de sintetizarla.

—Nadie es capaz de decir con fundamento que no le

gusta asistír á las batallas que manda el héroe Flaviano. Fué una herejia que nos llenó de asombro.

—¿Por qué?

—Porque es el primer general del mundo; porque sólo él sabe dar á ganar batallas sin perder un soldado, porque su admirable cerebro no tiene parecido en la tierra ni su modestia puede hallar rival ni parecido. Esto en general; concretándonos á lo de ayer, asombra lo que ha realizado.

—Es que yo no sé nada de lo que allí ocurrió.

—Pues escucha: vino un almirante inglés con los cuatro buques más poderosos que había en los mares; traía cuatro mil hombres de desembarco; traia cañones y arcabuces sin cuenta; traía hombres aguerridos é inteligentes y traía por fin la realización de la idea más humillante para España y la que más podía perjudicarnos. Pues bien, cogió al almirante, que era muy valiente y muy entendido, lo perturbó con su colosal talento, aturdió á cuantos le obedecían, hasta los acobardó, y de la escuadra más poderoso y mejor servida que he visto, hizo un blanco con el que se entretuvo en tirar, hasta que se cansó, y navíos, cañones arcabuces, espadas, hombres inteligencias y poderío, todo, todo lo sepultó en el fondo del abismo. La gloria que ganó ayer no la conquistó nadie hasta ahora, es superior á todo lo conocido; y por último, se presentó tan grande, que hizo pequeño al mismo Flaviano que antes admiramos.

—No lo sabía.

—Vaya un aplauso, una recompensa que le ofre-

ciste al que llamas hermano, al que no pedimos elogiar los demás porque ninguno, ni yo, encontramos frases adecuadas. Cuanto hubiéramos dicho era pálido y baladí para lo que él merecía.

—¿Por qué no me enteró de todo...

—Qué necio eres, Rogelio.

—Julio.

Tómalo como te acomode. El jefe superior iba á dar explicaciones al que debe á su bondad todo lo que es militarmente considerado.

—¡A su bondad!

—¿Qué has hecho tú para merecer esa banda de general?—Y continuó:—El sabio iba á consultar con el ignorante y el grande iba á dar satisfacción al pequeño. En fin, yo, príncipe, generalisimo y el rey en Méjico, me juzgo honrado al verme por orden suya al frente de la infantería y tú... no quiero calificarte, al frente de la caballería te juzgas ofendido. ¿Quieres una prueba mayor de tu insensatez?

—No, no, basta. Pero tú que talento tienes, dime: ¿Cómo pude yo desconocer todo eso?

—Fácilmente: eres un chiquillo mal educado.

—¡Mal educado!

—Todos uuestros profesores te lo decían y es verdad; un chiquillo mal educado que quiso á todo trance pelea, no se la dieron, después de haber confiado en ella, se ofendió y diste lugar á que te corrigiera una dama.

—¡Una dama! ¿quién era esa dama? Allí no había más que hombres. Habla.

—Ya lo he dicho y bien dicho está, una dama, que te lo advirtió, que hasta tuvo que reprenderte, ¡qué vergüenza! y luego te defendía por lo caudoroso que te presentaste.

—¿Pero, Julio, una dama?

—Sí, hermano: porque te quiero mucho te he dicho hoy todas las verdades que debo á nuestro cariño fraternal. Siento haberte lastimado, pero mi intención ha sido la mejor y ya conoces el refrán: «quien bien te quiere te hará llorar.»

—Por Dios no te levantes hermano, ¿quién es esa dama?

—¿No lo sabías?

—No.

—¿Tan inocente eres?

—Sí.

—Pues adivínalo Rogelio. Y queda con Dios que me aguarda nuestro hermano.

Y sin esperar contestación desapareció de la cámara verde.

Seguidamente entró en su alcoba y cogiendo una pistola de bolsillo se la guardó en sus gregüescos y entró en el despacho sentándose junto á Flaviano, resuelto á no separarse de su lado por lo que pudiera ocurrir.

Quedó Mendoza solo en el salón verde, sentado en un sillón y como entregado á la más profunda meditación.

De pronto exclamó:

—¡Una dama, el paje es una dama; nos han engañado á todos... ¡Engañado! ¿Con qué objeto? ¿Será

Luisa la manceba de Flaviano? ¿Es eso posible? Y si no lo es, ¿por qué ese disfraz, por qué ese largo fingimiento? ¡Y qué hermosa debe estar vestida con su traje natural! ¡La manceba del héroe! No me cabe en la cabeza y sin embargo ¿si no es la manceba suya, qué es? ¿Quien me resolvería este problema, quién? porque yo no puedo; yo me pierdo en un mar de congeturas, de vacilaciones, de incertidumbres, de dudas...

Y quedó otra vez sumergido en nuevas meditaciones.

De pronto exclamó:

—Por eso no quería que la abrazara ni que hablase de su forma ni... Vaya un chasco que me ha dado... Vaya una india hermosa, valiente y entendida. Si esa mujer se casa enloquecerá de amor a su marido. Pero ella no querrá casarse, ni él lo consentiría, ó acaso por cubrir las apariencias le buscarán un marido que le dé nombre, que encubra... Pero si eso no puede ser, si es imposible y sin embargo lo veo, lo toco, tengo la evidencia, parece que tengo la evidencia.

Volvió á callar, diciendo de nuevo:

—Mas todo eso ¿á mí qué me importa? ¿No lo ve con la mayor indiferencia Julio? ¿No es y ha sido siempre el más acabado tipo de caballerosidad, de delicadeza y de pundonor? Cuando él lo tolera, lo sufre y hasta parece que lo aprueba ¿qué he de hacer yo? Nada, mirarlo con la misma indiferencia que él. ¡Pero es tan triste que me hayan estado engañando tanto tiempo, que yo haya creido que era una india... ¡India, sí, pero qué hermosa, qué conjunto tan grande de belleza!

¡Es un encanto, una maravilla... ¡Guiado yo por ella..! Qué delirio, solo esas bochornosas ideas me faltaban para redondear el conjunto de mis desgracias. El hérroe... el héroe amancebado... No podía por menos, de tal padre tal hijo. Por eso despreció á la hija del virey, á la Moctezuma, á la de Amaro y á tantas otras; al padre le dió por la variedad, al hijo por lo sublime; pero todo es lo mismo; ¡Ah mundo, mundo, que sorpresas nos ofreces... ¿Será cierta la idea que se apoderó de mi mente ó una nueva torpeza de mi pobre cerebro descompuesto desde hace días como no lo estuvo jamás? Necesito hacer algo, yo no me quedo envuelto en tan mortificante duda. Yo averiguaré.

Sin desayunarse ni pensar en hacerlo salió del palacio, dirigiéndose á la morada de Juan Oaxacay.

—Buenos días, eapitán,—le dijo,—¿estais ocupado?

—¿Qué ocupación puede anteponerse á la honra de recibir en su casa al Sr. Marqués de Abella?

—¿Gracias; qué haciais?.

—Preparaba lo necesario para mi marcha, pero os advierto que me sobra tiempo.

—¿Donde vais?

—Me ha nombrado el general en jefe gobernador de Cruz.

—No lo sabía: ¿Cuándo os marchais?

—Esta tarde.

-Está cerca y os será facil ver á menudo á vuestra prima Luisa.

—Sí; también ella irá á verme.

—¿Se lo permitirá mi hermano?

—Ya lo creo; mi prima sigue con la voluntad virgen.

—¡Tiene tanta influencia con el general en jefe!

—Toda la merece, que vale mucho.

—No lo niego. ¿Os habeis criado con ella?

—Sí, señor.

—Vestida de mujer debe estar hermosa.

Encantadora, no la ví más bella.

—Capricho fué vestirse de hombre.

—No lo creais, no fué capricho.

—¿Qué fué!

Oaxacay le refirió con la mayor naturalidad todos los accidentes que mediaron antes del disfraz entre Flaviano y Luisa y la verdadera causa de pasar ella por hombre.

—No sabía nada de eso,—contestó Mendeza pasando de la sorpresa al aturdimiento.

—Nosotros sí, todo lo supimos y lo aprobamos.

—¡Lo aprobásteis!

—Con aplauso.

—No me lo explico.

—¿Qué habíamos de hacer?

—Es verdad, pero lo del aplauso...

—Pues todos lo aplaudimos, al héroe le hacia falta á su lado una mujer del talento y valor de mi prima.

—Para qué?

—Para que velara por él y defendiese su vida, como lo ha hecho.

—¿Para nada más?

—No os comprendo.

—Es que Luisa es muy bella.

Oaxacay soltó una carcajada que confundió á Mendoza. Después le dijo:

—El héroe no se ocupó jamás de esa clase de bellezas.

—¿Qué sabeis vos?

—Si no lo supiera no lo diría.

—¿En qué os fundais?

—En lo que es él y en lo que es ella.

—¿Qué son el uno y el otro?

—Sólo á vos, mi general, puedo yo tolerar esas preguntas. Si otro me las hubiera hecho, ya estaría la punta de mi espada buscando su corazón.

—Interpretais mal mis frases.

—Me alegro que así sea.

—Como desconocía esos misterios... Por eso me entrego á suposiciones temerarias.

—Haceis bien, porque sobre ser injustas os costarían la vida.

—¿Quién me había de matar, hombre?

—El héroe, su hermano Julio, cualquiera de los maestres, yo y todos los nacidos en mi país.

—Casi un ejército.

—Más de dos ejércitos.

—¿Nadie ha sospechado mal del disfraz de Luisa?

—Cuando vive, claro es que no.

—Cómo me complace todo lo estais diciendo.

—Ya lo suponía yo.

—Os ofrezco una visita en Cruz.

—Mucha honra será para mí.

—Os dejo, que en vísperas de marcha siempre falta tiempo.

Ambos se despidieron, murmurando Mendoza:

—Este indio podrá decír lo que le han mandado que diga.

Oaxacay se decía á la vez:

—Este general es el de más fuerza que hay en el mundo, pero no el de mejor cerebro. ¡Qué mal comprende!

Desde casa del capitán se fué Rogelio á la de Fajardo. Este tenía más talento que él y Mendoza iba meditando mucho en lo que le debía decir.

Halló al maestro que lo estrechó con gran afecto, haciéndole sentar en el mejor sillón que tenía.

—¿A qué debemos tanta honra, mi general?—le preguntó.

—Al deseo de veros y de daros la enhorabuena por el hábito de Santiago que os han otorgado.

—Sí, á los tres maestres nos lo ha concedido el héroe y le estamos tan agradecidos como yo á vos por la honra que me está dispensando.

—Flaviano está en todo.

—¡Yo lo creo! Y como se elevó ayer. En fin, ni Roch ni nadie en el mundo puede hacer lo que él. Y con qué modestia, con qué sencillez. ¡Cuánto vale ese hombre!

—Es verdad. También vale su paje.

—Tambien; pero en otro sentido.

—Como que no puede valer lo que un hombre.

Mendoza se fijo en Fajardo pretendiendo adivinar el efecto que habían hecho sus frases en el maestre. Este meditó, contestándole:

—Pardiez que no estoy conforme, mi general; vale el paje más que todo nosotros.

—Vale mucho, pero más que todos nosotros me parece demasiado. Una mujer por mucho que valga, dista siempre algo del hombre.

—Sospechaba que era mujer pero no lo he sabido de cierto hasta ahora que vos me lo decís. Señor marqués; ¿quereis que os sea franco?

—Sí Fajardo.

—Si lo que hizo el paje admiró al mundo, siendo mujer, resulta un prodigio que la eleva donde no llegó ningún hombre.

—En parte me hallo conforme con vos, pero le falta algo... su sexo no le permite ser todo lo que sería como hombre.

—De eso no tiene ella la culpa.

—Es verdad. Lo grande es si un día la maledicencia...

No la temais, cualquiera de nosotros se mata por ella. Desgraciada la persona que osara morder al angel del héroe.

—¿No habeis meditado vos en ese particular?

—No, señor, ¿qué me importa á mí?

—Es que para matarse por un angel es preciso tener el convencimiento de que lo es.

—¿Y quién duda eso?

—Como decís que no os importa.

—Claro que no me importa, lo cual no obsta para que yo crea que el paje es la misma virtud y vuestro general el mismo honor.

—Hay quien cree que el honor no entra para nada en las relaciones de dos solteros.

—Pues no ha de entrar. El vicio y la molicie no pueden armonizarse con la virtud ni con la caballerosidad ni con el honor.

—Yo creo eso tambien por más que el vulgo diga lo contrario.

—¡Quién hace caso de lo que dice el vulgo!

Mendoza no halló nada que contestar y salió de casa de Fajardo llevando la cabeza convertida en grillera.

CAPITULO LIV

Continúa la descomposición del cerebro de Mendoza.—El gigante se ha enamorado.—Una pasión tan grande como el hombre que la ha concebido.

Salió Mendoza de la casa de Fajardo dando á este perplejo por las raras preguntas que el general le había hecho y quedando él más confuso que nunca.

Sin saber donde ir ni qué hacer anduvo por calles y plazas pensando unas veces una cosa y otras de diferente manera.

Así continuó hasta que llegada la hora de comer, entró en el palacio y luego en el comedor.

Todos se sentaron en sus anteriores sitios menos Luisa que á ruegos del príncipe se colocó al lado de éste y junto á Zalla.

Los dos la hablaban con el mayor cariño.

—Mendoza no apartaba su vista de la joven.

¡Qué hermosa le parecía, qué seductora! Las vestiduras de paje la permitían lucir sus bellísimas formas

y hasta el brillo de sus negros ojos, que era muy notable en Luisa, parecía más arrebatador en la presente tarde.

Sin dejar de comer debatía con Julio y con Ricardo con un talento natural, con una agudeza, con una voz, capaces de perturbar el cerebro de Mendoza si ya no lo estuviera.

Flaviano con gran disimulo miraba al uno y á la otra estudiando hasta sus escondidos pensamientos.

Al terminar la comida, preguntó el héroe al marqués:

—No te he visto en toda la mañana, Rogelio, ¿por dónde has andado?

—Fuí á dar la enhorabuena á Fajardo y un saludo de despedida á Juan Oaxacay.

—Habrás visto tambien al maestre de zapadores y á Almeida.

—No, mañana.

—¿Estás enfermo?

—No. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque no te has desayunado y has comido poco.

—Hoy estoy desganado, pero no me siento enfermo.

—Me alegro de lo último.

—Gracias.

—Te aburrirás sin tener nada que hacer.

—Mucho.

—La guerra se ha concluido en Méjico y no es probable que venga otra ¿quieres regresar á Europa?

—¿Te estorbo?

—Si me estorbases no estarías aquí. ¿Hay en el ejército algún poder superior al mío?

—¿Cuándo piensas regresar tú?

—No puedo precisarlo de una manera absoluta; creo no obstante que antes de seis meses.

—En ese caso esperaré á que tú te marches.

—Muy bien, Julio, ¿nos vamos al campamento?

—Cuando tú quieras.

—Vamos.

—Espera. Luis, ¿quieres venirte con nosotros ó quedarte con Rogelio y Ricardo?

—Me voy con vosotros.

Y salieron los tres dejando solos á Zalla y Mendoza.

—¿Me acompañais á dar un paseo por el campo, maestre?—preguntó el segundo al primero.

—Con mucho gusto, mi general.

—Saldremos cuando no moleste el calor.

—Muy bien.

— A caballo.

—Perfectamente.

—En ese caso hablemos.

—Lo que querais. Es el último día que tengo de descanso y os lo dedico con mucho gusto.

—¿Os van á incorporar al ejército?

—No, me quedo al lado de nuestro general en jefe, es que desde mañana estudio.

—¿Qué estudiais?

—Idiomas, esgrima, historia universal y otras cosas.

—¿Con Flaviano?

—Algo con él y lo restante con un profesor.

—¿De esgrima?

—No, de idiomas.

—Yo creí que érais un maestro de armas.

—No tiro mal, pero aprediendo más, tiraré mejor.

—Eso no cabe duda. ¿Vais á tirar con el paje?

— No señor, ese no puede enseñarme nada.

—¿Con Flaviano?

—Sí; ese puede enseñarme mucho.

—Yo creí que os enseñó todo lo que sabía.

—Lo que sabía entonces, no lo que sabe ahora.

—¿Aprendió más aún?

—Mucho más.

—¿Quién le enseñó?

—¿Quién era capaz de enseñar á ese? Medita un poco y brotan de su cerebro nuevas estocadas, nuevos quites, nuevos juegos que enseñar puede á los maestros.

—¿También aprende el paje?

—No.

—Muy amigo os habeis hecho de él.

—Ya lo éramos.

—Hoy comiendo parecíais dos enamorados.

—Os equivocais; yo solo estoy enamorado del genio de mi general en jefe y de mi Líbana.

—¡Líbana! ¡Ah, esa india tan guapa!...

—No, tan hermosa, tan bella, tan encantadora.

—¿La amais mucho?

—Con toda mi alma.

—¿Os casareis con ella?

—O me mato.

—Qué fuerte os dió.

—Lo merece ella. ¿Habeis amado vos?

—No. Sí. No lo sé.

—En lo inseguro y vacilante pareceis enamorado.

—Estais así, como loco, ¿es verdad?

—No cabe duda.

—Luego vos estais casi loco.

—Casi loco vos; yo loco del todo.

—Yo no sé como estoy.

—Decidme quién es el objeto de vuestro amor.

—Un ser humano que he conocido de un modo y ahora se me presenta de otro.

—No os comprendo.

—Por ventura ¿me comprendo yo?

—Ay, general, que estais más loco que yo.

—No me atrevo á negarlo.

—Eso me prueba que estais enamorado.

—No lo sé, amigo Ricardo.

—Así estuve yo algun tiempo y luego resultó que todo era amor, que mi Líbana me tenía loco.

—Puede que á mí me suceda lo mismo.

—Positivamente.

—¿Qué debo hacer Ricardo? aconsejadme, os lo ruego.

—No estoy enterado de nada.

—¿Qué deseais saber?

—¿Quién es el objeto de vuestro amor?

—No me atrevo á decíroslo.

—Entonces no puedo aconsejaros.

—¿Es indispensable?

—Sí.

—Admiraos... Si no me atrevo. Acertadlo vos.

—¿En dónde se halla?

—Muy cerca de aquí.

—¿En Veracruz?

—No.

—¿En la capital?

—Tampoco.

—Pues si no hablais es inútil que me pidais consejo. Y lo siento porque me dais lástima.

—¿Lástima?

—Sí; todos los enamorados me son simpáticos y más los que están como vos, porque yo pasé por todo eso.

—Os diré que se halla aquí.

—¿En San Juan?

—Sí, en San Juan.

—Pues no conozco á ninguna de quien pueda estar enamorado un grande de España.

—¡Ay, Ricardo, merece un rey!

—Me confundis, señor marqués.

—Más lo estoy yo.

—¿Hablais ó no?

—Sí, me decido. El objeto de mi amor es un hombre...

—¡Por San Ricardo...! Pero no... vos no sois, no podeis ser sodomita.

—Eso no, quiero decir que viste de hombre, que parece hombre.

—Mi general, el amor os volvió loco del todo. ¡Qué lástima, tan joven, tan buen mozo, tan rico, tan valiente. Pero no me extraña, el amor trastorna por completo.

—No, Ricardo, no es tanto. Loco del todo no estoy.

—¿Pues no habeis de estarlo! Rematado!

—En cuanto os diga quién es, variais de opinión. Imposible. En San Juan no hay ninguna.

—La hay más bella aun que vuestra Líbana.

—¡Señor masqués, que me estais dando compasión!

—¿Quereis una prueba?

—La deseo.

—Pues oid.

El gigante Mendoza cogió con mucho cuidado á Zalla por debajo de los brazos para no lastimarlo, lo levantó en alto y cuando se niveló el oído del uno con los labios del otro le dijo:

—¡Es paje de mi hermano!

Zalla se había dejado coger y elevar por Rogelio sin oponer resistencia alguna, mirándolo con lástima y con cariñoso interés.

Cuando el gigante lo bajó con el mismo cuidado que lo había levantado, Zalla, mirándolo con más compasión cada vez le contestó:

—¡El paje Luis! ¡Una mujer! ¡Qué dolor, como está su cerebro!

—¿Otra prueba quereis?

—¿Para qué? Es precíso que os pongais en cura al momento. Voy á enterar en este instante á mi general en jefe del estado en que os hallais para que tome una medida enérgica. ¡Pobre general!

—¿Dónde vais, loco? Esperad.

—No...

—Dos solas frases.

—Decidlas.

—Me lo ha dicho esta mañana mi hermano Julio que jamás mintió.

—¿Pero eso es posible?

—Y luego Juan Oaxacay, primo de Luisa. Y últimamente el maestre Fajardo. Para que no os quede duda alguna, para que comprendais que mi locura es de otro género muy distinto, nos vamos esta tarde á Cruz, allí estará ya de gobernador Oaxacay y ese confirmará mi relato.

—Sí, lo haremos. Yo cuidaré que no os suceda nada.

—Que el coco seais ahora vos. Decid, ¿hay algun hombre en el mundo capaz de desobedecer á mi hermano?

—Creo que no.

—Pues ella lo hace, porque sólo una mujer se atreve á eso.

—Es verdad.

—¿No vísteis lo que hacía cuando yo, creyendo que era hombre, quise abrazarla?

—Cierto.

—¿Habeis notado como yo, que jamás se desnuda ni se viste con la puerta abierta?

—Echa hasta el cerrojo.

—¿Quereis más pruebas?

—Me haceis dudar.

—¡Dudar y es el evangelio!

—Pero si ese paje es mujer, no ví en el mundo nada más bello y extraordinario.

—Como Flaviano.

—Eso es.

—Su epidermis parece de seda.

—Su color blanco y sonrosado es ya el de una hermosísima europea.

—Y tan esbelta como la mejor formada.

—Y chicos y torneados sus pies y sus manos.

—¿Y el brillo de sus ojos?

—Es lo más notable que he visto.

—¿Y su timbre de voz?

—Por Santiago que me habeis convencido, general.

—¡Qué mujer, Zalla!

—Digna de vos, marqués.

—¿No la hallais defecto?

—No, por Cristo.

—Yo sí.

— Decidlo.

—¿Para qué?

—Para aconsejaros.

—Durmió una noche en la alcoba de Flaviano.

—Esa sospecha vuestra es una barbaridad, Mendoza.

—¿Por qué lo ama tanto?

—Por lo que yo; por lo mucho que vale.

—¿No puede ser por otra cosa?

—No.

—¿Quién os lo ha dicho?

—La virtud de mi señor, su caballerosidad, su nobleza, su eterna conducta.

—Queriendo á Luisa no se puede querer á otra mujer.

—Alice es más bella que Luisa.

—¿Hay mujer más bella que esa?

—Sí, ya os lo he dicho, Alice.

—¡Somos los hombres tan débiles aún los más fuertes!

—General, si otro que vos acusara de ese modo á mi general en jefe ya estaría en el otro mundo. Pero vos estais enamorado como yo, y como yo dudé, dudais vos.

— ¿También vos?

—Sí. En vez de ser vuestro matador quiero ser vuestro consejero.

—¡Bastante me importa á mí la vida.

—¿Quereis mi consejo?

—Os lo estoy pidiendo hace una hora.

—Os lo voy á dar.

—Ya escucho.

—El enamorado se obceca, de todo duda, y para que crea, son necesarias las pruebas más claras y terminantes del mundo.

—¿Lo sabeis por experiencia?

—Sí.

—Me alegro, dadme el consejo.

—Conoceis bien al príncipe de Italia.

—Muy bien.

—¿Mintió alguna vez?

—Jamás, es un santo.

—Os merece confianza absoluta.

—Sí, señor.

—Pardiez, id á su celda, consultad con él y al concluir, haced lo que él os mande.

—El padre Julio es incapaz de faltar á la verdad por nadie ni por nada. Acepto vuestro consejo.

—Me alegro.

—Yo también.

—Y pido á Dios no os cueste vuestra duda tanto como á mí me costó.

—¿Qué os costó?

—Estar preso varios días, separado de mi Líbana un año y el remordimiento de haber dudado de una virgen.

—Terrible castigo.

—Lo merecía.

—La duda llega al hombre sin ser llamada por él.

—Es verdad, pero puede sepultarla en el fondo de su corazón.

—Es difícil.

—Pero no imposible.

—¿Ya no dudais?

—No.

—Qué felicidad. ¡Si yo pudiera hacer lo mismo...!

—Estoy seguro que el santo os convence de la verdad.

—Quiéralo Dios.

—Ya no insistireis en salir de paseo.

—Acompañadme.

—¿Dónde?

—Al campamento.

—¿Qué vamos á hacer allí?

—Yo, á verla, vos lo que querais.

—Me voy á aburrir, pero no importa. Estais enamorado y mereceis toda mi consideración.

Los dos se fueron al campamento, vieron á Flavia-

no, á Julio y á Luisa, pero no pudieron hablar con ninguno de los tres. Estos instruían á los indios y no se cuidaban al parecer de otra cosa.

Cerca de anochecido su fué Mendoza al convento de trinitarios acompañando al príncipe de Italia.

Su confianza en el venerable religioso era completa.

Iba decidido á tomar el consejo que aquél le diera y á creer lo que el santo le mandase.

La proposición que Ricardo Zalla le hizo, la empezaba á juzgar su única tabla de salvación.

CAPITULO LV

La reprimenda de un religioso.—La persona de Flaviano es respetada hasta por un santo.—Mendoza sucumbe, cree y confiesa su falta.—La penitencia.

El príncipe de Italia, á su izquierda Mendoza y el padre Anselmo y el lego Padre detrás, se dirigieron lentamente á la celda del primero; los otros dos quedaron en el claustro próximo, rezando el uno y paseando el otro.

Zalla se unió en el campamento á Flaviano, Julio y Luisa y con ellos se fué al palacio, enterando por el camino al héroe de todo lo que le había ocurrido con Mendoza sin que le oyesen los otros dos. Flaviano oyó á Ricardo sin demostrar extrañeza por nada de lo que escuchaba, antes bien parecía oirlo como cosa lógica y natural.

Quedémonos en el convento con el príncipe y el gigante.

Solos en la celda exclamó el religioso:

—Ya puedes decirme todo lo que tú quieras; solos estamos y nadie debe oirnos.

—Padre mío,—le contestó el general con resolución. —Estoy enamorado de Luisa Oaxacay.

El religioso se hallaba sentado, con la cabeza inclinada y la vista baja. No obstante lo grave de la noticia que el marqués le daba, guardó la misma actitud concretándose á contestarle:

—¿Lo sabe ella?

—No, señor.

—¿Y Flaviano?

—Tampoco.

—¿Y mi hijo?

—No, señor.

—¿Por qué me lo dices á mí el primero?

—Porque tengo una duda, señor.

—¿Qué duda es esa?

—Que siendo mujer el paje de Flaviano la maledicencia...

—¿La maledicencia, qué?

—Puede juzgarla mal.

—No debe casarse el hombre que duda; arranca del corazón ese amor y te unes á otro. Luisa no necesita de tu amor ni de tí.

—Es que yo necesito de ella.

—Es que ella, y van dos, no necesita de tí.

—La amo y tendrá que ser mía.

—¿Con qué derecho?

—Yo no lo sé.

—Ni yo tampoco.

—¿Si ella me amase y fuera digna de mí?

—¿Qué...?

—Entonces...

—Acaba.

—Sería feliz uniéndome á ella.

—¿Qué ganaría ella con esa unión?

—Una corona de marqués y toda mi fortuna.

—Eso es muy poco para ella.

—¿Muy poco, señor?

—Si.

—¿Pues qué quiere ella?

—Ella no quiere nada. Pero es duquesa de Tabasco y tiene todo el oro que conquistó en esta provincia; ya recordarás el hecho.

—Sí, señor.

—Resultando poderosa.

—¿Quién la nombró duquesa?

—Mi hijo Julio.

—¿A propuesta de Flaviano?

—A propuesta del duque del Imperio. Flaviano se concretó á entregarle lo que ella conquistó; lo que ella no queria, pero que él la obligó á que lo tomase.

¿Qué debo hacer, señor?

—Si temes á la maledicencia, no vuelvas á pensar en Luisa.

—Pero si estoy enamorado.

—En ese caso te unes á ella, si es que el paje te quiere, y dejas á la maledicencia que calumnie; tarde ó temprano, la verdad triunfará como siempre.

—¿Y si no triunfa?

—La verdad triunfa siempre.

—¿Y si la verdad fuese otra?

—Explícate.

—Por ejemplo, si la maledicencia no se equivocara.

—¿Tú crees que no se equivoca?

—Dudo, señor.

—¿Pero de quién dudas?

—De ella.

—De ella sola no puede ser.

—No.

—¿De quién más dudas?

—No me atrevo...

—Dí su nombre, ó déjame rezar y adorar á Dios.

—Señor, dudo de ella y de Flaviano.

—De Flaviano! ¡De la verdad de Flaviano.! Tu padre, sin méritos bastantes, fué general, fué grande, fué marqués, porque era el protegido del padre de Flaviano. Y tú, sin haber hecho casi nada, eres general por la bondad de Flaviano. ¡Así pagas al padre: asi pagas al hijo dudando de su virtud inmaculada, de su castidad! ¡Y quién duda de él, gran Dios, el libertino de Cartagena, de Méjico, de Tabasco! Mañana serás exonerado por mi hijo, y en el primer buque saldrás desterrado para Cartagena, mal caballero, traidor á la amistad, al compañerismo, á la fraternidad. Ingrato, torpe, ignorante como tu padre, pero sin la gratitud y generosidad de él. Diré hoy á mis hijos: Os habeis equivocado; pensásteis traer de Cartagena un hombre y habeis traído un reptil. Y diré á Luisa: Casta virgen, huye de ese desdichado; su aliento mancillaría tu vir-

tud. ¡Dudar de Flaviano cuando es un héroe, un génio que inspira mi padre desde el cielo, que Dios bendice por su abnegación y virtud desde su excelso trono! ¡Y quién es el único que duda de él: el que le llama hermano, el que todo lo que es lo debe á los dos Osorios! Lucifer solo podía pagar de esa manera. ¿Desconfiabas de él, creías que era libertino como tú, el más puro que existe? Habértelo callado por deber, por gratitud y porque mediaba un ángel que vale mil veces más que tú. ¿No hay otras mujeres? Pues haber elegido la que más te agradara, que no podía ser más pura que Luisa, ni más pecadora que tú, guardando en lo más recóndito de tu pecho la idea que infamaba á tu hermano, que infamaba á un paje, que fundará una familia con más merecimientos que tuvo tu padre. Insensato, ni aun has comprendido que intentabas humillar ante mí al privilegiado ser, único que envidio, que admiro y casi venero. No has comprendido aún que en Flaviano veo á mi padre Alberto, y le obedezco como á aquél, y lo quiero tanto como á mi hijo Julio, acaso más. Y por una mujer lo calumnias, cuando vale él más que tu madre, la suya y la mía, que era hermana de un emperador. Poco es todavía: Flaviano vale por su virtud por su génio, por su grandeza de espíritu, por su sabiduría, por su incomparable abnegación, más que los seis llamados *Invencibles*, que sus hijos y que todos los Mendozas que han existido. Estás á su lado y no lo conoces, y eres tan ruín comparado con él, que mientras tú lo desprestigiabas con indignas calumnias ante Juan Oaxacay, ante Fajardo, problablemente ante Zalla, él

se ocupaba de hacer tu felicidad, él se ocupaba en convertir en hombres ilustrados nobles y generosos, las 30.000 fieras que halló en ese campamento, él, que no hallaría sitio bastante en este dilatado imperio para dar cabida á la gloria que ha ganado, caso de tener la gloria volumen, si en vez de domar leones se dedicara á recoger en el mundo la mucha, la infinita que ha conquistado. Porque has de saber que le bastó mirar á Luisa y á tí para leer en el porvenir lo que está sucediendo, y cuanto te dijo esta mañana Julio fué por orden suya, y como consecuencia de lo que hace días me tenía dicho á mí.

Cada frase de esta larga filípica había caido sobre el corazón de Mendoza como gota de plomo hirviente. El santo, siempre tan bondadoso, tan dispuesto á perdonar, tan gozoso de redimir, se había expresado con calor, con energía, con entereza hasta transformarse en su antítesis. El gigante le había lastimado en la fibra más delicada de su corazón, en su hijo Flaviano, único hombre que valía más que él en el mundo.

Lo que á él hicieran y hasta lo que hicieran á su hijo Julio, fácilmente lo perdonaba, pero las ofensas que dirigían á Flaviano le dolían tanto que se resistía á olvidarlas. Porque para el príncipe, su hijo adoptivo Flaviano tenía dos naturalezas en su solo ser, la de su padre Alberto que fué el hombre más grande de su época y la de su hijo Julio que era un modelo de sabiduría y de virtud.

Acongojado Mendoza, llorando como un niño y con acento ronco, y fatigado articuló estas frases:

—Confesión, padre, si he faltado; quiero la absolución á costa de todo.

Y cayó á sus pies de rodillas, añadiendo:

—Como sacerdote no podeis negaros ministro del altar.

—No me niego, pecador, pero has de cumplir la penitencia que te impongo.

—¿Qué me importa á mí la penitencia? Vuestro perdón, eso es lo que me interesa.

—Está bien, voy á confesarte.

—Y lo abrazó, le hizo rezar una oración previa, añadiendo

—Empieza, pecador arrepentido.

Casi una confesión general hizo el marqués de Abella; y tan contrito estaba, tan arrepentido, tan anheloso de la enmienda, que el sabio sacerdote le echó su bendición, absolviéndole de todas sus faltas.

Desdo este instante empezó á respirar Mendoza con más tranquilidad, demostrando su semblante una satisfacción que no tuvo hasta entonces.

Después oyó del principe, sabios consejos que no debía olvidar jamás; y por último, se obligó á cumplir la siguiente penitencia, de la que él hablaba después con noble orgullo. Tenía que repartir entre los indios del campamento, que eran los más pobres que había en Tabasco, quince mil ducados; tenía que pedir de rodillas perdón á Flaviano y á Luisa delante del príncipe, y tenía que permanecer qnince días en aquel convento sin salir ni hablar con otros seres que con los religiosos, empezando desde aquel instante. Ya eran las diez de la noche cuando el príncipe dijo á su lego:

—Ve al palacio de mis hijos y les dices que el general Mendoza no saldrá de este convento en quince días. Al partir dí al padre superior que entre.

—Cuando este último estuvo delante del príncipe le dijo.

—¿Qué me manda V. A., señor?

—Llevad al Sr. marqués de Abella á la mejor estancia del convento; que le ofrezcan cena abundante y delicada; que le sirvan dos donados y que nada le falte de cuanto pueda necesitar en quince días que permanecerá entre nosotros. Puede pasear por el jardin cuando quiera; puede entra en el coro y en la iglesia y puede leer todos los libros de nuestra biblioteca. Le está prohibido comunicarse con los de fuera, pero le es permitido hablar con todos nosotros. Salid los dos y dadle conversación y hacedle compañía, padre superior.

—Todo se hará como V. A. lo ha mandado.

—Padre mio,—le preguntó el marqués,—puedo tener esperanza...

Aludía á sus amores con Luisa.

—Sí,—le contestó el príncipe,—sed bueno, no volvais á faltar y confiad en la misericordia divina que ella os hará dichoso.

Rogelio le besó la mano y desapareció de allí al lado del superior.

Grave fué la falta de Mendoza; pero la penitencia no fué menor. Para hombre tan rico: poco ó nada suponian los quince mil ducados; con esto se propuso Julio más que castigarlo, hacer un bien á los indios pobres. Pedir perdón de rodillas á Flaviano y Luisa, no

lo era tampoco violento, puesto que los amaba; pero después de saber que Luisa era una virgen, dejar de verla quince días, resultaba para él un martirio casi superior á sus fuerzas.

Habló con el superior media hora, comió á la vez, y cuando lo dejaron solo exclamó:

—¡Quince días sin verla, sin oir su voz...! ¡Ah, qué dolor, qué amargura! pero lo merezco; dudé de los dos seres que más amo en el mundo, á los que más debo, y me hice acreedor á la reprensión más dura que puede hacer un santo. Fuí torpe, y justo es que pague mi torpeza. Flaviano, te ofendió el que más debía quererte en el mundo, á tí que eres un genio, que eres más grande que el príncipe y tan virtuoso como el angel de tu guarda: Alberto de Silva, Flaviano mío, perdóname. El amor que empezó á inspirarme ese paje, creció al infinito; y cuando supe que era mujer, perturbó mi cerebro. Y tú, bellísima Luisa, virgen pura y deliciosa, perdóname también; el mucho amor que te tengo fué culpa de mi torpeza. Perdóname y desde el día en que me una á tí, en adelante seré tu esclavo, tu enamorado siervo. Quince dias sin verte... ¡Oh, qué amargura!

Y se metió en cama tardando en quedar dormido.

CAPÍTULO LVI

Los cuatro amigos.—El héroe y el Santo.—El principio del desenlace.—Todo empieza á sombrearse de rosa.

Hemos dicho que salieron juntos del campamento Flaviano, Zalla, Julio y Luisa.

Delante iban los dos últimos, y detrás, á alguna distancia, los primeros.

Zalla enteró á Osorio de todo lo que le había ocurrido con Mendoza, según apuntamos, y terminó su relato al entrar en el despacho del héroe. Este se dejó caer en un sillón, quedando como entregado á profunda meditación.

Los tres restantes le rodeaban sentados también y mirándole con interés.

Flaviano puso término á la meditación preguntando á Zalla:

—Dí Ricardo, ¿que consejo diste á Rogelio? Porque algo le dirías.

—Sí, señor, le aconsejé que enterase de todo al príncipe de Italia é hiciera cuanto él le mandase.

—¿Lo hizo?

—Con tanta actividad, que salieron juntos del campamento.

—¡Lo que has hecho sin imaginarlo, Ricardo!

Julio, que estaba en autos, soltó una carcajada exclamando:

—¡Lo vá á triturar!

—Y lo arruina.—Añadió Osorio.

—Le ha herido sin duda alguna, su fibra más delicada.

¿Qué fibra?

—Tú, su Flaviano, en el cual ve á su padre Alberto, á su hijo querido, predestinado, á lo que más ama en el mundo.

—Sí, lo va á pasar mal.

—¿Qué le ocurre á Rogelio?—preguntó el paje ignorándolo todo.

—Nada, Luis,—le contestó Julio, en un mes no come.

—Yo le defenderé. Creo que abusais de su buena fé y carácter franco y bondadoso.

—¿Tú, Luis? Lo mandó á buen sitio Zalla. Mi padre lo regenera, pero le vá á hacer sufrir mucho.

—Señor, no consentirlo. ¿Pero qué haceis que os estais riendo sin contestar nada?

—Me río,—dijo Flaviano,—de lo que dice Julio, tiene razón; Rogelio por haber tomado el consejo que les dió Zalla, vá á sufrir el tormento de las cañas.

—Pues se lo dí con la mejor intención.

—No lo dudo; era el mejor médico, pero lo vá á curar por un sistema terrible.

—No puede ser,—replicó el paje,—su afecto, bondad y cariño...

—Es verdad, Luis, pero eso sucede cuando no se trata de su amado hijo Flaviano.

—¿Pero ha hecho alguna otra á mi señor?

—Sí.

—¿Puedc saber lo que es?

—No.

—¿Es cosa grave?

—Gravísima.

—¿Por qué lo dejásteis?

—Nadie pudo evitarlo.

Y continuaron hablando de esta manera hasta las nueve que les avisaron estaba la cena dispuesta.

Flaviano se levantó diciendo:

—Vamos al comedor.

—Señor, ¿no esperamos al general?

—No viene esta noche.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Nadie, pero estoy cierto de que no viene.

—Vos sabeis más que eso.

—De lo que ha pasado entre el príncipe de Italia y el marqués no sé nada en absoluto.

—Pues cenemos.

Dieron principio y cenaron silenciosos.

Al concluir entró un criado de Osorio diciendo:

—Señor, el lego del señor príncipe de Italia.

—Que entre aquí.

Luego preguntó al recien venido:

—¿Qué desea nuestro padre de nosotros?

—Que no espere V. E. á cenar ni en quince dias al señor marqués de Abella.

—¿Se queda en el convento?

—Creo que sí.

—Falta hace al buen Rogelio ganar el cielo en ese santo asilo, porque se vá alejando mucho de él.

—Qué ha hecho el general, lego,—le preguntó Luisa.

—Yo no sé nada.

—Ni se lo dirías aunque lo supieras, ¿es cierto?

—Cierto es, señor.

—Bien, dí á nuestro padre que no esperaremos á Rogelio, y que en ninguna parte puede estar mejor que á su lado. Que si quiere llevarme á mí junto á él, me creeré dichoso.

El lego hizo una reverencia y desapareció de allí.

Quedaron de sobremesa.

Luisa dijo á su señor:

—Como de costumbre habeis acertado; al pobre Mendoza no le dejan venir.

—Estaba seguro, Luis.

—Señor, ¿me quereis conceder una gracia?

—Veamos si es posible.

—Lo más fácil.

—Habla.

—Id al convento y rogad al príncipe deje salir á Mendoza.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Rogelio está castigado, nadie me lo ha dicho, pero estoy seguro de no equivocarme, y todo lo haría yo antes que levantar una sentencia dada por mi padre Julio.

—Un ruego...

—Es igual, lo violentaría mi súplica.

—¿Y vos príncipe?

—Estoy en el mismo caso que mi hermano.

—Que fatal unanimidad de pareceres. ¡Siempre es lo mismo!

—Siempre.

—Iré yo.

—Será inútil.

—Entonces sabeis de lo que se trata.

—Sé que conozco á mi padre.

—¿Qué hacer señor?

—Esperar quince días.

—Claro es

—Se vá á aburrir ese desgraciado.

—¿Qué le hemos de hacer?

—¿Pero qué falta habrá cometido?

—Pronto lo sabremos.

—¿Por fin vais?

—Eso no, que sería el equivalente á pedir á mi padre explicaciones de su conducta y no puedo yo hacer eso.

—¿De qué manera?

—Vendrá él á vernos.

—¿Mañana?

—Acaso.

—Me duele porque Mendoza si hace algo malo lo verifica de un modo inconsciente.

—Sí.

—De lo contrario no lo haría.

—Estoy conforme contigo.

—Pues librémosle del castigo que sufre.

—Eso es imposible; cuando habla el príncipe de Italia, callamos Julio y yo; cuando manda, obedecemos, y cuando castiga lo apoyamos sea quien quiera el castigado.

—Pues no hablemos más de eso.

Poco después se retiraban todos á descansar.

Serían las siete de la mañana cuando entró en el palacio el príncipe de Italia, mandó abrir la puerta de lo alcoba de Flaviano, dar luz y se sentó á la cabecera del lecho.

Flaviano reconoció al príncipe; y besando varias veces una de sus manos, le dijo:

—¡Qué felicidad, padre mío! ¿Me visto?

—No.

—Dejad que me siente sobre la cama y decid lo que gusteis.

—Sí; oye, hijo mío.

Y le refirió todo lo ocurrido con Mendoza en su celda, la tarde antes.

Luego añadió:

—La ama con delirio.

—También Luisa quiere á Rogelio, y es cuanto yo deseaba.

— Cierto; era muy difícil hallar un varon al que pudiera amar tu paje.

Es verdad; necesita un hombre capaz de dejarse guiar por su esposa, noble en sus acciones y en sus pensamientos, y hasta más hombre que los demás restantes.

—Ninguno como Mendoza.

—Que sufra los quince días de penitencia, y al terminar yo arreglaré lo demás.

—¿No te ha ofendido su duda?

—No padre mío; ¿por qué? Un hombre tan material como ese no podía obrar de otra manera. Pero es conveniente que nada de eso sepa Luisa; sería capaz de cambiar su amor en odio.

—Es verdad.

—Las mujeres no perdonan como nosotros.

—Y esa menos que otra alguna.

—Puesto que en todo nos hallamos conformes, me retiro al campamento donde me esperan mis pobres indios.

—Id con Dios, padre mío.

Flaviano se hizo vestir y entró en su despacho en el que ya le esperaban Luisa y Zalla, para recibir una lección.

Antes de dar principio le dijo Luisa.

—¿Acaba de marcharse el príncipe de Italia, señor?

—Sí.

—¿Habló con vos?

—Claro es.

—¿De Rogelio?

—Exactamente.

—¿Qué os dijo?

—Varias cosas.

—Por qué le castiga.

—No es castigo, es una penitencia que cumple. Ayer se confesó con mi padre.

—¡Ah! Decidme algo más.

—No puedo, Luisa.

—¿Lográsteis que rebajara algo de los quince días?

—No lo intenté; para la penitencia impuesta por un sacerdote no hay indulto.

—¿Podremos ir á verle?

—No nos permitirán hablar con él.

—¡Qué desgracia!

—Cuánto te interesa Rogelio, paje mío.

Luisa variando de conversación le dijo:

—¿Damos principio á la lección?

—Sí, ahora mismo.

Comenzó la lección con mucha aplicación por parte de Zalla y no tanta en Luisa; perecía hallarse distraida la hermosa joven; Flaviano lo notaba, pero nada le decía; hasta demostraba complacerle aquella desaplicación.

Así permanecieron doce días Zalla adelantando mucho, no tanto Luisa y en el mayor progreso todos los del campamento.

La cooperación de Flaviano y del príncipe Julio en la educación de los indios, estaba dando resultados plausibles.

Una boda entre Mendoza y Luisa era tan satisfac-

toria para Flaviano, Julio y para el santo, aun cuando lo disimulasen, que los tres la preparaban con extraordinario interés sin decir nada á los futuros contrayentes.

Zalla lo había notado y quiso enterar de algo á Mendoza; pero fué al convento y no le permitieron la entrada.

Lo supo el santo, y le prohibió intentase decir nada al marqués y ménos aún á Luisa.

Como fué el único que algo pudo descubrir quedaron todos los trabajos encerrados en el secreto.

Mendoza no se quejaba; conversando todos los días con el príncipe, le preguntaba por sus hermanos, por Luisa, por Zalla, etc. y nada más le decía.

De lo que deducirán nuestros lectores que en San Juan Bautista y en toda la isla formada por el rio Tabasco, reinaba una completa paz, mucha satisfacción y bastante alegría, excepción hecha de Mendoza que á menudo lanzaba roncos suspiros dirigidos en su mayoría al antiguo paje del héroe.

Pronto aquella calma concluirá en movimiento y algazara, que imprimirán en San Juan el bullicio de que carece.

En el próximo capítulo empezaremos á verlo.

CAPITULO LVII

El correo inesperado.—Una carta halagüeña.—Llegada de una dama, de una bellísima joven y de un virey.

Terminó el día once de penitencia de Mendoza y amaneció el doce con un acontecimiento extraordinario que puso en movimiento á Julio y á Flaviano desde las primeras horas del día.

Serían las cuatro y media de la madrugada cuando un andarín correo que venía de Veracruz despertó á los criados del príncipe y después uno de estos á su señor diciéndole:

—Alteza, trae un correo, con toda urgencia, este despacho para vos; dice que debo entregároslo en este instante. Es del gobernador de Veracruz.

—Enciende luz, que no veo.

—Al momento.

El príncipe leyó lo siguiente:

«Señor: Acaban de llegar en una galera del rey la Sra. Duquesa de los Andes, Alice y vuestro primo el conde de Santomera, nombrado virey de Méjico. Han tenido una travesía larga y molesta, pero los tres llegan en buen estado de salud. Creían que don Flaviano había muerto; y al saber que sucedía todo lo contrario, la alegría y satisfacción de los tres es indecible, Alice: que llegó con semblante cadavérico, parece resucitada. El nuevo virey, al oir que el Sr. Duque del Imperio se hallaba en la capital y los restantes en San Juan Bautista, dudó dirigirse á uno ú otro punto, pero la Sra. Duquesa y Alice decidieron sin vacilar ir á San Juan y escribir al duque para que fuese á buscarlas. Quieren salir al momento, pero yo las detengo tres días para que se repongan, en particular Alice, de tantas molestias y sufrimientos como padecieron en la travesía. Acaban de desembarcar, los tengo en mi palacio y esta tarde los acompañaré al convento de agustinos para que conozcan á Líbana la que adelanta lo increible y gana en belleza muchísimo. Os diré, para vuestro gobierno, que emplearán en la travesía por mar seis días próximamente de aquí á Cruz y tres que yo los detengo son nueve. Este despacho lo lleva por tierra el mejor andarín que tenemos y sólo empleará cinco y medio. Teneis tres y medio para preparar el recibimiento que debeis hacer.»

Después le daba algunas instrucciones sobre los tres ilustres viajeros.

Julio dijo á su sirviente:

—Que se quede el andarín que trajo este despacho,

que le den cuanto necesite y que espere nuestras órdenes. Que despierten y se vista mi hermano. Que avisen al jefe de los talleres: y vuelve tú al momento para vestirme. No pierdas tiempo. Que esté aquí antes de una hora el de los talleres.

—Muy bien, señor.

Un cuarto de hora más tarde se reunieron los dos hermanos en su despacho, preguntando Flaviano á Julio:

—¿Qué acontece, hermano?

—No te alarmes, que no es mala noticia.

—¿Ha llegado gente de Europa?

—Sí.

—¿Te escriben de Veracruz?

—Sí.

—¿El gobernador?

—Sí.

—¿Llegó tu primo Pedro Navarro que propuse yo para virey antes de que me hiriesen y la duquesa de los Andes con Alice?

—¡Con qué seguridad lo dices!

—No, como probable nada más.

—Tus probabilidades, hermano, son páginas del Evangelio.

—¿Acerté?

—Sí. Lee ese pliego.

Cuando hubo concluido, Flaviano le dijo á Julio.

—Muy bien; pero le faltó añadir al gobernador, que se embarcaran con ellas y tu primo Navarro, Oaxacay y su hijo Luis.

—No habrían llegado.

—No, llegarían un día después que nuestra madre.

—En ese caso no ha podido decirlo.

—Si pudo.

—¿De qué modo?

—Calculando como yo.

—¿Quién calcula como tú, hermano?

—Cualquiera.

—¿Pero qué estás haciendo?

—Un dibujo.

—¿Para qué?

—Supongo que habrás mandado avisar al jefe de nuestros talleres.

—Sí, pero no comprendo.

—¿Para qué lo has mandado llamar?

—Para que en tres días haga una carroza.

—Perfectamente; pues aquí la tienes dibujada.

—Eso es ya más que adivinar... ¿Pero esto es una carroza?

—Sí.

—Será media carroza.

—No, entera.

—¡Una carroza abierta!

—Sí.

—¿Y si llueve ó hace mucho aire?

—Se cierra.

—¿Con este segundo cuerpo que haces ahora?

—Claro es.

—¿Tenías inventado ya este carruaje?

—No, lo invento ahora.

—Qué talento tan grande tienes, Flaviano.

—Menor que el tuyo.

—No faltes á la verdad.

—No falto.

—¿Qué haces ahora?

—Otro dibujo.

—¿Para qué?

—Para que hagan carros.

—¿Para los equipajes?

—Para esos los tenemos. Estos llevan asientos.

—¡Ah, para la servidumbre!

—Sí.

—¿Tantos asientos?

—Posible es que falten. Lo menos trae nuestra madre veinte camareras. ¡Que no la conozcas!

—Es verdad. ¿Y ahora qué dibujas?

—Algunos muebles. Deben haber sufrido mucho por venir á vernos y las hemos de recibir dignamente.

—Sí, Flaviano; todo lo mejor que se pueda.

Cuando Osorio hubo concluido de dibujar, comenzó á escribir. Julio le preguntó:

—¿Que haces ahora?

—Les doy por escrito todas las explicaciones para que no duden y puedan abreviar.

Un poco antes de concluir se presentó el jefe de los talleres, quedando parado á la puerta.

Flaviano escribía y Julio leía y admiraba el trabajo de su hermano.

Cuando aquel hubo concluído, exclamó:

—Adelante, maestro.

—Saludo á V. E. y á vuestra alteza.

—Estudiad esos tres dibujos, leyendo las explicaciones que llevan.

El maestro después le contestó:

—Una carroza de seis asientos descubierta y que pueda cubrirse, pudiéndose también desarmar.

—Sí, para que sirva aquí y para llevármela á España.

—Dos carros de diez asientos cada uno para la servidumbre. Y dos para equipajes. Muy bien, no puedo dudar. Estos son muebles, camas, etc.

—Sí.

—¡Qué dibujos, señor!

—¿Son malos?

—Con ellos no es posible equivocarse. Esto sólo el genio sabe hacerlo. ¿Cuánto ha tardado V. E., dos días?

—No, media hora.

—¡María Santísima!

—No perdais tiempo, que os va á faltar después.

—Corriendo mucho, necesito más de una semana, excelencia.

—¡Vaya un derroche de tiempo!

—¿Es mucho?

—Más del doble. Oidme: Trabajan todos vuestros operarios y los mejores de la ciudad; trabajan unos de día y otros de noche, y haciéndolo así teneis bastante con tres días.

—¡Tres días!

—Sí, ó sereis muy torpe.

—Señor, no me mandais construir nada conocido; todo es nuevo, todo es de nueva invencion.

—Pero todo sencillo y tán fácil que bastan los tres días.

—No puedo contradeciros. Lo intentaré.

—Lo primero los carruajes,—le dijo Julio.

—Todo á la vez,—añadió Flaviano.

—Sí, señor, todo á la vez.

Y se despidió, poniendo en juego á todos los operarios de la ciudad y á los de sus talleres momentos después.

Todavía Flaviano redactó varias instrucciones relativas á cuanto quería que se hiciese en el palacio para cuando llegasen sus ilustres huéspedes.

Julio leía lo que aquel redactaba, al acabar le dijo:

—Nada se oculta á tu poderoso genio; verdad es que te basta una mirada para observar un mundo.

—¡Qué apasionado y qué adulador! —¡Pérez!

—Señor.

—Da ese escrito á don Gonzalo y hazle levantar.

Cuando acababa de salir el criado entró en el despacho el venerable príncipe de Italia. Los dos jóvenes besaron sus manos, él los estrechó y se sentaron los tres teniendo en medio al religioso.

—Mucho habeis madrugado, padre mío,—le dijo Flaviano.

—Tengo que hablaros antes de ir al campamento.

—Cuanto querais, señor, los dos os pertenecemos por completo.

—Flavianito, me da lástima Rogelio y voy á perdonarle los cuatro días que le faltan de penitencia. Su conducta en los once que lleva es ejemplar.

—¿Sólo eso nos ha proporcionado la dicha de veros á esta hora?

—Sí.

—Pues si nosotros no tuviéramos otro acontecimiento que comunicaros mucho más importante habiais dado el paseo inútilmente.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser lo que vos quereis. Mas para que vuestros deseos se cumplan, le levantais los cuatro días que le restan, dejándole arrestado en mi nombre, y arrestado en vuestro convento otros cuatro.

—¿Qué dices?

—Que como jefe suyo le arresto esos cuatro días.

—¿Qué ha hecho, hijo?

—Nada, para mí debió hacer todo lo que hizo; á su cerebro no se le puede pedir más; pero ya que vos le habéis impuesto una penitencia que no censuro, y yo he subordinado á ella mis actos, es necesario que aquella se cumpla. Mendoza, señor no volverá á ver más á mi paje, verá al cumplir su penitencia ó mi arresto á la excelentísima señora duquesa de Tabasco en medio de sus queridas amigas la duquesa de los Andes y Alice.

—¿Qué dices, Flaviano?

—Digo, señor, que no siempre sois vos el primero que todo lo sabe; también hemos de serlo alguna vez mi hermano y yo. Leed ese despacho.

—Y le dió el del gobernador de Veracruz que habían recibido poco antes.

Cuando acabó de leerlo el príncipe le preguntó:

—¿Cómo te explicas la venida de tu madre y de Alice, Flaviano?

—Sólo de un modo.

—Quisiera saberlo.

—Oidlo, señor: Llegó á Madrid la noticia de mi muerte y Alice decidió suicidarse con un puñalito envenenado que le regalé yo. Pero estaba prevenida por mí la duquesa de los Andes y llegó á tiempo de impedirlo Para lograr esto no tuvo otro remedio que traerle aquí para averiguar personalmente si era ó no verdad que yo había perecido. La duquesa es valiente, como sabeis, ni teme á los mares ni á nada, me ama tanto como mi madre me amó, estaba por esta causa tan interesada como Alice en averiguar la verdad y nada podía detenerla. Estoy seguro que con habilidad le arrancó el puñal envenenado, se la llevó á su palacio y no la ha perdido de vista un solo instante. A mi juicio eso es todo.

—Sí; no te has equivocado; tú jamás te equivocas, Flaviano.

—Ni vos, señor.

—Mendoza cumplirá sus quince días de penitencia y quedad con Dios; me voy al campamento; me esperan allí esos desgraciados. ¿Ireis vosotros?

—Hoy no, señor, mañana.

Los dos besaron su mano, él los estrechó y le fueron acompañando hasta el recibimiento donde el príncipe se incorporó con su lego.

Después se volvieron al despacho y hablando esta-

ban los dos hermanos cuando entraron Luisa y Zalla cargados de libros. Iban á estudiar y á quedarse en el despacho hasta que Osorio les diera la lección.

—Qué temprano os habéis levantado, señores,—los dijo el paje.

—Sí,—le contestó Flaviano,—al amanecer.

—¿Cómo ha sido eso, señor?

—Para leer un despacho en el que nos anuncian la llegada á Cruz de la duquesa de los Andes, nuestra madre, de Alice y del nuevo virey que nombra su S. M.

—Qué dicha, voy á conocer á la reina Tolopalca, que es una de las damas más célebres de Europa, y á vuestra prometida, que dicen cuantos la han visto que es la mujer más hermosa que existe. ¿No os alegrais, señor?

—No.

—¿Por qué?

—Porque pienso en lo que han sufrido por causa mía.

—¿Cuándo llegan, señor?

—Antes de seis días, si el mar lo permite.

—¿Lo permitira?

—Sí

—Me habéis dado la noticia que podía serme más grata. En albricias rogad al señor príncipe perdone á Rogelio los cuatro días que le restan de penitencia.

—No es posible; aqui estuvo ya esta mañana á proponerme ese perdón, no como albricias de esas noticias que aún no sabía, sino por la admirable conducta que el penitente observa.

—¿Y vos os habéis negado?

—Sí.

—Señor, no seais tirano.

—Seré lo que tú quieras, pero Rogelio no vuelve á ver más á mi paje; verá al concluir su penitencia á la señora duquesa de Tabasco.

—Que no vea, pero dejarlo en libertad.

—¿Lo he de echar de mi palacio?

—Que se vaya al campamento, ó á otro edificio.

—No debe ser.

—¿Por qué, señor?

—Ahora te contestaré. Ganemos tiempo Julio, si te parece.

—Lo juzgo conveniente.

—En ese caso, vos, Ricardo, y antes que el maestro de zapadores parta á Cruz, tráelo á mi presencia.

—Pronto vuelvo.

Y partió. Flaviano miró á Julio y dijo á Luisa con mucha intención.

—No puede salir Rogelio del convento porque conoce tu sexo y está locamente enamorado de tí.

—¿Ese es algún delito? Para vos lo será; estoy segura de que á lo sumo queréis tanto á Alice como a mí.

—Y no es poco quererla.

—Pero no estais enamorado de ella como Alice de vos.

—¿Y qué culpa tengo yo? ¿Le dije que se enamorara de mí? ¿le ofrecí algo?

—¡Vaya una lógica!

—La más perfecta.

—¿Por qué castigais en Rogelio el amor que decís me tiene?

—Por que no ha debido hacerlo sin tu permiso y sin el mío. ¿No soy tu señor?

—Sí: Dádselo.

—Si lo permites tú.

—¿Qué voy perdiendo yo?

—No te pregunto eso. ¿Se lo concedes tú?

—¿Y vos?

—¿Qué te parece la niña, Julio?

—Que se escapa por la tangente.

—Está bien, se lo permito; puede amarte lo que quiera. ¿Y tú?

—¿Yo...? Que me ame.

—Para eso es preciso que tú también le ames, de lo contrario, retiro mi permiso y le mando á España.

—¡Qué tiranía!

—¿Hablas ó no?

—Le quiero mucho.

—¿Te unirías á él en santo lazo?

—Si vos me lo mandabais.

—Julio, nuestros padres y yo lo deseamos, pero Dios nos libre imponerte eso ni nada. Nosotros, tiramos con los hombres, somos muy liberales con las damas. Contesta si deseas unirte ó no con Rogelio.

—¿Lo he de decir antes que él?

—Mendoza lo ha dicho ya, y tú no se lo cuentas al novio, sino á tu padre ó á tu señor, como quieras.

—¿Para qué hablar ahora de eso? Otro día.

—No, ahora.

—¿A qué tanta prisa?

—La tenemos el príncipe y yo.

—¿Por qué?

—Luisa, has vuelto á ser mujer y estás tan pesada y tan tonta...

—Gr cias.

—¿Hablas?

—No puedo, señor.

—Luisa, estuviste á mi lado cerca de dos años siendo mi ángel bueno, mi compañero y con carácter de paje, mi amigo más íntimo. Tu misión tuvo algo de providencial. Esta idea no es sólo mía, la creen también el príncipe de Italia, el padre Anselmo, mi hermano Julio y otros. Tengo la persuasión de que tu misión cerca de mí ha concluído hace dos meses. Desde aquel día vengo notando que lentamente va desapareciendo tu afición á las armas, tu entusiasmo por la guerra, tu carácter de hombre, tu forma de paje y cuanto había en tí de fiero y terrible. En una palabra, fuíste dejando todo lo varonil para quedar mujer, y mujer tierna, sensible, bella y seductora. Desde ese mismo día he notado que te fuíste aficionando á Rogelio hasta enamorarte de él, y será esa una boda que á todos nos halagará puesto que deseamos el bien de los dos, y unido á tí Rogelio perderá todas sus malas cualidades para dejar lucir todas las buenas que tiene. Tu dominio sobre él, que será grande, lo elevará armonizando su noble sumisión con tu carácter dominador. La imposición de Luisa sobre su esposo será lógica, sabia y tenderá á la ventura de ambos y al aplauso de cuantos os estiman. Esa es mi opinión, dinos todo aquello en que haya errado, y piénsalo bien, Luisa,

juegas tu felicidad futura. Hablemos con entera franqueza, como pudieras hacerlo con dos hermanos.

—Sí, Luisa, añadió Julio.—Contesta la verdad en todo, y por nada ni por nadie nos ocultes lo que piensas, lo que deseas, lo que quieres.

Luisa hizo un esfuerzo sobre sí, y exclamó:

—Cuanto ha dicho mi señor es exacto. Vió la verdad en mí, leyendo en mi corazón como en un libro. Hago mías todas sus frases

—Estaba seguro. Tú, duquesa de Tabasco, serás la esposa del marqués de Abella, al cual elevarás á duque. Te violentas, y no queremos mortificarte más. Termino añadiendo que Julio y yo te concederemos cuanto nos pidas sobre lo mucho que hemos de ofrecerte. Llegan los dos maestres con oportunidad, pues hemos concluido. Adelante, señores.

—¿Qué mandáis, mi general en jefe?—le preguntó el zapador.

—En cuatro días no tenéis necesidad de ir á Cruz, yo os reemplazaré. Visitais los talleres, en ellos se ocupan de varias construcciones que hemos encargado hoy, y necesitamos en ellos la perfección y la brevedad. Dirigid á los maestros en todo lo que podáis, que será mucho, y os lo agradeceremos.

—¿De qué se trata señor?

—De una carroza, de dos carros y de varios muebles. Pero hice yo los dibujos y es posible que no los comprendan bien.

—Los ilustraré en todo cuanto me sea posible

—Me complacerá vuestro interés.

—Todo lo obtendréis señor.

—Gracias, maestre.

—¿Puedo retirarme?

—Cuando gusteis.

—Parto á los talleres.

Quedaron Flaviano, Julio, Zalla y Luisa.

—Los dos últimos empezaron á oir la lección del primero.

Como habrán comprendido nuestros lectores la boda de Luisa con Mendoza quedaba concertada, con gran placer de Osorio.

Deseaba que su paje fuese una leal esposa y una tierna madre y por lo menos, lo primero, lo iba á conseguir.

No era posible que quedara de paje ni aun que continuara mucho tiempo más con aquella forma.

Luisa sentia dejarlo, pero su femenil inclinación la llevaba hacia el hombre que más se asimilaba á ella en Méjico.

CAPITULO LVIII

Como piensa Flaviano recibir á la exreyna Tolopalca, duquesa de los Andes y á su prometida Alice.—Llegada.—Recibiminto

A las tres de la tarde montaron á caballo Flaviano, Julio, Luisa y Zalla, seguidos de cuatro criados, y en poco más de una hora se trasladaron á Cruz.

Sin bajarse de los caballos fueron reconociendo una por una todas las obras de construcción que se estaban haciendo, las cuales hallaron bastante adelantadas.

Ya no había escombros, ni otra cosa que algunas casas en construcción. Las reparaciones se hallaban terminadas, y los edificios ocupados por sus dueños ó inquilinos.

La animación y vida que tuvo antes Cruz la había recobrado por completo.

Flaviano dió algunas órdenes á los zapadores y maestres para la mayor brevedad, y á las ocho se retiraron al gobierno, en el cual les esperaba el gobernador Juan Oaxacay.

Los cinco se reunieron en el salón diciendo Flaviano á Oaxacay:

—Desde mañana, hasta que llegue una galera que espero de Veracruz habitaremos en este local, Luis, Zalla, tres criados y yo. Estaremos aquí dos ó tres días.

—Muy bien, señor, nada os faltará.

—Llegan en ese buque la exreina Tolopalca, duquesa de los Andes, nuestra querida madre, la dama Alice, y el nuevo virey de Méjico, conde de Santomera y su servidumbre que será extensa. Quiero que se les haga en Cruz, un recibimiento digno de una reina y de un virey.

—Se hará todo cuanto se pueda, señor.

—Destinais un barco pequeño que se adelante nueve ó diez millas para que avise la presencia de la galera en estas aguas con toda la anticipación posible y salgamos luego en él á recibir á mi madre, Luis, Ricardo y yo.

—Lo hay excelente.

—Las salvas de los fuertes empezarán desde que empiece á distinguirse la galera.

—Hoy daré la orden y se situarán desde mañana los vigías.

—Desde la orilla del mar hasta este edificio cruzarán los viajeros sobre alfombras de flores.

—Señor, ¿cuándo calculáis aproximadamente que llegarán?

—Hoy es jueves, de domingo á lunes. El tiempo es bueno, y no será extraño que pueda entrar la galera el domingo por la mañana.

—Con esa idea tengo bastante.

—Todo lo demás lo dejo á vuestro cuidado.

—¿Harán alguna comida en Cruz?

—No. Después de anclar la galera, tardarán más de una hora en desembarcar, entrando ó no en este edificio; en caso afirmativo, saldremos de él brevemente, para San Juan. Si necesario fuese, haremos una comida en la galera. Eso dependerá de la hora en que llegue.

—Noto,—le dijo el príncipe,—que me has eliminado de Cruz, hermano, y ya sabes que la duquesa es mi madre adoptiva, mi tía carnal, y el virey mi primo hermano.

—Todo eso es cierto, Julio, pero como el gran recibimiento debe hacérseles en San Juan, te dejo allí para que lo dirijas, sin perjuicio de que te adelantes para salirles al encuentro en el camino. ¿Estás conforme?

—Sí, y tienes razón.

—¿Prefieres venir tú mañana á Cruz y que yo me quede en San Juan?

—No, está bien dispuesto de la otra manera.

—En la plaza puedes disponer un recibimiento digno de los séres á quien tanto amamos y que tanto habrán sufrido por venir á vernos.

—¿Lo dejas á mi completa dirección?

—Tan completa, que ni una sola idea te he de dar.

—Quedo satisfecho.

—Oaxacay, con los viajeros de que os he hablado, vendrán probablemente el padre y hermano de mi paje.

—¡Mi padre!—exclamó Luisa.

—Sí,—le contestó Osorio,—y mi nuevo paje Luis

Oaxacay, óyelo bien, María Luisa de Oaxacay, duquesa de Tabasco.

—¡Mi hermano!

—Sí, tu hermano que me acompañará como tú y será mi paje y amigo.

—¡Qué alma tan noble!

—Más mereces, pero he de darte cuanto pueda quedándome el sentimiento de no poder rebasar el límite de mi posibilidad.

—Gracias, señor, si dejo de ser paje para elevarme á duquesa y esposa de algún hombre, éste y yo llegaremos por vos, si necesario fuese, al sacrificio de nuestra vida.

—No, Luisa, basta con lo que has hecho; no pudiendo pagártelo todo, añadiré mi amistad, y el resto de nuestra existencia seremos dos leales y cariñosos amigos.

Todavía Osorio dió algunas instrucciones á Juan Oaxacay y regresaron á San Juan cuando ya era de noche.

A la mañana siguiente, dió Flaviano algunas instrucciones á Julio sobre Mendoza, escolta y caballos del diestro que debía mandarle y salió de San Juan Bautista acompañado de Luisa, Ricardo, y seguido de tres criados y el andarín. Al llegar al puente dijo á éste:

—Correo, adelántate si puedes y veamos el tiempo que tardas en llegar á Cruz. A escape nosotros.

Y procuraron adelantar al andarín, lográndolo al principio, pero antes de la mitad del camino, empezó á ganarles terreno el correo, llegando nuestros amigos

en menos de una hora, y el otro en cuarenta minutos.

Cuando entraron en el zaguán del gobierno lo hallaron paseando y luego sosteniendo las bridas del caballo del general en jefe.

—Muy bien, correo,—le dijo O orio,—no hay hombre ni caballo que ande más que tú en Méjico. Que te dé el gobernador lo que te haga falta y queda en este edificio á mis órdenes.

—Aquí me hallaréis, excelentisimo señor.

Y salieron los tres, reuniéndose con el gobernador.

Flaviano mandó una brigada de zapadores para que convirtieran el camino de Cruz en perfecta carretera.

Hizo llevar muebles al gobierno, y dispuso cuanto creyó conveniente para el recibimiento de su madre.

Flaviano sabía que la duquesa de los Andes era ya su madrastra. Sabía además que le quiso siempre tanto como su propia madre.

Por eso el espléndido general en jefe le estaba dedicando ya todo su talento y el tiempo de que podía disponer.

Cuando hubo terminado, comieron, quedando de sobremesa.

—Oaxacay,—dijo el gobernador,—¿salió ya el barco aviso?

—Sí, señor.

—¿Pero regresará esta noche?

—Esa orden le dí.

—Necesito hablar con el patrón en cuanto regrese.

—Pasaré recado al jefe del puerto.

—Hacedlo, sí.

A las nueve de la noche y cuando estaban cenando, entró un marino diciendo:

—Mi general á las órdenes de vuecencia.

—¿Sois el patrón de la falúa?

—Sí, señor.

—Salís mañana como habeis salido hoy, y si no distinguis la galera en todo el día, volveis aquí por la noche.

—¿Visito á V. E?

—No, iré yo al muelle y nos haremos á la mar á media noche.

—¿En mi barco?

—Sí.

—Es muy chico, excelencia.

—No vamos á pelear, patrón.

—Acaso con las olas.

—Las venceremos.

—¡Qué honra, señor!

—Llevareis una cuerda con gancho para echarla á la galera y subir yo á ella sin que se detenga ninguno de los dos barcos.

—¡María Santísima lo que intenta V. E.!

—Lo que haré.

—Señor, ¿ha probado V. E.?

—Sí, me lo impuso como castigo siendo yo niño, el general Roch porque le llamé ignorante.

—¡Al sabio!

—No existe hombre alguno que lo sepa todo.

—Es verdad, señor, pero va á exponer V. E. su vida.

—¿Cuándo no la tiene expuesta el soldado?

—¡Vale tanto la de V. E.!

—Como la de otro hombre cualquiera.

—Señor...

—Lo mismo; por esa causa la tengo siempre á disposición de la muerte.

—Haré señales para que la galera quede al pairo.

—He de salir sin que se detenga la galera.

—¿No hay otro remedio?

—No.

—¿Qué más manda V. E.?

—Parte, y hasta mañana por la noche.

Cuando quedaron solos dijo Zalla á Flaviano:

—Señor, permitidme acompañaros mañana por la noche.

—¿Para qué?

—Para hacer lo que vos.

—Imposible, eso no puede hacerlo más que uno, pero me haces falta, y regresarás en la falúa.

Pasó el día y la noche siguiente sin que la falúa apareciese.

A la noche inmediata cenaron tarde, quedando de sobremesa.

—Luisa,—le dijo Flaviano,—te retiras á descansar, y si, como espero, la galera llega mañana, te vas á un bote acompañada de Ricardo, que vendrá por tí.

—No os expongais esta noche ó mañana, señor.

—Nada temas; esa subida por la cuerda no supone nada para un gimnasta como yo.

—Hasta mañana, señor.

—Recibe como paje mi último beso en la frente.

Luisa se fué á dormir quedando en el comedor Flaviano, Zalla y Oaxacay.

A las once y media de la noche, se puso en pie Osorio diciendo á Juan:

En cuanto amanezca que se sitúe el andarín en el muelle y espere mis órdenes que recibirá por conducto de Zalla

Y salió con el último.

En el muelle encontraron al patrón que les llevó á su barquito. Era este una falúa con velas y remos, ligera y larga. Tenía en la popa la correspondiente carroza en la cual entraron Flaviano y Zalla.

Desde la puerta le preguntó el patrón:

—¿Dónde vamos, mi general?

—¿Cuántos remos teneis?

—Doce.

—Que descansen por ahora; que hinchen las velas, proa á Veracruz y seguid hasta que distingais una galera que se dirige á Cruz

—¿Nada más, señor?

—¿Viene la cuerda y el gancho?

—Sí, señor. Desista V. E.

—Jamás, mis resoluciones no se contradicen.

—Me lo figuré y traigo los dos mejores nadadores de esta costa.

Osorio sonrió. Zalla le dijo:

—Ni en esta costa ni en ninguna hay quien nade mejor que el general.

—Que no andamos, patrón.

—Al momento, señor.

Al cuarto de hora volvió diciéndole:

—Vamos á Veracruz volando, excelencia.

—¿Qué viento?

—Oeste.

—¿De bolina?

—Sí, señor.

—¿Qué millas andaremos por hora?

—Cinco.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señor. Mi falúa no puede andar más.

—La noche está clara, y podreis ver á gran distancia la galera.

—Plenilunio, y sin nube ni una bruma.

—Coge mi anteojo y no dejes de mirar hasta que la veas. Si cuando entres duermo, me despiertas.

—Muy bien, señor.

—Ricardo, vamos á dormir.

—Mejor que en nuestras camas con este dulce movimiento, y sobre almohadones de terciopelo. El buen patrón echó el resto al prepararos esta carroza.

—Duerme.

—Buena noche, señor.

Quince minutos después los dos dormian tranquilamente.

Cerraron los ojos á las doce, y antes de las cuatro les despertó el patrón, diciendo:

—Mi general, la galera.

Los dos se pusieron en pie; Osorio cogió el anteojo, mirando un minuto.

—Tardaremos en juntarnos con ella quince minutos.

—Sí, señor.

Osorio se cogió el timón virando á la derecha hasta coger la recta que traía la galera; después le sujetó exclamando:

—Arriar velamen y jueguen los doce remos.

Cuando fué obedecido, añadió:

—Patrón, la cuerda y el gancho.

—Aquí están, señor.

—Poneos á mi lado, y cuando yo suelte el timón lo cogeis vos. ¿Es bastante larga la cuerda?

—Treinta brazas.

—Sobra, que cojan el extremo inferior; y cuando yo esté arriba que lo sujeten á la proa de la falúa, para que la galera la remolque.

—Comprendido.

Cuando Flaviano estaba muy cerca de la galera hizo virar en redondo la falúa para que esta tomase la misma dirección que la galera.

A los tres minutos dió el timón al dueño de la falúa, arrojó el gancho que quedó sujeto, y fué trepando por la cuerda con rapidez prodigiosa.

Era un consumado gimnasta.

Cayó el gancho junto á un centinela, fué éste á ver lo que era y se halló frente á frente de Flaviano, el cual desenganchó la cuerda, y corrió á sujetarla en la popa para que remolcase la falúa.

El centinela tiró de la espada, y fué á clavársela á Osorio, cuando una mano vigorosa le cogió por el cuelle, diciendo:

—¡Ay de tí si te mueves! Ese es el general Flaviano, y yo el maestre Zalla.

—¡Señor, el héroe!

—Silencio.

—¿También has sabido?—preguntó Osorío á Ricardo, incorporándose con él.—No creí que prodriais.

—Discípulo vuestro, mi general en jefe.

—Está bien, me esperas aquí.

Y se dirigió á la escotilla.

En el mismo instante se oyeron dos voces, una carrera, y varios hombres rodearon á Zalla, diciéndole espada en mano:

—Entrégate.

Eran el oficial que estaba en el puente, y varios soldados que acudieron á su voz. El primero vió saltar sobre la cubierta á Flaviano y al maestre, y corrió, en perseguimiento de ambos.

—Ricardo Zalla,—contestó éste,—ni se entrega á amigos ni á enemigos.

—¿Zalla sois?—le preguntó el oficial.

—El maestre de campo Ricardo Zalla, ayudante de órdenes del general en jefe.

—¿Y el otro que saltó delante de vos?

—Ese es sencillamente don Flaviano de Osorio, ¿le conocéis?

El oficial tendió una mirada, y notando que su galera remolcaba una falúa, se asomó á la banda, preguntando:

—Patrón, ¿habéis traido á dos sujetos que acaban de saltar á la galera?

—Sí.

—¿Quiénes son?

—Uno que nos enseña á los viejos en la mar y en la tierra con un compañero que lo imita.

—¿Pero quiénes son?

—La muerte, si los ofendeis.

—Dios me libre.

—Y se volvió á Zalla, diciendo:

—Perdonad, señor maestre de campo, si cumplo con mi deber.

—¡Pues sino fuera por eso donde estaríais ya con todos estos?

—¡Zalla! Sí, el capitán Zalla.

—Eso era antes; ahora es el maestre.

—¿Y el general, señor maestre? No lo veo.

—Tomó la escotilla á la carrera, es decir como toma los cañones á los enemigos de España, y ya estará sin permiso de nadie en los brazos de su madre y de su futura.

—Sin honores, sin nada, voy á mandar que adelanten el toque de diana, avisaré al comandante, al virey....

—Quieto, no os movais; donde está el héroe solo él manda. Cuando no ha dispuesto que se haga nada de eso es porque no debe hacerse. Obrad como si no hubiéramos venido. Y os advierto, señor oficial, que si no lo haceis os tengo una semana arrestado.

—¿Ni al comandante?...

—A nadie, ni una sola frase.

—Muchachos—dijo el oficial á los soldados,—silencio y cada uno á su puesto.

Y comenzó á pasear por la cabierta con Ricardo Zalla.

Sepamos nosotros qué hace Flaviano.

Abrió la escotilla forzando el pestillo, y bajó á la cámara.

Miró en torno, y conociendo bien la estructura de los barcos españoles, iguales ó parecidos á la galera aquella, buscó el primer camarote y en el acto lo abrió. Levantando una de las cortinas, se fué deslizando hasta hallarse junto á la duquesa de los Andes, que dormía tranquilamente.

A favor de una lámpara con luz opaca que había en aquel gran camarote, vió su rostro, su garganta y las manos y brazos, que tenía fuera de la ropa.

—¡Qué hermosa se conserva todavía!—exclamó;—mi padre tuvo buen gusto siempre.

Tendió una mirada por la estancia, viendo dos puertas.

—La una,—dijo,—comunicará con las estancias del conde; y la otra, que sólo está entornada, con el camarote de Alice. Veamos.

Y la entreabrió, contemplando á la joven dormida también.

—¡Oh,—exclamó,—no existe nada más bello en la tierra! ¡Si yo pudiera ocuparme de mujeres! Vine al mundo á cosa distinta, y aun cuando me una á ese ángel y viva con él, no podré estar á su lado mucho tiempo. Lo siento por ella.

Y volvió junto á su madre; la cogió una mano y comenzó á besarla con amor.

La duquesa abrió los ojos y fué á gritar, pero reconoció á Flaviano y sin cuidarse de rubor ni de nada le echó los brazos al cuello gritando:

—¡Hijo, hijo de mi alma!

Y comenzó á darle tiernos besos en la frente, en los ojos, en la cara y hasta en la cabeza. Besos que Flaviano la devolvía con ardiente afán.

—¡En medio de los mares,—gritaba la exreina,—en mi camarote, hijo mío, todo lo puedes; ¡qué talento y qué valor!

—Feliz vos que podéis hablar, madre mía, á mí me ahoga el amor y la emoción.

—Y á mí, hijo del alma; no te separes, no; quiero besarte más, todavía más, ¡qué dicha, qué ventura!

—No son mayores que las mías.

Y continuaron abrazados y besándose.

De pronto se abrieron dos puertas, la de Alice y la del conde que era sobrino carnal de la duquesa.

Las voces de estas los habían despertado.

El conde entró en el camarote á medio vestir, con la espada desnuda y viendo á un hombre que le volvía la espalda abrazando á su tía gritó:

—¡Malvado, muere!

Y fué á tirarle una estocada que no llegó á Flaviano por haberle contenido un grito de Alice que decía:

—¡Bárbaro, qué vas á hacer! Fuera de nuestros camarotes; aquí solo puede entrar el héroe.

Navarro reconoció á Flaviano, la espada se le cayó de la mano y sólo pudo expresar:

—¡Es él! ¡Que Dios le bendiga!

Y salió, cerrando la puerta, para comenzar á vestirse muy deprisa.

La duquesa no se cuidó para nada de su sobrino, seguía abrazada á Flaviano y llorando de placer.

Alice exclamó:

—¡Para mí ni un suspiro!

—¡Alice!—gritó Flaviano, y corrió hacia ella añadiendo:—¡Angel mío!

Y le abrió los brazos, sobre los que ella cayó llorando.

—No me lo quites,—dijo la duquesa.—Venid los dos. Así, abrazados los tres.

Y quedaron formando un grupo en el que todo era amor, ternura, pasión, sin nada profano ni pecable.

El fuego de esta sublime escena no tenía nada de material; todo espiritual, los órganos físicos servían únicamente para expresar los afectos del alma.

Fatigosos los tres, emocionados y faltos de respiración, se desprendieron exclamando Alice:

—La galera continúa andando, seguimos en medio del mar, ¿por dónde has venido aquí Flaviano?

—Casi por el aire, Alice.

—¿Que eso preguntes á mi hijo? —dijo la duquesa.—Habrá llegado por entre las ondas del mar, sobre las nubes que le hayan parecido, empezando por adivinar en el buque que veníamos, la hora en que llegábamos y el sitio en que debía encontrarnos. Alice, una madre conoce mejor á su hijo que una esposa futura ó no futura. Dirás que no lo eché al mundo. ¿Y qué importa

eso, si lo crié convirtiéndolo en un pedazo de mi corazón!

—¿Se puede entrar? —preguntó el conde desde la cámara.

—No,—le contestó la duquesa,—estoy en cama.

—Tía, soy tan pariente como Flaviano.

—No entras.

—Pues que salga él.

—¿Para qué?

—¡Vaya una pregunta! Para abrazarlo.

—No sale tampoco.

—Soy el virey de Méjico y lo mando salir.

—Eres un virey á las órdenenes del héroe. Eso te manda el rey.

—Tía por favor.

—No te lo hago.

—¡Gracias!

—Pedro,—le dijo Flaviano,—estrecha á Ricardo Zalla que lo merece.

—¿Dónde está?

—En la cubierta.

—Allá voy.

—¿Te ha seguido?

—Sí, madre mía. Volé yo y al caer, ví que también él había volado detrás de mí.

—Tú discípulo.

—Tocan diana. ¿Os gusta la vida militar?

—No; hemos sufrido mucho, hijo, en tan larga travesía; pero ya nos estás recompensando de todo.

—Referídmelo...

—No, después. Ahora sólo queremos ocuparnos de tí, luego de nosotras. Pero estáis incómodos y no quiero levantarme por que no nos dejaran solos. Me separo; sentaos sobre mi cama, da una mano á Alice y otra á mí; eso es. Ahora hablemos de tí ¿Es cierto, Alice?

—Sí, de él nada más.

—Yo no hice nada, y desde que curé de mis heridas, todo ha sido normal...

—Pero hijo, tú que jamás mientes, ¿por qué al hablar de tí no has de decir la verdad? Tres días estuvimos en Veracruz oyendo hablar de tí día y noche, sólo de tí, de tus hechos, de tu genio, de tu adivinación.

—¿Lo veis? exageraciones.

—¿Sí? Pues todo el mundo las cree, todos las aplauden y todos ven en tí un sér sobrenatural.

—Pero vosotras, que tanto me amáis y tanto me conocéis, no me confundiréis con el vulgo que cree esas cosas.

—Al contrario, hijo mío; ese no te comprende, no puede comprenderte, los que refieren esas cosas las comentan y las aplauden, son las personas inteligentes. Díme, ¿son exageraciones todo lo que has hecho en San Juan con el puente, con la cuerda, con los ingleses y con los indios?

—¿Ya se habla de eso lejos de aquí?

—Sí. ¡Y son exageraciones los cuatro mejores navíos del mundo que echaste á pique con cuatro culebrinas en muy poco tiempo? ¿Y tu previsión, y tus adivinaciones, y tu genio, y tu sabiduría?...

—Madre mía, por Dios...

—No, lo has de oir todo.

—¿Qué delito he cometido para que me deis tormento?

—No le gusta,—dijo Alice,—y debemos ser tolerantes con él.

—¡Tolerantes y nos hizo sufrir lo indecible!

—¿He tenido yo la culpa?

—Fué por causa tuya, y por venir á verte no nos hemos cuidado para nada del duque.

—Yo os lo agradezco, pero repito que no tengo la culpa de nada.

—Está bien, hablaré de tí lo menos posible; mas te advierto que en Méjico sólo se vá á hacer lo que yo mande.

—¿Os dió poderes el rey?

—Los tengo mejores.

—No los conozco.

—Los de madre tuya.

—Déjame que te dé un beso en esa deliciosa frente. ¡Qué hermosa eres todavía! Cuéntame todo lo que os ha ocurrido.

—Así me engañas; pero en fin accedo.

CAPITULO LIX

—

Historia de la navegación de dos damas.—Transformación del paje.—Desembarque.—Primera ovación.

La duquesa de los Andes meditó un poco, diciendo después:

—Llegó á Madrid la noticia de que habías muerto, llevada por persona que concluía de desembarcar, que te conoce bien, que te admira, y es hombre á la vez serio y grave. Todos lo creimos, y la verdad es que la noticia circuló, contristando á todo el mundo. La reina vertió lágrimas, y el rey no quiso recibir á nadie, contristado por tan infausta desgracia.

Yo estaba loca; no sabía qué hacer ni qué pensar, y en un momento de locura decidí venirme aquí. Sospeché que Alice podía cometer un disparate, por la advertencia que me tenía hecha; corrí á su lado, y la hallé en los momentos en que iba á consumar el más

horrible atentado. Le quité el puñal envenenado que tú le dejaste y tan loca ó más que yo dispusimos nuestra partida.

—¿No se opusieron los reyes?

—Mucho, ¿pero quién sostiene á dos mujeres que padecen un vértigo como aquel?

—Es verdad.

—Se venía mi sobrino, tenía buque dispuesto y nos embarcamos con él en Cádiz. Pero él no mandaba ni disponía nada, éramos las dos las que todo lo ordenábamos. Yo te veía muerto, expirando á Julio, cadavérico al paje y á tu padre matando á millares los indios para acabar por matarse con él.

Con un vértigo así no escuchábamos reflexiones, ni consejos. ¡Cuánto le hicimos sufrir á mi pobre sobrino!

—¿A Pedro?

—A Pedro, sí. No temíamos las tormentas ni los huracanes ni nada. De todos sufrimos con el valor de la locura.

Y vino á concluir por perturbarnos una calma de veinte días al entrar en los trópicos más mala que la muerte. Nuestra galera se enclavó en el agua y en ese tiempo no anduvo ni una milla.

Vino el aire, llegamos á Cuba, tuvimos que detenernos en la Habana para renovar víveres, pues todo se estaba acabando, y tu primo el gobernador nos dice: Estáis locas. Flaviano curó y está triturando á todos los enemigos de España y elevándose al quinto cielo de la gloria. Las dos rompimos en llanto y desde ese ins

tante pudimos comer y curarnos de una anemia que nos estaba aniquilando. Desde entonces todo fué dicha, hasta el alisio, que empujó nuestra galera poniéndonos en Veracruz en la cuarta parte del tiempo que se necesita para atravesar el golfo.

Desembarcamos, nos confirma el gobernador las noticias que nos dió tu primo, pero añadiendo que el padre se hallaba en la capital, y el hijo á doscientas leguas en San Juan Bautista. Nos preguntaron dónde queríamos ir, y las dos contestamos á la vez: A San Juan Bautista. Quisieron que descansáramos en Veracruz, y yo acepté por conocer todos tus hechos. Juzga tú si en tres días me habrán hablado de tí. Hasta Líbana no sabe hablar de otra cosa.

—¿Qué os parece esa india?

—Encantadora. Todos los días la visitamos, porque no quería hablar más que del duque, de Flaviano y de vez en cuando de Zalla, al que también le queremos las dos.

—Madre mía, no podemos desatender el cumplimiento de nuestros deberes; y puesto que vos sola deseáis mandar en Méjico, voy á someter á vuestra aprobación lo siguiente: La galera anclará á las seis; un cuarto de hora después vendrá mi paje, y os ruego á las dos le ayudéis á cambiar su traje de hombre por uno igual á los vuestros. Julio la he elevado á duquesa de Tabasco; me salvó la vida varias veces, cuidó de mí en la gruta como pudierais haberlo hecho vosotras, y será poco cuanto haga por ella.

—¡Tu paje! Cuanto ella quiera, será nuestra amiga,

nuestra hermana. ¿Sabes que vienen en la galera su padre y hermano?

—Sí, Luisa casará en breve con el marqués de Abella.

—Excelente elección, esa extraordinaria mujer necesitaba tener un hombre como ese.

—A las siete y media nos desayunaremos y en cuanto Julio nos mande la carroza partiremos á San Juan Bautista. ¿Qué os parece?

—Haz lo que tú quieras de nosotras, pero te advierto que en cuanto te des á ver no te van á dejar un solo momento. Quiero en consecuencia que salgamos de esta alcoba lo más tarde posible; aquí no puede entrar nadie.

—Comprendo vuestra idea y haré lo siguiente, para poderla realizar: Con un lápiz y papel que traigo aquí escribiré á Julio, dándole instrucciones y Alice me hará el favor de llevarle el escrito á Zalla.

—No, no puedo salir de aquí, Flaviano.

—¿No puedes, por qué?

—¿Pero no ves como está?—le contestó la duquesa riendo.

—¿Qué tiene?

—Una camisa, una bata y unas zapatillas; no la cubre otra cosa, ¿quieres que salga así?

—Tenéis razón, madre mía, pero dejadme escribir aquí, sobre la cama y yo haré llegar este papel á manos de Zalla sin que salgamos ninguno de los tres.

—Qué fastidio,—dijo Alice.

—Te concedo sólo dos minutos.

—Poco es, madre mía. Os advierto que hay miles de personas esperando vuestra llegada.

—¿Qué nos importa? Nosotras venimos á Méjico, y hemos sufrido mucho sólo por tí, y tú eres el único que nos interesabas.

—Madre mía, ¿se ha muerto mi padre?

—También nos interesa,—dijo la duquesa con el rostro encendido,—pero hemos venido por tí. Van los dos minutos ¿Acabas?

—Con otro tengo bastante.

—Que rompo ese papel si tardas, Flaviano.

—¡También tú te sublevas, Alice! Esa es la educación que te está dando mi déspota madre. Ya he concluido. Aqui veo el llamador.

Y tocó un timbre, preguntando una voz de mujer:

—¿Qué manda V. E.? ¿Entro?

—No; no quiero que entre nadie aquí.

—¿Qué mandáis, señora?

—Lleva esa carta,—dijo Flaviano,—que te echo por debajo de la puerta, á Ricardo Zalla que está sobre cubierta, y dile que se la entregue al correo que espera en el muelle, para que se la lleve á don Julio, y que traiga á mi paje en cuanto se detenga la galera. Ve pronto.

—Petra,—gritó la duquesa.—No te des prisa, ni se la des á Zalla; queremos estar solos los tres la mayor cantidad de tiempo posible.

—Muy bien, excelencia.

—Madre mía, no me tenéis respeto ninguno.

—Ninguno.

—Soy aquí el rey.

—Tú mandas en Méjico, pero mando en tí y sólo harás lo que yo quiera, y sólo mandarás lo que yo te diga.

—¡Ah, tirana! Te voy á dar otro beso por tanto despostimo.

—Eso sí, y otro á este ángel.

—Vuestras frentes. Te voy á ganar á Alice, madre mía, para que seamos dos contra tí. Si crees que de ellas vas á hacer lo que de la reina en Madrid, te has equivocado.

—No lo creas, Flaviano, estoy de parte de la duquesa; somos las dos contra tí.

—¿A que os tengo una semana arrestadas?

—¿En tu habitación y contigo al lado? Cuando quieras.

Y continuaron hablando los tres sentados sobre la cama y demostrando un afecto que rara vez sienten los seres humanos.

Aquel inmenso cariño se formaba en el corazón y no había en él nada egoista ni material.

Así permanecieron hasta cerca de las siete que oyeron la voz del paje que decía:

—Señor, ¿se puede entrar?

—¡Luisa! —exclamó Osorio.—Sí, entra pero tú sola. Cierra la puerta. Os presento á mi querido paje, madre mía, y á tí, Alice.

Las dos le abrieron los brazos y la besaron repetidas veces.

—¡Qué hermosa eres! —la decían.—¡Qué bien formada, qué esbelta! ¡Un prodigio de valor, de entendimiento y de belleza!

—Con ella os dejo,—exclamó Osorio;—vestios, que la vistan á ella y salid.

—¿Dónde vas?

—A la cámara; cerca me tenéis.

Y salió con sentimiento de las dos.

El conde de Santomera, virey de Méjico, esperaba á Flaviano en la cámara con los brazos abiertos.

—¡Gracias á Dios!—decía el conde.—Creí que mi tía te había secuestrado. Entre las dos me han dado unos ratos, durante la travesía, que no son para contados.

—Pues no son cobardes.

—Más valientes que yo; pero venían locas. Si te hallan muerto, me matan á mí y se matan ellas.

—Por eso tú me tirabas una estocada al entrar...

—¿Qué te extraña? Sólo tú entras en los buques volando como el águila, y todo podía figurárseme menos que eras tú. Bien se vengó Alice. ¿Oiste lo que me llamó?

—¿Pero qué veo? ¡Están aquí Oaxacay padre é hijo! Déjadme que los estreche.

Flaviano lo hizo así, y retirándose á un lado con Zalla, que estaba con ellos le preguntó:

—¿Qué has hecho?

—Antes de que la galera anclase, me fuí al muelle en la falúa, entregué al correo la carta para el príncipe, y se fué con ella. Luego hice vestir al paje, y con calma, según orden de la duquesa, lo traje á la galera. Antes de bajar á la cámara habló con su padre y hermano, que le esperaban en la cubierta, y cuando hubo

concluído, nos bajamos los cinco. No tardamos más por la impaciencia del virey que anhelaba estrecharos.

—Te vas con Luis, buscas una camarera de la duquesa ó de Alice y le dices que cuando su hermana se desnude saque el traje que se quita y haces que cambie el que trae el hermano de Luisa por el que os dé la camarera. Ese joven reemplazará en adelante á mi antiguo paje.

—¡Cómo se parecen los dos hermanos, señor!

—Preciso es que lo confunda con ella.

—Es posible.

—Partid.

Flaviano, presentó á Oaxacay al nuevo virey diciéndole:

—Este alcalde corregidor, padre de mi paje, es para mi persona sagrada y digna de que tú le consideres como yo. El que le ofenda me ofende á mí, el que le favorezca me favorece á mí. He propuesto tu nombramiento, no me obligues á que te destituya.

—Flaviano, Oaxacay será una persona sagrada para mí. ¿Qué más deseas?

—Tu amistad completa para él.

—Ya la tiene.

—Gracias, Pedro. Serás, no lo dudo, un buen virey de Méjico.

—Cuando tú te marches, porque antes...

—Pronto partiremos. Te dejaré la obra terminada, y ha de bastarte con saberla conservar. En Flandes diste pruebas de valor y de inteligencia, dálas aquí de prudencia y sabiduría y todo se habrá ganado.

—Llegaré á la abnegación y hasta el sacrificio.

—La patria y el rey te lo piden, yo te lo ruego.

—Los tres quedaréis satisfechos de mí.

—Que Dios te lo premie.

Pasaron recado á Flaviano que si podía recibir al comandante y oficiales de la galera, y contestando afirmativamente, entraron todos. El jefe dijo á Osorio.

—Señor, tenemos la alta honra de saludar á vuecencia, y es para nosotros una dicha ponernos á las órdenes del invicto héroe español. Cumpliendo los mandatos de S. M., desde este momento sois, señor, nuestro jefe supremo.

—Señores,—les contestó Flaviano,—feliz el que manda hombres como vosotros, suya será la gloria de las batallas. Si el rey ordena que me obedezcáis, yo me juzgaré dichoso si logro mandaros como vosotros merecéis, lo cual es muy difícil, y seré, más que vuestro jefe, vuestro compañero. No me deis tratamiento, no lo quiero de vosotros, y os ruego apliquéis á otro la frase héroe; con igualarme á vosotros me doy por satisfecho. ¡Viva el rey!

—¡Viva!—contestaron todos.

—¡Viva España!

—¡Viva!

—¡Viva el héroe!—añadieron ellos.

—¡Viva! ¡Hurra!

—¡Hurra! si atacan la Numancia y la defiende el héroe.

Flaviano cortó la ovación con las siguientes frases:

—Gracias, señores, os lo agracezco tanto más cuan-

to que no me conocéis bien. Aquí tenéis al conde de Santomera, que vale más, que fué una gloria en Flandes...

—¡Viva el incomparable Osorio! ¡Hurra! si nos manda, no habrá barcos para la Numancia.

—¡Viva España!

—¡Viva el héroe!

Gritando así fueron saliendo. Flaviano les iba alargando la mano hasta llegar al comandante que le dijo:

—Quedaos vos.

Cuando salieron todos añadió:

—¿Cuántos cañones tiene la Numancia, comandante?

—Veinte, señor.

—¿Qué fuerza.

—Quinientos hombres.

—He notado que este barco tiene forma de navío.

—Sí, señor, con dos puentes.

—Y que es nuevo.

—Cuatro meses.

—Con una construcción excelente.

—No salió mejor de los astilleros.

—En él regresaremos á España.

—Gran honra para todos nosotros.

—Creo que es el mejor barco que he visto.

—Mi general, os ha bastado una mirada para conocerlo.

—¿Está bien defendido y tripulado?

—Perfectamente, señor.

—Le faltan gente y cañones, os mandaré cuatro culebrinas que colocaréis donde yo os mande.

—Cuando vos lo dispongáis.

—Eso es lo difícil, cuándo. No me va á dejar la duquesa ¿Ha formado la fuerza?

—Sí, señor.

—¿En la cubierta?

—Allí os espera, señor

—Aprovechemos estos momentos en que se está vistiendo. Vamos al segundo puente. Pedro, me esperas aquí con Oaxacay. Si sale tu tía la entretienes.

—No voy á poder, Flaviano; la dura algo del vértigo que siente por tí.

—Pues no la digas donde estoy. Vamos. Pérez de Guzmán. ¿No es ese vuestro nombre?

—Sí, señor, pero ignoraba que vos...

—Guzmán, ese lo sabe todo. Estoy seguro que conoce la galera mejor qus vos.

—Yo tambien creo que vos.

—Vamos, comandante.

Delante iba Flaviano casi sin mirar el barco.

Por el camino sacó un lapiz y papel, dibujando el hueco del segundo puente.

Llegó, sin que nadie lo dirigiese, y apoyado en la cureña de un cañón, acabó su dibujo.

—Tomad, Pérez,—dijo al comandante,—¿lo comprendéis?

—Dos cañones á babor, y seis á estribor. ¿Es eso?

—Sí, pero voy á marcaros aquí el sitio que han de ocupar.

Y con el mismo lápiz le trazó en la banda derecha.

—Ya no os puede quedar duda alguna.

—Decidme, señor, esas cuatro culebrinas son con las que echásteis á pique...

—Sí. ¿Subimos?

—No os dignais pasar á cubierta. Todos esperan la honra...

—Vamos; si sale mi madre me inutiliza para todo.

Los dos subieron hallando la fuerza y marinería, jefes y oficiales en sus sitios, esperando.

Flaviano con la cabeza descubierta y sin otra insignia que la cruz de Santiago cruzó dos veces, de popa á proa, y vice-versa, por la cubierta del barco, que dando en el centro con el comandante.

—Soldados—dijo—pronto será este barco el navío Almirante de la escuadra española. Con hombres como vosotros se puede exclamar: ¡Ay de los enemigos de nuestra patria! ¡Viva España!

—¡Viva!—le contestaron.

El comandante añadió:

—Con generales como éste se puede gritar: ¡Ay del mundo entero si quiere pelear contra nosotros! ¡Viva el héroe!

—¡Viva!

E iba á dar principio una gran ovación, cuando se presentó en la cubierta la duquesa y cogiéndose al brazo de Osorio le dijo:

—Flaviano: ¿he andado 1500 leguas para venir á escuchar vivas al héroe? Basta de guerras y de ovaciones; comandante, que se retire la tropa y marinería. Y tú, vente comigo.

—¿Qué hago, mi general?

—Lo que manda mi madre; ¿olvidasteis que es al reina Tolopalca?

Y se lo llevó, diciendo por el camino:

—Qué pronto te habías escapado.

—Subi á dar órdenes...

—No tienes ya ninguna que dar. ¿Dices que soy la reina Tolopalca? Pues, como reina, mando yo sola.

—Muy bien, madre mía. Yo creí que estabais vistiéndoos.

—Sólo faltan los perfiles; para esos puedes estar delante. Las tres lo queremos.

—¿También mi paje?

—Ya no ès tu paje, es la duquesa de Tabasco, que me obedece ciegamente.

Digamos en breves frases qué había hecho la duquesa de los Andes para transformar en mujer al valiente paje.

Había sacado de Madrid una monja de mucho talento para que fuese la abadesa de un convento que deseaba fundar en el caso de que viviera Flaviano. Era un ofrecimiento que había hecho á la Vírgen.

Cuando se salió Flaviano, llamó á la monja diciéndola:

—Sor María, esta dama es el célebre paje de mi hijo Flaviano, que os den mis camareras cuanto necesitéis, y quede con el traje que corresponde á su verdadero sexo; el que ahora lleva se lo mandais á su hermano.

—Muy bien, señora.

—Vestidla vos, adornadla vos, y emplead todo vues-



—Ya no sois el paje, sino la hermosa Luisa.

tro talento para que aparezca igual á nosotras dos.

Así lo hizo la futura abadesa, exclamando al concluir:

—Ya no sois el paje, sino la hermosa Luisa.—Y la llevó al tocador de la duquesa.

—¿Qué hago, madre, señora y tirana?—preguntó Osorio á la duquesa, dejándose caer en un diván del tocador.

—Te sientas cómodamente, y nos miras y nos hablas.

—Sea.

Delante de tres espejos se hallaban las damas, entre ocho camareras que las prendían brillantes y perlas, pero con una igualdad admirable.

Iban cubiertas de raso negro y los prendidos eran de gran valor.

Rodeaban sus cinturas cíngulos de oro con borlas que caían hasta el suelo.

Flaviano las miraba como el encanto del más precioso adorno de la humanidad.

—Qué pesados están esos fuertes con tanto cañonazo, Flaviano,—decía la duquesa.

—Sí, desde las seis de la mañana no han cesado.

—También tiró algunos nuestra galera. ¿Cuándo acaban?

—Cuando os marchéis. Y al apagarse el ruido de esto, empezaréis á oir los de San Juan.

—¡Qué día os espera! ¡pobres oidos!

Un cuarto de hora después les avisaban que el desayuno estaba dispuesto, y los cuatro pasaron á la cámara, yendo la duquesa cogida á Flaviano.

En la cámara les esperaban el virey, Oaxacay, padre é hijo, Zalla, el comandante y un capitán de la galera.

Sorprendidos quedaron al ver tres bellezas distintas, pero tan encantadoras, que los asombraron. Alice parecía una divinidad.

—Señores,—exclamó Flaviano, cogiendo de la mano á la que fué su paje.

—Os presento á doña María Luisa de Oaxacay, duquesa de Tabasco.

El padre se echó atrás, el hermano quedó aturdido y el virey exclamó:

—¡Por Dios, que no ví jamás tres mujeres más hermosas!

—Pues ninguna es para tí, sobrino.

—Lo siento, tía.

—Sentémonos, señores, Flaviano á mi lado; Alice, tú al otro lado para que lo cojamos en medio.

Y todos se fueron sentando y desayunándose.

Estaban á la mitad de aquel acto, cuando se presentó un lacayo, llevando una carta en bandeja de plata.

Se aproximó á Flaviano, diciéndole:

—Señor, este escrito manda para V. E. su alteza el príncipe don Julio.

Y fué á cogerlo, pero se adelantó la duquesa, exclamando:

—Tú no tienes nada que leer, yo lo haré. Márchate,—dijo al lacayo;—y abrió el escrito, leyéndolo.

—Señores,—añadió:—declaro que mi hijo Julio es el

hombre de más talento que conozco. Oid lo que dice:

«Querido Flaviano: te basta y sobra con acompañar á esas ilustres damas. No te ocupes de nada más. Yo lo hago todo.

Abraza á mi madre y futura hermana; saluda en mi nombre á mi primo Pedro, á Oaxacay, padre é hijo, y descansa en tu hermano.—*Julio.*

—Lo ves, torpe; tú no tienes que ocuparte de otra cosa que de nosotras.

—Bien, madre mía, no me ocuparé.

Todos sonrieron al oir á la duquesa llamar torpe á Flaviano.

—Sí, es torpe,—dijo el virey.—Tía, ¿sabéis lo que dicen de él los oficiales, soldados y marinería de la Numancia?

—¿Vulgaridades, es verdad, Flaviano?

—Cierto, madre mía, vos me conoceis mejor que tod s.

—Como que te he criado. ¿Pero qué dice el vulgo?

—Tía, no es vulgo, son gente ilustrada y entendida en asuntos de mar.

—¿Pero que dicen, hombre?

—Que vuestro hijo es tan torpe que llegó volando á la cubierta de la galera.

—Es decir, que tiene el talento de los pájaros...

—Eso es, y añaden que con hombres así ningún buque está seguro, que si hubiera cuatro como ese no quedaba un navío inglés en el mundo.

—Con uno bastará por lo que voy viendo,—replicó Pérez de Guzmán.

—No te engrías, Flaviano, que no hay motivo.

—¿Sabéis lo que yo quisiera, madre mía?

—Sí, que todos te hablasen como yo.

—Eso es.

—Pero hay tanto vulgo...

—Siempre dije yo lo mismo.

—Por eso lo aborrece la señora duquesa,—añadió Luisa.

—Por eso y por que se me escapa.

Hablando así, concluyeron de desayunarse, quedando una hora de sobremesa.

Eran las nueve de la mañana.

Los cañones de los fuertes continuaban haciendo salvas y las campanas de Cruz tocando á vuelo.

Todos los balcones y ventanas estaban colgados, y los habitantes en la calle esperando que desembarcaran los de la galera Numancia.

Hasta las diez continuaron en la cámara los personajes de la galera. Al sonar esa hora dijo Flaviano á la duquesa de los Andes.

—¿Me acompañáis?

—¿Dónde vas?

—A la cubierta.

—Sí.

—También nosotras.

Y las dos jóvenes siguieron á la duquesa y á Osorio.

El último pidió un anteojo y miró con él, primero á Cruz, fijándose luego en el camino de San Juan Bautista.

A los ocho minutos exclamó:

—Comprendo. Bien por mi hermano Julio.

—¿Qué es?

—Que llegó el momento de desembarcar. Poneos los sombreros, avisad á la servidumbre que traeis y subid todos á cubierta.

Flaviano quedó allí con el comandante, al cual dijo:

—Pérez de Guzmán, mañana os traerán las cule brinas.

—Pues mañana quedarán colocadas.

—La obra que van á hacer en la Numancia es larga y requiere sitio seguro para que puedan trabajar sin interrupciones.

—No comprendo, señor.

—Vais á convertir la cámara en casamata. Os mandaré con los cañones varias planchas de acero con las cuales forrais la cámara y si os sobrasen uno ó más ca marotes, pero principalmente la primena cámara.

—¿Teméis, señor?

—Yo no temo nada, preveo y yendo damas...

—Comprendo.

—Posible es que se me ocurran obras, modificaciones, en caso afirmativo mañana os escribiré.

—Muy bien.

—Cuando tengáis aquí todo lo necesario os vais á la Frontera y allí anclais. Que abrevien el desembarco de equipajes para que los señores tengan hoy en San Juan todo lo necesario.

—Temprano estará allí todo.

Subió el gobernador, que acababa de llegar con varios botes, diciendo á Osorio:

—Señor, podéis marchar cuando á bien lo tengáis.

—¿Traéis botes suficientes?

—Para cuarenta personas.

—Bastan. Después que nosotros estemos en esa pequeña embarcación, encargaos vos del desembarco de los sirvientes y equipajes.

—Descuidad, mi general.

—¿Hay caballos para Zalla, vuestro tío y primo?

—Zalla tiene el suyo, mi tío puede ir en el vuestro y en el mío irá mi primo.

—¿Pero están dispuestos?

—Sí, señor.

—Veo que mi hermano ha ordenado que no nos detengamos nada en Cruz, y me alegro.

Las señoras subieron, y cogiéndose la duquesa á Flaviano, le dijo:

—Vamos.

Flaviano saludó á los jefes y oficiales de la galera, diciendo al comandante:

—Id mañana á comer conmigo.

—Gracias, mi general en jefe.

Y comenzaron á bajar, yendo delante la duquesa con Oosrio, detrás Luisa con el virey, luego Alice con Zalla y después los dos Oaxacay.

Los ocho saltaron á un hermoso bote forrado de paño con la bandera nacional.

La galera comenzó á hacer salvas y á dar vivas á España, al rey y al héroe.

Por una escalera baja fueron nuestros amigos hasta la carroza que estaba junto al agua.

—¿Cogemos los cinco?—preguntó la duquesa.

—Sí, madre mía.

—Tú, Flaviano, á mi lado, estos tres delante.

—Yo...

—No admito réplicas.

Y partió la carroza yendo en la forma que había dispuesto la duquesa.

Como habrán comprendido nuestros lectores, la duquesa, efecto de lo mucho que había sufrido con la noticia de la muerte del héroe, y luego en la larga y difícil travesía que acababa de hacer, se hallaba nerviosa y algo descompuesto su cerebro. Flaviano lo había notado, y por esta causa, y por lo mucho que la amaba, pues para él fué siempre una madre tierna y cariñosa, la obedecía en cuanto ella le mandaba.

Esta conducta de Osorio solo podía durar el tiempo que tardase la duquesa en sanar de la afección nerviosa que padecía. Para él no había ni amores, ni padres ni nada en el mundo superior al cumplimiento de su deber.

Tenía afecciones, pero pálidas, débiles; lo grande en él era el cerebro, y sólo se dejaba dominar por los pensamientos y las elevadas ideas. Tenía corazón, mucho corazón, pero todos los latidos de éste iban sujetos al predominio de su inmenso talento.

No estaban distantes los acontecimientos más grandes que el destino había de ofrecerle en su vida, y cuando llegara este caso debia sobreponerse á toda cla-

se de consideraciones que no tuvieran relación con el desarrollo del más colosal pensamiento que concibió cabeza humana.

Desde este instante sólo él mandará, sin que nadie se atreva á vacilar ante una orden suya.

Pero no adelantemos los acontecimientos. Concretémonos ahora á relatar la llegada de su madre y de su futura esposa, sin traspasar los límites de lo que todavía pertenece á lo futuro.

CAPITULO LVI

La segunda, larga y continuada ovación —Primero un príncipe y luego otro.—Un recibimiento pocas veces visto.

La carroza empezó á cruzar por entre dos filas de soldados de la guarnición de Cruz, delante iban cuatro indios de batidores y detrás noventa y seis, que formaban la compañía que llevó Osorio de la capital, la cual iba mandada por don Gonzalo.

Al acabar la guarnición de Cruz empezaban dos filas de indios de los del campamento que llegaban hasta juntarse con la guarnición de San Juan.

Es decir, que en la carrera de dos leguas había tendidos cuarenta mil hombres.

No era eso solo, al venir los indios se trajeron todas las flores de la isla en la que había millares de ellas y las habían ido extendiendo por todo el camino con yerbas odoríferas que en unión de aquellas, perfumaban el ambiente.

Todos los indios estaban descubiertos; hasta los jefes.

Desde Cruz empezaron los vivas; cuando pasaba la carroza, gritaban indios y soldados:

—¡Viva España!

—¡Viva el rey!

—¡Viva el héroe!

—¡Viva la reina Tolopalca!

Ya estaban á alguna distancia de la población, y todavía se oían las campanas y el estampido de las salvas de artillería.

La carroza iba tirada por cuatro caballos negros con penacho, la guiaba un hábil artillero, é iban detrás, según costumbre, tres lacayos con la librea de Osorio y la corona ducal.

Según avanzaba la carroza, los indios formaban á veinte en fondo, y seguían en forma de escolta, el carruaje. Este era parecido á uno de nuestros modernos landeaux. En las portezuelas estaban pintadas la corona y las iniciales de Flaviano.

Difícilmente se habrá hecho un recibimiento más fastuoso.

La duquesa decía:

—Esta rara, pero cómoda y hermosa carroza es invención de mi hijo.

—¡Pero cuánto hombre!—murmuraba Alice.

—Pues á todos los manda el general en jefe como si fueran media docena,—decía Luisa.

—En esta cabeza,—añadió el virey,—cabe un mundo.

—El los manda á todos y yo á él; ¿quién manda más, sobrino?

—Vos, tía.

Flaviano sonreía y los miraba á los tres con afecto.

Fuera de la carroza, en jefes, indios y soldados se escuchaba:

—¡Qué tres mujeres tan hermosas! Hasta la de más edad es un sol.

—La más delgada,—aludían á Alice,—es una deidad.

—¡Qué bella es!

—¡Qué tipo tan perfecto, tan fino, tan aristocrático!

—No ví mujer como esa.

—Ni yo.

—Ni nadie.

—Digamos también algo nosotros de los tres, ó mejor de los cinco.

La duquesa de los Andes, sin arrugas aún, bella como la mejor peruana, alta, esbelta y con la majestad de una reina, imponía tanto como gustaba su conjunto.

María Luisa de Oaxacay, duquesa de Tabasco, la conocemos bien y solo debemos decir que con traje de mujer estaba mejor que con el de paje. Algo más encendido ahora su rostro, era una mujer hermosa.

Alice no se parecía en nada á las otras dos. Era tipo más fino, más perfecto: era ella más blanca, más esbelta, más aristocrática, más ideal. Era el perfeccionamiento de la belleza de las otras dos.

La duquesa y Alice llevaban el pelo con trenzas y sartas de perlas, que era el peinado de camino. Lui-

sa que sólo tenía melena larga llevaba ésta en bucles sujetos con una diadema de brillantes que le había regalado Tolopalca.

Flaviano, en su calidad de hombre, era tan bello como Alice, sin perder lo varonil y apuesto de su gallardía.

Y el conde de Santomera se presentaba alto, fornido, moreno claro, con largos bigotes y una actitud más militar que otra cosa. Su rostro era agraciado, y su figura buena. Había cumplido los treinta años de edad.

Estos eran los cinco que iban en la carroza.

A la mitad del camino, gritó Osorio:

—Alto, cochero.

La carroza se detuvo, acercándose á ella dos apuestos jinetes.

Eran el príncipe Julio y el general Mendoza, que esperaban á caballo á los lados del camino.

Los cinco les alargaron las manos, que ellos estrecharon, cruzándose cariñosas frases entre Julio, Tolopalca, Alice, Flaviano y Navarro.

Mendoza no desplegó sus labios. Al ver á María Luisa vestida de mujer y tan bella, quedó sin voz.

La duquesa de los Andes le preguntó:

—¿Nada nos dices, Rogelio? ¿Tu elevación á general te dejó mudo?

No sabía qué contestar; lo notó Flaviano, y contestó por él:

—No conoce á Alice, desconoció á mi ex-paje, y entre dudas y vacilaciones no se daba cuenta de nada. Julio, aquí tienes reservado tu asiento. Ven con nosotros.

—Ni Mendoza ni yo aceptamos, queremos hoy la honra de servir de caballerizos á la reina Tolopalca, que no envejece, que no va á ser vieja nunca.

—Te equivocas, hijo mío, me hacéis vieja Flaviano y tú; es decir, mis dos hijos

—Será una vejez hipócrita, porque no se conoce. Pero no os detengáis más. Zalla, Oaxacay, cesais de ser caballerizos, formad parte de la escolta y dejadnos á Rogelio y á mí esos sitios. Adelante, cochero.

Y volvió á caminar la carroza.

Mendoza no veía; iba perturbado y tenía que guiarle Flaviano para que el curruaje no atropellara su caballo.

La presencia de María Luisa y su completa metamorfosis lo tenían casi sin razón.

Continuó el camino hasta acabar las dos filas de indios y empezar las del ejército.

Al llegar aquí rayó en delirio el entusiasmo.

Los jefes, oficiales y soldados se olvidaron de la consigna y gritaban:

—¡Viva el héroe!

—¡Viva la reina Tolopalca!

—¡Viva Alice!

Y no gritaban otra cosa. Mezclaban algo con el héroe, pero sin su héroe nada querían.

Por fin dieron vista al célebre puente, en cuyo instante, dijo Flaviano á Mendoza:

—Acércate, Rogelio. A la entrada del puente está el príncipe de Italia; deja tu caballo á un soldado, lo coges por la cintura y lo sientas en medio de la duquesa

y de mí. Luego vuelves á montar y sigues. Mientras crucemos el puente vas detrás, que puede cogerte la carroza.

Mendoza, no obstante su perturbación, se bajó cuando debia, cogió al religioso, y como si fuera una pluma, lo sentó entre la duquesa y Flaviano.

Nada pudieron decirle ni él á ellos. Las infinitas voces que gritaban dando vivas, las salvas de cañón, el vuelo de las campanas, las músicas, pitos y atambores militares y el trotar de los caballos, ensordecían y hasta mareaban.

Ni aun gritando se podía comprender lo que se decía.

Las tres damas empezaban á sentirse mal. Flaviano lo comprendió así, gritando al cochero:

—A escape.

De los balcones de la ciudad llovían flores hasta cubrir la carroza, millares de pañuelos se agitaban, y el inmenso ruido se convirtió en estruendo insoportable, jamás oido con aquel frenético delirio.

Por fin, la carroza llegó al palacio, se apearon y Osorio cogiendo á las tres damas se las llevo á un salón interior, cerrando las puertas para apagar en parte aquel exageradísimo estruendo.

Allí las dejó con el príncipe de Italia y con el virey, y él se fué con los restantes al balcón para ver desfilar por delante del palacio los treinta mil indios y diez mil soldados.

Acabó el desfile que Flaviano, Julio, Mendoza y restantes vieron, ensordecidos por el ruido atronador,

y poco á poco fué volviendo la plaza á su estado normal. Por fin se reunieron todos, previo el acto siguiente: A ruego de Mendoza, el príncipe de Italia llevó de la mano á Luisa, á una habitación contigua, y él cogió de otra misma á Osorio. Reunidos los cuatro, cayó de rodillas Rogelio exclamando:

—Perdona, hermano, perdóname Luisa.

Y besó la mano de ambos.

Sorprendida la joven, le preguntó:

—¿Qué te he de perdonar, marqués?

—Levanta, Rogelio,—le dijo el héroe levantándolo. —Yo te lo diré, Luisa: Rogelio nos pide perdón, porque enamorado de tí, tuvo celos, y si bien es una duda que ofende, son también signo de amor que debes agradecerle. Los dos te perdonamos, hermano, haga Dios que tus futuros celos sean siempre tan fundados como los de ahora, y recibe de mí, que soy el más ofendido, un estrecho abrazo.

Luisa sonreía, le alargó la mano y solo le dijo:

—Te perdono, pero te advierto, Rogelio, que no me gustan los hombres débiles.

—No volveré á serlo, Luisa, te lo juro. Y tú, Flaviano, hazme el favor de recordar que tu padre casó al mío.

—Puesto que el padre de la novia se halla entre nosotros, hoy le pediré solemnemente la mano de su hija, y os apadrinaremos Alice y yo. ¿Quieres más?

—Sí.

—¿Qué deseas?

—Que la boda sea lo antes posible.

—Cuando la mía.

—¿No puede ser antes?

—No quisiera. Tengo empeño en que se celebren las tres á la vez.

—Las cuatro, querrás decir,—exclamó el príncipe de Italia.

—Padre mío, yo creí...

—Creiste bien, pero la duquesa está aún verdaderamente hermosa, y no quiero que ocurra otro conflicto como el del príncipe italiano.

—En ese caso, todo está reducido á hacer pública esa unión.

—Se velarán, se hará público el enlance, y se celebrará.

—Muy bien, padre mío.

—Flaviano,—exclamó Mendoza sin comprender nada de lo que hablaban; —¿quieres decirme qué bodas son esas?

—La tuya, la de Zalla con Líbana, la de mi padre con la duquesa y la mía.

—¿Qué desorden es éste, hermano?—dijo entrando la duquesa de los Andes;—¿por qué os llevais á Flaviano? ¿He venido á Méjico á aburrirme?

—Entrad, madre mía,—le contestó Osorio;—de vos me ocupaba.

—Sí, entro, pero para llevarte conmigo. Ven.

—Está bien; haré público, lo que privadamente concertábamos aquí los cuatro sobre vos, si os pesa...

—¿Sobre mí?

—Sí, sobre vuestra boda.

—Será sobre la tuya,—contestó Tolopalca encendiéndose de carmín su rostro.

—Y sobre la vuestra.

—¿Qué dices, Flaviano?

—Sólo cuatro tenían conocimiento de vuestra boda: vos, mi padre, el príncipe y yo.

—¿Quién te dijo?...

—Madre mía, yo sé muchas cosas que nadie me dice. Pues bien, quiere el Santo que esa boda se haga pública. Eso es todo. ¿Qué tenéis que decir?

—Nada. Vamos con Alice.

—Dad vuestro parecer.

—No; vámonos.

Y se lo llevó cogiéndose á su brazo.

Mendoza había quedado aturdido, confuso.

Luisa le dijo:

—¿Nos reunimos con ellos?

Y los tres se fueron con Alice.

La duquesa continuaba con el rostro encendido. Flaviano y Luisa la miraban y sonreían.

Después de comer, pasaron al estrado y fueron recibiendo á todas las personas notables de San Juan.

Desde la muralla vieron por la noche notables fuegos artificiales quemados en el campamento.

Luego cenaron, y á las diez se retiró á descansar Flaviano, pretextando que no había dormido la noche anterior.

A su criado le dijo cuando lo desnudaba:

—Mandas recado á Fajardo que se me presente á las seis, me despiertas á las cinco.

Poco después dormía.

Los restantes habían quedado en el comedor de sobremesa.

Luis Oaxacay, el cual reemplazó á su hermano, tenía un año menos de edad, y era tan despejado y valiente como Luisa. De paje de Flaviano debía llegar á ser un hombre muy notable.

Empezó callado y quieto, pero era á consecuencia de que estaba estudiando cuanto le rodeaba. Al terminar su estudio y oir las lecciones que su hermano había empezado á darle, debía conservarse en su antítesis.

Pronto lo hemos de ver.

Antes de cenar aquella misma noche, pidió Osorio á Oaxacay la mano de su hija María Luisa para el marqués de Abella, que en el acto le fué concedida.

A las once todos estaban en cama; siendo dichosos la mayor parte de ellos.

El héroe no era feliz ni desgraciado.

CAPÍTULO LVII

—

Empiezan los preparativos de marcha.—Llegada del duque del Imperio.—Todo es paz y concierto.

A las cinco y cuarto de la mañana entró Osorio en su despacho á escribir.

Cinco minutos después se le presentó el nuevo paje Luis, diciéndole:

—Buenos días, señor; ¿ha descansado V. E.?

—Muy bien, Luis, ¿y tú?

—Perfectamente.

—No me des tratamiento. ¿Qué deseas?

—Poca cosa, señor.

—Habla.

—Tengo una letra gallarda, que dicen es muy buena, ortografía, y escribo bastante de prisa. Dictadme y os ayudaré.

—Probemos.

Y comenzó á dictarle.

Poco después le decía:

—Veamos lo que has hecho.

—Ved, señor.

—Buena letra, y escribes bien. Me sirves, Luis.

—Me alegro. Era lo que deseaba. También conozco la esgrima y la equitación.

—Continúa escribiendo.

Así prosiguieron hasta un poco después de las seis, que llego Fajardo.

Al verlo Osorio, dijo á Luis:

—Mientras yo hablo con el maestre pon en limpio estas instrucciones y esas dos órdenes.

—Muy bien, señor.

—Adelante, Fajardo. Sentaos á mi lado.

—Me hallo á vuestra completa disposición.

—Gracias. Nuestra misión está terminando en Méjico.

—Ya lo veo, señor. Ni hay indios que se subleven ni á los ingleses ha de quedarles gana de volver por aquí con las lecciones que les habéis dado.

—Que les hemos dado, debéis decir.

—¿Qué hemos hecho nosotros, comparándolo con lo que vos hicisteis? Nada.

—Hablemos de lo que importa, maestre.

—De lo que vos queráis, señor.

—Puesto que nuestra obra va á terminar, preciso es que nos ocupemos del regreso.

—Sí, señor.

—¿Deseais quedaros ó seguirme? Contestad con entera franqueza.

—Seguiros, señor.

—¿Continuar como soldado de tierra ó volver á ser marino?

—Cuando esté cerca de vos como os haga más falta, cuando cese de recibir vuestras órdenes, ojalá no sea jamás, prefiero el mar á la tierra.

—Así lo creía, y me complace el no haberme equivocado.

—Me alegro.

—Al frente de todos los marinos que quitamos al navío Invencible, os vais á Veracruz por tierra, y que vuelvan todos á ocupar sus puestos anteriores. Después reconocéis vuestro barco, el navío San Juan, la galera que trajo el príncipe de Italia, y la que quitó mi padre á los piratas. Hacéis en ellos cuanto sea necesario para que queden en disposición de navegar y de resistir uno ó más combates.

—¿Creeis, señor?...

—Sí.

—¿Con los ingleses?

—Y con los franceses. Cuando los barcos estén listos, tomáis dos camareras que he encargado al gobernador de Veracruz, sacáis del convento á la india Líbana, y con ellas y la escuadra os venís á Cruz. Os concedo dos meses; no tardáis menos; debéis llegar á Cruz á los dos meses justos de haber entrado en Veracruz.

—¿Cuándo salgo?

—Cuando queráis.

—¿Dentro de tres días?

—Me parece bien.

—Las órdenes las recogeré...

—Ahora mismo.

Cuando Luis terminó de sacar en limpio lo que Flaviano le habia encargado, firmó las órdenes y las dió á Fajardo, diciendo:

—Aquí las tenéis, con estas instrucciones que no han de estorbar.

—¿Mandáis algo más?

—No; volved á despediros, y nada más. Vamos á continuar, Luis.

—Dictad, señor.

Y continuaron trabajando hasta las siete, que entraron las duquesas y Alice.

—Ya no hay medio de seguir, Luis; guarda esos papeles para mañana.

—¿Qué hacíais?—le preguntó la duquesa.

—Trabajando, madre mía.

—¿A qué hora te has levantado?

—A las cinco.

—¿Por qué madrugas tanto?

—Porque en el resto del día no me habéis de dejar.

—Ingrato; ya que tú no me le das, toma un beso.

—Iba á daros uno á cada una; pero te apoyaste en mi hombro y no me habéis dejado.

—Anda, bésanos.

—¿Qué más deseáis?

—Que te vengas con nosotras.

—¿Se puede entrar!—preguntó Mendoza sin detenerse.

—¿Cómo has tardado tanto, hermano?

—Te diré, Flaviano: estaba á la puerta.

—¿Esperándonos?

—No, mirando á Luisa; pero se volvió de espaldas... Como ella no me veía...

—¡Ingrato!...

—No; si no me veía.

—Aprende de Mendoza, Flaviano. Tú apenas haces caso á Alice,—dijo la duquesa.

—Sí me hace; más de lo que yo merezco,—replicó la joven.

—No digas eso, tonta: mira, estos sábios no se cuidan de nosotras, y es necesario atarlos como yo tengo á este ingrato hijo.

—¿Qué quereis que haga, madre mía? En todo os obedezco.

—Porque te obligo; pero basta de conversación: vámonos.

—¿Dónde?

—A recorrer toda la isla que forma el río Tabasco.

—¿A pié?

—No; espera ya la carroza.

—¿Quienes vamos?

—Las tres, Julio, tú, mi sobrino Pedro, y á caballo Mendoza y Luis.

—¿Por qué no viene Zalla?

—Está estudiando.

—Vamos.

Y salieron en la forma expuesta.

Las tres se habían propuesto recorrer todo el Estado de Tabasco en la forma que lo hacían hoy.

A la mañana siguiente se levantó Flaviano á la misma hora, comenzando á dictar á Luis.

A las seis fueron interrumpidos por Almeida, que entró preguntando:

—¿Qué mandais, mi general?

—Estoy preparando el viaje: ¿deseais volver á vuestra patria ó quedaros aquí?

—Seguiros, señor.

—Muy bien. Pues nada más.

Y se retiró Almeida, siendo reemplazado por el maestre de zapadores. Flaviano dijo á éste:

—Maestre, cuando el ejército se marche á la capital y nosotros á España, quisiera que os quedáseis de gobernador de Tabasco. ¿Os agrada?

—Sí, señor. Tengo mucha familia y estoy bien aquí; este país es excelente.

—Muy bien; ¿cuándo se casa vuestra hija con el joven capitán?

—Pasado mañana, señor.

—Perfectamente; dejaré aquí á vuestro yerno.

—Gracias, señor.

—Antes de partir os daré todos las instrucciones necesarias. Podeis retiraros.

Y continuó dictando á Luis, pero fué por poco tiempo.

No tardó en entrar Luisa y detrás Mendoza.

—Señor, ¿qué hace aquí este niño?—preguntó ella.

—¿Qué hago?—dijo Luis.—Lo que tú no sabes. Mira qué letra.

—Sí, es buena.

—Y tiro mejor que tú, y monto mejor también. Y desde hoy me vá á enseñar mi amigo Zalla todo lo que el sabe.

—Bueno, hombre. ¿Ya no quieres ir de caballerizo nuestro?

—No; deseo aprender para ser mejor paje que tú. Si me lo permite mi señor.

—Con mucho gusto, Luis; y algo te enseñaré.

—¡Qué desdicha!

—Pero no te hagas ilusiones: es difícil que aventajes en nada á tu hermana.

—Señor, tiene un año más que yo y ya la gano en la letra, en esgrima y en equitación.

—En las dos últimas cosas lo dudo.

—Imita á tu señor, Luis,—dijo Mendoza;—es muy modesto, y tú...

—¿Qué soy yo? Lo mismo te digo á tí que á mi hermana: te aventajo en las tres cosas. ¿Quieres verlo?

—Sí, hoy lo veremos.

—¿Pero qué hace mi madre que no viene, Luisa!

—Ahí la teneis, señor.

—Vamos, Flaviano.

—¿Están todos?

—Sí.

—Pues salgamos.

—Señor, ¿me permitís me quede con Zalla?

—Sí, Luis; sólo para estudiar.

—Sí, señor; sólo para eso.

Y salieron como el día anterior.

Continuaron de esta manera, si bien en algunas ocasiones montaban á caballo para atravesar bosques en los cuales no podía entrar la carroza.

La duquesa recordaba los días de su infancia y juventud entre aquellos árboles seculares, y tantas flores y plantas como ella dejó entre los estados en el Perú, su patria.

Flaviano le dijo una vez en medio de un delicioso bosque:

—¿Reina Tolopalca, tiene vuestro país sitios más amenos y poblados?

—Son parecidos á aquellos.

—Allí érais reina.

—Y aquí también, de tí.

—Cómo abusais.

—Me contraigo á hacer uso de mi derecho de madre.

—La madre más tirana que se conoce.

—No me llamas reina, pues reino y gobierno.

—No era necesario tanto despotismo.

—Súfrelo con paciencia, que yo hice lo mismo en los mares por venir á verte.

—¿A mí, ó á mi padre?

—A los dos, en particular á tí.

—Vais á dar celos á Alice.

—Imposible; no hay mujer más hermosa ni más buena. El malo eres tú, que le haces poco caso.

—No dice ella eso.

—Tanto te ama, que con poco se conforma.

—¿Me ama mucho? Pues tomad la lección.

—No me hace falta, yo te quiero lo que debo, y nada más.

—Que es todo cuanto podeis; creo que más que á mi padre.

—Yo no lo digo.

—Pero es verdad.

Doce días después fué Flaviano el que corrió en busca de las señoras, dándoles prisa para que abreviaran su tocado.

Por fin entraron en la carroza las tres damas, Julio y Flaviano; los restantes iban á caballo, quedando en el carruaje un asiento vacío.

En este día, sin decir á nadie la causa, iban á caballo, además del virey. Mendoza, Zalla y Luis, maestre Almeida, el de zapadores, el capitán don Gonzalo y ocho lacayos.

Osorio mandó al cochero que castigara á los cuatro caballos hasta que entraron en el bosque, y los mandó dejar al paso.

—En este bosque ya hemos estado, Flaviano,—le dijo la duquesa.

—Sí.

—¿Qué te propones?

—Ya lo vereis después.

—Habla, Flaviano.

—¿Qué deseais saber?

—La causa de traernos por aquí.

—Un capricho mío.

—Yo creí que los héroes no tenían caprichos.

—No los tendrán, pero aquí no hay más héroes que mi hermano Julio.

—¿Tú, no?

—No, señora.

—Ya me vengaré de tí.

—Contínuamente lo estais haciendo.

—Mañana lo has de decir con más razón.

—Que Dios sea conmigo.

Antes de llegar á la salida del bosque, se detuvieron.

—¿Pero qué hacemos, Flaviano?

—He visto allí unos deliciosos plátanos, y os voy á obsequiar con ellos. Luis, coje plátanos y tráelos.

—Al momento, señor.

—¿Quién te ha dicho que yo los quiero?

—Peor para vos si no los comeis, los comeremos nosotros.

Comiendo estaban el segundo, cuando exclamó Osorio:

—Ya está ahí mi capricho: vedlo llegar.

—¿Quién es, hijo?

El duque del Imperio.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Porque yo no lo sabía.

—¿Entonces por qué hemos venido aqui?

—Pudo venir.

—¡Pudo venir este día y á esta hora!

—Ya lo veis.

—¿Todo ha sido cálculo?

—Sí.

—Vaya un modo de calcular.

La polvareda que había visto Flaviano fué acercándose hasta llegar cerca de nuestros amigos.

—Grita, Mendoza,—le dijo Flaviano,—con el polvo no nos ven.

—¡Alto! señor duque, aquí.

Venía el generalísimo con todos los individuos de su escolta: á las voces de Rogelio se detuvo, y al reconocer á su hijo y á su esposa, se tiró del caballo, gritando:

—¡Hijo del alma! ¡Tolopalca!

Y quedó abrazado á los dos. Lo mismo hizo con Julio y con Rogelio, con Alice y Luisa, y á los restantes les fué alargando la mano.

Todos los jefes de la famosa escolta rodearon la carroza, saludando primero á las damas, y luego á Flaviano, á Julio, al virey y restantes caballeros.

—Zalla,—exclamó Flaviano:—primero á la casa Amarilla, ve delante. Padre mío, á mi lado, vuestro caballo que lo monte uno de los tres lacayos que van en la trasera de la carroza. A escape, cochero; sigue al maestro, que va adelante.

—¡Padre mío!—dijo Mendoza al duque:—vereis qué banquete nos dá Flaviano; hasta es héroe para eso.

Todos rieron al oir las frases del jigante.

A las dos horas llegaron á un escape, continuando á la casa Amarilla: todos echaron pié á tierra, subiendo damas, jefes y oficiales al salón más grande, en cuyo centro tenían preparada una mesa con ramilletes y flores sin cuento.

Según opinaba Mendoza, este banquete iba á ser superior al de algún tiempo antes.

Y lo fué en efecto. Hasta las damas quedaron sorprendidas de la profusión y exquisitos manjares.

—Lo decía yo,—murmuraba Mendoza:—esto es un paraíso, en el que sirven viandas celestiales. ¡Qué Flaviano, señor duque! Sólo él sabía que llegábais, y á nadie, ni á su madre, que tanto quiere, dijo nada, absolutamente nada, ni de vos ni de este banquete. ¿Qué tal las vistas de este paraíso, duquesa?

—Come y calla, hermano, que vas á ahogarte.

Regresaron á San Juan cerca de anochecido, sorprendiendo á todo el mundo la llegada del duque y de su valiente escolta.

Flaviano no quiso que supiera la llegada de su padre hasta después que estaba dentro para evitar á las señoras el ruido molesto de las salvas y de las voces.

Según les dijo el duque, Méjico disfrutaba de una paz octaviana como no se había conocido allí. La obra de Osorio resultaba perfecta y duradera.

CAPITULO LVIII

Los futuros esposos.—Término del campamento.—Arribo de la escuadra.

La llegada del duque del Imperio no fué causa de que Flaviano alterase sus trabajos. Se levantó á las cinco de la mañana y comenzó á dictar á Luis hasta las ocho, que entraron sus padres y se lo llevaron al comedor para que en unión de todos los restantes se desayunara.

Después salieron como de costumbre, si bien Julio y el duque no los acompañaron por querer el último ver el puente, los fuertes y el campamento.

Seguían á estos los jefes de la escolta de Osorio.

Al día siguiente salieron todos juntos; pero la situación de Flaviano había empeorado bastante. Su padre se levantaba á las seis, y poco después, unído á la duquesa, le cortaban su trabajo hasta la madrugada del día siguiente. No por eso desmayaba el héroe; con-

tinuó así hasta que Alice dijo á los padres que la falta de sueño y el excesivo trabajo podían afectar á su salud y le concedieron toda la mañana, con la condición de que no abandonase el lecho hasta las siete y media. Así lo hizo, y de este modo continuó sus escritos que se había propuesto redactar.

Eran instrucciones para el virey, muy latas y con la previsión de cuanto podía ocurrir en lo sucesivo y los remedios que debía aplicar, que llenó cien pliegos, haciendo que el conde de Santomera se los aprendiese de memoria.

Otras iban para el gobernador de Tabasco, análogas, y para el corregidor de la capital, el cual dejaba muy recomendado al virey.

Con otros escritos que tendían á la inquebrantable seguridad del dominio español en aquel imperio.

Con estos escritos cerraba su obra imperecedera el héroe Flaviano.

Tardó más de un mes en la redacción de sus escritos.

Después reunió en un salón interior á su padres, á Luisa, á Alice, á Mendoza y á Zalla, siete de los ocho futuros contrayentes; faltaba Líbana, que aún seguía en Veracruz.

—Os reuno aquí,—les dijo,—para que nos ocupemos de las cuatro bodas que deben celebrarse á la vez y saliéndose de la vulgaridad de un acto tan solemne y trascendental. Voy á emitir mi opinión, y el que no esté conforme con ella que exponga la suya como yo os ofrezco la mía. Para ésto no hay jefes, ni caben impo-

siciones. En el caso de haberlos, serían mis padres ó de mis padres, que son y valen más que yo.

—Basta de preámbulo, con cuyo final no estoy conforme,—dijo el duque.

—Pues vamos al asunto, oidme: Nos embarcaremos en el estado en que hoy nos hallamos. Desde aquí nos llevará la escuadra á la isla donde nació Líbana, y en uno de aquellos bosques vírgenes, en el que no haya sentado todavia su huella la planta humana; en paraje que podrá parecerse á un paraíso, entre flores, plantas odoríferas y árboles seculares, levantaremas un altar al Rey de la Creación, nos uniremos entre los cánticos de las vírgenes de la hermosa isla, los músicos acompañarán á las voces de los sacerdotes, y una misa mayor cantada por dos santos, Silva, Anselmo, y otro sacerdote confirmará nuestra unión, que Dios bendecirá por mano de su digno representante el príncipe de Italia. Esa es la síntesis que en detalle elevaremos á lo que jamás se hizo, á lo más poético y sublime que puede llegar un acto. Combata la idea el que pueda ó quiera.

—Me parece admirable,—dijo Mendoza;—pero va á tardar hermano.

—La impaciencia no es una razón, y no razonando no puede tenerse en cuenta. Va á tardar, hermano.

—Lo apruebo en todas sus partes,—dijo Luisa:—no quiero que mi boda sea de otra manera.

—Ni yo la mia,—exclamó Zalla.

—Ni yo,—añadió Alice.

—¿Y nuestros padres?

—Aprobado por la mayoría, nada decimos en contrario.

—Decid algo, señor, yo os lo ruego.

—En contrario nada tengo que decir, mucho sí en pro, pero siendo tú el que lo propone, debo callarlo.

—Serán,—añadió Zalla,—unas bodas realizadas en paraje y con circunstancias tan nuevas, poéticas y no imaginadas hasta ahora que la sola idea me encanta.

—Me adhiero, no obstante la tardanza, y si no fuera por esto, lo aplaudiría con toda mi alma,—replicó Mendoza.

—Cuando la hayas realizado te alegrarás; solo os dí la síntesis, el detalle os ha de seducir.

—¿Cuando partiremos, hermano?

—Sólo nos resta un mes para embarcarnos. Y pueste que hemos concluido, vamos con Navarro y Julio, que nos están esperando.

Flaviano ocultó en esta entrevista lo principal del pensamiento que iba á desenvolver al realizar las cuatro bodas en la isla Líbana, que era el nombre que debía llevar en lo sucesivo aquella región.

Tenía noticias posteriores á las que conocemos de la mencionada isla; sabía por el teniente Riquelme que lo había presenciado, la trasformación, que aquella había sufrido un cambio completo, y que todo cuanto dejó ordenado el héroe, se iba terminando cen rapidez y acierto.

Casi sin comprender lo que aprobaban, dieron los seis su aquiescencia: bastábales para hacerlo así que el

héroe lo hubiera propuesto é indicara una idea nueva brotada de su privilegiado cerebro.

Quince días después fué Flaviano á Frontera, seguido de Zalla y Luis á reconocer las reformas hechas por orden suya en la galera Numancia.

Halló las cuatro culebrinas puestas en el segundo puente, como él dispuso, muy bien blindada la primera cámara y un camarote contiguo y todo lo demás que él dispuso.

El puerto aquel era de refugio para los buques, á quienes sorprendieran los alisios, y á él acababa de arribar una hermosa galera genovesa, cuyo entendido capitán sabiendo que estaba allí el héroe, solicitó celebrar con él una conferencia. Venía de la costa de Francia y sólo había tardado en la travesía un mes, por efecto de haber sido sorprendido por un terrible viento del Este que le hizo variar de ruta y buscar refugio en Frontera. Las noticias no podían ser más recientes ni más importantes.

El capitán de la galera genovesa era español y enteró á Flaviano de asuntos muy importantes, relativos á España. Nuestra patria estaba amenazada de un grave peligro.

Flaviano demostró al capitán aquel su gratitud, le hizo un obsequio valioso, y llamando al comandante de la Numancia, le dijo:

—Si el tiempo está asegurado, trasladaos á Cruz antes de doce días, para uniros á la escuadra que viene de Veracruz. Es preciso abreviar nuestro regreso, peligra la patria y es menester salvarla.

No le dijo más; se encerró en la cámara y pasó todo el día y casi toda la noche trabajando.

Se acostó al amanecer, y no fué poca la sorpresa del comandante de la galera y de Zalla cuando notaron que Flaviano no daba señales de vida. Entraron en su camarote y lo hallaron dormido al parecer.

Se retiraron á la cámara, pero impacientes y desasosegado el comandante, exclamó:

—Creo indispensable que despertemos al héroe.

Zalla opinó lo mismo y no tardó en levantarse Flaviano. Se hallaba bueno y sano, y el profundo sueño que le quitaron era solo la consecuencia del insomnio de la noche anterior.

Poco después saltó á tierra y montando á caballo corrió á San Juan Bautista, donde llegó aquella noche.

Encerrado con su padre le dijo;

—Señor, Inglaterra, Flandes y Francia hacen grandes aprestos contra España, y hasta es posible que manden una escuadra formidable contra nosotros, si, como es probable, tiene noticia de nuestra partida. Desde mañana voy á ocuparme de nuestra marcha, para que ésta se realice en cuanto llegue la escuadra.

—Me parece bien, hijo mío; ¿pero y las bodas?

—Estas se harán, como hemos convenido, en la isla Líbana, y allí permaneceremos el tiempo que nos sea posible; para que sea éste mucho, quiero salir pronto de aquí.

Aprobado por el duque el plan último de Osorio, enteró á Julio y al virey, y se retiró á descansar después de la media noche.



Creo indispensable que despertemos al héroe.

Desde el día siguiente dió pincipio el movimiento.

Con los 15.000 ducados que entregó Mendoza con destino á los indios, según la penitencia que le fué impuesta por el santo, y el importe de lo secuestrado á la dueña de la casa Amarilla, tuvo bastante Flaviano para dar á cada indio de los treinta mil; un regalo de quinientos ducados y dos mil á cada jefe.

Llevaban además una riqueza mayor en instrucción y cultura. Del arma revolucionaria de Méjico, que la formaban aquellos hombres, hizo Flaviano el arma más poderosa de la paz, del orden y del sosiego de aquel vasta imperio.

Ocho días después todos fueron saliendo para su estados, bendiciendo á España y al héroe que les llamaba hermanos y los había hecho felices.

Todos hablaban ya castellano y eran católicos.

Hernán Cortés hizo la conquista del territorio; Flaviano hizo la de los corazones y las voluntades, que es la gran conquista de los pueblos.

El campamento se deshizo para quedar la isla formada por el río Tabasco, con sólo árboles, plantas, flores y la ciudad de San Juan.

Tres días después les anunciaron la llegada de la escuadra y la presencia de Fajardo, Líbana y dos camareras.

La india había crecido, y su hermosura serprendió á todos. Se abrazó al duque y luego á Flaviano, besándolos como á padre y á hermano, y dijo á Zalla, que la miraba loco de amor:

—Te he perdonado y te amo. Toma mi mano.

Su belleza, soltura y talento encantaron á todos.

Tanta hermosura y la envidia que despertaron en los indivíduos de la escolta del duque los merecidos ascensos de Zalla y de Mendoza, dieron lugar á un acontecimiente del que vamos á ocuparnos detenidamente, por lo grave y trascendental que fué para aquellos que lo motivaron.

Todo lo hubiera creído el invicto duque del Imperio menos el horrible efecto que hizo en sus subordinados la funesta envidia en los más y los celos inmotivados de uno de ellos. Decimos inmotivados porque la casta Líbana ni siquiera había concedido al celoso Ontoria una débil sonrisa.

Pero expongamos los hechos en capítulo aparte.

CAPITULO LIX

La crítica de los valientes.—Actitud del capitán Urrutia.—Los dos amigos.—Zalla y los murmuradores.—Desafío á muerte.

Los individuos que componían la escolta del duque del Imperio, (nos referimos á los jefes y oficiales), vieron el puente trasladado de un punto á otro, los fuertes levantados, la sumisión de los indios, y en su presuntuosa arrogancia y fanatismo, fundado en parte por el duque, no hallaron nada que no fuese capaz de hacer el padre del héroe, ni cosa extraordinaria que mereciera los honores de la heroicidad. Si todos no, la mayoría halló más que merecidos elogios, murmuraciones, destituídas de fundamento y tan distantes de la verdad, que en más de una ocasión obligaron á uno de ellos, al capitán Urrutia, á decir á sus compañeros:

—Por más que nuestro amado generalísimo, el invencible duque del Imperio, sea uno de los primeros generales del mundo y presente en su admirable historia

hechos que asombraron á la generación presente y admirarán á las venideras, es cierto indudable que su hijo hizo más, logró más, consiguiendo el título de héroe que todos le conceden menos vosotros.

—Urrutia,—le contestó Solís,—tú te inspiras en Zalla, y sin comprenderlo vas de error en error al fanatismo, que está muy de moda en Tabasco, según hemos visto.

—Yo sólo creo la verdad, capitán Solís.

—Tú estás equivocado compañero.

—¡Guay si te oye Zalla! correrá la sangre entre nosotros, y Dios sabe hasta donde llegará la cuestión.

—¿Qué me importa á mí? Puede llegar donde quiera.

Ya había sostenido Urrutia dos ó tres cuestiones por el estilo de la anterior, cuando una noche reunidos todos los individuos de la escolta en el saloncito que les estaba destinado, dijo un teniente inspirado por la envidia:

—Señores, he visto á Ricardo Zalla reprender á un compañero mío; y en verdad que le ha engreído tanto su título de maestre de Campo, que parecía un general, grande de España. Bien podía acordarse de que todavía era alférez cuando el reprendido era ya teniente.

—No es extraño, lo proteje el llamado héroe,—dijo Solís,—y tendrá lo que quiera inclusa la impunidad completa en cuanto haga y diga.

—Así es la verdad,—contestó un oficial.

Urrutia y los que no pensaban de ese modo se ca-

llaron temerosos de provocar con sus frases un conflicto.

Los otros continuaron con murmuraciones y censuras tan inconvenientes que Solís se atrevió á decir:

—Alejados nosotros de este país, ignoramos muchas cosas. Ayer supe yo una historia que os va á admirar.

—Habla.

—Cuéntala, Solís.

—¿Quién creeis vosotros que es la bella y excelentísima señora duquesa de Tabasco?

—No sabemos...

—Lo creo, pero yo lo sé.

—¿Quién es?

—El paje Luis, favorito un día del general Flaviano.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un protegido mío que estuvo al servicio del señor duque y después pasó á servir á don Flaviano.

—¿Será cierto?

—Como el Evangelio.

—¿La duquesa de Tabasco, no es la prometida del general Mendoza?

—Sí, y eso nos prueba los rápidos ascensos y su unión con el que fué favorito y ahora será favorita de don Flaviano.

—Pobre marqués de Abella si eso es cierto.

—Es el Evangelio; ya os lo dije.

Los restantes se callaron, comprendiendo la gravedad de las frases que acababan de oir, pero á excepción de Urrutia todos asintieron.

Sólo Urrutia se puso en pie diciendo:

— Señores, me retiro de entre vosotros; yo no puedo hacerme solidario de lo que acabo de oir. En ese relato entiendo que hay algo calumnioso, algo que puede producir un conflicto.

Y salió de pronto sin esperar contestación.

Quedaron mirándose unos á otros, pero ninguno habló: la mayor parte empezaba á creer en el conflicto que acababa de anunciar Urrutia.

Poco después se fueron retirando á sus dormitorios, cabizbajos y pesarosos, inclusos el capitán Solís y el teniente Lucas, que venían siendo por envidia y otra causa de que hablaremos después, los protagouistas de la críticas y murmuraciones.

Indignado Urrutia, y no pudiendo por más tiempo tener cerrados sus labios al compañerismo, se dirigió á la habitación de Zalla, lo halló estudiando, y después de cerrar bien la puerta, le dijo:

—Ricardo, deseo hablar contigo de cosas tan importantes como graves.

—Dí lo que quieras, Urrutia,—le contestó el maestre dejando el libro y volviéndose.—Siéntate á mi lado,—añadió;—acerca ese sillón.

Obedecido por el capitán, exclamó éste:

—En la escolta del duque hay quienes murmuran sin razón ni fundamento.

—¿Como las mujerzuelas de la plaza?

—Peor todavía.

—¿Qué dicen, Urrutia?

— Que asciendes muy deprisa.

—Eso es verdad, amigo mío.

—Que lo debes á la protección del general en jefe.

—Puede que tengan razón.

—No la tienen; vales más que todos ellos.

—Eso es cuestión de apreciaciones.

—Tu valor, tu destreza y tu talento no pueden discutirse.

—¿Por qué?

—Porque son ciertos, incuestionables.

—Te parece á tí eso.

—Y á todo el que te juzgue sin pasión.

—Pero la maledicencia juzga y dice lo que le parece.

—A la maledicencia se le cierra la boca con la punta de la espada.

—Urrutia, son individuos de la escolta del duque del Imperio, y si no por ellos, por el generalísimo debe tenérseles consideración.

—Ellos no te tienen ninguna.

—No hace falta.

—¡Me admira esa indiferencia!

—¿Qué, quieres que le dé un disgusto al duque?

—Por fuerza tendrás que dárselo.

—¿Hay más que eso?

—Sí.

—Pues habla, por Jesús Nazareno.

—El teniente Lucas dice á duo con el capitán Solís que el paje Luis fué favorito de don Flaviano.

—No miente.

—Y que ese paje es ahora la duquesa de Tabasco,

favorita del mismo. Y que el general Mendoza cargará...

—Basta, basta, maldito. Si te proponías que corriera la sangre, lo vas á conseguir.

—Yo lo siento, pero he debido protestar, retirarme de entre ellos y contar al amigo lo que refieren esas víboras para que cierre sus bocas. Cuentas con mi espada.

—Gracias, no la necesito, lo que hacen falta son más noticias. Tú no has mentido nunca, y es inútil te encargue que no faltes á la verdad ni exageres.

—Completamente inútil; el asunto es demasiado grave para aumentar su enorme bulto.

—¿Quiénes son los autores de esa calumnia?

—En primer término, Lucas; en segundo, Solís; este es además el que peor habla de tí.

—Ese último no me importa, lo desprecio. ¿Qué dijeron los otros al escuchar lo del paje?

—Hubo entre ellos un corto murmullo que no pude comprender

—¿Qué te figuras tú que quería decir ese murmullo?

—En unos parecía admiración, en otros aquiescencia.

—Ninguno habló para defender á una dama calumniada.

—Sólo yo.

—Te doy las gracias en nombre de la pura y virtuosa señora duquesa de Tabasco, de don Flaviano, que es el caballero más cumplido que existe, y en el mío.

—¿Cuentas conmigo?

—No es necesario. Dime, ¿cuándo os volveis á reunir todos?

Mañana por la tarde debemos ir á visitar la casa Amarilla.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—Vas con ellos para que no te culpen de nada y contemplas impasible lo que ocurra.

—¿Podreis?

—Es probable que sí.

—Van á sospechar de mí.

—No importa: si ellos no tuvieran reparo alguno en censurar mis ascensos y otras muchas cosas delante de tí, sabiendo que eres amigo mío, ní en calumniar á un héroe que tanto hizo por su pátria, por su rey y por cuantos le obedecen, si ellos quisieron injuriar á la dama más pura y casta que conocemos, son unos miserables con los que ni tú ni yo podemos tener consideración alguna. Lo que me extraña es que Ontoria no aparezca el más calumniador, el peor de todos.

—Lo es sin duda alguna. En público se retrae, calla y ve impasible los efectos de sus ideas, pero privadamente y al oido habla con los que halla propicios, y es peor que todos. Odia al héroe y á tí te aborrece.

—Caras le van á costar ambas cosas.

—¿Debo hacer algo esta noche?

—Ni esta noche ni mañana; les acompañas donde vayan, como si nada hubiera ocurrido, mostrándote indi-

ferente ante lo que veas en el camino de San Juan á la casa Amarilla.

Poco después Urrutia entraba en su dormitorio, y Zalla en el salón principal del palacio, en el que halló al duque, al príncipe Julio, á Flaviano y á las cuatro damas conversando sobre el aspecto que presentaba el campamento con unos 30.000 indios ilustrados ya y más satisfechos que lo habían estado jamás.

Zalla se sentó cerca de Líbana y cruzó con ella unas cuantas frases.

La india aprovechó la primera oportunidad que tuvo para hablar al oido con la duquesa de Tabasco y con Alice.

Ninguno de los restantes notó nada de estos recados, sólo Flaviano se fijó con interés en Zalla queriendo profundizar con su mirada el pensamiento de su ayudaute de órdenes.

Poco después y por un movimiento natural quedaron formando grupo las tres jóvenes y Ricardo; hablaron bajo quince minutos sin infundir sospechas en ninguno. Sólo Flaviano los miraba con interés, pero no podía oir nada de lo que hablaban.

A las once se retiraron todos á descansar.

Ontoria y dos ó tres de sus compañeros temían, Flaviano sospechaba y Ricardo buscó el descanso de la noche satisfecho é indiferente.

Nada ocurrió en la mañana del día siguiente. Llegó á la hora de comer, se sentaron á la mesa cambiando Zalla varias miradas de inteligencia con las tres jóvenes, que no pasaron desapercibidas para Osorio.

Al concluír pidieron permiso á los duques para pasear á caballo acompañados de Ricardo y tres lacayos. Les fué concedido y no volvieron á hablar más de eso.

Mendoza quiso ir también pero le dijo Luisa:

—No, déjanos solos esta tarde y no insistas.

El gigante se resignó.

A las cuatro en punto salieron del palacio todos los individuos, jefes y oficiales que componían la escolta del duque del Imperio á pie.

Diez minutos más tarde partían á caballo las tres jovenes seguidás de Zalla y su criado; á respetuosa distancia iban los tres lacayos con la librea de Osorio.

Todos los de á pie y á caballo tomaron el camino que conducía á la casa Amarilla.

Salieron los montados al paso castellano é iban los de la escolta del duque á quinientos metres de ellos.

Así continuaron hasta la mitad del camino. Se hallaban unos y otros en medio del bosque y á doscientas varas del río Tabasco.

En ese mismo instante gritó Luisa:

—A escape,—y los ocho potros salieron como flechas.

Al oir los que iban delante el estrépito de aquella carrera se detuvieron formando dos filas en las cunetas del camino para dejar el paso franco á las damas que venían galopando.

Al confrontarse unas y otros se detuvieron las primeras quedando sus caballos como enclavados en medio de las dos filas que formaban los de la escolta del duque.

En el mismo momenta exclamó Luisa:

—Es costumbre entre caballeros defender á las damas con su voz y hasta con su espada del daño con que los menguados osan ofenderlas. ¿Qué habeis hecho vosotros, miserables! Calumniarme unos y tolerarlo los restantes. Malvados, canallas, tomad.

—Tomad, infames,—Añadieron Líbana y Alice crusándoles el rostro con sus látigos, con toda la fuerza que les era posible.

La parada de las jóvenes, sus frases y sus veinte latigazos fueron rápidos instantáneos, no dió á los díez de los once que eran, tiempo para otra cosa que para sufrir los golpes y dolor.

Seguidos de sus lacayos corrieron cincuenta pasos y se volvieron para ver lo que acontecía después.

Quedó én el puesto de ellas Ricardo, mirándolas con la sonrisa en los labios.

Los cruzados con los látigos. asombrados en el primer instante, se revolviéron después como fieras, exclamando:

—Un hombre, ¿dónde hay un hombre que defienda á esas mujeres?

—Busquémosle.

—No molestaros,—les dijo Zalla echando pié á tierra, dando las bridas de su caballo al criado y haciéndole seña para que se fuese con las damas. Y añadió: —Llamais mujeres á las nobles, castas y virtuosas duquesa de Tabasco, á la hermana del cacique Keisko y á la hija de un maestre, futura esposa del héroe español, y pedís un hombre contra once.

—Uno para cada uno de nosotros,—le contestó Ontoria.

—Sería esa demasiada honra para los que no la merecen. Juro á Dios que os ha de bastar conmigo. ¿Pedíais un hombre? pues aquí lo teneis.

—¡En guardia!

—¡En guardia!

—Muy bien, pero vamos por partes. ¿Me desafiais?

—Sí.

—Sí.

—A muerte.

—Perfectamente. Obligado por vosotros acepto, y os ofrezco morir ó mataros uno á uno; pero no me negareis el derecho de elegir combatiente.

—Sea, pero pronto.

—Ahora mismo. Avanzad, capitán Alís.

Cruzaron las espadas. Y un segundo después cayó al suelo el capitán.

—¿Qué es eso?—preguntaron en coro.

—Nada, que le tocó la punta de mi espada en el corazón. Otro, vos, teniente Lucas. Teníais prisa y vamos á concluir en cinco minutos.

El teniente y el maestre cruzaron las espadas; segundos después volvía á exclamar Ricardo:

—Otro. Vos, Ontoria.

—¡No puede ser! Deben estar vivos esos dos.

—Por Cristo, que solo en el otro mundo os volverán á contemplar. Sólo dí un gslpe á cada uno, golpe suave, casi imperceptible, pero fué entre la cuarta y quinta costilla, que es el camino más corto para llegar

al corazón; y llegué, ya lo veis. Si estais convencidos, en guardia, maestre Ontoria. Muy descolorido os poneis y es mal síntoma. Encomendaos á Dios, recordad que Alís tiraba mejor...

—Alto,—gritó Urrutia.—Llega el general en jefe.

Todos quedaron mirando al suelo ó sea con la vista baja, menos Zalla y Urrutia que los contemplaban con desprecio.

El segundo no se había equivocado, Flaviano llegaba en aquel instante corriendo como un meteoro, ni aun su criado había podido seguirle.

Detuvo su potro en medio de los combatientes y antes de hablar nada, los fué mirando uno por uno.

Luego exclamó:

—Los individuos que formaban la escolta de mi padre, mi ayudante de órdenes maestre Zalla, dos cadáveres, heridos en el corazón. A esos los has muerto tú, Rircardo, ninguno de los presentes sabe herir de esa manera.

—Yo he sido, señor; sólo vuestro discípulo sabe matar de ese modo y empleando en cada estocada un segundo. Pero habeis llegado, mi general en jefe, con tan funesta oportunidad que no he podido consumar mi obra. Tres minutos más tarde y todo habría concluido.

—Quiero saber lo ocurrido aquí. Desde la torre de mi palacio os ví dirigiros á este bosque, juzqué mal, pero todo lo ignoro. Capitán Urrutia, con la mayor exactitud referidme las causas y cuanto se relacione con ellos. Si en algo falta á la verdad que lo desmienta el que pueda.

El capitán le obedeció detallando los hechos, repitiendo las frases y acabando por el desafío que todos juntos hicieron á Zalla.

Al concluir Urrutia dijo al héroe.

—Cuando ninguno lo desmiente, todo es cierto, y en ese caso bien cruzados están vuestros rostros por el látigo de las damas y bien muertos esos dos desgraciados. Al aceptar ese desafío, Ricardo, cumpliste con el deber de caballero español, la mengua no estaba en aceptarlo, sino en dirigirlo diez contra uno; diez que hubieran muerto como esos dos, si yo no llego á tiempo de impedirlo. Muy bien, Zalla, demostraste que aun quedan en la noble tierra española cumplidos caballeros, como esos otros no han probado que también hay villanos que cruzan sus pechos con bandas que deshonran y envilecen. Maestre Zalla, desarmad á esos ocho, que entierren sus espadas con esos dos cádaveres y los llevais presos al castillo de San Juan. Para conducir, á esa clase de hombres bastais tu criado y tú. Vos, capitán Urrutia, mandais dar sepultura á los muertos. Despachad.

Los ocho se dejaron desarmar por Ricardo, y de dos en dos se dirigieron á San Juan. A caballo el maestre y su criado, el último iba delante y el otro detrás.

Luego partió Urrutia en cumplimiento del encargo que le dió el general en jefe.

Quedaron solos Flaviano y su criado, el cual llegó poco después que su amo. El último tendió una mirada por el bosque, y picó á su potro en dirección de la casa Amarilla.

Luisa, Alice y Líbana al ver llegar entre los combatientes á Osorio, volvieron grupa y desaparecieron del lugar del combate.

Entregado á profundas meditaciones iba el héroe cuando vinieron á distraerle varias carcajadas.

Miró en torno distinguiendo cerca de allí á las tres jóvenes que reían á carcajadas. y se disponían á comer tres hermosas piñas, sentadas en un cenador de los jardines de la casa Amarilla.

Flaviano echó pié á tierra y se incorporó con ellos preguntándoles:

—¿De qué os reíais?

—De la facilidad,—le contestó Líbana,—con que Zalla despachó dos de los diez. ¡Lástima fué que llegaras tan pronto, hermano!

—¿Pensais vosotras lo mismo?

—Sí.

—Sí.

—Veo en este momento la hermosura de los ángeles, no la nobleza de alma y caridad de esos seres celestiales.

—Tú matas aun mejor que tu discípulo, y según dice Luisa, cuando hay necesidad los despachas á docenas.

—Pero lo hago con sentimiento, y á nadie se le ocurrió llamarme ángel.

—Pues lo eres.

—¿Yo? ¡Qué disparate!

—Tú,—exclamaron las tres; Luisa añadió: —no existe hombre más generoso que vos, ni más caritativo. Señor, si en la tierra hay algún ángel, sois vos.

—No obstante lo cual me abruman y laceran el alma los muchos millares de hombres que morirán pronto á la sola frase mía de: ¡Fuego! ¡Ah, que porvenir tan horrible Luisa!

—Entiendo, señor, que ni vos los habeis sentenciado á morir ni os es dado hacer otra cosa que evitar el que mueran unos para que caigan otros.

—¡Es verdad!

—Vuestra frente se plega; terrible idea acaba de llegar á vuestro cerebro. Desechadla, señor, no sereis vos el culpable, sino el destino. Sentaos en medio de nosotras; las tres os amamos, Líbana como hermana, Alice, como la futura esposa más afortunada de la tierra, y yo, como se ama lo grande, lo sabio, lo más elevado un punto menos que á Dios. Desechad esas ídeas, yo os lo ruego.

—Me siento y añado: pobre hermano Rogelio, si te oye.

—Le he dicho más que eso todavía, y está tan conforme, que me ha contestado: «Luisa, ámalo mucho, qne aun te has de quedar á mucha distancia de lo que yo le amo».

—Pardiez, que nos oyó y aquí viene á mata caballo.

—No veo á nadie.

—Lo impide el bosque, aplica el oido y escucharás uua carrera que solo él puede sostener con sus fuerzas y pulmones excepcionales.

—Cierto, yo la oigo. Buena le espera.

—¿Por qué?

—Porque me ha desobedecido.

—Oyelo primero, Luisa.

Instantes después vieron al gigante, que al distinguirlos, se tiró del caballo y corrió hacia ellos.

—¿A qué vienes?—le preguntó la duquesa.—¿Por qué me has desobedecido?

—Lo primero está bien preguntado, hija mía, lo segundo no. ¿No me has encargado que jamás desobedezca á ninguno de los tres jefes, empezando por Flaviano? Pues vengo por orden del duque á enterarme de lo que ocurre aquí.

—¿Qué le han dicho á mí padre?—le pregunto Flaviano.

—Que en ese camino se mataban los individuos de su escolta.

—¿Quién le dijo eso?

—Llevó la noticia un pescador. No se más.

—¿Qué has visto en el camino?

—Dos muertos.

—¿Nada más?

No, hermano. Jardinero, trae una piña para el general en jefe y dos para mí.

—Bien señor.

—Trae otra más para el maestre Zalla,—añadió Luisa.

—¿Dónde está?

—Vedlo, trae una carrera como la tuya.

—El es.

—Hortelano, y otra para el príncipe Julio.

—Por lo que pueda ocurrir, añade otra para mi padre.

—¿También llega?

—Y otra para la duquesa de los Andes.

—¿Pero oyes las pisadas de sus caballos, Flaviano?

—Y distingo quienes son los ginetes que llegarán.

—¡Qué oido tan privilegiado, hermano.

—No es malo.

—Como su comprensión

—Como todos sus sentidos y las potencias de su alma.

—Si continúas, regreso á San Juan.

—Ya hemos acabado, quédate.

Fueron llegando Julio y los duques del Imperio. Todos estaban ya sentados y con una piña delante cada uno.

Más impaciente que todos la duquesa de los Andes preguntó á Flaviano:

—¿Quieres decirme lo que ha ocurrido, hijo? porque yo no he venido aquí á comer piñas.

—Sí, madre mía, oidlo.

Flaviano fué refiriendo con todos sus detalles lo acontecido la noche antes y aquella tarde.

Luego, añadió Luisa la conspiración de ellas y Ricardo describiendo gráficamente las dos estocadas del maestre.

Todos elogiaron al matador, ponderaron su valor, arte y caballerosidad y Mendoza le dió dos abrazos diciéndole.

—Eres un héroe en silueta, es decir, la silueta de mi hermano Flaviano. Ricardo, acabó el vos entre ambos, tú por tú y amigos hasta la muerte. La defensa

que has hecho á estas damas te hace digno de todo mi cariño que vivirá tanto como yo.

—Te devolveré el mismo, no por lo que hice con estas damas, que solo fué el cumplimiento de un deber, sino por lo que tú vales y mereces.

—Si tardas un poco más, Flaviano, mata á los diez.

—Todo eso está muy bueno,—dijo el duque del Imperio,—pero esto no puede quedar así.

—No metiéndote con Zalla,—le dijo la duquesa de los Andes,—haz lo que quieras.

—Eso es,—contestaron las tres.—Aun cuando los mandeis tirar al río Tabasco.

—Con un jefe tan caballero como el duque del Imperio, ¿de quién han aprendido á tratar á las damas esos canallas padre mío?—le preguntó Líbana.

—Hija mia,—le contestó la duquesa.—No aprendieron esas cosas del duque, que fué siempre muy caballero pero tiene el duque la culpa de que pecasen como lo han hecho.

—¡Yo...!

—Sí, tú. Me explicaré. Ninguno de los que componen tu escolta conocen á Flaviano; su virtud, su castidad, que tanto admiramos todos, no tiene prisma para los hombres libertinos como son esos, y en su torpe ignorancia han equivocado al hijo con el padre. Como éste cuando era joven obraba respecto del bello sexo de distinto modo que su hijo...

—Eso les defiende, duquesa.

—No, padre mio,—replicó Julio.—Un caballero español ni calumnia, ni injuria á una dama, la defiende

y hasta hace lo que Zalla esta tarde. Luisa es un ser privilegiado que merece eso y más, pero estoy seguro que Ricardo hubiera hecho otro tanto con una dama que no lo mereciese. ¿Y la negativa del heroismo de mi hermano, y las injusticias que le suponen? La muerte merecían esas víboras.

—La muerte,—eso es,—contestaron las tres jóvenes.

—Las tres los habeis infamado, marcándoles el rostro con vuestros látigos; Zalla ha muerto á dos, ¿aun os parece poco? Pues yo creo que es demasiado.

—No, no, señor duque, debeis sentenciarlos, por lo menos, á la vergüenza pública.

—¿Y qué es eso? ¿Alice?

—Que se entere todo San Juan de lo que han dicho y echarlos luego á que paseen por calles y plazas. Esta sería además una reparación que merece el buen nombre y virtud de Luisa.

—Sí, eso es.

—¡Los apedrean!

—Les escupen en la cara.

—¡Con la influencia que el expaje tiene entre las masas!

—Padre mío,—dijo Julio,—encargad á Flaviano que arregle ese negocio, de lo contrario vais á librar mal; estoy seguro que hasta se os subleva el santo. De bastante nos sirve á mi hermano, á su expaje y á mí la virtud, si se tolera á esos malvados que le claven el diente.

—Está bien, ya que has empezado mandándoles

prender, termina ese desgraciado asunto, Flaviano.

Media hora continuaron hablando, montaron luego á caballo dirigiéndose á San Bautista.

Los hechos que acabamos de narrar debían ser necesariamente precursores de otros mucho más graves, según iremos viendo en el curso de nuestra historia.

Si la montaña puede empezar á formarse con un grano de arena, de este monte formado por tan extraordinarios sucesos, deben ir saliendo cordilleras tan altas como el Himalaya.

CAPITULO LVIII

El general y el maestre.—Una conspiración lenta, pero que ha de estallar en su día.—Es indudable que Osorio adivina.—Todos son preparativos.

Al ver entrar presos á ocho individuos de la escolta del duque del Imperio y luego dos cadáveres en una camilla, supusieron los habitantes de San Juan Bautista que aquello obedecía á un duelo tan común en la época que pasa nuestra historia que solo dió motivo á unas cuantas hablillas olvidadas poco después.

Llegada la noche, cenaron nuestros amigos, retirándose á su despacho al concluir el general Flaviano.

Poco después de haber empezado á trabajar, se velvió á abrir la puerta, preguntando Zalla:

—Señor, ¿puedo molestaros unos cuantos minutos?

—Entra, cierra la puerta, y dí lo que quieras, tú no me molestas jamás.

—Gracias, mi general.

—¿Qué deseas?

—Una lección.

—¿De qué?

—Sobre lo que hice anoche y esta tarde, ¿en qué he faltado?

—En nada; sólo has realizado lo que yo te permití.

—¿Vos sabíais?...

—Leí en tu rostro algo, fijé mi atención en lo que hablabas con las tres damas, oí algunas frases, deduje lo demás, y comprendiendo que sólo dos merecían la muerte, dejé que los matases. Mucho hubiera yo ganado con dejarte matar á los restantes, pero hubiera sido una injusticia y lo impedí, como viste.

—Permitidme, señor, os diga que eso en mi diccionario no es deducir, es adivinar. También yo hubiera muerto á los ocho que seguían, con repugnancia; y en verdad, que vuestra oportunísima llegada colmó mi deseo, pues ya no tenía otro remedio que matar ó dejar que me matasen.

—Es verdad. Cumplí con un deber de justicia evitándoles la muerte, pero nos van á dar mucho que hacer.

—Mandadlos á España.

—Ricardo, todos ellos son hijos de hombres que pelearon á las órdenes de mi padre, y temo disgustar á éste.

—Demostradle, señor, que sólo sirven para batirse á su lado. Ni tienen el verdadero valor ni poseen otro arte que el de tirar estocadas.

—Lo sabe él como nosotros, y si alguna duda le

quedase, su conducta de anoche se lo ha demostrado. Los verdaderos valientes y entendidos defienden á las damas, jamás las acusan.

—Cierto, mi general. ¿Y qué hacer con ellos?

—Por el pronto los dejaremos que conspiren en su prisión, después adivinaremos sus intenciones, y con sujeción á estas obraremos.

—Muy bien, creo que eso es más conveniente. Y no debiendo molestaros más os pido permiso para retirarme.

—Hasta mañana, Ricardo.

—Dios, nuestro Señor, defienda vuestra preciosa vida.

Pasemos ahora al castillo de Tabasco y sepamos qué era de los presos.

El maestre Zalla se los entregó al gobernador del castillo diciéndole:

—Haceos cargo de esos ocho presos: quedan aquí á la disposición del general en jefe.

—¿Qué consideraciones tengo con ellos?—le preguntó el gobernador.

—Las que merecen presos de quienes necesitamos saber lo que hablan entre sí.

—Perfectamente, todo lo sabreis.

Y se retiró Zalla.

Los ocho fueron trasladados á una habitación grande con cuatro dormitorios contiguos, en los que había las camas suficientes para todos.

Mandaron llamar á sus criados y comenzaron á ser servidos por éstos.

A las nueve cenaron, y después de las diez despidieron á los sirvientes, quedando los ocho solos, las puertas cerradas y en disposición de hablar sin testigos.

Ontoria fué el primero que hizo uso de la palabra diciendo á sus compañeros.

—Señores, ya es tiempo de que despleguemos nuestros labios y tratemos de los acontecimientos que hoy han tenido lugar. Tenemos marcados nuestros rostros, quisimos vengarnos y sólo conseguimos ver morir á dos de nuestros compañeros. Para colmo de desgracias, terminaron los accidentes del día encerrándonos en esta prisión. Yo nada propongo, vosotros direis lo que debemos hacer.

Uno de sus compañeros le contestó:

—Todos estamos marcados en el rostro sin duda alguna; una de ellas, el expaje levantó un verdugón por cada latigazo que nos dió, y tuvo dos, por lo menos, para cada uno de nosotros.

—Es verdad.

—Nos dió con una fuerza y coraje extraordinarios.

—Las otras dos daban de distinta manera.

—Sólo pretendían humillarnos.

—El expaje quiso la humillación y el castigo.

—¡Buenos nos puso!

—Yo,—añadió el primero,—no me voy al otro mundo con estas marcas, con tan horrible castigo ni con la vergüenza y humillación que me han hecho sufrir.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni ninguno de los ocho. ¿Qué se diría de los hombres que no ha mucho pasaban por los más valientes del mundo?

—Que habíamos descendido á esclavos sin pudor ni decencia.

—Que éramos párias.

—Nos vengaremos.

—¿Pero de qué manera, cómo, cuándo?

—¿De qué manera? Matando á los tres futuros esposos. ¿Cómo? Atravesando sus cuerpos. ¿Cuándo? En la primera ocasión que el destino nos presente.

—Los maridos son: el general en jefe, el marqués de Abella y Ricardo Zalla. ¿Quién puede con esos tres hombres?

—Ocho unidos y con decisión completa.

—Tened en cuenta cómo mata Zalla y sólo es discípulo de Flaviano; en cuanto á Mendoza no necesita ni de su espada, le basta con sus puños.

—Si no se puede de un modo, se atraviesa su corazón de otro.

—¡De otro! ¿Qué otro modo es ese? Hablemos con franqueza ó condenemos al olvido esta cuestión.

—Con franqueza, eso es,—exclamó la mayoría.

—Yo creo, señores, que este difícil y gravísimo asunto debiera tener un solo director y puesto que tenemos un jefe caracterizado, el maestre Ontoria debe ser el que todo lo disponga y encamine.

—Que lo sea.

—Que lo sea.

Ontoria meditó sobre la proposición, contestando:

—Puesto que me lo imponeis, lo haré, pero con una condición.

—¿Cual?

—Que habeis de jurar los siete solemnemente obedecer mis órdenes colectiva ó individualmente, según convenga, sin réplica alguna.

—¿Nos vengaremos?

—De eso únicamente se trata.

—Lo juramos.

—¿Los siete?

—Sí, los siete.

—Falta un cabo y de él me voy á ocupar ahora. No sospechais como yo que nos ha denunciado Urrutia. Ni marcaron su rostro ni lo han preso.

¡Qué hacemos con ese mal compañero?

—Matarlo también.

—Con eso me basta; morirá como los otros.

—Eso deseamos.

—Pues eso será.

—Lo restante que hablaron no tuvo importancia, y á las once se retiraron á sus respectivos dormitorios.

Un ventanillo disimulado y pequeño que había en la estancia se cerró á la vez. Alguien oyó desde él por orden de Zalla cuanto acababan de hablar los ocho.

Ontoria había aceptado la dirección de aquella terrible conjura por dos causas distintas, una por vengarse como todos sus compañeros; y la otra por matar á su rival y unirse ó robar á Líbana de la que estaba perdidamente enamorado. Nada hizo hasta entonces

porque temía á Zalla, porque era incapaz de medir sus armas con las de el bravo maestre que contaba con una espada muy superior á la suya. En su pecho ardía de tiempo atrás un volcán de celos, ódio y venganza que al estallar debía producir terribles estragos.

De todo lo que les había sucedido tenía él la principal culpa; de una manera disimulada é hipócrita había ido preparando á sus compañeros, excitando en ellos unas veces la envidia, otras las rivalidades, y siempre atento á la idea que le dominaba no excusó frase ni medio de persuasión hasta que logró convertir en dóciles instrumentos suyos á los siete que acababan de jurarle completa sumisión. Eran ya ocho los dispuestos á perder su vida por secundar el oculto pensamiento de Ontoria.

Este hombre funesto, á impulsos de la envidia, la rivalidad y los celos se trocó en un malvado hipócrita y hasta en cobarde ante su valiente, noble y afortunado rival. Un malvado tanto más temible cuanto que nadie conocía sus verdaderas intenciones ocultas cuidadosamente entre los pliegues de la más refinada hipocresía.

Defendidos y amparados por el duque del Imperio los ocho hombres que nos ocupan, se batían bien en los combates en que jugaban grandes colectividades. La espada del duque era siempre su egida, y en pos de tan experimentado caudillo nada debían temer, por cuya razón llegaron hasta la temeridad; pero lejos del invencible y hábil caudillo valían bien poco, y en verdad que no servían para pelear aisladamente, cuerpo á

cuerpo y con sola la salvaguardia de sus propios recursos morales y materiales. Creemos capaz á Zalla de batirse contra los ocho y dar fin de todos sin que le toquen á la tela de su ropilla.

Su falta de talento, de prudencia y de verdadero valor les fué llevando lentamente á una situación desesperada. Habían sucumbido y no les quedaba otro remedio que sufrir el resto de su vida la humillación y el más grande desprestigio, ó echarse en brazos del crimen y matar ó morir como fieras sedientas de venganza y exterminio.

¿Penetrará el genio del héroe hasta en el oculto pensamiento de estos hipócritas? Esto no lo podemos saber por ahora ni durante su permenencia en Méjico; los excesos á que han de dar lugar los juramentos que antes oimos, empezarán á desarrollarse en la isla de Líbana y sólo allí podremos saberlo.

CAPITULO LIX

El resto de la noche.—Un mediador que no se esperaba.—Aturdimiento de los malvados.—Zalla demuestra por centésima vez que es un digno discipulo del héroe.

A los ocho presos les dolían las fuertes contusiones que sufrieron en el rostro, y durmieron poco y mal con la sola excepción de Ontoria que no llegó á cerrar los ojos. Más que los dolores que sufría, le agitaron y perturbaban su espíritu los pensamientos é ideas que en revuelto turbión se agolpaban á su mente.

Concebía una idea criminal y la desechaba por irrealizable. Examinaba otra y le sucedía lo mismo. Inventaba castigos, discurría sorpresas, venganzas y traiciones, y de este modo ocupó el resto de la noche, viniendo á demostrarle el cansancio y la luz del nuevo día que todo lo que había discurrido se hallaba en la categoría de delirio.

Era un mísero preso cuya existencia dependía de

la voluntad de Flaviano de Osorio, omnipotente en Méjico y en todos los Estados de España.

Se levantó á la misma hora que sus compañeros, poco después les sirvieron un ligero desayuno que unos tomaron y otros no, y quedaron los ocho sentados en torno de una mesa que había en medio de la habitación.

Así continuaron hasta las nueve de la mañana que se abrió la puerta y vieron ertrar, cerrándola bien, el maestre Almeida y el teniente Mariano Ros.

Los ocho se pusieron de pie, devolviendo á ambos el saludo que les hicieron.

En aquellos primeros instantes creyeron que iban á empezar el sumario que precede al consejo de guerra como indagatoria, y temblaron.

Bien pronto se convencieron de su error. Almeida hizo uso de la palabra diciéndoles:

—Señores, mi compañero y querido amigo el valiente y caballero don Ricardo Zalla, acaba de participarme que ayer tarde lo desafiaron diez oficiales españoles; empezó á batirse con ellos, murieron dos y quedan vivos ocho por haber cortado el duelo la inesperada presencia del general en jefe. Los ocho restantes sois vosotros, y cree mi digno representado que el duelo que provocásteis está en pie, y yo os participo en su nombre que desafiado por vosotros y aceptado por él el combate, se halla á vuestra disposición. Hoy puede quedar terminado ese sagrado compromiso. ¿Qué contestais?

—Que estamos presos,—le dijo Ontoria.

—Eso no importa—contestó Almeida;—os batireis con Zalla dentro de este mismo fuerte, sin que el duelo afecte á vuestra prisión en nada ni para nada.

—Mientras estemos presos no podemos batirnos.

—Decid que no quereis, y es más propio. Pero se ha previsto el caso y os participo que el general en jefe os pondrá en libertad si desde la prisión vais al campo y os batís.

—¿Quiénes nos acompañarán?

—Nadie, ó la persona que vosotros designeis. Por vosotros vendremos Zalla y yo solos.

—¿Y después?

—¡Vaya una pregunta! A los que mueren se les dará sepultura, y los restantes se irán á su casa libres de todo compromiso anterior.

Esta contestación descompuso á Ontoria; nada hallaba que contestar.

Meditó unos cuantos minutos, y dijo con timidez:

—No queremos batirnos con Zalla.

—¿Lo tenéis á menos?

Ni á menos ni á más.

—¿Con quién quereis batiros?

—Hoy por hoy con nadie.

—¿Pues no pedíais ayer un hombre en quien lavar la afrenta? ¿No seguís con los rostros marcados y con la vergüenza que siente todo el que se ve castigado y sin honra?

—Compañero, esa es cuenta nuestra.

—Ni yo soy compañero de un hombre sin honra, ni sois ya maestre de campo ni digno de que se os tenga

consideración alguna. Teniente Ros, escribid cuanto habeis presenciado para que figure en el proceso que hoy empezará á instruirse.

Así lo hizo Ros sin que ninguno se atreviera á desplegar los labios.

Unas veces dictaba Almeida y otras redactaba Ros, ciñéndose ambos á la verdad.

Cuando estuvo el escrito concluído, lo leyó fuerte el teniente, y firmado por ambos se lo guardó el maestre.

—Los presos, descoloridos y temerosos continuaban guardando silencio.

—Ros,—exclamó Almeida,—que entre el gobernador de la fortaleza.

No estaba lejos de allí y se presentó diciendo:

—A vuestra disposición, señor maestre.

—Manda el rey nuestro señor, exclamó Almeida con tono solemne,—y en su nombre el excelentísimo señor general en jefe don Flaviano de Osorio, que estos ocho presos dejen de pertenecer al ejército español, que los juzgue un consejo de guerra, y que aguarden su fallo incomunicados, y sin esas bandas ni insignía alguna que indique lo que fueron y dejaron de ser para siempre. Gobernador, con vuestra cabeza respondeis del exacto cumplimiento de esta orden.

—Muy bien, señor maestre.

Ros y Almeida salieron, el otro les pidió las bandas, y luego entre varios llaveros los fué encerrando á cada uno en distinta prisión.

Ahora empezaban á comprender los ocho la magní-

tud del disparate que habian hecho poniéndose frente á un hombre que estaba siendo la admiración del mundo y que tenía todo el poder de Felipe III, y calumniando ó tolerando que calumniasen á un paje que había prestado á España, sin esperar recompensa alguna, los mayores servicios.

El duque del Imperio los había elevado por bondad, no por méritos propios, á un puesto que no merecían, y se cayeron de él al más leve soplo del héroe.

Su única esperanza ahora era el duque, pero éste amaba á su hijo Flaviano más que al resto de la humanidad, y era difícil que se opusiera á nada de lo que aquel mandase. Ni aun tenía potestad bastante para sobreponerse á él, toda vez que el rey lo acababa de revestir de poderes discrecionales muy superiores á los del duque y hasta á los de su primo Julio.

Ontoria había inclinado ya su cabeza en la soledad de su encierro, y ya no pensaba en venganzas ilusorias ni en otra cosa que en estudiar un medio que le librara de morir.

Llegó á su mente la idea de que en la prisión del día anterior estuviesen espiados, y oyeran la conversación que tuvieron los ocho, en cuyo caso estaban perdidos. No de otro modo se explicaba la exoneración y aislamiento á que los habían condenado.

—Dirá el duque,—murmuraba,—con razón, que no me parezco á mi padre, y haciendo justicia al autor de mis días, recordará con gusto su memoria, condenando al hijo al olvido, y lo que es peor, á la severidad de

jueces inexorables. ¡Esa maldita india! ¡Es tan hermosa y tan rica!

Y se cubría el rostro con las manos, rechinaba sus dientes y hasta hubo un momento en que rodaron por sus mejillas dos ardientes lágrimas.

En veinticuatro horas les formaron consejo de guerra y les probaron tan admirablemente sus calumnias al héroe y á su paje, los ultrajes que les hicieron, su cobardía con Zalla y sus juramentos de rebelarse y asesinar al general en jefe, al general Mendoza y al maestre Zalla, que los ocho fueron sentenciados á muerte y puestos en capilla. Había presidido el consejo el príncipe Julio, y le acompañaban los maestres Fajardo, Almeida y el de zapadores. No cabía más amor á la justicia que la que siempre demostraron los cuatro; ni aun los mismos sentenciados podían dudar de la rectitud de aquel imponente tribunal.

A la hora de estar en capilla se abrió la puerta de aquella y entraron la duquesa de los Andes y la de Tabasco.

Los ocho reos tenían húmedos los ojos.

—No suspireis, —les dijo la de los Andes. —La duquesa de Tabasco es la dama más pura y casta que existe, por eso es tan generosa, y mi hijo Flaviano el ser que más vale en el mundo como talento, sabiduría, heroismo, virtud, genio, y, á la vez, el más noble y generoso que vino á la tierra. Hace un cuarto de hora entramos en su despacho las dos para suplicarle vuestro indulto. A nuestras conmovedoras frases solo contestó: Tomad, madre mía, al entrar las dos iba á sa-

lir Ricardo con él. Esos son, el maestre insigne y su digno discípulo Zalla. No solo os perdona, os concede la libertad desde este mismo instante. Sólo habeis perdido vuestros grados, ganadlos de nuevo; es lo menos malo que podía aconteceros.

Los ocho besaron las manos de Tolopalca y Luisa. Nada les dijeron, las lágrimas y la emoción ahogaron sus frases.

Hasta al duque del Imperio le pareció excesiva la generosidad de su hijo al que le dijo al saberlo:

—Flaviano, has sido demasiado generoso con esos ocho malvados.

—¿Por qué, padre mío?

—Ya dentro del alcázar del crímen saldrán de él con dificultad. Debiste por lo menos inutilizarles.

—Yo no sé hacer eso; lo perdono todo ó nada.

—¿Y las consecuencias?

—No las temo.

—Porque tú nada temes.

—Y porque no tengo apego á la vida.

—¡Si te asesinasen...!

—¿Quién piensa en eso, padre mío?

—Yo que debo velar por tí.

—Si el padre Alberto no lo hace desde el cielo, de poco servirá vuestro interés.

—Es que lo hace,—dijo el santo entrando.—Había escuchado las últimas frases de Flaviano.

—Lo s ento, señor,—le contestó el héroe besando su mano.

—¿Por qué lo sientes? ¿Tan mal te va con nosotros?

—Todo lo contrario; me amais, os amo y hasta me adulais. Pero estaría mejor á su lado.

- ¿A su lado, qué felicidad, qué dicha?

—¡La suprema ventura! ¡Alberto...!

—Basta hijo mío,—exclamó el príncipe de Italia abrazándose á él,—vuelve en tí yo te lo mando.

Aquí estoy, señor.

—Eso es. Ya ponías los ojos en blanco y tu espíritu poderoso, sin igual en la tierra, se escapaba con él.

—Es que lo veía, creía que me llamaba y corría... Vos lo habeis ahuyentado, mal hijo.

El príncipe sonrió diciéndole:

—Me alegro que nos deje en paz en la tierra por ahora, ya nos uniremos á él más tarde.

—Sea.

—Julio, Flaviano,—dijo el duque,—no entiendo una sola frase de lo que estais diciendo: ¿Quereis explicarme eso que hablais?

—No puedo, hermano, estás demasiado unido á la tierra para que nos comprendas.

—Yo amé á mi padre Alberto tanto como tú, Julio.

—Lo sé é híciste por él cuanto puede hacer un hijo por su padre, por eso eres duque del Imperio, pero Flaviano y yo estamos á otra altura, mi padre te protege desde el cielo, al héroe y á mí nos une á él.

—Lo último no lo entiendo, hermano.

—Peor para tí. Flaviano, el indulto de esos ocho desgraciados está en su lugar, es digno de tí. Estaba seguro que lo concedías, por eso no vine á pedírtelo; vengo solo á aplaudir al héroe.

—Qué fastidio, señor, ni mis padres, siendo tan buenos y elevados me excusan las lisonjas.

—Así pensábamos mi padre y yo, Flaviano; comprendo tu desdén y hasta tu oposición; súfrelo con paciencia.

En este instante entraron las cuatro damas y Zalla, viéndose por esta causa obligados los cuatro á variar de conversación.

Al siguiente día, previa audiencia que les fué concedida en el acto de pedirla, se presentaron á Flaviano, Ontoria y sus siete compañeros; no obstante rehusarlo el héroe le besaron la mano: demostraron con breves frases su arrepentimiento, su gratitud, y le pidieron servir de soldados rasos á sus órdenes.

Flaviano fijó en ellos una penetrante é investigadora mirada y después de meditar un minuto les dijo:

—De mi padre vinísteis á mí, volved á mi padre y lo que él haga con vosotros, yo lo apruebo de antemano.

—Gracias, señor.

Cruzaron muy pocas frases más y salieron del despacho del héroe.

De este modo terminó, por lo pronto, un acontecimiento que costó dos vidas con exposición de otras muchas más.

Más tarde cuando la gratitud se amortigüe, lo cual sucede siempre entre espíritus ruines, y los celos y el deseo de venganza renazcan como el fenix de sus propias cenizas, volverá la sangrienta cuestión á su primer período y correrá mucha sangre. Lo veremos en la isla de Líbana.

Ninguno pudo comprender como Flaviano todo lo

que eran capaces de hacer aquellos ocho desventurados; la profunda é investigadora mirada que les dirigió, le abrió un libro en el que leyó el presente y porvenir de cuanto debían intentar aquellos corrompidos corazones; pero Flaviano se encogió de hombros, exclamando:

—Qué me importa.

Es decir; me sobra la vida, el que me la quite me hace un favor grande.

CAPÍTULO LX

Otro correo de gabinete.—Un diluvio de preguntas.—El héroe se convierte en arcano.—El santo trasportado.

Poco después de haber abandonado el despacho de Osorio, Ontoria y siete compañeros restantes, le pidieron permiso para verlo el gobernador de Cruz y un caballero disfrazado de negociante.

Ambos entraron, hizo Flaviano que el primero cerrase por dentro la cámara de escribir, y acercándose á ellos les dijo:

—Podeis hablar lo que tengais que decirme, nadie nos puede oir.

—Señor,—le contestó el gobernador Oaxacay,—esta mañana llegó al puerto de Cruz una galera genovesa mercante, cargada de cereales; de ella desembarcó este negociante, pidiéndome en nombre de S. M. el rey lo trajese reservadamente á vuestra presencia. Así lo

hice. Nada más me dijo ni sé otra cosa que lo expuesto.

Flaviano miró con atención al supuesto negociante diciéndole:

—Vos no sois lo que pareceis.

—No, señor,—le contestó aquel.

—Yo os he visto en Madrid y en el palacio real.

—Cierto, alteza.

—¿Cómo alteza?

—Sois príncipe de Nueva España, y mi amo y señor me manda daros ese tratamiento.

—¿Quién sois vos?

—Un criado del rey, servidor ahora de vuestra alteza.

—¿Vuestro nombre?

—Debo enteraros de todo á vos solo.

—Está bien. Oaxacay, salid, quedando junto á la puerta para impedir que entre aqui nadie.

Salió el gobernador. Flaviano tomó asiento, diciendo al enviado del rey.

—Sentaos.

—No puedo, señor, me ha prohibido su majestad que lo haga delante de vuestra alteza.

—No me deis ese ni ningún otro tratamiento.

—En eso no me es dable obedeceros.

—Pues haced lo que os plazca y decid lo que querais y como más os agrade.

—Soy, señor, el gentil-hombre de su majestad, Rafael Ponce.

—Sí, ya os había reconocido.

—Por orden del rey he fletado una galera, la man-

dé cargar de cereales, me disfracé de negociante y aquí me tiene vuestra alteza de parte de su majestad.

—¿Qué desea el rey, Ponce?

—No lo sé,—contestó el gentil-hombre. Abrió su tabardo, descosió una cartera que llevaba pegada al forro y se la dió al héroe diciéndole:

—Tomad, señor, de parte de su majestad.

—Mucho debe interesar esto cuando os ha mandado á vos el rey.

—Lo ignoro, señor.

—Pero os lo figurais como yo, ¿es cierto?

—Sí, señor,

Flaviano abrié la cartera, sacando de ella cinco abultados pliegos. Leyó los sobres separó uno y fué abriendo y leyendo el contenido de los cuatro restantes. A la mitad de la lectura oyó varios voces que disputaban con Oaxacay.

Momentos después se abrió la puerta del despache, apareciendo en los umbrales la duquesa de los Andes.

—Vosotras y vosotros,—dijo á los que le seguian, esperadnos en el salón, yo me quedo con mi hijo.

Y cerrando la puerta por dentro, se volvió diciendo al envíado del rey:

—Bienvenido, Ponce. ¿Cómo quedaba la reina á vuestra salida?

—Bien, señora duquesa.

—¿No os dió nada para mí?

—Tomad, madre mia,—le contestó el héroe, dándole un pliego que iba dirigido á ella.—Si lo teneis á bien dejadme solo.

—No; me siento aquí y leo como tú; no te cuides de mí para nada.

—Dicen que pude con muchos millares de hombres, que hasta vencí á un rey; todo fábula, no puedo con una sola dama.

—No me interrumpas, Flaviano; tú puedes con todos menos conmigo.

—Lo último es verdad.

—Y lo primero. ¿Me dejas leer?

En los labios del héroe apareció una leve sonrisa; miró á su madre política y continuó su lectura.

Cuando hubo concluido guardó cuidadosamente bajo llave todos los documentos que acababa de recibir, redactando acto contínuo un escrito que dirigía al rey.

Era lacónico, le lió de manera que abultase lo menos posible y se lo dió al gentil-hombre, diciéndole:

—Para el rey; ocultadlo bien y os dejareis matar antes de entregarlo á los enemigos de España. Si llegara ese caso os lo comeis cuando esteis en la agonía.

—¿Cuando parto, señor?

—¿Qué cereales traeis?

—Mil sacos de harina y doscientos de arroz.

—Abrid esa puerta que mi madre cerró y que entre el gobernador de Cruz.

Cuando fué obedecido añadió:

—Oaxacay, facilitad á este negocíante el desembarque de los cereales que trae su galera y que parta con toda la brevedad posible. Luego reembarcais todo eso en la escuadra que tenemos en el puerto. Mientras dure la primera operación asistid á este negociante con

cuanto necesite, incluso dinero, lo sentais á vuestro lado en la mesa y le cedeis vuestra mejor alcoba. Partid ambos.

—Deteneos,—exclamó la duquesa.—¿No teneis nada que decirme, Ponce?

—Aun cuando tuviera me sería imposible.

—¿Por qué?

—Me mandó su majestad el rey que sólo hablase y sólo recibiera órdenes de su alteza el príncipe de Nueva España.

—Id con Dios.

Quedaron solos la duquesa y Osorio; ambos se miraban, la primera con interés y curiosidad; el segundo con una ligera sonrisa.

Por fin la duquesa exclamó:

—Habla, hijo mío.

—¿Qué quereis que os diga?

—Lo que te dice el rey.

—Nada que pueda interesaros.

—¿Te interesa á tí?

—No, señora.

—¿Pues á quién?

—A él.

—No importa, dime lo que es.

—No puedo.

—¿Negocio de Estado?

—Sí, señora.

—¡Ah! Dímelo.

—Me lo prohibe su majestad.

—No importa.

—Y me lo prohibe un deber sagrado.

—Todo eso es música. Dímelo.

—Imposible.

—Tampoco te digo yo lo que la reina me dice.

– Si es un secreto lo aplaudo.

—No, es que no quiero.

—Si lo deseais, calladlo.

—Qué frío eres y que poco atento con las damas.

—Vos contribuísteis á mi educación, si es mala no me culpeis á mí.

—Muy mala, hijo sin corazón.

—Se quedó mi padre con el suyo y con el mío.

En este momento entraron el duque del Imperio y Julio.

Ambos miraron á los dos que estaban sentados.

—¿Qué ocurre hijo mío?—preguntó el primero.

—Al instante te lo va á decir; ni yo he podido arrancarle una sola frase.

—¿Pero qué es ello Flaviano?

—Nada, padre mío. Un correo de gabinete que ya he despachado y eso es todo.

—¡Jesús, qué modo de achicar las cosas!—dijo la duquesa.—El rey le ha mandado á su gentil-hombre Ponce con pliegos, le ha nombrado príncipe con el tratamiento de alteza y lo demás que él se calla. Debe ser asunto de la mayor importancia.

—¿Y nada dice?

—Nada.

—Si se trata de asuntos de Estado hace bien, lo aplaudo.

—Julio, tu no eres voto; estais cortados por un mismo patrón.

—Cierto, pero soy voto, madre mía.

—En este momento entraron Luisa, Líbana, Alice, Mendoza y no tardó en presentarse Zalla.

Todos sabían ya que Flaviano había recibido un correo de gabinete y llovieron sobre él las preguntas; pero el héroe no estaba de humor de satisfacer curiosidades y á ninguno satisfizo las contestaciones que dió.

Ya iban á levantarse para ir á comer cuando apareció la grave y severa figura del príncipe de Italia, más grave y severa que nunca.

Todos se pusieron en pie; besaron su mano, acabando por sentarse el religioso junto á Flaviano.

La duquesa de los Andes, con ese desenvoltura que le era peculiar dijo al santo:

—Llegas á tiempo, hermano; nuestro hijo Flaviano enmudeció y solo tu puedes desatar su lengua.

El príncipe los miró á todos, y fijándose en Tolopalca, le preguntó:

—¿Ocurre algo extraordinario?

—No lo sabemos; el rey mandó nada menos que á su gentil-hombre Ponce de correo de gabinete, trajo á Flaviano varios despachos, un título de príncipe, un toisón de oro, y aún cuando suponemos que ocurren cosas muy graves, nada nos ha querido decir Flaviano.

—La reina me escribe á mí, pero no me dice cosa que pueda alarmarme; se concreta á participarme las concesiones hechas á nuestro hijo, demostrándome por

centésima vez su gran afecto hacia mí. Eso es todo lo que sabemos.

—Duquesa, en asuntos de Estado debe decirse únicamente lo indispensable, y la reserva de Flaviano es tan lógica como conveniente.

—Es fuerte cosa que en todo me habeis de dar la razón menos en lo que á mi hijo se refiere; según vosotros, cuando de él se trata siempre me equivoco.

—Y es verdad,—añadió el santo;—tienes talento y un sentido recto, lo cual no obsta para que sigas creyendo que Flaviano es aquel niño pequeño que acariciabas, teniéndolo en tus faldas y ofuscada por el tierno amor que siempre le has profesado pretendas que el niño todo te lo cuente, todo te lo diga.

—Un buen hijo no debe tener secretos para su madre.

—Un gran hombre de Estado como él lo es, debe aparecer arcano cerrado siempre á la curiosidad humana

—Sea todo por Dios y que calle si no conviene que hable.

—Hay además otra cosa.

—¿Otra?

—Sí, hermana: tú que tan discreta eres y que tanto penetras no sabes preguntar á nuestro hijo.

—Pues pregúntale tú que eres sabio y santo.

—Sin ser nada de eso le preguntaré por solo complacerte. Flaviano, hijo mío, dinos todo lo que te sea posible, lo que puedas y debas decirnos.

—Al momento, padre mío: es cierto que el rey me ha mandado el título de príncipe de Nueva España.

—El soberano ha estado justo.

—Trabajo inútil; jamás haré uso de él ni toleraré á nadie que me llame príncipe.

—¿Por qué, hijo mío?

—Quiero ser duque del Imperio ó nada. Mejor lo último.

—¡Ah! el título que ganó mi padre.

—Sí, y el que cedió al mío por un hecho heróico que no tiene igual en el mundo. Su orígen vale más que el de todos los principes de la tierra.

—Es verdad; acepta el tratamiento de alteza nada más.

—No, padre mío, no lo quiero tampoco. Y para que el rey no se juzgue desairado me quedaré con el toisón que usaré ó no.

—Alice,—exclamó la duquesa;—es tan galante tu futuro esposo, que te deja sin principado y sin alteza.

—Lo aplaudo, madre mía. ¿Qué mayor título en el mundo que ser su esposa?

—Continúa, Flaviano,—añadió el santo.

—Preguntad, señor.

—¿Han aumentado los peligros que se cernían sobre España?

—Han disminuido, padre mío; por ahora no le amenaza ninguno.

—¿Han desistido sus enemigos?...

—Eso no, jamás pensaron más cruelmente.

—No te comprendo, hijo.

—Señor, Inglaterra conoce ya todas las desdichas que ha sufrido en Méjico, todas las humillaciones que

hemos arrojado á su rostro. No cede, pero teme y ese infundado temor le ha obligado á aliarse con Francia y con todos los rebeldes de Flandes para venir primero contra mí, y si sucumbo, entonces y sólo entonces, atentarán contra España.

—Ese infundado temor has dicho, ¿por qué es infundado?

—Por que me juzgan y presentan como un coloso que en nade se parece á mí.

—Es decir, que te suponen un baluarte de España que haces á ésta inatacable, mientras aquel está en pie y quieren empezar por derribarlo.

—Perfectamente, señor, eso es.

—¿Cuándo, Flaviano?

—No puedo contestaros, señor.

—Serán infinitos.

—No puedo contestaros, señor.

—¿Los esperabas?

—Desde mucho antes de coaligarse contra mí.

—¿Tienes ya prevenido el mal?

—No puedo contestaros, señor.

—¿Iremos todos?

—Todos.

—Hijo, medio mundo vendrá sobre tí, ¿crees lo que yo?

—Si, señor.

—¿No temes?

—Como vos en Malta.

—Sólo me atacaba Turquía, pero á tí...

—Vos estábais en una isla, yo estaré en un castillo.

—¿Te manda el rey refuerzos?

—Algo vendrá, mas no me hace falta. Los recibiré porque viene mandándolos vuestro primo el duque de Pastrana, acompañado de su hija, y de este modo lograré mi deseo.

—¿Cual?

—El de que se case mi hermano Julio á la vez que yo.

—¿En la isla Líbana?

—Allí.

—¡Muy bien!—exclamaron todos.

—Es decir, que haces venir á mi primo y sobrina para eso solo.

—¿Quién lo duda?

—¿Os casareis antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de las batallas.

—Despues. Los más expuestos seremos mi hermano Julio y yo; podemos muy bien perecer y no quiero que queden viudas nuestras futuras esposas.

—¡La eternidad, hermano!—dijo el jigante con dolor.

—Cásate cuando quieras, Rogelio; mi padre, Julio, Zalla y yo, despues.

—Muy bien,—exclamaron los presentes.—Luisa añadió:

—Todos ó ninguno.

—Me resigno,—murmuró Mendoza,—si bien lo siento mucho.

Al acabar estas interrupciones notaron que el ve-

nerable príncipe de Italia tenía los ojos cerrados, cruzadas las manos y tan abstraído del mundo, que todos le miraban con asombro.

Así permanecieron cuatro minutos. Al cabo de este tiempo abrió los ojos el santo y se fijó en el héroe.

Después se incorporó lentamente, abrazó á Flaviano, besando tres veces su frente. A su hijo Julio lo besó una sola vez y salió de allí murmurando:

—Todos con él, todos en pos de él... vale más que nosotros.

Y desapareció del despacho y más tarde del palacio.

—¿Qué quiere decir el Santo?—preguntó Mendoza.

—Que te conteste Luisa,—le dijo Julio.

—Quiere decir, señor marqués, que sigamos todos al héroe, por que vale más que nosotros.

—Eso ya lo sabíamos, y con él iremos á todas partes.

—¡Como el día de la batalla última en Cruz?

—No me lo recuerdes, Julio, aquello fué un vértigo que no volverá á apoderarse de mí.

CAPITULO LXI

Diálogo y pormenores.—El padre y el hijo—Todo podía perderse sin las precauciones del héroe y su adivinación.

A las siete de la mañana del día siguiente entraba en el despacho de Flaviano el teniente de marina Riquelme, capitan ahora del bergantín crucero que nos es tan conocido.

Se hallaba el héroe solo, y como de costumbre escribía.

Dejó de trabajar, y fijándose en el marino le dijo:

—Acercaos, Riquelme.

—Tengo el honor de saludar á V. A., señor príncipe de Nueva España.

—¿Quién os ha dicho que soy príncipe y que tengo tratamiento de alteza?

—El señor gobernador de Cruz que lo sabe, por el que vió firmar á S. M. el rey vuestros nombramientos.

—Verdad es que el monarca los firmó, pero no es menos cierto que yo los he rehusado.

—Lo siento, señor.

—Yo no, y os prohibo que me deis tratamiento y me hableis de ese título.

—Nadie los mereció como vos.

—No entremos en comparaciones siempre enojosas; básteos saber que rechazo ambas cosas.

—Es para mí un conflicto, señor.

—¿Por qué?

—Ved, mi respetable almirante, que si os obedezco tengo que desobedecer á S. M. el rey.

—¿Cuándo os mandó S. M. que me diéseis ese tratamiento y me llamárais príncipe?

—En el momento de estampar su firma en los títulos.

—No es torpe la contestación, pero me obedeceis á mí ó volvereis á vuestro barco.

—Por seguir á vuestro lado, señor, desobedezco yo á todos los monarcas del mundo.

—Pues ya sabeis el medio, y hablemos de cosas de más interés.

—De lo que quiera mi almirante.

—¿Cuántos viajes habeis hecho de Veracruz á la isla Líbana?

—Once, señor.

—¿Habeis tenido algún siniestro?

—No, señor.

—¿Buen tiempo siempre?

—Sufrí varios temporales, pero el barco es bueno y no tuve ninguna avería, ni en la tripulación bajas.

—Porque habeis previsto.

—Algo, señor.

—Es una de las cualidades de buen marino, la previsión.

—Cierto, señor.

—¿Están todos los cañones en Líbana?

—Todos.

—¿Trabajan en el monte?

—Quinientos zapadores que trasporté, y mil indios que añadió el cacique Keisko.

—¿Llevásteis cuanto expresaban mis intrucciones?

—Todo.

—¿Qué dice Keisko?

—Lo que vos, mi almirante; no tiene más opinión que la vuestra.

—Pues no es tonto.

—Más inteligente que la mayor parte de los europeos, por esa causa sólo quiere lo que vos quereis.

—Esos indios son algo fanáticos.

—Señor, Keisko tiene más cabeza que corazón, y si os admira tanto es porque comprende todo lo que valeis.

—La lisonja es impropia de de los buenos marinos.

—Digo lo que todo el mundo, señor, todos menos vos.

—No me gusta el tema, Riquelme; vamos con otro.

—El que más os agrade, mi almirante.

—¿Qué habeis notado en la isla de Líbana que merezca estudiarse?

—Los antropófagos que aún quedan; nos llevan cazados tres zapadores.

—¿Cómo es eso?

—Es tan bello aquel país, que nuestros soldados cuando pueden se internan en los bosques en busca de frutas, uvas y bellezas.

—¿Qué hace el capitán que los manda?

—Ah, señor, es hombre de mucha ciencia y de gran entendimiento. Dispuso una batida que causó á los salvajes muchas bajas, los espantó de los bosques próximos, y luego prohibió que nuestros hombres entrasen en los bosques, imponiendo penas severas por la más leve desobediencia.

—Muy bien, continuad.

—En el resto de la isla nada ocurre de particular. Fuera de ella, ó sea en los montes que la rodean al Este, ya es distinto.

—¿Qué acontece en ellos?

—Allí se tiran quinientos barrenos diarios, se rompe el monte, se hacen caminos y muros, y el entendido capitán de zapadores en medio de aquel estruendo, animación y movimiento, dirige, manda, ordena, y tan encima está, que no ha currido una sola desgracia. Pero ¡ay señor! no es él el que hace aquello.

—¿Pues quién es?

—Una instrucción que siempre lleva en la mano, que consulta á cada instante y hace cuanto en ella le mandan con exactitud plausible.

—¿Quién os lo dijo?

—Lo he visto, señor.

—¿Como pudísteis comprender la exactitud que decís?

—Señor, ví la letra, es vuestra y no es posible salirse de vuestras prescripciones.

—¡Qué os dijo él?

—Nada, usa de la mayor reserva.

—¡Qué comprendísteis?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Todavía no es posible adivinar el pensamiento que os proponeis realizar allí.

—Y Keisko que opína del destrozo que estamos haciendo en sus montes.

—Una sola vez me acompañó al monte donde se hacen los trabajos, y después de observar detenidamente cuanto tenía delante, exclamó sonriendo:

—Comprendo, el héroe realizará en esos montes el más grande de sus pensamientos.

—¡Qué pensamiento es ese? le pregunté.

—Me miró, volviendo á sonreirse, y luego me dijo:

—Sobre esos pañascos se estrellará el poder de sus enemigos. ¡Qué día tan grande será, yo iré á su lado y admiraré su genio! Es un prodigio de la naturaleza! ¡Es el reflejo de la divinidad en la tierra.

—Decidme algo más Keisko, añadí.

—No puedo,—me contestó,—cuando el héroe no os dijo nada, no debo yo hablaros más de lo que supongo y calculo con probabilidades de acertar. Ni una frase más expresó.

—Bien discurre el indio.

—Admirablemente.

—Es un talento que hallamos en bruto, y cuando esté pálido del todo brillará.

—Ya empieza, mi almirante.

—Muy bien, Riquelme. Sólo os falta trasportar una gran remesa de pólvora. Mandais que la carguen hoy y mañana volveis á la isla.

—¿Es mucha, señor?

—Cuanta pueda llevar el bergantín.

—Perfectamente.

—A la ida que no enciendan lumbre alguna, comeis todos los fiambres que teneis preparados, usando además las precauciones de ordenanza. Y regresad pronto para que unido á la escuadra nos asompañe ese crucero convertido ahora en importante barco de trasporte.

Regresaré lo antes que el tiempo me permita

—Mucho cuidado con la carga que llevais en este viaje.

—Dormiré poco y velaré mucho.

—Estrechad mi mano y partid.

Ambos se despidieron, siendo reemplazado Riquelme por el paje Luis, que empezó á copiar lo que su señor acababa de redactar.

No tardó en presentarse en la cámara de escribir el duque del Imperio. Padre é hijo se miraron, exclamando el segundo:

—Luis, continua esas copias en tu habitación; mi padre quiere hablarme sin testigos.

—Muy bien, señor.

Salió el paje, y sólos el héroe y el duque del Imperio preguntó éste.

—Hijo mío, ¿quién te ha dicho que yo deseaba hablarte sin testigos?

—Vuestro rostro, señor.

—Suprime tanto señor y acuérdate más del padre.

—Vuestro rostro, padre amado.

—Eso es. Flaviano, es una dicha para mí ser tu padre.

—No la es menor para mí ser hijo vuestro.

—Lo que yo te amo no puede expresarse.

—Tanto os debo, padre mio, que yo tengo que añadir á todo mi amor toda mi gratitud. Si necesitais hoy de mí, hablad, haré cuanto me pidais, sea lo que quiera.

—El amor paternal no es interesado, Flaviano.

—Quiero de tí un solo consejo.

—¿Yo aconsejaros? Sabeis y valeis más que yo, padre mío.

—Lo dices con sinceridad, estoy seguro; pero ocurre que al tratarse de tí nunca estás acertado. Ni yo valgo ni sé más que tú, ni tanto; distamos mucho el uno del etro.

—Señor...

—Dale con señor. Creemos lo que yo digo el santo, que nunca mintió, su hijo, yo y todos los nacidos.

—Todos podeis equivocaros, padre querido; solo Jesús vino infalible al mundo.

—Cierto, pero esa es la razón que todos tenemos para creer que tú aciertas siempre, que siempre dices la verdad menos cuando se trata de tí.

—No acepto la idea, pero no quiero contradecir á mi padre, ¿Qué deseais de mí, señor?

—Un consejo, ya te lo he dicho.

—Estoy como siempre, á vuestra disposición.

—Dí, Flaviano, ¿vamos á la isla de Líbana?

—Nos lo impone el destino, padre mío.

—¿Muy pronto?

—Si, señor.

—¿Para no volver á Méjico?

—Sí.

—¿Qué vas hacer de Ontoria y siete compañeros restantes?

—Absolutamente nada.

—¿Por qué?

—Padre mío, conozco el interés que os inspira Ontoria y me guardaré bien contrariarlo en poco ni en mucho. Haced de él lo que más os agrade.

—¿Que interés me inspira, hijo?

—Mejor lo sabeis que yo, pero yo también lo sé.

—¿Nada más me dices?

—¿Para qué? sería inútil. Básteos saber que conozco el secreto y que lo respeto y acato.

—Voy á tener que llevar á los ocho á la isla de Líbana.

—No lo impediré yo.

—¿Pero te disgusta?

—Nada que á vos os agrade me puede disgustar á mí.

—Sé más franco.

En este momento se presentó en el despacho la duquesa de los Andes diciendo:

—¿Los dos aquí encerrados? ¿De qué tratais? Decidme la verdad.

—Nunca mentimos, Tolopalca,—le contestó el duque.—Hablábamos de Ontoria y sus siete compañeros.

—Qué decíais.

—Que irán con nosotros á la isla Líbana.

—Muncho interés estás demostrando por Ontoria, hermano.

—El que merece el hijo de un buen compañero.

—¿Quién era su padre?

—Un maestre de Campo.

—¿Y la madre?

—La madre...

—Sí, la madre.

—Una señora perteneciente á familia distinguida de la corte.

—¿Nada más?

—No sé si era algo más.

—¿Qué sabes tú de ella, Flaviano?

—Nada, madre mía.

—¡Qué bueno eres, hijo mío!—dijo la duquesa á Flaviano, dándole un beso en la frente. Después añadió mirando al duque con recelo:

—Este es un hombre completo, Flaviano, con un pasado sin tacha y un presente envidiable.

—Si fuera posible,—le contestó el duque,—pediría tu mano para él.

—Ah, como esposo ya es distintto.

—¿No te gustaría como marido?

—Sería el primero del mundo si no tuviese una falta de mucho bulto.

—¿Qué falta tiene nuestro hijo? Anhelo conocerla.

—Le falta corazón para las mujeres.

—Yo tengo por él y por mí.

—Sí, con un pasado que estremece.

—Pero me prefieres á uno que fuese igual á nuestro hijo.

—Acaso no; Alice me ha convencido; solo la dicha de unirse el genio supera á las restantes de la tierra.

—Me estais divirtiendo, madre mía,—exclamó Flaviano.

—Tiene razón,—añadió el duque,—variemos de conversación. Hijo, te he pedido varias veces un consejo y hasta ahora no me lo has dado.

—¿Lo deseas?

—Claro es.

—Y si os pesa.

—Dámele, y suceda lo que quiera.

—Está bien, voy á complaceros: Oidlo: Haced de Ontoria y de sus compañeros lo que á bien tengais, pero no los perdais de vista. Vigilarlos mucho, señor, y no olvideis que la pantera se esconde para dar el salto.

—¿Qué supones, Flaviano?

—La fiera, señor, solo maneja bien las garras y los colmillos, la víbora el veneno y la serpiente la astucia.

—No los perderé de vista. ¿Crees que no ha variado?

—Dificilmente; entró en un camino en el que no hay paso atrás, á lo sumo se para en él para continuar luego, pero siempre adelante.

—Gracias por el consejo, Flaviano, lo tomaré.

En estos momentos invadieron el despacho Luisa, Mendoza, Líbana, Zalla y Julio.

—Pero no hay desayuno hoy,—preguntó el marqués entrando.

—Sí,—dijo el duque,—para nosotros hay desayuno, para tí será otra cosa.

Y todos se dirigieron al comedor tranquilos por el presente y porvenir, ignorando que la guadaña se acercaba á Cruz sedienta de caer sobre su más bella presa.

CAPITULO LXII

Un nuevo sueño del expaje.—Sus temores.—Un andarín.—Sospechas de Flaviano.—¿Qué será?

Pasó el día sin que ocurriera nada que de contar sea.

Por la noche sucedió lo mismo, pero no así á las siguiente mañana.

Acaba de entrar Flaviano en su despacho cuando se presentaron ante él la duquesa de Tabasco y el general Mendoza.

—¿Cómo tan temprano por aquí?—les preguntó Osorio haciéndoles señas para que se sentasen.

—Tengo que hablar con vos,—le contestó Luisa.

—¿Ocurre algo grave?

—En este momento no, señor, pero pudiera suceder lo contrario en adelante.

—Habla, Luisa.

—He tenido esta noche un sueño bien extraño.

—¿Un sueño?
—Sí, señor.
—¿Como aquellas prediciones que tu llamabas sueños?
—Ay, señor, aquellas desaparecieron para no repetirse
—¿Cómo ha sido?
—Algo distinto, pero no mucho.
—Explícalo.
—En este todo lo he visto confuso en tanto que en aquellos todo lo veia claro.
—¿Qué has visto?
—A un hombre que os iba á asesinar.
—¿Cómo vestia ese hombre?
—Parecía sacerdote.
—¿Alto ó bajo?
—Alto y delgado.
—¿Con que me iba á asesinar?
—Con un vapor mortífero, con un veneno y con un puñal que estaba emponzoñado.
—No iba desprovisto.
Callaron los dos, meditó Flaviano, preguntando después á Luisa:
—¿Me veías claro á mí?
—Muy claro, es lo único que veía claro.
—Pero me asesinó?
—Lo raro de mi ensueño es que durante la noche he soñado lo mismo cinco veces, y siempre me he despertado, sudando, agitada y hasta trémula, cuando os iba á matar.
—¿No me has visto muerto?

—No, señor.

—¿Y repitió el sueño cinco veces?

—Cinco.

—¿Eran largos los ensueños?

—No, señor, cortos.

—¿Pasaba mucho tiempo de uno á otro?

—Mucho.

—Habrás dormido poco.

—Sólo el tiempo que estuve soñando las cinco veces.

—¿Cómo te sentías en los períodos que no dormias?

—Mal; desazonada y febril

—¿Y ahora?

—Ahora me hallo bien, pero no puedo desechar de mi memoria lo que he soñado.

—¿Qué crees tú de esos sueños?

—Entiendo, señor, que son un aviso.

—¿Crees en los cinco avisos de esta noche?

—Como en mis predicciones antiguas.

—Creo que hay algo de verdad. Estaremos prevenidos.

—Lo creo indispensable.

—Sí, esperaremos, estudiando todo lo que lo merezca.

No tardó en presentarse un criado de Flaviano diciendo:

—Señor, llega de Cruz un andarín que os trae un pliego urgente del gobernador.

—Que te lo dé y aguarde.

Salió el criado, añadiendo Flaviano.

—Ya está ahí tu ensueño, Luisa.

—¿Creeis?

—Sí, me parece estar seguro.

Volvió el criado con el despacho, que Osorio leyó, diciendo al sirviente:

—Da de almorzar al andarín y que espere mis órdenes.

—Muy bien, señor.

Y salió cerrando la puerta.

—¿Os habeis equivocado, señor?

—No.

—Como siempre.

—Tu ensueño es un aviso que nos da, no sabemos quién.

—¿Cuándo quieren asesinaros?

Acaso antes de una hora.

—Mucha prisa traen. Oid lo que me dice el gobernador de Cruz.

—«Señor: Acaba de llegar al puerto una galera italiana en la cual vienen cinco religiosos. Sólo ha desembarcado uno, el cual me pidió una mula y un guía para visitaros, pues dice que os trae un pliego urgente de su Santidad. Quise llevarlo y se negó; añade, que su misión cerca de vos es muy reservada.

«He reconocido la galera y á cuantos en ella vienen. La primera, más que barco mercante, parece de recreo en lo hermosa y lucida. Entre los otros hay algunas caras sospechosas; unos hablan italiano, otros alemán y otros inglés.

«Os adelanto este aviso que llegará á vos una hora antes que el fraile y su guía.

«Es de V. E., etc ..»

—¿Qué os parece?

—Que mi sueño era predicción,—dijo la duquesa.

—Y á mí me parece,—exclamó el jigante, que voy á estrangular á ese malvado.

—No corramos tanto, señores, estas cosas hay que tomarlas con calma.

—Señor, ¿creeis que mi aviso merece vuestra consideración?

—Sin duda alguna, y también el de vuestro primo Oaxacay, con el cual es posible que me hubiera bastado.

—En ese caso, concededme una gracia por mi ensueño.

—Sin él te concedo todo lo que tú quieras.

—Sólo os pido que en todo el día de hoy no se separe de vuestro lado el señor marqués de Abella.

—Si tienes empeño que esté á mi lado todo el tiempo que quieras.

—Sí, hermano,—replicó Mendoza,—lo quiero estrangular yo.

—No, marqués, te concretas á obedecer al general en jefe, á no ser que algun malvado...

—Comprendo, Luisa.

Mientras éstos hablaban, primero fuerte y luego quedo, escribía Flaviano el siguiente despacho.

«Señor gobernador:

«En el momento de recibir este pliego embargais el barco italiano que acaba de llegar, sin permitir que salga nadie de él. Al efecto, que lo vigile la escuadra como prisionero de guerra.

»No tardará en daros nuevas instrucciones vuestro general en jefe.—Flaviano de Osorio.

Lo cerró y lacró, diciendo á Luisa.

—No quiero, amiga mía, enterar de este asunto á nadie, con los tres ha de bastar. ¿Me quieres obedecer como anteriormente?

—Lo mismo, en todo y para todo.

—Muy bien: en cuanto entre en el palacio el fraile que nos anuncia tu primo, das este pliego al correo ó andarín que espera, y que lo lleve con la brevedad posible al gobernador de Cruz. Desde este instante impides que entre nadie en mi despacho.

—Vuestra madre, señor...

—Ni mi madre. Dices que es una embajada del Padre Santo y cuanto á tí te se ocurra, para que nos dejen solos á los tres.

—No entrará nadie. ¿Qué más mandais?

—Por ahora nada más.

—Cerca estoy, señor. Y tú marqués, no pierdas un sólo movimiento de don Flaviano.

—Ni del fraile.

—Eso es.

Salió Luisa quedando solos el héroe y Mendoza.

Ambos hablaron media hora de la isla de Libana, con la indiferencia del que nada teme aun cuando algo espera.

Al terminar la media hora entró un criado diciendo á Osorio:

—Señor; un religioso que parece extranjero desea la honra de visitaros. Le he pedido su nombre y dice que es un delegado del sumo pontífice.

—Que entre, Pérez, pero queda tu cerca de la puerta.

—Al momento señor.

Salió el criado quedando Osorio en su sillón y Mendoza de pie cerca de la mesa y del fraile que iba á entrar.

Aquel llegó, cubierto con el hábito de la orden de Santo Domingo, echada la capucha y cruzados los brazos.

La puerta del despacho se cerró, Pérez quedó junto á ella y el religioso avanzó hasta quedar á una vara de distancia de la mesa. Allí hizo una reverencia exagerada y esperó á que le preguntasen.

El héroe lo miró detenidamente, diciéndole después:

—Fraile, ó lo que seais, echad á bajo esa capucha, que en Méjico soy el rey.

El dominico se descubrió y luego le dijo:

—¿Qué tratamiento os doy, señor?

—Tengo alteza, pero no quiero ninguno.

—Vengo, señor de Roma y me manda á vos el padre Santo.

—¿De Roma?

—Sí, señor.

—Me parece que os equivocais, ¿de qué nación sois?

—De Italia,—contestó trémulo,—pero comprendo bien el español.

—No me extraña, en Flandes casi todos hablan el castellano.

La descomposición del fraile era ya completa. No pudo contestar nada.

Flaviano se hallaba ahora mirando con más atención que antes, su fisonomía, el cerquillo, los hábitos y hasta los zapatos del recien venido. Terminado su reconocimiento, hizo uso de la palabra para preguntarle.

—Os he visto descompuesto y hasta trémulo; ¿qué motiva esa turbación?

—No puede ser otra la causa que la de hallarme delante de un héroe tan sabio y poderoso.

—Tranquilizaos que aquí no hay héroes ni sabios y contestad á mis preguntas con serenidad. ¿Por qué traeis un calzado impropio de un fraile dominico?

—Yo.. Ah, sí. En los barcos, señor, se calza de cualquier modo...

—¿Otra vez os descomponeis?

—Este descuido, señor...

—Sí, lo fué grande, pues un representante de su Santidad no debe aparecer fraile por la cabeza y seglar por los piés.

—Perdonad, señor.

—Os perdono el descuido, serenaos y seguid contestando á mis preguntas.

—Ya estoy bien, señor.

—Veamos. ¿Venís en efecto de parte del sumo Pontífice?

—Sí, señor.

—En ese caso sereis persona de toda su confianza.

—Tengo ese honor.

—Razón más para que esteis tranquilo y me contesteis como cumple á un hombre de vuestra calidad:

—Lo haré, señor.

—Por vuestra elevada posición y por la alta misión que os hallais desempeñando debeis necesariamente estar enterado de lo que acontece en Europa.

—Sí, señor.

—Muy bien: antes de que me presenteis vuestras credenciales y de que tratemos el asunto de estado que os trae cerca de mí, necesito que me demostreis lo que acabais de decir, esto es, que os hallais al tanto de lo que pasa en Europa.

—Con mucho gusto, señor.

—Decidme, ¿qué número de buques dispone Inglaterra contra mí?

El fraile dudó, pero estaba cogido por Flaviano y tuvo que contestar.

—Cincuenta, señor.

—¿No os equivocais?

—Estoy seguro.

—¿Y de combatientes?

—Sesenta mil.

—¿Y Francia?

—Francia...

—Sí, Francia, ¿qué número de buques tiene dispuestos?

—Cuarenta.

—¿Y de hombres?

—Cincuenta mil.

—¿Y Flandes?

El religioso lo miró con asombro.

—Flandes, hablad.

—Flandes, veinticinco naves.

—Y hombres.

—Pocos, veinte mil.

—Valientes son, contra un hombre que está casi solo mandan ciento quince navíos y cientro treinta mil hombres.

—¿Pero cuanto vale ese hombre, señor?

—Lo que otro cualquiera, ni más ni menos.

—Muerto ese hombre, señor, que va á ser España frente á esos navíos y hombres.

—Pero ocurre que la Providencia parece que ha dispuesto que ese hombre viva y junto á los montes de Líbana queden enterrados en el mar esos ciento quince navíos y esos treinta mil guerreros.

—A esa isla irán á buscaros señor.

—Cierto, les he mandado aviso de que allí los espero.

—¿Vos?

—Yo, sí. ¿Qué os admira?

—Me espanta vuestro valor.

—No es escaso el vuestro, fraile dominico.

—¿Por qué, señor?

—Os parece poco la travesía que habeis hecho y el papel que estais representando. Bien comprendeis que basta la más leve señal mía para hacer rodar vuestra cabeza sin tener que dar cuenta á nadie.

—¿Qué diríais, después al papa?

—Lo que se me ocurriese, y si no le gustaba haría con Roma lo mismo que el emperador Carlos V. Ved las afirmativas que hace con la cabeza el general Mendoza.

—¿Es éste caballero el de las fuerzas de león?

—Ese y dispuesto se halla á voltearos por esa ventana, á una señal mía.

—Lo que haré con mucho gusto cuando me lo mande mi general en jefe.—Contestó el gigante.

—¿Qué motivo os he dado, señor marqués?

—Eso se lo preguntais al héroe yo solo aprendí á obedecerle y para hacerlo me basta una sola mirada suya.

—Señor, debo hablaros sin testigos de parte del padre santo.

—Es muy justa vuestra pretensión pero aún no hemos empezado á tratar las cosas de su Santidad, cuando llegue ese caso se saldrá el general Mendoza, antes es preciso que acabeis de demostrarme vuestro valimiento y sabiduría y si sois ó no digno de representar al soberano pontífice.

Desde este momento debia empezar lo más importante de esta grave escena.

CAPITULO LXIII

Diálogo que empieza habilidoso y concluye trágico.—Un golpe de Mendoza.—Registro y hallazgo

Había logrado Flaviano con suma habilidad arrancar un secreto importante al dominico, y ahora se proponía lograr nuevas averiguaciones necesarias al conjunto de todos sus planes.

Suponía que el enviado aquél era uno de los peores enemigos de España, que estaba enterado de todo y que cuanto él le dijera era la exactitud en tanto que las noticias del rey sobre ser más atrasadas no eran oficiales como las de aquel supuesto fraile.

Decidido á arrancarle cuanto le era necesario, le dirigió de nueve la palabra diciéndole:

—Veamos si sois en efecto un buen diplomático romano, amigo de su Santidad, ó un farsante aventurero.

—Señor, mis credenciales...

—Esas se falsifican fácilmente y las contestaciones que yo os pido no.

—Preguntad lo que tengais á bien.

—¿Qué punto es el destinado para la reunión de las tres escuadras?

—La isla Jamáica.

—¿Qué fecha?

—Si las pruebas de reconocimiento de la isla de Líbana dan el resultado apetecido al finalizar el próximo mes.

—¿Y sino lo diesen?

—Entonces se perderá un mes más.

—Vais triunfando y creo resultareis un hábil diplomático enterado perfectamente de los secretos más ocultos.

—Ya lo estais viendo.

—Vamos con otro secreto que cerrará el cuadro de nuestro triunfo; he recibido una confidencia en la cual se me anuncia la llegada á San Juan Bautista de cinco assinos que han de matarme. ¿Qué sabeis de esto?

El fraile palideció, quedando sin acción ni voz.

Este era otro descubrimiento de Osorio; no le quedaba duda de que el dominico y sus cuatro compañeros eran cinco asesinos que venían á matarlo, pero necesitaba saber quienes era, quien los mandaba, con otras cosas interesantes y confiado en su gran talento se propuso arrancar el secreto á uno de ellos sin emplear el tormento ni medio alguno impropio de su genio y sabiduría.

—No afectaos tanto,—dijo al religioso falsificado,—si algo ignorais lo pasaremos por alto, no obstante ser una prueba grande de vuestra ignorancia y diplomacia ramplona, toda vez que no puedo ni debo saber yo á mil quinientas ó dos mil leguas de distancia más que un diplomático europeo que acaba de llegar de allí.

El supuesto fraile se repuso, y juzgando que el héroe no suponía que fuera él uno de los cinco asesinos le contestó:

—Señor, algo he oído de eso; estoy, no lo dudeis, en los secretos de la diplomacia más astuta y entendida.

—Yo no lo dudo, y hasta me alegraré mucho que salgais triunfante de la última prueba que os pido. Pero vamos por partes, ¿vendrán cinco asesinos?

—Sí, señor.

—¿De dónde?

—De Flandes.

—¿Se tramó allí el complot?

—Sí, señor.

—¿Con conocimiento de franceses é ingleses?

—Exactamente.

—¿No tienen seguridad en la victoria de la isla de Líbana?

—Completa, pero de este modo, es decir, matándoos ganarían tiempo cayendo á la vez sobre España y sobre Méjico.

—Ahora lo comprendo admirablemente. ¿De quién es el buque que han fletado ó han de fletar?

—De los iconoclastas flamencos.

—Vais triunfando. ¿La tripulación también será iconoclasta?

—En parte, la mayoría son ingleses.

—¿Pero saben todos á lo que vienen?

—Creo que hasta los han juramentado.

—¿Y los cinco, quienes son?

—Un italiano y cuatro ingleses.

—¿Mercenarios?

—Les pagan bien, pero son enemigos irreconciliables de España, los han juramentado también y harán imposibles por conseguir su objeto.

—¿Debo temerlos?

—Mucho.

—Como ha de ser, sino hay otro remedio moriré. En verdad que la vida vale bien poco.

El fingido dominico creía estar seguro de asesinar á Flaviano y quiso ganarlo para lograr más fácilmente su objeto y le refirió la verdad en cuanto le dijo.

Flaviano añadió:

—Habeis triunfado y solo aguardo que me deis vuestras credenciales para que demos principio al asunto para que os ha mandado cerca de mí el padre común de los fieles.

—Señor, —le contestó el malvado,—¿me quereis hacer un favor?

—Con mucho gusto, ¿qué deseais?

—Mientras vos leeis las credenciales y el pliego que os dirige el padre Santo, desearía que me permitiéseis ausentarme por sólo diez minutos. Siento una molestia tan grande...

—Comprendo.

El rostro del malvado se descompuso de una manera tan grande al pronunciar sus últimas frases, que el héroe comprendió la alevosía que iba envuelta en la idea: pero quiso una prueba terminante, decisiva y le dijo:

—Muy bien. Sacad el pliego ..

—Aquí está.

—No, es costumbre en los enviados de la santa Sede que abran ellos los pliegos que vienen firmados por su Santidad.

—No puedo, señor, no puedo,—y lo arrojó sobre la mesa añadiendo:—Hacedlo vos por favor ó me voy á ver en el más grave compromiso de mi vida.

Y fué á volverse para salir, en cuyo instante Osorio hizo una seña á Mendoza y éste le dió un golpe en la sien con el puño cerrado que le hizo caer exánime.

Al ruido que hizo el cuerpo del fingido fraile al caer sobre el suelo se abrieron las dos puertas del despacho y se precipitaron por ellas el duque, Julio, Zalla, Luisa y varios criados.

—¿Qué sucede?—preguntaron todos mirando á Flaviano.

—Ante todo os recomiendo no toqueis á ese fraile ni este pliego. Va la muerte en ellos, y sucede que Rogelio dió un puñetazo al dominico y en vez de producirle una conmoción lo ha muerto.

—No, hombre.

—Sí, Rogelio, veas la sangre que arroja mezclada con la masa encefálica.

—No pude suponer...

Todos quedaron mirando el cadáver del supuesto fraile, ignorando la mayor parte la causa de aquella muerte y de todo lo que ocurría. Por esta causa exclamó el duque del Imperio:

—¿Pero por qué este asesinato de un religioso? ¿qué ha pasado, qué misterio es éste? Porque Rogelio es incapaz de asesinar á nadie.

—Cierto, padre mío,—le contestó Flaviano;—mi hermano Mendoza obedeciendo un signo que yo le hice dió un puñetazo en la sien derecha á ese desgraciado, y en vez de producirle una comoción como él y yo deseábamos, le ocasionó la muerte por efecto de esa incomparable fuerza de Rogelio.

—¿Pero quién es ese hombre, Flaviano?

—Un asesino que me dejó la muerte en ese pliego y quiso huir pretestando que se ponía enfermo; por esa causa lo detuvo mi hermano con el puñetazo de que antes os hablé.

—¡Un asesino! ¿Qué tiene ese pliego, Flaviano?

—Oculta, señor, unos polvos, que causan la muerte con solo el olor que despiden. Ved que herméticamente cerrado está el pliego, pero al abrirlo envenena la atmósfera la sustancia que despide y cae muerto el infeliz que la aspira. Llevaba además esa sortija que veis en su mano derecha, cuya piedra aparece en la palma de la mano. Con ella mata á cualquiera que toque con un poco de opresión. Concluye como veis en punta, al apretar hiere como un alfiler é inocula el veneno que tiene ese extremo de la piedra. Dicen que este sistema

de matar se le debe á los Borgias; es tan habil como mortífero, siendo lo más notable el corrosivo que inventaron para darle aplicación de esa y de otras maneras. Pero no es eso solo. Esperad.

—¿Qué vas á hacer, hijo?

—Voy á buscar entre sus ropas algun otro medio de matar...

—No toques á ese cadáver, Flaviano. Que lo quemen...

—Nada temais, padre mío, se lo que me hago y nada malo puede ocurrirme.

—Con cuidado, hijo.

—Ved lo que yo buscaba.

—¡Un puñal!

—Sí, pero al salir de la vaina saca su punta envenenada. ¿La veis?

—Es verdad.

Flaviano habia quitado al cadáver la sortije y unida á esta puso el puñal sobre el pliego envenenado.

—¡Qué maldad!—exclamaron todos.—Tres medios de assinar á cual más perverso.

—¿Pero quienes te habrán mandado ese asesino? Si pudiéramos averiguarlo,—dijo el duque.

—Nada más fácil, padre mío. Arranqué á ese desdichado todos los secretos que ocultaba.

—¿Tú?

—¿Qué os extraña?

—Pero como ¿con el tormento?

—Qué cosas decís, señor. ¿Yo había de mandar que diesen tormento á nadie?

—Entonces, no lo comprendo.

—Yo os lo explicaré, señor duque,—dijo Mendoza.—Mi hermano con sus modestias, no os va á decir toda la verdad. Yo que lo escuché todo con mucha atención haré un relato breve y exacto.

—Sí, Rogelio, dilo tú.

—Señores, mi hermano Flaviano con un talento y una habilidad maravillosas fué tendiendo una red á ese asesino y este le fué contando cosas que me llenaron de asombro. Lo descompuso con sus frases, lo perturbó é hizo de él un instrumento que le refirió cuantos secretos ocultaba. Básteos saber, que hasta le hizo declarar quien era él y cuantos le acompañaban.

—¿Pero quienes los han mandado?

—Los iconoclastas de Flandes.

—Ahora todo lo comprendo.

—¡Malvados, cobardes! exclamó Mendoza, mandan contra él ciento quince navíos y ciento treinta mil hombres y todavía le tienen miedo; aún lo mandan asesinar!

—¿Es verdad eso que dice Rogelio?—preguntó el duque á su hijo.

—Sí, padre mío.

—¿Todo eso mandan contra tí?

—Sí, señor.

—¿Quienes?

—Inglaterra, Francia y Flandes.

—No he visto nada igual.

—Está muy justificado,—dijo Julio.—Tanto temen á mi hermano, tanto vale que todo cuanto hacen contra él les parece poco. Juzgan con razon que Flaviano

es España y su poder representa para ellos el imperio más poderoso de la tierra.

—No exageres hermano,—le dijo Flaviano.

—No exagero.

—No exagera,—dijeron cuantos estaban en el despacho.

—No perdamos tiempo, señores,—añadió el héroe, variando de coversación.—Quitemos de aquí este cadávar y demos término á una escena que ha empezado sangrienta y sabe Dios como acabará. Padre mío, llevaos á esas damas. Zalla, que entren dos criados.

Cuando fué obedecido añadió:

—Pérez, registra las ropas del muerto y saca todos los papeles que lleve. Tú,—dijo al otro criado,—haz traer al momento unas angarillas para que se lleven al muerto. Zalla, monta á caballo, parte á Cruz y unido al gobernador tomais posesión de la galera italiana en nombre del rey. Necesito todos los papeles que encontreis en la nave y lleven encima los que han venido en ella. El registro debe ser minucioso y detenido. Te traes al regresar atados codo con codo entre soldados á todos los que halles en la galera. Parte.

—Muy bien, mi general.

—Tú, Julio, me haces el favor de mandar llamar á Almeida y le encargas la formación del sumario. Pueden componer el tribunal, Fajardo, Almeida, el maestre de zapadores y tu lo presides. Que empiecen por la declaración de Rogelio que ha oido cuanto ese desgraciado expresó aquí.

—Señor,—le dijo Pérez,—el muerto llevaba encima estos papeles y ese dinero.

—Reparte el oro entre los pobres de San Juan Bautista, y que saquen el cadáver. Que limpien además esas manchas de sangre.

De este modo acabó la primera parte de aquel acontecimiento.

El duque tenía los ojos inyectados de sangre por la ira y el corage que le había causado el asesinato de que pudo ser víctima su hijo; y Julio miraba á Flaviano con el asombro que se contempla al ser más privilegiado de la tierra.

CAPITULO LXIV

Formación y término del su mario.—Un descubrimiento importante.—El principio del fin.

Cuando Osorio fué obedecido en todo lo que había mandado se quedó solo con Julio. A Mendoza le retenían el duque y las damas y en estos momentos le hacian referir al pormenor todo lo que había oído y presenciado en el despacho.

Solos, como hemos dicho, Julio y Flaviano preguntó el primero:

—¿Qué vas á hacer del pliego, el puñal y la sortija?

—Me complace la pregunta, Julio. Mira, los guardo en esta caja americana, echo la llave y te la guardas. Son cuerpo de delito que tú conoces bien y puedes enseñar al tribunal ó á quien necesites.

—Muy bien. ¿Dí, Flaviano, qué descubrimientos importantes te ha producido el acontecimiento de hoy?

—Confirmaron cuanto yo sabía, adquirí detalles im-

portantes sobre lo que se proponen nuestros enemigos, y tengo noticia de un reconocimiento que ignoraba.

—¿Reconocimiento que han hecho ó que han de hacer?

—Que harán los ingleses.

—¿Dónde?

—En la isla de Líbana.

—¿Te dejarán el tiempo suficiente para que les prepares un digno recibimiento?

—Sí, de sobra.

—Asombra el número de barcos y de guerreros que mandan contra tí.

—Contra todos.

—No, contra tí, que eres el gran baluarte de España.

—¿No suponeis nada vosotros y tú en particular?

—Comparados contigo, nada.

—¡Y luego hablais de mi modestia.

—Cuanto decimos es verdad.

—Por si algún acontecimiento al de hoy análogo me imposibilitara para realizar el pensamiento que debemos llevar á cabo, en el cajón del centro de esta mesa hallarás las instrucciones necesarias para que puedas hacer lo que yo intento.

—La sola idea me aterra.

—Hermano Julio, es una precaución necesaria, una medida preventiva.

—¡Pues si no fuera eso!

—Tú que no temes la muerte ¿por qué te asusta la mía?

—Tu vida es la mía, hermano.

—Y *vice-versa*, Julio.

—¿Flaviano, cuántos buques te trae mi tío el duque de Pastrana?

—Ocho.

—¡Cantra 115!

—Sí.

—¿Te sabrarán todavía?

—Todos, y en prueba de que es verdad, cuando lleguen me quedaré con tu tío, tu prima y comitiva, y mandaré los barcos á las costas de Méjico para que las defiendan y vigilen.

—Capaz serás.

—No has de tardar en verlo.

—¿Y vas á hacer frente á 115 navíos y á 130.000 combatientes con la escuadra de Cruz?

—No, también me sobran esos cuatro ó cinco barcos.

—¿Pues qué tienes hermano?

—Un castillo.

—¿Han de subir á él los enemigos?

—Eso quisieran ellos y lo intentarán, pero fio en Dios que no lo han de conseguir.

—¿Qué han de destruir si sólo hay unas cuantas casas y un palacio?

—Es que tampoco llegarán á ellos.

—Con qué seguridad sientas la tesis, Flaviano.

—Por lo bajo añado, Dios mediante. ¿Me he equivocado muchas veces?

—Ninguna.

—¿Por qué desconfías ahora?

—No es desconfianza.

—¿Pues qué es?

—Curiosidad y gusto en oir de tus labios unas absolutas que solo yo puedo comprender.

—Me alegro que sea eso.

—¿Tienes seguridad absoluta de vencer, Flaviano?

—Eso solo reside en Dios. Llevo al duelo á que me provocan 80 probabilidades contra 20. Y la mayor que la constituye la ignorancia en que ellos están de esa verdad.

—¿Qué haceis aquí los dos solos?—les preguntó la duquesa de los Andes entrando con Alice.

—Nada, madre mía, hablábamos de la guerra.

—Pues basta ya de eso; veníos los dos conmigo.

—A tiempo llegais, madre mía,—le dijo Julio,—llevaos á Flaviano que yo tengo que hablar con Almeida que acaba de llegar. Vedlo.

—Vamos, Flaviano.

—Esperad un momento, Julio, he visto los papeles hallados al muerto y dan luz. Aquí los tienes para que el tribunal se haga cargo de ellos.

Y salió con la duquesa y Alice despues que los tres devolvieron al maestre Almeida un cortés saludo.

Julio quedó encerrado con el último en el despacho. Llamaron á Mendoza y á Mariano Ros, y los cuatro dieron principio á la formación del sumario.

Sepamos nosotros qué le había ocurrido á Ricardo Zalla.

Nuestro joven maestro de campo montó á caballo y seguido únicamente de su criado se trasladó á Cruz á un escape no interrumpido.

Se detuvo á la puerta del gobernador, diciendo á su sirviente:

—Da esos caballos y traeme al intérprete. No tardes.

—Voy volando, mi maestre de campo.

Subió Zalla encontrando al gobernador en su despacho.

—Bienvenido, don Ricardo,—le dijo aquél,—aun cuando supongo que vuestra llegada me hará andar en un pie. ¿Es cierto?

—No, en dos, pero á escape. Decidme, ¿habeis comunicado á los de la galera italiana las órdenes que os dió el general en jefe?

—Las están poniendo en inglés, porque ninguno habla español. Poco tardarán en traerlas.

—Ya son inútiles. ¿Teneis aquí algún oficial?

—Sí, señor, un teniente.

—Que vaya inmediatamente por treinta arcabuceros. Abreviad.

—Ni el general en jefe.

—¿Murmurais?

—No, vuelvo en seguida.

Cinco minutos después le decía:

—¿Y ahora, mi maestre de campo?

—Que dispongan los botes necesarios para esa fuerza y para nosotros.

—Al momento.

Regresó y volvió á preguntarle:

—¿Qué otra cosa mandais?

—Tened cuerdas dispuestas para amarrar á todos los que vienen en la galera italiana.

—¿Dónde las ponen?

—Que las lleven al muelle y esperen allí.

—Voy á disponerlo.

Zalla paseaba hasta que regresó el gobernador preguntando:

—¿Qué más?

—¡Pero hombre, que hacen esos treinta arcabuceros y ese intérprete que no vienen?

—Don Ricardo, no hay tiempo todavía.

—Para los que son tan calmosos como vos.

—¿Pero es tan urgente?

—Van á ir á San Juan á paso de carga.

—Eso no importa.

—Los voy á reventar.

—Nada se habrá perdido.

En este momento entró el intérprete diciendo.

—Señor gobernador, tomad las traducciones.—Y reparando en Zalla le dijo.—Hola, mi querido discípulo.

Ricardo le quitó de la mano las dos copias que alargaba al gobernador y las hizo pedazos, diciéndole:

—Para discípulos estoy yo.

—¿Sabeís lo que haceís rompiendo esas traducciones?

—No, pero me consta que sois tonto.

—Señor maestre,—dijo el gobernador,—entran en el zaguan los treinta arcabuceros.

—Bajemos todos.

—Teniente,—añadió al llegar al zaguán,—seguidme con esos treinta soldados.

Por el camino fué dando instrucciones al gobernador, al intérprete, al oficial y á los soldados

Llegaron al muelle, se embarcaron y corrieron las lanchas en que iban hacia la galera italiana. Esta no había echado las anclas y se hallaba dispuesta á partir á la primera orden que recibiese su patrón.

Llegaron nuestros amigos, pidió el intérprete la escala real y por ella se precipitaron, tomando la nave por asalto.

La tripulación de la galera quedó asombrada al ver la rapidez y miradas de fuego de los que acababan de llegar.

Todos estaban sobre cubierta: hasta los cuatro supuestos dominicos.

Diez soldados los rodearon mandándoles el intérprete en nombre del rey de España, que no se moviesen.

Zalla, veinte soldados y el teniente, bajaron á las cámaras haciendo un reconocimiento detenido de cuanto iba en la galera. No quedó habitación alta ni baja que no reconocieran, formando un paquete con todos los papeles que llevaban.

Después subieron á la cubierta, registraron escrupulosamente á los navegantes de la galera, y al terminar dijo Zalla al teniente:

—Saltad á los botes con vuestra gente y esos presos; en el muelle encontrareis las cuerdas necesarias, amarrad á los últimos, y en medio de los soldados os dirigís con ellos á San Juan. Vuestra cabeza me res-

ponde del exacto cumplimiento de esta orden. En el camino me incorporaré con vosotros. Oid; si alguno de esos malvados se resiste ó murmura con los arcabuceros...

—Comprendo, señor maestre, y nada temais; se cómo se obedece á un jefe como vos.

Quedaron solos en el barco, Zalla, el gobernador y el intérprete.

El primero dijo al segundo:

—Gobernador, decid al comandante de la Numancia que venga á tomar posesión de esta galera. Añadid que se traiga la gente indispensable para el servicio de este barco, interin dispone lo más conveniente el general en jefe.

Zalla fué obedecido, y cuando llegó el que esperaba dijo al jefe de la Numancia.

—Comandante, traed los escribientes necesarios y haced un inventario completo de cuanto hay en esta galera, el cual llevareis al héroe. Os hago la entrega de ella en nombre del rey.

—Muy bien, señor maestre, ¿pero teneis la bondad de decirme quiénes eran los tripulantes de este barco?

—Sí, unos asesinos ingleses y flamencos que han intentado matar hoy á nuestro general.

—Qué malvados; ¿nada más podeis decirme?

Zalla le refirió en extracto parte de lo ocurrido, se despidió de él y llegó al muelle con el gobernador y el intérprete.

Luego estrechó á los dos y montando á caballo partió, seguido de su criado.

A la mitad del camino halló al teniente, la fuerza que mandaba y los presos, preguntando al primero:

—¿Qué os ha ocurrido?

—Nada de particular.

—¿Vienen todos los presos?

—Sí, señor.

—Tengo prisa y deseo llegar pronto, que aligeren el paso esos hombres; id vos delante yo iré detrás.

Media hora después entraron en San Juan Bautista, y no tardó Zalla en presentarse en el palacio.

Llegó cuando estaban acabando de comer. Se sentó en su sitio y comenzaron á servirle las viandas.

Cuando Flaviano terminó, dijo á Zalla.

—Ricardo, pronto has concluido.

—Creo eso mismo, señor.

—¿Llenaste bien tu cometido?

—Entiendo que sí, señor.

—¿Dónde están los presos?

—Los dejé en la fortaleza de San Juan.

—¿Y la fuerza que los ha traido?

—La he permitido que descanse hoy, y mañana regresará á Cruz.

—Muy bien. ¿Qué hiciste de la galera italiana?

—Se hizo cargo de ella el comandante de la Numancia.

—Me alegro. ¿Tripulación?

—Di ese encargo al mismo comandante.

—¿Quedo satifechos, Me traes papeles?

—¿En vuestro despacho los hallareis?

—¿Reconocíste bien la galera?

—Cuanto era posible.

—¿Qué clase de barco es?

—Grande, nuevo, bien construido y excelente en su conjunto.

—Lo armaremos para que aumente la escuadra real.

—Buena idea.

—Encargas á Fajardo que la reconozca y si la juzga útil que la arme con la brevedad posible.

Así lo hizo aquel, convirtiendo la galera italiana en un hermoso barco de guerra. Todo lo que en él había fué confiscado y el dinero que era bastante fué á las arcas reales.

El sumario lo llevaron con rapidez dando el resultado siguiente: Todos menos los grumetes, el cocinero y sirvientes, fueron sentenciados á trabajos forzados en el interior de Méjico; los otros á un sólo año de prisión en San Juan Bautista.

Así terminó un acontecimiento que puso en un grave peligro la vida del héroe y que dió á éste en los documentos que cogió, armas de sobra para demostrar ante el mundo civilizado el miedo que le tenían sus contrarios y la villanía que los animaba.

Flaviano debió la vida en esta horrible emboscada al sueño del expaje, á su gran talento y á que el supuesto dominico ni tenía el valor y entendimiento suficientes para sorprender á Osorio y hacerle víctima de una inicua emboscada.

El sicario era poco hombre para un héroe, pero no hallaron otro mejor que se atreviera á intentar una

sorpresa como aquella, cuya víctima asustaba con su solo nombre.

Tranquilos ya por todo lo que se refería á los acontecimientos pasados y por el aspecto que les presentaba el porvenir, debatían alegremente una noche en que se hallaban de sobremesa cuando se le ocurrió á Mendoza velar aquella alegría con las siguientes frases:

—Todo eso está muy bien, señores, y yo participaría de vuestra satisfacción si fuese ya ó estuviera próximo á ser el esposo de mi adorada Luisa.

—Ya te he dicho Rogelio, que puedes casarte cuando quieras,—le coutestó Flaviano con disgusto.

—Pero, hermano, si ella tiene tus ideas y yo no puedo hacérselas variar.

—¿Qué le he de hacer yo?

—Convencerla, hombre,

—¿De que sea tan material como tú?

—Yo no sé lo que soy, pero creo que si nos hemos de unir conviene que sea lo antes posible.

—Rogelio, eso se lo cuentas á ella, á nosotros no.

—Al hablarle de eso no me hace caso.

—Ni yo tampoco.

—Ni ninguno.

Y todos fueron levantándose, dejando sólo á Mendoza en el extenso comedor.

CAPITULO LXV

Acaban los acontecimientos de Mejico.—Se apresura la marcha.—Conclusión.

A la mañana siguiente decía Mendoza á Zalla:

—Ricardo, ¿estás tú conforme con el retraso de nuestras bodas? Se franco.

—Sí, muy conforme.

—Eso lo que prueba es que no amas á Líbana tanto como yo.

—Eso lo que prueba es que no soy tan material como tú.

—¿Por qué?

—¿No veo constantemente á mi amada, no hablo con ella, no soy feliz á su lado, que más puedo desear!

—Llamarla esposa.

—Ya la llamaré. Por ahora me basta y sobra con la inmensa felicidad de amarla, ser correspondido por ella y estar á su lado.

—A mí no me basta eso, yo quiero más.

—Te voy á dar un consejo, Rogelio.

—Lo espero.

—Luisa tiene un espíritu muy elevado, le disgusta verte tan material y sin darte tú cuenta de lo que haces vas minando sorda y lentamente su cariño. Podrás hasta perderlo. Varía de conducta, plégate al pensamiento é ideas del general en jefe ó rompe tus relaciones amorosas con la rica y bella duquesa de Tabasco.

—¿Qué me dices, Ricardo?

—La verdad, Rogelio. Tu padre obedecía ciegamente al duque del Imperio y tú te resistes á obedecer al general en jefe que vale y puede cien veces más que su padre. Continúa de esa manera, resiste como hasta aquí y estoy seguro que perderás el cariño de Luisa y hasta te hallas expuesto á regresar á Cartagena en la bodega de un navío.

—Me asustas, amigo mío.

—¿No ves lo que yo hago? ¿No ves lo que hacen el príncipe de Italia, el duque del Imperio y el mismo Julio de Silva? ¿No ves á Flaviano sobre todos? Pues es porque vale más que todos; esto lo sabe muy bien Luisa; el único que lo ignora eres tú, y tanta ignorancia merece un destierro á Cartagena y un olvido de todos nosotros, y muy en particular, de la poderosa señora duquesa de Tabasco, que ni necesita tus títulos por ser mejores los suyos y ser ganados por ella con admirable heroismo, ni tu dinero, toda vez que ella es también rica.

—Todo eso es cierto.

—Mendoza, hasta el príncipe de Italia obedece con ciega sumisión al héroe; tú eres el únco que dudas, vacilas, y murmuras. ¿Quieres que te sea franco?

—Sí, cuanto puedas.

—Si solo tuviera en cuenta tu conducta en ese particular, con más gusto te daría una estocada que los consejos que te estoy dando.

—Eso no, tú y yo no podemos batirnos; dame un último consejo.

—Inspírate en Luisa; quiere lo mismo que ella, piensa lo que ella ó estás perdido, Rogelio. Ayer te dirigieron una mirada desdeñosa el príncipe de Italia, su hijo, el héroe y todos nosotros. Eres muy material, y entre seres tan espirituales no estás bien, Rogelio; tu sitio es Cartagena.

—No me lo has de volver á decir, amigo mío. Tus frases han llegado á mi alma como luz clarísima que la ha iluminado, que le enseñó la verdad. Seré otro desde este instante, ya lo verás.

—Eso deseo, Rogelio, ante el hombre que hizo él solo más, mucho más que los seis invencibles, que desprecia los principados y las altezas que ganó, y que todos menos él hubiéramos aceptado, hay que inclinar la frente y obedecerle con amor. El que no lo haga es un bellaco.

—Sí, lo es, y no entraré en ese número. Hablemos de otra cosa, esa es cuestión concluida.

—De lo que tú quieras.

—¿Qué grandes peligros amenazan á mi hermano?

—Viene contra él media Europa ó sean todos los enemigos de España.

—¡Contra él!

—Sí, y contra todos nosotros y contra toda nuestra patria, porque él lo somos todos y es además el reino español con todos sus estados.

—¡Media Europa! ¿Y vamos á pelear contra media Europa?

—¡Y á vencerla, pardiez!

—¿Estás seguro?

—¿O á perecer todos por nuestra honra y la integridad de España.

—Pues moriremos en pos del héroe ó ganaremos las primeras batallas del mundo.

—Así te quiero, Mendoza.

—¿Dónde encontraremos ó nos hallarán nuestros enemigos?

—Probablemente en la isla de Líbana, pero esto solo lo sabe nuestro general en jefe.

—¿Seremos muchos?

—Cuatro ó seis barcos y cinco ó seis mil hombres.

—¿Y el enemigo?

—¡Quién sabe! Más de cien mil hombres y más de cien navíos.

—Parece una balada alemana.

—Que se convertirá en historia antes de seis meses.

—Cuanto antes mejor. Dí, Ricardo ¿qué es la isla de Líbana?

—Una isla, pero la más bella de América, la más montañosa, la que presenta al navegante más escollos,

la de los mares más rugientes, la de las olas más furiosas y elevadas. Un paraiso, en fin, rodeado de infierno que se tragan hombres, navíos y los mismos pedazos de mundo que vomitan los volcanes.

—¡Vaya una descripción terrorífica!

—La conozco bien, Rogelio, es la patria de mi futura.

—Todo va á ser grande allí, hasta las batallas que demos.

—Esas principalmente.

—Es inmensa la gloria que vamos á ganar.

—¡Ah, Rogelio, te equivocas! Poco haremos nosotros, y aun cuando participemos de la gloria, no la ganaremos, está seguro; la gloria conquistada allí la ganará toda el héroe, y la parte que nos toque se la deberemos á su inmensa generosidad.

—Como sucedió hasta aquí.

—Sí, como siempre. Los graves acontecimientos que hemos de presenciar solo puede dominarlos el genio de Flaviano.

En estos instantes se acercó á ellos Luisa, miró á Zalla con marcado afecto, y estrechando su mano le dijo:

—Gracias, Ricardo, acabas de domesticar á esta fiera, te lo agradezco y mi futuro te deberá mi mano y acaso mi amor.

—¿Nos ha oido la señora duquesa?

—Para tí soy Luisa, casi tu hermana, háblame como yo á tí que es muy honroso ser amigo, ser hermano de la silueta del héroe.

—Gracias, Luisa.

—¿Por qué me llamas fiera, amor mío?—le preguntó Rogelio con humildad.

—Por que lo fuiste. He oido ahí, junto á vosotros, cuanto habeis hablado, y en todo te ha dicho la verdad Ricardo. Con talento digno del mejor discípulo de Flaviano, arrancó de tí lo mucho que todavía te empequeñecía.

—¿También es cierto lo que me dijo de las grandes batallas, de los cataclismos y de tu isla?

—Sí, todo. Solo el héroe hubiera podido describirlo mejor.

—Gracias, Ricardo, este abrazo confirma las frases de Luisa; soy tu hermano, tu mejor amigo.

Abrazados estaban los dos cuando se presentó el héroe, diciendo:

—Estas dos niñas,—aludía á Líbana y á Alice que estaban cogidas de sus manos,—necesitan de vosotros, y yo necesito que me dejen solo. Quedaos con ellas.

—¿Para qué, señor? Son dos ángeles,—añadió Luisa.

—Sí, señora duquesa, ahora sois tres ángeles que me estorbais para disponer nuestra próxima partida.

—¿A dónde vamos, señor?

—Quien sabe, Luisa, donde nos llevarán los aquilones.

—¡La reserva de siempre!

—Ahora mayor que nunca. Zalla, Rogelio, cuidad de ellas.

Y desapareció de allí.

No perdieron tiempo.

Al siguiente día salieron el virey con la mayor parte del ejército, acompañado de don Gonzalo, ascendido á maestre de campo, para la capital. Llevaban más cañones de los que sacaron, y dejaban perfectamente fortalecido San Juan Bautista y Cruz, gracias á lo mucho cogido á los ingleses.

Quedo además en Tabasco una respetable fuerza al mando superior del maestre de zapadores.

A la vez salieron todos nuestros amigos para Cruz, tardando veinticuatro horas en realizar su embarque por el mucho equipaje que llevaban.

En el muelle los dispidió el padre de María Luisa y de Luis llorando, y también con lágrimas en los ojos el maestre de zapadores y el gobernador Oaxacay.

Hecho el embarque tomó el mando de la escuadra Flaviano y los buques se dirigieron al Este.

No hubo soldado ni paisano que no sintiera húmedos sus ojos al ver partir al héroe. ¿Quién no le debía algo en Tabasco?

El padre de Luisa se embarcó en un buque de cabotaje, fué á Veracruz y desde allí á su querida ciudad, en la cual mandaba como jefe superior.

Perdía dos hijos, pero ganó la felicidad suya y la de su administrados.

Todos nuestros amigos iban con Flaviano en la hermosa galera Numancia, y todos muy satisfechos. Sólo el héroe parecía triste y melancólico. Y era que su genio leía en el porvenir lo mucho que aun le quedaba por realizar, lo bastante que iba á sufrir.

—Me sucede lo que á mi padre y á los Invencibles

ocurrió,—se decía;—mi luna de miel tendrá lugar en los campamentos y entre batallas.

Y no se equivocó; algo después de que el héroe saliese de Cruz partían para reunirse en alta mar tres poderosas escuadras contra él. Se habían coaligado Inglaterra, Francia y todos los rebeldes de los Paises Bajos contra el jigante español. Juntaron todos sus navíos, sus más valientes guerreros y todos sus cañones y tesoros, pretendiendo dar fin del primer valuarte de España y luego de todos los españoles que se atrevieran á hacerles frente.

Reunieron en efecto un poder colosal, tan grande, que juzgaban la victoria como la cosa más fácil.

Juntas un mes después estas tres grandes escuadras, se juzgaron invencibles. Su número, fuerza y poderío formaban un conjunto asombroso.

¡Desgraciada España si el héroe castellano sucumbe! Las inmarcesibles glorias ganadas en cientos de batallas quedarán enlutadas y hasta condenadas al olvido.

Cuanta envidia, cuanto odio y cuanta saña contra nosotros por que en aquella época éramos más valientes, más recios y mucho más poderosos que ellos.

Dejemos á los enemigos de nuestra patria para dedicar nuestras últimas frases de este libro al genio castellano.

Según avanzaban hacia el Este nuestros cinco navíos y el crucero, el cielo se iba cubriendo de negras nubes.

Después brilló el relámpago y todo anunciaba el desarrollo de una furiosa tormenta.

Cuando Flaviano de Osorio acabó de dar órdenes y de mirar el horizonte por falta de luz, quedó meditando, dejando de este modo trascurrir media hora.

De pronto alzó la cabeza, miró en torno, viéndose rodeado de los seres que le eran más queridos en el mundo; ninguno de ellos se había atrevido á turbar su profunda meditación.

Satisfecho hasta cierto punto de la idea que por fin arrancó á su privilegiado entendimiento, exclamó:

—Nada temais vosotros que fundais en mí vuestra esperanza, acaso vuestra salvación y la de la patria querida. Lucharemos con los hombres y hasta con los elementos, con más probabilidades de vencerlos que ellos tienen de hacernos sucumbir. ¡Hurra! ¡Viva España henchida de gloria!

—¡Hurra! ¡Viva España y su héroe! —le contestaron hasta las damas.

FIN DE EL SINO DE LOS HÉROES.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO

Capítulos. Págs.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LAMINAS

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO

